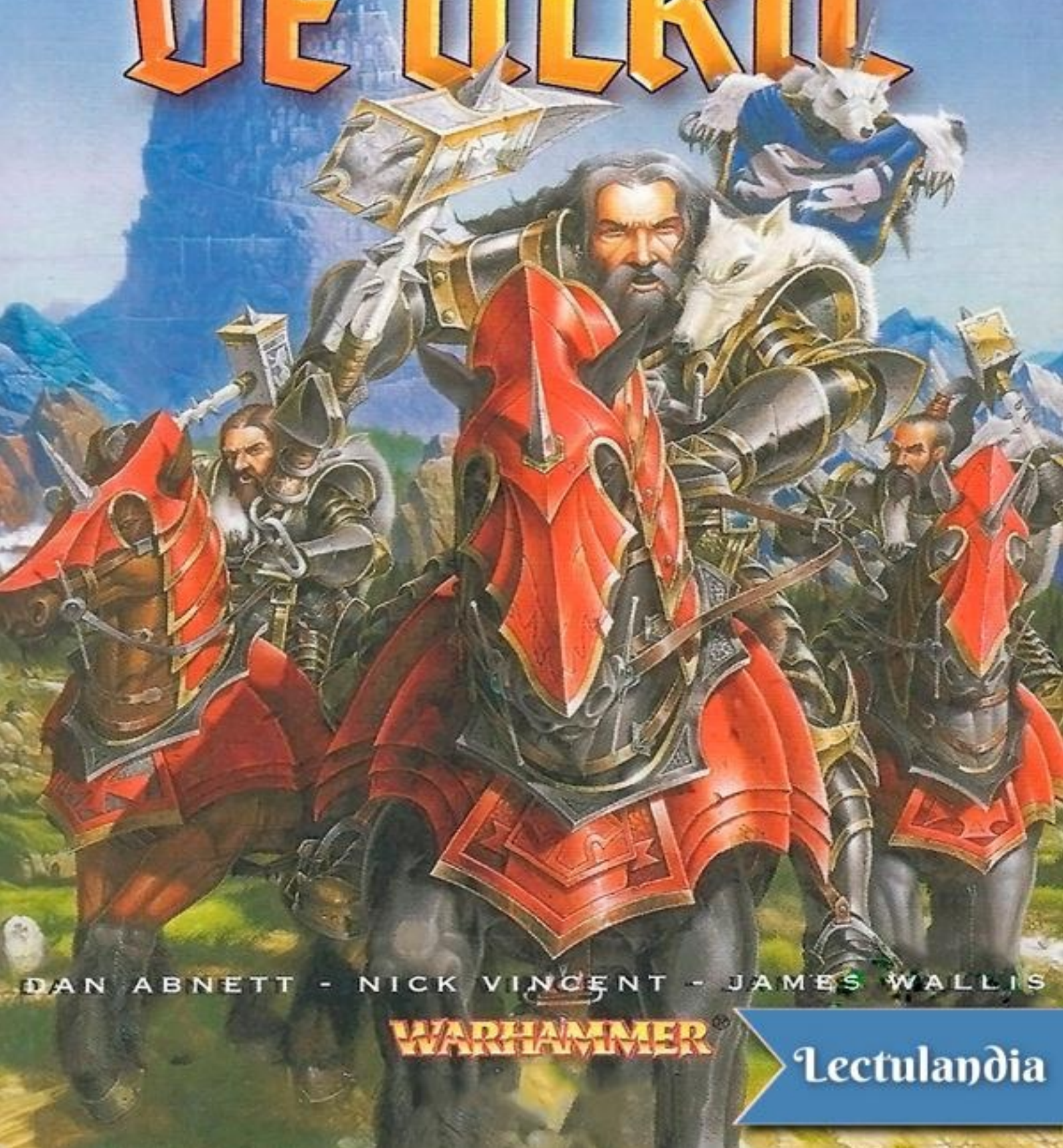


# LOS MARTILLOS DE ULRIC



DAN ABNETT - NICK VINCENT - JAMES WALLIS

WARHAMMER®

Lectulandia



En el salvaje mundo de Warhammer, oscuros poderes se concentran en torno a la antigua ciudad de Iddenheim, la ciudad del Lobo Blanco, situada en lo alto de la montaña. Sólo los nobles Caballeros Templarios de Ulric y uno pocos extraños aliados suyos se alzan para defenderla contra los insidiosos servidores de la muerte.

**Lectulandia**

Dan Abnett & James Wallis & Nick Vincent

# **Los Martillos de Ulric**

**Warhammer**

ePub r1.0

epublector 12.11.13



Título original: *The Dead and the Damned*  
Dan Abnett & James Wallis & Nick Vincent, 2000  
Traducción: Diana Falcón, 2003

Editor digital: epublector  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# JAHRRUNG

## Una compañía de Lobos

Aquel día estaba lloviendo en Middenheim, lo que a nadie le causaba una gran sorpresa.

La lluvia primaveral, fría como agujas de hielo, caía torrencialmente sobre la vieja ciudad, que se alzaba, meditabunda, en lo alto del risco de granito, desde donde contemplaba los sombríos bosques que la rodeaban. Se retiraba con lentitud otro largo invierno, y la ciudad, además de todos sus habitantes, estaba mojada, fría y se sentía desdichada.

En el patio encharcado que se encontraba detrás de la taberna de El Águila Voladora, Morgenstern daba los últimos cuidadosos retoques a unos rechonchos nabos que había dispuesto en hilera sobre las losas de piedra; cada uno estaba colocado encima de un cubo puesto boca abajo. Luego, avanzó hasta el extremo del patio, eructó delicadamente con una mano sobre la boca y el dedo pequeño curvado, se escupió las carnosas palmas y levantó el enorme martillo de guerra, que se encontraba recostado contra los fangosos ladrillos.

Lo hizo girar, cruzando los brazos con destreza y desplazando la poderosa cabeza del martillo de un lado a otro para trazar un número ocho en torno a sus hombros, mientras el arma zumbaba en el aire. Pero Morgenstern se encontraba un poco demasiado cerca de la pared trasera y, tras completar el primer circuito, la cabeza del martillo impactó contra la piedra. Varios bloques se hicieron pedazos y cayeron, y el martillo de guerra rebotó en el suelo.

Morgenstern maldijo repetidamente y se tambaleó un poco al inclinarse para recobrar el arma. De su enorme cabeza peluda, caían gotas de lluvia. Luego se desequilibró aún más al recoger la jarra. Se enderezó, sorbió un tanto y, después, intentó colocar en su sitio los trozos de piedra, afanándose como si nadie fuese a reparar en el destrozo si lograba disimularlo. Cayeron varios bloques más.

Al cabo de un rato, renunció al intento, se volvió otra vez hacia la hilera de cubos y comenzó nuevamente a girar el martillo, aunque esa vez comprobó el espacio que tenía para moverlo.

—¿Vas a tardar mucho más? —preguntó Aric desde la puerta de la taberna, en

cuya jamba se apoyaba.

Era un hombre alto y joven, de casi veintidós años y poderosa constitución, con una melena de cabello negro y brillantes ojos azules. Llevaba con elegancia la armadura de bordes de oro y la piel blanca como la nieve de los templarios del Lobo Blanco.

—¡Calla! —respondió el caballero de más edad, concentrado en seguir girando el martillo, sin volver la cabeza.

Morgenstern ajustó la posición de su propia piel de lobo para que no restringiera los movimientos de sus brazos acorazados.

—Observa, joven amigo mío, cómo exhibe su destreza un maestro del martillo de guerra. ¡Mira! ¡Ante mí, las cabezas de los enemigos!

—¿Los nabos que hay sobre los cubos?

—Ya lo creo. Es, en efecto, lo que representan.

—Y esos enemigos, ¿cómo están?: ¿tumbados?, ¿enterrados hasta el cuello?

—Son guerreros grandes y físicamente capacitados, Aric —respondió Morgenstern con sonrisa paternal—. Yo, de todas formas, estoy sobre un caballo.

—Por supuesto.

—Para la demostración, imagina que lo estoy.

Sin dejar de darle vueltas al martillo, Morgenstern comenzó a cabriolar en el sitio como un hombre-caballo de teatro que representara un misterio. Hacía con la boca los ruidos de los cascos del caballo, que intercalaba con frases como: «¡Quieta ahí! ¡Sooo, muchacha!». Aric cerró los ojos.

—¡Arre! —gritó Morgenstern, de pronto, y se lanzó hacia adelante, con la cabeza echada atrás, cuando su corcel imaginario dio un salto.

Su gran masa acorazada y retumbante, con el martillo girando a su alrededor en un gran círculo, avanzó con pasos atronadores por el patio, haciendo saltar agua. Varias losas del suelo se soltaron cuando cargó contra los cubos. El golpe aplastó el nabo que había sobre el primer cubo y, luego, sin alterar el paso, galopó entre los restantes y decapitó a cada nabo por turno, serpenteando entre ellos, balanceando y cruzando el martillo con asombrosa precisión.

Para entonces, Aric había vuelto a abrir los ojos. A despecho de toda la idiota pantomima, a pesar de la borrachera y del hecho de que Morgenstern ya hubiese superado los cincuenta y cinco años y pesara noventa kilos de más, el joven quedó impresionado por la destreza del hombretón.

Con un bramido y una elegante floritura, Morgenstern mató al último enemigo, con cubo y todo; de hecho, el golpe los hizo pasar por encima del hastial del tejado. Entonces, sus botas resbalaron sobre los lustrosos guijarros, él tropezó a toda velocidad y se precipitó de cabeza a los establos... a través de una puerta que no había abierto antes de entrar.



Aric hizo una mueca de dolor, dio media vuelta y regreso al interior de la taberna. Aquél iba a ser un día muy largo.

Dentro de El Águila Voladora, se reunió con Anspach. Gruber y Von Glick ante la mesa pequeña situada en el rincón.

—¿Lo hizo? —preguntó Gruber.

—Acabó con todos —respondió Aric al mismo tiempo que asentía con un gesto de cabeza.

Anspach dibujó su maliciosa y melódica risilla entre dientes. Era un hombre apuesto, de casi cuarenta años, con ojos diabólicamente traviosos y una sonrisa capaz de encantar a los cinturones de castidad y lograr que se abrieran de modo espontáneo.

—Eso son seis chelines de cada uno de vosotros, su pongo.

—¡Por el Lobo, Anspach! —gruñó Von Glick—. ¿Es que no hay nada por lo que no seas capaz de apostar?

—En realidad, no —replicó el interpelado a la vez que aceptaba las ganancias obtenidas—. De hecho, eso me recuerda que tengo apostada una bolsa de oro por una cierta cabra que corre esta tarde en Bernabau.

Von Glick sacudió la cabeza, consternado. Lobo veterano de la vieja escuela, Von Glick era un hombre delgado y anguloso, de sesenta años de edad. Su cabello canoso era largo y lozano, y en su mentón afeitado se veía la sombra de una espesa barba. Era un tipo estirado, que todo lo desaprobaba. Aric se preguntó si habría algo de lo que Von Glick no pudiera quejarse. En cierto modo, dudaba que el remilgado anciano hubiese sentido alguna vez pasión por ser un noble guerrero.

—¿Y dónde está Morgenstern ahora? —quiso saber Gruber, que jugaba con la jarra.

—Se ha tumbado —respondió Aric—. Ya sabes, creo que... ha bebido demasiado.

Los otros tres profirieron bufidos.

—Hermano templario —le dijo Anspach—, eres demasiado nuevo en esta noble orden para haber tenido la ocasión de comprobarlo, ¡pero nuestro Morgenstern es famoso por su prodigiosa capacidad para beber! Algunas de sus más grandiosas victorias en el campo de batalla..., como aquella escoria de ogros con los que acabó en la batalla de la Puerta de Kern..., ¡fueron atizadas por Ulric, y alimentadas por la cerveza!

—Tal vez —respondió Aric con tono dubitativo—, pero creo que lo está afectando. Sus reflejos, su coordinación...

—Mató a los nabos, ¿no es cierto? —inquirió Von Glick.

—Y a la puerta del establo —replicó Aric con tono triste, y todos guardaron silencio.

—Sin embargo, nuestro Morgenstern... —comenzó a decir Anspach—. Apuesto a que podría...

—¡Venga, cállate! —gruñó Von Glick.

Aric se retrepó en la silla y recorrió con la mirada la humosa taberna. Podía ver a Ganz, el nuevo y joven comandante de la compañía, sentado en un reservado lateral, donde el exaltado Vandam le hablaba con actitud ansiosa.

—¿De qué va eso? —le preguntó a Gruber.

El hombre de cabello blanco estaba sumido en profundos pensamientos y, sobresaltado, dio un respingo cuando Aric le dirigió la palabra.

«Ahora mismo parecía casi asustado —pensó Aric—. No es la primera vez que lo sorprendo perdido en pensamientos que no le gustan».

Gruber era el hombre más respetado de la compañía, un veterano como Morgenstern y Von Glick, que había servido con el viejo Jurgen desde el principio. Tenía cabellos finos, ojos pálidos y una piel delicada, casi translúcida, pero Aric sabía que dentro de aquel guerrero había poder, una fuerza terrible.

Excepto, entonces... Entonces, por primera vez desde que había ingresado en la compañía dieciocho meses antes, Aric sintió que el poder de Gruber estaba mermando. ¿Era por la edad? ¿Era por... Jurgen? ¿Era por alguna otra cosa?

Aric volvió a señalar con un gesto a Vandam y Ganz.

—¿Con qué le está llenando la cabeza Vandam a nuestro comandante?

—He oído decir que Vandam quiere que lo trasladen —respondió Von Glick en voz baja—. Persigue la gloria. Quiere que lo asciendan. Según se dice, considera que nuestra compañía es un callejón sin salida. Quiere que lo trasladen a otra; tal vez a la Compañía Roja.

Los cuatro gruñeron para expresar su desaprobación y bebieron un trago.

—No creo que Ganz se lo permita. Ganz apenas ha tenido tiempo para hacerse valer desde la..., desde ese asunto. No querrá perder a un hombre antes de haber demostrado lo que vale. —Gruber parecía pensativo—. Eso si es que alguna vez vuelven a dejarnos que demostremos algo.

—No falta mucho para Mitterfruhl —comentó Anspach—. Entonces, comienza de verdad la temporada de campañas. Nos tocará algo..., una buena incursión en el Drakwald. Os apuesto a que sí.

Aric guardaba silencio. Tendría que suceder algo pronto, o aquella valiente compañía de Lobos Blancos en particular iba a descorazonarse por completo.

El gran templo de Ulric se hallaba casi vacío. El ambiente era frío, sosegado y olía a humo de vela.

Ganz entró y, con gesto reverente, depositó los guantes y el martillo de guerra en el relicario del atrio.

La acústica era soberbia dentro de la espaciosa sala abovedada, y podía oír las precisas entonaciones de los cuatro caballeros que arrodillados y con la cabeza inclinada, susurraban plegarias al otro lado del elevado altar. También podía oír el suave chirrido de las hilas que un maestro del templo usaba para lustrar los remates de bronce del atril. La grandiosa estatua de Ulric se alzaba como una nube de tormenta y bloqueaba la luz procedente de las altas ventanas.

Ganz inclinó la cabeza e hizo el signo acostumbrado; después atravesó la nave y se arrodilló ante la Llama Sagrada.

Se encontraba arrodillado allí cuando notó que una mano se posaba sobre su hombro, y al alzar la cabeza vio la cara de Ar-Ulric, el sumo sacerdote, cuyo rostro barbudo y de rasgos prominentes reflejaban la luz de la llama.

—Debemos hablar, Ganz. Me alegro de que hayas venido. Acompáñame hasta la capilla del Regimiento.

Ganz se puso de pie y echó a andar junto al venerable guerrero. En ese momento vio que los cuatro caballeros, lanzándoles miradas de curiosidad, se marchaban.

—He venido a buscar... guía, eminencia —comenzó Ganz—. Esta temporada será la primera para mí como comandante, y ya...

—¿Te falta confianza, Ganz?

—No, señor; pero carezco de experiencia, y los hombres están... apáticos.

Descendieron por una corta escalera y llegaron a una puerta de enrejada, donde hacía guardia un templario de la Compañía Gris. Saludó con respeto al sumo sacerdote y abrió el candado para que pudieran pasar. Ganz siguió a Ar-Ulric a través de la puerta, y entraron en la más pequeña y cálida capilla del templo, decorada con estandartes, banderas y trofeos, además de una serie honorífica de placas conmemorativas.

Ambos hombres hicieron una breve reverencia ante la gran piel de lobo que había en la pared y ante el intimidatorio tesoro incrustado en plata situado sobre el altar que se encontraba debajo: las Mandíbulas del Lobo, el icono más precioso del templo.

El sumo sacerdote se inclinó ante él por un momento, murmuró una bendición a Ulric y a Artur, y luego se irguió y se volvió hacia Ganz. Sus ojos destellaron como la primera escarcha de un duro Jahrdrung.

—Tu compañía está más que apática, Ganz. Hubo un tiempo en que la Compañía Blanca era la mejor que este templo podía tener; realizaba hazañas con las que sólo podían soñar los jinetes de otras compañías de Lobos, como la Roja o la Gris. Pero ahora es débil... ha perdido el camino. Durante todo este invierno han haraganeado por la ciudad, malgastando salud, dinero y tiempo. Varios se han convertido en conocidos borrachos, especialmente Morgenstern.

—Es fácil exagerar...

—Se orinó en el frontal del templo de Verena —dijo el sumo sacerdote con triste

certidumbre— durante la misa mayor, y luego le sugirió a la sacerdotisa que la propia diosa era una «buena pieza», a la que realmente le vendría bien un buen... ¿Cómo era?

Ganz suspiró.

—Un hombre en su vida, eminencia.

El sumo sacerdote asintió con un gesto de cabeza. A Ganz le pareció que sonreía, pero no podía ser así, y el tono de la voz se lo confirmó.

—Morgenstern es una deshonra, y también Anspach. ¿Estás al corriente de su hábito de juego? Les debe una gran suma a los corredores de apuestas del estadio, y a otros menos oficiales. Y he tenido dos audiencias con el exaltado Vandam, en las que le oí solicitar que se lo trasladara a la Compañía Roja, o a la Dorada, o a cualquier otra.

Ganz dejó caer la cabeza.

—Hay otros que tienen problemas... —prosiguió Ar-Ulric—; cada uno los suyos. No digo que tu puesto sea fácil, Ganz, pues has tomado el mando de una turba muy deteriorada. Y sé que todo se origina en un solo incidente, acaecido el verano pasado en el Drakwald. Aquella manada de bestias acabó con los mejores de vosotros. Eran fuertes. A veces, ¡Ulric nos asista!, los malvados ganan. Fue una tragedia que la Compañía Blanca perdiera a tantos buenos hombres, y que perdiera a Jurgen. No puede ser fácil para ti ocupar su lugar.

—¿Qué puedo hacer, sumo sacerdote? Yo no impongo el respeto que imponía Jurgen. ¿Cómo puedo recuperar a la Compañía Blanca?

Ar-Ulric se encaminó hacia la pared más alejada y descolgó el estandarte de Vess. Era viejo y estaba deteriorado y manchado con noble sangre antigua. Se trataba de uno de los más vetustos y reverenciados estandartes de las compañías de Lobos, pues había sido enarbolado en algunas de las más grandiosas victorias de los templarios.

—Llevarás a tu compañía a los bosques bajo este viejo y venerable estandarte, y destruiréis la manada de bestias que quebrantó vuestro honor.

Con asombro, Ganz cogió el asta del estandarte. Alzó los ojos y se encontró con la acerada mirada de su antiguo comandante, Jurgen, en la más reciente de las imágenes conmemorativas de la pared. Durante un largo instante, Ganz miró con fijeza aquel rostro de mármol al mismo tiempo que recordaba la larga barba blanca, el aspecto de halcón y el famoso parche ocular con tachones. Ganz sabía que el sumo sacerdote tenía razón, que aquél era el único modo de lograrlo.

Era un amanecer frío y llovía otra vez. Los catorce hermanos de la Compañía Blanca se reunieron en los establos situados detrás del templo para ajustar los arreos de sus corceles de guerra, mientras refunfuñaban en voz baja y su aliento se condensaba en el aire.

—¿Una incursión antes de Mitterfruhl? —protestó Morgenstern, a la vez que bebía de un frasco que llevaba en las alforjas que fingía revisar.

—¿Un trago antes del desayuno? —se mofó Von Glick con voz queda.

Morgenstern, al oírlo, profirió carcajadas resonantes y potentes, pero Aric sabía que se trataba de un falso buen humor. Podía ver la tensión en el pálido rostro de Morgenstern y el modo como temblaban sus grandes manos.

Aric miró a su alrededor. Vandam estaba resplandeciente; tenía el rostro encendido por la determinación, y una piel de lobo blanco caía a la perfección sobre los hombros de su armadura incrustada en oro. Gruber parecía remoto, distante y preocupado mientras ajustaba los arreos de su corcel, que pateaba. Einholt, el viejo guerrero calvo que tenía una cicatriz en la cara y el ojo lechoso, parecía cansado, como si no hubiese dormido bien. Aric estaba convencido de que cada noche, sin excepción, algún viejo sueño atormentaba al veterano Einholt.

Anspach reía y bromeaba con sus compañeros, y Von Glick lo miraba con el ceño fruncido. Ganz estaba ceñudo y callado. Los demás, entre bromas y frases farfulladas, comenzaron a montar: el macilento Kriber, el robusto Schiffer, el rubio gigante Bruckner, Kaspen el de la melena roja, el flaco Schell y Dorff, que silbaba otro de sus desafinados estribillos.

—¡Aric! —lo llamó Ganz, y el joven atravesó el patio.

Al ser el más joven de la compañía, era privilegio suyo llevar el estandarte. Se sintió asombrado cuando Ganz le depositó el precioso estandarte de Vess en la mano cubierta por el guantelete de malla. Todos los que estaban en el patio guardaron silencio.

—Por decreto del mismísimo sumo sacerdote, cabalgamos bajo el estandarte de Vess y lo hacemos en busca de venganza —fue cuanto dijo Ganz antes de subir al caballo.

Dio la vuelta al corcel, y la compañía se puso en marcha. Salieron del patio y recorrieron las calles bajo la lluvia.

Descendieron desde la ciudad por el viaducto oeste, a la sombra de la gran roca Fauschlag. En lo alto, las toscas murallas y torres de Middenheim se elevaban hacia los fríos e inhóspitos cielos, como lo habían hecho durante dos mil años.

Dejaron atrás el humo, el hedor y el clamor de la ciudad, y pasaron junto a caravanas de carretillas repletas, que se dirigían a los mercados de Altmarkt, filas de ganado de Salzenmund, y las cargadas carretas de los comerciantes textiles de Marienbeg. Todos se apartaban a un lado del viaducto de dieciocho metros de ancho para permitir el paso de la Compañía Blanca. Cuando una partida de los mejores de Ulric salía a caballo, sólo los idiotas se interponían en su camino.

La Compañía Blanca abandonó el viaducto y entró en el camino de Altdorf, por

donde avanzó a medio galope hacia las húmedas tierras forestales. Después, siguió el sendero del bosque durante seis horas, antes de detenerse para que abrevaran los caballos y comer en una aldea del camino. Por la tarde, asomó el sol para arrancar destellos de sus armaduras grises y doradas. A causa del calor, la humedad ascendía de los árboles mojados, que parecían rodeados por humo. En cada aldea por la que pasaban, los habitantes salían para ver a los valientes y temidos templarios, que cantaban en voz baja un himno de batalla mientras avanzaban.

Aquella noche durmieron en la sala comunal de una aldea situada en lo alto de una cascada. Al amanecer, se internaron por los senderos más oscuros, las largas sendas de negro fango que descendían hacia la húmeda oscuridad del bosque de Drakwald, una región que se extendía sobre la tierra como la caída capa de un dios de corazón negro.

Era mediodía, aunque un mediodía pálido y débil, y la gélida lluvia caía a través de las desnudas ramas de los negros olmos y retorcidos arces. El suelo por el que transitaban estaba cubierto por una fangosa y hedionda capa de hojas muertas que habían caído el otoño anterior y entonces se pudrían sobre la oscura tierra. La primavera tardaría mucho en llegar a aquel lugar.

Parecía no haber más señal de vida que los catorce jinetes. De vez en cuando, un pájaro carpintero martilleaba a lo lejos o chillaba un somorgujo o algún otro pájaro. En las ramas bajas, Aric vio telarañas adornadas por gotas de lluvia como ristras de diamantes.

—¡Humo! —gritó Von Glick de pronto, y todos tiraron de las riendas de los caballos y olieron el aire.

—¡Tiene razón! —dijo Vandam con ansiedad al mismo tiempo que deslizaba el largo mango de su martillo de guerra de la silla donde iba sujeto.

Ganz alzó una mano.

—¡Quieto, Vandam! Si nos movemos, lo hacemos como compañía, o no damos un paso. Aric, enarbola el estandarte.

Aric se situó junto al comandante y alzó el viejo pendón.

Tras asentir con la cabeza, Ganz comenzó a avanzar y la columna lo siguió en formación de dos en fondo a través de los árboles, donde los cascos de los caballos chapoteaban entre el fango de hojas y podredumbre, en dirección al humo.

El claro era amplio y abierto, pues los árboles habían sido talados y entonces ardían sobre una losa de piedra situada ante una estatua tosca. Alrededor del fuego había cinco formas peludas que arrastraban los pies y rendían culto.

—¡Por Ulric! ¡Lobos, adelante! —bramó Ganz. Todos salieron al galope y descendieron por la pendiente hacia el interior del claro, donde los caballos hicieron saltar el agua del encharcado terreno con sus pesados cascos.



Los hombres bestia que se encontraban ante el altar volvieron la cabeza con terror, profirieron bramidos y corrieron para ponerse a cubierto.

Al final de la fila, Morgenstern dio media vuelta para mirar a Gruber, que se había detenido en seco.

—¿Qué pasa? —bramó—. ¡Estamos perdiéndonos la diversión!

—Creo que mi corcel ha perdido una herradura —gruñó Gruber—. ¡Continúa adelante, viejo estúpido! ¡Sigue!

Morgenstern se volvió otra vez hacia los demás y bebió un largo sorbo de la botella que llevaba en las alforjas. A continuación, cargó pendiente abajo tras el grupo principal al mismo tiempo que profería un tremendo grito.

La rama baja lo derribó limpiamente de la silla. El resto siguió atravesando el claro con un galopar atronador. Aric bramaba con el estandarte en alto. Tres hombres bestia se separaron y huyeron, y los otros dos cogieron picas y se volvieron para hacer frente a la carga mientras chillaban con voces profundas e inhumanas.

A esas alturas, Vandam lideraba el ataque, y la cabeza de su martillo de guerra destruyó el cráneo de uno de los enemigos; la aberración con cabeza de cabra cayó al suelo.

Ganz, justo detrás de Vandam, erró el golpe sobre la segunda criatura. Intentó dar media vuelta, pero el caballo perdió pie sobre las hojas mojadas y resbaló. El comandante quedó tendido en la tierra.

La bestia se volvió para aprovecharse de la situación; sin embargo, en cuestión de un instante, Aric y Kriever la arrollaron con los caballos y le destrozaron los huesos.

Anspach, con el martillo girando en el aire, pasó al galope junto al altar para perseguir a uno de los fugitivos. Von Glick lo seguía de cerca.

—¡Diez chelines a que soy yo quien lo mata! —rió Anspach.

Von Glick imprecó e intentó darle alcance, pero Anspach lanzó su martillo, que voló girando por el aire tras la criatura fugitiva. El arma decapitó un arbolillo joven que estaba unos diez metros de la bestia. Anspach, maldiciendo, detuvo el caballo.

—¡Los dioses te ayuden para que alguna vez ganes una apuesta! —le gritó su compañero.

Von Glick, mientras, continuó galopando y alcanzó a la bestia en la línea de los árboles. Le lanzó dos golpes, y aunque falló ambos, la criatura se echó atrás y quedó a tiro de Dorff, que le aplastó los sesos.

Las otras dos bestias huyeron bosque adentro. Vandam, sin aminorar la carrera, galopó tras ellas.

—¡Atrás! ¡Vandam! ¡Vuelve aquí! —bramó Ganz mientras se incorporaba y obligaba a levantarse al conmocionado caballo.

Vandam no le prestó ninguna atención. Podían oír sus alaridos resonando entre los árboles.

—¡Schell! ¡Von Glick! ¡Id a buscar a ese idiota! —ordenó Ganz, y los dos jinetes obedecieron.

Todos los demás se habían reunido en torno al altar. Ganz volvió la cabeza y vio que Gruber había desmontado y estaba ayudando a Morgenstern a recostarse contra un árbol. El caballo de Morgenstern estaba trotando por las proximidades, con las riendas caídas. Ganz sacudió la cabeza, blasfemando.

Se encaminó hacia el altar y contempló la tosca estatua durante un momento. Luego, la hizo pedazos con su martillo. Ganz se volvió y miró a sus hombres.

—Ahora ya saben que estamos aquí. ¡Vendrán a buscarnos, y nuestra labor será más fácil!

—¿Vandam? ¿Dónde estás, idiota? —bramó Von Glick mientras cabalgaba con lentitud por los oscuros calveros del bosque.

Entre los árboles mugrientos había lagos hediondos, y por los afloramientos de pizarra caían finos hilos de agua salobre. A través de los árboles, Von Glick podía distinguir a Schell, que cabalgaba en línea paralela a él.

—¡Vandam! ¡Da media vuelta y regresa, o te dejaremos aquí! —gritaba.

Von Glick oyó movimiento entre los árboles cercanos y alzó el martillo en el aire por si acaso, pero fue Vandam quien apareció a la vista.

—¡Has venido a buscarme, Von Glick! —dijo con un bufido—. ¡Pero si eres la gallina clueca de toda la compañía! ¡Te comportas de un modo tan estirado que no reconocerías la valentía aunque proclamara su presencia!

Von Glick sacudió la cabeza con cansancio. Conocía demasiado bien la reputación que tenía entre los miembros más jóvenes de la compañía: estirado, inflexible, un viejo aburrido que refunfuñaba y se quejaba de todo. Una vez. Jurgen le había dicho que él era la columna vertebral de la compañía, pero sospechaba que entonces el antiguo comandante había estado intentando alegrar sus actitudes. Se odiaba por ello, pero no podía comportarse de otro modo. No existía la disciplina en esos tiempos. Los jóvenes templarios parecían toros imprudentes, y el peor de todos ellos era Vandam.

—Ganz me ha ordenado que te buscara —replicó con sequedad mientras intentaba contener el enojo—. ¿Qué sentido tiene alejarse solo, como lo has hecho? ¡En eso no hay gloria ninguna!

—¿Ah, no? —Vandam sonrió afectadamente—. Derribe a uno; le partí la espalda. El otro, sin embargo, se me escapó.

Eso era lo peor del asunto: la arrogancia de Vandam sólo resultaba comparable a su destreza de guerrero. «¡Malditos sean sus ojos!», pensó Von Glick.

—Vamos a regresar. ¡Ahora! —le ordenó a Vandam, el cual se encogió ligeramente de hombros e hizo girar al caballo—. ¡Schell! —llamó Von Glick—. ¡Lo

he encontrado! ¡Schell!

Von Glick aún podía distinguir al otro jinete, pero la niebla y los árboles apagaban su voz.

—Continúa tú solo —le dijo Von Glick a Vandam—. Yo iré a buscarlo.

Espoleó el caballo para que avanzara por la orilla de un lago en dirección a Schell, que, por fin, lo vio y cambió de rumbo para encontrarse con él. Von Glick dio la vuelta al caballo.

El hombre bestia salió de los arbustos con un alarido feroz. Impelido por la persecución de Vandam, se había ocultado allí, pero Von Glick acababa de pasar demasiado cerca de su escondrijo, y el pánico lo había impulsado a la feroz acción. La punta de hierro de la lanza atravesó la parte derecha de la cadera del viejo lobo, que bramó de dolor. El caballo levantó las patas delanteras mientras el hombre bestia aferraba la lanza y la sacudía, pero ésta estaba firmemente atascada en el hueso, la carne y la armadura. Von Glick gritaba, ensartado como un pez; estaba tan echado hacia atrás por la lanza que no podía alcanzar el martillo de guerra.

Schell profirió un bramido de consternación y comenzó a galopar. Vandam, al oír el alboroto, se volvió y miró con horror.

—¡Por los ensangrentados puños de Ulric! —jadeó—. ¡Oh, señor, no!

La lanza se partió, y Von Glick, entonces libre, cayó de la silla de montar y aterrizó en un bajo del lago. El hombre bestia se lanzó hacia él.

De un salto, el caballo de Schell salvó el lago por la parte más estrecha, y el guerrero le asestó un golpe con la punta del martillo a la criatura, que murió al instante.

Saltó del caballo y corrió hacia Von Glick, que yacía de lado en las aguas someras y tenía el semblante pálido a causa del dolor. Daba la impresión de que su armadura roja y dorada se estaba destiñendo en el agua.

Vandam llegó a toda velocidad, y Schell alzó hacia el recién llegado unos ojos feroces y encolerizados, que ardían en su delgado rostro.

—Está vivo —siseó.

Ganz atravesó el claro del altar hasta el sitio en que Morgenstern estaba rehaciéndose.

—Hablemos —dijo—. Lejos de los demás. Estoy seguro de que no quieres que oigan lo que voy a decirte.

Morgenstern, que tenía a sus espaldas veinte años más de servicio que Ganz, pareció resentido, pero no desobedeció. Mientras hablaban en voz baja, se alejaron hacia el otro lado del calvero.

Aric se reunió con Gruber, que se encontraba sentado a un lado, sobre un tronco caído.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Mi caballo caminaba mal. Creí que había perdido una herradura.

—A mí me parece que está bien —dijo Aric.

Gruber alzó los ojos y miró al joven con expresión dura, aunque en su rostro flaco y arrugado no había enojo.

—¿Qué se supone que significa eso?

Aric se encogió de hombros. Con su largo cabello oscuro y su perilla negra bien recortada, a Gruber le recordaba al mismísimo Jurgen de joven.

—Lo que tú quieras que signifique —respondió.

Gruber unió las puntas de los dedos de ambas manos en forma de aguja de campanario y pensó durante un momento. Aric tenía algo especial. Algún día sería un líder, y lo sería con muchísimo menos esfuerzo que el pobre Ganz, que lo intentaba con ahínco, aunque le gustaba muy poco ese papel. Aric tenía un natural don de mando. En su momento, sería un gran guerrero para el templo.

—Parece... —comenzó Gruber—, parece que carezco del ardor que tuve en otros tiempos. Junto a Jurgen, era fácil ser valiente...

Aric se sentó a su lado.

—Tú eres el hombre más respetado de la tropa, Gruber. Todo el mundo lo reconoce, incluso los guerreros más viejos, como Morgenstern y Von Glick. Eras el brazo derecho de Jurgen. ¿Sabes una cosa? Aún no he entendido por qué, tras la muerte de Jurgen, tú no tomaste el mando cuando te lo ofrecieron. ¿Por qué se lo entregaste a Ganz?

—Ganz es un buen hombre... Sólido, carente de imaginación, pero buen hombre. Tenía derecho a ello. Yo no soy más que un veterano. Habría sido un mal comandante.

—Yo no lo creo así —lo contradujo Aric al mismo tiempo que sacudía la cabeza.

Gruber suspiró.

—¿Y si te dijera que lo hice porque Jurgen estaba muerto? ¿Cómo podría haber ocupado el lugar del comandante al que había jurado lealtad, mi amigo, el hombre al que le fallé?

—¿Le fallaste? —preguntó Aric, sorprendido.

—Aquel espantoso día del verano pasado, la manada de hombres bestia cayó sobre nosotros de improviso. Nos manteníamos juntos o caíamos, y cada hombre cubría las espaldas de otro.

—Fue un infierno, sin duda.

—Yo estaba justo al lado de Jurgen, luchando a su derecha. Vi al hombre toro que acometía con el hacha. Podría haber bloqueado el golpe, haberlo recibido yo mismo, pero me quedé petrificado.

—¡No se te puede culpar por ello!

—Sí que se puede. Yo vacilé, y Jurgen murió. De no haber sido por mi culpa, hoy

estaría aquí.

—No —dijo Aric con firmeza—. Fue mala suerte, y Ulric lo llamó a su salón.

Gruber miró al joven a la cara.

—Mi valentía se ha desvanecido, Aric. No puedo decírselo a los otros... Ciertamente, no puedo decírselo a Ganz... Pero cuando nos lanzamos a la carga sentí que mi valor desaparecía. ¿Qué sucederá si vuelvo a quedarme petrificado? ¿Y si esa vez es Ganz quien paga el precio? ¿O tú? Soy un cobarde y de nada le sirvo a la compañía.

—No eres nada de eso —afirmó Aric.

Intentó elaborar un argumento que sacara al veterano de aquel terrible estado anímico, pero los interrumpieron unos gritos. Morgenstern volvió a entrar a grandes zancadas en el claro, con un Ganz de rostro ceñudo tras él. El enorme hombretón llegó hasta su caballo, sacó tres botellas de las alforjas y las lanzó contra un árbol, donde se hicieron añicos una tras otra.

—¿Satisfecho? —le gritó a Ganz.

—Todavía no —respondió Ganz con estoicismo.

—¡Ganz! ¡Ganz!

Los gritos resonaron por todo el calvero. Schell conducía hacia ellos el caballo sobre cuya silla se encontraba, encorvado, Von Glick, y junto a él cabalgaba Vandam para sostenerlo.

—¡Ay, gran Dios del Lobo! —gritó Gruber al mismo tiempo que se ponía en pie de un salto.

—¡Von Glick! —bramó Morgenstern mientras pasaba corriendo junto al consternado Ganz.

Bajaron al hombre herido del caballo, y la compañía lo rodeó. Kaspén, que había estudiado con un barbero cirujano y con un apotecario, se dispuso a tratar la fea herida.

—Necesita un cirujano de verdad —declaró el hombre de constitución ancha y cabellos rojos mientras se limpiaba la sangre de las manos—. La herida es profunda y está sucia, y ha perdido mucha sangre.

Ganz alzó los ojos al cielo. El anochecer estaba cerca.

—Mañana regresaremos a Middenheim con la primera luz del día. Los más veloces cabalgarán delante para traernos un cirujano y un carro. Nosotros...

—Nosotros no haremos eso —declaró Von Glick con voz débil y amarga—. No regresaremos por mi culpa. Esta misión, esta empresa, es una causa sagrada destinada a restablecer la fuerza de la compañía y vengar la muerte de nuestro líder. ¡No abandonaremos la labor! ¡No te permitiré que abandones esto!

—Pero...

Von Glick, con gran esfuerzo, se incorporó hasta quedar sentado.

—¡Prométemelo, Ganz! ¡Prométeme que continuarás!

Ganz dudaba. No sabía qué decir. Se volvió hacia Vandam, que se encontraba de pie a un lado.

—¡Condenado estúpido! ¡Esto es culpa tuya! ¡Si no hubieses sido tan impetuoso, no habrías conducido a Von Glick a esta situación!

—Yo... —comenzó a decir Vandam.

—¡Cállate! ¡La compañía permanece junta o cae! ¡Has traicionado los cimientos mismos de esta hermandad!

—Él no tiene la culpa —dijo Von Glick, cuyos ojos destellaban con la fuerza nacida del dolor—. No, no debería haberse separado del grupo para cabalgar a solas, pero el único culpable soy yo. Tendría que haber sido cauteloso, debería haber estado atento. Bajé la guardia, como cualquier viejo tonto, y he pagado el precio.

Silencio. Ganz miraba a un hombre y, luego, a otro. Todos parecían incómodos, azorados, desconcertados. El ánimo de la compañía jamás había estado tan decaído, ni siquiera tras la muerte de Jurgen. Entonces, había ira. Ahora sólo había desilusión, y pérdida de fe y de camaradería.

—Plantaremos el campamento aquí —dijo Ganz, al fin—. Con suerte, los hombres bestia vendrán a buscarnos esta noche, y podremos acabar el asunto.

Llegó el alba, fría y pálida. El último turno de guardia —Schell, Aric y Bruckner— despertó a los demás. Morgenstern atizó el fuego, y Kaspén le hizo otra cura a Von Glick. El viejo guerrero estaba tan pálido y frío como la mañana, y temblaba de dolor.

—¡No le digas a Ganz lo mal que estoy! —le siseó a Kaspén—. ¡Júramelo por tu vida!

Anspach iba a abreviar los caballos cuando encontró a Kriber. En algún momento de la noche, una flecha de plumas negras le había atravesado el cuello mientras dormía. El templario estaba muerto.

Todos lo rodearon; en aquella silenciosa mañana, parecían más sombríos que nunca antes. Ganz hervía de cólera y se alejó del grupo.

En el límite de los árboles, Gruber se reunió con él.

—Es mala suerte, Ganz; mala suerte para todos nosotros, mala suerte para el pobre Kriber, que Ulric acoja su alma. No merecíamos esto, y él merecía un final mejor.

Ganz se volvió en redondo.

—¿Qué tengo que hacer, Gruber? ¡Por el amor de Ulric! ¿Cómo podré conducir a esta compañía hacia la gloria si no tenemos ni una oportunidad? Destruí el altar para atraerlos hacia nosotros, para encolerizarlos y empujarlos a un ataque frontal, ¡a una batalla campal en la que nosotros pudiésemos brillar! ¡Pero no! ¡Regresaron, en efecto, y con la típica astucia bestial nos acosan y matan mientras dormimos!



—Así que debemos cambiar de táctica —replicó Gruber.

Ganz se encogió de hombros.

—¡No sé cómo hacerlo! ¡No sé qué sugerir! No dejo de pensar en Jurgen y en cómo ejercía él el mando. Intento continuamente pensar cómo lo hacía él, recordar todos sus trucos y sus ideas. ¿Y, sabes qué? ¡No consigo recordar nada de nada! ¡Con todas las grandiosas victorias que compartimos, y no logro recordar el plan de una sola de ellas!

—Cálmate y piensa, Ganz —dijo Gruber con un suspiro—. ¿Qué me dices de la Puerta de Kern? ¿Recuerdas? El golpe de triunfo, en aquel caso, fue rodear a los orcos y atacarlos por detrás.

—Sí, lo recuerdo. Una táctica sensata.

—¡Exacto! —asintió Gruber—. Pero aquélla fue una idea de Morgenstern, no de Jurgen. ¿No es así?

—Tienes razón —dijo Ganz, y su rostro se animó—. Y lo mismo sucedió con el asedio de Aldobard... Entonces, fue Von Glick quien sugirió el ataque por dos frentes.

—Sí —convino Gruber—. Jurgen era un comandante excelente, sin duda. Reconocía una buena idea cuando se la proponían. Sabía escuchar a sus hombres. La compañía hace la fuerza, Ganz. Nos mantenemos unidos o caemos derrotados. Y si uno tiene una buena idea, un buen líder sabe que no debe ser demasiado orgulloso para adoptarla.

—¿Y bien? —dijo Ganz, que intentaba parecer más alegre de lo que en realidad estaba—. ¿Alguna idea?

El viento de finales del invierno suspiraba entre los olmos. Los miembros de la compañía tosieron y movieron los pies.

—Apuesto a que sé... —comenzó Anspach, y se ovó un gemido general.

—Escuchémosle —intervino Ganz con la esperanza de estar haciendo lo correcto.

—Bueno, por lo que a mí respecta, me gusta apostar —continuó Anspach, como si eso fuese una novedad, a la vez que se levantaba para hablar—, y lo mismo les sucede a muchos... Es la oportunidad de ganar algo, algo importante y valioso, algo más de lo que obtienes normalmente. Estos hombres bestia no son distintos. Quieren vengarse por la destrucción del altar, aunque prefieren no arriesgar su hediondo pellejo en un ataque frontal contra caballería acorazada. ¿Qué probabilidades tendrían si lo hicieran? Quieren vivir. Pero si los tentáramos con algo más..., algo que les hiciera pensar que vale la pena arriesgar el cuello para conseguirlo, podríamos hacer que salieran. Ése es mi plan; que les ofrezcamos una apuesta tentadora. Y apuesto a que eso funcionará.

Algunos asintieron con la cabeza, unos pocos se mofaron, y Dorff profirió un

silbido ambiguo. Morgenstern transformó un eructo en una aprobatoria risa entre dientes.

Ganz sonrió. Por primera vez parecía existir cierta unión, pues todas las mentes trabajaban como una sola.

—Pero ¿qué les vamos a ofrecer? —preguntó Kaspén, y Anspach se encogió de hombros.

—Estoy trabajando en ello. Tenemos oro y plata; probablemente una buena cantidad entre todos. Tal vez un bote de monedas...

Vandam lo interrumpió con una carcajada.

—¿Crees que eso les importa? Las bestias no le dan mucho valor al oro.

—Bueno, ¿qué más tenemos? —inquirió Schell mientras se rascaba a conciencia una fibrosa mejilla.

—Tenemos esto —intervino Aric al mismo tiempo que levantaba el estandarte de Vess.

—¡Estás loco! —gritó Einholt, un guerrero silencioso y reservado, que raras veces hablaba, y cuyo estallido los sobresaltó a todos.

Aric titubeó y miró el rostro marcado por una cicatriz de Einholt con la esperanza de ver algo más que desprecio en el ojo sano del hombre.

—¡Piensa! Piensa en el prestigio, la gloria que obtendrían entre la inmunda chusma a la que pertenecen si capturaran esto. Piensa en la victoria que sería —dijo Aric, al fin.

—¡Piensa en la ignominia con que nos cubriríamos en caso de perder esa condenada cosa! —se burló Vandam.

—No lo perderemos —afirmó Aric—. Ahí está la clave. Es lo bastante valioso como para atraerlos en masa...

—Y lo bastante valioso como para asegurar que lucharemos hasta el último de nosotros para retenerlo —acabó Von Glick—. Es un buen plan.

Ganz asintió.

—¿Así que —preguntó Dorff— nos limitamos a... dejarlo a la vista para que lo vean?

—Sería demasiado obvio —dijo Ganz.

—Y yo no lo dejaría —afirmó Aric sin más—. Es mi responsabilidad. No puedo abandonar el estandarte.

Ganz se paseó por el círculo de hombres.

—Así que Aric se queda con el estandarte. El resto de nosotros se pone a cubierto, listos para atacar.

—Aric no puede quedarse solo... —comenzó Gruber.

—Continuaría pareciendo demasiado obvio —añadió Anspach—. Alguien tiene que quedarse con él.

—Yo lo haré —se ofreció Vandam, en cuyos ojos había ferocidad.

Ganz sabía que el joven guerrero estaba ansioso por enmendar los resultados de su anterior temeridad. Estaba a punto de asentir con la cabeza para aprobar la propuesta cuando habló Von Glick.

—Es una valiente oferta, Vandam, pero eres demasiado bueno en la carga para desperdiciarte en eso. Deja que me quede yo, Ganz. Nos quedaremos con el cadáver de Kriber, y dará la impresión de que el portaestandarte ha sido dejado aquí para guardar al muerto y al agonizante.

—Eso sería más convincente —opinó Anspach.

—Yo también me quedaré —añadió Gruber—. Esperarán que haya al menos dos hombres, y mi caballo ha perdido una herradura.

Ganz los miró a todos por turno.

—¡De acuerdo! ¡Hagámoslo! ¡Por la gloria de Ulric y la memoria de Jurgen!

Los diez jinetes montaron y atravesaron el claro entre un estrépito de cascos de caballo para desaparecer en el oscuro bosque. Ganz se detuvo antes de partir.

—Que el Lobo corra a vuestro lado —les dijo a Aric, Gruber y Von Glick.

Aric y Gruber se ocuparon de poner cómodo a Von Glick junto al altar. Cubrieron a Kriber con una manta de caballo, ataron sus monturas a cierta distancia hacia el oeste y encendieron una hoguera. A continuación, Aric clavó el estandarte en el suelo arcilloso.

—No tenías por qué quedarte tú también —le dijo a Gruber.

—Sí, debía hacerlo —fue la respuesta de Gruber—. Necesito con toda mi alma hacer esto.

El anochecer cayó sobre ellos y moteó el cargado cielo con oscuros remolinos de nubes. Comenzó a llover de manera oblicua, y se levantó viento que agitaba el deshilachado borde del viejo estandarte y suspiraba a través del bosque triste.

Los cuatro permanecían junto al fuego: los dos guerreros vivos, el muerto y el hombre que se encontraba a medio camino entre ambos estados. Los ojos de Von Glick parecían turbios y tan oscuros como los cielos.

—Ulric —murmuró al mismo tiempo que miraba a la fría bóveda celeste—, haz que vengan.

Gruber tendió una mano y tironeó de un brazo de Aric. El significado del gesto no necesitaba explicación. Ateridos de frío, los dos hombres alzaron sus martillos de guerra, se incorporaron y se quedaron de pie junto a las chisporroteantes cenizas con la vista fija en el otro lado del claro.

—¡Por la Llama Sagrada! Aric, hermano mío —dijo Gruber—, ahora veremos una lucha de verdad.

Los hombres bestia atacaron. Eran, tal vez, unos ochenta, más de los que Aric

recordaba de la batalla campal de la estación anterior, cuando los hombres bestia los habían pillado por sorpresa y Jurgen había caído. Los deformes monstruos iban ataviados con hediondas pieles, y sus cabezas de animal estaban coronadas por toda clase de cuernos, colmillos y astas; su piel era escamosa y peluda, o calva y musculosa, o enferma y flácida. Bramaban al cargar hacia el interior del claro, procedentes de la línea oriental de árboles. Los precedía su repugnante aliento colectivo. Tenían ojos desorbitados como de ganado demente, y las babeantes bocas abiertas dejaban a la vista encías ulceradas, dientes negros y colmillos curvos como ganchos. El suelo se estremecía.

Aric y Gruber saltaron sobre sus caballos y galoparon para interponerse entre la carga y el solitario estandarte.

—¡Por Ulric! —gritó Aric cuando su martillo comenzó a girar.

—¡Por los martillos del Lobo! —rugió Gruber al mismo tiempo que mantenía quieto al caballo.

—¡Por el templo! ¡Por el templo! —bramó una tercera voz, y al volverse, los jinetes vieron que Von Glick, martillo en mano, se encontraba de pie junto al estandarte, en cuya asta apoyaba el peso.

»¡Por el templo! —volvió a bramarles.

Con gritos de guerra tan feroces como las propias bestias, Aric y Gruber hicieron saltar a los caballos hacia la primera línea de la manada que se precipitaba hacia ellos, para darse impulso y enfrentarse de cabeza a la carga. Los martillos giraban y volaban. La sangre y la saliva manaban de las cabezas partidas. Los cascos de los caballos destrozaban la carne flácida. Lanzas y espadas soltaban estocadas. Los gritos de guerra de los dos lobos resonaban por encima de todos. Aric se regocijaba; casi había olvidado el éxtasis del combate, la furibunda refriega. Gruber reía con sonoras carcajadas. Acababa de recordar.

Von Glick defendía su posición junto al estandarte, a pesar de que la sangre procedente de la herida abierta chorreaba por su armadura. Mató a la primera bestia que lo acometió, y la segunda se desplomó con el cráneo hendido. La tercera cayó hacia atrás con las costillas partidas. Entonces había tres, cuatro en torno a él, cinco. Estaba tan metido en la lucha como Aric y Gruber.

Aric golpeaba a diestra y siniestra mientras la sangre pintaba su armadura gris y la espuma volaba hacia atrás desde la boca de su frenético corcel. Vio a Gruber que reía, golpeaba...

Caía.

Una estocada de lanza derribó la montura, y Gruber fue lanzado entre las aullantes bestias, blandiendo el martillo a modo de una furiosa negación del final.

Oyeron un trueno. Arriba, en el cielo, estalló la tormenta. Abajo, en el suelo, la compañía de Lobos entró en el claro y acometió a la manada de hombres bestia por

retaguardia. Dentro, en sus corazones, Ulric aulló el nombre de Jorgen.

Los caballeros de la Compañía Blanca cargaron en una sola línea, con Ganz en el centro, flanqueado por Vandam y Anspach.

—¡Por los dientes de Ulric, necesito un trago! —gritó Morgenstern cuando acometían.

—¡No, no lo necesitas! ¡En cambio, necesitas este tipo de valentía! —replicó Ganz con tono burlón.

Embistieron a la manada de bestias cuando éstas se volvían, confundidas, para hacerles frente. Segaron las filas de feroces criaturas, derribándolas y pisoteándolas. Los martillos de guerra llovían sobre ellas con tanta furia como la torrencial lluvia del cielo. Los relámpagos iluminaban con sus destellos la grotesca carnicería. Sangre y lluvia saltaban al aire como lanzadas por surtidores. Las aullantes criaturas les volvieron la espalda a sus objetivos primeros y se lanzaron a la lucha contra la caballería. Aric avanzó por el terreno sembrado de cadáveres y ayudó a Gruber a levantarse. El viejo guerrero estaba salpicado de sangre, pero vivo.

—Ocúpate de Von Glick y cuida del estandarte. Dame tu caballo —le dijo Gruber a Aric.

El joven desmontó y regresó junto al estandarte de Vess, mientras Gruber galopaba hacia la brutal refriega.

Von Glick yacía junto al estandarte, que aún permanecía clavado en la tierra, rodeado por casi una docena de cadáveres de hombres bestia.

—Ve..., veamos —jadeó Von Glick—. Así que el atrevido plan de Anspach funcionó... Apuesto a que estará contento.

Aric comenzó a reír, pero luego se detuvo. El viejo guerrero había muerto.

En pleno combate, Morgenstern blandía su martillo de guerra y hacía avanzar el caballo a través de la masa de cuerpos, golpeando a diestra y siniestra, y matando enemigos con tanta facilidad como si hubiesen sido una hilera de nabos sobre cubos puestos boca abajo. Reía con sus características carcajadas estridentes y golpeaba a todos los enemigos que tenía a su alrededor. Cerca, Anspach vio el despliegue de destreza que hacía, y se unió a su risa mientras destrozaba hombres bestia con el martillo.

En el corazón de la refriega, Vandam, el más feroz de todos, con la gloria cantando en sus venas, mataba una bestia tras otra, el triple que cualquiera de ellos. Aún estaba matando monstruos cuando varias lanzas lo derribaron.

Entre el tumulto, Ganz vio al enorme hombre toro, el jefe de la manada, la bestia que había matado a Jorgen. Cargó hacia él, pero su martillo fue arrastrado hacia abajo

por el peso de unas criaturas que lo aferraban. El hombre toro blandió su arma para matarlo.

El hacha fue parada por el mango del martillo de Gruber, que, acompañado por su grito de guerra, cabalgó hasta situarse a la derecha del comandante para guardarle el flanco. Ganz logró liberar el martillo y, antes de que el enorme monstruo de cabeza de toro pudiese volver a golpear, le aplastó el hocico contra el cráneo en medio de una explosión de sangre.

—¡En el nombre de Ulric! —gritó Ganz, regocijado, y en los cielos resonó un trueno como un aplauso.

Del campo barrido por la lluvia se elevaba humo y vapor de sangre. Los templarios del Lobo desmontaron uno a uno en medio de la carnicería y se arrodillaron en el fango para darle las gracias al furibundo cielo. La terrible lluvia les lavaba la sangre de las armaduras mientras la plegaria les purificaba el espíritu. De la horda de hombres bestia, no había sobrevivido ni uno solo.

Ganz caminaba en silencio para examinar a los caídos. Von Glick se encontraba a los pies de Aric, y el comandante estaba seguro de que el joven guardaba el cuerpo del viejo guerrero más de lo que guardaba el flameante estandarte.

Vandam, atravesado cuatro veces por toscas lanzas, se hallaba contorsionado sobre una pila de cadáveres.

—Ha encontrado la gloria que buscaba —comentó Morgenstern—. Ha sido trasladado a una compañía mejor, la del propio Ulric.

—Que los lobos guarden su alma valiente —dijo Ganz.

Al otro lado del ensangrentado campo batido por los cascos de los caballos, Dorff comenzó a silbar una tonada que se parecía a un himno de batalla. Anspach se unió a él y se puso a cantar, dando forma y melodía a las notas de Dorff. Einholt se unió a ellos, con voz suave y baja. Era una canción de duelo, de victoria y pérdida, una de las favoritas del viejo Jurgen. Al cabo de tres versos, todas las demás voces se habían sumado al canto.

Volvieron a entrar en Middenheim tres días más tarde, y también entonces estaba lloviendo.

Mitterfruhl ya casi había llegado, pero el sumo sacerdote abandonó los preparativos del templo y salió, atraído por los emocionados susurros. Él y su séquito esperaban en la plaza del templo cuando la Compañía Blanca entró: once jinetes orgullosos tras el estandarte de Vess, con tres nobles muertos atados a sus corceles.

En formación de honor detrás del sacerdote inmóvil, las compañías Roja, Gris, Dorada y Plateada —los destacamentos de guerreros que, junto con la Blanca,



conformaban las fuerzas del templo— alzaron sus voces en guturales vítores. Ganz, desde lo alto del caballo, bajó la mirada hacia el sumo sacerdote.

—La Compañía Blanca ha regresado al templo, señor —dijo—, y el ánimo ha regresado a la Compañía Blanca.

## Los muertos entre nosotros

El Dios de la Muerte me contemplaba mientras yo preparaba el cadáver para sepultarlo. Sus ojos en sombras no eran visibles, pero podía sentir su mirada fija en mis manos mientras éstas se movían sobre el cuerpo frío que tenía ante mí, y vio que la obra era buena. La atmósfera de la bóveda del subterráneo del templo era quieta y húmeda; olía ligeramente a moho, a cenizas y a los millares de muertos de Middenheim que habían pasado por allí en su viaje final.

Entoné las palabras del ritual en un susurro, con la mente concentrada sólo en el ritmo y el poder que contenían, mientras mis manos se movían según los sagrados gestos de la ceremonia. Había hecho eso muchas veces antes. El cuerpo que tenía delante no era más que un cadáver, pues su alma ya había sido bendecida y liberada, y había volado hacia el otro mundo. Mi cometido entonces era sellar el cuerpo, asegurarme de que ninguna otra entidad pudiese ocuparlo y tomar posesión de aquella envoltura vacía.

Un paso que sonó en los escalones de piedra se entrometió en mi concentración e interrumpió el encantamiento. Morr ya no estaba vigilando; la talla de la deidad patrona situada sobre el altar volvía a ser sólo una talla. Los pasos se detuvieron por un instante, y luego continuaron bajando hacia el Factorum. La alta y madura figura del hermano Gilbertus bloqueó por un instante la débil luz al pasar por la puerta. Sabía que sería él.

—No te molesto, ¿verdad? —preguntó.

—Sí —dije sin más—, me molestas. Es el tercer encantamiento del Rito Funerario que has interrumpido este mes, hermano, y como penitencia ocuparás mi lugar en su ejecución. Se llevarán este cuerpo a mediodía para enterrarlo en el bosque, así que te sugiero que comiences con el ritual en cuanto hayas acabado de decirme por qué has venido.

Gilbertus no protestó.

—Han encontrado un cuerpo —dijo.

—Por si no te has dado cuenta, hermano, éste es el templo de Morr, que es el Dios de la Muerte. Nosotros somos sacerdotes de Morr y trabajamos con cuerpos. Un

cadáver más apenas constituye un motivo para irrumpir en el Factorum mientras otro sacerdote lleva a cabo una ceremonia. Es evidente que tu período de aprendiz en Talabheim te ha enseñado bastante poco. Puede ser que tenga que darte más lecciones.

Se quedó mirándome con rostro inexpresivo. Mi sarcasmo le había pasado por alto o no lo había entendido. Yo contemplé su copete encanecido y las arrugas de la edad que le rodeaban los ojos, y por un momento pensé en lo viejo que era para ser un sacerdote novicio. Pero, bien mirado, también yo había ingresado en el templo a una avanzada edad. Muchos lo hacían.

—Se trata de una mujer —explicó él—. Asesinada. Pensé que querías saberlo.

—¿Dónde? —pregunté tras parpadear.

—En el corazón. Con un cuchillo.

—Preguntaba en qué lugar de la ciudad, zoquete.

—¡Ah! En el callejón que está detrás de La Rata Ahogada, en el Ostwald.

—Voy a salir. —Me quité los ropajes rituales y los arrojé a un rincón de la sala—. Comienza ahora con el Rito Funerario, y habrás acabado para cuando yo regrese.

Un frío viento de Jahrdrung silbaba sobre los tejados de pizarra y entre los inhóspitos edificios de piedra de Middenheim. Si hubiese habido hojas en los pocos árboles que crecían en la cumbre de aquella roca, el pináculo en el aire que los hombres llamaban Ciudad del Lobo Blanco, habrían sido arrancadas y lanzadas hacia el cielo. No obstante, nos encontrábamos en los últimos días del invierno, el festival de Mitterfruhl aún no se había celebrado y los pimpollos primaverales todavía no se veían. Pasaría algún tiempo antes de que naciera nueva vida.

El viento atravesaba mi fina túnica mientras yo ascendía a través del parque de Morr, donde la hierba escarchada crujía bajo mis pies, y salía a las calles que se hacían más estrechas y descuidadas a medida que se alejaban hacia el suroeste para internarse en el distrito de Ostwald, abarrotado de gente por la bulliciosa actividad matinal. Hacía un frío tremendo y me maldije por no ponerme una capa antes de salir del templo, pero la prisa era más importante que mi bienestar. Los rumores y las falsedades se propagan con rapidez en una ciudad tan compacta y atestada como Middenheim, y cuando se trataba de una muerte sin explicación, el hecho de que alguien hablase mal del muerto sólo entorpecería mi trabajo.

El callejón situado detrás de la taberna de La Rata Ahogada era estrecho e inclinado, hediondo y superpoblado. Una pareja de la guardia de la ciudad intentaba, sin demasiado éxito, mantener alejados a los mirones, pero la gente retrocedió un poco cuando me aproximé. Los ropajes oscuros de los sacerdotes de Morr tienen ese efecto, que no es debido al respeto. A nadie le gusta que le recuerden su condición mortal.

Cuando la multitud se dividió para permitirme el paso, vi la mollera calva del capitán de la guardia, Schtutt, que se encontraba de pie junto al cadáver. Alzó los ojos, me vio y sonrió al reconocermelo. Tenía el rostro arrugado por la mediana edad y la buena vida. Aunque nos conocíamos desde hacía años, no le devolví la sonrisa. Comenzó a decir algo a modo de saludo, aunque yo ya me había acuclillado junto al cuerpo.

Era una mujer..., o lo había sido. Probablemente, tenía apenas veinte años; probablemente, había sido hermosa. El cabello era de un castaño oscuro y ondulado. Algo de su rostro decía que tenía sangre de Norsca, aunque resultaba difícil saberlo con seguridad porque le faltaba un ojo y la mayor parte de una mejilla. Tenía las orejas más delicadas que antes hubiese visto. Sus ropas, llamativas pero baratas, habían sido tajadas en todos los sentidos por una hoja cortante —«un cuchillo de caza o una daga», conjeturé—, antes de que el golpe fatal se deslizara entre sus costillas y le atravesara el corazón. Había sido un asesinato preciso, y alguien había hecho muchos esfuerzos para que pareciese menos perfecto. Le faltaba el brazo izquierdo, y una tosca manta marrón cubría un objeto que había a unos sesenta centímetros de ella. La sangre derramada sobre el empedrado había comenzado a impregnar la tela.

No era Filomena. Filomena había sido rubia.

Recordé dónde estaba y alcé la mirada hacia Schtutt.

—¿Qué hay debajo de la manta?

—No la levantes —murmuró él, con un tono nervioso en la voz. Luego, se volvió hacia el grupo de buitres y chismosos, y habló con voz sonora—. Muy bien, largaos. No hay nada más que ver. Agente, sácalos a todos de aquí. Dejadle lugar al sacerdote de Morr para que haga su magia.

Yo no tenía planeado hacer magia ninguna, pero esa sugerencia, aparejada con el olor a muerte del estrecho callejón, bastó para que la mayoría de los presentes se alejaran en silencio. El bueno del viejo Schtutt...

Bajó los ojos hacia mí durante un segundo, con la expresión colmada por alguna tensión que no pude identificar, y se inclinó para levantar una punta de la manta. Debajo había algo que no era humano: una extremidad que tal vez medía un metro veinte de largo. No tenía ni mano ni huesos, sino grandes ventosas como cuencos en la parte inferior. Olía a podredumbre y a algo amargo y penetrante, como ajeno y vino rancio.

Me sobresalté. Sentí sobre la espalda la mirada de Schtutt, y también la de un guardia. ¿Estaban mirando la cosa que había debajo de la manta, o me observaban a mí para ver cómo reaccionaba? Me di cuenta de que se me había acelerado la respiración e intenté controlarme. «Respira profundamente. Los sacerdotes de Morr no sienten temor en ningún caso. No pueden verlos en estado de pánico».

—Bien —dije, y me levanté. «Muéstrate firme, decidido»—. Necesitamos un carro para llevar todo esto al templo. De costados altos, si es posible.

—Cuando venía hacia aquí, vi la carreta de un basurero —sugirió uno de los guardias.

—Eso nos irá bien. Ve a buscarla. —Esperé hasta que se marcharon, y luego hice un gesto hacia la manta—. ¿Cuántos han visto esto?

—Dos o tres.

—Asegúrate de que no hablan del tema. Amenázales, mételes dentro el miedo de Ulric, cualquier cosa menos cortarles la lengua. Lo último que necesitamos es que cunda el pánico porque había un mutante dentro de la ciudad.

—Un mutante —dijo Schtutt.

Su voz carecía de entonaciones, como un eco. Era como si no se hubiese atrevido a usar esa palabra hasta que yo la pronuncié en voz alta y confirmé sus peores miedos. ¿Un tentáculo? Bueno, no se lo habían cortado a un pulpo de los pantanos ni a un kraken del Mar de las Garras, no en un callejón de Osrwald. Pero entonces que había dicho la palabra, tenía que impedir que la repitiera donde pudiese oírlo la gente.

—Habrá que hacer una investigación a fondo, una disección. Si se trata de un..., bueno, lo quemaremos con discreción. Por el amor de Ulric, no vayáis por la ciudad hablando de mutantes. Ni siquiera entre los guardias. Guardáoslo para vosotros. Eso sí: haced circular la descripción de la muchacha: edad, estatura, ropa, todo menos lo del brazo. —Me froté las manos porque se me estaban quedando congeladas—. Tenemos que llevar el cuerpo al templo para que yo pueda empezar a trabajar. ¿Dónde está esa condenada carreta?

Llegó al fin, y el cuerpo fue cargado en el vehículo sin ceremonias; los basureros no estaban muy contentos por el hecho de que su trabajo hubiese sido interrumpido. Nadie quería tocar lo que había debajo de la manta. Por último, yo lo levanté envuelto en la tela, lo dejé junto al cadáver en la parte trasera de la hedionda carreta y luego retrocedí para limpiarme las manos en la fina túnica sin que Schtutt me viera hacerlo.

El conductor hizo restallar el látigo, y el caballo viejo tiró del vehículo, que descendió con estrépito, lentamente, por los mugrientos adoquines de las calles del tugurio hacia el espacio abierto del parque de Morr, con el templo en el centro. Schtutt y yo caminábamos detrás de la carreta.

—¿Tienes alguna idea de quién era? —pregunté.

—Aparte de ser un... —Schtutt captó mi mirada feroz—. No, no lo sabemos. Iba vestida como una moza de taberna, o tal vez una muchacha de la noche; pero no habría conseguido trabajo con un brazo así. Aunque quizá lo camuflaba con magia. Podría haber atraído a alguien a ese callejón, haber anulado el hechizo, y entonces él la mató a causa del horror.

»O tal vez fue un asesinato ritual. Dicen que hay poderosos cultos de adoradores

del Caos dentro de la ciudad. Encontramos sacrificios; principalmente, gatos. —Se estremeció—. Si pensara que iba a haber problemas con el Caos, cogería a mi familia y me marcharía de Middenheim. Me iría al norte. Mi hermano tiene una hacienda a unos cincuenta kilómetros de distancia. ¿Crees que cincuenta kilómetros son suficientes para escapar del Drakwald?

No respondí porque estaba siguiendo el curso de mis propios pensamientos. Schtutt pareció contentarse con continuar charlando sin que le contestara.

—No deberíamos aguardar a que ellos actúen. Tendríamos que descubrirlos y quemarlos. Y quemar también sus casas, hasta los cimientos —dijo, y en su voz había un cierto regodeo—. Hacer que viniesen a investigar algunos cazadores de brujas. ¿Recuerdas a los dos que llegaron de Altdorf? Diecisiete adoradores del Caos descubiertos y quemados en tres días. Son el tipo de hombres que necesitamos. ¿Eh? ¿Dieter?

Eso acabó con mi concentración. Nadie me llamaba Dieter por entonces; no, en los últimos ocho años, desde que había ingresado en el templo. Desvié la vista hacia él y lo miré a los ojos, en silencio. Pasado un momento, él los apartó.

—¡Por las barbas de Ulric! —masculló—. Ya no eres el mismo hombre de antes. ¿Qué te han hecho en ese templo de necrófagos?

Se me ocurrieron un centenar de respuestas, aunque ninguna adecuada para ese momento, así que no dije nada. El silencio es lo primero que aprende un sacerdote de Morr, y yo he aprendido bien la lección. Un vacío sin palabras se prolongó entre nosotros, hasta que lo rompió Schtutt.

—¿Por qué lo haces? —preguntó—. Es lo que no entiendo. Recuerdo cuando eras uno de los mejores comerciantes de Middenheim. Todos acudían a ti para todo. No eras sólo rico, eras...

—Era amado. —Schtutt guardó silencio, y yo proseguí—. Amado por mi esposa y mi hijo, que desaparecieron. Ya lo sabes. Todos lo saben. Nunca los encontraron. Gasté centenares de coronas, miles de ellas para buscarlos. Y descuidé mi trabajo, mi empresa quebró y yo renuncié. Ingresé en el templo de Morr y me hice sacerdote.

—Pero ¿por qué, Dieter? —Ese nombre otra vez. No era el mío, ya no—. Allí no podrás encontrarlos.

—Lo haré —respondí—. Antes o después, sus almas irán a reunirse con Morr, y serán recibidas por las manos del dios, y entonces lo sabré. Es la única certidumbre que me queda ya. Era el no saber lo que estaba matándome.

—¿Por eso lo haces? —preguntó él—. ¿Investigar las muertes inexplicadas? ¿Por si se trata de ellos?

—No —repliqué—. No, eso es sólo para matar el tiempo. —Pero yo sabía que estaba mintiéndole.

El carro rodó por la tierra dura del parque de Morr, aún demasiado congelada para cavar sepulturas, y se detuvo en el exterior del templo. La piedra oscura del edificio y las ramas desnudas de los altos árboles que lo rodeaban como manos tendidas que ofrecieran una caja cerrada a un dios invisible estaban silueteadas contra un cielo gris, cargado con la nieve que todavía no había comenzado a caer.

Schtutt y su ayudante transportaron el cuerpo escaleras abajo hasta la penumbra abovedada del Factorum, mientras yo los seguía con la manta y su desagradable contenido en los brazos. No había ni rastro de Gilbertus ni del cuerpo que había quedado preparado para ser sepultado. Bien.

El cuerpo de la muchacha fue tendido sobre una de las grandes losas de granito, y coloqué el tentáculo a su lado, sin desenvolverlo. El hedor de la carreta de basura impregnaba las ropas de la muerta, pero había otro olor, acre y desagradable.

En la quietud y penumbra reinantes, podría haber sido cualquier mujer hermosa que dormía. Contemplé fijamente su forma inmóvil. ¿Quién era? ¿Por qué la habían matado de un modo tan deliberado, tan frío? ¿Por qué habían disimulado el hecho para que pareciese otra cosa? ¿Tendría un enemigo poderoso, o la habían matado por otra razón? ¿Sería más importante muerta que viva? El brazo...

Schtutt arrastró los pies y tosió, y pude percibir su inquietud. Tal vez, los cuerpos que yacían sobre las otras losas tuviesen algo que ver con eso.

—Será mejor que nos marchemos —dijo.

—Sí —repliqué con brusquedad.

Quería quedarme a solas con el cuerpo para hacer el intento de percibir algo que me indicara quién o qué la había matado. No es que me guste la gente muerta. No me gusta. Es sólo que la prefiero a la viva.

—Necesitaremos un informe oficial —añadió él—. Si se trata de un mutante, habrá que decírselo al Graf. ¿Le harás la disección hoy?

—No —respondí—. Primero hacemos los rituales para darle descanso al alma. Los haré yo personalmente. Luego, hacemos la disección, para dejar constancia en los archivos y para aumentar el precioso papeleo del Graf. Después, si no podemos encontrar a un familiar próximo, se le hace un funeral de indigente.

—¿La arrojaréis desde el barranco de los Suspiros? —preguntó Schtutt con voz escandalizada—. Pero seguramente los mutantes deben ser quemados para purificarlos, ¿no?

—¿Acaso he dicho yo que fuera una mutante? —inquirí.

—¿Qué?

Cogí la sección de tentáculo que se encontraba junto al cadáver y la acerqué a él con brusquedad. Estaba fría y húmeda, y tenía un tacto gomoso. Schtutt retrocedió como un perro golpeado.

—Huélelo —le dije.

—¿Qué?!

—Huélelo.

Lo olfateó con precaución y, luego, me miró.

—¿Y bien? —pregunté.

—Es... agrio. Como algo rancio.

—Vinagre. —Dejé el tentáculo donde estaba antes—. No sé de dónde ha salido eso, pero sí sé que no se encontraba unido a nadie que estuviese vivo esta mañana. Esa condenada cosa ha sido escabechada.

Finalmente, tras prometer que intentarían averiguar la identidad de la muchacha, Schtutt y su hombre se marcharon. Estuve a punto de pedirles que no lo hicieran. El modo menos probable de averiguar algo sobre una muerte en Ostwald, con sus serpenteantes callejones y oscuros trapicheos, es hacer que guardias de pesadas botas anden por ahí formulando preguntas con toda la sutileza de un ogro que no se ha duchado. Aunque obtuvieran una respuesta, no serviría de nada. Yo continuaba deseando averiguar quién era la muchacha, pero cuanto más pensaba en el asunto más me convencía de que era su muerte, y no su identidad, lo que revestía importancia. Alguien había querido convencer a la gente de que había mutantes en la ciudad, y lo habría logrado si la investigación hubiese quedado en manos de gente como Schtutt.

«No es un mal hombre», reflexioné mientras preparaba el ritual. Nos conocíamos muy bien en la época anterior a mi ingreso en el templo: por entonces, él era un comerciante joven que intentaba abrirse paso hasta las franquicias que poseían familias mucho más antiguas y poderosas que él. Luego, la familia Sparsman lo había denunciado por evasión de impuestos, y una parte de la condena había sido trabajar durante un mes en la guardia de la ciudad. Y allí quedó todo, porque allí encontró su lugar en la vida, y era mucho mejor capitán de la guardia que comerciante, lo cual no significaba que fuese un capitán de la guardia demasiado bueno.

Encendí la última de las velas que había colocado en torno al cuerpo. Con los adecuados gestos rituales, salpiqué un poco de agua bendita sobre el cadáver, respiré profundamente y comencé a entonar el hondo y bajo Rito Innombrable. En mi interior, esperaba. El espíritu de Morr se movió por encima y a través de mí, dentro de las estructuras que había creado con las manos y la mente, y fluyó desde mi interior para envolver el cuerpo de la mujer que tenía delante, para bendecirlo y protegerlo del mal.

Y luego, se detuvo. Algo se resistía. La energía del Señor de la Muerte flotaba en mí, en espera de que yo la utilizase. Pero me sentía como si estuviese intentando unir dos piedras imán: cuanto más me esforzaba, cuanto más me aproximaba al cadáver, mayor era la repulsión. Continué entonando las palabras del ritual para atraer hacia mí una mayor cantidad de la energía de Morr, al mismo tiempo que intentaba



esparcirla sobre el cadáver, pero resbalaba como la lluvia sobre el cuero engrasado. Algo iba mal, muy mal, aunque no estaba dispuesto a renunciar. Seguí entonando el ritual, reuniendo todas mis fuerzas para empujar el poder de Morr sobre el cadáver. La resistencia disminuyó, pero no pude quebrantarla. Había llegado a un punto muerto.

Una de las velas chisporroteó y se apagó, consumida hasta el final. Cuando comencé el ritual tenía unos ocho centímetros de largo, tal vez diez. Debían de haber pasado horas. Interrumpí el canto y el poder divino salió de mí, llevándose consigo las pocas energías que me quedaban. Tenía las rodillas flojas como ramitas verdes y sentía que me balanceaba a causa del agotamiento. A solas entre las sombras, contemplé el cuerpo. En el Factorum, reinaba un silencio absoluto, que sólo quedaba interrumpido por mi suave respiración agitada; la quietud era total..., aunque la atmósfera resultaba tranquila. Había tensión, como si el ambiente aguardara algo. El helor de la primavera y las frías piedras parecían clavarme alfileres a través de la túnica, y me estremecí. Por un momento, sentí lo que la gente normal debe sentir cuando entra aquí: el terror de verse rodeada por los muertos; el terror de no entender.

Apagué con los dedos las restantes velas y me apresuré a marcharme, escaleras arriba, hacia la calidez relativa del cuerpo principal del templo, y sentí que al hacerlo se desvanecía mi miedo momentáneo. Por un instante, consideré la posibilidad de acudir a la nave principal para rezar un rato; pero, en cambio, atravesé la entrada lateral que lleva a las dependencias privadas de los sacerdotes, recorrí el estrecho corredor de piedra y llamé a la puerta del padre Zimmerman. Me sentía incómodo por tener que hacer eso; a veces, sin embargo, la única manera de enfrentarse con un problema es pasárselo a los que están más arriba.

Desde dentro de la habitación me llegó un arrastrar de pies y una voz amortiguada. Luego, alguien abrió a medias la puerta desde el otro lado, y el hermano Gilbertus se deslizó al exterior. Me recordó a un gato que se moviera por un espacio pequeño, o a una serpiente. Me dedicó su suave sonrisa y desapareció camino de la rectoría. Abrí la puerta del todo y entré. El padre Zimmerman se encontraba sentado ante su escritorio y daba la impresión de que había estado escribiendo una carta. La tinta le manchaba los dedos, y en el suelo había plumas rotas. Al volverse para mirarme, vi que también tenía tinta en la blanca barba.

—¿Qué sucede? —preguntó.

No creí que la irritación de su voz fuese porque hubiera interrumpido la reunión. Probablemente, tenía más que ver con el hecho de que yo no le gustaba. A mí me parecía bien, porque él tampoco me gustaba.

—Hay un cuerpo nuevo en el Factorum, padre.

—Los cuerpos son nuestro material de trabajo, hermano. Habrás observado eso en los años que llevas trabajando aquí.

Pensé en lo que yo le había dicho antes a Gilbertus, y maldije al de Talabheim. Sin duda, había ido allí con el cuento de mi falta de respeto hacia los muertos.

—He estado intentando bendecirlo para la sepultura —continué—. La bendición no..., no se asienta. Es como si algo se resistiera.

—¿Se trata de la muchacha mutante?

«Maldito el de Talabheim, mil y mil veces maldito».

—Sí, pero no es...

—Desperdicias demasiado tiempo con la escoria callejera y los residuos de la vida, hermano. No es una buena actitud para un templo como el nuestro, que tiene un cierto prestigio dentro de la comunidad. Deberías pensar en otras cosas y dedicarte más a las buenas obras en las que te he sugerido que te empeñes.

—Yo no trabajo para ti. Trabajo para Morr.

—¿Tal vez serías más feliz si trabajaras para él en un ministerio solitario? Nos han pedido que establezcamos un santuario en una de las ciudades de los Desiertos; para atender a su plaga de víctimas, ya sabes. Podría recomendarte para el puesto.

Hizo un gesto hacia su escritorio. Obviamente, tenía en la cabeza asuntos de traslados y administración, pero siempre había sido un tipo intolerante, arribista y chupatintas, más preocupado por las apariencias que por los auténticos asuntos de la obra de Morr. Yo lo odiaba, pero me di cuenta de que no iba a conseguir lo que quería si no me disculpaba, así que apreté los dientes y transigí.

—Lo siento —dije en un susurro—, pero en el Factorum tengo un cadáver que no puedo purificar y preparar para la sepultura. No sé si está encantado u otra cosa; pensé que tal vez tú lo sabrías y que querrías que te pusiera al corriente del hecho.

—Y pensaste que yo, dado que soy un sacerdote de más edad y experiencia, y con más poder, podría hacer el Rito de Purificación en tu lugar. ¿Es eso?

Eso era, así que asentí con la cabeza... Pero al ver que su expresión cambiaba supe, al instante, que había cometido un error. Era la respuesta que él quería oír. Me miró con rostro ceñudo. Entonces podía sentir su desagrado hacia mí, y acababa de darle una excusa para descargarlo.

—¿Pensaste —siseó— que el sumo sacerdote del templo de Morr, de Middenheim, tiene tiempo para ensuciarse las manos bendiciendo el cadáver de una fulana de la calle?

—Yo no...

—¿Tienes el descaro de pedirme que malgaste mi tiempo con una de tus vidas despreciables, una mutante, para colmo? ¿Te atreves a entrar aquí e insultarme...?

Bajé la cabeza y dejé que las palabras me pasaran por encima. No era nada que no hubiese oído antes. La antipatía que había entre el padre Zimmerman y yo constituía una de las principales razones por las que aún era un sacerdote de segundo grado después de ocho años de servicio en el templo, y probablemente no ascendería más.

Eso ya lo había aceptado. Podía ser que el padre estuviese a punto de retirarse, pero su puesto pasaría a alguien que actuara como él, pensara como él y a quien yo le desagradase tanto como a él. Quizá se tratase de Gilbertus, que aún siendo nuevo, en los últimos tiempos parecía estar haciéndole mucho la pelota. Era ambicioso ese Gilbertus. La carta que había sobre el escritorio del padre posiblemente hablaba de él.

De pronto, las palabras aminoraron la velocidad y cesaron. Estaba a punto de comenzar un nuevo párrafo, así que volví a prestar atención.

—Como penitencia, quiero que vayas al barranco de los Suspiros, donde encontrarás al hermano Ralf, que debe officiar allí un funeral, y que lo reemplaces. Luego, regresa aquí y rézale a san Heinrich, para que tus buenas intenciones no nublen tu sentido común. Empéñate en las oraciones, hermano. Reza hasta la décima campanada. Eso es todo.

Me marché.

Era de noche. Yacía despierto sobre mi estrecha cama y contemplaba los dibujos que la luz de la luna proyectaba sobre la pared de piedra de la diminuta ventana de mi diminuta celda; el duro resplandor del aura de Morrslieb eclipsaba poco a poco la luz más cálida de Mannslieb. Tenía el cuerpo absolutamente exhausto, agotado de energía a causa del ritual que había hecho aquel día, pero sabía que esa noche no podría dormir. Para empezar, tenía demasiado frío, con o sin primavera, y la fina manta no lograba calentarme lo suficiente como para que me sintiese cómodo. Además, no podía apartar a la muchacha muerta de mis pensamientos.

¿Quién había sido? ¿De dónde procedía para morir de modo tan ignominioso en las calles de Middenheim? ¿Su muerte tenía algo que ver con su identidad, o sencillamente había sido casual? Tal vez estaba en la taberna equivocada y le había dicho una palabra amable al hombre equivocado que la había llevado a un callejón oscuro al aproximarse el alba, y la había apuñalado una y otra vez con un cuchillo corto, inclinando cuidadosamente la hoja para hacer que el ataque pareciese producto del frenesí. Luego le había amputado un brazo para reemplazarlo por algo inhumano y, tras esconder el brazo real —debía llevar un saco consigo, probablemente uno grande e impermeable—, se había marchado.

Podía visualizar el tipo de hombre que debía ser, pero en ese preciso momento no estaba interesado en él. Quería imaginarla a ella.

Había sido hermosa alguna vez. Posiblemente, era hermosa la noche anterior: lo que quedaba de su complexión no tenía las mejillas coloradas debidas al alcohol que presentaban las prostitutas habituales. Arrugas de risa marcaban apenas la piel fresca que le rodeaba la boca y los ojos, y no llevaba pintura alguna en el rostro. No se trataba de una mujer que se hubiese valido de sus encantos físicos para ganar dinero; no, durante mucho tiempo, en todo caso.

¿Qué había traído a aquella belleza de Norse hasta Middenheim? Los de Norse eran demasiado pragmáticos y realistas para creerse las viejas historias sobre la ciudad de lo alto del risco, según las cuales tenía las calles pavimentadas con el oro extraído de la montaña que había debajo. Hasta allí la había llevado algo más que los sueños de otras ciudades y fortunas fáciles. Probablemente, había sido un comerciante o un viajero —tal vez de Norsca, aunque quizá no, ya que eran leales a los suyos, sobre todo cuando se hallaban en el extranjero—, quien la había abandonado cuando ella miró a otro hombre o quedó embarazada, o sucedió cualquiera de las otras mil cosas por las que un hombre rompe las promesas hechas a una mujer.

¿Cuánto tiempo habría pasado desde que la estabilidad y el amor que ella creía poseer se revelaron como una broma hueca? Las ropas que llevaba parecían bastante nuevas y seguramente demasiado costosas para el tipo de mujer que iba a beber a La Rata Ahogada, así que era probable que no llevase mucho tiempo en las calles, a menos que le hubiese robado a alguien recientemente. No; la gente puede disimular cuando está viva, pero el rostro de un muerto revela el verdadero carácter que hay tras él, y en lo que quedaba de sus rasgos no había visto nada del delincuente de poca monta. Y tampoco había en él nada de la prostituta endurecida y desgastada. Era nuevo, para ella, eso de tener que valerse de sus encantos y de un vestido escotado para ganarse la vida, o al menos demasiado nuevo para que pudiera diferenciar entre el tipo de hombre que sería bueno con ella y el que detestaba a las mujeres así y no quería nada más que hacerles daño.

Alguien de la ciudad tenía que saber quién era, y yo quería bendecirla con su verdadero nombre cuando la sepultara. Alguien lo sabía. Podría ser la persona que la había matado, y eso significaba que debía encontrarla. Nadie de La Rata Ahogada admitiría recordar nada de la noche anterior... Era esa clase de lugar, y ni siquiera el miedo a Morr los persuadiría para que hablaran.

Se oyó un sonido débil, una repentina vibración que recorrió todo el edificio del templo. Volvió a producirse pocos segundos después. Luego, hubo una pausa, y de nuevo se escuchó una tercera vez. Procedente de algún lugar situado más abajo del pasillo, llegó el sonido de un raspar de madera, el golpe de una puerta abierta de súbito y pasos que corrían. Por un instante, pensé en levantarme e investigar, pero decidí que aún estaba demasiado cansado debido al ritual, y me di la vuelta en la cama. Que lo averiguara Zimmerman. Si tanto defendía su condición de jefe del templo, que acarrearía con una parte de la responsabilidad que conllevaba el cargo. Volví a sumirme en mis pensamientos.

Ese brazo..., el brazo que no era de ella. Todo se reducía a eso. Había modos más fáciles de propagar el miedo al Caos y la mutación en una ciudad como Middenheim que el de falsear el asesinato de una mutante en un callejón. Así pues, ¿por qué? La

única razón que se me ocurría, era que un mutante muerto provocaría una investigación oficial, mucho papeleo y probablemente un ascenso para alguien de la guardia. Quizá se llevaría a cabo una cacería de brujas, y un par de viejas serían quemadas. Y el templo se vería implicado porque nosotros tendríamos que hacer la disección del cadáver y redactar el informe oficial, lo cual significaba que éste sería el primer lugar al que se llevaría el cuerpo. Pero ¿por qué? ¿Y por qué el cadáver de una belleza de Norsca, alta y de piel blanca, tan anónima como yo, en vez de una prostituta local?

Se oyó un alarido y me desperté de golpe; debía haberme quedado dormido. Alguien corría por el pasillo al que daba mi habitación y gritaba algo. Se oyó un estrépito lejano.

Problemas. Salí a toda velocidad y me puse el hábito mientras caminaba. Estaba oscuro y no pude ver a nadie a la débil luz de la luna, pero de la nave principal del templo me llegaba mucho ruido, así que me encaminé hacia allí. La luz oscilante y los gritos me dijeron que iba en la dirección correcta. La puerta de comunicación estaba abierta...; no, había sido arrancada de los goznes y yacía en el suelo. Salté por encima de ella y entré en la nave principal.

Era un desastre, como si por allí hubiese pasado una tempestad. Todo estaba destrozado. Las Llamas Eternas habían vuelto a apagarse, pero a la débil luz de las lámparas de noche situadas en las columnas, pude ver a tres sacerdotes, dos pertrechados con armas improvisadas —una escoba y una vara de oficio—, que se movían en círculos, pero a prudente distancia de alguien. Era ella.

Era ella. El rostro que yo había estado imaginando cuando yacía en mi cama sonreía estúpidamente, con una sonrisa muerta. Tenía un aspecto fatal, como le sucedería a cualquiera a quien hubiesen asesinado el día anterior. Sus movimientos eran convulsivos, bruscos, y no parecía haber luz en sus ojos ni expresión en su rostro muerto, excepto aquella sonrisa alelada. Con el único brazo que tenía aferraba el torso del hermano Rickard; el resto del cuerpo yacía a pocos metros de distancia. Mientras la observaba, soltó el cuerpo y comenzó a volver la cabeza de un lado a otro, como si intentara percibir algo con algún extraño sentido inhumano. Parecía que... No sé qué parecía.

—¡No os acerquéis!

Era el padre Zimmerman. Dudo que ninguno de nosotros tuviese intención alguna de acercarse más. Adoptó una postura teatral y comenzó a entonar una oración. Por el sonido de las palabras se trataba de un ritual, pero no era uno que yo reconociera. La cabeza de la mujer se irguió de repente, como si hubiese encontrado lo que buscaba, y a continuación avanzó con paso lento y rígido hacia él.

—¡Padre! ¡Aléjate! —chillé, mientras buscaba desesperadamente un arma con la

que defenderme.

El culto de Morr nunca se ha lucido por su armamento, y sus templarios no están precisamente preparados para la batalla. El cadáver avanzó otro paso hacia el padre. Él no cesaba de entonar las palabras, entonces con mayor rapidez, y a su rostro afloraba el pánico. Yo podría haber corrido para arrastrarlo a una distancia segura, pero no lo hice; en cambio, huí hacia el altar mayor. Allí se encontraba el disco plano del gran cuenco, cuyo chapado de oro y el espeso líquido que contenía destellaban en la suave luz. Detrás de mí, se oyó un alarido agudo, como el de una vieja.

Rodeé el cuenco con las manos y lo levanté. Era pesado, y el líquido chapoteaba entre los someros bordes. Al volverme, oí el chasquido, y en un instante vi morir al padre Zimmerman, cuya columna vertebral había quedado partida como si fuese una ramita seca. La muerta soltó el cuerpo, que cayó al suelo entre temblores.

Yo avancé con pasos medidos por el suelo cubierto de baldosas de mármol. El líquido se mecía dentro del gran cuenco y se derramaba un poco a cada paso. El cadáver-marioneta movía la cabeza de un lado a otro en busca de un nuevo objetivo, mientras yo me iba acercando. Los otros dos sacerdotes retrocedieron para alejarse de nosotros. Ya estaba a cuatro metros de distancia, a tres... Su cabeza giró hacia mí y el rostro destrozado desnudó los dientes para dedicarme una sonrisa muerta.

Le lancé el gran cuenco, y el contenido salió volando hacia ella como un aguacero. No sólo era agua, sino también aceite bendecido para ungir a los deudos. La cubrió y empapó los restos de las prendas que una vez habían sido elegantes. El cuenco se estrelló contra el suelo con estrépito, y rodó hasta quedar boca abajo. Retrocedí de un salto, cogí una lámpara de noche del nicho en que estaba, en la columna más cercana, y se la lancé a la empapada abominación.

Fue como una flor al abrirse, o como el sol cuando sale entre las nubes. El templo quedó inundado por la luz de la mujer en llamas. Ardía. Algo en ella tuvo que percibir lo que estaba sucediendo porque comenzó a debatirse contra las llamas. Cayó, su cuerpo crujió, y percibí olor a asado.

Los otros dos sacerdotes —Ralf, según pude ver, y Pieter— estaban inmóviles a causa de la conmoción y observaban cómo ardían el cuerpo y el templo. Yo no tenía tiempo para eso; me encaminé hacia las puertas principales y salí al feroz frío de la noche. La mente trabajaba a toda velocidad mientras caminaba: mujeres de Norsca muertas, brazos desaparecidos, cadáveres animados. En los escalones encontré a Gilbertus, que subía.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—A dar la alarma.

—Ya lo he hecho yo. ¿Qué era?

—Un cadáver animado. Alguien estaba controlándolo. El padre ha muerto.

—¡Ah! —No pareció sorprendido—. ¿Volverás dentro?

—No —respondí—. Para empezar, hay un incendio, y además, sé quién mató a esa muchacha.

—¡Ah! ¿Quién?

—Un nigromante —contesté—. Un nigromante agraviado.

Si uno quiere información sobre agravios, debe hablar con un enano. No me entusiasmaba la idea de tener que ir a ver a aquel enano en particular a tales horas de la noche; no, porque fuese a estar en la cama —sabía que no sería así—, sino debido al lugar en que se encontraba. La zona de Altquartier ya resultaba bastante desagradable durante el día, pero pasada la media noche era de lo peor: las fulanas más tiradas, los delincuentes más insignificantes y la gente más desesperada. Y en el corazón de aquella zona estaba La Casa Bretoniana.

Iluminado por la dura luz de la luna, el lugar parecía tan cochambroso como yo lo recordaba: una pequeña y vieja taberna, con el frente pintado de negro, cristales rajados en las ventanas y olor rancio a col hervida que se filtraba desde el comedor barato de la planta superior. Parecía cerrado, pero sabía que no podía estarlo; los lugares como ése nunca están cerrados si el patrón o dueño te debe un favor. En tiempos anteriores, había pasado allí buenas veladas, había obtenido datos útiles y me había peleado dos veces. Esperaba que eso último no se repitiera esa noche.

Llamé a la puerta que, pasados unos segundos, se abrió con un crujido.

—¿Quién es?

—Estoy buscando a Alfric Medianariz.

—¿Quién lo busca?

—Dile... —hice una pausa—. Dile que lo busca el hombre que fue Dieter Brossmann.

La puerta se cerró. Podía imaginar la conversación que tenía lugar al otro lado. Transcurrido un largo minuto, la hoja volvió a abrirse para dejar a la vista a un hombre bajo y achaparrado, con un corte de pelo en forma de cuenco.

—Entra —dijo.

Lo hice. Hay un truco con los ropajes y vestidos largos que todas las damas bien nacidas conocen y todos los sacerdotes deberían aprender: camina con pasos leves y cortos, y si lo haces bien parecerá que te deslizas por el suelo, no que caminas. En el caso de los hábitos negros de un adorador de Morr, el efecto puede resultar muy inquietante.

El silencio cayó sobre el lugar cuando entré, y la quietud lo cubrió todo como un manto de fría escarcha mientras atravesaba la pequeña sala. Había tal vez unas diez personas, desde matones baratos que bebían cerveza barata hasta los de menos mala fama con su copa de vino o de absenta.

Un hombre tocado con un plano sombrero bretoniano que se encontraba sentado

en la barra inclinó la cabeza y alzó su vaso hacia mí. Tenía el rostro arrugado por la edad y la vida dura como si fuera un cuadro antiguo, y sus ojos parecían huevos escalfados inyectados en sangre. Lo reconocí de los viejos tiempos, pero no logré recordar su nombre. Probablemente, tenía varios.

Se oyó un sonido que procedía de uno de los reservados del otro extremo de la sala. Nadie miró hacia allí, por lo que supe que se trataba de quien yo estaba buscando, y me deslicé hacia él. El ancho cuerpo de Alfric estaba encajado allí dentro. Lo acompañaban uno de sus secuaces y un humano gordo, ataviado con ropas opulentas. Éste estaba sentado al otro lado de la mesa, que en el de los enanos se veía cubierta de jarras vacías y monedas de oro. Alfric alzó la mirada. En su barba había más gris de lo que yo recordaba, y las cicatrices que rodeaban su nariz destrozada estaban de color rojo fuego, signo seguro de que había estado bebiendo en abundancia, aunque habría sido imprudente por mi parte suponer que estaba borracho o con la guardia baja.

—Buenas noches, hermano —dijo—. Siéntate. ¿En qué puedo serle de utilidad al templo de Morr esta noche?

Yo no me senté.

—Alfric Medianariz, el nombre de cuya familia es Rompeyunques —dije, en cambio—, he venido para restablecer el equilibrio de honor entre nuestras familias.

—¿Ah, sí?

Alfric no parecía interesado. Advertí, sin embargo, que el humano gordo estaba sudando. No se trataba de un comerciante, al menos no de uno bueno: estaba claro que no tenía el temple necesario para negociar en asuntos delicados. Ociosamente me pregunté quién sería y qué le habría causado tanta desesperación para ir a ver a Alfric después de la segunda campanada de la noche. Parecía preocupado, pero era su problema. Yo tenía los míos que atender.

—Hace cinco años —comencé—. Yo... ¡Oh, qué diantres! Me ahorraré las formalidades. Me debes un favor por la vez en que quemé el cuerpo de aquel tendero al que le disparó tu nieto. Vengo a que me lo pagues.

—Así es, y estás en tu derecho. —Alfric bebió un sorbo de la jarra—. Siempre has sido impaciente. Siempre has querido que las cosas se hagan a tu manera. ¿El nombre y el gusto en el vestir son las únicas cosas que has cambiado desde que desapareció tu familia? —No dije nada—. Entonces, ¿aún no los has encontrado? Bueno, si necesitas ayuda, ya sabes adonde debes venir.

Sabía que intentaba pincharme para demostrarme lo disgustado que estaba por interrumpir sus negociaciones, así que no le contesté.

—El templo fue atacado esta noche —dije—. Alguien animó un cadáver contra nosotros. Al parecer, lo enviaron a matar gente, no a causar desperfectos, pero produjo muchos, de todas formas. Y el padre Zimmerman ha muerto.



Aunque era la segunda vez que decía eso, resultó la primera que lo entendía. De repente, me sentí muy cansado. Junto al comerciante había un sitio vacío, así que me senté.

Alfric me observó con sus oscuros ojos destellando como piedras mojadas a la débil luz de las lámparas.

—Parece el trabajo de un nigromante.

—Eso pensé yo. —Hice una pausa—. ¿Hay alguno de..., de ese oficio en la ciudad?

—Ninguno que yo sepa, y eso probablemente significa que no los hay.

Calló para beber otro sorbo. Yo confiaba en él, ya que los ojos y oídos de Alfric estaban por todo Middenheim. Los enanos habían construido la ciudad, y sus túneles aún la recorrían como los túneles de la carcoma en un mueble podrido. Alfric y sus informadores los conocían bien; escuchando desde las entradas secretas y espiando a través de agujeros, estaban al corriente de todas las idas y venidas de la ciudad. Alfric Medianariz era el mejor informador y el más grande de los chantajistas de la ciudad.

—Así pues, ¿quién podría haberlo hecho? ¿Conoces a alguien que tenga resentimientos contra el templo? —pregunté.

Alfric hizo girar la cerveza por dentro de la boca y tragó.

—Calla. Estoy pensando en nigromantes.

Bebió otro gran sorbo y lo saboreó con detenimiento.

«Nigromancia», pensé. Si se trataba de un nigromante, carecía de sentido preguntar por sus resentimientos. Los nigromantes odiaban a los sacerdotes de Morr tanto como nosotros los odiábamos a ellos. Los dos bandos tratábamos con la muerte, pero mientras nosotros la veíamos como un pasaje, una etapa dentro de un proceso, ellos la consideraban una herramienta. Nosotros estábamos interesados en liberar a las almas; ellos deseaban esclavizarlas con su magia oscura e impía. Por supuesto que estaban resentidos con nosotros. Por supuesto que cualquier nigromante ambicioso querría destruir el poder del templo de Morr. Y si eso significaba matar a sus sacerdotes... Bueno, al igual que en nuestro caso, los cadáveres eran la mercancía de su oficio. No obstante, había algo en la forma en que se había movido el cuerpo de la muchacha, en el modo como había buscado al padre Zimmerman... Me rondaba una idea vaga, pero, cuando intenté asirla, no pude. La voz de Alfric interrumpió mis pensamientos.

—Era uno de vuestros cadáveres, ¿no es así? Uno de los que estaban en el templo.

—Sí —respondí—. Y había algo que...

—Sabré cómo sucedió eso, hermano —e hizo hincapié en esa última palabra—. Ese sacerdote nuevo que tenéis, el de Talabheim...

—Gilbertus.

—Gilbertus. Es un tipo descuidado; no hace las bendiciones del modo adecuado.

Las hace con demasiada precipitación, como tú. Algún día deberías observarlo cuando está en el barranco de los Suspiros. Hace bien los gestos, eso sí, al menos lo bastante bien como para convencer a los deudos. Pero créeme si te digo que esos cuerpos son precipitados por el barranco sin estar bendecidos. Es descuidado, y también peligroso si hay un nigromante por aquí cerca: cuerpos sin bendecir, preparados para que se los pueda animar. Si hay un nigromante en la ciudad, y no estoy diciendo que lo haya, te lo advierto, deberíais tener cuidado. Los nigromantes son peligrosos. Mi abuelo se peleó con uno de ellos. Son rápidos. «Si empiezan a entonar un hechizo dirigido a ti, cuenta hasta cinco —me dijo—, y no llegarás a seis porque ya estarás muerto».

En mi mente comenzaba a formarse algo, una idea relacionada con los nigromantes y el templo, que intentaba abrirse camino a través del agotamiento de la jornada. Me levanté. Mis pensamientos necesitarían algo de tiempo para aclararse y llegaría la mañana antes de que supiera si había oído la respuesta que necesitaba, aunque la larga caminata hasta el templo, en medio del aire frío, me ayudaría.

—Gracias, Alfric. La deuda está saldada. Te dejo con tus asuntos.

Por un momento, pareció sorprendido, pero hacía falta más que eso para alterar de verdad su rostro lleno de cicatrices.

—Me alegro de haberte visto, Dieter —replicó, y se volvió otra vez hacia su sudoroso cliente sin añadir nada más.

Avancé hasta la puerta y salí a la fría noche. Había comenzado a nevar, y me envolví apretadamente con el hábito. No fue hasta que giré la esquina de La Casa Bretoniana cuando me di cuenta de que me había llamado Dieter y de que yo había olvidado preguntarle acerca de la muchacha muerta. Por mi mente pasó una fugaz imagen de su rostro ardiendo con la sonrisa inexpresiva. De algún modo, su identidad no parecía importante en ese momento.

El barranco de los Suspiros es un lugar repleto de contradicciones. Desde el borde, puede verse toda la Middenland que se extiende hasta las Montañas Centrales: colinas, diminutas aldeas y la enorme alfombra verde del bosque de Drakwald, por donde serpentea el camino de Talabheim. En los tiempos en los que aún era capaz de apreciar la belleza, creía que se trataba del lugar más encantador y romántico de la ciudad. Sin embargo, cuando uno se acerca al borde y mira hacia abajo, ve los pedazos de ataúdes partidos, los cadáveres amortajados que yacen sobre las rocas o quedan colgados de las ramas de los árboles tras haber sido arrojados, y a veces el cuerpo no consagrado de un suicida, o también de la víctima de un asesinato.

En ese momento, no obstante, era imposible ver nada porque estaba nevando con intensidad. Me envolví más apretadamente en la capa y observé al séquito fúnebre de media mañana. La voz de Gilbertus quedaba amortiguada por la nieve, pero yo

conocía tan bien el sombrío encantamiento que estaba entonando que habría detectado el más ligero error. Hasta el momento, no había pronunciado ni una sílaba equivocada. En torno a él, los deudos se apiñaban para protegerse del frío, de la mutua aflicción y del miedo a la muerte. El ataúd de pino sin barnizar descansaba sobre el féretro. No se trataba de un funeral opulento.

Gilbertus se volvió ligeramente, y yo oculté la cabeza tras la esquina del edificio para que no me viera. Hacía un frío de mil demonios, y el viento cortante estaba insensibilizándome los pies y los dedos de las manos; pero si me movía demasiado denunciaría mi presencia. Así pues, me quedé quieto como una temblorosa estatua y escuché el encantamiento.

¡Allí! Había cambiado algo. Nada tan obvio como saltarse una palabra o un verso, sino sólo un sutil cambio en el ritmo de la oración. Dos versos más tarde, ocurrió otra vez, y una tercera casi de inmediato. Luego, recitó toda una estrofa que no reconocí.

No se trataba de una lección mal recordada, sino que estaba cambiando cosas. Yo no comprendía el idioma de las sagradas bendiciones —casi nadie lo entendía, y nos limitábamos a aprenderlas de manera maquinal—, pero me daba cuenta de que ahí había algo raro. El miedo ascendió con lentitud por mi espalda, y me habría puesto a sudar de no haber sido por el frío que hacía.

Se dijo una última bendición, y el féretro fue empujado hasta el borde del barranco. Tras ser alzado por un extremo, el ataúd resbaló hacia el vacío, y los deudos fueron alejados del límite del precipicio antes de que ascendiera hasta ellos el ruido del impacto final. No se demoraron por los alrededores; el grupo se dispersó con rapidez, ansiosos todos por alejarse de aquel lugar de muerte y regresar a la calidez de sus casas para consolarse los unos a los otros y, según supuse, alimentarse con los tradicionales platos de carne de los funerales. Gilbertus permaneció allí durante un momento, y yo salí para reunirme con él.

—Bien hallado, hermano —le dije.

—Sí, hermano. Hace frío. —Pateó el suelo unas cuantas veces para entrar en calor—. ¿Has venido para officiar un funeral?

—En cierto sentido —repliqué—, pero quiero hablar contigo acerca del ataque de anoche.

—Sí —replicó— un asunto desagradable. ¿Te han dicho que hay una reunión, después de cenar, para determinar quién actuará como jefe del templo?

Había cambiado algo en su tono, en toda su actitud. Su voz ya no era la de un aprendiz. El día anterior me hablaba con respeto, pero en ese momento lo hacía con arrogancia. Hizo una pausa y se dio la vuelta, y yo me pregunté si lo hacía porque no quería que le viese el rostro mientras hablaba.

—La pasada noche dijiste que creías saber quién estaba detrás del ataque. ¿Es verdad eso?

—La pasada noche estaba equivocado —respondí.

—¿Ah, sí?

—Sí —asentí—. Pensaba que se trataba de un nigromante resentido, pero no es así; es un nigromante ambicioso. ¿Tienes ambiciones, hermano?

—Cuando hace frío, siento frío —dijo con un tono nuevo, a medio camino entre el miedo y la agresividad—. ¿Por qué no buscamos un sitio abrigado para hablar de eso?

—Me siento bien aquí —respondí—. No nos llevará mucho tiempo. Sólo tengo cuatro preguntas que hacerte. Primera, si anoche habías ido a dar la alarma, ¿por qué no vi tus huellas sobre la escarcha del parque?

—Porque fui por un camino diferente al que seguiste tú, obviamente. ¿Cuál es la segunda pregunta?

—¿Cómo sabías que a la muchacha muerta le habían clavado una puñalada en el corazón?

—Me lo dijo un guardia. ¿La siguiente?

—¿De dónde sacaste el tentáculo?

Se volvió bruscamente hacia mí y pensé que estaba a punto de lanzar un hechizo. No hice nada. Calló durante un momento, y luego dejó caer los brazos a los lados, con lentitud. Me di cuenta de que estaba asustado; asustado, pero aún seguro de sí mismo.

—¿Qué sabes? —me preguntó.

—Que no vas a marcharte de este barranco sin matarme.

Avancé hacia él con las manos ligeramente alzadas, y las palmas y las muñecas vueltas hacia arriba. Es un truco de comerciante; te hace parecer vulnerable, inofensivo. Él no reaccionó, o al menos no intentó apartarse, lo cual era buena cosa.

—Aparte de eso —dijo, en cambio.

—Llegaste aquí hace seis meses bajo la identidad de un sacerdote novicio de Talabheim —comencé—. Estábamos esperando que un tal hermano Gilbertus llegase de allí, así que supongo que lo mataste para suplantarlo. Has pasado seis meses asegurándote de que hubiera muchos cadáveres sin bendecir en los alrededores de la ciudad, a los cuales podrías reanimar más tarde con tu magia.

—Ayer por la mañana mataste a la muchacha detrás de La Rata Ahogada, hechizaste el cadáver y, luego, hiciste que pareciese una mutante, para que nadie se sorprendiera demasiado cuando yo no lograra llevar a cabo la ceremonia del Rito Innombrable. También persuadiste al padre Zimmerman de que yo estaba malgastando el tiempo del templo, para que el cadáver permaneciera en el Factorum durante toda la noche, sin bendecir, a punto para reanimarlo. Cuando te encontré en el exterior del Templo, habías estado allí desde el principio para controlar a la muerta.

—¿Sabes todo eso? —preguntó.

Me aproximé un poco más hacia él, hasta quedar separados poco menos de un metro. Detrás de Gilbertus, el borde del barranco se precipitaba hacia la eternidad.

—La mayor parte son conjeturas —admití.

—Tantas conjeturas... para un comerciante arruinado obsesionado aún por la pérdida de su familia. Estoy impresionado.

Para entonces había abandonado por completo el fingimiento; ya no era Gilbertus. Nunca había sido Gilbertus en lo más mínimo, como no fuese en la mente de algunos sacerdotes demasiado confiados. Si alguno de ellos se hubiese encontrado cerca, no habría reconocido al sarcástico arrogante que se atrevía a mofarse de mi congoja.

Pero no había nadie más, pues el barranco de los Suspiros estaba desierto. Allí sólo estábamos nosotros y la arremolinada nieve: él, con su plan y su magia; yo, con el recuerdo de Filomena que acababa de evocar, y con toda la tristeza y cólera que éste conllevaba. Volvió a sonreír.

—Y bien, hermano, ¿por qué un sacerdote de Morr, o incluso un nigromante, iba a hacer lo que acabas de describir?

—Porque —respondí sin disimular la amargura de mi voz— eres ambicioso. Porque para un nigromante no podría existir una posición de poder mayor que la de jefe de un templo de Morr, donde todos los cadáveres que podrías necesitar serían traídos hasta tu mismísima puerta por los buenos ciudadanos de Middenheim. Es probable que tengas algún plan para apoderarte de la ciudad en un par de años.

—Tal vez.

Entonces lo tenía cerca y ya no sonreía. Su expresión era fría y dura. Los copos de nieve se arremolinaban en el espacio que mediaba entre nosotros.

—Iba a preguntar quién era la muchacha —dije—, pero ya no tiene importancia.

—Era joven, fuerte, sensible a mi magia; una herramienta potencial. Tú y yo nos parecemos, hermano. Yo no sentía ningún interés por la muchacha cuando estaba viva, y tú tampoco. Con todo el sufrimiento, todo el dolor que hay en la ciudad, y sólo tienes utilidad para ellos cuando están muertos. Podríamos trabajar juntos. Podríamos aprender muchísimo el uno del otro, y a mí me vendría bien contar con un hombre como tú. ¿Qué me dices? Únete a mí. Regresemos al templo. Allí te hablaré de la muchacha.

—Ya te he dicho que no tiene importancia.

Pero su sugerencia me había desconcertado. ¿Éramos similares? ¿Tenía yo en mi interior la semilla de la nigromancia?

Y entonces, él comenzó a entonar un encantamiento con voz aguda, rápida, y de repente, mi fin se convirtió en algo mucho más próximo. «Cuenta hasta cinco», había dicho Alfric. Me quedaban cinco segundos de vida.

Uno. Avancé dos pasos.

Dos. Ya me encontraba ante él y tenía la daga que había ocultado bajo la capa en

la mano.

Tres. Se la clavé profundamente en el estómago y su sangre, caliente, manchó mis dedos entumecidos. Alcé el rostro hacia el suyo y nuestros ojos se encontraron. Los de Gilbertus estaban colmados de horror.

Cuatro. Pasó un largo segundo, y él no dejó de entonar las palabras del hechizo.

Cinco. Retorcí el cuchillo con todas mis fuerzas, y los dedos resbalaron a causa de la sangre. Gilbertus profirió un grito de dolor. El monólogo se interrumpió y el hechizo quedó anulado. Hizo una pausa, y luego se lanzó contra mí. Mis pies resbalaron sobre el suelo cubierto de nieve, y caí.

Él se desplomó encima de mí y quedó jadeando sobre mi cuello. Intenté apartarme rodando, pero él me inmovilizó contra la tierra. Estaba desangrándose, pero era más corpulento y fuerte que yo: como mínimo, podía arrastrarme a la muerte consigo.

Sus dedos encontraron mi cuello, apretaron y me torcieron la cabeza hacia un lado. La nieve me cubrió el rostro y me llenó los ojos y la nariz con su arenoso frío. Podía sentir la tibieza de su sangre sobre el estómago, y la empuñadura del cuchillo que tenía clavado presionaba con fuerza contra mi cuerpo. Se me nubló la mente de dolor y oscuridad.

Me sentía como un hombre agonizante. Dentro de mi cabeza se formaban imágenes: rostros, el padre Zimmerman con su semblante contorsionado por la agonía; el hermano Rickard partido por la mitad; Schtutt; mi esposa Filomena y mi hijo Karl sonriendo en la última mañana que los vi, y la media cara de la muchacha muerta de Norse, cuyo nombre e historia no conocería jamás.

No, aún no había acabado con el trabajo que tenía que hacer allí. Debía llevar a cabo la obra de Morr.

Algo despertó en mi cansado cuerpo, una última reseña de fuerza. Mis brazos hallaron los de él, soltaron las manos que me rodeaban el cuello, y lo empujaron con tal fuerza que rodó por la blancura que cubría el terreno funerario.

Giré sobre mí mismo para seguirlo. Se encontraba acuclillado e intentaba ponerse de pie, mientras una mano buscaba a tientas el cuchillo para arrancárselo. Continué rodando y me estrellé contra él. Sentí que caía de lado y resbalaba, para luego aferrarse a mi capa y retenerla. Por un momento, no pude entender por qué lo hacía, pero luego sentí que su peso tiraba de mí y comprendí: nos encontrábamos en el borde del barranco y él se estaba cayendo.

No sabía si intentaba volver a subir o quería arrastrarme consigo, pero eso carecía de importancia porque yo estaba deslizándome por la nieve, arrastrado hacia el precipicio. Agité brazos y piernas en un intento de aferrarme a algo, pero lo único que hallé fue nieve suelta, y continué resbalando hacia la muerte.

Mi mano izquierda encontró una pequeña grieta en la roca, y me agarré a ella con

todas mis fuerzas. Entonces podía ver el vacío. Debajo de mí colgaba Gilbertus, o el hombre al que yo había llamado Gilbertus. Tenía una mano envuelta en mi capa y con la otra se aferraba desesperadamente a la roca vertical del acantilado. El viento agitaba los ropajes alrededor de su cuerpo. Debajo de ambos se arremolinaba y volaba una infinidad de nieve que no dejaba ver nada más.

Gilbertus alzó la cabeza y me miró a los ojos. Los suyos eran charcos de destellante oscuridad; era como mirar dentro de un pozo antiguo. Ni siquiera en ese momento pude captar nada en ellos. Tenía el semblante tan blanco como el hielo. De la herida de su vientre aún manaba sangre que caía girando en la ventisca.

—Súbeme —pidió, y había debilidad en su voz.

—No —respondí yo.

Tenía ganas de golpearle las manos para obligarlo a soltarse, pero temía que el más ligero movimiento me hiciese deslizarme por el borde del barranco.

—Súbeme —repitió—, y te llevaré hasta tu esposa y tu hijo.

—Estás mintiendo —le contesté.

En ese momento, se oyó el sonido de la tela de mi capa al rasgarse de través. El nigromante se balanceó hacia un lado sobre la pared del barranco, sujeto momentáneamente en el aire por la tela más gruesa del dobladillo; luego, también ésta se rasgó, y él se precipitó al vacío.

A medida que caía, su cuerpo se hacía más indistinto, arrastrado entre la nevisca, hasta que desapareció en la blancura de la tormenta. No se oyeron ni gritos ni el sonido de impacto, que posiblemente fueron amortiguados por la nieve.

Yo permanecí allí tendido durante un rato. La sangre me latía con fuerza en las sienes, y mis manos se aferraban por reflejo a todo lo que encontraban. Sentía contra el rostro el frío de la nieve y la roca, lo que me recordaba que estaba vivo.

Por fin, retrocedí un metro, con lentitud, y me levanté. La zona estaba manchada de sangre, pero la nieve que caía en abundancia ya empezaba a cubrir las manchas y regueros de color rojo, así como las huellas e impresiones que delataban la reciente lucha.

Me dolían las costillas. Miré a mi alrededor y vi que el área continuaba desierta: sin señales, sin pruebas, sin testigos, sin complicaciones. Susurré una oración de gracias a Morr.

Por un instante, volví a ver el rostro de Gilbertus, sentí su peso suspendido de mi capa por una mano y oí sus últimas palabras. No sabía nada. Era imposible que supiera nada. Habría dicho cualquier cosa para salvarse. No; había mentido. Tenía que ser así.

Entonces, su espíritu había acudido ante Morr. Incluso los nigromantes antes o después tenían que hacer las paces con el Dios de la Muerte. Se me ocurrió que, a

pesar de que aún pensaba en él como Gilbertus, desconocía su verdadero nombre.

Di media vuelta para regresar al templo. Estando Gilbertus muerto, su hechizo debía haberse deshecho, y yo podría darle descanso al alma de la muchacha muerta. También rezaría una bendición por el alma de él, y si alguien me preguntaba qué había hecho durante ese día, respondería que les había dado la paz a dos almas en pena.

Me pregunté si alguna vez lograría ese sosiego para la mía.



## A salto de mata

Hacía ya un año que el muchacho invisible se encontraba en la ciudad, y estaba celebrando ese triunfo. Aún no tenía trabajo ni perspectiva alguna de conseguirlo, y sus reservas de dinero estaban llegando otra vez al límite, pero, de todas formas, cuando caía la noche tenía una buena comida y unos cuantos vasos de cerveza en la barriga.

La gente que le hablaba o lo conocía, antes de llegar a la ciudad, lo llamaba Resollador. En ese momento, en cambio no era nadie, pero se sentía feliz.

Cuando llegó por primera vez, el olor de la ciudad le había quemado las fosas nasales y la garganta durante algún tiempo, y el hedor había hecho que se sintiera enfermo; pero, poco a poco, había logrado no reparar en él. Estaba especialmente feliz porque no había estornudado ni resollado una sola vez durante su estancia en la ciudad.

En la época en que lo había rodeado el buen aire del campo, había sufrido durante todo el año a causa de su nariz, que no dejaba de moquear. En primavera y en verano, estornudaba continuamente, y sus ojos no cesaban de llorar. Y durante la cosecha, resollaba. Por eso, le habían puesto aquel sobrenombre. Era Resollador.

Entonces, veía el lado divertido de todos los años pasados respirando el buen aire puro del campo. ¡Bendita fuese la atmósfera asquerosa y contaminada de la ciudad, donde, fuera verano o invierno, se sentía cada vez mejor! El antiguo sobrenombre se había transformado en algo así como un chiste secreto, si es que alguna vez llegaba a encontrar a alguien que le preguntaba cómo se llamaba, claro. Había pasado un año y nadie le había dirigido la palabra. Nadie se fijaba en él. Nadie parecía verlo siquiera.

El tiempo era frío, húmedo, oscuro y triste. No importaba el invierno; el cambio a la primavera era la peor época del año.

Kruza estornudó con fuerza en un hermoso pañuelo de lino, que, apenas unos minutos antes, le había robado del bolsillo a un caballero de la ciudad. Ya no podría venderlo, pero en esa época del año necesitaba sonarse la nariz y en comparación con

el resto de su trabajo, la pérdida del dinero que le habrían dado por un pañuelo resultaba insignificante.

Kruza no se sentía muy bien para trabajar. No le hacía mucha gracia salir a la llovizna oblicua, y el viento que soplabla era del tipo que a uno le atraviesa en lugar de rodearle. Pero la jornada siguiente era su día, y aún le quedaba el pequeño detalle de cumplir con la cuota. Habría terminado días antes de no haberse encontrado otro receptor de objetos robados, muy conveniente, a quien decidió venderle dos o tres de sus mejores botines. Todo estaría bien mientras no se enterara el patrón.

—Viento, condenado viento —murmuró Kruza para sí al salir del Altquartier y descender por la escalera del Gran Parque.

Incluso en un día como ése, allí habría gente vendiendo, lo que significaba que habría otras personas con la bolsa llena. Y además de la posibilidad de sentarse en una pequeña y agradable taberna para beber una cerveza o, mejor aún, un ponche caliente, el mercado ofrecía el mejor cobijo de todo Middenheim. Los toldos de los tenderetes, que casi se tocaban en algunos puntos, protegían de lo peor del viento y la lluvia a personas y productos del campo.

Kruza vagó por el lugar durante un rato, se paseó entre los tenderetes y se tomó su tiempo para escoger a una probable víctima. Si ponía un poco de cuidado en la elección del objetivo, reduciría el número de los que necesitaría para cubrir la cuota y, a la larga, aumentaría el tiempo que más tarde podría pasar en aquella taberna.

Resollador siguió al viejo carterista hasta el mercado del Gran Parque. Le encantaba el mercado. Principalmente, robaba lo que necesitaba y, por supuesto, eso incluía dinero; pero le causaba un enorme deleite robar en los tenderetes para llenar su despensa y hacer lo más agradable posible el ruinoso lugar al que él llamaba hogar.

Durante el primer año que había pasado en la ciudad, había robado bastantes utensilios de cocina, ropa de cama y otros objetos caseros para pertrechar su cálido y acogedor nido, aunque era el único que lo disfrutaba. Había robado todo lo que tenía en el ropero, y hasta había logrado ratear una serie de espejos pequeños, incluido uno con marco dorado. Le encantaban los espejos y los había apoyado contra la pared o los había colgado, de modo indiscriminado, por toda la habitación en que vivía.

Ese día, sin embargo, Resollador necesitaba dinero en efectivo. Tenía que comer, y aunque su fresquera (en esa época del año, era la parte exterior del alféizar de su única ventana alta) estaba casi llena, esa noche celebraba su primer aniversario en la ciudad y había decidido comer bien en una de las mejores tabernas. Tal vez, incluso, encontraría una muchacha, y eso, con total seguridad, significaba dinero contante y sonante.

Resollador tenía su objetivo a la vista. Por lo general, escogía a los carteristas más viejos, aunque conocía, por dura experiencia, a uno o dos que eran todavía tan

rápidos de ojos y pies como él mismo. No obstante, aquel viejo necio con un parche en un ojo parecía bastante seguro. Resollador se mantuvo cerca del ladrón, sin sentir la necesidad de andar furtivamente o de acecharlo con disimulo, mientras observaba cómo el viejo hacía su trabajo.

Resollador se quedó a un lado mientras el ladrón le robaba un diminuto reloj de sol hecho en oro a un despensero igualmente anciano que compraba las provisiones del día.

«No me sirve —pensó Resollador—. ¿Quién necesita otro reloj? La próxima vez».

Siguió al hombre durante un rato más por una cuesta empedrada y por el lateral de una carretilla, donde se vendía licor ilegal. Resollador se metió una botella en el bolsillo al pasar, sólo por si acaso. A fin de cuentas, se suponía que ese día debía celebrarlo.

El siguiente objetivo del viejo carterista fue una mujer gorda, de mediana edad y pechugona. Se había detenido para reñir a un hombre que iba con ella, sin duda su regañado y, en otros tiempos, cornudo marido. Resollador se quedó pasmado durante un momento, pues aunque aquella mujer era corpulenta como una gabarra y había pasado hacía mucho la flor de la juventud, le resultó muy femenina.

«Sí, creo que una moza, esta noche creo que estaría bien», se dijo Resollador mientras pasaba ante la mujer y el carterista, y se quitaba la gorra para saludar a uno u otro, o tal vez a ambos. Ninguno de ellos lo vio, ni él esperaba que lo vieran. Tras volver a ponerse la gorra ladeada sobre la cabeza, Resollador observó cómo el viejo carterista se apoderaba de la pequeña bolsa de dinero que la mujer llevaba en la cintura. Lo hizo en un momento, sin que nadie lo advirtiese, y la bolsa parecía satisfactoriamente pesada para Resollador. Se entretuvo ante un tenderete para coger dos barras de jabón tosco y metérselas distraídamente en un bolsillo mientras el dueño le daba la espalda, y luego siguió al ladrón.

Kruza se encontraba de pie junto a un tenderete, tocando un chal de seda para mujer, cuando vio a Strauss. El viejo carterista había sido el mejor en sus tiempos y se había ganado el derecho de trabajar en solitario en Middenheim. Después de veinte años de afanarse para gente como su Bajo Rey, por no hablar de que había entrenado a tres generaciones de carteristas, incluido Kruza, Strauss estaba entonces jubilado. Visitaba el mercado cada quince días, más o menos, sólo para no perder la destreza, y siempre prefería los días de peor tiempo y las víctimas más viejas.

Kruza no se sorprendió de verlo ese día, y lo saludó con toda la alegría de la que fue capaz, dado el frío y su nariz enrojecida.

—Bien hallado, maestro —dijo en voz alta cuando el viejo ladrón casi ciego pasó junto a él.

—¿Eres tú, Kruza, hijo mío? —lo saludó el hombre con una sonrisa desdentada de oreja a oreja—. ¿Qué tal te va la vida?

—Hace demasiado frío y humedad, y tengo que cubrir una cuota —respondió Kruza, que intentó hablar como si fuese todo una broma, y fracasó.

—Vosotros, los cachorros jóvenes de hoy en día —lo reconvino Strauss— nunca estáis contentos con vuestro trabajo. Por lo que me dices, aún le proporcionas al señor su libra de carne, ¿verdad? Sólo quince años más, y quizás un par de centenares de nuevos reclutas, y tal vez te dejará libre de sus redes. —Se echó a reír.

—Sólo en el caso de que él o yo lleguemos a vivir tanto tiempo.

Resollador observó que al anciano, con el bolsillo lleno del dinero de otra mujer, se detenía a hablar con un tipo alto y ancho de hombros, que, en apariencia, examinaba ropa femenina; sin duda, una extraña ocupación para un hombre tan fuerte y de apariencia tan confiada como aquél.

«Ésta es tu oportunidad, Resollador, hijo mío», pensó. Despejó la mente y se acercó un poco más.

«¿De qué estará hablando el viejo?», se preguntó mientras deslizaba dos largos dedos delgados dentro del bolsillo lateral del viejo abrigo que colgaba de los hombros del anciano ciego.

—¡Alto! ¡Ladrón! —oyó que comenzaban a gritar cuando se alejaba con lentitud y gran calma, y entonces, de repente, se detuvo en seco.

Kruza, atónito ante aquel descarado atropello, sintió ganas de gritar para detener al joven oportunista que acababa de robarle a su anciano amigo, pero, dado que la bolsa había pertenecido originalmente a otra persona, comprendió que no sería buena cosa hacerlo. En consecuencia, la expresión «¡Alto! ¡Ladrón!» salió estrangulada de sus labios y en una voz apenas lo bastante alta como para que pudiera oírla el hombre que se encontraba a su lado.

—¡Yo lo pillaré! —le dijo a Strauss con gran firmeza, pero en voz muy baja.

Avanzó con decisión hacia el joven que llevaba gorra. Se preguntó por qué no podía recordar el aspecto del muchacho, aparte de tener la vaga impresión de que se trataba de un adolescente de pelo rubio. Kruza se enorgullecía de no olvidar jamás una cara, ni la de un objetivo, ni la de un colega carterista, ni, especialmente, la de un enemigo. En aquel chico había algo raro. De inmediato comprendió que tendría que permanecer cerca de él; si lo perdía de vista, no volvería a reconocerlo.

Resollador salió del parque por la puerta nordeste y avanzó por las serpenteantes

escaleras y pendientes hacia la zona norte del Altquartier. Había establecido su hogar en un edificio en ruinas del extremo norte del barrio, donde la vida era dura, aunque no tan mala como lo era más al sur, en el corazón del distrito. Había tropezado con el lugar, que por entonces era poco más que un conjunto de vigas abierto al cielo con restos de tejas y que tenía podridas las tablas del piso de la buhardilla, a altas horas de una noche, pocos días después de llegar a la ciudad. Entonces, tenía frío y estaba mojado, como en ese momento, y necesitaba hallar cobijo con urgencia.

Resollador había necesitado sólo unas pocas jornadas en la ciudad para hacerse una idea de su trazado, a pesar de que algunos ciudadanos nativos de Middenheim únicamente conocían las calles y proximidades de sus barrios a despecho de haber morado en la ciudad durante toda su vida. Le había sido preciso un poco más de tiempo para hallar un sitio permanente en el que dormir, pero no mucho más.

La habitación de Resollador era la única parte ocupada del viejo edificio en ruinas, y se hallaba en la parte superior, en el tercer piso. Su única ventana daba a un estrecho patio y a la parte posterior de otras viviendas de pisos; como carecían de ventanas, nadie podía verlo. El frente del edificio estaba provisto de barras y tapiado con tablas, pero había una ventana de bodega en un lateral, que servía convenientemente como puerta, porque nadie podía verlo entrar por allí. La habitación era tan solitaria y estaba tan aislada como él mismo, pero resultaba adecuada para él, y no sentía el más mínimo deseo de ocupar ninguna de las otras estancias que debía haber, aunque jamás las había explorado.

Había cierto honor entre los ladrones, incluso en Middenheim, por lo que si Kruza necesitaba toda la tarde para seguirle la pista al descarado bribón que le había robado al venerable Strauss, pues que así fuese.

Con discreción, Kruza fue tras el joven carterista engreído cuando salió del Gran Parque y lo observó mientras entraba por la ventana de la bodega de un edificio alto, estrecho y en proceso de desmoronamiento. Dos minutos más tarde, cuando se apagó el taconeo de los pies sobre los viejos escalones de madera, Kruza deslizó su cuerpo a través de la ventana de la bodega, con los hombros por delante, y miró en torno para orientarse. En apenas un instante, ya había encontrado huellas recientes en el piso polvoriento y las había seguido hasta tres pisos más arriba por una escalera desvencijada, que crujía. Se tomó su tiempo y se movió en silencio, pues no quería advertir de su llegada al joven ladrón.

Cinco minutos después, Kruza se encontraba descuidadamente apoyado en el marco de la puerta de una habitación abarrotada de cosas, con iluminación baja, y observaba al flaco jovencito que se quitaba la gorra y el abrigo, por completo ignorante de su presencia. Kruza pasó con suavidad un pulgar por el borde de su espada corta, para asegurarse de que estaba bien afilada.

Miró al chico delgado y pequeño mientras éste sacaba el jabón y el licor de los

bolsillos donde los había escondido, junto con la bolsa que le había quitado a Strauss. Luego, por primera vez, Kruza comenzó a fijarse de verdad en la habitación. Era extraordinaria. Sobre el suelo había abundantes alfombras y moquetas, y un sofá bajo, cubierto por una colorida serie de telas y cojines. Las ropas se veían limpias y los zapatos estaban pulcramente ordenados en un rincón, medio tapados por un elegante biombo de madera pálida, que parecía extranjero. Una jofaina profunda y una jarra ornamentada de diseño oriental adornaban una mesa larga y ovalada; cerca, de un gancho, colgaba una gran sábana de tela gruesa y basta. Luego, estaban los espejos. Kruza no creía haber visto nunca tantos en una sola habitación, ni tanta opulencia en el cuarto de un bribón de poca monta. Sin embargo, a despecho de los espejos, resultaba obvio que el joven ladrón tenía el hábito de estar solo, dado que aún no había advertido la presencia del intruso.

Kruza había planeado sorprenderlo. Había deseado que el joven ladrón se volviera y lo viese de pie en la entrada, preferiblemente pasando un pulgar a lo largo del filo de su espada corta, pero el muchacho no había reparado en él, aunque Kruza mantuvo la postura relajada y amenazante, y repitió el gesto varias veces. Ya comenzaba a sentirse bastante estúpido por repetir aquella amenaza teatral.

Por fin, aburrido de mirar aquella notable habitación, Kruza empezó a tener ganas de sentarse en el acogedor sofá. Entonces, comenzó a picarle la nariz, y se dio cuenta de que las presentaciones eran inminentes. No tenía elección, así que alzó la espada en una postura agresiva. El estornudo llegó como un torrente de mocos, cuya fuerza hizo doblar por la mitad a Kruza, mientras su mano derecha continuaba apuntando a la espalda del ladrón con la destellante arma.

El muchacho, que se encontraba en el centro de la habitación con la espalda vuelta hacia la puerta, se aferró el pecho de modo repentino y cayó de rodillas.

Por un momento, Kruza pensó que había matado a su enemigo sin blandir siquiera la espada, y entró cautelosamente en la estancia para evaluar la situación. El chico estaba blanco, y oscuros círculos de miedo rodeaban sus grandes ojos grises. Kruza se dio cuenta de que el ladrón era casi un niño, y sintió lástima de él. No quería matarlo de ese modo; no quería que muriera sin saber lo que había hecho. Se metió la espada en la parte trasera del cinturón para acceder a ella con facilidad y echó una rodilla en tierra, junto a Resollador, para levantarlo.

—No te me desmayes, cachorro —dijo Kruza—. No quiero tener que llevarte hasta el sofá. Antes, te mataré aquí mismo.

—Ya casi me has matado del susto —replicó el tembloroso muchacho de pálido semblante.

—No fue más que un estornudo —protestó Kruza—. Dale las gracias. Al menos, te ha salvado de un ataque frontal con mi espada corta.

Resollador se dejó caer en el sofá, y Kruza permaneció de pie ante él con las

manos en las caderas, inclinado hacia adelante para mirar directamente el rostro del muchacho.

—Ahora, escúchame —comenzó al mismo tiempo que posaba una mano sobre la empuñadura de la espada, preparado para sacarla en cualquier momento—. ¿Qué pretendías robándole al viejo Strauss? ¡Hay honor entre los ladrones de esta ciudad! ¿Es que tu jefe no te ha explicado las reglas?

—¿Strauss? ¿Jefe? ¡No tengo ni idea de qué me hablas!

—Strauss —explicó Kruza con impaciencia— es el nombre del hombre al que le robaste esta tarde en el mercado.

—Pero si era un ladrón... —respondió Resollador, flemático. Su voz tenía una inflexión insólita, casi como si no estuviese habituado a hablar—. A un ladrón no puedes robarle, porque lo que coges no le pertenece.

—¿Y qué me dices de los dueños de los tenderetes del mercado? Les has robado a ellos.

—Difícilmente puede decirse eso —negó Resollador—. Cuando un hombre tiene más jabón o licor del que puede consumir o vender, eso tampoco es robar. Nunca me llevo nada de un tenderete vacío ni de uno en el que hay muchos clientes.

Kruza posó sobre él una mirada interrogativa.

—¿Acaso tu jefe no te ha enseñado nada?

—¿Qué jefe? —preguntó Resollador inocentemente.

—¡Que Ulric se me lleve! Ya sabes —Kruza comenzaba a impacientarse—, el hombre para el que trabajas, al que le vendes la mercancía.

—No tengo un jefe —respondió Resollador.

—Entonces, ¿a quién le vendes lo que robas? ¿Quien trafica con tu botín?

Resollador sacudió la cabeza como si el ladrón callejero se hubiese puesto a hablar bretoniano.

—¿Quieres un trago? —le preguntó de pronto.

—Yo... ¿Qué?

—Un trago. Hoy estoy de celebración y, ¿sabes?, eres la primera visita que recibo aquí, así que es lo más correcto.

Kruza parpadeó. ¿Se había perdido algo? Aquel muchacho era... extraño.

—Oye, ¿a quién le vendes tu mercancía? —repitió con lentitud y cuidado.

—A nadie —respondió Resollador, que empezaba a entenderlo—. Yo no vendo nada. Me limito a robar lo que necesito o, a veces, lo que quiero. ¿Por qué iba a venderle nada a nadie?

Kruza no sabía si tener lástima de aquel perdido muchacho solitario de tan extraña personalidad, o reírse de él. No parecía haber nada inmoral en el chico, nada memorable, casi nada irreal en su persona. Hacía lo que hacía, y se acabó.

«Pero, si era así —se preguntó Kruza—, ¿cómo se ha hecho tan bueno en el oficio

de ladrón sin contar con un maestro?». El muchacho tenía que estar naturalmente dotado. De repente, Kruza sonrió al ocurrírsele una idea.

—Tal vez tomaré un trago contigo, después de todo —dijo, al fin, mientras apartaba la mano de la empuñadura de la espada y se sentaba.

—¡Qué bien, porque, como ya te he dicho, estoy de celebración! —declaró Resollador en tanto escogía dos copas bastante elegantes, si bien desparejadas, y la botella de brandy de peras que había robado aquella tarde.

Resollador estaba tan entusiasmado por tener finalmente a alguien que lo escuchara que habló sin parar durante mucho rato. Pero a Kruza no le importaba, porque necesitaba lograr que el muchacho se sintiera cómodo. Además, el licor lo calentaba y la habitación era tremendamente cómoda. Resollador se puso de pie, sin dejar de hablar, y encendió fuego en la pequeña chimenea, justo antes de la noche. El fuego ardía con suavidad y le proporcionaba a la estancia calor y una luz que hacía que pareciese aún más exótica que cuando Kruza la vio por primera vez.

—Hoy hace un año que llegué aquí —estaba diciendo Resollador—. Vine a recoger mi herencia, o más bien a que me reconozca mi ilustre progenitor.

»Al cumplir los veinte años abandoné el bosque para venir a la ciudad, mi verdadero hogar. Verás, mi madre vivía aquí cuando yo nací. Era la actriz más hermosa de su tiempo y actuaba en los escenarios de todos los grandes teatros de las grandes ciudades. Una vez al año, venía a actuar a Middenheim, y fue en su última visita cuando conoció a mi padre y se enamoró de él. ¡Él era joven, por supuesto, e impetuoso, y se enamoró de mi madre a primera vista! En aquella época, ¿a quién no le habría sucedido lo mismo? Ahora bien, la gran y noble familia de él no quedó muy bien impresionada, y tuvieron el descaro de intentar que mi madre se marchara, comprándola con baratijas y promesas vacías, además de un montón de dinero.

»Naturalmente, ella declinó la oferta y permaneció en la ciudad para dar a luz, con el fin de que mi padre tuviese que reconocerme. Era un gran plan, pero, por supuesto, las cosas nunca salen como nosotros esperamos, y ella murió. La suya fue una muerte horrible, realmente. Murió tres días después de mi nacimiento. Se desangró.

»Así pues, salí de aquí. En realidad, no me marché, sino que se me llevó una vieja nodriza que trabajaba para mi abuelo. Le pagaron para que me llevara al bosque y, bueno, ya sabes, me matara. Ella, por supuesto, no tuvo corazón para eso y, en lugar de matarme, se quedó conmigo, y luego su hermana también fue a vivir con nosotros. Era una mujer maravillosa; nunca nos faltó de nada. Ahora están ambas muertas y me pregunto si no serían brujas, porque a pesar de que nunca carecimos de nada, ninguna de ellas hacía nada práctico. No criábamos cerdos ni teníamos huerta, pero siempre había carne, verduras y buen pan...



Kruza lo dejaba narrar su historia sin prestarle demasiada atención, pues comenzaba a creer que tanto ésta como el muchacho eran parte de un complicado sueño febril provocado por el resfriado.

—Así que me hice hombre y, antes de morir, mi supuesta tía, que debía tener más de setenta años cuando quedó postrada en su lecho de muerte, me lo contó todo. Después de enterrarlas a ella y a su hermana —murieron en la misma cama y el mismo día—, abandoné el bosque que había sido mi hogar durante toda la vida y me encaminé hacia la ciudad. Y eso es todo, bueno, la mayor parte. No puedo mencionar el nombre de mi padre, por supuesto, hasta que me reconozca oficialmente, por así decirlo; pero puedo decirte que gobierna una gran ciudad, vive en un gran palacio y no se encuentra a un millón de kilómetros de aquí. De hecho, en las noches claras puedo ver la parte superior de los tejados de su palacio desde mi pequeña ventana.

La cabeza de Kruza flotaba por la habitación a causa de todo el buen licor ingerido, pero identificaba un inaudito cuento de hadas cuando lo oía, o varios entrelazados unos con otros. A pesar de todo, no era asunto suyo. Quería que el muchacho se relajara y confiara en él.

Kruza se marchó muy tarde. Al recordar que aún debía cumplir con la cuota, se apropió de un pequeño espejo dorado al salir y lo deslizó dentro de su chaqueta.

—Está bien —le dijo Resollador al darse cuenta—. Puedes quedártelo. Se lo quité a un ladrón. Ahora no pertenece a nadie, así que puedes llevártelo.

Por primera vez desde que era un niño, Kruza se sintió culpable.

—Oye, ¿cómo te llamas? —preguntó.

—¡Ah!, no tengo nombre —replicó el chico con tono alegre—, por ser un bastardo y todo eso. Y mi madre no vivió lo bastante para darme uno. Cuando fui mayor necesite un nombre, mis tías me llamaron Resollador. Puedes llamarme así.

—De acuerdo —replicó el ladrón—. Yo me llamo Kruza.

—Es extraño —comentó Resollador—. Pensé que tu nombre tendría que ser Estornudador —y rió de su propio chiste—. ¿Has oído eso? —preguntó retóricamente—. ¡Resollador y Estornudador!

Kruza parpadeó.

—Nos vemos —dijo, y se marchó.

El muchacho tenía talento natural. Tenía talento en los dedos, en el andar, e incluso su absoluto anonimato contribuía a ello. Era raro. Había muchos buenos ladrones en Middenheim, incluido Kruza, pero sólo un puñado que tuviesen talento natural. Si el muchacho resultaba ser lo que Kruza pensaba que era, el deber de Kruza era comenzar a reclutarlo para su Bajo Rey.

«¿O me lo quedo para mí mismo?», se preguntó. El pensamiento volvía a su mente una y otra vez. ¡Qué fácil le resultaría cumplir entonces con su cuota, quitarse al Bajo Rey de encima, comenzar finalmente a levantar cabeza, irse solo a alguna parte!

Pero reclutar al muchacho no iba a ser fácil en ninguno de los dos casos. Resollador tenía un montón de reglas descabelladas sobre a quién robarle y qué robar. No le veía sentido a robar para vender las cosas por un valor inferior al que tenían. Sólo robaba para vivir.

Sin embargo, era demasiado bueno, y Kruza detestaba ver desperdiciado un talento tan enorme.

Dejó el asunto durante un par de días, y a la tercera mañana se puso a vigilar el soñoliento callejón en que vivía Resollador, hasta que vio salir al muchacho del edificio en ruinas. Entonces, apareció de entre las sombras como si pasara por allí y aquello fuera un encuentro fortuito.

—¡Ah!, eres tú otra vez —dijo.

El rostro del muchacho se animó. «Está tan poco acostumbrado a que le hablen...», pensó Kruza con un poco de lástima, aunque sólo un poco; en el corazón de Kruza no había espacio para mucho más que el trabajo.

—¿Adónde vas?

—A trabajar —replicó Kruza al mismo tiempo que sorbía por la nariz. Era otro día frío y lluvioso.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó Resollador.

Y así empezó el juego, de esa manera tan sencilla. Los dos bajaron hasta el Gran Parque. Kruza caminaba encorvado a causa del resfriado y se mantenía cerca de los tenderetes, bajo sus toldos, para protegerse del viento y la lluvia. Resollador casi se pavoneaba por el parque; sacaba su canijo pecho y respiraba profundamente el aire gélido y húmedo. Parecía hallarse en su elemento. Kruza lo condujo hasta un tenderete atiborrado de toda clase de objetos para el hogar, y observaron a una mujer de la nobleza local, acompañada por su criado, que pasaba las manos por los rollos de tela de un tenderete cercano. Kruza estuvo a punto de proferir un grito ahogado cuando Resollador cogió del tenderete un paquete de cerillas y media docena de velas de sebo, y se las metió dentro de la chaqueta. Pero nadie más pareció darse cuenta.

«Tiene un talento natural, ¡por Ulric!», pensó Kruza con una sonrisa, y le hizo un gesto de asentimiento a su descarado compañero.

—Apuesto a que no puedes quitarle la bolsa del dinero a la señora.

—¿A cuál? —inquirió Resollador mientras miraba a su alrededor.

—A aquella —respondió Kruza—, la que va con el criado fachendón de capa gris y corta.

—No hay problema —le aseguró Resollador con una sonrisa de ojos torcidos en

la cara.

Pasó junto a la acaudalada mujer, que llevaba la pesada bolsa de dinero colgada de la cintura, y se la quitó sin tocar siquiera a la dueña. Kruza lo observaba, a pocos pasos de distancia, asombrado ante la velocidad y la habilidad con que Resollador ejecutaba la proeza. Había estado dispuesto a intervenir y crear un poco de confusión para cubrir a Resollador cuando lo cogieran, algo que le parecía inevitable con el criado haciendo guardia.

Pero no llegó a suceder. Resollador rodeó el tenderete siguiente y regresó por detrás de Kruza.

—Bien, bien... —murmuró Kruza mientras continuaban caminando—. ¿Dónde la tienes?

—¿Dónde tengo qué? —preguntó Resollador con tono de inocencia.

—La bolsa, bobalicón —replicó Kruza—. ¿Cuánto dinero había dentro?

—Ni idea —le aseguró Resollador—, pero era bastante pesada. Puedes comprobarlo si quieres. Está en el bolsillo de tu justillo.

Kruza miró al muchacho con los ojos abiertos de par en par y deslizó dos dedos dentro del bolsillo, del que sacó la bolsa llena. Su boca se abrió tanto y a tal velocidad que casi se disloca la mandíbula inferior. No había notado nada, y era uno de los mejores. El muchacho resultaba asombroso, invisible.

A Resollador parecía gustarle el juego y ejecutaba cualquier hazaña. A medida que pasaba el día, Kruza se sentía cada vez más intrigado por lo que era capaz de hacer aquel joven carterista carente de entrenamiento. No necesitaba reclutarlo, ya que el muchacho le daría cualquier cosa y haría cualquier cosa por él, siempre y cuando la solicitud fuese precedida por la frase «apuesto a que no puedes...». Kruza tenía ante sí su medio de vida.

El muchacho robó para ambos el almuerzo del dueño de un tenderete, al mismo tiempo que Kruza mantenía una conversación. El carterista, con su cuerpo alto y atlético, y Resollador, pequeño y compacto, se sentaron en una carretilla cubierta, situada detrás de uno de los tenderetes de ropa, a comer la salchicha fresca, un pequeño bote de cerámica lleno de verduras escabechadas y dos buenos panecillos. Kruza era un hombre adulto, de veinticuatro años, apenas unos pocos años mayor que su compañero, pero, sentado junto a él, Resollador parecía un niño de los tugurios.

El humor del ladrón había mejorado de un modo espectacular. Valía la pena salir al frío y la lluvia para observar al muchacho mientras trabajaba, especialmente cuando lo hacía para él.

Durante la tarde, el chico cogió dos relojes de los bolsillos interiores de dos caballeros cuyos abrigos parecían completamente impenetrables, y completó el truco de prestidigitador robándole el casi invisible collar a una dama de mediana edad que llevaba la capa abotonada hasta la garganta. Un poco más tarde, juntos, los

conspiradores aliviaron de siete objetos a un joven dandi; lo hicieron tropezar y, luego, lo salvaron de una indigna caída por un sendero de empinados escalones. Mientras le sacudía la ropa al hombre, Resollador logró vaciarle tres de los bolsillos exteriores y dos que estaban escondidos debajo. También se apoderó de la daga corta que el dandi llevaba dentro de una de sus largas botas. Era una maravilla.

Al llegar el atardecer, Kruza y Resollador se retiraron a La Rata Ahogada, situada en el distrito de Ostwald. Kruza abrió la puerta desde la mugrienta calle donde se alargaban las sombras, y casi cayeron en el interior de la taberna con los bolsillos llenos. Había concluido un buen día de trabajo, y tenían monedas para gastar en cerveza y una buena cena.

Dentro del pequeño local estaban apiñados varios amigos y colegas de Kruza, y se hicieron las presentaciones pertinentes, pero ninguno pudo recordar el nombre de Resollador, y muy pronto olvidaron incluso que se encontraba allí. Resollador pensó que eran todos buenos tipos, aparte de uno con el pelo aplanado, Arkady, que parecía un poco patán. Ociosamente, se encontró preguntándose si habría sido el último mejor amigo de Kruza.

Al cabo de poco rato, corría la bebida, y la comida quedaba ya olvidada. Kruza intercambiaba historias e información con sus colegas. Hablaban continuamente del «jefe». Aunque a veces lo llamaban «el hombre» o «el rey»; se quejaban de él, lo maldecían y daban otras muestras del odio que sentían hacia ese personaje.

Un poco más tarde estalló una pelea. Al principio, fue algo cordial: unos cuantos puñetazos para demostrar cualquier cosa. Luego, sin embargo, alguien sacó una daga, y se desató el caos. Resollador no tenía ni idea de por qué se peleaban, y se deslizó del taburete para cobijarse entre los barriles que daban apoyo a un extremo de la barra. Allí permaneció, rodeándose las rodillas con los brazos, y observó la pelea.

Kruza se lanzó con deleite a la refriega. No había nada como una buena pendencia para concluir una estupenda velada. Finalmente, la pelea cesó cuando el dueño de la taberna, de manera arbitraria, comenzó a atizar con una cachiporra a todos los que estaban en el local, al mismo tiempo que gritaba que ya se habían causado bastantes desperfectos y que llamaría a la guardia. Cuatro hombres habían sufrido tajos y uno había perdido el lóbulo de una oreja. Los demás tenían cortes en la ropa, y comenzaban a verse cardenales en los rostros y los cuerpos a causa de los puñetazos y los golpes asestados con empuñaduras de armas durante la lucha cuerpo a cuerpo, pues no había espacio suficiente para usar la hoja de las espadas.

Resollador quedó atónito al ver que estaban todos en buenas condiciones cuando fueron expulsados de la taberna; unidos, maldecían al tabernero como antes lo habían hecho con el Bajo Rey.

Una semana más tarde, Kruza y Resollador recorrían un sinuoso camino para regresar a la habitación del segundo, que era más cómoda y privada que la de Kruza y que éste había comenzado a adoptar como suya. Resollador no podría haber sido más feliz. Al fin, tenía compañía.

Giraron al este, para luego atravesar el Wynd y ascender por el lado sur de Altquartier. Desde allí, se dirigieron al norte para encaminarse hacia el ruinoso edificio viejo donde entonces moraban ambos. Habían hecho una buena caminata, y Kruza decidió que tenían tiempo para una copa más. La única luz pálida del exterior de La Dama Presumida lo llamaba como un faro, y estaba a punto de entrar en la tabernucha de una sola estancia que olía a col cuando Resollador lo detuvo, aferrándolo por el antebrazo.

—Eso ya lo he visto antes —comentó al mismo tiempo que señalaba una carretilla cubierta, conducida por un hombre sombrío, embozado en una larga capa de tela—. ¿Qué es?

—Los muertos —respondió Kruza sin más—. No le concierne a nadie más que a los sacerdotes de Morr.

—¿Se los llevan de las calles? —preguntó Resollador—. ¿Adonde los llevan?

—Ése, sin duda, acabará girando y girando en el aire, hasta que caiga en el fondo del barranco de los Suspiros, más destrozado de lo que ya está.

—El viejo sacerdote que atendía a la gente en el bosque siempre iba a su casa. No trasladaban los cuerpos, y si se encontraba en el campo el cadáver de alguien que no tenía hogar, se lo enterraba allí mismo. ¿Acaso la gente de aquí no entierra a los suyos en su propia tierra? —preguntó Resollador.

—¡Bah! —bufó Kruza al mismo tiempo que alzaba las manos y giraba para abarcar toda la ciudad con un gesto—. ¿Qué tierra? Los ricos hallan un lugar de descanso eterno en el parque de Morr, pero incluso a ellos los entierran unos encima de otros, hasta cinco o seis en profundidad. Al resto, los arrojan desde el barranco. Los sacerdotes sellan los cuerpos y los bendicen, y a menos que se trate de los más indigentes, siempre hay quien les llora. Pero esta ciudad tiene pocos sentimientos. Se dedica a sus asuntos y deja que los sacerdotes se encarguen de los suyos.

—¿Y qué pasa con sus pertenencias?

Aquella noche, Resollador tenía muchas preguntas, y Kruza estaba lleno de buena cerveza sólo en dos terceras partes.

—Son sacerdotes... Tienen pocas pertenencias...

—¡Lo sacerdotes, no! —lo interrumpió Resollador—. ¡Los muertos! —exclamó.

Kruza empujó la puerta de la taberna, la abrió y arrastró a Resollador para que lo siguiera.

—Eres demasiado malsano para mi gusto. Ven a tomar un trago conmigo, y acabemos con esta conversación sobre cadáveres.

Pero la conversación sobre cadáveres no acabó. Volvió a empezar más tarde, aquella misma noche, cuando Kruza estaba instalado en el sofá de la habitación de Resollador, y el muchacho se encontraba tendido sobre una pila de cojines, en el piso. Kruza estaba entonces lleno de cerveza y, hasta cierto punto, era más tolerante con las preguntas de Resollador.

—En el caso de los muertos —comenzó el muchacho—, ¿adónde van a parar sus pertenencias?

—No lo sé —respondió Kruza—. A algunos les roban antes de que se enfríen. Los que mueren tranquilamente entre sus familiares son aliviados de sus posesiones por los seres queridos.

—¿Y el resto? —preguntó el otro, inocente.

—¿El resto? —repitió Kruza—. Supongo que los sacerdotes de Morr recogen sus pertenencias y se las devuelven a los deudos. Tal vez, si no hay nadie a quien entregarle las pertenencias, van a parar a los cofres del templo, o quizás a los del propio Graf.

»¿O debería decir a tu ilustre progenitor? —añadió.

Se puso a reír tanto que tuvo que levantarse del sofá y avanzar, dando traspiés, para orinar por la única ventana de la habitación. Cuando regresó al sofá, se quedó dormido y empezó a emitir entrecortados ronquidos de borracho antes de que Resollador pudiera formular la pregunta siguiente.

Por la mañana, no obstante, Kruza recordaba lo bastante de la conversación de la noche anterior como para hacerle una advertencia al muchacho.

—Si estás pensando en robarles a los muertos, ¡piénsatelo dos veces! —dijo con firmeza—. Los muertos son respetados por todos los que no sean la más baja escoria de la ciudad, entre los que se encuentran los ladrones de tumbas; hombres pervertidos, sin amigos.

—Claro —asintió Resollador.

—Sin amigos, Resollador —repitió Kruza—. Si llego a enterarme de que tú le has robado a un cadáver... ¡Dejaré de ser tu amigo, y estoy seguro de que no quieres eso!

Resollador se miró los pies.

—Es sólo que un cadáver no puede poseer ningún... —comenzó, pero lo interrumpió la mirada feroz del ladrón.

—¡Sin amigos, Resollador! —dijo Kruza con los dientes apretados mientras cogía por la parte frontal del justillo al muchacho, mucho más bajo que él, y lo levantaba hasta dejarlo de puntillas—. ¡Sin amigos!

Kruza seguía con su trabajo, y la manipulación que ejercía sobre el talento de Resollador continuaba haciéndolo prosperar. Había sido un mes muy bueno. Dos o tres días de cada semana, ambos se reunían y visitaban los mercados y zonas

abarrotaadas de gente. Por la noche, comían y bebían en distintas tabernas cochambrosas. Una noche, Kruza llevó a Resollador a la plaza de Fieras, pero al muchacho no le gustó mucho y se marcharon.

—Yo vi osos en el bosque donde vivía con mis tías —explicó Resollador—. Eran bestias de la naturaleza, y bastante inofensivas si las respetabas.

Kruza sacudió la cabeza mientras pensaba que aquel crío era de otro mundo.

Resollador le había prometido a Kruza que no les robaría a los muertos, aunque no entendía cómo podía llamarse robo a eso, y mucho menos considerarlo el más rastrero de los delitos.

No iba a robarles a los cadáveres, de eso estaba convencido, pero lo habían fascinado los féretros y los carros que rodaban por las calles con su carga muerta. A veces, veía a un hombre de aspecto importante, ataviado con el hábito del templo, que calmaba a los afligidos, formulaba preguntas o se inclinaba sobre los féretros. A menudo, los féretros eran conducidos por las calles por un hombre, o a veces dos, vestido con largas capas de color gris amarillento. Otras veces veía que arrojaban los cuerpos sobre cualquier vehículo disponible y se los llevaba un guardia de la ciudad, y en una ocasión vio que un templario, del Lobo Blanco, con una armadura espléndida, retiraba un cuerpo.

Resollador se aficionó bastante a los buenos funerales, y presenciaba los grandes entierros del parque de Morr y los sencillos del barranco de los Suspiros. A nadie parecía importarle que estuviese allí. De hecho, nadie reparó nunca en su presencia, excepto en una ocasión.

Había subido hasta el barranco unos quince días después de la conversación mantenida con Kruza y había observado a un sacerdote que oficiaba una ceremonia. El sacerdote se encontraba de pie junto a un ataúd de madera tosca, realizando los rituales necesarios y entonando las plegarias que entonces a Resollador casi le resultaban familiares. Resollador no esperaba nada, y estaba a punto de dar media vuelta y regresar a la ciudad, cuando sucedió algo de lo más extraño.

El sacerdote se detuvo y le habló. Apenas fueron unas palabras de lamentación por la pérdida y algo sobre que el cadáver estaba en paz.

Resollador no oyó las palabras concretas. Ésa era la segunda persona que le hablaba de modo voluntario desde su llegada a la ciudad, hacía más de un año. Kruza había sido el primero.

—Los muertos de Middenheim... —comenzó Resollador sin más preámbulo una noche en que iban hacia una taberna—. A todos no se los llevan los sacerdotes, ¿verdad?

—No, no a todos —replicó Kruza—. Desde que se quemó el templo de Morr, la verdad es que no dan abasto para hacer todos los entierros y recoger los cuerpos de la ciudad.

—Vi que estaban trabajando en el templo —comentó Resollador—. Así pues, cualquiera podría llevarse un cuerpo.

—Están los hombres de capa larga y gris —respondió Kruza—. No sé quiénes son, pero los sacerdotes los emplean muy a menudo para transportar cuerpos. También se lo piden a la guardia de la ciudad, y a cualquiera a que consideren más o menos digno de confianza.

—¿Como el templario del Lobo Blanco al que vi? —preguntó Resollador retóricamente—. Antes me habías dicho que los cuerpos eran llevados al templo, al parque de Morr y al barranco de los Suspiros, pero ¿y el otro lugar?

—¿Qué otro lugar? —preguntó Kruza—. ¿Adónde más iban a llevarlos?

Resollador se dio cuenta de que Kruza ya empezaba a impacientarse, y no quería enfadar a su mentor, así que no dijo nada más. Pero había otro lugar.

Kruza, que a la mañana siguiente tenía resaca y gemía en el sofá, no se dio cuenta de que Resollador se escabullía hacia el exterior o, si lo advirtió, no le importó. Resollador se levantó temprano y salió a la ciudad en busca de los carros. Estaba casi obsesionado por los cuerpos y su lugar de descanso, y si Kruza no podía decirle cuál era el otro lugar, lo averiguaría por sí mismo.

Encontró con rapidez el primer cadáver del día, un anciano que había muerto durante la noche; tal vez, violentamente, porque aquello era Altquartier, o tal vez, tranquilamente en su cama. El cuerpo fue transportado desde el sitio en que había muerto hasta donde habían tenido que dejar el vehículo: al final del corto callejón que se encontraba al otro lado del patio. Luego, lo metieron en una de aquellas estrechas carretillas y se lo llevó un guardia que acababa de ser relevado de su turno de noche. El hombre de mediana edad y constitución robusta estaba descontento por el hecho de que le hubiesen encargado aquella tarea cuando se encaminaba a casa para desayunar, y manipuló el cuerpo como si fuese un saco de grano. Resollador siguió al guardia hasta que se dio cuenta de que se dirigía al templo y no a un lugar desconocido. Lo dejó marchar y se puso a buscar el siguiente cadáver.

Tras salir de Altquartier y seguir el camino de ronda en torno a la parte oriental del parque, Resollador detectó una conmoción al otro lado del muro. Un carterista había sido descuidado y lo atacaba su víctima. El carterista, un hombre que le recordó a Kruza a causa de su estatura, hombros anchos y descuidado estilo en el vestir, ganó la pelea poco después de sacar una daga del interior de la bota, y en ese momento una mujer lamentaba la pérdida del osado y robusto hombre de unos treinta y cinco años que ese día había decidido no ser la víctima de un robo y entonces yacía sobre la



musgosa pendiente, asesinado.

Resollador se mantuvo cerca mientras la guardia primero y luego el sacerdote de Morr se presentaban en el lugar de los hechos. Pasó media hora antes de que una pareja de agentes fuese despachada con el cuerpo, y a Resollador le pareció evidente que también ellos se encaminaban hacia el templo de Morr.

Ya era casi mediodía y Resollador estaba dispuesto a renunciar por ese día a la búsqueda de cadáveres cuando un hombre alto, vestido con una larga capa gris amarillento, pasó ante él, tirando de una larga carretilla en forma de cuerpo, con dos grandes ruedas en el centro. Un segundo hombre, ataviado de manera similar, iba tras el vehículo y sujetaba un par de barras unidas a la parte posterior del improvisado féretro. Resollador decidió que intentaría, una vez más, seguir a un cadáver hasta el incógnito lugar.

Lo siguió sin demasiadas expectativas de éxito, porque ya había fracasado dos veces ese día, así que se sintió encantado cuando el carro giró al oeste y luego al norte. Resollador ya había estado antes en esa parte de la ciudad, con sus anchas calles y espléndidas casas. Aquella mañana se había vestido esmeradamente, con ropas limpias que no llamaran la atención, para deambular sin que lo molestaran los agentes de la guardia, que nunca parecían más felices que cuando expulsaban de la mejor parte de la ciudad a un golfillo o un desgraciado. Se había echado una capa deslucida sobre las ropas elegantes para caminar por las zonas más pobres de la urbe y se deshizo de ella cuando los hombres que llevaban el cadáver giraron a la izquierda en el templo de Shallya. Desde el interior, le llegaban las voces de los huérfanos que entonaban plegarias de manera mecánica, acompañados por esporádicas toses y gritos de dolor de los pacientes que se encontraban en la enfermería anexa. El mismo había acudido una vez allí, cuando se hizo un corte en una mano y, por suerte, tenía el dinero para pagar el tratamiento. El médico que lo atendió ni le habló ni lo miró mientras le limpiaba y vendaba la herida.

Resollador se encontraba entonces en el distrito de Nordgarten, entre los hogares de comerciantes y gentileshombres. No se ocultó entre las sombras ni acechó desde los portales, sino que echó atrás los hombros y avanzó por las anchas calles empedradas a la vista de quienes estaba siguiendo. Pasó junto a chicos de recados y tenderos que visitaban las casas, pero era un día lluvioso y frío, y los residentes se contentaban con permanecer en el calor de sus opulentos hogares.

Resollador comenzó a emocionarse. Descubriría algo que Kruza no sabía; tal vez, algo nuevo acerca de los muertos y sus pertenencias: el otro lugar.

Resollador miró la casa que tenía delante. Era más alta y más estrecha que las otras que la rodeaban, lo cual le confería un aire imponente. No sabía lo que pudo haber sido en otra época, pero no se parecía mucho a las demás casas de la zona. Quizás en otros tiempos había sido un templo menor. Se trataba de una torre alta y

esbelta, con ventanas estrechas y extrañas agujas curvilíneas, que ascendían en suaves ondas hasta una cúpula diminuta situada en lo alto. Bajo la base de la aguja, había una profunda galería de aberturas largas y estrechas. Una segunda torre circular estaba pegada a un lado del edificio principal, del ancho de dos hombres en fondo, pero con su propia cúpula diminuta y las rendijas más que insólitas en lugar de ventanas.

Resollador se situó junto al improvisado féretro cuando los dos hombres lo hicieron pasar entre dos estrechas puertas que se abrían sobre el callejón lateral que flanqueaba el edificio. El callejón estaba más oscuro, y las puertas no podían ser vistas desde la calle. De pie a un lado de la doble puerta, apenas a la vista de los hombres de capa gris si éstos hubiesen querido verlo, Resollador tendió con precaución una mano para alzar el tosco hule de bordes deshilachados que cubría el carro, y luego lo levantó un poco más mientras los hombres continuaban luchando con el vehículo, casi tan ancho como la puerta, para hacer que entrara.

La primera mirada le sugirió a Resollador que allí no había ningún cadáver, y la segunda, más detenida, se lo confirmó. El carro contenía toda clase de objetos, muchos de los cuales Resollador no reconoció siquiera, y puesto que no había ningún cadáver al que pudiese considerarse que le robaba, cogió el objeto brillante, de metal, que tenía más cerca. Lo sacó de debajo del hule y se lo metió dentro del justillo. Luego, salió del todo de detrás de la puerta abierta, saludó con la gorra a los hombres, que al parecer continuaban sin verlo, salió del callejón y regresó a las proximidades del templo de Shallya, donde había dejado la capa.

Tras recuperarla, Resollador deseaba regresar y poner en conocimiento del escéptico y despectivo Kruza lo que había descubierto, pero antes tenía otra cosa que hacer.

Volvió a internarse en el Gran Parque por la puerta sur, y dirigió sus pasos hacia los tenderetes de herbolarios y apotecarios que se agrupaban en un propio pequeño enclave, protegidos, por un lado, por un banco y, por el otro, por el muro este del parque. En aquella zona del mercado había pocos clientes, pero Resollador no tuvo ningún problema para coger lo que necesitaba, y al cabo de poco rato, emprendió el camino de regreso a casa. En los bolsillos llevaba entonces una pequeña vela de cera de abeja perfumada, dos manojos de hierbas y un par de toscos cristales tallados en diferentes tipos de roca. No estaba muy seguro de lo que habían sido todas aquellas cosas que había visto debajo del hule, pero no podía hacerle ningún daño tomar algunas sencillas precauciones.

—¡Kruza! —llamó casi antes de haber llegado al tercer tramo de la escalera, que subió corriendo y estirando las piernas para salvar dos escalones por vez—. ¿Kruza?

Encontró al carterista sentado al borde del sofá y vestido sólo con la camisa, que

le caía hasta las rodillas. Estaba inclinado hacia adelante y, con las manos, se sujetaba la cabeza, que tenía prácticamente entre las rodillas, pues su peso le resultaba casi insoportable a causa de la resaca que sufría.

—¡Chsss! —lo hizo callar Kruza con una mueca de dolor.

Resollador tuvo ganas de echarse a reír, pero, en cambio, avanzó hasta la pequeña caja de madera segmentada que había en un rincón y sobre la cual había estado el espejo dorado que Kruza se llevó al final de su primera visita. Levantó la tapa y, de dentro, sacó un puñado de hierbas secas. Cogió la tetera que siempre estaba hirviendo sobre el fuego, a menos que se evaporara, y preparó una tisana con los tallos y las hojas. Luego, se la dio a Kruza, que puso cara de asco ante el olor que desprendía; no obstante, se la bebió debido a la insistencia de su compañero.

Resollador dejó a Kruza tranquilo durante media hora, pero el carterista se sintió sorprendentemente mejor antes de eso y, en cuanto experimentó un hambre devoradora. Resollador le puso delante un plato de carne fría, verduras en escabeche y pan.

—Ahora que te sientes mejor —comenzó Resollador, emocionado—, tengo algo para ti.

Alzó el objeto que había robado de debajo del hule, tras sacarlo del justillo al que le había desprendido el botón del cuello, y lo levantó en el aire con el brazo extendido. Quedó oscilando y describiendo pequeños círculos ante sus ojos.

El objeto que había robado Resollador era bastante hermoso, y ambos lo contemplaron con asombro e igualmente hipnotizados. Se trataba de una cadena hecha con grandes cuadrados planos, unidos por las esquinas con eslabones también planos de oro. Los cuadrados estaban grabados como elaboradas hebillas de cinturón, y en cada uno se veía un motivo distinto. En el centro de la cadena, que era lo bastante larga como para colgar de los hombros de un hombre corpulento, había un ornamento de gran tamaño.

—Es como la cadena que lleva el Graf en los días de fiesta —murmuró Kruza con voz ronca.

—Está intentando devorarse a sí mismo —comentó Resollador, hipnotizado.

El ornamento consistía en un gran dragón o reptil que formaba el círculo eterno al morderse su propia cola. Cada escama de su acorazado cuerpo estaba tallada en oro macizo, y sus ojos eran redondos orbes de marfil ciego.

—¡Es hermoso! —jadeó Kruza.

—Tómalo, entonces —dijo Resollador al mismo tiempo que extendía el brazo al máximo y lo acercaba al rostro de Kruza—. Y cuando te canses de él, tal vez pueda ayudarte a cumplir con la cuota.

—¡La cuota! —gritó Kruza mientras saltaba del sofá como si un fuego, encendido mucho tiempo antes bajo el mueble agresor, hubiese por fin atravesado su sólida base

y entonces quemara las posaderas del carterista.

»¡Hoy es mi día, y no he cumplido con la cuota! ¡Sangre de Sigmar!

Cogió con brusquedad la pesada joya y se la metió dentro de la camisa. Luego, se puso los calzones, las botas y el corto abrigo de cuero, y salió a toda velocidad de la habitación. De paso, cogió el saco de tela que contenía todas las otras adquisiciones y cerró la puerta de golpe sin decirle una sola palabra más al muchacho.

—¡Maldita cosa! —chilló Kruza cuando irrumpió otra vez en la habitación sin consideración alguna hacia Resollador. Y arrojando la joya sobre el sofá, añadió—: No quiso tener nada que ver con esto. Ese hombre, que es capaz de vender cualquier cosa y comerciar con lo que sea, no quiso ni tocarlo..., y mi cuota quedó incompleta.

—Vaya.

—¿Sabes cuál es mi pena por no cumplir con la cuota? —chilló Kruza con la voz aún ronca por la juerga de la noche anterior—. ¡Quédate con tu joya y que te traiga buena suerte!

Resollador pensó que Kruza se marcharía, pero en lugar de encaminarse hacia la puerta, el carterista se dejó caer en el sofá. Resollador no se había dado cuenta de que Kruza lo necesitaba cada vez más a cada día que pasaba. Mientras el carterista se valía de las habilidades del joven ladrón invisible, su propia destreza profesional se había embotado por falta de uso y demasiada buena vida. Permaneció sentado en el sofá y acarició con los dedos las placas del inaceptable ornamento, intentando leer la historia grabada y tallada en el objeto.

—¿De dónde sacaste esto? Tiene que estar manchado o ser terriblemente importante para que el señor lo haya rechazado sin más con una expresión tan extraña en la cara. Si lo pienso bien, no creo que me haya doblado la cuota por otra razón que no sea el insulto de ofrecerle este objeto en particular.

—Lo saqué del otro lugar —respondió Resollador sin mostrar mucho interés; intentaba buscar una manera de compensar a Kruza por aquel paso en falso.

—¿Qué otro lugar? —preguntó Kruza, y luego se dio cuenta—. ¡Que Ulric te condene si le robaste esto a un cadáver!

—¡No! ¡No! —exclamó Resollador al mismo tiempo que retrocedía. No deseaba sentir de nuevo la punta de la espada corta en la garganta—. ¡Ahí está la cosa! No había ningún cadáver en el féretro que fue al otro lugar.

—No me hables con enigmas, muchacho —le contestó Kruza, que estaba de un humor tétrico y furioso, y tenía ganas de atacar.

—Seguí un carro de muertos... Bueno, en realidad, era más bien una carretilla cubierta. Es igual; el caso es que lo seguí hasta el otro lugar, el lugar del que te hablé, el lugar al que los hombres de capa gris llevan a los cuerpos cuyo destino no es el templo de Morr. Pero lo cierto es que allí no transportan ningún cuerpo. Levanté la

cubierta del carro y, dentro, había muchísimas cosas. Cogí ésa —dijo, a la vez que señalaba la cadena—. Pero te juro que no le robé a un cuerpo. Allí no había ninguno.

—Contrabandistas —dijo Kruza para sí.

—¿Qué? —preguntó Resollador.

—Tienen que ser contrabandistas. Se visten como los servidores de los sacerdotes de Morr para transportar la mercancía por Middenheim. Los muertos y los que transportan a los muertos son los únicos a los que nunca paran los ciudadanos ni los guardias.

Al darse cuenta por fin de lo que había dicho su compañero, Kruza se levantó de un salto del sofá y cogió a Resollador por un brazo.

—¡Llévame allí! —dijo—. ¡Ahora!

Resollador logró convencer a Kruza de que se lavara, afeitara y compusiera la ropa antes de llevarlo hacia Nordgarten, un distrito que Kruza raras veces visitaba. Tal vez allí los botines fuesen valiosos, pero los riesgos eran grandes. Si despertaba en esa zona la más ligera sospecha, la guardia caería sobre él con más rapidez que las ratas del Altquartier sobre el cadáver de un perro.

Kruza tenía poca confianza cuando caminaba por las anchas y curvas calles de los mejores distritos de Middenheim, y de modo inconsciente imitó la postura erguida y el paso seguro de Resollador cuando pasaron ante el templo de Shallya, donde los huérfanos continuaban cantando.

Resollador avanzó directamente hacia el extraño edificio en forma de torre y se internó en el callejón lateral. Estaba a punto de entrar en él sin reparos, pero Kruza se mostró más cauteloso.

—Primero, echemos un vistazo por los alrededores —sugirió—. Puede ser que haya alguien; tal vez, los contrabandistas de capa gris a los que viste antes.

Pero en su fuero interno, Kruza se moría por entrar, porque podía oler las riquezas del interior, riquezas que el Bajo Rey aceptaría. Un robo rápido con su silencioso compañero detrás podría acortar la semana laboral en varios días y alargar en igual medida el tiempo de ocio.

Salieron del callejón, volvieron a la calle y rodearon el edificio hasta la alta torre delgada y curva del otro lado. Se encontraba envuelta en oscuridad y sombras, y Kruza comenzó a sentirse más en su elemento. No necesitaron realizar ningún esfuerzo para encontrar la puerta baja y ancha, de color negro, que olía extrañamente a brea, situada en un lateral de la torre, bajo una hilera de ventanas muy estrechas, sin cristal.

Resollador abrió la puerta y Kruza realizó una profunda inspiración antes de inclinar la cabeza y los hombros para seguir al muchacho hacia el interior. Se encontraron en un pequeño descansillo cuadrado, situado a la altura de la calle desde

donde se ascendía y descendía por una escalera de espiral. Al mirar hacia lo alto por el pozo de la escalera, podían ver haces de luz que entraban por las ventanas que daban al oeste. Al mirar hacia abajo, no pudieron ver nada.

—Abajo —siseó Kruza tras volverle la espalda al tramo de escalones que ascendía.

A diferencia de Resollador, él sólo era invisible en la oscuridad. El muchacho trotó alegremente escalera abajo, con la cabeza vuelta hacia su camarada, que descendía cada escalón con lentitud y cuidado para hacer el menor ruido posible. Por primera vez, se dio cuenta de que Resollador era tan silencioso como invisible. Los cuidadosos pasos de Kruza hacían un suave sonido de golpeteo, mientras que los del muchacho eran como un suspiro.

—Mira hacia abajo —siseó Kruza, ansioso por el peligro de que Resollador pudiese tropezar con algo y provocara la muerte de ambos antes de que tuviesen siquiera tiempo de ver al enemigo.

Continuaron bajando la escalera. Descendieron primero un tramo y, luego, sólo para asegurarse, otro. Resollador miraba hacia dónde iban, y el lento y nervioso Kruza miraba hacia el lugar del que procedían.

En el segundo nivel bajo el suelo, Resollador llegó a un descansillo más amplio y arqueado, que sólo conducía a dos o tres someros escalones curvos más; después, hasta donde podía ver, no había nada más. Se hallaba al pie de la escalera. Treinta segundos más tarde, Kruza se reunió con él, y dado que no dejaba de mirar hacia atrás, estuvo a punto de chocar con el muchacho y hacerlo caer los últimos escalones.

Continuaba sin haber luz. Kruza no percibió un leve olor a leche agria, pero Resollador lo encontró extraño en un lugar que se hallaba a dos pisos bajo tierra. El aire estaba muy quieto, ligeramente gélido, y aunque los escalones de bajada se veían húmedos, el piso de la bodega parecía muy seco e, incluso, polvoriento.

Resollador sujetó a Kruza, cuyos ojos, muy abiertos, brillaban blancos y nítidos en la oscuridad. Una vez recobrado el equilibrio, metió una mano en el bolsillo, sacó la vela de cera de abeja y la encendió; el aire se colmó de un penetrante aroma a especias. La vela originó un círculo de luz en torno al muchacho y a Kruza, y proyectó sombras en la estancia subterránea.

La bodega era una especie de antecámara circular, y Resollador la recorrió de un arco abovedado al siguiente. Se detuvo ante cada uno para examinar el lateral de las columnas que formaban las entradas, hasta completar el círculo sin atravesar el centro. Kruza había permanecido decididamente donde estaba y, cada pocos segundos, miraba hacia lo alto de la escalera como si tuviese un tic nervioso.

—No es más que un vestíbulo de entrada —declaró Resollador—, pero detrás de esos arcos hay más habitaciones.

Se desabrochó los dos botones superiores del justillo y sacó una bolsita que

llevaba al cuello colgada de un cordón; del interior, extrajo algo que Kruza no pudo ver.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó el carterista antes de lanzar otra ansiosa mirada escaleras arriba.

—No te preocupes —respondió Resollador, que lentamente comenzó otra vez el recorrido por el círculo de arcadas—. Alguien ha garrapateado glifos por todas las entradas, pero un poco de magia rural los anulará pronto.

—¡Glifos! —exclamó Kruza en voz tan alta como se atrevió, apenas más potente que un ronco susurro—. ¡Magia! ¡Oye, todo esto está empezando a asustarme! ¡Cuerpos! ¡Joyas que ni siquiera un asqueroso tratante de objetos robados quiere comprar...! ¡Y ahora glifos!

Lo que había parecido una excelente idea estaba convirtiéndose en algo peligroso.

—¿Qué estás haciendo? ¿Qué quieres decir con «magia rural»? —siseó cuando Resollador empezó a frotar el pilar de una entrada con un manojo de viejas hojas y ramitas secas al mismo tiempo que alzaba la vela hasta cada glifo por turno y murmuraba lo que aparentemente eran poesías antiguas.

—Ya sabes de qué tipo de cosas hablo: hierbas, telarañas, excrementos de conejo... materiales adecuados para la sencilla magia rural, tan buena como vuestros elegantes elementos de ciudad. Y estos glifos son muy básicos —respondió Resollador mientras avanzaba hasta el soporte del siguiente arco.

«¿No tienen fin las rarezas de este muchacho —se preguntó Kruza—, o es verdad que lo criaron dos brujas?» Allí abajo, los detalles a medias recordados de aquella disparatada historia parecían mucho más verosímiles.

Comenzó a hacerse más claro a medida que Resollador entraba en cada una de las salas laterales el tiempo justo para encender una lámpara y continuar hacia la siguiente.

De algún modo, a Kruza le parecía que entonces no hacía tanto frío y que el lugar no resultaba tan amenazador; así que cuando Resollador llegó a la cuarta arcada, Kruza atravesó el suelo para observar cómo el otro hacía su magia rural, pateando el polvo al caminar.

Resollador lo oyó, se volvió y en ese momento vio lo que Kruza no había visto.

El carterista, alto y atlético, normalmente caminaba con pasos largos, pero en esa ocasión avanzaba con lentitud y cautela. En cualquier otro momento, Kruza habría pasado por encima de aquella cosa que estaba en el suelo, sin pisarla, pero entonces arrastró los pies sobre ella.

—¡Nooo...! —comenzó a gritar Resollador, pero ya era demasiado tarde.

Kruza levantó la mirada y se quedó justo encima de la confusión de polvo arenoso que le rodeaba los pies. Vio que la boca de Resollador estaba abierta de par en par en un grito y percibió la tensión del cuerpo del muchacho.

«Que Ulric me condene», pensó para sí sin decir palabra.

La vela de Resollador se apagó, y el suave resplandor que proyectaban las lámparas se transformó en una dura luz blanca. Más luz blanca colmó las habitaciones que rodeaban la antecámara, y por un instante Kruza creyó que veía girar y danzar los glifos de las arcadas. No podía moverse ni hablar, y el rostro de Resollador, petrificado en aquel grito de advertencia inacabado, tenía una expresión extraña, aterrorizada. Pareció que el momento se prolongaba una eternidad.

«Que no termine», pensó Kruza, aunque sabía que finalizaría.

—¡...Ooo! —acabó el grito de Resollador.

Entonces, ocho figuras altas, cubiertas por capas grises, salieron de las ocho arcadas. El hombre de la cuarta arcada contando desde la izquierda se encontraba justo detrás de Resollador y estaba levantando los brazos. Kruza podía ver unos antebrazos consumidos, pálidos como el hueso, y nudosas manos provistas de garras que emergían del interior de la capa; en cambio, no distinguía nada del rostro que se encontraba dentro de la capucha. Resollador se apartó limpiamente a un lado y se apoyó contra una de las altas columnas que separaban las arcadas, pero el hombre continuó avanzando directamente hacia Kruza.

El carterista quería echar a correr; quería correr con toda su alma, pero no podía.

Miró a Resollador y le pareció que el muchacho se encogía de hombros.

Se contempló los pies, y por primera vez Kruza vio qué era lo que había pisado: los restos de un elaborado dibujo de arena, entrecruzado por líneas de ceniza negra y remolinos de una arena cristalina de color cobalto y púrpura, que no reconoció. Sólo se dio cuenta de que aquello era una trampa, y de que él se encontraba atrapado en ella.

«¿Por qué tardan tanto?», se preguntó Kruza al mismo tiempo que volvía a mirar a Resollador.

Por el aire que mediaba entre ellos, volaba algo.

Kruza atrapó la bolsita que le había arrojado Resollador y la abrió a toda prisa. Al ver lo que contenía, la dejó caer en la arena con asco. Del interior, asomaron una vela de cera de abeja que no había sido encendida y un manojo de hojas y tallos secos.

Kruza posó la mano derecha sobre la empuñadura de la espada corta que sobresalía de su cinturón, bajo la parte trasera de la chaqueta. La cogió y la desenvainó, para luego alzarla por encima de su cabeza. La mano izquierda se unió a la derecha, separó los pies hasta que quedaron a la distancia de los hombros, flexionó ligeramente las rodillas y se quedó allí, firme, ante el hombre de la capa que continuaba caminando hacia él.

«Tengo todo el tiempo del mundo», pensó mientras doblaba los brazos, alzaba la espada corta y la inclinaba a la altura del hombro. «Ataca», le dijo su mente. Esperó sólo un momento más.



Kruza descargó un golpe de espada en el preciso momento en que la figura embozada tendía las manos hacia él como si quisiera estrangularlo. El sonido que hizo la espada al hender un lado del cuello de la figura fue el de un cuchillo embotado que atravesara una hoja de papel. No obstante, salió sangre en cortos y espesos borbotones por la herida abierta; era de color rojo brillante a la luz blanca, y casi púrpura sobre la capa gris.

Atónito, Kruza alzó la espada para golpear de nuevo. Al corregir la postura, se dio cuenta de que había dado un paso fuera de la trampa de arena. Estaba libre de ella. La figura continuaba de pie, sangrando y con los brazos aún extendidos hacia adelante, al parecer sin percatarse del profundo y ancho tajo que le había separado a medias la cabeza del cuerpo y le había penetrado en el torso. Luego, cayó lentamente de rodillas, y sus manos descendieron hacia la arena.

—¡Kkkrrruuzzzaaa! —gritó Resollador.

El ladrón alzó los ojos hacia el muchacho, que señalaba al único pie que aún permanecía dentro del cuadro de arena. Kruza se apartó a un lado cuando las manos provistas de garras de la figura sangrante cayeron sobre la arena y ésta comenzó a girar, cambiando continuamente de color; cuando se detuvo, mostraba el diseño original. El cuerpo de la figura embozada había desaparecido, al igual que la bolsita y el contenido que había quedado esparcido.

Las siete figuras restantes comenzaron a apartarse de las arcadas en una especie de formación teatral. Ninguna miró a Resollador; todas tenían la vista fija en Kruza.

El carterista volvió a avanzar. Miró una vez a Resollador, que continuaba apretado contra la columna, y otra a su espada corta. La sangre había desaparecido de la hoja, pero el arma destelló para Kruza como una promesa. El ladrón no sabía si el tiempo realmente se había ralentizado, o si se debía a la extraña vitalidad de su cuerpo; cualquiera que fuese el caso, de momento, parecía obrar en su favor.

Con los dos siguientes tajos, uno alto y descendente, y el otro bajo y horizontal, derribó a otras dos figuras de capa gris. Volvió a oír el sonido de papel, pero esa vez la sangre no desapareció de la espada. Un sendero comunicaba las figuras salidas de la derecha y las de la izquierda. Resollador se encontraba justo enfrente de él, flanqueado por dos arcadas vacías. Kruza echó una mirada atrás, pero el círculo de figura aún era demasiado completo. No podrían salir por donde habían entrado. Esgrimiendo la espada, echó a correr, cogió a Resollador por un brazo al pasar y lo lanzó al interior de una de las cámaras.

Bañados al instante por la brillante luz blanca, ambos quedaron confundidos. Luego, Resollador vio otra arcada y corrieron a través de una serie de cámaras subterráneas que debían cubrir una gran área de esa zona de la ciudad.

—¡Tenemos que salir de aquí! —Kruza logró hablar con confianza y en un tono alto por primera vez desde que habían entrado en la bodega—. Tenemos que volver a

la escalera.

Pero Resollador ya corría por un largo y ancho pasillo con alto techo abovedado. Por las medidas, podría haberse tratado de una habitación; sin embargo, cada pocos metros, una amplia arcada, o a veces, una puerta conducían a otros sitios que empequeñecían con su tamaño el corredor que las comunicaba.

Resollador se detuvo de pronto. Tenía los ojos abiertos de par en par y miraba al interior de una gran sala circular, aislada y situada a un lado del corredor. En aquel amplio espacio no se veía ninguna otra puerta ni ventana, pero dentro había mucho más que eso. Estaba sembrada por una serie de pequeños carros y camillas con ruedas, algunos cubiertos con hule, otros hasta el borde de objetos que caían de ellos y quedaban desparramados por la sala. También había una enorme pila de ropas, algunas harapientas y gastadas, pero otras bastante respetables y elegantes. Si aquellas gentes eran contrabandistas, trataban con una extraña serie y variedad de mercancías.

Hacía ya mucho rato que Kruza no pensaba que fuesen contrabandistas. Allí estaba sucediendo algo mucho más grande. Él no sabía de qué se trataba, y a Resollador no parecía importarle lo más mínimo.

El joven estaba caminando entre las pilas, recogiendo objetos que podía llevarse con facilidad; principalmente, joyas, de las que había una enorme cantidad, y pequeños utensilios para la casa, que metía en los bolsillos de su ropa. Resollador comenzó a apartar los hules de los carros; primero, uno por vez, y luego, en un gran despliegue de actividad, recorrió toda la estancia, arrancando las coberturas de los carros con gestos espectaculares para dejar a la vista las múltiples riquezas que se encontraban debajo. Kruza permanecía quieto y lo miraba con ojos fijos, impresionado por el hecho de que el muchacho pudiese tener tanta resolución, tanta confianza, o tal vez de que se comportase de un modo tan decididamente inconsciente dada la situación en que se encontraban. Luego, Kruza recordó la antecámara de la bodega y a las figuras embozadas que lo habían atacado, y comprendió que, esencialmente, Resollador era invisible y que, en consecuencia, no corría peligro ninguno. Él, por otro lado, era muy visible.

—¡Resollador! ¡Vamos! ¡Tenemos que salir de aquí!

—¡Mira todo esto! —exclamó el otro, ansioso—. ¡Aquí hay semanas de trabajo para cubrir tu cuota, y puede ser que no tengamos la oportunidad de regresar!

Kruza pensó que jamás regresaría, aunque tuviese la ocasión de hacerlo. Aquello se había convertido en una estúpida y peligrosa empresa, y juró que jamás la repetiría.

—¡Vamos, Kruza! ¡Todo está ahí para cogerlo!

Resollador giró y levantó el último hule de la última pila de objetos. Era la pila más grande, más ancha y alta que un hombre; se encontraba muy cerca de la puerta, a

un lado. Kruza, que se limitaba a permanecer en la entrada y observar, no podía ver aquel rincón. El hule se deslizó con un movimiento grácil, como la seda sobre madera pulida. «No tiene ningún derecho a hacerlo». El hule casi onduló al caer al suelo con un suspiro. «No tiene derecho», pensó Kruza.

Resollador se apartó de la gran pila de mercancías de los contrabandistas, y entonces Kruza pudo ver la expresión de su rostro. Nunca había estado tan blanco. Sus ojos eran enormes globos grises, vacuos. Kruza se acercó, cogió un codo de Resollador por miedo a que el muchacho se desmayara, y miró el rincón donde había estado el hule. En el piso había una pila de cuerpos tirados en un rincón, amontonados como un granjero podría amontonar el heno con una horca. Al principio, Kruza no supo qué estaba mirando, pero luego comenzó a distinguir brazos y piernas, torsos y una o dos cabezas hinchadas. Los cuerpos yacían en posturas antinaturales; estaban tan rotos que carecían de forma. La pila podría haber estado formada por ropas viejas, rellenas de serrín, que se había derramado. En aquellos cuerpos no quedaba alma ni vida. Eran como espantapájaros, aunque en otra época habían estado vivos. Resollador lo vio, pero Kruza lo sintió.

Algo pequeño atrajo los ojos de Kruza, y avanzó con delicadeza hasta la pila de restos humanos. Aferrada a una mano humana que parecía no estar unida a ninguna otra cosa muerta de la pila, había una larga y ancha cadena, formada por cuadrados planos que estaban engarzados por las esquinas con eslabones. Colgando de la cadena, que era lo bastante larga como para rodear los hombros de un hombre corpulento, había un talismán: un gran reptil escamoso o dragón, que se mordía la cola.

Kruza no pudo soportar aquella visión. Tras coger al hipnotizado Resollador por un brazo, lo hizo girar y lo condujo fuera de la estancia. Prefería regresar por el camino por el que habían llegado y enfrentarse con las figuras embozadas de gris que quedarse un momento más en aquel sitio.

Regresaron por el corredor, ambos con paso firme, fingiendo una seguridad que Kruza sabía que él, como mínimo, no tenía. Pero si entonces se permitía el lujo de sentir miedo, moriría con total seguridad. Debía demostrarse a sí mismo que no estaba atemorizado.

No se oía nada en absoluto. El fresco aire ligeramente húmedo del subterráneo dio paso al olor a leche agria que flotaba de una cámara a otra y se hizo más fuerte conforme se acercaron a la entrada.

Kruza estaba seguro de que tendrían que tropezarse con alguna de las figuras embozadas, pero no fue así. Continuaron con paso solemne, medio asustados, hasta llegar al sitio por el que habían entrado. El sentido de la orientación de Resollador era tan infalible como cuando se encontraba en las calles de la ciudad. Al cabo de poco rato, se hallaban en la antecámara de iluminación blanca de la que habían huido.

Todo ese tiempo, Kruza había estado esperando que las figuras de capa gris los siguieran, pero no lo habían hecho. Resollador salió por la arcada que conducía hacia la entrada de la bodega, con Kruza pisándole los talones.

Ante sí vieron ocho figuras con capa gris que permanecían de pie con la espalda vuelta hacia el dibujo de arena, que giraba y se combinaba. La arena estaba rotando como un pequeño tifón y se alzaba en espirales de color cobalto, púrpura y negro entre el gris amarillento del polvo. Las ocho figuras tenían las manos levantadas en un gesto similar al del primer embozado al que había matado Kruza. Vieron ocho pares de brazos arrugados y manos nudosas, que estaban provistas de garras, pero eran viejas y sin vida. No se trataba de contrabandistas, y Kruza pensaba entonces que ni siquiera eran hombres. Les había clavado la espada corta a tres de ellos, y los había matado a todos. Uno había desaparecido ante sus propios ojos. Los tres habían sido ya reemplazados. Resollador comenzó a caminar en torno al círculo mientras la arena comenzaba a girar con mayor lentitud y, tras perder altura, aunque no forma, el remolino se posó en el suelo formando otro intrincado dibujo.

Kruza seguía a Resollador. La mente le daba vueltas a causa del pánico y de las preguntas que no tenían respuesta. De repente, vio las armas. Cada figura embozada iba provista de un par de ellas: una larga y elegante espada con hoja estrecha y afilada y pesada empuñadura con guarda de cazoleta, y una daga más corta y delgada, cuya terrible empuñadura curva le causaría serios daños a cualquier hoja que la golpeará. La mano de Kruza voló hacia el puño de su espada corta. Nunca había tenido miedo de una pelea, pero luchar contra ocho entidades desconocidas, que blandían un total de dieciséis armas, era prácticamente una locura. Desenfundaría su espada sólo si lo atacaban, ya que, por lo demás, no sentía ningún deseo de provocar..., sólo de marcharse.

Resollador intentó ocultar a Kruza de las figuras embozadas. Había adquirido una gran confianza en su capacidad para permanecer en un anonimato tal que lo hacía invisible. Pero Kruza estaba nervioso, la adrenalina aflucía a su sangre y olía a miedo. Resollador no sabía durante cuánto tiempo podría proteger a su amigo y mentor, pero él lo había metido en aquella situación.

El círculo formado por las figuras de gris comenzó a cambiar, siempre mirando hacia afuera. El círculo se partió en el punto que estaba más alejado de Resollador y Kruza, y las figuras de ambos extremos giraron para formar un arco que amenazaba con cortarles la vía de escape.

Resollador se quedó muy quieto. En la frente de Kruza aparecieron gotas de sudor a pesar del frío que había invadido la estancia, y sintió que tenía el pelo mojado y pegado a la frente. El sudor le caía por la espalda y le chorreaba por los flancos y el interior de los muslos. Kruza sabía que tenía que esperar a que lo atacaran, pero sintió que el pánico le ascendía por la garganta.

La luz blanca de las salas circundantes comenzó a brillar con más fuerza, y parecía que el cuadro de arena del centro de la habitación despedía entonces una luz multicolor, como un arco iris que se alzara en vertical desde el piso.

Las figuras de gris habían completado el arco. Apartaron los brazos de los lados y los extendieron en línea paralela al suelo. Cuando las puntas de sus armas se tocaron entre sí, retrocedieron un corto paso y ampliaron el arco. Luego, las dieciséis armas se orientaron hacia adelante a la vez, todas dirigidas contra Kruza.

El carterista sabía que no podían atacar al unísono sin matarse los unos a los otros, aunque tal vez eso no les importaba. En la estancia reinaba el silencio, excepto por la respiración de Kruza y el frío susurro de las armas en el aire. No sabía si el olor de su cuerpo era aún más acre que el olor a vieja leche agria, tan intenso entonces que le escocía la nariz. Sus sentidos se agudizaron. Podía sentir cada raya y mella del pomo que remataba el puño de su espada corta. Bajó la mano y sintió el resto de la fría empuñadura del arma. Era áspera y comenzaba a perder el baño, pero se adaptaba a su mano como nada podía hacerlo.

Resollador avanzó un poco y no lo vieron. No iba armado.

Kruza dio un corto paso de lado con la espalda firmemente pegada a la pared, y una de las figuras de capa gris se adelantó hacia el ladrón. Kruza había desenvainado la espada y describió un arco frente a él, lo que arrancó chispas de la pared que tenía detrás cuando la punta entró en contacto con la piedra. Las chispas permanecieron en el aire; durante un momento, fueron de color rojo vivo y luego se apagaron. Mediante un fuerte barrido, la espada corta le arrancó al primer atacante la espada larga de la mano y lo dejó armado sólo con la daga. La figura embozada asestó golpes en el aire con la esperanza de atrapar la hoja de la espada corta, retorcerla y romperla.

Kruza pensaba que nunca se había movido tan rápidamente. La espada corta asestó una estocada por debajo de la línea de la daga. Su mayor largo abrió un corte superficial de través en la zona media del grotesco atacante y dejó a la vista la carne que cubría la capa, pálida e irreal comparada con la sangre que manaba de ella. Sorprendido, el hombre de gris bajó la mirada cuando Kruza hizo ascender la hoja a través de la figura y la abrió en canal desde el ombligo hasta el esternón. La daga cayó, y la figura se alejó a rastras, pero su sitio fue ocupado al instante por otra.

Kruza mató a tres figuras más. Eran como autómatas, de sangre fría, indiferentes al riesgo, y luchaban con el mismo estilo. Kruza comenzó a coger el ritmo del ataque, se sintió más seguro y despachó a otro enemigo con un solo golpe lateral, asestado a la altura de los hombros. Fue el único golpe de ese enfrentamiento y resultó mortal. Kruza oyó el sonido de papel rasgado, y se volvió para responder a una nueva acometida.

Resollador observaba la batalla, desarmado y sin que nadie reparara en él. Kruza olvidó que el muchacho se encontraba allí.

Las siguientes tres figuras de gris, al ver caer a sus compañeras a manos del intruso, atacaron a la vez. Seis armas avanzaron entretejiendo sus movimientos; lanzaron estocadas, pararon golpes y recuperaron la postura para atacar de nuevo. Kruza luchaba con rapidez y ahínco; sin embargo, aunque su espada corta estaba en tres sitios a la vez, sabía que lo derrotarían. Primero, fue el tajo a lo largo del brazo. Mantuvo el brazo de través sobre el cuerpo para que no se convirtiera en un punto débil y estocó con renovado vigor. Luego, fue la herida en la cabeza, que describió un arco por encima de su rostro. La sangre le cegó un ojo.

Resollador continuaba mirando. Ya no guardaba silencio, sino que le gritaba instrucciones y advertencias a su amigo, y pisoteaba la arena con fuerza.

Kruza estaba cegado de un ojo y aún no había herido a ninguno de los tres atacantes. Lanzaba golpes más potentes y brutales, y se volvía hacia el lado por el que no veía, luchando sin parar; pero las figuras de gris avanzaban y se acercaba el final de la refriega. El golpe no tardó mucho en llegar y casi sintió alivio. Recibió una estocada en un hombro. La larga espada, que descendió en línea recta desde muy arriba, le hendió el cuerpo a través del justillo de cuero y salió por su espalda. Hubo poca sangre. La hoja estaba muy caliente y cauterizó la herida al retirarse.

Kruza cayó de rodillas. La espada corta seguía en su mano. La herida del hombro lo había paralizado y no podía soltarla. Dejó caer la cabeza en espera del golpe final.

Resollador pateaba el suelo y gritaba, pero las restantes figuras no se inmutaron, ni siquiera se dieron la vuelta. El joven profirió un tremendo rugido, dispuesto a lanzarse contra el enemigo más cercano. Sin embargo, algo hizo que volviera la mirada. Tal vez a él lo ignoraran, pero había algo de lo que sí harían caso.

Resollador avanzó media docena de pasos rápidos, casi a la carrera, hasta el centro de la antecámara, y luego se dejó resbalar de rodillas sobre el cuadro de polvo multicolor que decoraba el suelo y que, hasta el momento en que Kruza cayó, había estado despidiendo su extraña luz.

El polvo y la arena volaron por todas partes, y Resollador se encontró en medio del cuadro de arena, sobre ambas rodillas, incapaz de moverse. Unió las manos delante de él y muy arriba, como si estuviera rezando. Tras llenarse los pulmones de aire, profirió un grito capaz de helar la sangre, un grito que no se parecía a nada que Kruza hubiese oído ni deseara volver a oír.

—¡Kkkkrrruuzzzaaa!

El grito flotó en la sala y resonó en círculos por el techo abovedado como si jamás fuese a escapar de allí.

Cuando Kruza oyó el segundo grito, las figuras estaban volviéndole la espalda.

—¡Cccccccooooooooorrrrrreeeeeeee!

No pensó. Debería haber estado muerto y no tenía ni idea de si sería capaz de levantarse siquiera, pero no le quedaba elección. El alarido de Resollador lo propulsó.

Kruza se puso de pie, con los brazos cruzados ante el cuerpo. Dio un ligero traspié. La espada que aún aferraba su mano le confería el aspecto de la estatua de un gran ladrón guerrero. Miró una sola vez las espaldas de las figuras de gris que avanzaban hacia el cuadro de arena. No vio a Resollador. Dio media vuelta y echó a correr.

Corrió escaleras arriba, salió por la puerta embreada al callejón del otro lado, huyó a la carrera de Nordgarten y no paró de correr hasta llegar al alto edificio en ruinas situado en la zona norte del Altquartier. Durante toda la carrera había creído que Resollador iba justo detrás de él. El muchacho había hecho de cebo, se había transformado en carnada para que Kruza pudiera escapar.

«Pero el muchacho es invisible y habrá escapado con más facilidad que yo — pensó Kruza—. ¿No es cierto?»

Kruza esperó a Resollador. Mientras lo aguardaba se durmió en el sofá de la habitación del ático. Cuando despertó la luz era de pleno día, y Resollador no había regresado.

Cuando despertó por segunda vez, estaba oscuro. La sangre de las heridas abiertas se le había secado y comenzaba a caer en escamas sobre el sofá. Resollador continuaba sin aparecer.

Cuando despertó por tercera vez, halló la energía necesaria para lavarse con el agua fría de la jofaina. Comió algo de la fresquera que Resollador tenía en el alféizar de la ventana. El pan estaba duro. El muchacho no había llegado, Kruza ya no sabía cuánto tiempo llevaba en aquella habitación, pero se le había formado costra sobre las heridas, y la comida de la ventana se había acabado o se había estropeado. Resollador continuaba sin aparecer.

Cuando volvió a hacerse de día, Kruza se levantó del sofá, arregló los cojines y vació la fría agua sanguinolenta de la jofaina.

Alrededor de una hora más tarde, Kruza abandonó la habitación de Resollador y cerró bien la puerta. Al bajar la escalera, advirtió que no se veían huellas en la gruesa capa de polvo reciente. Salió por la ventana con el hombro herido por delante, y también la cerró con firmeza.

Kruza se alejó. Sabía con tanta certeza como había sabido que el muchacho era un ladrón naturalmente dotado que Resollador no iba a regresar.

# MITTERFRUHL



## Un Lobo entre corderos

Fue la joven ordeñadora quien primero los vio.

Era un anochecer de primavera, un mes después de Mitterfruhl. El cielo parecía un mármol azul oscuro y las estrellas habían comenzado a brillar; había miles de ellas, pulidas y destellantes en el firmamento.

La familia Ganmark había gobernado durante dieciséis generaciones la ciudad fronteriza de Linz, un centro comercial de ganado situado en el linde del Drakwald. Doscientos años antes, el Margrave en funciones había establecido la casa solariega al borde del lago largo, a cinco kilómetros de la población. La casa solariega constaba de una hermosa morada con tierras de cultivo contiguas, un parque y espléndidas vistas sobre el oscuro verdor del Drakwald hacia el este.

A Lenya, la joven ordeñadora, le gustaba trabajar allí. El trabajo era tan duro como lo había sido en la pequeña granja de su padre, pero trabajar en la casa solariega, vivir en ella, era casi como morar en el palacio del Graf, en la lejana Middenheim. Le daba la impresión de que estaba prosperando. Su padre siempre había dicho que sería uno de sus hermanos mayores quien se convertiría en alguien, pero allí estaba ella, la última de los hijos, la única chica, trabajando en la casa del Margrave; muchísimas gracias.

Tenía un camastro de paja en el ala de la servidumbre y la comida era siempre abundante. Sólo contaba diecisiete años, pero eran buenos con ella: el cocinero, el mayordomo, todos los sirvientes superiores; incluso el Margrave le había sonreído una vez. Sus deberes eran sencillos: por la mañana, recogía los huevos y, por la noche, se ocupaba de ordeñar las vacas. Entre ambas tareas, lustraba, limpiaba, fregaba, pelaba o cortaba todo lo que le mandaban.

Le gustaba ordeñar por la noche, especialmente en esa época del año. El cielo de primavera estaba tan límpido y las estrellas eran..., bueno, perfectas. Su madre siempre le había dicho que contara las estrellas cuando pudiera, para asegurarse de que estaban todas allí. Si una estrella antigua se apagaba, con total seguridad sobrevendría la mala suerte.

Mientras atravesaba el patio de los establos hacia la vaquería, advirtió que esa

noche parecía haber más estrellas de lo habitual, como las pintas de los huevos o las destellantes burbujas en el borde del cubo de leche. Eran muchísimas..., y aquella azul, tan hermosa, cerca del horizonte...

Estrellas nuevas; sin duda, una buena señal, ¿verdad? Y entonces vio otras estrellas nuevas en la línea de árboles que dominaba la casa solariega. Eran estrellas ardientes como ojos, como...

Lenya dejó caer el cubo. Se dio cuenta de que eran antorchas, antorchas llameantes que sujetaban en alto los negros puños acorazados de tres docenas de guerreros a caballo.

En el preciso momento en que se dio cuenta de eso, los jinetes comenzaron a galopar en una atronadora carga ladera abajo, hacia la casa solariega. Parecía que se movían como si formaran parte de la oscuridad, como si la noche ondulara, como si estuviesen hechos de humo. En el aire había un aroma fuerte y dulce, pero seco como el polvo.

La muchacha profirió un breve grito de sorpresa y confusión. Luego, vio las otras estrellas, más pequeñas... Eran los fuegos que ardían tras las viseras de color negro mate y en las cuencas de los ojos de los coléricos caballos infernales.

Lenya Dunst volvió a gritar. Con todas sus fuerzas y todo su vigor, gritó como si en ello le fuese la vida.

—¡En el nombre de Ulric, ahora veremos un poco de verdadero deporte! —anunció Morgenstern, y bramó de risa.

A su alrededor, en el complejo de establos del templo, sus compañeros de la Compañía Blanca se unieron a sus carcajadas, y los comentarios jocosos volaron de un lado a otro. Trece poderosos corceles estaban ensillados y casi preparados para la acción. En aquella cámara de suelo cubierto de paja, se respiraba tanto el poder contenido en los grandes caballos como en los magníficos hombres de combate.

—¡Te apuesto diez chelines —dijo Anspach con una risa entre dientes—, a que al finalizar la primera noche habré decorado mi armadura con sangre del enemigo! ¡Ya lo creo que sí! —les rugió a quienes lo contradecían cordialmente.

—La acepto —dijo Gruber en voz baja.

La perplejidad general produjo un momento de silencio. Gruber era el más viejo y el más digno de la compañía, y todos sabían hasta qué punto desaprobaba los hábitos de juego del libertino Anspach. Pero desde la gran victoria que habían obtenido en el Drakwald antes de Mitterfruhl, había aparecido un nuevo vigor en sus andares, un fuego nuevo en sus ojos. Habían vengado la muerte de Jurgen, el jefe querido por todos ellos, y habían recobrado el honor. De entre todos, Gruber era quien mejor personificaba la reanimación de sus espíritus.

—¿Y bien? —le preguntó Gruber al enmudecido Anspach, con una sonrisa

torcida en su viejo rostro arrugado.

—¡Hecho! —rugió Anspach al mismo tiempo que le tendía un puño cubierto por un guantelete de malla.

—¡Y hecho! —convino Gruber con una carcajada aún más alegre.

—¡Bien, ése es el espíritu de compañía que quiero ver! —bramó el enorme guerrero Morgenstern, y batió palmas.

Un poco más lejos, a la derecha, el joven portaestandarte de la compañía, Aric, sonrió y revisó por última vez la montura. Irguiéndose en medio del alboroto, su mirada se encontró con la del joven Drakken. No llegaba a los veinte años; en realidad, era apenas un lobezno. Había sido trasladado a la compañía para reemplazar a una de las valientes almas que habían perdido en la incursión del Drakwald. Era un joven bajo, aunque fuerte y robusto, y en las prácticas Aric había comprobado su destreza con el caballo y el martillo, pero carecía por completo de experiencia y, sin duda, se sentía intimidado por la alborotadora compañía que blasfemaba. Aric avanzó hacia él.

—¿Todo listo? —preguntó, bonachón.

Drakken se apresuró a ocuparse nuevamente de la silla e intentó parecer eficiente.

—Relájate —le dijo Aric—. Apenas ayer yo era como tú: virgen para la guerra y para una compañía de Lobos como ésta. Déjate llevar y encontrarás tu sitio.

Drakken le dedicó una sonrisa nerviosa.

—Gracias. Me siento como un intruso en esta..., esta familia.

Aric sonrió a su vez y asintió con un gesto de cabeza.

—Sí, es una familia; una familia que vive y muere unida. Confía en nosotros, y nosotros confiaremos en ti.

Tras recorrer el entorno con una mirada, comenzó a identificar a algunos de los miembros de la compañía de alborotadores y a describírselos a Drakken. Cada uno de los guerreros llevaba la armadura gris ribeteada en oro y la piel de lobo blanco, características del templo.

—Aquél es Morgenstern, un buey de primera clase que continuará bebiendo cuando tú ya estés debajo de la mesa. Pero tiene buen corazón y martillo pesado. En cuanto a Gruber..., mantente cerca de él; nadie tiene ni la experiencia ni la tremenda valentía de ese hombre. Anspach... Nunca te fíes del juicio de Anspach ni aceptes sus apuestas, pero confía en su brazo derecho; es una furia en el campo de batalla. Kaspern, aquel tipo pelirrojo de allí, también es nuestro cirujano. Cuidará de cualquier herida que sufras. ¿Einholt y Schell? Pues son los mejores rastreadores que tenemos. Schiffer, Bruckner, Dorff... son todos fantásticos jinetes. —Hizo una pausa—. Y recuerda que no eres el único nuevo. También a Lowenhertz lo trasladaron aquí al mismo tiempo que a ti.

Los ojos de ambos se desviaron hacia el último caballero, que se encontraba solo

en un rincón del establo y revisaba las herraduras de su caballo.

Lowenhertz era un hombre alto, de aspecto regio, guapo y aquilino. Se decía que tenía sangre noble, aunque Morgenstern había jurado que se trataba de una herencia bastarda. Era callado y altivo, casi tan callado y reservado como Einholt, si eso era posible. Hacía diez años que servía con los Lobos Blancos; primero, en la Compañía Roja y, luego, en la Gris. Al parecer, nunca había encontrado su sitio, o tal vez un sitio que lo quisiera a él. Nadie sabía por qué se había unido a ellos, aunque Anspach apostaba a que era porque esperaba que llegara el momento de ocupar el mando. También Gruber pensaba así, y con eso bastaba para todos los otros.

—¿Lowenhertz? —murmuró Drakken—. Él no es novato como yo. Hace tiempo que está en las compañías... Tiene un aire que me asusta.

—También a mí —le aseguró Aric, tras pensarlo y asentir con un movimiento de cabeza.

La conversación quedó interrumpida por el estrépito de la puerta del establo al abrirse. Ganz, el joven comandante de la compañía, resplandeciente con su armadura y piel de lobo, entró a grandes zancadas.

—Ya estamos... —murmuró Kaspen.

—Es el momento de la verdad —asintió Schell, cuyo rostro fibroso se veía tenso de expectación.

Dorff interrumpió su vacilante silbido desafinado.

—¿Y bien señor? —preguntó Anspach, y Ganz se dirigió a él.

—Partiremos de inmediato hacia Linz... —comenzó, y tuvo que agitar las manos para acallar los vítores—. ¡Basta! ¡Basta! Muchachos, no se trata de la gloria que ansiábamos. Acabo de recibir las órdenes del sumo sacerdote en persona.

—¿Y? ¿Qué tiene que decir el viejo pedo? —preguntó Morgenstern, vocinglero.

—¡Un poco de respeto, por favor, Morgenstern! —le chilló Gruber.

—¡Mis disculpas, viejo amigo! Debería haber dicho: «¿Que tiene que decir su eminencia el viejo pedo?».

Ganz, que tenía aspecto triste y cansado, suspiro.

—Tres compañías de Caballeros Pantera han sido enviadas a Linz para perseguir a los atacantes y asegurarse de que ningún mal le acontezca a la población. Nosotros debemos ir para proporcionarles... escolta.

—¿Escolta? —exclamó Gruber, y el silencio que siguió fue absoluto.

—El Margrave, su familia y muchos de los sirvientes escaparon de la incursión que consumió la casa solariega. Como ya sabéis, Linz rinde vasallaje al Graf de Middenheim, y su excelencia el Graf está muy preocupado por la seguridad de su primo el Margrave. Para resumir una larga historia: debemos escoltar al séquito del Margrave de regreso a esta ciudad para que llegue sano y salvo.

Se oyó un gemido colectivo.

—¿Así que los Caballeros Pantera se llevan la gloria? —reflexionó Anspach—. Ellos persiguen a esos chacales incursionistas para hacerles frente, y a nosotros nos asignan el cometido de niñas.

Ganz no pudo hacer nada más que encogerse de hombros.

—Técnicamente, es un honor... —comenzó.

Morgenstern dijo algo tan ofensivo como físicamente difícil acerca del honor.

—Muy bien, viejo amigo —lo atajó Ganz, a quien no le hizo gracia—. Limitémonos a cumplir con el deber que nos han asignado. Montad. Jinetes de la Compañía Blanca, seguidme.

El viaje hasta Linz supuso dos días de dura cabalgata. Una lluvia de finales de primavera, enérgica y horizontal, barrió los prados y senderos a lo largo del viaje, y luego volvió a aparecer el pálido sol.

Ya desde varios kilómetros de distancia pudieron ver las ruinas de la casa Ganmark, y olerlas bastante antes. Un humo negro, casi oleoso, flotaba en el aire como una sinuosa nube de lluvia en la tarde primaveral, y había un olor extraño, como de dulces y especias mezclados con las cenizas de una urna funeraria.

Gruber, que cabalgaba junto a Ganz, arrugó la nariz, y el joven comandante lo miró.

—¿Gruber? ¿De qué se trata?

Gruber se aclaró la garganta y escupió a un lado como para limpiarse la boca del olor que les llevaba la brisa.

—Ni idea. No se parece a nada que haya olido antes.

—No, en esta parte de la tierra —dijo una voz desde un lado.

Tanto Ganz como Gruber giraron la cabeza y vieron el cincelado perfil de Lowenhertz. El alto caballero cabalgaba junto a ellos, diestro y fríamente medurado.

—¿Qué quieres decir, hermano? —preguntó Gruber.

En el rostro de Lowenhertz apareció una sonrisa que no era del todo cordial.

—Mi bisabuelo fue un Caballero Pantera, y estuvo en dos cruzadas hacia aquellas infernales tierras lejanas de calor y polvo. Cuando yo era niño, solía contarme historias de las antiguas tumbas y mausoleos; sobre las cosas secas, no muertas, que salían de noche. Me contaba cuentos, los recuerdo con claridad, de pie en el desván de su casa, donde guardaba libros, recuerdos, su vieja armadura, pendones y estandartes. En aquella vieja habitación siempre había un olor a polvo mortuorio, a huesos secos y a dulce aroma penetrante de las especias sepulcrales. Él me decía que era el olor a muerte de las lejanas tumbas de Arabia. —Se encogió de hombros—. Ahora vuelvo a olerlo, y es mucho más fuerte que el del desván de mi bisabuelo cuando yo era niño.

Ganz guardó silencio mientras los caballos continuaban trotando a través del

prado abierto. Unas mariposas pequeñas y verdes, las primeras nacidas en aquella primavera, giraban en formación sobre el sendero. Ganz miró enfrente, hacia el fondo del empinado valle que tenían debajo, hacia el esqueleto de maderas ennegrecidas que era cuanto quedaba de la casa Ganmark. De ella aún se levantaban columnas de humo como dedos negros que arañasen el cielo.

—Lo tomaría como un favor personal, Lowenhertz, si no les transmitieras esas observaciones al resto de los hombres.

—Por supuesto, comandante —respondió Lowenhertz con un asentimiento apenas perceptible.

Dicho eso, espoleó la montura y cabalgó a la vanguardia del grupo mientras bajaban por el serpenteante sendero.

Ante las puertas de Linz, salió a recibirlos un escuadrón de honor de los Caballeros Pantera. Se veían altivos y resplandecientes con sus decorativas armaduras y yelmos de alto crestón. El capitán saludó a Ganz con gesto rígido, y el Lobo Blanco le devolvió el saludo. Existía poca simpatía entre los templarios de Ulric y los regios guerreros de la guardia personal del Graf.

—¡Que Sigmar te guarde! Capitán Von Volk, de los Caballeros Pantera, Primera Guardia Real del Graf.

—¡Que Ulric te proteja! Ganz, comandante de la Compañía Blanca.

—Bienvenido a Linz, comandante. Te entrego el relevo.

El capitán de los Caballeros Pantera se situó al lado de Ganz, y sus hombres giraron con una precisión matemática hasta flanquear de manera perfecta a la formación de Lobos, como una escolta. Los Caballeros Pantera cabalgaban en inmaculada alineación, e incluso los ligeros golpes de los cascos de sus gráciles corceles marcaban un ritmo perfecto, comparados con la síncope poderosa y cansada de los desordenados y polvorientos Lobos. Ganz tuvo la sensación de que alguien quería lucirse.

—Me alegro de que hayáis llegado por fin, comandante —comentó Von Volk con sequedad—. Estábamos impacientes por salir tras esos centauros, pero, por supuesto, no podíamos dejar indefensos al Margrave y su séquito.

Ganz asintió con la cabeza.

—¿Has enviado partidas de exploradores?

—Por supuesto. Cuatro grupos. No han tenido ningún éxito, pero estoy seguro de que, cuando salga con todos mis hombres, les daré una buena a esa escoria atacante.

Detrás de ellos, Gruber profirió un bufido de quedo desprecio, y Von Volk se volvió. Era un hombre alto, delgado y feroz, con ojos brillantes de movimiento rápido, que destellaban tras la parrilla dorada de su visera ceremonial.

—¿Qué sucede, soldado? ¡Oh!, perdón, anciano... ¿Acaso hablabas en sueños?

—Nada, señor —respondió Gruber, que no mordió el anzuelo—. Sólo me

aclaraba la garganta.

Von Volk se giró sin darle más importancia, y los drapados de seda del crestón de su celada se agitaron detrás de él.

—Comandante Ganz, el Margrave os aguarda en la casa consistorial. Me gustaría que ya te los hubieses llevado a él y a su grupo al caer la noche.

—¿Y viajar de noche? —Ganz se mostraba por completo razonable y encantador—. Nos marcharemos al amanecer, capitán. Hasta el recluta más novato sabe que es el mejor momento del día para iniciar un viaje con escolta.

Von Volk frunció el entrecejo.

—Moviliza a tus hombres y ponte en camino —añadió Ganz—. Nosotros nos haremos cargo de todo. Buena caza.

—¡Mi querido, querido amigo! —dijo el Margrave de Linz al mismo tiempo que estrechaba la mano de Ganz—. ¡Mi querido, querido amigo! ¡Con qué anhelo te hemos esperado!

—Señor —logró decir Ganz.

La enorme cámara de la casa consistorial, recubierta de madera, estaba llena de cajones de equipaje y alfombras enrolladas. También se hallaban los aproximadamente veinte servidores que habían escapado de la incursión.

«Y que, al parecer, pudieron traer todo esto a sitio seguro —reflexionó Ganz—. ¿Cómo, en nombre de Ulric, puede enrollarse una alfombra durante un ataque?»

El Margrave, un corpulento y pálido aristócrata de casi cuarenta años, se había puesto sus mejores ropas para recibir a los Lobos, pero los mechones de pelo que le caían y el abrumador aroma a aceite de clavo evidenciaban que no se había aseado de manera decente desde el ataque.

—Yo pedí que me enviaran Lobos de manera muy específica —explicó el Margrave—. En la carta que le envié a mi queridísimo primo, el Graf, solicité Lobos por encima de todo, una compañía de Lobos. ¡Ah, que los vistosos Caballeros Pantera se encarguen de la persecución, pero que me den Lobos para que nos lleven a mí y a mi familia de vuelta a casa sanos y salvos!

—Los Caballeros Pantera son buenos guerreros. Encontrarán a vuestros atacantes —dijo Ganz con suavidad, aunque no lo creyó ni por un momento—. Pero os aseguro que os llevaremos a casa. Veamos, ¿cuántos sois?

—Llenamos tres carruajes —respondió el Margrave mientras lo acompañaba— y cuatro carros de equipaje. Dieciséis sirvientes, el equipaje, yo, mis hijos y su niñera...

Señaló a un par de chiquillos pálidos, de unos cinco años, que vestían pantalón corto y se aporreaban con ferocidad sobre una pila de alfombras. Los vigilaba una vieja niñera demacrada y vestida de negro.

—¡Hanz y Hartz! —suspiró el Margrave al mismo tiempo que unía las palmas—. ¿No son adorables?

—Increíblemente —respondió Ganz.

—Y luego, por supuesto, está mi esposa... —añadió el Margrave.

Ganz volvió la cabeza hacia donde señalaba el otro. Su señoría estaba sirviendo bebidas para los sedientos Lobos de unas jarras que le llevaban los sirvientes.

Era alta, bien formada e hipnóticamente hermosa. Su oscuro y abundante cabello peinado en rizos llegaba hasta la extraordinaria curva que sus caderas formaban dentro del vestido de seda cruda. Tenía piel pálida y ojos oscuros y profundos como lagos. Sus labios eran carnosos y...

Con gran premura, Ganz se volvió para mirar otra vez a los feos niños.

—No son hijos de ella, por supuesto —continuó el Margrave—. Su querida, querida madre murió de parto. Gurdrun y yo nos casamos el año pasado.

«Gurdrun —pensó Ganz—. ¡Ulric! ¡El paraíso tiene nombre!»

—¿Queréis vino, valiente caballero? —preguntó ella con voz suave.

Gruber aceptó el tazón y contempló la visión que tenía ante sus ojos.

—Gracias, señora —respondió.

Era asombrosa; la mujer más hermosa que había visto jamás: morena, exótica, misteriosa... Y sin embargo, allí estaba, sirviéndoles vino a aquellos guerreros sucios y malolientes; sirviéndoles bebida ella misma.

—Sois nuestra salvación, señor —le aseguró ella, tal vez por haber advertido la mirada perpleja de él—. Después de las noches de terror y dolor que hemos pasado, esto es lo mínimo que puedo hacer.

—Es asombrosa... —jadeó Anspach, aferrando la copa intacta cuando ella se alejó.

—Si yo fuera treinta años más joven y pesara cincuenta kilos menos... —comenzó Morgenstern.

—¡Aún serías un viejo gordo e inútil, sin ninguna posibilidad! —acabó Einholt.

—Que el señor Ulric nos proteja —le murmuró Drakken a Aric—. Es muy bella...

Aric no podía apartar los ojos de la esposa del Margrave, y asintió con un movimiento de cabeza antes de darse cuenta de que Drakken no estaba mirándola a ella.

—¿Drakken?

—Ella, Aric.

Drakken sonrió y señaló a una muchacha que se acurrucaba entre los sirvientes. Apenas llegaba a los dieciocho años, según calculó Aric; era baja y elegante, pero estaba sucia a causa de las aventuras en que se había visto envuelta. Llevaba puesta la blusa de una ordeñadora. Era... bonita, tenía que admitirlo.

—¡Drakken! —siseó Aric—. La primera regla de los Lobos es...: si una diosa te



sirve vino, no babees tras sus querubines.

—¿Qué diosa? —preguntó Drakken sin apartar los ojos de la ordeñadora.

Aric sonrió y sacudió la cabeza.

Se marcharon de Linz al amanecer. Los carros y los carruajes partieron en fila, flanqueados por los trece templarios del Lobo, y se internaron en la espesa niebla matinal.

Ganz, que marchaba en cabeza, llamó a Gruber, Anspach y Lowenhertz para que se reunieran con él.

—Cabalgad delante y explorad el bosque —les dijo.

Los tres espolearon los caballos y se alejaron.

Aric, con el estandarte de la compañía en alto, avanzó hasta situarse junto a Ganz.

—Drakken necesita hacer algo para calmar los nervios, señor —comentó.

—Tienes razón —respondió el comandante tras pensarlo durante un momento, y llamó al joven caballero, que cabalgó hacia él, ansiosamente.

—Únete a los exploradores —le dijo Ganz—. Les vendrá bien un poco de ayuda.

Con una sonrisa que casi le desgarraba el rostro, Drakken salió al galope y se internó en el neblinoso bosque.

Anspach tiró bruscamente de las riendas. Por un momento, casi había perdido la orientación a causa de la niebla. El sol ya había salido, pero apenas había luz entre los remolinos vaporosos y los oscuros árboles.

—¿Qué ha sido eso? —le preguntó a Gruber, que se encontraba a pocos metros de distancia.

—Probablemente, Lowenhertz —replicó Gruber—. Se alejó hacia la izquierda.

—¡No! —le aseguró Anspach con brusquedad al mismo tiempo que clavaba las espuelas para hacer que el caballo girara—. ¡Conmigo, Gruber! ¡Ahora!

Los dos guerreros se lanzaron a través del bosque, haciendo saltar tierra y agitando la niebla. Percibieron un dulce y seco olor a cenizas, y Anspach abrió la sujeción del martillo.

Encontraron a Drakken en un claro. Su caballo estaba muerto, al igual que uno de los caballeros negros que le habían tendido una emboscada. La armadura gris de Drakken estaba rajada, y su hombro tenía un corte profundo; pero el joven continuaba gritando con ferocidad e hizo girar el martillo para partir otro cráneo, como lo había hecho con la cabeza del hombre que lo había desarzonado. Estaba rodeado.

Había otros cuatro guerreros oscuros, recubiertos por armaduras negras extrañamente angulosas y yelmos rematados por una púa, casi bulbosos. Esgrimían espadas serradas de color azul oscuro, que acababan en una curva como un colmillo,

y una red de buena malla tintineaba en torno a sus cinturas. Sus caballos eran enormes y negros, y al igual que dentro del casco de los caballeros, sus ojos resplandecían con fuego infernal. Había algo casi insustancial en su contorno, en el borde de sus ondulantes capas, como si estuvieran solidificándose a partir de la niebla y la oscuridad mismas. El dulce olor a especias y cenizas era intenso.

Drakken se agachó para evitar un golpe que cercenó un arbolillo joven que estaba situado detrás de él, y Anspach y Gruber hicieron avanzar a sus caballos de un salto para evitar que les cayeran encima las ramas y el tronco.

Gruber hizo girar su martillo y arremetió. El más cercano de aquellos jinetes casi fantasmales colmó las fosas nasales de Gruber de aquel seco hedor muerto, y lo acometió con su espada.

Anspach y su caballo irrumpieron en la brecha que mediaba entre ellos, y el templario partió la cabeza del enemigo con un golpe descendente de su martillo de guerra. El yelmo negro mate rematado por una púa se partió y, del interior, salieron jirones de humo negro al mismo tiempo que los ojos se apagaban.

Sobre Gruber cayeron otros dos con gran ferocidad y lo atacaron implacablemente con sus malignas espadas curvas.

—¡Que Ulric os maldiga! —les espetó, luchando para salvar su vida.

Lowenhertz salió como una tromba de entre la niebla y el sotobosque, con el caballo a galope tendido.

Su silbante martillo desazonó de un golpe al primer guerrero y, luego, con un diestro y poderoso golpe de retorno destrozó el pecho del segundo atacante de Gruber.

El guerrero oscuro que restaba espoleó su caballo y se lanzó hacia ellos con una estridente imprecación ininteligible; sus ojos rojos ardían tras la ranura de la visera, y su vil caballo hedía.

Anspach hizo girar el martillo a un lado, por encima del hombro, y acabó de un solo golpe con el último guerrero.

Durante un momento, el impacto resonó por el claro en penumbra. Anspach desmontó de un salto y ayudó al conmocionado Drakken a levantarse.

—¡Bien hecho, joven! Ahora eres un templario del Lobo; no puede negarse.

—A ti te doy las gracias —dijo Gruber tras volverse hacia Lowenhertz—. Me has salvado la vida.

—No es nada —replicó el otro, y bajó la mirada hacia los cuerpos de los enemigos.

Dentro de la armadura partida del más cercano, no podía verse nada más que huesos polvorientos, que se deshacían como cenizas en la brisa. Se produjo un largo y escalofriante silencio.

—¡En el nombre de Ulric! —siseó Gruber cuando el miedo le aferró las entrañas

—. ¡Regresemos junto a la caravana!

—Los muertos no descansan en paz —le murmuró Gruber a Ganz cuando se reunieron con el convoy.

Anspach estaba ayudando al herido Drakken a subir a un carro, y Kaspén había desmontado para atenderlo. Lowenhertz, sigilosamente se acercó con su caballo, a cierta distancia detrás de Gruber. Se había hecho el silencio al regresar los cuatro guerreros con el ensangrentado Drakken a la grupa del caballo de Anspach; todos venían salpicados de oscuras manchas de sangre. Ganz era plenamente consciente del modo como la gente del Margrave contemplaba a sus hombres con ojos fijos de horror, en silenciosa alarma.

—¡No hables con enigmas! ¡Informa! —le siseó a Gruber.

El otro sacudió la cabeza, aún conmocionado por el miedo, mientras se quitaba los guanteletes.

—Nos encontramos con una banda de... cosas oscuras, ¡que Ulric se apiade de nuestras almas! ¡No eran... mortales! Sin duda, se trataba de las mismísimas abominaciones que destruyeron la casa Ganmark. Pillaron a Drakken, pero por los dientes de Ulric que les dio quehacer. Nosotros hicimos el resto, y Lowenhertz se llevó la parte del león. Pero están ahí afuera. ¡Que Ulric nos asista, comandante! ¡Esas cosas son espectros!

—¿Quieres decir que son fantasmas? —preguntó Ganz en un susurro apenas audible para los demás.

—¡No sé qué quiero decir! ¡Nunca antes me había encontrado con nada parecido! Ganz blasfemó.

—¡Cientos de kilómetros de bosque y tierras de cultivo, con los Caballeros Pantera persiguiéndolos, y van a tropezar con nosotros! ¿Qué posibilidades tenemos?

—¿Qué posibilidades tenemos? —intervino Lowenhertz en voz baja, pero con tono significativo.

Parecía compartir la ansiedad del comandante por mantener aquella conversación fuera del alcance auditivo de los civiles.

—Atacan la casa solariega; luego, nos encuentran...

La voz de Lowenhertz se apagó.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Aric al mismo tiempo que aflojaba la mano que sostenía el estandarte enarbolado.

—Quiero decir que tal vez van detrás de algo. ¡Algo que estaba en la casa solariega y que ahora está aquí con nosotros!

Se produjo un largo silencio. Los caballos relinchaban y se sacudían las moscas de encima. Ganz se pasó un puño por la boca.

—Pareces estar notablemente bien informado, maese Lowenhertz —dijo al fin.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el templario, con los ojos entrecerrados.

—Pareces saber mucho sobre la forma de actuar de la Oscuridad —le respondió Ganz con franqueza.

Lowenhertz profirió una sonora carcajada, que, pese al estruendo, contenía poco humor; sin embargo, estremeció la totalidad del claro e hizo que todos se volvieran a mirarlo.

—No es más que pura lógica, comandante... Esas criaturas tienen ingenio. No son bestias brutas ni salvajes pieles verdes de las laderas rocosas. Se mueven según un propósito definido; tienen una finalidad y una misión para todo lo que hacen. Éste no ha sido un encuentro fortuito.

—En ese caso, tendremos cuidado —fue la sencilla respuesta de Ganz.

—Quizá deberíamos intentar discernir la naturaleza de su propósito, señor, tal vez mediante...

Ganz lo interrumpió en seco.

—Tendremos cuidado —repitió con mayor firmeza—. Aric, ve a mirar cómo está Drakken y asegúrate de que se encuentra cómodo y listo para continuar. Seguiremos adelante.

Bajó los ojos cuando el Margrave llegó corriendo, a pie, procedente de su carruaje. Lo acompañaban dos servidores que corrían tras él, y su expresión no era feliz.

—¿Estamos en peligro, señor caballero? —preguntó, jadeante.

—Os halláis en compañía de Lobos, noble señor —respondió Ganz con elegancia—. Vos mismo solicitasteis nuestra escolta, creo recordar, y sabíais que os llevaríamos sano y...

—¡Sí, en efecto! No quiero decir que dude... Pero aun así... ¿Todavía están en el bosque?

—Os aseguro por mi honor, Margrave, por el honor de mis hombres y en el nombre de Ulric, que nos guía, que estaremos a salvo.

A su lado, Gruber se retrepó en la silla de montar. Aún temblaba debido al combate, y su pulso era fuerte y acelerado. «Demasiado duro para un viejo», pensó, y sus ojos recorrieron la fila de carruajes que se preparaban para proseguir la marcha.

En la ventanilla de la puerta del carruaje del Margrave, atisbó a la esposa del noble. Ella miraba al exterior desde las sombras, con una sonrisa malvada en los labios.

Gruber apartó los ojos y deseó por los sagrados cielos no haber visto aquella expresión.

Aric retrocedió hasta el carro donde estaban atendiendo a Drakken. En él viajaban varios servidores de la cocina y la anciana niñera de los niños nobles. Drakken no parecía reparar en ellos. La ordeñadora, Lenya, ayudaba con vigor a Kaspén a

vendarle las heridas.

—Manténías limpias y secas, y fíjate en si se infectan —le dijo Kaspén.

—Sé qué hacer, Pelirrojo —asintió ella, obediente.

Lenya clavó una mirada decidida en los ojos de Drakken cuando Kaspén bajó del carro, y estrujó un paño que había dentro de un cuenco de agua para escurirlo.

—Yo te cuidaré, templario del Lobo. No te preocupes. Muy a menudo he curado las heridas y rascadas de mis hermanos, y muchas eran peores que la tuya —dijo.

—Yo... te lo agradezco —respondió Drakken con una sonrisa alelada en la cara.

Aric los observó, rió entre dientes y regresó junto a Ganz.

—Drakken está más contento que un lobezno —le dijo al comandante.

—En ese caso, continuemos. ¡En marcha! —gritó Ganz—. ¡En marcha!

Al caer la noche, acamparon en una ladera rocosa que dominaba un meandro de un arroyo sin nombre. Los Lobos encendieron hogueras en torno al perímetro del campamento e hicieron turnos de guardia durante toda la noche.

A medianoche, Ganz hizo su ronda. Pasó unos momentos con Einholt y el corpulento Bruckner en sus puestos, mientras el resto del grupo se instalaba para dormir.

Cuando atravesaba el campamento hacia el puesto de Aric, Ganz vio una silueta oscura que pasaba por la parte exterior del círculo de luz.

Se tensó y se internó cautelosamente en la oscuridad al mismo tiempo que su mano desenvainaba el cuchillo de caza.

—¡Lowenhertz! —siseó.

El caballero se volvió con sorpresa y bajó un hermoso astrolabio con el que había estado mirando el firmamento.

—¿Comandante?

—En el nombre del Lobo, ¿qué estás haciendo aquí afuera?

—Resulta difícil hacer lecturas precisas cuando se está cerca de la luz del fuego —comenzó a explicarle Lowenhertz.

—¿Lecturas?

—De las estrellas, comandante. Para ver si puede discernirse alguna formación o manifestación extraña. Mi bisabuelo me enseñó que los signos y augurios celestes acompañan a las maquinaciones de los no muertos...

Ganz lo interrumpió, enojado.

—¡Ahora veo por qué nunca has llegado al mando! —le gruñó—. No se fían de ti, ¿verdad? ¡Los ancianos de nuestro templo no te confían las vidas de los hombres porque has llegado demasiado lejos, estás demasiado cerca de la Oscuridad!

Lowenhertz guardó un silencio momentáneo y frunció el entrecejo.

—¡Ah! —dijo al fin—. Ya veo, comandante. Tú piensas que se trata de mí,

¿verdad? ¿Crees que formo parte de este peligro?

—Yo... —comenzó Ganz, vacilante.

Lowenhertz se echó a reír como si se tratara de un chiste realmente bueno.

—Perdóname, señor. No soy nada más que lo que parezco ser: ¡un leal servidor de Ulric, cuya mente, a veces, formula demasiadas preguntas! Mi padre era un Caballero Pantera. Murió en la colina de los Cuernos, destripado por los mastines del Caos. Yo siempre he intentado ir un paso por delante, saber de mi enemigo más de lo que él sabe de mí, servir al templo con las mejores capacidades de mi cuerpo... y mi mente. ¡No toleraré que desconfíes de mí! Pero si puedo servirte y tú puedes confiar...

Se produjo un largo silencio, y Ganz tendió una mano hacia el astrolabio.

—¿Y has descubierto algo? —preguntó con voz queda.

Drakken se acurrucó sobre los rollos de alfombra que había en la parte trasera del carro, y se relajó a la luz del fuego. Sobre él se proyectó una sombra, y alzó los ojos y parpadeó al salir de su duermevela. Allí estaba Lenya, con una sonrisa luminosa en la oscuridad.

—¿Tienes sed, caballero? —le preguntó.

—Me llamo Drakken —respondió él—. Krieg Drakken, y me gustaría que me llamas así.

—Lo haré, Krieg. Con dos condiciones. Una, si me dices que tienes sed, y dos, si me llamas Lenya.

—Tengo sed, Lenya —respondió el muchacho con voz dulce.

Ella profirió un bufido y se marchó a buscar una bebida.

Drakken volvió a relajarse y cerró los ojos. Le dolía el hombro, pero en general aquél estaba resultando un buen debut como templario del Lobo Blanco. Sobre él volvió a proyectarse una sombra.

—Espero que el agua esté fresca... —comenzó a decir, y su voz se apagó al darse cuenta de que no era Lenya que regresaba.

La anciana niñera se acuclilló junto a él.

—Ahora tranquilízate, cachorrillo —le dijo ella con ternura—. ¡Ah!, ya sé que no soy tan bonita como tu ordeñadora, pero velo igualmente bien por el bienestar de mis guardianes, y tú has tenido un día muy largo.

Drakken se relajó y sonrió. El tono de su voz resultaba muy tranquilizador y sereno. No era de extrañar que se ganara la vida como cuidadora de niños.

—Sólo he pasado por aquí para bendecirte, corderito mío —dijo, y se metió una mano dentro del cuello de la blusa—. Tengo un amuleto de la suerte que me dio mi madre hace muchos años. Quiero que lo cojas en la mano para que te ayude a recobrar la salud.

La niñera sacó un destellante amuleto que pendía de un cordón que llevaba alrededor del cuello. La montura era de peltre, pero el amuleto en sí era un cristal curvo, en forma de garra; tal vez se tratara de un fragmento de otra cosa, algo muy antiguo.

—Siempre me ha traído suerte y salud —le aseguró ella.

El muchacho sonrió y lo cogió con una mano. Estaba tibio.

—Ahora la bendición será para ti, mi pobre caballero herido. La bendición de todos los dioses.

—Gracias, señora —respondió Drakken.

Experimentaba una mayor calidez; se sentía más seguro y sano.

—Aquí regresa Lenya con una taza de agua —dijo la niñera a la vez que recuperaba el amuleto y se ponía de pie—. No querrás pasar más tiempo con una vieja necia como yo. Que estés a salvo, caballero.

—Otra vez, gracias —se despidió Drakken.

Luego, Lenya llegó a su lado y le acercó la taza a los labios.

—¿La vieja Maris estaba de nuevo alborotando a tu alrededor? —preguntó la muchacha con una ancha sonrisa—. Es muy buena. Los niños están locos por ella. El Margrave tuvo suerte de encontrarla el año pasado, cuando necesitaba una nodriza.

—Es una anciana buena y muy atenta —asintió Drakken entre sorbos—. Pero yo sé quién me gustaría que me cuidara...

—¿Tenéis el hábito de espiar a las mujeres? —preguntó la esposa del Margrave con una deliciosa mueca en los labios.

Gruber se detuvo en seco y buscó con torpeza las palabras adecuadas.

—Estaba patrullando el campamento, mi señora.

—¿Y eso os trajo hasta la parte trasera de mi carruaje en el momento en que me vestía para dormir? —inquirió ella.

Gruber se volvió de espaldas, consciente de que se hallaba en compañía de una mujer que no llevaba puesto más que un fino camisón de satén.

—Os presento mis disculpas, señora. Yo...

—¡Oh, callad, caballero! —dijo ella con una risa tintineante—. Me siento halagada de que un hombre tan digno y distinguido como vos se ruborice en mi compañía. Agradezco vuestros esfuerzos. Estamos todos bajo vuestra protección.

Gruber se movió de un lado a otro con torpeza, y luego se volvió para marcharse.

—¿Cuál es vuestro nombre, caballero?

—Wilhelm Gruber —replicó él al mismo tiempo que daba media vuelta. De pronto, se sintió osado—. ¿Quién sois vos, señora?

—La esposa del Margrave de Linz, a menos que eso os haya pasado por alto —replicó ella, y volvió a reír.

—¿Eso es todo? —preguntó él con sequedad.

Ella no le respondió nada, y se produjo un largo silencio entre ambos.

—Será mejor que volváis a vuestra patrulla, Gruber —dijo ella al fin—. No sé qué pensáis que soy, pero no me siento feliz con lo que esa pregunta implica.

—Tampoco yo, señora —respondió Gruber mientras se alejaba—. Ya veremos.

Ganz observó las estrellas a través de las pulidas lentes del astrolabio de Lowenhertz. Estaba a punto de preguntar el nombre de otra constelación cuando Lowenhertz lo aferró con fuerza por un brazo.

—¿Qué?

—¡Silencio! —le siseó Lowenhertz—. ¿Hueles eso?

Ganz inhaló. El aroma dulce y ceniciento de la muerte era inconfundible.

Ambos se agacharon y vieron las relumbrantes rendijas de las viseras de los guerreros que se movían en el valle, junto al arroyo.

—¡No llevo más que mi cuchillo! —susurró Ganz.

Lowenhertz le lanzó el martillo y sacó una larga hacha de guerra de la silla del caballo.

—Haz correr la voz, comandante. Han vuelto por nosotros.

Eran un oscuro borrón de noche y luz de fuego. Ganz creyó contar a quince enemigos cuando cargaron hacia el campamento, desde el este, a pie. Eran silenciosos, como las sombras de los muertos.

Ganz no fue silencioso. Bramó una advertencia con toda la fuerza de que eran capaces sus pulmones, y él y Lowenhertz salvaron de un salto las rocas del margen del arroyo para hacer frente al silencioso ataque.

El campamento volvió a la vida. Se oyeron las consignas de respuesta de los centinelas y los rugidos de los hombres que despertaban. Entre los aterrorizados civiles, se alzaron gritos y alaridos.

Einholt se enfrentó con el primero de los atacantes, parando golpes y haciendo girar el martillo de guerra mientras bramaba para llamar a sus hermanos de la Compañía Blanca. Al cabo de cinco segundos, Bruckner y Aric, los otros dos centinelas de guardia, estaban a su lado y les cerraban el paso entre los crepitantes fuegos a los necrófagos de ojos rojos que salían de las tinieblas.

Ganz y Lowenhertz se reunieron con ellos unos segundos más tarde. Ganz estaba seguro de que entonces había al menos veinte atacantes, pero resultaba muy difícil distinguir en medio de la noche sus húmedas siluetas. También sus ojos destellantes se confundían con las hogueras ardientes. Era como si estuviesen hechos con el mismo material que la noche.



Una brillante espada negra silbó al pasar junto a su cabeza, y Ganz invirtió el balanceo para defenderse. Al hacerlo, sus pies resbalaron sobre la tierra, cayó y quedó semitumbado. El oscuro, de pie ante él, tenía la espada en alto. Morgenstern, sólo con media armadura puesta y sucio por haberse tendido sobre el suelo, atravesó la oscuridad como una tromba y derribó a la criatura con un golpe de martillo a dos manos, de fuerza tremenda. Ganz se puso en pie de un salto y le gritó un agradecimiento al descomunal hombre, que ya se lanzaba hacia la muchedumbre.

Vio caer a Aric con un tajo en el hombro. Einholt y Lowenhertz saltaron a protegerlo, y mantuvieron a distancia al enemigo mientras el portaestandarte se levantaba. El hacha de Lowenhertz silbaba en el aire frío.

Con fuego lobuno en la sangre, Ganz hacía girar el martillo que le había prestado su compañero; usó el mango para parar un tremendo golpe, y luego mató al atacante con una arremetida lateral de la cabeza del arma.

—¡Por el templo! ¡Por Ulric! ¡Compañía Blanca! —bramaba.

En el otro lado del campamento reinaba un pandemónium. Con el martillo bien aferrado, Gruber intentaba poner orden en el caos.

—¡Kaspen! ¡Anspach! ¡Poned al Margrave y a su gente a cubierto junto a los carruajes! ¡El resto de vosotros acudid a la lucha!

Sirvientes que chillaban y niños que lloraban corrían en todas direcciones. Las ollas eran derramadas, y los fuegos de cocinar, pateados.

—¡Maldición! —imprecó Gruber.

Vio que Drakken aparecía cojeando en el centro del campamento a toda la velocidad de que era capaz.

—¡Mi arma! ¡Cualquier arma! —gritaba el joven con voz ronca.

—¡Me resultarás más útil aquí! —le gritó Gruber—. Mete a los niños dentro del carruaje. ¡Que mantengan la cabeza baja!

Se oyó un grito más penetrante que los demás. Gruber dio media vuelta y vio que dos guerreros oscuros habían irrumpido en el campamento desde la dirección opuesta al ataque principal y que cargaban contra los carruajes; realizaban una maniobra de pinza para romper el cordón.

Era la esposa del Margrave quien había gritado. Se encontraba en terreno abierto e intentaba coger a los dos aterrorizados críos. La niñera se encontraba a su lado y trataba de cobijar a los chiquillos entre sus brazos. Los guerreros arremetieron hacia ellos, con las espadas en alto.

Gruber se lanzó hacia adelante al mismo tiempo que blandía el martillo con una sola mano. El golpe destrozó una armadura y derribó a uno de los guerreros. Se enfrentó con el otro y bloqueó los mortales golpes deslizando lateralmente el mango del martillo contra la hoja: una vez, dos veces, tres veces. Para entonces, el primero

de los atacantes volvía a estar de pie.

Gruber abolló el yelmo del segundo, al que hizo rodar por el suelo a tiempo de defenderse del renovado ataque del primero. Miró fijamente al interior de las rendijas de la visera, iluminadas de rojo, y respondió al furioso asalto con una arremetida que destrozó el escudo de la criatura. Luego, le propinó un fuerte golpe con la punta del mango del martillo en la mandíbula. El enemigo cayó, y esa vez, golpeándolo fuertemente de nuevo, se aseguró de que no volvería a levantarse.

El segundo ya se había incorporado de nuevo y, una vez más, centraba su atención en la esposa del Margrave.

Con un rugido, Gruber le arrojó el martillo. La enorme arma atravesó el claro silbando en el aire y girando, y partió la espalda de la criatura negra.

Gruber avanzó hasta donde estaba la esposa del Margrave y la ayudó a subir al carruaje, mientras la niñera reunía a los chiquillos.

—¡Entrad en el carruaje! —siseó.

—Gra,... gracias... —tartamudeó ella.

—Estaban completamente decididos a atraparos —le gruñó Gruber al mismo tiempo que clavaba sus ojos en los de ella—. ¿Qué hay en vos? ¿Acaso sois el pájaro de mal agüero que atrae hacia nosotros la Oscuridad?

—¡No! —respondió ella con tono implorante y horrorizado—. ¡No!

No había tiempo para debates. Gruber recobró su martillo y se unió a la lucha.

—¡Están retrocediendo! —anunció Anspach, al fin.

—¡Gracias al Lobo! —murmuró Ganz.

La lucha había sido intensa y demasiado igualada para que se sintiera cómodo. Varios de sus hombres estaban heridos, y había siete guerreros oscuros contorsionados y muertos en el suelo; se habían convertido en esqueletos. Los otros, como los fantasmas de los cuentos fantásticos, se desvanecían entre los árboles.

—¡Reagrupaos! —les dijo Ganz a sus hombres—. Entremos en el campamento y reconstruyamos la muralla de fuego. Falta mucho para el alba.

—¡Comandante! —Era Gruber quien lo llamaba.

Ganz se reunió con él. El guerrero al que Gruber le había partido la espalda estaba aún con vida, y se retorció y siseaba como un reptil sobre el suelo. Los civiles formaban a su alrededor un amplio círculo, fascinados y horrorizados a la vez.

—¡Apartad a esa gente! —les espetó Ganz a Dorff y Schiffer. Luego, se volvió a mirar a Gruber—. Estoy empezando a creer que Lowenhertz tiene razón. Tenemos algo o a alguien que estas criaturas quieren...; por eso, tomaron la casa solariega y ahora nos persiguen.

—Estoy de acuerdo. Esto no era una incursión de acoso, sino una misión destinada a llevarse algo. Fueron demasiado directos y se pusieron en peligro para

entrar en el campamento, en lugar de hostigarnos desde lejos. —Gruber inspiró profundamente—. Creo que es alguien que forma parte de la familia del Margrave, y me parece que sé quién...

—Vos creéis que es por mí —dijo una voz desde detrás de ellos. Era la esposa del Margrave, que tenía abrazado a uno de los sollozantes niños—. No sé qué he hecho para ganarme vuestra desconfianza, señor Gruber. Sólo se me ocurre pensar que os sentís amenazado por mí. Durante toda la vida, mis cabellos oscuros y mis gestos vivaces han hecho que los hombres me imaginaran como una diablesa, una mujer descarada, a quien había que temer. ¿Acaso puedo disimular mi aspecto o mi apetito por la vida? ¿Puedo cambiar la forma en que estoy hecha? No soy ningún demonio. ¡Por mi vida, por la vida de mis niños, señores!, yo no soy el motivo de todo esto.

Ganz miró a su segundo al mando, y el hombre de cabellos blancos bajó la mirada.

—Da la impresión de que ambos hemos sacado conclusiones precipitadas hoy. Los dos estábamos equivocados.

—¿También tú? —inquirió Gruber, y Ganz asintió con la cabeza.

—Mi señora, llevad a los niños a cubierto dentro de los carruajes. Nosotros acabaremos esto. ¡Lowenhertz!

Cuando llegó el noble caballero, vieron que se había quitado la armadura. Iba ataviado sólo con el justillo de lana, porque el peto y las hombreras de su armadura habían sufrido serios daños durante la lucha.

—¿Comandante?

—Tienes conocimientos, Lowenhertz..., o al menos, eso te gusta decirme. ¿Cómo podemos obtener información de ese huésped nuestro?

Lowenhertz posó los ojos sobre el tullido guerrero oscuro y se acuclilló. Lo escuchó durante un momento y se estremeció.

—Puedo entender poca cosa de sus jadeos... El idioma..., tal vez sea la lengua de la lejana Arabia. Hay una palabra que repite...

Lowenhertz le repitió a la criatura la palabra con voz apagada y desagrado, y ésta se removió y profirió un gañido. Entonces, el templario del Lobo Blanco volvió a murmurar la palabra con voz baja y gutural. Ganz se volvió.

—No estamos llegando a ninguna parte...

Lowenhertz volvió a repetir la palabra, hasta que la criatura replicó, al fin, con una frase gutural.

—No le entiendo. Las palabras son demasiado extrañas.

Lowenhertz lo intentó con mayor ahínco, repitiendo la palabra una y otra vez. No sirvió de nada.

Entonces, la criatura tendió una huesuda mano y trazó un símbolo curvo en el polvo.

—¿Qué es eso? —preguntó Ganz.

—¡Ojalá lo supiera! —respondió Lowenhertz—. No puedo entenderle. Ese dibujo no tiene sentido. ¿Qué es eso? ¿La luna de la cosecha? ¿La luna creciente?

—Es una garra —dijo Drakken, de pronto, desde detrás de ellos—. Y yo sé dónde está.

La anciana niñera Maris retrocedió contra el carruaje, con los ojos colmados de terror y las manos apretadas con fuerza sobre el cuello de su vestido.

—¡No! —exclamó—. ¡No! ¡No os lo daré!

Ganz volvió la mirada hacia Lowenhertz y Drakken que se encontraban a su lado.

—No es más que la nodriza —dijo.

—Ella tiene el amuleto en forma de garra. Me bendijo con él —aseguró Drakken.

—Si es lo que buscan esas criaturas de la Oscuridad, señora, debéis entregarlo por el bien de todos —dijo Lowenhertz con firmeza.

—¿Esta baratija que me dio mi anciana madre? —tartamudeó la anciana—. Siempre me ha traído suerte.

En ese momento, Gruber se reunió con ellos.

—Eso le da sentido a las cosas. Esos guerreros con los que he luchado... Yo pensaba que iban tras la señora y los niños, pero iban tras la niñera.

—¡Por favor, señor! —exclamó la niñera al ver que se aproximaban el Margrave y su esposa—. Haced que abandonen esta idea disparatada.

—Querida Maris —imploró la dama—, siempre has sido buena con mis hijos, así que te defenderé de todo mal, pero esto es demasiado importante. Comprobémoslo. Dame el amuleto.

Con arrugadas y temblorosas manos, la anciana sacó el talismán en forma de garra y se lo entregó a la esposa del Margrave, la cual dio media vuelta y avanzó hacia el enemigo herido. Ganz estaba a punto de detenerla, pero Gruber se lo impidió.

—Ésa sabe lo que está haciendo —le aseguró al comandante.

—Lenya me dijo que la niñera sólo llevaba algún tiempo con ellos. Su predecesora cayó enferma, y la trajeron desde muy lejos —explicó Drakken.

Lowenhertz asintió con la cabeza.

—Si ese maligno amuleto ha estado en su familia durante algún tiempo, es posible que no sepan nada acerca de su poder. Pero ha traído a los guerreros oscuros tras sus pasos desde el lejano lugar del que procede. Han husmeado su pista..., o la pista de ese objeto que poseía.

—Pero ¿qué es? —preguntó Aria.

—¿La garra de algún demonio oscuro al que adoran? ¿Una uña de un dios? —Lowenhertz se encogió de hombros—. ¿Quién sabe? ¿Quién quiere saberlo?

—¿Un hombre sabio como tú? —preguntó Ganz.

Lowenhertz negó con la cabeza.

—Hay cosas que es mejor ignorar, comandante.

La esposa del Margrave le enseñó el amuleto a la criatura herida, y luego saltó hacia atrás cuando ésta se incorporó apenas, gruñendo, maullando e intentando arañarla. Gruber la mató con un rápido y diestro golpe.

—Ya tenemos la prueba —declaró.

Todos quedaron petrificados cuando un agudo alarido resonó en el bosque que los rodeaba. El olor sepulcral a especias y hueso seco colmó el aire.

—Han vuelto a husmearlo, y con más claridad que nunca —dijo Lowenhertz—. Regresan.

—¡A las armas! —gritó Gruber para reunir a los hombres.

Pero Ganz alzó una mano.

—No podremos con ellos. Cuentan con un número mayor de efectivos y con la noche a su favor. Antes apenas logramos rechazarlos. Sólo podemos hacer una cosa.

La Compañía Blanca y los civiles a su cargo se apiñaron en el centro de la barrera de fuego. Al otro lado del anillo de llamas, vieron a los jinetes negros que se aproximaban y oyeron el sonido de los cascos de sus caballos. Docenas de ojos rojos relumbraban en la negrura de la noche como estrellas infernales.

Ganz contó las siluetas oscuras que se encontraban al otro lado del fuego. Una vez más eran veinte, a pesar de los que habían matado los Lobos. Blasfemó en voz baja.

—Siempre regresarán en igual número —le susurró a Gruber—. Jamás acabaremos con ellos. No podemos luchar porque nos vencerían. No podemos huir porque nos adelantarían. Son seres impulsados por la Oscuridad y no se detendrán hasta conseguir lo que quieren.

Los enemigos permanecían al otro lado de las llamas, formando un círculo de figuras demoníacas que rodeaba completamente el campamento. El olor dulce y ceniciento era terrible.

—¿Y qué hacemos, entonces? ¿Luchar hasta el último? ¿Morir en el nombre de Ulric? —susurró Gruber.

—Eso..., o chasquearlos —dijo Ganz—. Tal vez ésa sea nuestra única probabilidad de sobrevivir.

Cogió el amuleto y avanzó para asegurarse de que los jinetes oscuros lo vieran. Luego, antes de que pudiesen reaccionar, lo colocó sobre una roca, alzó el martillo de Lowenhertz y descargó sobre el talismán un golpe desde más arriba del hombro.

Los jinetes gritaron de horror como si tuviesen una sola voz. Cuando la cabeza del martillo destrozó el talismán, se produjo una explosión de luz y un fantástico destello de llama verde. El estallido derribó a Ganz de espaldas y vaporizó la cabeza del martillo. El talismán desapareció.

Un relámpago rojo como sangre eléctrica se propagó en sentido horizontal por el campamento, que fue barrido por un viento caliente como el infierno. Las criaturas fantasmagóricas chillaron como una sola, retorciéndose y girando en el aire como ondeantes alfombras negras, hasta que fueron absorbidas por la oscuridad de la noche y desaparecieron.

Cuatro días de riguroso viaje los llevaron de vuelta a Middenheim. La Compañía Blanca escoltó al grupo del Margrave directamente hasta el palacio del Graf, donde serían cuidados y atendidos. Entonces, tuvieron lugar muchas despedidas. Mientras el Margrave le expresaba su efusivo agradecimiento a Ganz, una y otra vez, Ganz se encontró con que sus ojos vagaban por el patio. Vio a Drakken, tímido y torpe, que le daba un beso a la vivaz muchacha de la servidumbre, Lenya, para despedirse de ella. Estaba seguro de que no era el último que le daría. Vio a Morgenstern y Anspach, que jugaban a caballitos con los niños, y a Aric, que consolaba a la atemorizada niñera Maris. Gruber se encontraba junto a la esposa del Margrave.

—Perdonadme, señora —estaba diciendo Gruber en voz baja—. Desconfié de vos y es para mí una vergüenza.

—Me salvasteis la vida, señor Gruber. Yo diría que estamos en paz.

Ella le sonrió, y el corazón de él volvió a dar un respingo.

—Con que sólo vos fueseis más joven y yo fuese libre —murmuró ella, que expresó en voz alta lo que él pensaba.

Los ojos de ambos se encontraron, apasionados por un segundo, y luego ambos se echaron a reír a carcajadas y se despidieron.

En la grandiosa oscuridad del templo, los coros de Lobos cantaban con voz profunda sentidos himnos de agradecimiento. Las voces flotaban en el aire quieto y fresco.

Lowenhertz estaba arrodillado y rezaba ante el altar mayor. Alzó la mirada al oír unos pasos que se le aproximaban por la espalda.

Ganz posó los ojos sobre él. En las manos tenía un objeto envuelto en una vieja piel de lobo.

—Los Caballeros Pantera se sentirán de lo más agraviados por el hecho de que les hayamos robado la posibilidad de lucha —comentó Lowenhertz mientras se levantaba.

Ganz asintió.

—Sobrevivirán. Y pensar que creíamos que nos íbamos a perder la acción...

Se produjo una larga pausa, y luego Ganz clavó una mirada fija en su compañero.

—Supongo que ahora volverás a trasladarte.

—No si tú me permites quedarme, comandante —replicó Lowenhertz con un

encogimiento de hombros—. Hace mucho tiempo que busco mi sitio, y tal vez esté aquí, en esta compañía de Lobos.

—En ese caso, bienvenido a la Compañía Blanca, guerrero —respondió Ganz—. Estaré orgulloso de tenerte bajo mi mando.

—Debo ir a ver a los sacerdotes armeros —repuso Lowenhertz—. Necesito que me consagren otro martillo.

Ganz le tendió el objeto envuelto en la piel de lobo.

—No es necesario. El propio Ar-Ulric me autorizó a coger esto del relicario del templo.

El viejo martillo de guerra era magnífico y estaba recubierto por una pátina de tiempo y uso.

—Pertenece a un templario del Lobo llamado Von Glick. Fue uno de los más valientes; un compañero y un amigo al que echamos muchísimo de menos. Le complacería que su martillo volviese a estar en las manos de un caballero del Lobo Blanco, en lugar de deslucirse en un viejo arcón relicario.

Lowenhertz cogió el martillo y comprobó su peso y equilibrio.

—Será un honor —aceptó.

En torno a ellos, el canto de los coros de Lobos ascendió y se encumbró, salió del grandioso templo y subió como humo hacia los cielos de Middenheim.

## La conexión bretoniana

Fue un obrero quien nos lo contó; llegó corriendo desde los quemados restos del templo de Morr donde había estado trabajando. La noticia debía haberse propagado por todo Middenheim en el momento en que nosotros la oímos, transmitida de mercado a cafetería, de posada a tugurio, gritada de ventana a ventana por encima de las torcidas calles y empinados callejones. A aquellas alturas estaría en boca de todos. Dejamos de cavar, nos apoyamos en las palas y picos, y nos quedamos de pie en la fosa a medio terminar mientras meditábamos sobre aquella nueva. Era el comienzo de un día primaveral en la Ciudad del Lobo Blanco, y la muerte flotaba en el aire.

La primavera llega tarde a Middenheim. La tierra del parque de Morr permanece congelada durante meses. Cavar era duro y agradecimos el descanso, aunque pronto habría más trabajo. La condesa Sofía de Altdorf, dama de la corte y plenipotenciaria imperial ante el Graf de Middenheim, antigua esposa del delfín de Bretonia, hermosa, mujer conocidísima de la alta sociedad, diplomática, protectora de huérfanos y enfermos, había sido asesinada en su cama. Sentíamos algo más que tristeza por su muerte. Éramos sacerdotes de Morr, el Dios de la Muerte, y aquélla sería una semana atareada para nosotros.

Nos miramos los unos a los otros, dejamos las herramientas en el suelo y avanzamos entre las lápidas hacia el templo de Morr, que se alzaba en el centro del parque, envuelto en andamios como si fueran vendas y cabestrillos. Había personas que también atravesaban el parque para dirigirse hacia el mismo destino que nosotros; de hecho, había centenares de ellas, solas o en pareja. Algunas lloraban.

El reciente incendio había quemado el templo casi hasta los cimientos, pero el Factorum subterráneo y las catacumbas donde descansaban los ricos estaban intactos y en uso. Todos los sacerdotes de Morr que había en Middenheim —cuatro de nosotros más uno del templo de Shallya, que nos ayudaba mientras eran sustituidos los que habían muerto en el incendio— nos reunimos en la oscuridad del Factorum, la sala ritual donde se prepara a los muertos para el entierro, la cremación o la larga



caída desde el barranco de los Suspiros hacia las rocas del fondo. Había cadáveres sobre dos de las losas de granito, y la entrada de las bóvedas sepulcrales se alzaba, negra y formidable, como la boca del mundo ultraterreno. La sala estaba inundada de olor a muerte, aceites de embalsamamiento y tensión.

El padre Ralf descendió con lentitud los escalones hasta el Factorum, al mismo tiempo que se aclaraba ruidosamente la garganta. La pesada cadena de su dignidad de sumo sacerdote le pendía del cuello, y sus dedos jugaron con ella mientras nos contemplaba. Cerca de los sesenta y con una grave artritis, jamás había esperado llegar tan arriba en su profesión y no era algo que le gustara particularmente, pero no había habido nadie más adecuado. Todos los demás sacerdotes eran demasiado jóvenes, demasiado inexpertos..., excepto yo. Yo no le gustaba. A mí me daba igual, porque no le gustaba a nadie. En muchas ocasiones, tampoco yo me gustaba a mí mismo.

—Seré breve —comenzó—. Estoy seguro de que estamos todos conmocionados por la muerte de la condesa Sofía, pero la misión del templo, en un momento como éste, es proporcionar ánimos y tranquilidad espiritual. Debemos ser fuertes y demostrar fortaleza. —Lo interrumpió un acceso de tos, y luego prosiguió—: Yo mismo me encargaré de las disposiciones del funeral de la difunta condesa. Pieter, Wolmar y Olaf, quedaos en el templo. Habrá muchos deudos, y necesitarán vuestra presencia y consejos. El resto de vosotros atenderá los asuntos normales.

—El resto de nosotros —dije yo— somos dos. —Hice un gesto para señalar al hermano Jacob y a mí mismo—. Y el asesinato de la condesa no impedirá que muera gente corriente.

El padre Ralf me lanzó una mirada de ferocidad con sus ojos reumáticos.

—Éstos son momentos excepcionales, hermano. Si no hubieras quemado el templo, tal vez tendrías menos trabajo.

Pensé en recordarle que, en parte, lo había quemado para salvar su vida. Pero no era una buena idea: no, entonces; no, con aquel humor en el aire. Quizá Ralf fuese inexperto en dirigir, pero se mostraba entusiasta a la hora de imponer su autoridad y tendía a reaccionar de modo excesivo.

—Así pues —pregunté—, ¿el hermano Jacob y yo debemos volver a cavar, o hay algún asunto más urgente para nosotros?

—Jacob acabará la sepultura. Por lo que a ti respecta, una posada de baja categoría de Altquartier, Sargent's, ha enviado mensaje para decir que un mendigo borracho ha muerto allí. Tú pareces aficionado a esa clase de gente: hazte cargo del cuerpo. Y, hermano, no hagas una montaña de ello. Tenemos cosas más importantes por las que preocuparnos.

Aguardé mientras los demás salían y ascendían la escalera hacia la luz diurna y la multitud de personas desconsoladas que estaban fuera. Jacob también se demoró.

Sentí pena por él. Hacía apenas unos meses que estaba en el templo, y el cataclismo que había seguido a la muerte del padre Zimmerman lo había enervado. Y entonces que sucedía algo realmente importante, en lugar de permitirle que ayudara, lo enviaban a cavar tumbas.

—¿Por qué nosotros? —me preguntó, y había amargura en su voz.

—Porque tú eres joven y porque yo no les gusto, y ninguno de nosotros sabrá consolar a los deudos —respondí—. Será mejor que te pongas a trabajar en la fosa mientras el sol deshiela la tierra.

Él me miró con ojos llenos de curiosidad.

—¿Qué quiso decir el padre Ralf cuando comentó que eres aficionado a los mendigos?

—Vete a cavar.

Pensé en la pregunta de Jacob mientras caminaba por las serpenteantes calles de la antigua ciudad, hacia el Altquartier. ¿Eran los mendigos lo que me importaba? No, sino cualquiera que muriese en solitario y sin que nadie le llorase: aquellos cuya muerte a nadie importaba: ésa era mi gente. Alguien debía ocuparse de ellos, y si nadie estaba dispuesto a hacerlo antes de que murieran, yo lo haría después. A menudo, la gente mostraba su mejor lado cuando estaba muerta; perdía sus hábitos poco atractivos y se transformaba en alguien calmo y sereno. En ese estado, era mucho más fácil no odiarles y, además, en eso consistía mi trabajo. Si ese trabajo me llevaba a veces hasta una muerte sin explicación, yo consideraba que era mi deber averiguar lo que pudiese al respecto. Además, como solía decirles a mis escasos amigos, eso me ayudaba a matar el tiempo.

La ciudad estaba plagada de noticias y chismorreos referentes a la muerte de la condesa. La gente veía mis ropones y me paraba en la calle para descargar su tristeza, y daba la impresión de que todos tenían algo que decir: algún testimonio de la bondad de la muerta, alguna anécdota acerca de sus legendarias aventuras amorosas, o simplemente sollozos y gemidos. Reparé en que parecían ser sólo los humanos los que estaban tan afectados. Los elfos, enanos e híbridos mostraban una mayor reserva; pero siempre han sido una minoría en Middenheim. Los mercados continuaban con sus actividades, aunque no había espectáculos por las calles: no se veían juglares, ni luchadores enanos, ni ilusionistas que produjeran estallidos de bellas luces con su magia insignificante. La ciudad estaba más viva que en cualquier momento posterior al carnaval pasado, pero era una vida extrañamente deprimida.

Todas las conversaciones de las calles giraban en torno a la muerte de la condesa: ¿era homicidio o asesinato? Y de ser lo segundo, ¿quién era el culpable? Las teorías de la mayor parte de la gente afirmaban que los bretonianos, de alguna forma, estaban tras aquello. La muerte de la condesa no sólo permitiría al delfín volver a casarse,

sino que, como ella aún era muy querida en su país y durante los últimos meses las tensiones habían sido enormes entre el Imperio y Bretonia, había pocas formas mejores de impulsar a un ejército a la invasión que el asesinato de un tesoro nacional, particularmente uno que estaba en territorio extranjero y que podría resultar embarazoso si se lo dejaba con vida. Otras teorías culpaban a los hombres bestia (probablemente, al recordar que pocos meses antes los templarios habían sido atacados por mutantes), o a los míticos skavens salidos furtivamente, hacía mucho tiempo de los túneles abandonados, que recorrían el subsuelo de la ciudad. Oí todas esas ideas y más, y las dejé resbalar sobre mí como la lluvia primaveral sobre las murallas de granito de la ciudad. No era más que una muerte, y para mí no revestía una importancia mayor que cualquier otra.

Las serpenteantes calles se estrecharon y se hicieron más oscuras, perdidas entre las sombras de los altos edificios de Altquartier, donde acababa de entrar. Allí, los edificios aparecían y desaparecían, pero nunca cambiaba el aspecto de tugurio de la zona. La posada Sargant's era un nombre nuevo para mí, pero al mirar el exterior, el antiguo almacén de un comerciante situado en un callejón típicamente empinado de Middenheim, supe cómo sería por dentro: infestada de piojos, pulgas y toda clase de alimañas, con jergones de paja sobre el piso de largos dormitorios colectivos, y olor a col hervida, suciedad y desesperación. Al igual que cualquier posada de baja estofa de la ciudad, hedía a desgracia. En el exterior había hombres informes vestidos con harapos, algunos con muletas o cicatrices terribles, que se pasaban una bota de vino barato entre ellos. Al acercarme a la puerta, se apartaron con respeto por mis hábitos de sacerdote de Morr. Incluso aquellos que no tienen nada por lo que vivir, temen a la muerte.

Justo en la entrada esperaba un hombre corpulento y calvo, cuyos músculos se habían transformado principalmente en grasa. Sus ropas eran un remedo de opulencia, copias baratas de prendas de última moda, y en el cinturón llevaba un corto cuchillo que parecía destinado a utilizarse. No esperaba que mi apariencia le causara preocupación, y estaba en lo cierto.

—Tú debes ser Sargant —dije.

El tipo ni se movió, sino que clavó sus ojos en mí durante un largo rato.

—¿Tú no eras antes Dieter Brossmann? —preguntó con un tono duro en la voz, y lo miré a los ojos.

—Ése era mi nombre hace mucho tiempo —respondí con lentitud—. Desde hace ocho años, soy un humilde sacerdote de Morr. Veamos el cuerpo.

—Sí. Sígueme, entonces.

Lo acompañé por oscuros corredores con la esperanza de que no formularía más preguntas acerca del hombre que yo había sido en otros tiempos, y aguardé mientras abría con una llave la fina puerta de madera de pino. La habitación que había al otro

lado era pequeña y carecía de ventanas, y Sargant no me siguió al interior. Vi un camastro con un cuerpo encima y una silla situada cerca, sobre la que había una pequeña lámpara de aceite que iluminaba el rostro del cadáver.

Se trataba de Reinhold. ¡Que Morr se me llevara, pero si era Reinhold! Parecía viejo, gastado y cansado, y estaba sucio, pero en diez años no había cambiado demasiado. Cuando yo dirigía la empresa familiar más grande de Middenheim, él había sido mis ojos y oídos. El pequeño Reinhold conocía a todos los serenos y guardias de los almacenes de la ciudad, podía abrir cualquier cerradura en medio minuto y frecuentaba al menos una parte de los antiguos túneles de enanos que corrían por debajo de la urbe. Reinhold, que tantas cosas me había enseñado... «¿Qué lo habrá llevado a acabar así?», me pregunté, y tras pensarlo, lo supe: en parte, el hecho de que yo cerrara la empresa y me hiciera sacerdote.

Pero ya habría tiempo más tarde para ese tipo de pensamientos. Tenía trabajo que hacer. Agradeciendo que Sargant me hubiese dejado tranquilo y suponiendo que no podía conocer el antiguo vínculo entre mi yo anterior y Reinhold, posé los dedos sobre la frente del cadáver —la piel estaba grasienta y fría— y comencé a entonar la Bendición Protectora con el fin de sellarlo a la influencia de las fuerzas oscuras que hacen presa en los cuerpos de los muertos. El alma de Reinhold ya se encontraba con Morr y no podía ayudarla. Encendería una vela por él cuando llegara al templo.

A la luz de la lámpara, el rostro de Reinhold parecía viejo y macizo, como tallado en madera de pino del Drakwald. Pasé los dedos con lentitud por su cara, y continué bajando mientras entonaba las antiguas palabras de la oración. Llegué a la garganta..., y allí me detuve. Había una marca, una depresión del tamaño aproximado de una corona de oro; habían presionado algo con fuerza sobre la nuez de Adán.

Ya había oído hablar de eso. Se envolvía una moneda o una piedra en una tela, luego se rodeaba el cuello de la víctima y se tiraba con fuerza. La moneda cerraba las vías respiratorias o taponaba la vena del cuello —nunca he sabido muy bien cuál de las dos cosas—, y la muerte sobrevenía con mayor rapidez y resultaba menos obvia. A Reinhold lo habían asesinado.

Pensé en sus bolsillos. Con toda seguridad, Sargant los habría registrado, pero aún podría quedar en ellos algo que resultase revelador. Las ropas de Reinhold tenían el tacto duro y húmedo de la grasa, la suciedad y el sudor, lo que indicaba que las había llevado puestas cada día durante meses. El olor que desprendían se correspondía con eso, y me sentí sucio al manipularlas. Más aún: sentí que estaba invadiendo la intimidad de mi amigo muerto. Pero eso no me detuvo.

Un pañuelo mugriento. Un ejemplar sucio del libro de plegarias sigmaritas. Cinco trozos de alambre doblados, que reconocí como ganzúas improvisadas. Restos de grava. Nada de dinero. El bolsillo derecho estaba aún más pringoso que el izquierdo, y sólo contenía una pequeña navaja de muelles, muy embotada y oxidada. Saqué la

hoja y no me sorprendió ver que en ella había sangre razonablemente fresca. Ése era el Reinhold que yo conocía.

Me senté en la penumbra y pensé durante un momento, para luego continuar con la Bendición Protectora. Había poco que pudiera hacer ya por Reinhold. Una parte de mí sabía que su último viaje estaba destinado a ser una larga caída por el barranco de los Suspiros, la salida de la vida y de la ciudad de que disponían los indigentes; eso era inevitable. No tenía una bóveda familiar debajo del templo, ni el dinero para pagar una sepultura en el parque de Morr, donde los muertos más adinerados ya descansaban unos sobre otros en cuatro y, a veces, cinco niveles. Lo único que podía hacer por él era averiguar por qué había muerto. No buscaba venganza, pues ser un sacerdote de Morr no tiene nada que ver con eso. Me bastaba con averiguar el motivo.

Cuando concluí la bendición, se abrió la puerta y entro Sargent.

—¿Ya está? —preguntó.

—Casi. —Me puse de pie y me encaminé hacia la puerta para salir a la calle. No tenía sentido comunicarle lo que sabía—. Enviaré un carro para que recojan el cuerpo. ¿Murió en esa habitación?

—Sí. La mayoría de las noches estaba en el dormitorio colectivo con otros, pero anoche llegó tarde, con dinero, y solicitó una habitación privada. Olía a bebida y pidió salchicha y una bota de vino para su amiga. Bebieron hasta después de las once campanadas, y luego él se marchó a dormir. Esta mañana, allí estaba, tieso como una tabla. «Come, bebe y alégrate —me dijo ayer—, porque mañana moriremos». Y tenía razón.

Clavé los ojos en Sargent. ¿Acaso Reinhold sabía que iba a morir, que alguien planeaba matarlo? Y de ser así, ¿por qué había muerto silenciosamente en lugar de luchar? ¿Era posible que la vida en la calle lo hubiese quebrantado hasta el punto de no defenderse siquiera de un asesino? ¿O habría otra razón? Tenía que averiguar algo más acerca de la vida que había llevado Reinhold en los últimos tiempos y sabía que no obtendría esa información de Sargent.

—¿Y esa amiga que has mencionado? —pregunté—. ¿Puedes darme su nombre?

—Louise —respondió—. Es una pequeña rata bretoniana. Viene por aquí casi todas las noches. Estaban saliendo juntos. Ayer querían pasar los dos la noche en la habitación, pero yo no acepto ese tipo de comportamiento; no, en mi casa.

«No, por supuesto que no. Coges el dinero de personas que no tienen nada para que puedan pasar la noche en esta inmundicia, pero les prohíbes cualquier cosa que les procure un momento agradable, aunque sea algo tan pequeño como el afecto de otra persona». Conocía a demasiados hombres como Sargent; Middenheim estaba lleno de ellos. Ya casi habíamos llegado a la puerta delantera de la posada cuando reparé en algo que me sorprendió.

—Llevas un brazalete negro —dije—. ¿Estás de duelo?

El hombretón bajó los ojos hacia su brazo, como si estuviese momentáneamente sorprendido.

—Sí —replicó.

—¿Por el mendigo? —inquirí yo.

Él me clavó una larga mirada.

—Por ese viejo borracho, no —respondió con sorna—; por la condesa.

Dio media vuelta y se adentró en la sórdida oscuridad de sus dominios. Yo lo observé mientras se marchaba, y luego desvié la mirada hacia el grupo de indigentes que aún estaban en torno a la puerta. Uno de ellos alzó la vista hacia mí. Nuestros ojos se encontraron, y él dio un respingo, como un ratón atrapado por una lechuza.

—No eches a correr —le dije—. Estoy buscando a Louise.

Fueron necesarias un par de monedas y dos horas dejándome guiar, a través de muchos callejones, hasta posadas baratas y escondrijos de mendigos dentro de viejas cisternas y bodegas abandonadas; pero, al fin, la encontramos: un montón de harapos y huesos acurrucados cerca de un brasero próximo al puesto de guardia que está situado junto a las ruinas de la puerta sur. Ella alzó la mirada cuando nos aproximamos, y reconoció a mi guía. Tenía el rostro ensangrentado y cubierto de cardenales. Me acuclillé ante ella.

—¿Quién te ha hecho esto? —pregunté.

—Hombres.

La palabra salió indistinta y espesa, aunque resultaba difícil saber si se debía a su acento bretoniano o al labio que tenía partido. Me di cuenta de que no podía calcular su edad: veinte, treinta, incluso cincuenta años. La gente de la calle envejece deprisa, y la lluvia, la escarcha y el vino barato no habían sido amables con ella.

—¿Qué hombres?

—Hombres que oyeron mi voz, que dicen que soy una espía, que maté a la condesa. ¡Hombres estúpidos, que la Dama se los lleve! —replicó ella—. ¿Quién eres tú para preguntar esas cosas?

Me contempló con ojos grises, y yo recordé a otra mujer, pero aquélla había sido rubia y su rostro había estado lleno de vida y alegría. Filomena había sido su nombre, y yo la había amado... Hacía ocho años que no la veía. Se produjo un silencio, y luego recordé que Louise me había hecho una pregunta.

—Yo era amigo de Reinhold —dije.

Ella apartó la mirada; tenía los hombros caídos. No hice nada por consolarla: le quedaba tan poco en la vida que sentí que debía dejarla que guardara su dolor. Al menos, no tenía que darle la noticia. Pasado un largo minuto, volvió a mirarme; las lágrimas abrían surcos en la suciedad de su rostro.

—¿Tú eres sacerdote? ¿Tú lo enterrarás?, ¿sí? —preguntó.

—Me haré cargo de su muerte. —Pareció que la réplica la satisfacía—. Louise..., ¿había alguien que odiara a Reinhold?

—¿Odiara?

Su rostro quedó inexpresivo, así que lo intenté de otra manera.

—¿Qué hizo Reinhold ayer? ¿Estuvo trabajando?

Louise se enjugó el rostro con una manga mugrienta.

—No encontró trabajo. Fue a buscar, pero no encontró.

—¿Y qué hizo entonces?

—Mañana en Wendenbahn, para mendigar.

Yo asentí. Esa calle era popular por los comerciantes que daban limosna a los mendigos para tener suerte.

—Volvió a dos campanadas, asustado.

—¿Asustado?

—Vio un hombre. Reinhold dijo hombre lo buscaba a él. No amigo. Entonces cogió su... Salió otra vez y... Regresó tarde —acabó con voz débil.

No, no era eso. Estaba ocultándome algo, algo importante, porque yo la ponía nerviosa. Yo sabía cómo tratar con aquella situación: pasar a un tema que no revistiera problemas, lograr que se sintiera confiada y volver más tarde al secreto.

—Louise —comencé—, ¿sabes quién era ese hombre? ¿Te contó Reinhold algo acerca de él? —se produjo una larga pausa mientras ella intentaba recordar.

—Del oeste. De Marienbeg. De tiempos pasados, dijo Rein. Lo llamó Gusano.

*Gusano*: Claus Grubheimer. Yo lo recordaba. Es extraño, pero por mucho que intentemos huir de nuestro pasado, siempre está ahí, esperando a nuestras espaldas para tocarnos el hombro y clavarnos un cuchillo por detrás. Diez u once años antes, un comerciante de fresco rostro, con nombre imperial y acento bretoniano, había llegado a Middenheim con grandes ideas y un permiso para comerciar con hierbas de Loren. Mientras yo le daba la mano y hablaba con él de asociación y ayuda, Reinhold había abierto sus cerraduras, había copiado sus papeles y había robado sus muestras. Luego, lo cargamos con un poco de loto negro y le dimos el soplo a la guardia sobre la mercancía que estaba comprando y vendiendo. Yo había apostado cinco coronas con Reinhold a que la cabeza del bretoniano estaría ensartada en una pica antes de que pudiera huir de la ciudad. Había ganado Reinhold, y ésa había sido la última vez que habíamos visto a Grubheimer; hasta el día anterior.

Pero ¿Grubheimer había matado a Reinhold? Y de ser así, ¿estaría buscándome a mí también? ¿Y a Yan, de Norsca, y a Kaspar Tres Dedos, que por entonces también trabajaban para mí? Hacía años que no los veía. Quizá también estaban muertos. Unas garras de frío pánico me aferraron los hombros. «Cálmate —me dije—. Cálmate». Y sin embargo, mi viejo instinto enterrado bajo mi vida sacerdotal me

gritaba que si Grubheimer estaba en la ciudad era por una sola razón: la venganza. Necesitaba tiempo para pensar, pero si Reinhold estaba muerto, tiempo era lo último de que yo disponía.

—Tengo que regresar al templo —dije mientras me ponía de pie.

Los ojos de Louise me siguieron.

—¿Dinero? —me preguntó con la única nota de esperanza que había oído en su voz.

Posé los ojos sobre su forma lastimosa.

—¿Reinhold no te dio nada? —pregunté.

Ella no respondió, pero sus ojos se apartaron de los míos. Había algo que no quería decirme; otra vez aquel detalle oculto. Podía esperar. Di media vuelta para echar a andar de regreso por el laberinto de frías calles llenas de personas tristes. Algo en mí, duro y afilado, estaba cristalizando. Supe que sabría de qué se trataba en cuestión de minutos.

—¡Espera! La condesa... —dijo ella a mis espaldas.

—No, no me hables a mí de la condesa —respondí, y me alejé.

Aquello duro que tenía dentro estaba acerbamente frío de miedo... y algo más. Sabía que si Grubheimer había regresado a la ciudad, estaba allí para matarme: tal vez fuese ciudadano de Marienbeg, pero su sangre era bretoniana, y los bretonianos no eran gente que perdonara a sus enemigos. Yo había perdonado a los míos hacía ocho años, cuando me hice sacerdote e intenté olvidar todas las malas acciones que había cometido. No lamentaba ninguno de esos actos, pero cuando ingresé en el templo de Morr supe que jamás volvería a hacer nada parecido. Entonces, ocho años después, un sacerdote sería un blanco fácil para que lo matara Grubheimer.

Desde que mi esposa y mi hijo habían desaparecido, una parte de mí quería morir, pero era una parte muy pequeña, y mientras recorría las estrechas calles, sentí que aquella dureza de mi interior aumentaba para luchar contra esa parte. Grubheimer era un hombre desesperado, un hombre capaz de estrangular a un mendigo en su cama para vengarse de algo sucedido diez años antes. Si quería que sobreviviera el sacerdote que entonces era yo, tendría que ser duro. Debería transformarme otra vez en el hombre que había dejado atrás: pensar en la vida de una manera que había intentado olvidar durante ocho años. La perspectiva no resultaba seductora.

Pero mientras pensaba en todo eso, sentí que la frialdad de mi interior se hinchaba y crecía hasta llenarme de emociones muertas. La mente del sacerdote de Morr iba siendo cubierta y reemplazada por viejos pensamientos, por comportamientos del pasado. ¿La vida que yo había llevado durante ocho años era tan fácil de vencer? ¿El pasado que con tanto ahínco había luchado para enterrar se encontraba realmente tan cerca de la superficie? Y si dejaba salir al lobo de la jaula, ¿podría volver a meterlo en ella alguna vez?



Una parte de mí se sentía presa del pánico y enferma: pero cuando me miré la mano derecha vi que tenía el puño cerrado y me di cuenta de que no era de enfado, sino de resolución. Y luego, mientras miraba un callejón ante el que pasaba, supe qué debía hacer. Me interné en la oscuridad que en otros tiempos conocía bien, golpeé con fuerza la puerta de la taberna de El Caballo Negro y entré.

La decoración no había mejorado. Los bebedores de mediodía eran más escasos y estaban más silenciosos de lo que yo recordaba, y no reconocí al joven con delantal que avanzó hacia mí al traspasar el umbral. Abrió la boca.

—Alto —le dije—. ¿Canoso Bruno está aquí?

Él se mordió el labio inferior, que es lo que uno hace si es nuevo en el trabajo y un sacerdote entra en un agujero como El Caballo Negro y pregunta por un hombre que tiene una reputación como la de Canoso Bruno. Pero sus ojos se desviaron apenas un instante hacia el techo, como yo esperaba que hicieran; había estado alerta para detectar el gesto.

—Está arriba —dije.

—Está durmiendo.

—No, no duermo —contestó una voz potente.

Allí estaba Bruno, tan grandote y con el mismo aspecto de oso de siempre. Nos quedamos ahí de pie, sin saber cómo saludarnos.

—Padre —dijo él, al fin.

—Bruno —lo saludé yo, agradecido por haber escapado a uno de sus abrazos.

—Ha pasado mucho tiempo —comentó él.

—Así es.

—Supongo que esto no es una visita de cortesía.

—No lo es.

—Bueno, padre —e hizo hincapié en esa última palabra—, ¿con qué asunto puedo ayudarte en un día como hoy?

—Bruno, ¿recuerdas a un comerciante de hierbas bretoniano llamado Grubheimer? Hace unos diez años, tuvo que salir corriendo de la ciudad por contrabando de loto negro.

—No puedo decir que lo recuerde, padre. Ha pasado mucho tiempo. —Pero parecía interesado.

—A algunos socios míos —dije con cuidado— no les era desconocida la bolsa de hierba que la guardia le encontró encima. Ahora ha regresado a la ciudad, y por lo que he oído está descontento; muy descontento.

—Pensaba que, desde que desaparecieron tu esposa y tu hijo, habías dejado atrás ese tipo de cosas.

Se produjo una pausa de la que yo fui el responsable.

—Es cierto —repliqué—, pero parece que él no. Y no me gusta que me lo

recuerden.

—Y... ¿qué? ¿Quieres que le hagan una advertencia para que se mantenga a distancia? ¿Que lo saquen de la ciudad? ¿Que lo quiten de la circulación?

—Necesito saber dónde se aloja. De momento, bastará con eso.

—Es una lástima —replicó Bruno—, pero pondré a alguien a trabajar en ello. ¿Puedo ofrecerte una copa de brandy y el calor de mi hogar? Apreciaría tu consejo acerca de un asunto delicado.

—Lo lamento, Bruno —respondí—, pero ya no hago esas cosas.

—Pero aún les pides favores a tus antiguos amigos. Comprendo. —Yo comencé a decir algo, pero él levantó una mano grande como una losa—. No. Hoy te lo perdono. Con una muerte tan importante en la ciudad, la gente de Morr debe tener mucho que hacer.

—Todas las muertes tienen la misma importancia —le aseguré yo—. Sólo los vivos piensan lo contrario.

Él me miró durante un momento, y luego se encogió de hombros.

—Lo que tú digas. Tú eres el sacerdote. Si averiguo algo sobre Grubheimer, te enviaré un mensajero al templo.

—Gracias, Bruno —le dije—. Y siempre que tú o tus muchachos necesitéis asesoramiento sobre la muerte, ya sabes dónde encontrarme.

Bruno rió entre dientes.

—Tal vez te tome la palabra, aunque creo que en lo relativo a la muerte tenemos nosotros más experiencia que tú.

Un recuerdo reciente inundó mi cabeza: un hombre que se precipitaba por el barranco de los Suspiros azotado por una nevisca, cuya sangre aún estaba tibia en mis manos.

—¡Ah! —repliqué—. Quizá te sorprenderías.

No había ninguna necesidad de llevar el cuerpo de Reinhold al templo. El cadáver de un indigente debía ser arrojado desde el barranco de los Suspiros con la más breve de las bendiciones. No obstante, con independencia de cómo hubiese muerto, Reinhold había vivido como algo más que un indigente. Además, como el padre Ralf y los demás estaban ocupados con la muerte de la condesa, nadie repararía en lo que yo hiciera, y la preparación del cadáver me daría tiempo para pensar.

Cuando regresaba al templo, al pasar del alboroto de las calles a la soledad relativa del congelado parque de Morr, oí el sonido de una pala que tintineaba contra el suelo inflexible. El hermano Jacob aún estaba cavando. Se encontraba de pie dentro de la fosa, y verlo allí me provocó un inexplicable escalofrío, que me bajó por la espalda. Me acerqué, y él alzó su semblante pálido de frío.

—Supongo que no has venido a ayudarme —comentó con acritud.

—No, hermano —repliqué—. Tengo que ocuparme de otros asuntos.

Dejó la pala, se frotó las manos para restablecer la circulación y levantó los ojos hacia mí.

—Antes me dijiste que no le gustas a la gente de por aquí, ¿verdad, hermano? —preguntó.

—Muy cierto —repliqué.

—¿Por qué te quedas entonces?

Bajé la mirada hacia él.

—¿Por qué? No supongas que ser odiado es lo mismo que odiar, hermano. He dedicado mi vida a Morr. Trabajo para el templo y tolero la mezquindad de aquellos cuya dedicación es inferior a la mía. —Hice una pausa para patear el suelo, porque los pies se me estaban quedando entumecidos. Lo que acababa de decir parecía vacío, incluso para mí—. Pero no era eso lo que querías preguntarme. Lo que deseabas saber es por qué deberías quedarte tú.

Él me miró como si acabara de expresar en voz alta su secreto más recóndito, y tardó un poco en volver a hablar.

—Odio esto.

—Lo sé.

—Quiero huir.

—¿Qué quieres hacer?

—Quiero ser caballero, luchar por el Imperio, vivir y morir como un héroe. Pero sin la ayuda de mi padre, jamás podré ascender o tener un mando.

¡Ah!, su padre, algún noble menor que tenía tres hijos en el ejército y había enviado al más joven al sacerdocio para que rezara por ellos.

—Huye. Únete a una partida de mercenarios —le sugerí.

Él me miró con desdén.

—En eso no hay honor —dijo—. Además, la mayoría son tileanos —y escupió sobre la fría tierra para dar fuerza al último comentario.

—Pero sería mejor que ser sacerdote, ¿eh? —dije yo—. La vida es lo que tú haces con ella. Si no te abres tu propio camino, serán otros quienes lo hagan por ti. Debes escoger, hermano; debes escoger.

Él no replicó. Al alejarme, oí el tintineo de la pala contra la tierra, que doblaba como una lenta campana.

El templo a medio reconstruir estaba atestado de personas desconsoladas, y en sus espacios normalmente silenciosos reinaban el ruido y los codazos. Los cofres del padre Ralf estarían surtidos, y él estaría solazándose con la atención que le debían prestar. La muchedumbre, que por lo general se mostraba obediente ante alguien que llevaba el hábito de Morr, no pareció fijarse en mí y tuve que abrirme paso a

empujones para llegar a la entrada que conducía a las habitaciones de los sacerdotes, en la pared opuesta, y tener acceso a mi celda.

No llegué a destino. Una mujer que gimoteaba me tironeó del hábito para implorar mi bendición, y luego un hombre ataviado con costosas ropas quiso saber qué auguraba la muerte de la condesa para las lluvias primaverales. Quedé atrapado entre la multitud mientras pronunciaba palabras de consuelo y decía cortas plegarias por alguien que no me importaba y ante personas a las que odiaba. El padre Ralf apareció a mi lado, junto a mi hombro.

—¿El alma de nuestro fallecido hermano vuela ya hacia Morr? —preguntó, usando el código del templo para saber si ya había arrojado el cuerpo desde el barranco de los Suspiros.

Yo negué con un movimiento de cabeza.

—Lamentablemente, su tránsito fue rápido pero indeseado —repliqué yo, dándole a entender que lo habían matado.

El padre Ralf pareció exasperado.

—Lo lamento. Necesito saber más al respecto. Acude al Factorum dentro de cinco minutos.

Se volvió para atender a las necesidades de una señora bien vestida, y yo me marché: de todas formas, me encaminaba hacia el Factorum cuando lo encontré. Dentro de poco, los guardias llevarían allí el cuerpo de Reinhold.

El Factorum estaba fresco y olía a muerte. Me senté sobre una de las losas de mármol fregadas, para pensar, esperar el cadáver e intentar reunir toda la información que tenía. El día anterior, Reinhold no había encontrado trabajo, pero de todas formas había regresado con dinero y con la noticia de que Grubheimer estaba de regreso en la ciudad. Volvió tarde, se emborrachó, tomó una habitación privada, y allí lo mataron. Lo mató un asesino; lo mataron casi como si él lo esperara, casi como si no hubiese ofrecido resistencia, casi como si creyera que debía morir. Era un pensamiento raro para tratarse de alguien de Middenheim, cuyos habitantes se aferran a la vida con la misma tenacidad que su antigua urbe se aferra a la rocosa cima de la montaña.

No obstante, cuanto más pensaba en el aspecto que presentaba Reinhold cuando lo encontré, mayor era mi convicción de que estaba preparado para morir. No había luchado. La gente llega a ese estado por muchas razones, pero la desesperación no es una de ellas: puede ser un motivo para quitarse la vida, pero no para yacer tranquilamente y permitir que se la arrebaten. ¿Drogas? ¿Tal vez el vino estaba drogado? No; si querían matar a Reinhold, podrían haber envenenado el vino. Allí había algo más, algo que ya había visto antes: la sensación de una escena completa, acabada, terminada; un hombre decidido a marcharse de una manera espectacular, de modo que la gente considerara su vida y dijera: «¿Qué consiguió? Consiguió esto».

Pero Reinhold había sido un desgraciado, incapaz de encontrar trabajo por un día para pagarse el alojamiento de una noche. El pensamiento de una muerte inminente puede empujarlo a uno a extremos increíbles, pero sólo para escapar de ella..., no para recibirla de buen grado. ¿Qué le había sucedido?

Yo sabía que aún no había dado con el secreto, pero, considerando los hechos, creí saber dónde tenía que estar oculto. Debía averiguar de dónde había sacado Reinhold el dinero, y debía enterarme de si lo había conseguido antes o después de ver a Grubheimer en Wendenbahn. No se trataba de ningún relato de intriga barato; ya estaba convencido de que a mi amigo lo había matado Grubheimer o alguien contratado por él, y sabía que eso significaba que Grubheimer vendría por mí. Posiblemente, quería matar primero a mis antiguos colaboradores, acabar con lo que quedaba de mi organización, seguro de que yo me enteraría de que se me acercaba. Era buena cosa. Podría darme un poco de tiempo.

Se oyó un golpe seco en la puerta, y el padre Ralf entró sin esperar que lo invitaran. Me echó una mirada feroz y al ponerme de pie, me crujieron las rodillas.

—Te dije que acabaras rápidamente con este asunto —empezó—, y tú comienzas una investigación de asesinato por alguien a quien apuñalaron en una posada de baja estofa.

—Es más que eso —repliqué yo—. Lo presiento. El muerto era amigo mío.

Mi voz sonaba falsa en mis propios oídos. Era mi antiguo yo, Dieter, que representaba el papel de un sacerdote de Morr. Me hacía sentir incómodo.

El padre Ralf me dirigió una furiosa mirada de exasperación.

—La amistad no tiene lugar en la vida de un sacerdote de Morr, hermano. Además, no sabía que cultivaras amistades.

—Era amigo mío en mi vida anterior.

No dijo nada. Incluso el padre Ralf conocía mi pasado y mi antigua reputación, y por tanto sabía qué tipo de hombre tenía que haber sido el difunto. Se produjo un largo silencio mientras nuestras respiraciones formaban una niebla blanca que se arremolinaba en el frío aire iluminado por lámparas.

—Bueno —comenzó, y luego calló por un momento—. Y otra cosa. Me he enterado de que has pasado la tarde caminando por la ciudad en compañía de mendigos, negándote a escuchar a las acongojadas personas que intentaron hablarte. Ese no es un comportamiento adecuado para un sacerdote de nuestra orden, hermano. Nos hace parecer altivos en un momento en que debemos mostrarnos abiertos y accesibles. El propio Ar-Ulric me mencionó el asunto.

Yo no dije nada. No recordaba haber omitido ningún gesto para nadie mientras estaba en la calle; pero eso no significaba que no hubiese sucedido. De todos modos, dudaba que Ar-Ulric, el sumo sacerdote de Ulric en todo el Imperio, hubiese mostrado el más mínimo interés en ese asunto. El padre Ralf estaba intentando

intimidarme y darse aires de importancia, al mismo tiempo. Podría haber resultado si me hubiesen importado él o Ar-Ulric, pero no era el caso.

—Con las seis campanadas celebraremos la misa de duelo y recuerdo por el alma de la condesa —prosiguió—. La oficiaremos Ar-Ulric y yo. Tendrás un papel prominente porque es importante que te vean allí, y te verán llorar por la condesa. ¿Me he expresado con claridad?

—Sí, padre —repliqué, porque manifestar desacuerdo sólo habría servido para iniciar una discusión, y necesitaba librarme de él para tener ocasión de pensar. De todas formas, parecía que él tenía ganas de discutir. Sin embargo, nos interrumpió otro golpe en la puerta. La abrí, y con la corriente de aire frío apareció Schtutt.

—Ayúdame a meter dentro a este mendigo muerto, padre —dijo al mismo tiempo que hacía un gesto hacia el bulto que había sobre un carro que tenía detrás—. Habría traído a uno de los muchachos, pero están todos en Nordgarten, cuidando de los deudos en la casa de la condesa Sofía.

Luego, vio al padre Ralf detrás de mí y guardó un incómodo silencio.

Ralf se encaminó hacia la puerta y, al llegar a ella, se volvió para mirarme.

—A las seis campanadas, hermano. No llegues tarde —dijo, y se marchó.

Entre Schtutt y yo levantamos el cuerpo —el rigor mortis estaba desapareciendo, y Reinhold era como un saco de troncos—, y lo bajamos por los escalones para dejarlo sobre una de las losas de mármol. Schtutt jadeaba.

—No estoy tan en forma como en los viejos tiempos, ¿eh? —Se enjugó la frente—. Pero ninguno de nosotros lo está. Él, desde luego, no, e hizo un gesto hacia el cadáver.

Al parecer, Schtutt estaba de humor para charlar, pero yo no, consciente del paso del tiempo y de la presencia de Grubheimer en alguna parte de la ciudad. Sin embargo, me acosaba un pensamiento.

—Schtutt, ¿recuerdas a un tipo de Marienbeg llamado Grubheimer? Era alto, con pelo grasiento negro y acento bretoniano. Fue expulsado de la ciudad por contrabando de loto negro hace unos diez años.

—No puedo decir que lo recuerde, pero si tiene acento bretoniano será mejor que tenga cuidado. En este momento, la ciudad está demasiado caliente para ellos por los rumores sobre el asesinato de la condesa y todo eso. Ya ha habido dos apuñalados en reyertas, y otro cayó de una ventana alta y se partió el cuello.

—Una desgracia —dije con nerviosismo, preso del pánico y distraído.

Se me ocurrió que si Grubheimer se había enterado de en qué posada se alojaba Reinhold, a esas alturas tenía que saber que yo me había hecho sacerdote, y si me quedaba cerca del templo sería una víctima fácil. Necesitaba marcharme.

—Pero yo debería...

—Sin embargo —prosiguió Schtutt, dejándose llevar por el tema—, los más

autorizados me han dicho que el asesinato no fue el móvil del delito.

—¿No? —pregunté, fingiendo interés.

—No. Creen que el robo es lo más probable. Hay un viejo túnel de enanos que da a la bodega de la condesa. Nadie sabía que estaba allí, pero por él entró el homicida. Y faltan un montón de joyas, incluido el anillo de compromiso del delfín de Bretonia. También el dinero ha desaparecido. Debe haberse tropezado con el ladrón y...

Así pues, probablemente les echarían la culpa de aquella muerte a los enanos. No caían bien en Middenheim.

—Una verdadera tragedia —dije—. Todos somos más pobres a causa de su pérdida. Oye, tengo mucho que hacer.

—Sí, me marcharé.

Pareció incómodo por el hecho de que le cortara la charla, pero se fue de todas formas.

Yo me senté sobre la losa, junto a Reinhold, y posé los ojos sobre el cuerpo de mi amigo. ¿Cómo desentrañar aquella muerte? ¿Y por qué mi instinto me decía que era importante averiguar el motivo por el que Reinhold se había tumbado a morir precisamente en el mismo momento en que había un hombre en la ciudad que intentaba matarme? Cuando me había permitido pensar como mi antiguo yo, había esperado que me acometiera una ola de implacabilidad, de pensamiento repentino y acción decidida, pero no había sucedido nada de eso. Tal vez la parte de mí a la que le había tenido miedo, la que había enterrado ocho años antes cuando ingresé en el templo de Morr, se había embotado con el paso del tiempo como yo había esperado. A lo mejor, había logrado destruir mi mitad oscura. Quizás ese éxito me llevaría a mi propia destrucción.

Aún necesitaba saber de dónde había sacado Reinhold el dinero. Para ser honrado, aparte de huir y esconderme, no se me ocurría nada mejor que hacer. El antiguo Dieter jamás se había escabullido, y yo no iba a empezar a hacerlo entonces. Tenía que hablar otra vez con Louise.

El sol ya se había puesto cuando salí del Factorum, y se había levantado un viento que era tan frío junto a la puerta sur que me helaba hasta el tuétano y avivaba el contenido del brasero de los guardias hasta transformarlo en un rojo candente. Miré al otro lado del largo puente torcido, iluminado por antorchas, que se doblaba hacia abajo desde el borde del barranco hasta el suelo situado a muchas decenas de metros al fondo. Aún había hombres atareados con escalerillas, cuerdas, faroles, piedra y mortero. Se afanaban en reparar la gran brecha que había provocado la magia del mago traidor Karl-Heinz Wasmeier en el viaducto cuando había huido de la ciudad tras el carnaval pasado. Necesitarían varias semanas más para acabar las obras.

Detrás de mí, a la luz del resplandor del brasero, Louise acabó de comerse la

empanada que le había llevado; su apetito era el de una mujer que no había probado bocado en todo el día. Entonces se sentiría más inclinada a hablar. Sabía que yo había sido amigo de Reinhold, pero a pesar de eso iba a formularle preguntas delicadas. Sería mejor comenzar por las más suaves para que pareciese que me importaba su vida.

—¿Cómo llegaste a Middenheim? —inquirí.

Ella me miró como lo hacen los caballos cuando están nerviosos y a punto de respingar. Le sonreí, y sentí la cara extraña a causa de aquel gesto al que no estaba acostumbrado.

—Cuando estaba en mi tierra, Bretonia —comenzó—, trabajaba para una mujer. Ella estaba con un noble, y me trajo aquí cuando eso se..., cuando lo dejó. Era feroz, tremenda, pero tenía mucho dinero. La serví durante seis años. Luego, sin razón alguna, me echó a la calle desprovista de todo.

Yo había esperado indignación o cólera, pero debía haber explicado esa historia tantas veces que entonces carecía de toda emoción. Sin embargo, me di cuenta de que, en el fondo, aún quedaba un profundo y oscuro dolor. Pero ¿había resentimiento? ¿Odio? No lo sabía.

La miré durante un momento mientras buscaba las palabras adecuadas. Y de pronto, como si la mente se me llenara con una súbita inundación de primavera, caí en la cuenta.

—¡Estás hablando de la condesa! —dije—. Esta tarde pronunciaste su nombre. Estás intentando decirme algo.

Louise no respondió, pero sus ojos me dijeron que había acertado.

—Louise, ¿de qué tienes miedo?

No respondió.

—¿Reinhold te dio algo anoche?

Ella asintió, temerosa, con un movimiento de cabeza. Las lágrimas comenzaban a trazar surcos en su rostro. Con una velocidad de vértigo, las madejas de la lógica estaban autotejiéndose dentro de mi cabeza.

—Reinhold sabía lo mucho que tú odiabas a la condesa ¿no es así? Y tú temes que él haya tenido algo que ver con su muerte. Estás asustada porque ahora te das cuenta de que realmente no querías que ella muriera, y porque no quieres creer que Reinhold fuese capaz de hacer algo así..., y porque si él la mató, la gente podría pensar que también tú estás implicada.

Ella sacudió la cabeza y, por un momento, me sentí confundido.

—Louise, ¿quieres decir que no es eso lo que crees, o —y la comprensión me golpeó de repente con toda su fuerza— que sabes que es así?

Esa vez con apenas un gesto leve, asintió con la cabeza, sin que cesara su silencioso llanto.



—¿Te dio alguna joya anoche?

Otro diminuto asentimiento.

—Y tú la reconociste.

Otra vez el mismo gesto.

—Porque era de la condesa.

No era necesario que me lo confirmara, pues yo ya sabía la verdad. Inspiré profundamente. Aquello no iba a ser fácil.

—Louise, tienes que confiar en mí. La joya era de la condesa, pero Reinhold no se la quitó a ella. Se la robó al hombre que la mató... ese bretoniano al que él vio antes.

—El Gusano —dijo la mujer con una vocecilla apenas audible.

—Sí, el Gusano. Y luego el Gusano fue a la posada y mató a Reinhold para recuperarla, pero él ya te la había dado a ti. —Hice una pausa. Ella no dijo nada, así que yo no tenía ni idea de si me creía o no—. Louise, es mi deber, como sacerdote de Morr, entender la muerte. Nosotros nos comunicamos con la muerte, le hablamos. Vivimos nuestra existencia rodeados por ella y comprendemos cosas que la mayoría de la gente jamás podrá entender. Sabemos quién mató a la condesa. Pronto será arrestado. Reinhold no tuvo nada que ver con eso.

Hice una pausa para que asimilara mis palabras. Ella continuaba sin decir absolutamente nada y tenía la cabeza entre las manos. El viento frío pasaba entre nosotros, y las débiles llamas del brasero no calentaban en absoluto.

—Pero debes darme la joya —dije.

Al fin, ella alzó la vista y me miró a los ojos. Pasó un largo momento, y luego se puso a rebuscar entre sus sucios harapos, y yo supe que había ganado. Levantó un puño cerrado, y tendí una mano para recibir su contenido. Entonces, me cogió el brazo con la otra mano y me retuvo con fuerza.

—¿Tengo tu palabra de que es verdad? —siseó.

—Tienes mi solemne palabra de sacerdote de Morr —le mentí.

Un anillo engastado cayó en mi mano; era pesado y tenía la suave tibieza que sólo tiene el oro macizo. Con él en la palma, me puse a pensar. No sabía qué iba a hacer con aquello, pero al menos conocía la verdad sobre la noche anterior.

Porque Reinhold sí que había matado a la condesa. Conocía, mejor que cualquiera que no fuese un enano, todos los túneles que discurrían bajo la ciudad. Podía abrir cerraduras. Había encontrado sangre en su navaja y le había regalado a Louise aquel anillo. Más aún; yo había conocido a Reinhold durante el tiempo suficiente como para saber qué era capaz de hacer. Creía que los fines justificaban los medios, y sus medios eran implacables. Yo nunca le había pedido que matara a nadie, pero mientras trabajaba conmigo había matado más de una vez.

Así pues, que había visto a Grubheimer en la ciudad. Tal vez Grubheimer lo había

espiado y amenazado, o quizá Reinhold simplemente se había enterado de que el hombre estaba de vuelta y hacía preguntas peligrosas. En cualquier caso, se dio cuenta de que tenía los días contados, así que buscó un gesto grandioso, un último intento de fama póstuma sobre la cual yacer. Y dado que su amante tenía motivos para odiarla, ¿qué mejor que asesinar a la amada condesa Sofía?

Se había llevado algunas de las joyas para que pareciese un robo, había vendido la mayoría por muy bajo precio antes de que se descubriera el asesinato, se había bebido o había dado la mayor parte del dinero y había usado el resto para alquilar una sórdida habitación donde pasar la noche. Le había dado a su compañera el famoso anillo de compromiso de su ex patrona. Luego, había muerto. Tal vez murió feliz. Esperaba que hubiese habido una pequeña pizca de contento en su mente cuando el garrote de Grubheimer lo estranguló hasta matarlo.

Pero Reinhold no era estúpido. Sabía —tenía que saberlo— que las joyas que él había robado, las que había vendido y la que le había dado a Louise serían una pista que llevaría hasta él, y su nombre resonaría por toda la ciudad: Reinhold el Cuchillo, el hombre que había matado a la condesa Sofía. Se trataba de una leyenda negra, pero para algunas personas la infamia era mejor que el anonimato. «Sobre todo si estás muerto». Supuse —no, lo sabía— que él quería que ése fuese su epitafio.

Louise tosió. Fue una tos larga y demoledora, y recordé dónde estaba. Aún quedaba pendiente el asunto con Grubheimer. El anillo que tenía en la mano podría resultarme útil, aunque en ese momento no sabía cómo.

—Debo marcharme —dije.

Di media vuelta pero Louise volvió a cogerme por un brazo.

—Una cosa más —pidió—: tú dices que eras amigo de Reinhold, pero él nunca mencionó a un sacerdote. ¿Qué amigo eras para permitir que viviera así?

Giré con lentitud.

—Cuando Reinhold me conocía —respondí en voz baja—, mi nombre era Dieter Brossmann.

Louise me soltó el brazo y me miró con ojos desorbitados. Luego, profirió un extraño sonido, a medias entre un jadeo y un grito.

—¡Tú! —escupió—. ¡Tú lo traicionaste! ¡Lo dejaste hundirse en la vida hasta el fondo! Tú..., ¡tú no eres amigo! ¡Él debería haberte matado! ¡Deberías morir! ¡Eres malvado! ¡Malvado! ¡Dame mi anillo! —Se lanzó a cogerlo—. ¡Dame mi anillo!

Dos de los guardias comenzaron a caminar rápidamente hacia nosotros. Tratándose de una mujer bretoniana que le gritaba a un sacerdote, sabrían a quién detener. Di media vuelta, dejé que ellos solucionaran el asunto y eché a andar a paso rápido por las empinadas calles para regresar al parque de Morr y al templo.

La mitad de la ciudad debía estar apiñada dentro del parque porque estaba lleno:

nobles, caballeros y ricos comerciantes recibían empujones de zapateros, vendedores ambulantes y sirvientes. Estaban todos apretados en la fría, oscura extensión, alumbrados por algunas antorchas colocadas en lo alto de pértigas. Incluso había gente que se había subido a las tumbas para tener una mejor visión de la ceremonia que se celebraba en la escalera del templo. Y sin embargo, nadie hacía ruido. Mientras me abría paso a través de la masa silenciosa, pude oír la potente voz de Ar-Ulric, que resonaba por el parque, intercalada con la más aguda y débil del padre Ralf. No me molesté en escuchar lo que estaban diciendo. Lo único importante era que me había perdido el principio, y eso me causaría problemas después, en el caso de que viviera el tiempo suficiente.

Empujé con el hombro para abrirme paso a través de las apretadas filas en dirección al templo y a la pequeña puerta de la parte trasera. Necesitaba estar solo y esconder el anillo de la condesa, y mi celda sería el mejor lugar para ambas cosas. Dado que el padre Ralf y Ar-Ulric se encontraban en la escalera delantera del templo, la muchedumbre estaba menos apiñada en la parte trasera. Al acercarme a la puerta pude ver que se encontraba entreabierta.

—Dieter —oí que decía una voz detrás de mí cuando posé una mano sobre el ornamentado picaporte.

Giré en redondo. Allí, a pocos pasos de distancia, había alguien a quien yo conocía: mediana estatura, pelo grisiento que encanecía en las sienes y una nariz que hablaba de aristocracia y tendencias pendencieras. Era más corpulento que antes, más gordo o más musculoso, pero no deseaba averiguar cuál de las dos cosas. Atravesé la puerta de un salto y la cerré de golpe tras de mí.

¡Grubheimer! Grubheimer estaba allí. Me había hablado. Quería que lo viera. No había intentado matarme, lo cual significaba..., significaba... que debía haberme preparado una trampa, y que lo más seguro era que yo hubiese entrado ya en ella.

Me había llamado Dieter, y yo había respondido a aquel nombre por primera vez en ocho años. Entonces me sentía más como mi antiguo yo: más calmo, más seguro de mí mismo, más implacable. Y una parte de mí, el sacerdote, estaba asustado por eso. Pero no le hice caso porque ahora yo tenía que ser Dieter o morir.

Corrí hacia mi celda. Me resultó lastimosamente obvio que alguien había movido el fino colchón desde que estuve allí por última vez. Lo levanté y debajo encontré una pequeña bolsa de cuero. Al abrirla vi que dentro había un fino polvo gris. No me hizo falta olerlo para saber qué era: polvo de loto negro. Era una sustancia inmundicia; en más de un sentido, fatal para quienes la poseyeran. Grubheimer había colocado eso allí. Intentaba incriminarme como yo lo había hecho con él diez años antes.

Entonces, oí pasos en el corredor, rápidos y ligeros. Se detuvieron en el exterior. Me metí la bolsita dentro del hábito, cogí una silla a modo de arma y abrí la puerta de golpe. En el corredor se encontraba de pie el hermano Jacob.

—Te vi entrar —me dijo—. El padre Ralf está furioso. Pensé que sería mejor que lo supieras.

Si había pensado que eso podría preocuparme, se equivocaba. Avancé para salir al corredor y lo cogí por un brazo.

—Esta noche hay cosas más importantes en el aire. Ven conmigo.

Las implicaciones del loto negro aún inundaban mis pensamientos. Grubheimer debía saber que yo encontraría la droga. Debía querer que me cogieran con ella encima, y eso significaba que actuaría tan pronto como pudiese. Tenía que deshacerme inmediatamente del polvo. Se me ocurrió un escondrijo y actué sin pensar en las consecuencias, como Dieter.

—Coge esto y guárdalo bien —dije al mismo tiempo que ponía la bolsa en las manos de Jacob antes de que pudiese protestar.

—¿Qué es?

—Algo por lo que muchos hombres matarían. Si surgen problemas, quédate cerca de mí.

Quitó el cerrojo de la puerta y salimos al exterior. La masa de asistentes estaba cantando el último verso de un himno fúnebre, llenando el mundo con música triste y congoja. En cualquier otro momento me habría sentido profundamente conmovido, pero entonces constituía una distracción. Casi arrastrando a Jacob por un brazo, eché a andar alrededor del templo hacia la parte delantera.

No llegamos muy lejos. Un grupo de guardias uniformados avanzaba hacia nosotros con rudeza a través de la muchedumbre. Llevaban antorchas encendidas para alumbrar el camino. En medio de ellos, estaba Grubheimer, que me señaló.

—Es ese hombre —dijo—. Es él quien esta tarde se ofreció a venderme loto negro.

—Oficial, este hombre miente —respondí yo al capitán de la guardia que iba con Grubheimer, un hombre al que no conocía—. No soy más que un sacerdote de Morr.

Mi voz resonó con gran potencia. El himno había concluido y, desde el frente del templo, el padre Ralf estaba declamando una plegaria. Conocía bien aquellas palabras. La multitud que nos rodeaba estaba en silencio, con la atención fija en nosotros.

—Regístradlo —dijo Grubheimer con tono malhumorado y marcado acento—. Tiene una bolsa de cuero marrón.

Jacob clavó los ojos en mí y, de pronto, intentó liberarse de mi presa, pero no lo solté. Con sobresalto recordé que aún tenía el anillo de la condesa en la mano cerrada. Si me registraban, Grubheimer se alzaría con un triunfo mucho más grande del que podría haber soñado.

—Yo no tengo ninguna bolsa semejante —dije.

Jacob tironeó con más fuerza, y pude oír que el padre Ralf estaba casi acabando la

plegaria a Morr sobre los escalones del templo.

—Tal vez lo tiene su querido —dijo Grubheimer.

Yo me erguí, consciente del aura que me conferiría mi hábito sacerdotal, y sabiendo lo poco que eso concordaría con mis aterrorizados pensamientos. Y de repente, recordé una voz fría, serena, que no era la mía ni la de Dieter, sino la de Reinhold, y supe qué hacer.

—Tú me acusas de ese crimen —dije con lentitud y haciendo hincapié en cada palabra— porque yo sé a quién mataste la pasada noche.

El rostro de Grubheimer mostró sorpresa, pero no preocupación. Yo di un rápido paso al frente, y antes de que Grubheimer pudiera reaccionar ya le había metido la mano en el bolsillo del chaleco para sostener ante los ojos de los guardias, un momento después, un pesado anillo de oro. Era un sencillo juego de manos. Reinhold, hacía muchos años, le había enseñado cómo hacerlo a su amigo Dieter.

—El anillo de compromiso de la condesa —dije, midiendo mi voz con cuidado para que destacara de las últimas palabras de la plegaria del padre Ralf—. Este es el asesino que la mató.

Acabó la plegaria y un gran silencio se apoderó de la totalidad del parque.

—¡Este bretoniano —proclamé con una voz como la cólera de los dioses— es el hombre que mató a la condesa!

La espantada comprensión asomó al rostro de Grubheimer como el restallar de un trueno. Se oyó un murmullo de voces. Centenares de personas se habían vuelto a mirarnos. ¿Qué impresión iban a llevarse? Dos sacerdotes, los miembros de la guardia y un hombre acusado. Grubheimer supo que estaba atrapado: lo vi en su cara. Yo aferré con más fuerza el brazo del hermano Jacob y observé mientras Grubheimer hacía lo que yo había esperado: se dejó ganar por el pánico, aunque no de la forma que habría deseado. No echó a correr, sino que sacó un cuchillo y me atacó.

Sin pensarlo, giré para alejarme y arrastré al hermano Jacob ante mí. Sus pies resbalaron sobre el frío y duro suelo, y profirió un grito al comenzar a caer. El cuchillo de Grubheimer impactó contra su pecho y rasgó el fino hábito negro. La sangre salpicó a la multitud; yo perdí el equilibrio y caí también.

—¡Asesino! —gritó alguien, y la gente comenzó a correr.

Me di un buen golpe al caer; me aplasté la nariz contra el suelo congelado y me quedé sin aliento. Grubheimer se erguía petrificado sobre mí, con el cuchillo en la mano, y miraba hacia abajo. Parecía muy sorprendido. De su pecho había emergido algo. Eran quince centímetros de la hoja de una espada. Por encima del hombro del bretoniano podía ver al hombre que lo había ensartado: alto, con barba y una cicatriz. Me resultó familiar. Al cabo de un instante, había retirado la espada y había desaparecido entre la alborotada multitud. Grubheimer como una marioneta, se desplomó con lentitud al suelo y murió. No apartó los ojos de mí ni por un momento.

Había movimiento: la gente daba vueltas de un lado a otro y se oían gritos de terror y tristeza. Una ola de sonidos, de palabras susurradas, atravesó el parque. La solemnidad de la ceremonia había quedado desbaratada y perdida.

A mi lado, en el suelo, yacía Jacob. Con una mano intentaba contener la hemorragia de su estómago, pero no lo lograba. La luz desaparecía de sus ojos, que se clavaban en mí como si dijeran: «Tú has hecho esto».

Tendí una mano hacia él, la posé sobre su pecho, encima del corazón, e intenté pensar en alguna despedida que tuviera sentido para alguno de nosotros. Sentí que el latido de su corazón se debilitaba y cesaba, y me di cuenta de que había una sola cosa que yo podía decir. Me arrodillé a su lado, posé la otra mano sobre su frente y comencé el Ritual del Ultimo Adiós para dirigir su alma hacia los brazos de Morr.

Ése era el último toque, y estaba hecho. Me encontraba a salvo. Me invadieron un alivio y un cansancio abrumadores, y me dejé caer junto a Jacob, con el rostro a la altura de sus ojos muertos. «Tú —pensé—. Una vida entre muertos no era lugar para un hombre como tú. Decías que querías morir como un héroe. Bueno, pues lo has hecho. Eres el hombre que dio su vida para impedir que escapara el asesino de la condesa. Y tal vez, hayas muerto feliz».

Lo dudaba, pero carecía de importancia. Lo que importaba era que sería yo la persona que se ocuparía de su cuerpo, y que eso me permitiría deshacerme del loto negro.

Necesitaba una historia para explicar cómo había descubierto la culpabilidad de Grubheimer y cómo había encontrado el anillo, pero eso podía esperar. La gente de Middenheim tenía al asesino. Cuando se supiera que el asesino era bretoniano, la crisis diplomática empeoraría y tal vez habría guerra, pero, de ser así, se libraría muy lejos de la ciudad. El padre Ralf se pondría furioso porque le había estropeado el servicio en memoria de la condesa, pero al día siguiente ya me enfrentaría a las consecuencias de eso.

¿Y Louise? Había perdido al hombre que hacía que mereciese la pena vivir su mugrienta existencia. ¿Y Reinhold? Yo le había robado su triunfo, su gloria póstuma, la infamia que habría mantenido vivo su nombre después de que su cuerpo hubiese sido devorado por los gusanos, y acababa de entregárselo al hombre que lo había matado. Pero había salvado a Louise del conocimiento de que su amante había matado a su señora. Tal vez, eso era bueno. No lo sabía, y no estaba seguro de si me importaba.

No obstante, había funcionado. Todas las piezas habían encajado. Yo había sobrevivido, y había muerto un solo inocente. Reinhold había sido vengado. Eso me hacía sentir bien, y estuve a punto de sonreír.

—Padre —dijo una voz que reconocí.

En lo alto, Canoso Bruno me tendió una mano, que acepté para levantarme. De

algún modo, sabía que su presencia allí no era un accidente. La gente se había reunido en torno a nosotros, se empujaba y daba codazos para captar un atisbo de los dos cadáveres, y los guardias intentaban mantener el orden. El ambiente de duelo se había esfumado; todos hablaban emocionadamente acerca del asesino. Apenas podía oír la estridente voz de Ar-Ulric, que batallaba contra el ruido reinante; pero nadie lo escuchaba ya. Me volví hacia el hombre que acababa de ayudarme.

—Gracias, Bruno.

—Más gracias de las que supones, padre —replicó en voz baja—. ¿Sabes quién es el hombre que ha matado al bretoniano? Es uno de los míos.

—¿Hiciste que me siguieran?

—Y con mucha razón. —Me sonrió—. ¿No te diste cuenta?

—No —repliqué yo con una sonrisa forzada—. La vida sacerdotal embota el instinto.

—No demasiado, espero. Padre, me debes un favor, y aún agradecería tu consejo con respecto al asunto del que te hablé. Cae justo dentro de tu antiguo oficio.

—Mi antiguo oficio —repetí yo con un extraño tono pensativo en la voz.

Aquella tarde me había preguntado si sería capaz de enjaular al lobo de mis antiguos recuerdos e instinto cuando hubiese acabado con Grubheimer. Había olvidado preguntarme si querría hacerlo. Había olvidado el sabor que tiene la victoria. Había olvidado tantas cosas...

—¿Qué me dices, padre? —inquirió Bruno, que no había dejado de mirarme.

Yo sonreí y tendí una mano para estrechar la suya.

—Llámame Dieter —le dije.

## El guardián de mi hermano

Pudieron oler la ciudad mucho antes de verla.

Cuando aquel último día de viaje se acercaba a su fin, un olor penetrante comenzó a llegar hasta la caravana; flotaba en el frío y húmedo aire primaveral. Era olor a industria: curtidurías, herrerías, fábricas de cerveza, hornos donde hacían carbón. Se trataba de una empalagosa combinación de metal, ceniza, hollín de chimenea y el aroma dulce de la cebada en fermentación.

En los traqueteantes confines del carruaje, Franckl blasfemó para manifestar su desagrado y vació sus fosas nasales en un pañuelo con puntillas. Enroscada en el asiento de un rincón, rodeada por cajones y arcones que amenazaban con derrumbarse sobre ella, Lenya Dunst apartó la mirada con ligera revulsión. Franckl era el mayordomo del Margrave. Un desgraciado melindroso, remilgado y pustuloso, de cerca de cincuenta años, demasiado enamorado de los calzones de ligas cruzadas y los jubones con puntillas almidonadas para darse cuenta de que le conferían el aspecto de un hinchado pavo acabado de matar y preparado para el asador.

—Ese espantoso hedor... —gimió, y se secó la nariz pendular con una esquina de puntilla—. ¿Qué clase de lugar es ése al que nos llevan los Lobos? ¿Esto es la salvación? ¡No lo creo!

Los otros miembros de la servidumbre de Ganmark que se apiñaban dentro del carruaje no tenían respuesta. El ayudante de cocina dormía y roncaba; las dos camareras estaban pálidas y pasmadas de miedo y fatiga, y el lavaplatos había recibido demasiados pescozones en la nuca por parte de Franckl a lo largo de su vida como para empezar a conversar con él entonces. Maris, la anciana nodriza, se encontraba perdida en sus propios sueños, o tal vez pesadillas. Desde que el comandante Ganz había destruido su amuleto y los había salvado a todos, se había mostrado distante y apática. Los ojos de Lenya se encontraron con los de Franckl.

—Pensaba que un hombre tan... mundano como tú, ya habría visitado antes Middenheim, maese Franckl —dijo con dulzura.

Franckl se aclaró la garganta con pomposidad, y luego se dio cuenta de que la humilde ordeñadora era la única que lo escuchaba. Se enjugó la nariz con delicadeza.



A fin de cuentas, era una mocita guapa, casi graciosa, al estilo de un gato salvaje.

—¡Ah!, hace mucho tiempo, pequeña mía, mucho tiempo..., cuando era joven, viajé mucho por muchos sitios, y visité muchas grandes ciudades del Imperio. ¡Ah, sí!, las aventuras que he tenido... ¡Hmmm! Es sólo que los dulces aires forestales de Linz han casi borrado el hedor de Middenheim de mis recuerdos.

—Vaya.

Lenya sonrió.

Franckl se inclinó hacia adelante con aire conspiratorio y sonrió repugnantemente ante el rostro de la muchacha. Luego, posó la mano que aún tenía cogido el pañuelo moqueado sobre una de las rodillas de ella.

—Mi querida pequeña, olvidaba que un lugar como éste será completamente nuevo para alguien como tú, una esbelta y sana damisela, criada en las libres pasturas del campo. ¡Hmmm! Debe ser una perspectiva abrumadora.

—Estoy deseando llegar —respondió ella con una sonrisa de dientes apretados.

—¡Tan joven, tan valiente!

«¡Tan ansiosa por llegar!», pensó Lenya. A pesar de todas las cosas por las que había pasado, aquélla era una oportunidad que le apetecía. ¡Ir a la ciudad! ¡A Middenheim! ¡Moverse en los círculos de la alta sociedad, prosperar! Así las cosas, le gustaba el hedor ante el que Franckl hacía tantos aspavientos para dejar claro su disgusto. Para Lenya, olía a algo tan maravilloso como el futuro. Franckl le apretó la rodilla.

—Mira, no has de tener miedo, pequeña mía. Middenheim te resultará atemorizadora, tanta gente, una variedad tan enorme de experiencias y... olores. Siempre debes recordar que, cuando sea demasiado para ti, tienes un robusto y verdadero amigo al que recurrir. ¿Tienes miedo, Leanna?

—En realidad, me llamo Lenya. No, no tengo miedo. —Tensó la pierna bajo la mano de él, de modo que el hombre pudo sentir los firmes y magros músculos del muslo hincharse y retorcerse—. ¿Y tú?

Él apartó la mano con brusquedad y buscó alguna otra cosa que hacer. Para empezar, le dio un pescozón al lavaplatos.

Lenya se inclinó hacia adelante y retiró las cortinillas de la ventana del carruaje para mirar hacia el exterior. Llovía. El lejano perfume de Middenheim era más fuerte. Justo en ese momento, la caravana y su escolta pasaban de la tierra del camino a una pista de grava. Lenya se echó atrás con sorpresa cuando un Lobo Blanco llegó a medio galope hasta el lado del carruaje y la miró. Los sonrientes ojos de él se encontraron con los de ella.

—¿Va todo bien, mi señora? —preguntó el apuesto y moreno templario, mayestático con su armadura de bordes dorados y los hombros cubiertos por la piel blanca.

Lenya asintió con un movimiento de cabeza. ¿Cómo se llamaba ese templario del Lobo? Buscó en su memoria. Anspach; se llamaba Anspach.

—Todo bien. ¿Dónde estamos?

El jinete hizo un gesto hacia adelante con la cabeza.

—Estamos llegando al viaducto oeste de la ciudad. Media hora más, y estaremos en casa.

Lenya se asomó al exterior y miró hacia el fondo del pavimento empedrado. El largo y suave declive del viaducto que conducía a Middenheim parecía interminable. La ciudad resultaba invisible a causa de la llovizna.

El carruaje de la servidumbre era uno de los últimos de la entonces sucia caravana. Los dos carruajes más elegantes de vanguardia llevaban al Margrave y su familia, seguidos por una serie de cuatro o cinco carros de granja. Un carro de plataforma que llevaba los objetos domésticos esenciales cerraba la marcha.

De repente, Franckl empujó a Lenya para sacar la cabeza y hablarle al templario del Lobo. A través de la llovizna, tuvo el primer atisbo de Middenheim.

—¡Por Sigmar! —exclamó al ver por primera vez la gigantesca roca—. ¡Mirad eso! —gritó—. ¡Es como un monstruo que se alza del suelo!

Lenya y una de las camareras también intentaron verla.

Lenya profirió una exclamación ahogada. Middenheim era un enorme monstruo negro, uno al que se moría por conocer.

En un día despejado, podía verse Middenheim desde varios kilómetros de distancia. Su enorme monolito negro penetraba en los cielos. Pero bajo la densa llovizna de primavera, se la encontraron casi por sorpresa. El olor de la ciudad se hizo más fuerte: olores industriales mezclados con los de la gente que se movía por la urbe, miles de personas; olores de comida, telas, polvo casero y cuerpos se mezclaban en el aire y penetraban por todas las rendijas del carruaje en que Lenya viajaba con el mayordomo, la niñera y el resto de la servidumbre.

Cuando avanzaban por el titánico viaducto oeste, la oscuridad se desvaneció. La Fauschlag, al separarse las nubes y ponerse tras ella un sol anaranjado, destacó contra el cielo gris, nítida y escabrosa. La roca vertical era invisible desde la ciudad que crecía en sus laderas y se encumbraba sobre ella en una serie de duras agujas y campanarios.

A medida que la caravana se aproximaba a la ciudad, el tráfico se hacía más denso, y el grave retumbar de la ruidosa ciudad comenzó a descomponerse en un variado conjunto de voces individuales. El avance de la caravana se veía estorbado por el variado tráfico compuesto de carros de heno, carruajes, tiros de bueyes, carrozas de nobles, peregrinos rezagados, vendedores ambulantes con carretillas, mensajeros a caballo que tenían muchos kilómetros por delante, hoscas

destacamentos de la milicia de la ciudad. Personas ataviadas con abrigadas prendas salían de la ciudad para ir a sus casas situadas en la periferia, o entraban para ofrecer sus mercancías.

—Mantened la caravana unida —les gritó Ganz a sus hombres, y todos hicieron que la formación se compactara un poco más.

El comandante podía ver la masa de gente que aumentaba ante ellos. Sin duda, por razones personales, algunos intentaban escabullirse dentro o fuera de la ciudad sin que los vieran los guardias, y Ganz no quería tener problemas en ese momento. Rodearon el carro de un sombrerero, muy cargado, al que se le había roto un eje y estorbaba la circulación. Morgenstern y Aric se adelantaron elegantemente con sus corceles para detener el tráfico que avanzaba por el otro lado, con el fin de que la caravana del noble pudiese pasar. Morgenstern imprecó a un devoto sigmarita que intentó interesarlo en un recuerdo de plomo para peregrinos, de su dios. Continuaron avanzando por la suave curva del viaducto hacia la ciudad de lo alto.

Lenya, sentada junto a la ventana de su carruaje, miraba al exterior con pasmo, intentando fijarse en todo. Y cuando se vieron forzados a circular pegados al bajo muro del viaducto para rodear al carro averiado, no se asustó de la enorme caída que vio allá abajo; los soportes de piedra travertina del antiguo viaducto se internaban hacia las profundidades del brumoso precipicio. Franckl le echó una mirada al abismo y se recostó en su asiento con el semblante verdoso.

Lenya se inclinó más al exterior para mirar hacia adelante. Los carros muy cargados y las yuntas de bueyes avanzaban con lentitud, pegados a lujosos vehículos y landós dorados, cuyas ruedas golpeaban con palos los golfillos de la calle, para luego salir corriendo y riendo de su propia audacia.

La caravana consiguió permanecer unida mientras caía la noche y el pesado cielo purpúreo cubría Middenheim. No había nubes, y las estrellas, junto con las dos lunas nacientes, hacían que los torreones de doce metros de madera y piedra situados a ambos lados de la puerta sur pareciesen más grandiosos que a la luz del día.

—Bueno, al fin hemos llegado —dijo Franckl.

Mientras cerraba las cortinillas de la ventana por última vez con gesto terminante, Lenya alcanzó a ver, antes de entrar en la ciudad, murallas que se elevaban tanto como cuatro hombres altos, eran tres veces más anchas que el torso de un guardia y ascendían orgullosamente desde la pared de piedra uniforme que tenían debajo. La roca había sido tallada en forma de muralla por centenares de canteros enanos, los cuales habían hecho algo más que dominar la roca: le habían conferido líneas duras y una forma que sólo parecía realzar la fortaleza y longevidad de las piedras.

Al otro lado de la puerta sur, volvía a haber luz, la luz de millares de braseros y farolas que ardían para los habitantes de Middenheim. Era un suave resplandor amarillo, destinado a alumbrarles el camino y mantenerlos a salvo de los parásitos

humanos de la ciudad, que acechaban a los incautos para robarles sus pertenencias y su vida.

Lenya volvió a abrir las cortinillas y las sujetó con una pinza para que entrara la luz. También dejaron entrar ruido: el ruido de miles de personas que voceaban sus mercancías, se gritaban y se llamaban las unas a las otras desde las esquinas de la calle. Y todos los olores que se habían acumulado, y habían aumentado durante la última etapa del viaje, entraron entonces en una ola que dejó a Lenya sin aliento y, al parecer, chamuscaron los pelos de la nariz del mayordomo.

—¡Que Sigmar me guarde! —jadeó Franckl—. ¡Esto es demasiado, demasiado, demasiado!

«No es ni suficiente», pensó Lenya.

Desvió los ojos hacia Maris. La nodriza casi había dejado de respirar del todo, sentada y acurrucada en un rincón del carruaje.

—No creo que pueda soportar el ruido ni un minuto más —gimió la anciana.

—Ni el hedor —añadió Franckl—. ¿Es que estos bárbaros no han oído hablar de las letrinas?

—No puedes cagar en un campo cuando vives sobre una roca, así que será mejor que te habitúes al olor —respondió Lenya, con rudeza y sin compasión, mientras se concentraba en las vistas del interior de la muralla.

La caravana avanzaba con gran lentitud debido al gentío que los rodeaba. Lenya estaba pasmada ante la implacable piedra gris de una miríada de edificios diferentes.

—Aquí nos han traído y ahora no hay manera de salir, aunque no debería ser nada nuevo para un hombre tan viajero como tú, maese Franckl.

Franckl guardó un tenebroso silencio, mientras otros integrantes de la caravana de Ganmark miraban al exterior, maravillados. La mayoría de los protegidos de la Compañía Blanca eran nuevos en Middenheim. Algunos no habían visto nunca ninguna ciudad, y mucho menos una tan enorme y grandiosa. Mientras los Lobos Blancos los conducían sin tropiezos y ascendían la pendiente que pasaba por la plaza Castrense y el Konigsgarten camino de la plaza Central, los ojos de los asombrados pasajeros contemplaban la pasmosa uniformidad de las barracas y la plaza de Desfiles. Aquél era el único terreno realmente plano que había sobre la roca, y lo usaba la milicia para la instrucción y los desfiles militares, aunque entonces estaba vacío; de la fuente central salía agua plateada que ascendía en el aire.

Franckl fue el primero en divisar el palacio del Graf, su punto de destino.

—¡Por todo lo sagrado! —exclamó—. ¿Habéis visto alguna vez un palacio como éste?

—Creí oírte decir que ya lo habías visto —le espetó Lenya al mismo tiempo que lo apartaba a un lado para ver mejor.

Maris, la nodriza, se acurrucó aún más en el rincón. Con las manos sobre sus

asaltados oídos y un pañuelo de cuello envuelto en la mitad inferior del rostro, parecía un bandido atemorizado.

Al inclinarse hacia afuera, Lenya vio una serie de grandes edificios de piedra, rodeados por una alta verja de hierro, que había sido rematada en puntas de lanza, tanto por seguridad como por estética. Al otro lado de la verja, las fachadas de las viviendas privadas tenían hermosas tallas que suavizaban las líneas y el enorme volumen, a la vez que constituían una ornamentación exquisita. Las altas columnas de mármol con volutas convertían el hogar del Graf en algo único entre los edificios de Middenheim. Ninguna mano de enano había tallado algo semejante. Las columnas y la fachada del palacio interior eran obra de artistas legendarios traídos desde Tilea y Bretonia, que habían sido enviados de vuelta con ricas recompensas a cambio de su trabajo.

Pasaron a través de la Gran Puerta y avanzaron sobre las losas de piedra del camino de entrada hasta el patio del palacio interior, donde la caravana se detuvo. Lenya oyó que Ganz gritaba órdenes para que sus hombres desmontaran y formaran. Abrió la puerta y bajó del carruaje antes de que el mayordomo pudiese moverse. El patio del palacio era amplio y frío. Alzó los ojos hacia los edificios, las estructuras más hermosas que había visto en toda su vida, incluso en sueños. Franckl casi cayó del carruaje tras ella, y le dio un pescozón al lavaplatos para que fuese a buscar el equipaje.

El ayudante de cocina despertó, al fin, y descendió. Las camareras se apiñaron con temor junto a los caballos. Maris tardó mucho rato en salir.

Lenya vio que el comandante de los Lobos Blancos estaba con el Margrave, cuya mano estrechaba, y que el señor se mostraba efusivo y emocionado. Cerca de ellos se encontraban el apuesto Anspach y el enorme Morgenstern, que perseguían juguetonamente a los niños reales por el patio, gritando y riendo. Vio al anciano guerrero Gruber que mantenía una conversación en voz baja con la señora. El alto y joven caballero llamado Aric apareció detrás de ella y tomó a Maris por un brazo para ayudarla. Lenya se volvió otra vez en medio de la actividad y se encontró con Drakken, que le dedicaba una sonrisa soñolienta y encantadora.

—Te... —comenzó ella.

Él la besó.

—... buscaré más tarde, Krieg —acabó la muchacha.

Él volvió a sonreír y desapareció, y luego los templarios del Lobo comenzaron a marcharse bajo las breves órdenes de su comandante.

Del palacio estaban saliendo pajes y servidores ataviados con libreas de seda rosada para hacerse cargo del equipaje del Margrave, y los flanqueaban otros que llevaban antorchas y lámparas. Un hombre alto y demacrado que vestía un regio jubón negro con cuello alto de puntilla salió a grandes zancadas para recibirlos;

golpeaba el suelo con un bastón con puño de plata. Llevaba una peluca blanca con rizos y cintas a la última moda, y su piel estaba aristocráticamente cubierta de polvos blancos.

—Soy Breugal, el chambelán del Graf —declaró con voz extraña y altiva—. Seguidme y os acompañaré a vuestras habitaciones.

—¡Te saludo, señor! —dijo Franckl al mismo tiempo que avanzaba y tendía una mano para estrechar la del chambelán—. De mayordomo a mayordomo, me complace la bienvenida que...

Breugal hizo caso omiso de la mano y giró a un lado para hacerles una señal con el bastón de puño de plata a los pajes que aguardaban.

—¡Llevadlos dentro! La noche es fría, y yo tengo mejores cosas que hacer.

Los pajes se precipitaron a coger el equipaje, y Franckl se quedó con la mano tendida en el aire, asombrado.

En ese momento, Lenya sintió verdadera pena por él; pena y vergüenza. Breugal se alejó golpeteando el suelo con sus altos tacones mientras el extremo de su bastón repicaba rítmicamente sobre las losas de piedra. Franckl y su ayudante de cocina recogieron sus pocas pertenencias y siguieron a un desdeñoso paje al interior del palacio.

—Yo no me quedaré —oyó Lenya que le murmuraba la nodriza al templario Aric, cuando la acompañaba hacia el palacio.

Lenya los siguió hasta un patio interior y alzó los ojos para mirar los edificios que rodeaban el pequeño espacio empedrado. Eran sorprendentemente sobrios, húmedos y lisos en comparación con los del patio grande; pero algunas ventanas estaban iluminadas, y Lenya pudo oír que en el interior se movían personas, para ella invisibles, que miraban hacia afuera. Cuando se habituó al sonido, comenzó a identificar voces.

—¡Por Ulric!, esa vieja niñera no durará ni cinco minutos —oyó que decía una voz medio quebrada por la risa—. Y el viejo mayordomo tampoco está para demasiados trotes —continuó.

Lenya se dio cuenta de que se había quedado sola, y comenzó a atravesar el patio hacia la puerta abierta.

—Mirad a la pobre ordeñadora perdida —comentó la misma voz, a cuya risa se unieron otras de personas jóvenes—. Podemos compartirla, si queréis... pero ¡yo seré el primero!

Lenya se recogió las harapientas faldas y, entonces asustada, corrió hacia la seguridad de la arcada para reunirse con sus compañeros de viaje.

Aquello era Middenheim. La vida palaciega no se parecía a lo que había soñado; en absoluto.

La primera semana en el palacio fue bastante dura, pero Lenya sabía que las cosas se pondrían peor. Se trataba de un lugar hostil. Apenas veía a los demás sirvientes con los que había llegado, y los sirvientes del palacio la trataban como a una desgraciada. Se encontró anhelando la compañía de Franckl o del lavaplatos, ya que éstos, al menos, sabían quién era ella. La servidumbre de la casa, las altivas damas, el chambelán Breugal, incluso el más humilde de los humildes, como las criadas encargadas de limpiar los hogares y el mozo de escupideras, la trataban con el más absoluto desprecio. Y luego, había un paje en particular, una rata llamada Spitz. Spitz era el paje al que había oído hablar de ella cuando llegaron. Lo despreciaba, pero no era su único problema. Continuamente se encontraba perdida en las entrañas del palacio; hiciera lo que hiciese, no lograba orientarse. A despecho de todas sus elegantes tallas de piedra, era un laberinto húmedo.

La noche en que llegaron, el Margrave y su séquito habían sido invitados a entrar, aunque por breve rato, en las habitaciones del Graf. Lenya se había sentido impresionada por aquella grandiosidad, pero pronto se dio cuenta de que era improbable que volviera a verlas. El Margrave recibía poco más que caridad política del Graf, y todos sus sirvientes eran ciudadanos de segunda clase, que ocupaban espacio. Las habitaciones que les habían dado eran húmedas, y muchas, además de oscuras, carecían de ventanas. Tenían forma extraña y poco cómoda, y Lenya, que era capaz de encontrar el camino sin problemas en cualquier bosque espeso, continuaba sin ser capaz de ir de una sórdida habitación a otra sin perderse de modo inevitable.

Al final de la primera desdichada semana, Maris se marchó. La nodriza, que había pasado todo ese tiempo encerrada y negándose a comer y beber, e incapacitada para desempeñar sus funciones normales, sencillamente se levantó y partió. Aunque la casa de Linz había desaparecido por completo, ella prefería vivir en un granero antes que soportar un día más los horrores de la vida de ciudad. Salió por la puerta norte a la caída de la noche, con la bolsa en la mano.

Al marcharse la niñera, Lenya se convirtió en compañera constante de Gurdrun, la hermosa esposa del Margrave, que se sumió en un aislamiento autoimpuesto dentro del palacio y arrastró a Lenya consigo. Los más insignificantes sirvientes palaciegos creyeron correcto regañar, insultar o pegarle a Lenya durante una o dos semanas, pero no pasó mucho tiempo antes de que ella comenzara a defenderse.

Era media tarde, aunque Lenya apenas podía saber qué hora era desde las entrañas sin ventanas del palacio. La habían enviado a la cocina principal a hacer un recado; cuando regresaba, enfadada y resentida a causa de una invectiva particularmente prolongada del dispensero, sintió que una mano le golpeaba de lleno el trasero, lo que provocó que dejara caer la jarra de agua tibia que había ido a mendigar. Una sonora carcajada a sus espaldas, hizo que girara la cabeza.

—¡Ahora tendrás que mendigar otra! —chilló la voz apenas adulta del paje

adolescente que se encontraba de pie detrás de ella.

Spitz era bajo y flaco, con pelo fino, semblante pálido y dientes grandes, y había estado siguiendo a Lenya por todas partes desde que la había visto de pie en el patio, a solas, la noche de su llegada. Lo único que ansiaba en su pequeña vida insignificante era convertirse en el siguiente Breugal. Era una criatura repugnante, muy pagado de sí mismo, y pensaba que Lenya era un objetivo fácil y atractivo. La mayoría de las damas de la casa, incluidas las mujeres de servicio, le resultaban completamente inaccesibles; pero aquélla era una muchacha bonita, que no tenía posición alguna y, mejor aún, carecía de defensa.

Sonriéndole impudicamente, con la saliva cayéndole por las comisuras de los labios, Spitz apretó una mano contra un muslo de Lenya y se lo estrujó.

—Quítame de encima tus asquerosas manos —gruñó Lenya—. ¡O recibirás la paliza más grande de tu vida!

Spitz volvió a reír.

—Y dime, ¿quién va a defender tu honor, mi pequeña vaca lechera?

La otra mano fue a posarse sobre la parte delantera del vestido, por debajo del vientre.

Los brazos de Lenya se deshicieron de las manos del paje con brusquedad. Luego, cogió la grasienta cabeza del muchacho entre las manos y lo retuvo con firmeza, mientras él la contemplaba con conmovido asombro.

—¿Me deseas? —preguntó Lenya con dulzura.

Después, le empujó la cabeza hacia abajo con todas sus fuerzas. Dobló al paje por la mitad, le pasó un antebrazo por el cuello y lo levantó en una apretada llave de estrangulamiento. Luego, le metió la cabeza entre sus rodillas, cubiertas por la falda, y apretó hasta que la cara se le puso de color púrpura grisáceo y el muchacho se desmayó. Lo dejó caer al suelo, se frotó las manos como si se las sacudiera y empezó a marcharse.

Se volvió hacia el cuerpo tendido en el momento en que el paje comenzaba a recobrar el sentido y se aferraba la cabeza.

—Es la última vez que cualquiera de vosotros me pone la mano encima —dijo.

Las primeras semanas que Lenya pasó en el palacio parecieron meses; no, parecieron una eternidad. Lenya no era dada a la nostalgia; sólo sabía que la vida en el campo había sido mejor que ésa, pero sospechaba que la ciudad podía ser mejor que nada. Por desgracia, la esposa del Margrave había decidido que Middenheim era demasiado peligrosa para que sus servidores la explorasen sin escolta, y sin amigos en el palacio y con enemigos suficientes para toda la vida entre la servidumbre, las oportunidades de recreación de que disponía Lenya eran limitadas.

Una tarde se encontraba con un codo apoyado en el muro de un balcón y la



barbilla sobre la mano mientras contemplaba la vista una vez más, recordaba los acontecimientos del último mes e intentaba olvidarlos. Desde aquel punto aventajado, Lenya podía ver con claridad el otro lado de Middenheim. Podía oír el zumbido de un millar de voces, salpicado por los gritos de una multitud de comerciantes callejeros. Veía las más anchas calles y avenidas del norte de la ciudad. Hacia el sur y el este, las calles se estrechaban en un apretado laberinto gris, que nunca podía seguir. En algunos puntos, los tejados estaban tan juntos que lo único que podía ver era una estrecha línea de oscuridad. Sólo podía imaginar lo que sucedía en aquellos lugares sucios, oscuros e íntimos. Sabía que había ladrones, mendigos y personas de razas extrañas, y sabía que la única esperanza de ser feliz que le quedaba era escapar al interior de esa ciudad y convertirse en parte de ella.

Lenya estaba de espaldas a la puerta del balcón y no oyó los pasos que se le acercaban por detrás. No supo que tenía compañía hasta que un par de manos sólidas y gruesas le rodearon la cabeza para taponarle los ojos. Con un movimiento veloz, Lenya giró al mismo tiempo que un puño apretado y duro se estrellaba contra el rostro silueteado que tenía a sus espaldas.

—¡Lenya! ¡Ah! —gritó Drakken—. Soy yo.

—¡Krieg! ¡Dioses, no te acerques por sorpresa nunca más!

—Tranquila, que no lo haré —replicó Drakken mientras se enjugaba la sangre de la nariz con una manga—. ¡Por las mandíbulas de Ulric! Suponía que iba a darte una sorpresa agradable.

Posó una mirada dócil sobre la diminuta, terrible y sólida muchachita, que a veces lo trataba con ternura y que, en una o dos ocasiones, le había ensangrentado la cara.

—¿Y tú te llamas Lobo? —le gruñó ella en tanto en sus ojos veía cómo se le caía el corazón al suelo. Luego, odiándose por haberle hecho daño, se arrepintió—. Lo siento, Krieg —le aseguró—. Es que... ¡necesito salir de aquí!

—Bueno, déjame llevarte de paseo al Konigsgarten.

La seguridad de los formales jardines cercanos al palacio no era precisamente lo que Lenya tenía en mente. Había dado numerosos paseos por allí con Drakken. Era un Lobo Blanco, por supuesto, y ella lo había visto demostrar su valentía en combate. Deseaba que fuese igual de fuerte con ella, pero, en cambio, él se mostraba tan apasionado como los senderos bien cuidados, recortados y musgosos del Konigsgarten. ¡Ah, sí!, allí había árboles, hierba y flores, pero los obligaban a crecer donde pocas plantas decidirían hacerlo de manera natural. La roca sólo criaba líquenes y diminutas plantas descoloridas. No había tierra. Para Lenya, en los jardines no había naturaleza; las plantas estaban forzadas o no existían, y el verde lo aportaban el musgo, más que la hierba, y los árboles retorcidos, que no podían hallar sitio para arraigar y, consecuentemente, daban escasas y oscuras hojas frágiles. Había tanta espontaneidad y libertad en aquellos apretados racimos de pétalos desteñidos y

macizos de esponjoso musgo como en la vida de Lenya. Y detestaba eso. Suspiró.

—Hoy, no —dijo—. Ve a limpiarte la nariz..., ¡y deja de comportarte como un perrito faldero!

Drakken dio media vuelta, herido y desconcertado, y Lenya escuchó sus pasos que se alejaban en la quietud. Desvió los ojos hacia el gris uniforme de los edificios de Middenheim, y luego giró rápidamente sobre sus talones. Temerosa de que Drakken se hubiese marchado, lo llamó por su nombre.

—¿Krieg? ¿Krieg? —Lo vio antes de oír sus pasos—. ¡Puedes llevarme de paseo! —dijo. De pronto, la idea le pareció agradable y le sonrió—. Lobo Drakken —volvió a comenzar—, ¿me harás el honor de acompañarme a la ciudad?

La sonrisa de la muchacha hizo que el corazón de él volviese a dar un vuelco. Nadie le había ordenado que no sacara a Lenya del palacio y sus terrenos, aunque él sabía que la esposa del Margrave insistía en que Lenya estuviese siempre cerca.

—Lenya... —comenzó al mismo tiempo que se odiaba por decepcionarla.

Drakken podía ver en el rostro de la joven una mezcla de petulancia, desafío y algo parecido a la chulería. Era un rostro al que podía amar, aunque temía no llegar a comprenderlo jamás.

—No me lo digas —respondió ella—. Lo sé. Gurdrun no lo aprobaría. —Esto último lo dijo con un tono de voz avinagrado y altanero, que, para ella al menos, era una imitación de su señoría—. ¡Entonces, me marcharé yo sola! —insistió a la vez que giraba sobre los talones y cruzaba los brazos.

Lenya había desarrollado la habilidad de mostrarse airada practicando con su padre, que había engendrado una serie de muchachos vivaces y fuertes antes de tener a su adorada y única hija. Se preguntó si habría llegado demasiado lejos con Drakken, si le habría dado la oportunidad de ver la manipulación subyacente en aquella pataleta. Al menos, Drakken podía sacarla del palacio.

—De acuerdo —asintió Drakken en voz baja. Luego, al darse cuenta de que tenía la oportunidad de acompañar y proteger a aquella maravillosa muchacha y de estar a solas con ella, se animó—. Lenya, me sentiré orgulloso de acompañarte a la grandiosa ciudad de Middenheim —declaró.

La ancha y embrujadora sonrisa de ella acabó con cualquier duda que pudiera abrigar sobre la prudencia de tal aventura.

Drakken y Lenya salieron sin incidentes de los terrenos del palacio. Los Caballeros Pantera que estaban de guardia reconocieron al joven templario de la Compañía Blanca y los saludaron con una inclinación de cabeza; los que no lo conocían, se limitaron a dejar pasar al bajo y fuerte hombre de uniforme y a su compañera sin molestarlos. Drakken se sentía orgulloso de Lenya, y ella de él, aunque su relación provocaba constantes comentarios entre la servidumbre de palacio, y no pocas cantidades de envidia entre las mujeres solteras.

Drakken decidió que lo primero que quería enseñarle a Lenya era su hogar espiritual, el templo de Ulric.

—Ya he tenido bastante de grises edificios de roca y lugares fríos y muertos —se quejó Lenya—. ¡Quiero ver gente! ¡Vida! ¡Emoción! En la ciudad tiene que haber algún lugar donde la gente pase sus ratos de ocio, lejos de las calles oscuras y las casas grises. Aquí tiene que haber vida en alguna parte.

Drakken cogió con su enorme mano la de Lenya y la hizo avanzar deprisa hacia el sur, bajando por una empinada avenida de espléndidas casas. Salían y entraban de las muchedumbres que Lenya había estado observando durante semanas, desde lo alto. Eso se parecía más a lo que quería.

—Bueno, ¿adónde me llevas? —preguntó la muchacha.

—Al Lago Negro, un famoso punto de reunión —respondió Drakken—. Y si vamos por esta calle, aún podré enseñarte el templo.

Lenya no se sintió complacida. No tenía las más mínimas ganas de ver un templo, y el Lago Negro tampoco parecía un lugar muy animado a juzgar por el nombre, pero Drakken la había cogido de la mano con tanta fuerza y parecía tan emocionado que no podía decir nada. Mientras bajaban a paso rápido por la avenida, subían y bajaban cortos tramos de escalera, y rodeaban empinadas pendientes, Lenya intentó mirar las lujosas casas que la rodeaban, y a los mercaderes, caballeros y mujeres que las visitaban. Durante mucho tiempo no había visto nada de la ciudad, y entonces la llevaban a demasiada velocidad para apreciar los detalles.

Giraron en una esquina. Enfrente, vio un esbelto edificio y quiso preguntar qué era. Drakken dijo algo que ella no pudo oír y continuó arrastrándola.

«Ya basta», pensó. Aceleró lo bastante para quedar a la misma altura que Drakken y plantó un pie justo delante del de él, un viejo truco que había desarrollado para usarlo con sus hermanos. El templario salió disparado hacia adelante, con los brazos extendidos mientras sus pies buscaban el pavimento de piedra. Dos, tres pasos en medio del aire, y logró alzar la cabeza, que estaba seguro de que se estrellaría contra las losas y lo dejaría inconsciente al instante. Encontró sus pies y se irguió. Detrás de él, Lenya tenía una mano sobre el rostro, dispuesta a horrorizarse o a reír, según el resultado del tropezón de su amante. Al volverse él con el rostro enrojecido, ella profirió una risilla.

—Aminoremos el paso antes de que tengamos un accidente, ¿te parece?

A regañadientes, Drakken continuó guiando el paseo con mayor lentitud. Lenya vio que una masa de gente se reunía tras un muro bajo situado al otro lado de la calle. Podía oír trozos de conversación, y el murmullo le transmitía emoción.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—El Gran Parque —replicó él.

—¿Podemos ir allí? Quiero verlo.

—No hay ninguna puerta cerca. Seguiremos por el camino de ronda.

Continuaron adelante, pero a intervalos regulares Lenya volvía la cabeza para mirar la actividad que tenía lugar al otro lado del muro del parque. Allí había gente, y tal vez algunos serían de su clase. Incluso podría comenzar con su búsqueda, el propósito que había mantenido secreto ante todo el mundo. Como mínimo, podría ser ella misma. En el palacio, era invisible para los nobles y despreciada por los sirvientes.

Drakken condujo a Lenya por el camino de ronda, hacia la puerta más cercana. No le desagradaba en absoluto hacerlo, porque la ruta los obligaría a pasar ante el templo de Ulric, su lugar de culto, además del lugar en que se encontraban las barracas de los Lobos, su hogar. Miró la enorme estructura con ojos orgullosos.

—¿Qué te parece? —preguntó.

Como ella no le respondió, se volvió y vio que había continuado caminando sin él hacia la entrada del parque.

Drakken blasfemó. Estaba a punto de correr tras ella cuando una voz lo llamó desde el atrio del templo. Era Ganz, el comandante. Drakken se sintió dividido. No podía hacer caso omiso de la llamada del comandante, pero Lenya estaba ya casi perdida entre la muchedumbre que recorría el camino de ronda.

—¡Espera allí! —le gritó a Lenya—. ¡Será sólo un momento! ¡Espera!

No estaba seguro de que Lenya lo hubiese oído. Ganz volvió a llamarlo.

Lenya estaba tan emocionada por el alboroto de la vida callejera que no se preocupó realmente por la ausencia de Drakken. «Ya me alcanzará», pensó, y continuó buscando la entrada del parque.

Siguiendo el camino hacia el sur y bajando por más senderos serpenteantes y empinados, Lenya encontró con rapidez la puerta oeste que daba acceso al Gran Parque. La puerta, abierta en ese momento, estaba hecha de la misma madera oscura que se usaba por todas partes en Middenheim, y los muros habían sido tallados en la misma piedra gris que el resto de la ciudad. Pero lo que la llamaba desde el interior parecía estar más vivo que cualquier cosa que hubiese visto jamás.

Lenya levantó un poco la cabeza al pasar ante el soldado de la guardia de la ciudad que estaba apostado ante la puerta. Vestida como iba, con galas heredadas, ropajes que había desechado la camarera personal de su señora y que ésta había insistido en que se pusiera, se sentía un poco más confiada. Pero la campesina que había en Lenya estaba segura de que iba a tener que soportar alguna burla por parte de aquella figura de la autoridad y deseaba parecer tan importante como pudiese. No tenía nada que temer. El guardia se limitó a inclinar ligeramente la cabeza hacia ella antes de volver a sus asuntos.

El Gran Parque no era en absoluto un parque. Se trataba de un laberinto de

senderos que serpenteaban entre una deslucida colección de tenderetes: carros abiertos, sobre los que ardían braseros y donde se vendían tentempiés calientes que olían a grasa rancia, y altas estanterías estrechas con comestibles, ropas viejas y objetos para el hogar. Hombres vocingleros agitaban los brazos y enseñaban mercancías que vendían a precios sospechosamente bajos y en cantidades enormes.

Lenya estaba hipnotizada. Por todas partes había gente que compraba, vendía, miraba, permutaba; familias, parejas, sirvientes de casas nobles que compraban provisiones, y golfillos que corrían entre las piernas de los adultos y causaban su tipo de caos particular. Lenya olvidó que estaba sola y comenzó a caminar, escuchando las conversaciones, examinando las mercancías que había a la venta y mirándolo todo. Nunca había visto tanta gente en un solo lugar, ataviada con estilos tan diferentes, ni había oído tantos dialectos. Ante ella, una ruidosa multitud estaba reuniéndose en torno a una carretilla estrecha. Sólo podía ver la parte superior de la despeinada cabeza color paja del hombre que se encontraba de pie sobre el carro.

—¡Damas y caballeros! —bramaba la voz, como una salmodia—. No se queden ahí con la boca abierta: ¡Metan las manos en los bolsillos para aprovechar esta oportunidad única en la vida!

Un par de manos se agitaron por encima de la cabeza desgredada, y Lenya vio una enorme sonrisa de actor. La multitud se echó a reír. Después callaron y algunos comenzaron a marcharse. Lenya sonrió para sí y empujó para ver mejor.

Sintió un movimiento a su espalda más que lo oyó, y se sorprendió sólo ligeramente al sentir que una mano le rozaba un lado de la cintura. Había estado esperando que el sigiloso Drakken le diese alcance antes o después, aunque ella le había advertido que no se le acercara por sorpresa. Peor para él. No lo pensó dos veces: asestó un potente codazo hacia atrás, al que siguió un puño apretado al final del brazo extendido. Eso no le habría hecho daño a Drakken, no a un duro templario, grande y ataviado con armadura. Pero en lugar de impactar contra el sólido y ancho torso del Lobo Blanco, el codo de Lenya y, luego, su puño golpearon algo blando y huesudo que no le resultó familiar.

—¡Uuuuuffff! —dijo detrás de ella una voz estrangulada, y oyó que un cuerpo ligero se desplomaba en el suelo.

La multitud que la rodeaba guardó silencio y comenzó a volverse en dirección al sonido. Lenya sintió una docena de ojos fijos en su persona cuando se volvió para mirar qué o a quién había golpeado.

Sentado en el suelo, a sus espaldas, había un joven desgarbado, que se aferraba el estómago y tenía las piernas estiradas a ambos lados. Iba vestido con pulcritud y tenía un lacio cabello negro. Al rostro asomaba una expresión herida. Era todo brazos y piernas, y Lenya tuvo que pasar por encima de una abultada rodilla para mirarlo bien.

—¡Por todo lo sagrado! —exclamó la joven—. ¿Qué he hecho?

La multitud volvió a mirar al vendedor que había comenzado a vocear otra vez, e hicieron caso omiso de una escena que veían cada día en la ciudad. El muchacho del suelo le echó una mirada cómica a Lenya, y luego estalló en atronadoras carcajadas.

—¡Lo siento enormemente, señor! —jadeó una Lenya pasmada al mismo tiempo que cogía al joven por un codo y lo ayudaba a levantarse.

Él volvió a reír.

—No te preocupes —respondió—. La verdad es que ya esperaba que me sacudieran en cualquier momento. Sólo me has pillado desprevenido, eso es todo.

Volvió a aferrarse el estómago al intentar reír a despecho del dolor que Lenya había generado con su apretado puño. El buen humor del muchacho era contagioso, y Lenya se unió a sus carcajadas, aunque no sabía de qué reía él; pero disfrutaba de la libertad, pues no había reído a carcajadas durante semanas.

Ya de pie, el joven cogió con delicadeza un brazo de Lenya y la condujo hasta una estrecha escalera serpenteante que tenía muros altos a ambos lados. Ella no experimentó aprensión ninguna. Cuando se hallaron a solas, él comenzó a hablarle.

—Bueno, ¿y qué hace una muchacha de campo como tú caminando por aquí con galas de ciudad?

—¿Y qué hace un muchacho de ciudad como tú poniendo sus manos sobre las jóvenes damas en un sitio público?

—Tocado —respondió el joven a la vez que profería otra de sus asombrosas carcajadas.

Ambos se sentaron sobre los escalones de piedra, conscientes sólo de la compañía del otro y del murmullo de la muchedumbre que pasaba por encima de los muros que los flanqueaban. Por segunda vez, un joven oportunista había considerado a Lenya como un objetivo fácil, aunque en esa ocasión iba tras su bolsa.

El desgarrado muchacho de pelo lacio se presentó como Arkady, villano de poca monta, carterista y pillo en general. No tenía motivos para no mostrarse sincero. Tal vez no fuese del todo lo que aparentaba, pero lo mismo sucedía con aquella ordeñadora ataviada con todas las galas de la corte. Había esperado hallar una bolsa bien provista en una bobalicona que ni siquiera se daría cuenta de que había desaparecido hasta que intentara pagar algo, y que probablemente se desmayaría al descubrir que le habían robado. En cambio, había recibido un codazo en el estómago y un puñetazo en el plexo solar, lo cual le estaba bien empleado.

Lenya acabó hablándole de la granja cercana a Linz donde había crecido, de sus hermanos y de cómo había llegado a Middenheim. Le habló del repugnante paje y de la habitación oscura y húmeda en que se veía obligada a vivir. Habló del palacio, aunque no de cómo había llegado a la libertad en el Gran Parque. A fin de cuentas, estaba hablando con un delincuente, y no quería confundir las cosas mencionando a su Lobo Blanco. Tenía otro asunto del que hablar: su secreto.

—Mi hermano vino aquí —explicó por fin—. Debe hacer ya un año de eso. Vino a hacer fortuna. Nunca pensé que yo llegaría a Middenheim, pero ahora que estoy aquí quiero encontrarlo.

—¿En una ciudad de este tamaño?

Arkady volvió a reír, y luego dejó de hacerlo al ver que aquello no era divertido para la muchacha campesina, cándida pero beligerante.

—Mira, si vino del campo —comenzó—, lo más probable es que ya haya regresado al campo.

—¿Y si no? —preguntó Lenya.

Arkady se miró los desgastados zapatos. No deseaba herir a la muchacha, pero era necesario que conociera la realidad de la vida en la ciudad.

—Si aún está aquí, es probable que se haya unido a uno de los gremios menos... reconocidos. Puede ser que uno de los señores del mundo clandestino lo haya reclutado para hacer recados.

Lenya pareció consternada.

—¡Mi hermano es honrado! ¡Habrà encontrado un trabajo honrado!

—En Middenheim no hay trabajo honrado para los forasteros —respondió Arkady con un bufido—. Las calles no están pavimentadas con oro, y los gremios son más cerrados que la bragueta de un mayordomo. Es todo enchufe e inmovilidad. ¿Por qué piensas que hay tanta libre empresa en Middenheim? Ese vendedor que estaba encima de la carretilla, el charlatán con pelo de paja, hace entrar y salir carros de la ciudad cada semana. La mayoría son atracados en algún lugar del otro lado de las murallas... —La voz de Arkady se apagó.

—¿Así que mi hermano es un delincuente? —preguntó una indignada Lenya.

«O está muerto», pensó Arkady.

—Es probable que ya haya regresado al campo —fué lo que dijo, en cambio.

Lenya pensó durante un momento, y luego realizó una profunda inspiración.

—Si está aquí, quiero encontrarlo a pesar de todo —concluyó con determinación—. ¿Dónde puedo hallar a uno de esos señores para hablar con él? Alguien debe saber dónde está mi hermano.

Arkady tenía dudas. La muchacha no había estado en ningún otro sitio, aparte del palacio, y ésa era su primera visita a la ciudad. Aún no sabía nada de la suciedad, la inmundicia y la pobreza, por no mencionar la implacabilidad de la gente que poblaba los barrios más pobres de la ciudad. Por otro lado, lo había derribado ella sola con un codo y un pequeño puño cuando ni siquiera debería haberlo oído.

—¡Vas a llevarme hasta uno de esos sabios caballeros! —declaró la muchacha con tono feroz al ver la renuencia que afloraba a su rostro.

—¡Eh! ¡Ni hablar! Mira, hay métodos mejores. Conozco a alguien, un tunante pero con buen corazón. Yo soy insignificante, muchacha... no tengo contacto con

ninguno de los Bajos Reyes. Sería demasiado peligroso para un pez pequeño como yo. Pero él, sí. Tiene un poco más de influencia. Y con él estarás segura. Cuidará de ti y puede ser que tenga la posibilidad de averiguar algo sobre ese hermano perdido tuyo. —Arkady se dispuso a partir—. Reúnete conmigo aquí pasado mañana. ¿Podrás volver a encontrar este sitio?

—Creo que sí —respondió Lenya—. Pero ¿no puedes llevarme ahora?

Arkady miró por encima del muro. El cielo estaba oscureciéndose hasta el conocido matiz púrpura, y el Gran Parque comenzaba a quedar silencioso. Él estaba bastante a salvo, pero Lenya no lo estaría por mucho tiempo en aquel sitio y a aquella hora del día.

—Es tarde. Podrían echarte en falta. Vete a casa, muchacha; vete directamente a casa. Vuelve para reunirte conmigo pasado mañana.

Dicho eso, comenzó a bajar los escalones de dos en dos. Al cabo de media docena de pasos, había girado en un recodo. Lenya observó cómo su cabeza aparecía y desaparecía por encima del muro y, pasados unos segundos, se desvanecía del todo. Se puso de pie y miró en torno. Estaba oscureciendo, pero podría encontrar el camino de regreso. Entonces, se acordó de Drakken.

—¡Sigmar! ¡Krieg! —exclamó con un susurro.

Subió los escalones y rodeó el muro. Sólo tendría que hallar el modo de volver al amado templo de Ulric, donde esperaba encontrarlo.

La noche caía con rapidez en Middenheim, y para cuando Lenya regresó al gran templo de Ulric, ya había oscurecido y estaban encendiendo las farolas callejeras. Enfadada consigo misma y con Drakken, se paseó por el exterior del templo durante unos minutos, y estaba dispuesta a encontrar ella sola el camino de regreso al palacio cuando se dio cuenta de lo difícil que podría resultar eso.

A Lenya no la conocían en el palacio, al menos nadie externo al séquito o la servidumbre del Margrave. Los guardias la mandarían a paseo si intentaba entrar a cualquier hora del día, y mucho más al anochecer. El día de aventura estaba acabando con rapidez, y entonces debía encontrar a Drakken si quería regresar esa noche al palacio. No tenía un gran deseo de volver a las fétidas habitaciones que debía llamar hogar, al menos no en ese momento, pero tampoco le quedaba otra alternativa. Arkady se había marchado y se encontraba sola en una ciudad que, aunque la fascinaba, comenzaba a parecer siniestra a la escasa luz de las farolas. Las siluetas de los edificios que la rodeaban se encumbraban, negras, duras y puntiagudas contra el cielo. Las manchas de luz amarilla le conferían a la piedra un aspecto enfermizo. Las piedras mismas parecían absorber la luz a través de su superficie y reducirla a pequeños charcos oscuros. Las sombras eran largas e imponentes, y parecían no guardar relación alguna con sus dueños. La oscuridad disimulaba el suelo irregular



que pisaba Lenya, lo cual hacía que los escalones y las pendientes resultasen aún más traicioneros que durante el día.

«¡No te dejes ganar por el pánico! —se dijo Lenya—. Este es el hogar de Drakken; tiene que estar aquí. Y si él no está, habrá alguien más».

Lenya estaba dispuesta a golpear la gran puerta del templo, e incluso a abrirla en caso necesario. Echó los hombros atrás y alzó un puño. Tras poner en sus labios lo que esperaba que fuese una sonrisa confiada, llamó a la puerta. No hubo respuesta.

Lenya volvió a avanzar belicosamente hacia la puerta, pero dio un tremendo salto de susto al oír una voz a sus espaldas.

—¿Puedo ayudarte, mi señora? —preguntó la voz.

Se trataba de una voz llena de confianza, mezclada de modo natural con autoridad y poder. Lenya se volvió con lentitud y fijó los ojos en el hombre que tenía detrás, pero sólo llegó a ver hasta la altura de su esbelto pecho poderoso. No necesitaba responder.

—¿Qué estás haciendo fuera del recinto del palacio? —preguntó Gruber al reconocer a la valiente granjera del séquito del Margrave—. Esto no está bien. Te escoltaré de vuelta. Si el joven Drakken supiera que has desaparecido, enviaría una partida a buscarte.

Lenya alzó los ojos con lentitud para encontrarse con la mirada de preocupación del soldado veterano. Drakken sabía que ella había desaparecido. Nunca más volvería a sacarla de paseo. Tuvo ganas de llorar de enojo y frustración. Desde ese momento, quedaría encerrada para siempre en el palacio.

Una vez que hubo vuelto a la seguridad relativa del palacio, Lenya pasó un día y una noche planeando lo que haría. Pensó en la siguiente cita con Arkady mientras se bañaba con el agua fría de la jofaina que por la noche se oxidaba. Pensó en ello mientras atendía a su pálida y asustada señora en la inclinada habitación sin ventanas de la que nunca salía, y continuó pensando en el asunto mientras comía las sobras frías con grasa solidificada sobre platos sucios, que se habían transformado en la parte principal de su dieta.

Se sentía agradecida porque Drakken hubiese decidido mantenerse alejado. No volvería a sacarla de paseo y no quería que le contara lo preocupado que estaba y lo mucho que se había angustiado por la seguridad de ella. Sabía cuidar de sí misma, y no estaba dispuesta a aceptar que nadie sugiriese lo contrario.

Gruber la había tratado bien y con bondad. Cuando la devolvió al palacio a través de una de las más discretas puertas laterales, se había detenido a hablar con los hombres de la guardia de la ciudad que estaban allí de servicio. A ella la había presentado como a una muchacha que estaba bajo la protección directa del templo. Ninguno de ellos quería ponerse a malas con los Lobos Blancos, y entonces habría

varios guardias en la puerta que la reconocerían en caso necesario. Si estaba de servicio cualquiera de esos hombres, podría salir y entrar de los terrenos del palacio sin tener ningún problema. En caso contrario, había un corto paseo hasta el templo, y calculaba que si Gruber la había reconocido con tanta facilidad, también otros lo harían. Nunca carecería de una escolta de confianza para que la acompañara hasta el palacio.

Dos días más tarde, pues, Lenya salió del palacio del Graf y dirigió sus pasos hacia el sur para ir al Gran Parque, donde encontró la puerta por la que había entrado en la ocasión anterior. Era más o menos la misma hora del día, y el lugar volvía a hallarse abarrotado de gente. Los senderos rocosos estaban brillantes a causa de la ligera llovizna, y cuando los apretados grupos la obligaban a desviarse por las musgosas terrazas, la oscura superficie esponjosa tenía un tacto casi grasiento bajo sus pies. No apartaba los ojos de la gente que pululaba por el parque, pero todos tenían asuntos que atender y hacían caso omiso de la muchacha. También tenía cuidado con los elementos de aspecto más duro, e incluso llegó a cambiar de sendero para evitar a un grupo de jóvenes obscenamente borrachos, que estaban dispuestos a mirar con sonrisa impúdica cualquier cosa que llevara faldas.

Necesitó dos o tres intentos para encontrar el tramo de estrecha escalera donde había estado sentada con Arkady hacía apenas dos días, y cuando lo encontró, fue por accidente. Bajó tres o cuatro escalones y se sentó allí, fuera de la vista. Pasada una media hora, Lenya comenzó a preguntarse si sería la misma escalera de la vez anterior, y entonces alzó los ojos de modo repentino, sin saber por qué. No había oído nada nuevo por encima del murmullo de la muchedumbre, pero al fijar la mirada vio una cabeza de negro cabello lacio y se puso de pie, suspirando de alivio, para saludar a Arkady.

Él se acercó hasta unos pocos escalones de distancia, inclinado para que no lo viesen por encima del muro, y le hizo una señal a fin de que lo siguiera. A medida que los escalones descendían y giraban en cerrados ángulos a derecha e izquierda, Lenya se dio cuenta de por qué no habían encontrado a nadie en aquella escalera. Al volverse más empinados y estrechos los escalones, los muros se hicieron más altos y se transformaron en un arco bajo que goteaba ligeramente con espeso líquido negro de vegetación podrida. Los escalones pasaron de ser húmedos a ser oscuros y mojados, cubiertos con viejo musgo resbaladizo. El ruedo del vestido de Lenya se puso pesado al empaparse con agua salobre, y sus altas botas comenzaron a permitir el paso del agua. Se detuvo.

—¿Adónde vamos? —preguntó, aprensiva por primera vez.

Se encontraba en compañía de un completo desconocido, al que le había confiado su vida en una ciudad extraña, y él parecía estar conduciéndola bajo tierra, hacia el silencio y la oscuridad. El muchacho reparó en el tono de voz de ella.

—Confía en mí —le pidió, y rió—. Te aseguro que no pasa nada malo. Verás, ya nadie usa mucho esta vieja escalera, pero es segura y nos llevará adonde queremos ir. —Ella lo miró en la oscuridad—. Llegaremos pronto —añadió el joven—; te lo prometo.

Al cabo de unos minutos, los escalones acabaron de modo brusco, y Lenya siguió a Arkady al otro lado de un diminuto patio cerrado, donde los tejados de las casas de ambos lados casi se tocaban en lo alto. Desde allí entró a la habitación trasera de lo que pensó que tenía que ser una vivienda privada, pero que, en realidad, era uno de los muchos agujeros de una sola habitación donde se despachaban bebidas y que plagaban los callejones del extremo sudeste de Middenheim.

—¡Vaya! —exclamó Arkady—. En nombre de los dioses, ¿qué vamos a hacer con ese lamentable vestido?

Lenya bajó los ojos hacia su atuendo. Nunca le había gustado y ya sabía que no podría moverse con seguridad por ese distrito de la urbe si lo llevaba puesto. No necesitaba más que su propio instinto para saber eso.

—¿Puedes conseguirme un par de calzones y un cuchillo? —le preguntó a Arkady mientras se tironeaba de las mangas del vestido.

Él la miró, desconcertado, y luego le pasó el cuchillo que llevaba en la parte trasera de sus calzones y en el que ella no había reparado antes.

—Dentro de un momento, regresaré con lo otro —le aseguró él al mismo tiempo que daba media vuelta y desaparecía por donde habían llegado.

Lenya cogió el cuchillo y cortó las mangas del vestido a la altura de la sisa, de modo que dejó a la vista las más sencillas de la camisa que llevaba debajo. Luego, cortó los diez centímetros inferiores del ruedo de la falda; estaban empapados y olían a agua estancada. Tras arrojar la tela al fuego junto con las enaguas, Lenya tuvo otra idea. Movi6 el negro tiz6n del hogar hasta lograr que se encendiera y dejara caer cenizas a trav6s de la rejilla, esparci6 6stas con una pala de hogar torcida y despu6s frot6 las cenizas entre las manos. A continuaci6n, se ensuci6 con holl6n el corpi6o del vestido y la falda. Cuando regres6 Arkady, ya hab6a logrado un parecido bastante aceptable de una mujer ordinaria. El muchacho le tendi6 los calzones.

Lenya le volvi6 la espalda y cort6 de un extremo a otro la parte delantera de la falda, desde un poco m6s abajo de la cintura hasta el ruedo. Luego, disminuy6 en varios cent6metros las perneras de los calzones y se los puso. Se volvi6 hacia Arkady y levant6 las manos en un gesto espectacular, en espera de la aprobaci6n de 6l. El muchacho le sonri6 y tendi6 las manos hacia los cabellos de la joven, los cuales revolvi6 sin piedad alguna hasta convertirlos en una masa ladeada en lo alto de la cabeza de la muchacha, de la que ca6an mechones sobre su frente y cuello. Retrocedi6 un paso y ri6 con verdaderas ganas.

—Casi perfecto —dijo—. Verás, esos brazos de ordeñadora te delatan demasiado,

pero creo que tenemos lo que les hace falta.

Tras desaparecer otra vez, Arkady regresó un momento después con un justillo de cuero negro, corto. Pertenece al lavaplatos, y Arkady lo había cogido del gancho de detrás de la puerta. Lo sostuvo ante Lenya para que ella se lo pusiera. Le quedaba bastante bien, y completaba los cambios que ella había hecho en su atuendo. Lenya podría andar de modo anónimo por las más oscuras calles de la ciudad; podría pasar por cualquiera o por nadie. Estaba preparada para presentarse ante el tunante al que Arkady se sentía tan orgulloso de conocer.

Kruza se encontraba sentado y encorvado sobre una jarra de cerveza en la única habitación pública del cochambroso establecimiento que, incongruentemente, se daba a sí mismo el nombre de taberna. Era aficionado a la cerveza, pero aquella mezcla débil y rancia estaba revolviéndole el estómago, y profirió un eructo sonoro en el momento en que Arkady y Lenya entraron a través de la puerta posterior, situada detrás de la estructura de tablas y barriles que hacía las veces de barra. Arkady profirió su carcajada característica, y Kruza alzó la cabeza sin mover para nada los caídos hombros.

Al ver a la guapa muchachita con ropas que estaban descosiéndose en varios lugares prometedores, Kruza se irguió y, cohibido, se alisó la parte frontal del jubón antes de sonreír.

—¡Pensaba que ibas a traer a una granjera tosca y mal hecha! —le murmuró a Arkady—. Esta criatura no parece proceder de ningún sitio cercano a una vaca.

—Espera hasta que abra la boca —aconsejó Arkady con una ancha sonrisa, y Lenya, al mismo tiempo que apretaba los dientes, le propinó una fuerte patada en una espinilla—. Creo que la dejaré contigo —dijo, y le guiñó un ojo a la muchacha antes de retroceder hacia la puerta que tenía detrás.

Lenya se sentó al lado de Kruza y miró los verdes ojos de él para ver si podía hallar algo que la ayudara a entender por qué se sentía tan atraída hacia aquel hombre. Era algo que le daba un poco de miedo. Entonces, él sonrió otra vez, y el cuerpo de ella se relajó.

—Arkady me ha dicho que estás buscando a alguien —comenzó Kruza.

—A mi hermano Stefan. Tiene dos años más que yo. Es un poco más alto, con el pelo rubio y los ojos como los míos. Se marchó de Linz para venir a Middenheim hace un año. Arkady me dijo que probablemente estaría trabajando como chico de los recados para uno de los... ¿Cómo los llamó? ¿Bajos Reyes?

—Es más probable que esté muerto —respondió Kruza mientras bajaba los ojos hacia la cerveza cubierta de pelusa que no iba a beberse—. Y si no lo está, debe haber en Middenheim un millar de hombres que se ajusten a esa descripción.

—¡Pero sólo hay un Stefan! —exclamó Lenya—. Si no quieres ayudarme,

encontraré a esos Bajos Reyes por mí misma.

Kruza volvió a mirar a la muchacha. Arkady le había contado cómo lo había golpeado en el mercado, pero no parecía ni con mucho tan dura como podía indicar su modo de hablar. Y estaba seguro de que no tenía dinero para pagarle sus servicios. Suspiró.

—Bien —dijo—. Te ayudaré, pero no vamos a recurrir a los Bajos Reyes. Lo último que te interesa es enredarte con hombres como Bleyden. Comenzaremos por el sacerdote.

Lenya estaba a punto de protestar. ¿De qué le serviría un sacerdote? Pero Kruza ya la había tomado de la mano y, antes de que supiera dónde estaban, habían salido de la taberna y habían comenzado a caminar por la estrecha calle mal iluminada y mugrienta. Ella dedujo que aquello era Altquartier, la parte más dura, pobre y depravada de la ciudad. Lenya sólo la había visto desde lejos cuando estaba en el balcón del palacio. Las vías públicas, estrechas y serpenteantes estaban abarrotadas de activa gente sucia. Mujeres que les chillaban a golfillos descalzos y arrojaban la basura de manera indiscriminada a la calle. Casi no había luz: el cielo era una serie de finas cintas grises de bordes dentados que se tendían en lo alto, en gran parte ocultas por los tejados bajos de edificios inclinados. Perros flacos gruñían y ladraban, y escapaban cuando les daban patadas los indolentes hombres que estaban sentados en los estrechos escalones de la calle. Allí no había ningún orden, sólo malos olores, luz escasa y demasiado ruido. Lenya se mantuvo cerca de Kruza mientras se hacían invisibles entre las harapientas gentes de los tugurios.

Al cabo de poco rato, Lenya se dio cuenta de que no podía recordar de qué dirección habían partido. Su sentido de la orientación estaba completamente cegado en aquel lugar. Era la parte más empinada de Middenheim, con más meandros y desviaciones, más cuestas y escaleras. Los callejones parecían acabar ante ella, pero en el último minuto giraban en una nueva dirección que no había visto antes. Se sentía como si estuviese en un laberinto sin una salida clara, aunque sabía que el palacio se encontraba a poca distancia a pie.

Durante varios minutos caminaron apresuradamente por los caminos de ratas del Barrio Viejo, antes de que Kruza comenzara a aminorar el paso. Luego, se detuvo, se recostó contra una pared y se llevó los dedos a los labios, a la vez que le indicaba a Lenya que hiciese lo mismo, aunque ella pensó que eso sólo atraería la atención hacia ellos. Los callejones y calles de esa parte de Middenheim no estaban precisamente desiertos. Pasaron varios segundos, y Lenya comenzaba a sentirse aburrida e inquieta, hasta que se dio cuenta de que sucedía algo y se puso a escuchar las voces que sonaban al otro lado de la pared.

—¡Hans, ay, mi pobre Hans! —gemía una mujer profundamente trastornada. Una voz profunda, indistinta, algunos resuellos, y luego—: ¡No lo toquéis! ¡No lo toquéis!

—Y el gemido se transformó en un chillido.

Respondió la voz grave y calma que parecía tranquilizar a la nerviosa mujer, pero, por mucho que se concentró, Lenya no logró discernir las palabras; sólo oía la tranquilizadora monotonía de la voz. Kruza se volvió para dedicarle a Lenya una ancha sonrisa.

—Ése es nuestro hombre —dijo con satisfacción.

Lenya comenzó a separar la espalda de la musgosa pared húmeda; no obstante, dado que Kruza no hacía movimiento alguno, volvió a recostarse en ella con impaciencia. Aguardó a que su guía le hiciera una señal. Por segunda vez aquel día, estaba poniéndose en manos de un completo desconocido.

Mientras esperaba, miró a su alrededor, pero el callejón había quedado desierto. Contempló con fascinación a una rata que caminaba entre los miserables montones de detritus esparcidos. Las sobras eran escasas en aquella zona. La gente partía los huesos para comerse el tuétano, y luego los molía para espesar el caldo. Allí las frutas se comían enteras, con pepitas, hueso y piel, al igual que las verduras. Y cuando los moradores de ese barrio comían carne, ingerían el animal entero; dejaban la sangre para hacer morcillas, y masticaban los cartílagos y tendones hasta que quedaban lo bastante blandos como para tragarlos. Los únicos desechos allí eran los humanos. Las gentes de aquella zona eran criaturas harapientas, a las que les faltaban el pelo y los dientes. La flaca rata pelada que sólo tenía la mitad de los colmillos le recordó a esa gente. Con una sensación que estaba a medio camino entre el patetismo y el horror, se dio cuenta de hasta qué profundidades habían sido arrastrados los habitantes de Altquartier. Las ratas prosperaban en cualquier parte, pero allí incluso ellas tenían que luchar para sobrevivir.

Cuando las voces del interior comenzaron a aplacarse y la gente volvió a entrar poco a poco en el callejón, Kruza se movió. Tras dar dos pasos, se volvió para mirar a Lenya y la observó durante un momento, mientras ella contemplaba a la rata. Luego, la tomó de la mano y la condujo al diminuto patio que había al otro lado de la pared. Dos hombres ataviados con capas largas de tela gris amarillento estaban sacando al patio una carretilla estrecha y provista de una sola rueda. Un tercer hombre permaneció de pie durante un momento, como sumido en contemplaciones, y luego los siguió. Cuando la carretilla giró con brusquedad en una esquina, Lenya vio que la carga rodaba y se mecía antes de que una mano cayera de debajo de la piel impermeabilizada que lo cubría. La muchacha le tiró de la manga a Kruza.

—¡Hay un cuerpo en ese carro! —exclamó con horror y sorpresa.

—Teníamos que esperar hasta que se lo llevaran —explicó Kruza— para hablar con el sacerdote. Tiene trabajo que hacer, y un poco de respeto por los muertos es algo que siempre se agradece.

Lenya quería formular más preguntas; no entendía qué estaba pasando, y eso no

le gustaba.

Kruza y Lenya siguieron a los hombres a lo largo de dos o tres manzanas más, hasta que el carro y su macabra carga se alejaban del hombre que Lenya suponía que era el tercer miembro del grupo. Se sintió aliviada al ver que el carro desaparecía de la vista cuando Kruza avanzó para hablar con el hombre.

Éste se volvió con una expresión benigna, casi vacua en el rostro. No sabía qué había esperado, pero no era el caballero macilento y entrado en años al que entonces contemplaba.

—Una palabra, señor, si nos lo permites —comenzó Kruza—. Mi acompañante está buscando a un pariente en la ciudad... Esperamos que no puedas ayudarnos, pero...

—Lo mismo espero yo —respondió el hombre con su voz calma—. Venid, nos sentaremos a hablar. Si la noticia es mala, no debe darse en la calle.

Lenya y Kruza lo siguieron, y la muchacha tiró de su compañero para que se retrasara algunos pasos.

—¿Quién es? —le siseó—. ¿De qué malas noticias habla?

—Es un sacerdote de Morr —respondió Kruza—. Se hace cargo de los muertos de Middenheim, y a veces descubre sus secretos.

—¿Y si Stefan no está muerto? —preguntó Lenya con un susurro de pánico.

—Si Stefan no está muerto, el sacerdote de Morr no lo conocerá.

Dicho esto Kruza apresuró el paso para dar alcance al sacerdote, que entraba en un albergue situado unas pocas calles al norte del patio en que había muerto el hombre, Hans.

Kruza se había dejado su jarra de cerveza de la tarde, así que se sintió encantado de proporcionarles a sus acompañantes, y a sí mismo, una clase de brebaje bastante mejor que el que había encontrado hasta el momento durante ese día.

—¿Y cómo se llama tu hermano? —preguntó el sacerdote de Morr cuando Kruza regresó tras haber llenado las jarras en el barril.

—Stefan Dunst. Se marchó del campo hace más de un año. Desde entonces no he sabido nada de él —replicó Lenya.

—No he atendido a nadie con ese nombre —respondió el sacerdote—. Descríbemelo.

—Era menudo para ser un hombre —explicó Lenya con voz ligeramente temblorosa. Se aclaró la garganta—. Bajo y delgado, pero fuerte. Tenía la piel muy blanca y el cabello muy rubio, ojos de color gris pálido y grandes, como los míos.

—Y tal vez aún los tenga —dijo el sacerdote—. Tampoco he atendido a ninguna alma con esa descripción, cuyo nombre fuese desconocido.

Lenya, aliviada se relajó.

—¿Estás seguro? —preguntó.

—Muy seguro —replicó el sacerdote.

Se puso de pie y se marchó sin pronunciar una sola palabra más. Su jarra de cerveza quedó sobre la mesa, intacta.

—¡Bueno, ya está! —exclamó Kruza.

Después, Kruza vació su jarra y se chupó los labios; pero Lenya no iba a conformarse.

—No del todo —dijo—. Está vivo. Ahora lo único que tenemos que hacer es encontrarlo, y creo que sabes lo que eso significa.

Kruza sabía con total exactitud lo que significaba, y no le hacía ninguna gracia. Él era como muchos otros ladrones y timadores insignificantes de la ciudad, tal vez un poco más próspero que la mayoría, pero en realidad era lo mismo. Kruza trabajaba para alguien. Recibía menos órdenes que el grueso de parásitos de bajo rango que trabajaban en la ciudad; no era precisamente un muchacho de los recados como la mayoría, y al menos imponía un cierto respeto. A fin de cuentas, resultaba útil. Pero lo que importaba era que Kruza tenía un jefe. Era algo que venía incluido en el territorio.

Y ese territorio era del jefe y no constituía un lugar seguro para una muchacha como Lenya.

—No hay nada más que podamos hacer hoy —dijo Kruza al mismo tiempo que miraba a Lenya—. Pronto oscurecerá, y tú debes volver al palacio.

—¡Pero has dicho que me ayudarías! —gimió Lenya.

—Puedo volver a ayudarte otro día —le aseguró Kruza, que intentaba con toda su alma disuadir a la muchacha.

—¡No! —protestó Lenya con tono de urgencia—. ¡Hoy!

»Además —prosiguió, cambiando de rumbo—, no puedo volver al palacio hasta que no encuentre algo decente que ponerme. No creerás que he llegado a Altquartier vestida de esta manera, ¿verdad?

Lenya se encontraba otra vez metida en camisa de once varas. En la anterior ocasión en que se había aventurado a adentrarse en el interior de la ciudad, había estado a punto de quedarse fuera del palacio. Entonces, el cambio en su apariencia le impediría la entrada con total seguridad, o en el mejor de los casos, alguien querría saber por qué tenía un aspecto tan espantoso. ¿Qué le había sucedido? ¿Quién la había atacado? Preguntas con las que no estaba dispuesta a enfrentarse ese día; ni ningún otro, en realidad. Estropear su ropa le había parecido una buena idea en su momento, lo único sensato que podía hacer. Pero entonces estaba horrorizada ante la perspectiva de regresar al palacio en un estado tan lamentable.

—Estoy perfectamente vestida para la vida de esta ciudad, especialmente después de haber oscurecido —dijo—. ¿Qué mejor oportunidad voy a tener de encontrar a mi hermano?



Kruza tuvo ganas de echarse a reír; en parte, porque ella llevaba razón, pero más porque tenía los pies separados y las manos sobre las caderas, lo que le confería todo el aspecto de ser un cruce entre una fulana y un pendenciero de esquina. Su tono era tan exigente y petulante como el de una recién casada insatisfecha. Considerada en conjunto, esa imagen particular de Lenya era demasiado persuasiva para negarle algo. Kruza decidió que, sencillamente, tendría que cuidar de ella.

—De acuerdo —respondió—, lo intentaremos. Pero no te hago ninguna promesa. Conozco a una buena modista que te proporcionará un vestido nuevo antes de que acabe la noche. Y cuando lo haga, regresarás al palacio.

Lenya le dedicó una ancha sonrisa.

—¡Bien! —dijo—. Pongámonos en marcha.

—Todavía no —la atajó Kruza al mismo tiempo que la atraía con suavidad de vuelta al asiento—. Primero, tenemos que comer, y hay cosas que debes saber sobre la gente a la que conocerás esta noche.

Kruza le hizo un gesto a la mujer que estaba sentada sobre un alto taburete, junto a la barra, fumando una pipa de cerámica de caña larga. Lenya tenía la sensación de que le estaba dando largas, pero no le importó, porque de pronto se dio cuenta de que tenía mucha hambre.

La mujer hosca, con la pipa aún colgándole de los labios, les trajo costillas grasientas y descarnadas, pan negro y coliflor en conserva. Mientras comían, Kruza le habló de los Bajos Reyes y, en particular, de su propio jefe, aunque por el momento no pronunció su nombre.

—El nombre de Bajos Reyes es muy adecuado. Son los monarcas del mundo clandestino, los gobernantes absolutos de las calles. Algunos son los más bajos de los bajos: usan a los demás, son parásitos, tiburones prestamistas. Gobiernan todo el crimen organizado de esta ciudad, y casi todos los carteristas, estafadores y ladrones de poca monta les deben lealtad a los señores de la noche. Y sólo un puñado de esos Bajos Reyes rigen la ciudad de Middenheim. El Graf piensa que gobierna la ciudad, y lo mismo sucede con los gremios. Pero los hombres que gobiernan la auténtica ciudad, los hombres que controlan las calles, a las putas, el tráfico de drogas, las casas de juego, son muy pocos. Se esconden detrás de sus criminales y fulanas, y usan a los patanes y fugitivos de la ciudad como carne de cañón. Nunca los pillan, y cualquiera que trabaje para ellos, se trate de lo que se trate, es prescindible. ¿Entiendes?

Kruza miró a Lenya y reparó en la expresión de su rostro. «Está asustada —pensó—. ¡Bien!»

Altquartier no parecía tan espantoso en la semioscuridad que aguardaba a Lenya y Kruza cuando salieron de la taberna. La pálida luz gris amarillento era incapaz de resaltar los peores detalles de la vida callejera, y los pequeños braseros que ardían en

innumerables esquinas disipaban una parte del olor que se embolsaba en el húmedo calor de las horas diurnas. Los estrechos callejones continuaban llenos de gentes; sin embargo, éstas parecían menos atormentadas en la penumbra, o quizá se debía a que Lenya simplemente estaba habituándose a aquel ambiente.

Caminaron juntos, sin prisa, por una serie de calles y callejones, girando hacia aquí y hacia allá. Luego, Kruza se detuvo y se volvió a mirarla.

—¿Sabes dónde estás? —le preguntó.

—No —respondió ella—. Este lugar es un laberinto peor que el palacio.

«Bien», pensó Kruza. No quería que se sintiese capaz de hallar el camino por ella sola en el caso de que se mostrara insatisfecha con los esfuerzos que él hiciese por encontrar al hermano.

La oscuridad era casi absoluta cuando Kruza condujo a Lenya al interior del Weg Oeste. Estaban reuniéndose grupos de gente, y la muchacha oyó el batir de tambores y las notas de estridentes instrumentos de viento que atronaban en el aire. Al girar en una esquina, mientras las muchedumbres se apiñaban en masa, reían y chillaban con anticipado placer, Lenya alzó los ojos por primera vez y su boca se abrió de asombro.

La construcción que tenía delante se destacaba como un achaparrado tambor de piedra, apretado entre ladeados edificios, y su vientre sobresalía hacia la calle como si empujase hacia afuera entre compañeros que lo estrujaban. Los grandes braseros del exterior proyectaban largas sombras oscilantes y altas llamas brillantes a los lados del edificio, las cuales producían la impresión de que las paredes palpitaban. Por encima de los gritos de la muchedumbre que empujaba para entrar en la construcción, Lenya podía oír otros sonidos, como animales en jaulas que eran pinchados y atormentados. Débiles rugidos de frustración y miedo llegaban a sus oídos.

Kruza estaba impaciente por avanzar y arrastró a Lenya fuera de la multitud, mientras se acercaba más gente y empujaba detrás de ellos.

—¿Qué lugar es éste? —quiso saber la muchacha, que tuvo que gritar por encima del estruendo de la muchedumbre, que aumentaba con rapidez.

—La plaza de Fieras —respondió Kruza con un tono que sonaba un poco desdeñoso, o tal vez resignado.

—¿Por qué estamos aquí? —inquirió Lenya.

—Tú querías llegar hasta uno de los Bajos Reyes de Middenheim. El hombre que dirige este lugar, y otros iguales, sabe más de la delincuencia de Middenheim que cualquier otro hombre que yo conozca o del que haya oído hablar. Nos irá bien; es el más grande, tal vez el más próspero, o debería decir el más bajo de los Bajos Reyes.

El tono de la voz de Kruza puso ansiosa a la muchacha. Había estado muy segura de querer conocer a aquel hombre, muy segura de que la ayudaría a encontrar a Stefan. Pero resultaba evidente que Kruza le tenía miedo, y tanto su aspecto como su voz indicaban que habría preferido encontrarse en cualquier otro lugar.

—No podía traerte aquí durante el día —explicó Kruza con precaución—. Resulta demasiado peligroso cuando sólo el jefe y sus secuaces están por aquí. Ahora nos encontramos más seguros, entre la multitud y el ruido. Si sucede algo que te trastorne o inquiete, cualquier cosa por mínima que sea, mézclate con la muchedumbre, quédate sentada durante el espectáculo y luego sal con la gente. Y cuando salgas, busca a alguien seguro y quédate cerca de él; incluso un guardia de la ciudad si es necesario.

—Si tenemos que entrar allí, ¿por qué no vamos con el resto de la gente? —preguntó Lenya.

—Hay otra entrada. Bleyden dirige este lugar, y yo sé cómo moverme por aquí.

—¿Bleyden? —inquirió la joven—. ¿Cómo lo conoces?

—Trabajo para él —respondió Kruza en un tono que denotaba vergüenza.

—¡Que los dioses nos protejan, Kruza! Seguro que no puedes trabajar para un hombre así. Hablas como si lo despreciaras.

—Todos los que trabajan para él lo desprecian. Todos los que le deben dinero lo desprecian. Es un hombre con muchísimo dinero y poder, y sin ningún amigo.

Lenya vio los callejones más estrechos que mediaban entre la plaza de Fieras y los edificios vecinos, cerrados con altas verjas de hierro. Kruza miró a su alrededor y, luego, tras abrir la verja apenas los centímetros suficientes, se deslizó al otro lado y llevó a Lenya consigo. La muchacha casi tropezó con un escalón que no había visto en la oscuridad. Recobró el equilibrio aferrándose a la verja que tenía detrás, que se cerró con un sonoro golpe. La cabeza de Kruza giró con brusquedad, y sus ojos verdes le lanzaron una mirada feroz a través de la polvorienta noche; pero le pareció que nadie los había oído.

—¡Vamos! —susurró él.

Dos noches antes, en el día de su paseo por Middenheim con Lenya, Drakken había regresado muy tarde al dormitorio colectivo de las barracas. Morgenstern había reído porque el muchacho hubiese tenido una agotadora cita con su bonita campesina.

—Perdió la virginidad en el campo de batalla. ¡Tal vez esta noche la pierda en la cama! —rió el veterano con voz espesa a causa del alcohol.

—O contra la pared de un patio del palacio —intervino Anspach, y todos se echaron a reír.

Gruber se encontraba sentado en su camastro, pensando en que Lenya estaba segura de regreso en el castillo, y preguntándose dónde podría estar, en realidad, el joven Drakken, cuando el muchacho irrumpió en el dormitorio colectivo, acalorado y furioso.

Drakken se quitó la piel de lobo y las piezas de la armadura, se sentó en la cama y se cogió la cabeza con las manos. Gruber avanzó hasta él al mismo tiempo que

agitaba una discreta mano hacia los demás para que se ocuparan de sus asuntos y dejaran a Drakken tranquilo.

Cuando Gruber se sentó a su lado, el robusto joven dejó caer las manos sobre el regazo y levantó la mirada.

—La he perdido —dijo con voz queda—. Perdí a Lenya en la ciudad. Yo... no pude volver a encontrarla. ¡Por los dientes de Ulric, Gruber! ¿Qué será de ella a solas, en la ciudad, por la noche?

—No te apures, muchacho. —Gruber le dedicó una sonrisa tranquilizadora—. Hace horas que la encontré fuera del templo, sana y salva. La llevé de vuelta al palacio. Probablemente, estará ya durmiendo.

Durante un espantoso momento, Gruber pudo pensar que Drakken iba a abrazarlo: ¡Tan aliviado parecía el pobre muchacho! Pero Drakken se limitó a ponerse de pie, para luego volverse a sentar con brusquedad, mientras el enojo y la frustración se manifestaban con total claridad en su ancho rostro.

Tras una buena noche de sueño, el enfado de Drakken había desaparecido, y quería asegurarse de que Lenya estaba a salvo. Casi había decidido ir a verla cuando se la imaginó diciéndole que no pasaba nada malo y regañándolo por querer controlarla; así que no visitó a su amada.

En cambio, la vigiló. Drakken pasó todo aquel día observando los movimientos de Lenya. Para su alivio, no abandonó el palacio en ningún momento. Tal vez, estaba asustada por el día pasado en Middenheim y había decidido que el palacio era un lugar mucho más seguro. Pero Drakken lo dudaba.

Por la tarde del segundo día, siguió a Lenya cuando se escabulló hacia la ciudad. La vio avanzar por el camino de ronda del Gran Parque y entrar en el recinto, y se mantuvo a distancia mientras ella daba vueltas entre la muchedumbre. Por fin, la vio desaparecer por los escalones en los que había acordado encontrarse por segunda vez con Arkady.

Drakken quedó profundamente asombrado de que conociera aquella escalera, y muy preocupado por el hecho de que hubiese bajado por allí, pues no sabía que se había limitado a sentarse a esperar. Drakken se apresuró a salir del Gran Parque. Tendría que moverse con rapidez si quería llegar al pie de la escalera para seguir a Lenya. Ese atajo conducía directamente a Altquartier, y la ruta que tomaría él, a través de las calles, daba muchas más vueltas. Menos de diez minutos más tarde, Drakken se encontraba escondido en las sombras de un diminuto patio situado al pie de la escalera del Gran Parque, jadeando. Estaba seguro de haber perdido ya a Lenya, pero no se le ocurría otra cosa que hacer, aparte de esperar.

Media hora más tarde, Drakken estaba intentando trazar un nuevo plan cuando oyó pasos en la escalera y volvió a lanzarse silenciosamente hacia las sombras. Lo atravesó una punzada de celos al ver que Lenya cruzaba el patio en compañía de

Arkady. ¿Qué estaba haciendo su chica con aquel joven carterista?

Drakken también estaba allí cuando Lenya conoció al sacerdote de Morr. El mismo habló con el hombre cuando éste se separó de Lenya y de un segundo carterista desconocido, a los que dejó en una taberna. Drakken no podía dilucidar lo que estaba sucediendo. La había visto con dos desconocidos y con un sacerdote de Morr, y, además, Lenya había hecho algo espantoso con su vestido. Lo que le contó el sacerdote de Morr tampoco tenía ningún sentido para él. Lenya jamás había mencionado a un hermano perdido.

En ese momento, Drakken se encontraba en el exterior de la plaza de Fieras, situada en el Weg Oeste, cuando oyó el golpe de la verja al cerrarse. Observó desde pocos pasos de distancia cómo Lenya y el desconocido descendían una escalera hacia las profundidades del edificio. Drakken tuvo un terrible presagio. De inmediato, supo que tendría que salvar a Lenya, aunque no sabía de qué.

—¡No podéis entrar aquí! —dijo con brusquedad una voz desde las sombras cuando Lenya y Kruza atravesaban el umbral de la entrada que había al pie de la escalera—. ¡Está cerrado!

A Lenya no le gustó cómo sonaba aquella voz; parecía forzada a pasar a través de un bocado de comida. Tampoco le gustó el olor a animales asustados y sudor cargado de adrenalina que saturaba el aire.

—¿Kled? —llamó Kruza.

Entonces, apareció el enano. Lenya nunca había visto a nadie de esa raza antes. Era tan alto como ancho, y sus pesados y duros músculos se destacaban sobre un torso grueso y un cuello corto. Estaba desnudo de cintura para arriba y el tronco era lampiño. Una mano corta y maciza asía algo de lo que arrancaba bocados con sus dientes irregulares y separados.

—¡Kruza! —exclamó Kled el enano—. ¡Está cerrado! Hoy no es tu día.

Luego, el hombre bajo, que a Lenya, extrañamente, le pareció una parodia cruel de Drakken, miró más allá de Kruza y a su rostro asomó una enorme sonrisa, que dejó a la vista el contenido de su boca.

—¿Has estado de reclutamiento, Kruza? Ya le has echado uno tú mismo, ¿verdad?

Kled sonreía impudicamente, sin tapujos, mientras caminaba alrededor de Lenya en un círculo estrecho y trazaba un anillo sobre el serrín acabado de esparcir.

—¡No!

Esa única palabra pronunciada por Kruza tenía el tono de una amenaza. Kled se puso a reír echando atrás la cabeza antes de volver a llenarse la boca.

—Quiero cierta información —continuó Kruza—; información sobre un joven, un campesino.

—Probablemente, está muerto —respondió Kled.

Lenya ya había tenido suficiente de aquella bestia. ¡No le daba miedo! Al menos, se decía a sí misma que no la asustaba. Pasó junto a Kruza.

—El sacerdote de Morr dice que no —declaró, y tragó para quitarse el duro nudo que tenía en la garganta y que hacía que su voz se quebrara—. Llévame a ver a Bleyden. Necesito hablar con él.

—¿Que te lleve a ver a Bleyden? —repitió el enano con la cara tan cerca de la de Lenya que la muchacha sintió deseos de retroceder—. No hables tan a la ligera de mi señor, ramera, o lo lamentarás.

—Tengo que encontrar a Stefan Dunst —dijo Lenya, apenas capaz de mantener la compostura—. Tal vez tu señor sepa dónde está.

—Y quizás el precio que te pedirá el Bajo Rey te resulte demasiado alto —respondió Kled con una voz que sonaba amenazadora.

Kruza estaba de pie detrás de Lenya, consternado. Se había prometido a sí mismo que la cuidaría, pero ella no estaba cooperando.

—Kled —comenzó—, no veo ninguna razón para molestar al amo Bleyden. Tal vez tú podrías averiguar si Stefan Dunst ha trabajado para él.

—Ni hablar —contestó Kled.

Detrás de él, alguna bestia invisible se lanzó contra la reja de la jaula; rugía con voz histérica y hacía retumbar el subterráneo con el estrépito de un peso enorme lanzado contra los barrotes de metal. Kled dio media vuelta y cogió una cachiporra para ir a castigar al animal.

Lenya vio su oportunidad. Tras coger a Kruza de la mano, se alejó de Kled hacia una entrada baja que había en la pared opuesta. Podía ver que se filtraba luz a través de las rendijas que quedaban entre la puerta y el marco, que ajustaban mal, y dedujo que tal vez la conduciría hasta el Bajo Rey llamado Bleyden.

Desde su observatorio, acucillado en lo alto de la estrecha escalera, Drakken escuchaba con atención. Se encontraba agachado de lado, incapaz de sentarse en el espacio que era un poco más estrecho que su cuerpo. Al prestar atención y concentrarse mucho, logró entender cada una de las palabras del recibimiento de Kled. Aguardó con la esperanza de que eso concluyera con el encuentro, pero cuando el animal rugió e intentó destrozar la jaula, el Lobo Blanco sólo percibió peligro, y corrió escalera abajo tan rápida y silenciosamente como pudo.

Lenya tiró del pomo de la puerta, pero ésta no se abrió. Detrás de ella, Kruza, que empezaba a sudar, la apartó a un lado. Se dio cuenta de que, después de eso, no habría camino de retorno, así que cogió el pomo de la puerta y tiró. Luego, frustrado

y casi ganado por el pánico, empujó con un hombro, en el que descargó todo el peso de su cuerpo.

La puerta se abrió de golpe. Kruza cayó pesadamente al interior y arrastró consigo a Lenya. Al abrirse la puerta, el ruido de centenares de voces entusiastas se elevó para saludar al dúo. Esto fue seguido por un repentino silencio, que quedó interrumpido por un lento y solitario aplauso de insatisfacción. Lenya se levantó y comenzó a sacudirse serrín de la falda. Kruza, aún en el suelo sobre manos y rodillas, alzó la cabeza con todo el aspecto de un perro que olfatea el aire. No estaba preparado para lo que vio.

Kled golpeó con la porra la jaula de la asustada criatura y se volvió para expulsar de una vez y para siempre a Kruza y su guapa fulana; pero habían desaparecido y estaba abierta la puerta que daba paso al foso. Kled la cerró antes de que los animales pudiesen meterse bajo las gradas.

Algo iba mal. El público de arriba había quedado en silencio y, luego, había comenzado a golpear las manos con un extraño ritmo lento que el enano no había oído nunca en todos los años que llevaba trabajando en la plaza de Fieras. Kled dejó caer la porra, cogió el justillo del gancho donde lo tenía colgado y, mientras se lo ponía, ascendió corriendo por la escalera de espiral que lo llevaría hasta el puesto de observación de los entrenadores.

Drakken se encontraba al pie de la escalera y miraba hacia el interior del espacio subterráneo que se extendía más allá. No veía nada, pero oía golpes sobre una jaula y el murmullo amortiguado del público. Luego, hicieron las palmas y, a continuación, unas aclamaciones sonoras.

De rodillas sobre el serrín, Kruza miró al interior del gruñente hocico de un robusto perro con pecho de barril, que tenía cabeza cuadrada y pequeños ojos destellantes. La saliva goteaba de los colmillos del bull terrier y, de la herida que tenía en un flanco, caía un líquido amarillento. En menos tiempo del que se necesita para realizar una somera inspiración asustada, Kruza estaba de pie y saltaba por encima del perro. Una aclamación tremenda recorrió al atónito público.

Mientras Kruza se levantaba y saltaba, Lenya captaba la primera visión del entorno. Detrás de Kruza, se alzaba un alto poste, en el centro del local abarrotado. Encadenada a él, había una enorme bestia marrón y sucia, que aullaba, y del collar con púas que le rodeaba el cuello pendían varios palmos de cadena de gruesos eslabones. Las enormes patas que pisoteaban el suelo cubierto de serrín estaban atadas entre sí para restringir su movimiento.

En torno al enorme oso que se alzaba sobre dos patas, varios bull terrier saltaban

y lanzaban dentelladas, y sus ojos enloquecidos se desesperaban por lograr morderlo. Lenya se volvió para echar a correr, pero la puerta por la que había entrado estaba cerrada.

De pie en el borde de la plataforma de entrenadores, Kled se llevó los dedos a la boca y profirió un agudo silbido, que atravesó el estridente ruido de la arena e hizo que los bull terrier volvieran la cabeza por un instante. Pero sólo por un instante.

Kled les hizo un breve gesto a los cuatro hombres vigorosos que se habían levantado de sus asientos entre la frenética multitud al oír el silbido; en ese momento, ya estaban bajando entre las apretadas hileras de las gradas. Apoyando los pies con firmeza en los bancos, avanzaron sin esfuerzo entre la muchedumbre. Al cabo de poco rato, cuatro hombres corpulentos, ataviados con armaduras de cuero y que se ponían cascos con cuernos, llegaron al muro alto que rodeaba el escenario y saltaron por encima.

—¡Sacadlos de ahí! —les gritó Kled—. ¡Sacadlos!

Ya reinaba el caos. La gente estaba volviéndose loca de entusiasmo. Los hombres de Kled entraron en acción.

Uno de los cuatro hombres cayó justo detrás de Lenya e intentó levantarla, pero no había imaginado que aquella mujercita menuda fuese tan rápida. Se agachó, escapando de su abrazo, y se escabulló entre sus piernas. Al volverse para ver adonde había ido, sintió un agudo dolor lacerante en una pantorrilla. El perro con el que Kruza se había encontrado cara a cara y que había perdido su primer objetivo cerró entonces las mandíbulas sobre la pierna del matón como si fuese su primera buena comida.

Los demás hombres se armaron con las lanzas que había contra el muro del escenario por si surgían emergencias y comenzaron a pinchar a los perros. Su misión consistía en controlar la situación y en sacar a los intrusos de la arena lo más pronto posible, antes de que todo el espectáculo se transformara en una farsa. Kled observaba con ansiedad desde su puesto.

Kruza aterrizó a pocos pasos del oso. Se acuclilló y tendió una mano tranquilizadora hacia el frenético animal, que bramaba y echaba espuma por la boca al mismo tiempo que tironeaba de las cadenas, desesperado por salir tras sus torturadores después de meses de repetidos abusos. Los perros gruñían y describían círculos en torno a él. Al cabo de un momento, uno de los matones comenzó a aproximarse a Kruza, a la vez que pinchaba con la lanza a los perros que tenía delante. Se trataba de un hombre enorme, que lucía tatuajes en las zonas del cuerpo que no estaban cubiertas por la lustrosa armadura de cuero negro. Su mellado casco de acero adornado con cuernos resultaba imponente sobre la frente, pero la mandíbula cuadrada y la ancha boca con su horripilante labio leporino eran aterrorizadores.



Con la vista aún alzada, Kruza bajó la mano al suelo y, luego, arremetió con los hombros y rodeó con los brazos las impresionantes pantorrillas del terrible gladiador. El cuero negro cayó en el serrín, entre una nube polvorienta. Kruza se le sentó sobre el torso y comenzó a tironearle del casco, aferrando un cuerno con cada mano y haciéndolo girar de un lado a otro, hasta casi estrangular al hombre con la tirante correa que le pasaba por debajo del mentón.

Se oyó un rugido de risa procedente de la multitud. Las luchas de fieras eran una cosa, pero esa batalla semicómica era otra muy distinta. Estaba claro que consideraban justo el precio pagado por la entrada.

Kled se cogió la cabeza con las manos. Las cosas iban de mal en peor. Sin duda, mañana se quedaría sin trabajo. Levantó la cabeza al oír que la chusma se ponía de pie, pataleaba, vitoreaba y aplaudía por encima de la cabeza, y entonces miró hacia la arena.

En la entrada del escenario, ante la puerta de fieras, había una figura. Kled volvió a mirar. Un enorme hombre enmascarado ocupaba toda la puerta. Estaba desnudo de cintura para arriba y ya brillaba de sudor. En una mano, llevaba un mazo enorme, provisto de mango largo y pesada cabeza de hierro. En la otra, tenía una tosca porra rematada por una serie de robustas púas de hierro. No eran armas, sino herramientas, las herramientas del oficio de Kled, cogidas del subterráneo por aquel pasmoso gladiador. El hombre permaneció allí durante lo que pareció una eternidad, lo bastante para que Kled y el público pudiesen reparar en sus calzones de cuero y sus botas altas hasta la rodilla, las bandas que le envolvían apretadamente las muñecas y el torso lustroso. El hombre era más bajo que la media, pero lo que le faltaba en estatura lo compensaba sobradamente en anchura. Sobre la cabeza, llevaba una improvisada máscara, un saco pequeño con agujeros para los ojos.

Un instante más tarde, el mazo comenzó a girar por encima de la cabeza del gladiador, mientras éste deslizaba la mano por el mango. El hombre había visto algo que a todos los demás les había pasado por alto porque estaban observándolo a él: los movimientos del oso.

El ruido de la muchedumbre y el insólito número de humanos que cabriolaba por la arena habían llevado al oso más allá del pánico. Se arrojó contra el poste con todo su peso y, luego, se lanzó en el sentido contrario y cayó sobre las cuatro patas. La parte superior del poste se había partido a causa de la fuerza del tirón, y la cadena acababa de zafarse. El oso estaba suelto.

Los perros que lo rodeaban reaccionaron con excesiva lentitud. El oso arremetió contra uno, al que atacó con garras y dientes, para luego lanzar a otro por el aire, con el lomo partido y aullando. Los perros restantes retrocedieron, asustados ante aquel cambio de situación. El oso, entonces frenético, lanzaba gotas de sangre de perro por

el aire al sacudir el hocico mientras avanzaba hacia los objetivos humanos que lo rodeaban. La multitud bramaba.

El gladiador se mantuvo firme e hizo girar con fuerza el mazo que sujetaba con la mano; luego, lo soltó. El mazo salió volando muy arriba por el aire, giró dos veces a causa del impulso que le había imprimido el gladiador y, al caer contra un lado de la cabeza del oso, produjo un ruido de hueso que se partía. El animal gimió una vez y se desplomó sobre dos de los perros, que quedaron gimoteando bajo el tremendo peso.

La multitud volvió a rugir, y Kruza se levantó de un salto de encima del torso de su oponente semiestrangulado; tenía la intención de evitar el siguiente enfrentamiento cuando se presentase.

Lenya se volvió, distraída, para mirar al gladiador, y alguien la cogió por detrás. Al volverse, vio que era el matón cuya pierna había sido mordida; pese a que sangraba, aún se mantenía fuerte y en pie. Lenya luchó y pataleó, y el público se echó a reír.

La risa acabó en otro gran rugido de aprobación cuando el misterioso gladiador blandió la porra a dos manos y descargó un golpe sobre la espalda cubierta de cuero del matón. Éste soltó a Lenya y retrocedió con paso tambaleante. El hombre se volvió al mismo tiempo que desenvainaba un largo cuchillo que llevaba en el cinturón. Lanzó una puñalada y, luego, hizo un segundo intento de hundir la hoja en el musculoso pecho del gladiador, que respondió con otro golpe de porra que dejó al matón tendido boca abajo en el suelo, donde la sangre se mezcló con el serrín hasta formar una oscura mancha.

Kled contemplaba aquello con pasmo. Dos de sus mejores hombres habían sido vencidos por Kruza y aquel misterioso luchador; por no hablar del oso, su actor y aliado de confianza desde hacía ya más de dos años, y que no sería fácilmente reemplazable. Y entonces, Kled oyó que el público salmodiaba el nombre de «¡Hombre Enmascarado! ¡Hombre enmascarado!», y sonrió para sí. Tal vez, después de todo, había tropezado con algo bueno. Quizás aquel hombre enmascarado necesitase un trabajo.

El gladiador cogió a Lenya, y la multitud lo abucheó. Ella miró a Kruza cuando el hombre intentaba llevársela; protestó, pataleó y se puso a gritar.

—¡Kruza! —lo llamó.

—¡Este no es sitio para ti, señora! —dijo el gladiador.

Mientras aporreaba el pecho del hombre enmascarado, ella lo insultaba.

—¡Bastardo! ¡Suéltame! ¡Tengo que ayudar a Kruza!

Para su sorpresa, él la soltó.

Los restantes perros de la arena habían abandonado la acción al darse cuenta de que el oso estaba muerto y los aguardaba una comida. Los últimos dos matones, que habían estado intentando mantener controlados a los canes con las largas lanzas, se

volvieron entonces hacia Kruza. El público esperaba con el aliento contenido mientras las máquinas de lucha recubiertas de cuero describían círculos en torno a Kruza, con las lanzas apuntando el suelo y amenazantes.

—¡Matadlo! —gritó alguien del público.

Otras voces se le unieron hasta que la totalidad del local resonó con el ritmo de centenares de pies que golpeaban lentamente para acompañar cada grito.

—¡Matadlo! ¡Matadlo! ¡Matadlo! ¡Matadlo!

Kruza arrastraba los pies por el suelo del escenario y se preparaba. La primera lanza se adelantó para enredarse en sus piernas, pero Kruza saltó en el momento justo y la evitó. La punta de la segunda lanza avanzó a la altura de los hombros, y tan pronto como Kruza cayó después del salto, se vio obligado a agacharse para dejar paso a la lanza, que le silbó cerca, por encima de la cabeza. Las lanzas arremetían contra él con rapidez, pero Kruza tenía pies veloces. El público estaba casi en silencio y observaba a los tres hombres que ejecutaban aquella curiosa danza.

Lenya se lanzó sobre la espalda del matón que tenía más cerca, del mismo modo como en que había atacado intrépidamente a sus hermanos en las luchas fingidas cuando estaban en su hogar. Tuvo que saltar para pasarle las manos por encima de los hombros y luego izarse, ya que el atacante de Kruza era casi dos cabezas más alto que ella. Le rodeó el cuello con un brazo de manera que el codo quedase a la altura de la garganta; luego, se cogió cada muñeca con la mano contraria y lanzó todo su peso hacia abajo y atrás. Sus pies colgaron sobre el suelo durante un momento, pero sintió que el tipo cedía. Levantó las rodillas, las apoyó contra la cintura de él, se impulsó hacia atrás por segunda vez y salió despedida al caer el matón de espaldas, con un ataque de arcadas y tos a causa de la llave de ella.

El gladiador enmascarado se deslizó en torno a la lucha, con un ojo puesto en los perros que comían, y recogió el mazo que estaba tirado en el suelo. A continuación, se dirigió hacia el matón restante. Su primer golpe coincidió a la perfección con la estocada baja que le lanzó el luchador vestido de cuero. Ambos erraron el golpe, pero el enmascarado no perdió para nada el equilibrio y su mazo describió un arco largo al descargar el segundo golpe, que dio en el blanco. El casco de dos cuernos salió volando de la cabeza del matón y cayó entre el público, del cual se alzaron numerosas manos para atrapar el trofeo. Mucho antes de que alguien lograra coger el casco, el matón yacía en el suelo con las piernas torcidas en direcciones poco naturales a causa del impulso del golpe, y la cabeza sangrante y abierta.

Kled continuaba impassible en su puesto de observación mientras contaba las pérdidas: dos útiles luchadores, un par de perros (los restantes serían inútiles hasta dos semanas después de aquella abundante comida) y su oso señuelo favorito. ¿Y sus ganancias? Bueno, el enmascarado contrarrestaría cualquier pérdida si podía

persuadirlo de luchar otra vez.

Los matones a los que Kruza y Lenya habían dejado fuera de combate volvían a levantarse, pero ninguno parecía querer la revancha. La multitud estaba haciendo un escándalo capaz de despertar a los muertos.

El gladiador se volvió para mirar a Kruza y Lenya.

—Nos marchamos. ¡Ahora! —les dijo a gritos por encima del estruendo.

—La puerta de entrada está cerrada... —comenzó Lenya.

El gladiador levantó el mazo.

—No por mucho tiempo.

Kled bajó a toda velocidad por la curva escalera hasta el subterráneo, desesperado por darle alcance a su nuevo descubrimiento antes de que desapareciera en la noche. Los aplausos frenéticos aún sonaban en sus oídos, y al cabo de poco fueron reemplazados por gritos de «¡Más!» y «¡Hombre Enmascarado! ¡Hombre Enmascarado!».

Camino del exterior, el gladiador, que aún llevaba la máscara de tela firmemente encajada en la cabeza, se echó un hato sobre el hombro y se llevó al desgredado par lejos de la inesperada aventura. Lenya advirtió que el hato parecía estar envuelto en una especie de piel.

El extraño trío se alejó apresuradamente del exterior desierto de la plaza de Fieras y bajó por una serie de callejones vacíos. Se detuvieron en una plaza diminuta, situada detrás de altos edificios, donde apenas había espacio para los tres, pero tampoco ventanas desde las que pudiesen espiarlos. El hombre enmascarado se arrodilló junto a su peludo bulto y comenzó a desatarlo. Luego, con gesto impaciente se quitó la improvisada capucha de tela y dejó a la vista el pelo pegado a causa del sudor a la frente lustrosa.

—¡Krieg! —exclamó Lenya con un chillido contenido y jadeante—. Krieg... Pero ¿cómo...? ¿Qué...?

Estaba tan sorprendida que no podía recobrar el aliento y comenzó a sentir un hormigueo en los dedos de las manos. Pensó que iba a vomitar.

—¿Lo conoces? —preguntó Kruza.

Luego, reparó en lo que el hombre medio desnudo estaba sacando del paquete. Por un momento, pensó en huir, pero en los ojos del otro había una expresión que le advirtió que no lo intentase siquiera.

Una vez ataviado nuevamente con su piel de lobo y su peto, el Lobo Blanco llamado Krieg Drakken condujo a Lenya y Kruza hasta una taberna cercana. Kruza

no sabía qué decir, así que se entretuvo con el barril y llevó a la mesa tres altas jarras de buena cerveza. No le gustaba el hecho de mezclarse con una figura de autoridad tan poderosa como aquel hombre, no le gustaba ni pizca, pero no le apetecía dejar a Lenya después de lo que habían pasado juntos.

—Yo podría haberte ayudado a encontrar a tu hermano —le estaba diciendo Drakken a la muchacha con tono severo—. ¿Por qué no confiaste en mí? ¡He estado a punto de atraer la ignominia sobre mi templo al tener que entrar en la arena para rescatarte! Si alguien me hubiese reconocido...

—Lo lamento —se excusó ella.

Lenya se preguntó por qué no había confiado en él. ¿Era sólo porque ya le debía demasiado? No quería pensar en el asunto.

—¡Ahora nadie va a encontrarlo! —murmuró la muchacha con voz hueca—. Después de todo esto...

Lenya nunca se había sentido tan completamente inútil. Todas las pistas habían sido falsas, todos los rastros estaban fríos y ninguno de los riesgos había merecido la pena. Había luchado con toda la valentía de que era capaz, pero, al fin, el enorme tamaño de Middenheim había vencido a su voluntad y su fuerza.

—¡Ay, Stefan! —exclamó—. ¿Por qué tuviste que venir a este lugar? ¡Valiente pequeño Resollador que quería buscar fortuna!

Se llevó las manos al rostro y comenzó a llorar.

—¿Qué has dicho? —preguntó Kruza, de pronto—. Dijiste que se llamaba Stefan.

—Sí —respondió ella al mismo tiempo que sorbía por la nariz—, pero cuando éramos niños lo llamábamos Resollador...

—Resollador... —repitió Kruza con voz apenas audible por encima de los sollozos de Lenya—. ¡Que Ulric me condene! —exclamó, y derribando la silla a sus espaldas, se puso de pie a causa de la alarma—. ¿Tu hermano era Resollador?

# MITTHERBST

## Estandarte de Lobo

La noche era vieja y seca. Las lunas de pleno verano, como gajos de limón, flotaban hoscas en el cielo de suave color púrpura. Las mariposas nocturnas golpeaban contra los cristales y la protección de cristal de las farolas. En los interiores penumbrosos del gran templo de Ulric, un cálido silencio colmaba los pasillos y claustros. Era más de medianoche, y el calor diurno aún no había desaparecido. Más frescas que las calles durante el día, las grandes piedras del templo irradiaban entonces el calor que habían absorbido, y que desprendían las paredes y las columnas.

Aric, el portaestandarte de la Compañía Blanca, atravesó el atrio lleno de sombras del impresionante santuario a la luz de doscientas velas humeantes. El sudor perlaba su ancha frente joven. La costumbre y la observancia de las reglas lo obligaban a llevar la armadura gris y dorada y la piel de lobo del uniforme de templario, pero deseaba con toda su alma poder quitárselas.

Estaba de servicio. La Compañía Blanca tenía la guardia de vigilia y debía patrullar el palacio de Ulric hasta las primeras luces del día y el toque de maitines. Aric ansiaba el frescor y la niebla que esperaba que trajera el amanecer, que marcaría el final del turno de guardia.

Junto a la puerta en forma de arco de una capilla lateral dedicada a los hijos caídos de Ar-Ulric, Aric vio a Lowenhertz. El alto templario había apoyado su martillo de guerra contra la jamba y estaba de pie mirando hacia la ciudad a través de una ventana ojival desprovista de cristales. Al oír que Aric se aproximaba, se volvió a la velocidad del relámpago y enarboló el martillo.

—Tranquilo, hermano —le dijo Aric con una sonrisa.

—Aric... —murmuró Lowenhertz al mismo tiempo que bajaba el martillo.

—¿Qué tal va la noche?

—Sofocante. Huele el aire.

Ambos se quedaron de pie sobre el estrecho parapeto que había debajo del arco e inspiraron: sudor, humo de madera, podredumbre en el sistema de saneamiento.

—¡Ah, Middenheim! —murmuró Aric.

—Middenheim en pleno verano —añadió Lowenhertz—. Maldito sea su corazón

de piedra.

En alguna parte de Altmarkt, más abajo, sonaban furiosas campanillas de mano y se veía un lejano resplandor distante. Otro incendio en las calles secas como yesca. Sólo durante esa semana había habido una docena o más. Y fuera de la ciudad, las chispas de rayos veraniegos habían incendiado sectores del bosque por la noche a intervalos regulares. Los pozos estaban secándose, las letrinas hedían, estallaban peleas callejeras, abundaban las enfermedades y florecía la venta de aceite de clavo. Era un verano caluroso y humoso para cualquier región, y para Middenheim constituía uno excepcional.

—Es el verano más caluroso de los últimos ocho años —dijo Lowenhertz, que sabía de esas cosas.

—El más caluroso que yo haya pasado —le aseguró Aric, e hizo una pausa significativa.

—¿Qué? —preguntó Lowenhertz al mismo tiempo que se volvía a mirarlo.

Aric se encogió de hombros.

—Yo... Nada.

—¿Qué?

—Casi esperaba que me explicaras por qué. Con tus conocimientos y todo eso, casi esperaba que me dijeras que un verano tan sofocante como éste es un signo seguro de algún desastre.

Lowenhertz pareció ligeramente enojado, como si pensara que se burlaba de él.

—Lo siento —dijo Aric—, pero debo continuar con la ronda.

—¿Hermano Aric? —dijo Lowenhertz cuando el otro se alejaba.

—¿Lowenhertz?

—Estás en lo cierto, ¿sabes? Un verano como éste..., no según ninguno de mis conocimientos, signos o presagios..., pero un calor como éste se apodera de la mente de los hombres. Les cuece el cerebro, se lo retuerce. Antes del otoño habrá problemas.

Aric asintió con gesto solemne y se alejó. Le caía bien Lowenhertz, pero no había nada en lo que aquel hombre no pudiese ver un aspecto negativo.

—¡Entonces quítatela! —le espetó Morgenstern.

La noche sofocante no había mejorado su talante, y su enorme cuerpo estaba empapado de sudor. Se había quitado la piel de lobo y la armadura, y estaba sentado en la parte delantera de la capilla principal. Ataviado con la camisa, presionaba la cara y el cuello contra la piedra fresca de la pila llena de agua. Encima de él, la gran estatua de Ulric se alzaba hacia la oscuridad, silenciosa, inmensa.

«Y probablemente también está sudando», decidió Morgenstern.

—¡Va contra el reglamento! —protestó Drakken, el más joven de los Lobos



Blancos.

El recluta más reciente había alargado su turno para quedarse un rato con el veterano grande como un buey.

—¡Que Ulric se coma el reglamento! —le espetó Morgenstern al mismo tiempo que ladeaba la cabeza hacia la enorme estatua como muestra de respeto—. ¡Si tuvieras tanto calor como yo, le abrirías una zanja a esa armadura y chorrearías sudor! ¡En el nombre del Lobo, tienes la sangre lo bastante caliente para galantear a esa feroz mozueta de la corte del Margrave! ¡Debes estar cociéndote dentro de esa chatarra!

Drakken sacudió la cabeza con cansancio y se envolvió los poderosos hombros con la piel de lobo como si quisiera desafiar al calor.

«Bajo, hosco, ancho y testarudo —pensó Morgenstern—. Es indudable que nuestro muchacho Drakken tiene sangre de enano en su linaje. Es seguro que sus bastardos ancestros cavaron esta ciudad en la mismísima roca».

Se puso de pie al darse cuenta de que Drakken intentaba no observarlo. Morgenstern metió una mano dentro de la fuente.

—¿Qué estás haciendo? —le siseó Drakken.

El viejo veterano sacó del agua bendita una botella de cerveza tapada con un corcho.

—La puse a refrescar —explicó.

Después, quitó el tapón y se echó el frío líquido a la garganta. Casi podía oír cómo Drakken se atragantaba con su propia saliva y su envidia. El joven avanzó hasta él a grandes zancadas.

—¡Por el amor de Ulric, dame un poco!

—¿Un poco de qué?

Aric avanzaba por la fila central de la gran nave, y millares de llamas de vela oscilaban con la repentina brisa producida por su ondulante piel de lobo.

Drakken se quedó petrificado. Se oyó un sonido líquido cuando la botella desapareció de la vista dentro de la pila. Los rechonchos dedos de Morgenstern la habían soltado.

—¿Morgenstern?

El enorme templario giró con sobriedad, hundió las manos curvadas dentro del agua de la pila y las levantó luego para bautizarse el rostro en una salpicante cascada de plata danzante.

—Agua bendita, hermano Aric —respondió Morgenstern mientras sacudía sus empapados rizos como si fuera un sabueso y veía que Aric fijaba la vista en su cuerpo despojado de la armadura—. En las horas tardías como ésta, me gusta purificarme con el agua bendita de Ulric, para estar fresco para la guardia.

—¿De verdad?

—¡Oh, sí! —le aseguró Morgenstern mientras volvía a mojarse cara y torso—. Vaya, me sorprende que un joven serio y devoto del Lobo como tú no conozca el ritual. Absuelve, ya lo creo. Es purificador; muy purificador.

—Muy purificador —asintió Drakken.

Morgenstern sabía que el joven templario estaba a un paso de soltar la carcajada, así que cogió a Drakken por el cuello y lo sumergió de cara en el agua de la pila.

—¿Lo ves? ¡El joven Drakken está ansioso! ¡Se muere por purificarse! ¿Puedo complacerte también a ti con un bautismo nocturno?

—Perdóname por entrometerme en tus prácticas, hermano Morgenstern —respondió Aric al mismo tiempo que negaba con la cabeza—. No sabía que fueras tan... devoto.

—Soy un hermano de Lobos, Aric. Me duele pensar que podrías creerme descuidado con ese tipo de detalles. Que te sirva de lección. Piensas que los veteranos somos descuidados y que estamos más interesados en el vino, la canción y los favores femeninos. —Morgenstern mantenía bajo el agua la cabeza de Drakken, que luchaba por liberarse—. ¡Los Lobos jóvenes os avergonzáis de los que son como yo! ¡Vaya, estoy casi decidido a salir afuera ahora mismo y azotarme la espalda desnuda con amargas varas de mimbre para castigar mi alma por amor a Ulric! ¿Cuándo hiciste eso por última vez?

—Lo he olvidado. Una vez más, te pido disculpas —dijo Aric al mismo tiempo que daba media vuelta para continuar la ronda—. Me inclino con humildad ante tu estricta devoción.

—No tiene importancia.

—Pero tal vez deberías dejar salir a Drakken antes de que se ahogue —añadió Aric mientras se alejaba con una sonrisa afectada.

—¿Qué? ¡Ah!, sí...

—¡Bastardo! ¡Casi me ahogo! —dijo Drakken cuando salió del agua, o eso es lo que habría dicho si no hubiese estado intentando vomitar un pulmón.

Permaneció tendido sobre las baldosas, junto a la pila, jadeando y preso de las náuseas durante dos buenos minutos después de marcharse Aric. Morgenstern le dio una juguetona patada en las costillas.

—¿Has visto el problema en que me has metido, muchacho? —preguntó Morgenstern.

Introdujo las manos dentro de la pila y sacó una segunda botella que había puesto a enfriar.

Una mariposa nocturna golpeó repetidas veces contra el cristal de la lámpara. Anspach pensó en aplastarla, pero si había una apuesta segura era que un martillo de guerra no constituía un buen matamoscas. Estaba considerando qué probabilidades

tenía de aplastar a una mariposa nocturna con dicha arma cuando apareció Aric.

—¿Cómo va la noche, hermano Anspach?

—Calurosa y asquerosa, hermano Aric.

Se encontraban al pie de la escalera, bajo el arco a sardinel de la entrada de la capilla de trofeos del regimiento. Más allá de la puerta de reja, en la pared, bajorrelieves y frescos representaban a Wulcan, el castigo de Blitzbeil, la conmemoración de la roca Fauschlag, y había una veintena de otras imágenes relacionadas con la larga historia de Middenheim.

—¿Y la ronda? —preguntó Anspach, obviamente aburrido.

—Nada. Lowenhertz está de guardia en la capilla de los Caídos; Drakken y Morgenstern hacen el payaso en la nave principal; Kaspen y Einholt están quedándose dormidos en el anexo de la armería; Gruber se pasea con solemnidad por la torreta principal... Una noche tranquila.

Anspach asintió con un movimiento de cabeza y sacó una botella de debajo de la piel de lobo.

—¿Algo para refrescarte? —sugirió.

Aric dudó y, luego, aceptó la oferta.

—Sabe bien —comentó con tono apreciativo.

Le devolvió la botella y dio media vuelta. En ese momento, la punta de uno de sus pies chocó con algo que estaba sobre el piso y que resbaló por las losas. Tras buscarlo, Aric lo recogió. Era un candado.

—¿Cuánto hace que esto está tirado ahí?

Anspach, que avanzaba hacia él, se encogió de hombros.

—No tengo ni idea...

Entonces, ambos se volvieron para mirar hacia la verja de la capilla de trofeos, cuya puerta estaba entornada.

—¡Ay, no! ¡Ay, que Ulric me maldiga! —exclamó Anspach al mismo tiempo que avanzaba de un salto, con Aric detrás.

Empujaron la puerta hasta abrirla del todo e irrumpieron en la capilla. Aric sostuvo una lámpara en alto, y las mariposas nocturnas se pusieron a revolotear a su alrededor antes de estrellarse contra el cristal.

El plinto situado en un rincón del santuario, debajo de la gran piel de lobo, estaba vacío. Las Mandíbulas del Lobo, una reliquia incrustada en plata hecha con los colmillos de un gran lobo del bosque en tiempos antiguos, el más grande de los tesoros del templo, había desaparecido. Aric y Anspach retrocedieron con horror.

—Tengo problemas —jadeó Anspach.

—¿Tú tienes problemas? Anspach, todos tenemos problemas.

Maitines. Llegó el alba, calurosa, candente, intensa. En un anexo privado de las

profundidades del templo, caluroso como un horno, Ganz escuchaba atentamente a Ar-Ulric, el sumo sacerdote. De vez en cuando murmuraba: «Sí, sumo sacerdote», o «No, sumo sacerdote» u, «Obviamente, sumo sacerdote».

—¡Las Mandíbulas del Lobo! —estaba diciendo el sumo sacerdote con aliento que se agotaba en el aire caliente—. ¡De todas las reliquias, la más preciada!

—Sí, sumo sacerdote —dijo Ganz, servicial.

—Debe ser devuelta al templo.

—Obviamente, sumo sacerdote.

Las moscas y los escarabajos golpeteaban contra las rejillas de las ventanas.

—Si admitiéramos que hemos perdido la reliquia, todo Middenheim se descorazonaría. La población de la ciudad se volvería contra nosotros y desesperaría. Es un mal presagio. El peor.

—Sí, sumo sacerdote.

—Puedo daros dos días de tiempo.

—¿Señor?

—Dos días para encontrar y recobrar la reliquia, antes de que tenga que hacerlo público y atraer la vergüenza y el tormento sobre todos nosotros, especialmente sobre la Compañía Blanca, que estaba de guardia la noche en que fue robada.

—Comprendo, sumo sacerdote.

—Dos días, Ganz. No le falléis al templo.

No le fallaría; no, no, no.

Pero por su vida que no sabía por dónde empezar. Cuando regresaba a paso majestuoso desde las habitaciones del sumo sacerdote, a través de los jardines de la capilla donde suaves brumas se alzaban de los macizos a causa del calor, Ganz maldijo una y otra vez. No tenía alternativa, Tenía que..., que... confiar en todos ellos... Incluso en Morgenstern... y en Anspach.

—Bueno, señor —dijo Anspach con expresión adecuadamente solemne—, creo que nuestra mejor apuesta...

—¡Silencio! —le gritó Ganz.

La habitación quedó en silencio durante un segundo y, luego, el sonido irrumpió de nuevo cuando Ganz dio un portazo al salir. Los restantes miembros de la compañía de Lobos se miraron entre sí. Aric suspiró. Dorff comenzó a silbar, nerviosa y desafinadamente. Con lentitud y retraso, Morgenstern bajó las piernas de la mesa donde las tenía apoyadas. Gruber permanecía en el fondo de la habitación con aire tenebroso. Los otros movieron los pies para expresar su incomodidad.

—Sólo he dicho... —comenzó Anspach.

—¡Oh, cállate! —murmuró Aric—. Lo hemos deshonrado. Hemos deshonrado a nuestra orden, a nuestro templo, a nuestra ciudad.

—¿De verdad que es tan terrible? —preguntó Drakken con voz queda, y de

repente deseó no haberlo hecho.

—Las Mandíbulas del Lobo le fueron cortadas al gran Lobo Blanco de Holzbeck por el propio Artur, bendito sea su buen espíritu. Son sagradas entre todo lo sagrado. Y dejamos que las robaran durante nuestra guardia. —Lowenhertz avanzó hasta el centro de la habitación mientras hablaba con voz grave, como el doblar de unas campanas fúnebres del templo de Morr—. La palabra *deshonra* apenas puede expresar lo sucedido.

—Ya sé lo que todos estáis pensando —dijo Anspach al mismo tiempo que se ponía de pie—. Que fue culpa mía. Yo estaba de guardia en el relicario. Fui yo quien falló.

—Yo estaba contigo cuando encontramos el candado roto... —comenzó Aric. Pero Anspach lo hizo callar.

—Después de que sucediera; de eso, estoy seguro. Fue culpa mía, Aric, y todos pensáis que debía estar borracho, distraído, o que soy un estúpido...

—¿Y lo estabas? —preguntó Gruber con una voz cortante como un estilete desde el fondo de la habitación.

Anspach negó con la cabeza.

—No, Gruber, aunque supongo que nadie va a creerme. El hecho es que yo pensaba que estaba cumpliendo mis obligaciones con una vigilancia particular.

—Yo estaba borracho —dijo Morgenstern, de repente, y todos lo miraron—. O al menos iba camino de estarlo —matizó—. Drakken tampoco estaba en estado de hacer una buena guardia, gracias a mí. Soy tan culpable como...

—Yo estaba a cargo de la ronda de vigilia, en lugar de Ganz. Era mi deber —dijo Aric con voz queda—. Vi a Morgenstern haciendo el payaso. Vi a Anspach alerta ante la reja. Vi a Einholt y Kaspén durmiéndose en la armería.

Einholt y Kaspén bajaron la mirada.

—¡Os vi a todos! Descuidando el deber o cumpliéndolo, las dos cosas. Era una noche tranquila y no sucedía nada. Yo debería haberos llenado del espíritu de Ulric para que ninguno faltara a su deber, y no lo hice. Esto es culpa mía.

—Bueno —intervino Gruber, que avanzó hasta la luz y encendió su pipa con un suave beso de la llama de la lámpara—. Puede ser que Aric tenga razón. Tal vez sea culpa suya...

—¡Yo estaba borracho! —exclamó Morgenstern.

—¡Yo dormía! —intervino Einholt.

—¡Yo estaba distraído! —le espetó Lowenhertz.

—¡Y yo, desprevenido! —gritó Anspach.

—¡Basta! ¡Basta! —gritó Gruber al mismo tiempo que levantaba una mano—. Todos tenemos la culpa... ¿O ninguno la tiene? Ahí reside el asunto, ¿verdad? La compañía ha fallado; no, alguien en concreto. Y pensemos en esto con cuidado. Yo he

visto a Morgenstern borracho como un señor y, aun así, advertir que un goblin se escabullía por las proximidades. Anspach puede apostar su propia vida, pero sigue teniendo la nariz más fina de la compañía; no habría pasado por alto un robo como ése. Lowenhertz es el más serio de todos; no se le habría escapado una pista o indicio de que se estaba cometiendo una traición. Ni tampoco a Einholt, ni siquiera dormido. Kaspen, lo mismo. Drakken, con su vista ansiosa y su sentido del deber... ¿Es que no lo veis?

—¿Si no vemos qué? —preguntó Aric.

—¡Magia, Aric! ¡La magia robó las Mandíbulas del Lobo! A pesar de los fallos, sólo la magia podría haberse escabullido hasta aquí dentro para robarnos la reliquia. Aunque todos hubiésemos estado más sobrios y alerta, y hubiésemos sido más minuciosos..., ¡habría desaparecido igualmente! Id a buscar a Ganz para que vuelva. Tenemos trabajo que hacer.

Resultaba extraño..., incorrecto, de algún modo, andar por las calles de Middenheim sin el familiar peso de la armadura y la piel de lobo. Aric se rascó por dentro del sofocante cuello de una ligera capa de lino, que no se había puesto desde el día en que fue admitido en la compañía como aspirante.

Pero Morgenstern y Anspach habían dicho que debía hacerse así, y a pesar de todos sus numerosos fallos, sabían de esas cosas. Si la Compañía Blanca iba a explorar la ciudad de Middenheim en busca de las Mandíbulas del Lobo —recorrer cada taberna, interrogar a cada tratante de objetos robados, valorar y examinar hasta la parte inferior de los adoquines—, no podían hacerlo vestidos como templarios del Lobo.

Así pues, allí estaban; mientras el sol de media mañana se alzaba por encima de los tejados, allí estaban ellos lavados, afeitados y con la cabeza espesa tras una larga noche de vigilia, vestidos con blusas, capas y ropones mal combinados, que en la mayor parte de los casos habían dormido en cajas y arcones de las bodegas de la capilla durante meses o años. De hecho, Morgenstern se había visto forzado a enviar a Drakken a comprar ropas nuevas, ya que, desde la última vez que había vestido prendas civiles, había engordado muchos kilos y había ganado bastantes centímetros. Morgenstern también se había procurado un sombrero de ala ancha que creía que le confería un aspecto apuesto y misterioso, cuando, en realidad, lo hacía parecer una bulbosa seta venenosa que estaba marchitándose; pero Aric nada dijo.

Estaban todos tan raros, tan desemejantes de sí mismos... Gruber llevaba una blusa y un ropón vagamente cursis y desteñidos, que parecían propios de la moda de una o dos décadas atrás; Schell se había ataviado con una capa de terciopelo sorprendentemente suntuosa, que olía a hierbas antiinfecciosas. Lowenhertz lucía toscos calzones y una blusa de cuero, como un leñador. Incluso los que tenían aspecto

normal estaban raros, ya que Aric nunca los veía vestidos de ese modo.

La excepción era Anspach, con su traje hecho a medida, sus botas lustradas y su capa finamente drapeada. Aunque todos pasaban horas de asueto en las casas de comida y las tabernas de la ciudad, sólo Anspach llevaba otra cosa que la armadura o los colores de la compañía. Mientras que Morgenstern podía pasar toda una noche vestido con la armadura y de jarana en la taberna El Hombre de Guerra, las salas de juego, las plazas y las salas de dados, que constituían el vicio particular de Anspach, requerían un modo de vestir más refinado.

Se reunieron en la calle como hombres desconocidos los unos para los otros, y estuvieron varios minutos sin hablar bajo el calor abrasador del sol de Miththerbst, que iba en aumento. El aire resultaba transparente y fresco, y el cielo era de pintura de porcelana azul.

Finalmente, apareció Ganz, casi irreconocible con un jubón de estameña y una casaca de lana con capucha. No dijo nada porque no eran necesarias palabras; al menos, no muchas. Gruber, Anspach y Morgenstern habían convencido a Ganz de cuál era la línea de acción más correcta, y se había dividido el trabajo que debían realizar. Al salir, Ganz hizo un gesto de asentimiento, que fue correspondido por todos sus hombres, y la partida se separó en grupos más pequeños, que se alejaron unos de otros camino de diferentes barrios de la antigua ciudad.

—Dejadme hablar a mí —les dijo Anspach a Ganz y Aric cuando se acercaron a las puertas del lado sur de la plaza de Fieras, situada en el Weg Oeste.

Por la noche, en las ocasiones en que Aric pasaba por allí, aquel edificio con forma de tambor le parecía la boca del infierno, con sus flameantes braseros, su atronadora música de viento y tambores, los pataleos, los vítores y los rugidos de la muchedumbre y los animales.

Durante el día, bajo la implacable luz brillante del verano, era un lugar mísero, descascarillado, gastado, sucio y manchado por toda clase de sustancias malsanas. Carteles pequeños ondeaban y se rasgaban a lo largo de las paredes de piedra travertina, entre frases pintadas por ciudadanos que no estaban sobrios o eran casi analfabetos. Los braseros metálicos ennegrecidos se veían apagados. Dos hombres barrían la entrada, empujando toda clase de basura pisoteada por los escalones hacia la cuneta. Otro bombeaba agua de la fuente de la calle en una serie de cubos. Todos parecían de malhumor y despiertos sólo a medias.

—Habría sido mejor venir esta noche —siseó Anspach—, cuando estuviera abierto. Entonces, la actividad habría encubierto nuestras...

—No hay tiempo —le contestó Ganz—. ¡Y si tanto quieres encargarte de hablar, hazlo con alguien que no sea yo!

Entraron pasando a través de las sombras repentinamente gélidas de la puerta,

hasta el anillo de altos bordes, donde hileras de galerías de madera dominaban un profundo foso de piedra, en cuyo fondo había arena sucia y unos cuantos postes bien enterrados en el suelo y provistos de puntos de sujeción. Puertas de reja situadas en la pared a nivel de la arena daban paso a los sórdidos sótanos que había debajo de las gradas. Dentro del foso, un hombre esparcía arena sobre manchas de color marrón oscuro. El aire olía a una mezcla de sudor y humo; era un olor abrumador.

—Está cerrado —dijo una voz brusca desde la izquierda, y el trío se volvió.

Un fornido enano, desnudo de cintura para arriba y tremendamente musculoso, se inclinó hacia adelante y bajó del taburete en que había estado sentado masticando pan y salchicha.

—¿Dónde está Bleyden? —preguntó Anspach.

—Está cerrado —repitió el enano, separando bien las palabras.

Después, le dio un mordisco inverosímilmente grande a la salchicha y masticó mientras mantenía los ojos fijos en ellos.

—Kled —dijo Anspach, a la vez que ladeaba la cabeza y se encogía de hombros para tranquilizarlo—. Kled, tú sabes quién soy yo.

—Yo no sé nada.

—Sabes que está cerrado —lo corrigió Anspach.

El enano frunció el entrecejo. Se llevó la salchicha a la boca para morderla; luego, se acercó el pan, y después otra vez la salchicha. Se mostraba indeciso. Sus ojos no se apartaban de Anspach ni un segundo.

—¿Qué quieres? —preguntó—. Está cerrado —añadió por si alguien no lo había oído y para demostrar que con esa pregunta estaba haciendo una gran excepción.

—Ya sabes que he tenido una racha de... mala suerte. Bleyden ha sido lo bastante amable como para abrirme un crédito, pero insistió en que le hiciera algún pago provisional tan pronto como pudiera. Bueno, ¡pues aquí estoy! —dijo Anspach, que le dedicó una amplia sonrisa.

El enano Kled pensó durante un momento más, mientras las mejillas y los labios se abultaban de modo desagradable al limpiarse con la lengua los trozos de carne adheridos a los lados de las encías. Luego, con el extremo mordido de la salchicha, le hizo una señal para que lo siguiera.

Anspach inclinó la cabeza hacia Ganz y Aric para que lo acompañaran. Ganz tenía una mirada feroz, y su rostro estaba tan tenebroso como Mondstille.

—Espero que tengáis dinero los dos —dijo Anspach en voz baja.

—Si esto es alguna trampa para hacer que te pague las deudas de juego... —comenzó Ganz, que se atragantó con las palabras.

Estaban pasando por una serie de habitaciones de madera hediondas y mal ventiladas, situadas debajo de las gradas. Cajas de trastos flanqueaban las paredes, y había hileras de botellas vacías, cubos y alguna podadera. El enano avanzaba en



cabeza con paso pesado y atravesaba limpiamente cada puerta baja, mientras que los templarios tenían que inclinarse.

—Bleyden es dueño de este sitio y de otros cuatro como éste —dijo Anspach—. Controla a todas las muchachas de Altmarkt, y tiene muchos otros tratos... comerciales. Digamos que sabe muchas cosas sobre la suerte corrida por las mercancías hurtadas. Pero no hablará con nosotros a menos que tenga una buena razón para hacerlo, y mis noventa coronas impagadas son una razón muy buena.

—¿¡Noventa?! —gritó Ganz, y la palabra casi se convirtió en un chillido cuando se agachaban para pasar por debajo de otra puerta baja.

—Mi querido Anspach —dijo una voz suave desde la humosa penumbra que tenían delante—. ¡Qué sorpresa tan encantadora!

—Mira ahí —susurró Morgenstern por debajo de la ridícula ala blanda del sombrero—. ¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! ¡No con tanto descaro, muchacho!

Drakken desvió la mirada para posarla sobre algo que estaba en el suelo, junto a los pies de Einholt.

—¿Los ves? ¿Junto a la fuente, fingiendo que no miran? —continuó Morgenstern al mismo tiempo que miraba atentamente en la dirección opuesta.

—No... —comenzó Drakken.

—Yo, sí —dijo Einholt.

Jagbald Einholt era el hombre callado de la compañía. Alto, ancho y calvo, tenía una barba desigual, y una larga cicatriz le recorría un ojo, una mejilla y la garganta. Con su ojo lechoso, a menudo resultaba difícil saber hacia dónde miraba. En ese momento, con un estilo tan experto como el de Morgenstern, estaba evaluando a los observadores que se encontraban junto a la fuente mientras aparentaba mirar el gallo de la veleta del edificio de los abaceros.

—Boxeadores corpulentos. Cuatro de ellos. Han estado siguiéndonos desde La Dama Presumida.

Morgenstern se desperezó como si no tuviese ni una sola preocupación en el mundo.

Drakken echó una rodilla en tierra para ajustarse una correa de las botas y les echó una buena mirada desde detrás de la voluminosa capa de Morgenstern.

—Estuvisteis haciendo muchas preguntas —le susurró a Morgenstern al mismo tiempo que se erguía—. Ya hemos estado en cinco tabernas, y en todas ellas le planteasteis vagas cuestiones al mozo de la barra acerca de algo perdido.

—Hemos captado el interés de alguien, no cabe duda —reflexionó Einholt.

—Dejemos que sean ellos quienes hagan el primer movimiento —decidió Morgenstern mientras echaba a andar—. Ahora probaremos en El Burro Lento. Ya es más de mediodía, y podremos tomar una cerveza.

—Esto no es una excusa para arrastrarse de taberna en taberna —dijo Drakken. Morgenstern adoptó una expresión herida.

—Mi muchacho, estoy tomándome esto muy en serio. ¿En qué otra mañana habría pasado yo por cinco tabernas antes de mediodía sin haber bebido una sola jarra?

Se encaminaron al oeste por el ondulante empedrado del pasaje de los Escribanos, donde tuvieron que esquivar los abarrotados carros que subían desde los mercados. Cien metros más atrás, los cuatro hombres se apartaron de la fuente y los siguieron.

El Gremio de Apotecarios, situado en Ostwald Hill, tenía una palidez pestífera, amarillenta. Se trataba de un edificio muy viejo y venerable hecho a medias con madera; estando ésta semipodrida, la construcción se combaba como si estuviese envenenada. Gruber y Lowenhertz entraron en el aire estancado de la sala de audiencias a través de una arcada descuidada, y recorrieron con la mirada las muchas fachadas de vidrio coloreado de los talleres y *apothecum*.

—¿Conoces este lugar? —preguntó Gruber con la nariz fruncida.

El aire era seco y olía a oxidado.

—Vengo aquí de vez en cuando —replicó Lowenhertz, como si tales visitas fuesen tan naturales para un soldado como las que podía hacer a los armeros.

La respuesta hizo sonreír a Gruber, y una fina línea dividió su viejo rostro arrugado. El alto y severamente apuesto Lowenhertz había sido un enigma desde que fue trasladado a la Compañía Blanca en primavera. Habían necesitado un tiempo para confiar en él a pesar de su abrumador intelecto y ampliamente extraña sabiduría. Pero había demostrado que era leal, y había demostrado también lo que valía en el campo de batalla. Entonces ya consideraban con amable buen humor sus modales raros y educados, y nadie de la compañía negaba que era valioso. Resultaba un hombre con la suficiente cultura como para tratar cómodamente un millar de temas y, a pesar de eso, luchar como un lobo dominante cuando las cosas se ponían feas.

—Quédate aquí un momento —dijo Lowenhertz, y se alejó hacia los más oscuros confines del lugar, pasando por debajo del estandarte manchado y alarmantemente chamuscado del gremio.

Gruber se aflojó la capa, comprobó que tenía la daga en el cinturón y se recostó contra la pared. Pensó en los otros que, en grupos de dos o tres, exploraban la ciudad en ese preciso momento: Aric y el comandante Ganz seguían los caminos del azar trazados por Anspach hacia lugares de juego y apuesta; Schell, Kaspen y Schiffer se dirigían a los mercados; Bruckner y Dorff habían ido a hablar con sus compañeros de bebida de la guardia y la milicia de la ciudad; Morgenstern, Drakken y Einholt hacían la ronda por las tabernas. No sabía qué lo alarmaba más: que la actitud altiva de Anspach pudiese provocar problemas incontables entre la clase criminal, que

Bruckner y Dorff pudiesen contarles demasiadas cosas a sus compinches, que Schell y su grupo pudiesen ser engatusados por la clase comerciante, o que Morgenstern estuviese visitando tabernas. Sin duda alguna, era eso último: Morgenstern estaba visitando tabernas. Gruber suspiró y le rezó a Ulric para que, entre el estable viejo Einholt y el serio joven Drakken, tuviesen la fuerza suficiente como para mantener a raya al sediento Morgenstern.

Por lo que a ellos se refería, a Gruber le había tocado acompañar a Lowenhertz a explorar la última posibilidad. Lowenhertz había sugerido que las Mandíbulas del Lobo podrían haber sido robadas con algún propósito místico, y que la respuesta podría hallarse en los talleres de alquimia. A fin de cuentas, había sido Gruber quien había deducido que la magia había desempeñado un papel en el robo.

Estaba inquieto. La ciencia no iba con él, y se sentía desarmado por la idea de que unos hombres pasaran el tiempo mezclando frascos, filtros y pociones. Según Gruber, había un corto trecho desde eso a cualquier cosa siniestra y oscura.

Lowenhertz volvió a aparecer bajo el toldo del gremio y lo llamó con un gesto. Gruber se le acercó.

—Ebn Al-Azir nos recibirá.

—¿Quién?

—El alquimista jefe —respondió Lowenhertz con el entrecejo fruncido—. Hace años que lo conozco. Procede de tierras extranjeras, muy lejanas, pero su trabajo es excelente. Muéstrate adecuadamente humilde.

—Muy bien —respondió Gruber—, pero eso podría matarme.

Gruber tenía muy poco tiempo para los tipos extranjeros con sus pieles extrañas, raros olores y desconcertantes costumbres.

—Quítate las botas —le indicó Lowenhertz al mismo tiempo que lo detenía en el umbral de una puerta estrecha.

—¿Las qué?

—Es una señal de respeto. Hazlo.

Gruber reparó entonces en que los pies de Lowenhertz estaban descalzos. Blasfemó en silencio y se quitó las botas de montar, que eran de piel de cabritilla.

La estrecha puerta conducía a una escalera aún más estrecha, que ascendía en espiral hasta los oscuros confines del gremio. Una vez arriba, se agacharon para pasar por una arcada ojival y entrar en una larga sala del ático. Allí el aire parecía dorado. La luz del sol se filtraba como espesa miel a través de inclinadas claraboyas abiertas en el techo y provistas de cristales esmerilados, para reflejarse y quedar flotando sobre ricos drapeados de seda y red. La sala estaba cubierta por una alfombra de elaborado diseño, cuyos colores y tejido eran asombrosos y vibrantes. Lámparas de intrincada forja e incensarios de filigrana de oro humeaban en la habitación para iluminar, junto con la suave luz del sol, un espacio abarrotado de libros y rollos de

pergamino, arcones y drapeados, tablas de elementos y esqueletos articulados de pájaros, bestias y cosas parecidas a hombres. Había mecheros que ardían bajo esculturales recipientes de cristal, en los que líquidos de colores vivos siseaban, humeaban y despedían vapores oleosos. Estaba sonando una campanilla. El aire olía a algo dulce y empalagoso. Gruber intentaba respirar, pero la atmósfera estaba demasiado enrarecida. El perfume embotó sus sentidos por un momento; el perfume y el incienso.

Sobre una mesa redonda con pie de columna que había cerca y cuya superficie tenía incrustaciones de marfil, había una marioneta, un hombre de mirada feroz con pantalones de payaso, articulaciones enjoradas y una campanilla por cabeza. La marioneta estaba en reposo; tenía los hilos flojos y un rictus de muerte, como tantos cuerpos que Gruber había visto en el campo de batalla. «Ese aspecto tenemos todos cuando se aflojan nuestros hilos», pensó. La feroz mirada de la marioneta se alzaba hacia él desde el blanco rostro de porcelana. Gruber apartó la vista y se rió de sí mismo. ¡Un veterano de sesenta años como él tenía miedo de una marioneta de treinta centímetros de altura!

Una figura se puso de pie en la penumbra, apartó cortinas de red y salió a recibirlos. Se trataba de un hombre pequeño, vestido con un traje que lucía bordados en los anchos puños y el alto cuello. Su rostro era ceroso y cetrino, y en sus ojos hundidos había una mirada de gran vejez; vejez o quizá...

—¡Mi viejo amigo Corazón de León! —dijo con acento melodioso y muy marcado.

Lowenhertz inclinó la cabeza.

—¡Maestro Al-Azir! ¿Cómo están tus estrellas?

El hombrecillo unió las manos, que surgieron, oscuras y de largas uñas, del interior de las mangas como hojas escondidas de alguna arma mecánica. Gruber nunca había visto tantos anillos: espirales, sellos, bucles y círculos.

—Mis estrellas viajan conmigo, y yo las sigo. Por ahora, mi casa es benigna y me sonrío con los dones del cielo.

—Me siento feliz por eso —respondió Lowenhertz, y le echó una mirada a Gruber.

—¿Eh? ¡Ah!..., al igual que yo, señor.

—¿Amigo tuyo? —preguntó Al-Azir con un destello de dientes blancos al mismo tiempo que inclinaba la cabeza y abarcaba a Gruber con un gesto de la mano.

«Se mueve como una marioneta —pensó Gruber—, como una maldita marioneta colgada de los hilos, a quien la mano de un titiritero diestro le confiere toda la gracilidad y el movimiento».

—Éste es mi digno camarada Gruber —dijo Lowenhertz—. La confianza que me otorgas a mí también debe incluirlo a él. Somos hermanos del Lobo.

Al-Azir asintió con la cabeza.

—¿Un refrigerio? —preguntó.

«No, no es una pregunta. Es una obligación», decidió Gruber. Al-Azir profirió un breve sonido siseante a través de los dientes, y de detrás de las cortinas de red salió un hombre enorme, calvo, con una musculatura monumental, ataviado sólo con un taparrabos. Sus ojos eran sombreados y nada afables, y llevaba una ornada bandeja, sobre la que había tres diminutas tazas de plata, una tetera igualmente de plata y un cuenco con desiguales cristales de color pardo y con un par de tenacillas en forma de garras que descansaban sobre ellos.

El gigantesco servidor dejó la bandeja sobre la mesa y, al retirarse, se llevó la marioneta. Al-Azir los invitó a sentarse sobre los almohadones y cojines de satén que había alrededor de la mesa. Con gran cuidado, vertió en las tres tazas el humeante líquido aceitoso y negro que contenía la tetera, con movimientos lentos y gráciles.

Gruber observaba a Lowenhertz para saber qué hacer. Su compañero cogió la taza que tenía más cerca —en su mano parecía un dedal de plata— y echó dentro de ella algunos cristales, que cogió con las pinzas; luego, usó éstas para remover el espeso líquido. Murmuró algo y asintió con la cabeza antes de beber.

Lowenhertz no murió ahogado ni espumajeando por la boca, lo que Gruber tomó por una buena señal. Imitó el proceso: cogió la taza, puso dentro los cristales y removió con las pinzas. Después, murmuró «que Ulric me proteja» y asintió con la cabeza. Pero no pensaba beber por nada del mundo.

De repente, se dio cuenta de que Lowenhertz lo miraba con ferocidad, así que bebió un sorbo, se lamió los labios y sonrió. Mantener aquel sorbo dentro de su cuerpo fue la batalla más dura que jamás hubiese librado. Sabía a alquitrán, a alquitrán ahumado, alquitrán ahumado y hervido. Tenía con un amargo sabor a moho y un dulce aroma a jarabe corrompido.

—Muy bueno —dijo al fin, cuando estuvo seguro de que el hecho de abrir la boca no resultaría en una reproducción de su última comida.

—Algo te inquieta —dijo Al-Azir.

—No, en realidad es muy agradable... —comenzó Gruber, y luego calló.

—Se ha perdido algo —prosiguió Al-Azir con voz suave y melodiosa—. Algo precioso. ¡Eh! Precioso.

—¿Sabes eso, maestro?

—Las estrellas me lo dicen, Corazón de León. Hay dolor en la casa regente de Xerxes, y tanto Tiamut como Daríos, Hijos de la Mañana, desenvainaron armas curvas contra el otro. ¡Eh! Fue visto y escrito en el agua.

—Tu sabiduría me asombra como siempre, maestro. Los cielos hacen sus circunvoluciones, y tú lees los signos. Dime qué sabes.

—Yo no sé nada y lo sé todo —replicó Al-Azir al mismo tiempo que bebía

lentamente, con la cabeza inclinada.

«En ese caso, vayamos a lo segundo —pensó Gruber a la vez que maldecía mentalmente—. ¡Ya he tenido bastante cháchara de estrellas!»

Lowenhertz estaba a punto de hablar, pero Gruber intervino antes.

—¿Por qué no...?

Vio la mueca feroz de Lowenhertz y levantó una mano para calmarlo.

—Perdona mi franqueza, maestro Al-Azir —se corrigió—, pero éste es un tema delicado. Te agradeceríamos que nos contaras lo que sabes antes de sincerarnos del todo.

Miró a Lowenhertz, que asintió con reservada aprobación al mismo tiempo que fruncía los labios.

—A cambio de una ayuda semejante —prosiguió Gruber—, estoy seguro de que mi Señor Ulric hará brillar su agradecimiento sobre ti. No tengo duda de que su luz brilla en algún punto de tu firmamento.

—Estoy seguro de que sí —replicó Al-Azir con una sonrisa blanca como el marfil—, en alguna parte.

—Mi amigo habla en serio, maestro Al-Azir —intervino Lowenhertz—. ¿Puedes contarnos lo que sabes?

Al-Azir dejó la taza sobre la mesa y cruzó las manos de modo que cada una desapareció dentro de la manga contraria, para luego fijar la vista en las intrincadas incrustaciones de la mesa.

—Las Mandíbulas del Lobo; es lo que dicen las estrellas.

Gruber sintió que se le hacía un nudo en el estómago, y se inclinó para captar todas las suaves y ondulantes palabras.

—Las Mandíbulas del Lobo, preciosas mandíbulas, hueso brillante. Son preciosas y han sido robadas.

—¿Por quién? ¿Con qué propósito? —preguntó Lowenhertz.

—Por la Oscuridad, Corazón de León. La inmunda Oscuridad. No pueden ser recuperadas. ¡Eh! ¡He visto aflicción en esta ciudad-roca! ¡Dolor! ¡Pestilencia! ¡Eh! ¡He visto desdicha, llanto y lamentaciones!

—¿No pueden ser recuperadas? —De pronto, la voz de Lowenhertz pareció frágil—. ¿Por qué no, maestro? ¿Qué es esa Oscuridad de la que hablas?

—Noche. Pero no una noche de las estrellas en las que se puede leer y aprender de ellas. Una noche sin estrellas. ¡Será entonces cuando las Mandíbulas del Lobo arrancarán de una dentellada el corazón vivo de la ciudad-roca de Middenheim! ¡Eh!

Gruber alzó la mirada. Lowenhertz parecía a punto de marcharse, como si ya hubiese oído bastante.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Gruber sin rodeos.

—Ya está —intervino Lowenhertz—. El maestro Al-Azir ha dicho lo que sabe.

¡Debemos marcharnos!

—¡Yo no voy a ir a ninguna parte! —le espetó Gruber al mismo tiempo que se sacudía de encima la mano de Lowenhertz—. ¡Maestro Al-Azir, si sabes tanto, tienes que saber más! ¡Te lo suplico, dínoslo! ¿Qué podemos hacer?

—¡Basta, Gruber!

—¡No! ¡Siéntate, Lowenhertz! ¡Ahora!

Al-Azir hizo con las manos suaves movimientos para pedir silencio, y Lowenhertz volvió a sentarse.

—Es como ya he dicho. No se las puede recuperar. Para vosotros, están perdidas para siempre.

Gruber se inclinó por encima de la mesa para encararse con Al-Azir.

—Perdóname, señor. Soy un Lobo Blanco, de la Compañía Blanca, amada de Ulric. Sé cuándo una batalla está perdida y cuándo está ganada, pero a pesar de eso continúo adelante. ¡Puede ser que las Mandíbulas del Lobo estén más allá de toda posibilidad de ser recuperadas, pero yo continuaré luchando..., luchando, digo! ¡Un Lobo lucha hasta la muerte, aunque la batalla esté perdida! Así que al menos dime esto: ¿ante qué enemigo estoy perdiendo la batalla? ¿Cuáles son sus señas?

El gigantesco servidor salió de detrás de las cortinas de red y se situó junto a su amo. Su espada era biselada, curva y casi tan alta como Gruber.

El templario no retrocedió. Tenía una mano sobre la empuñadura de la daga que llevaba a la cintura y la nariz pegada al rostro del diminuto anciano alquimista.

—¡Dímelo! ¡Puede ser que en tu opinión no me haga ningún bien saberlo, pero dímelo de todas formas!

Al-Azir hizo un gesto con una mano, y el servidor desapareció con su espada.

—Gruber del Lobo, te compadezco, pero admiro tu valentía. ¡Eh! Aunque perderás lo que te es más caro. Busca la Puerta Negra. Busca al norte de siete campanas. Busca humo perdido.

Gruber se enderezó, sentado sobre el cojín. Estaba atónito.

—Que busque...

—Ya lo has oído —dijo Lowenhertz desde la puerta.

Gruber alzó la mirada hacia los ojos de Al-Azir, que se fijaron en él por primera vez. El templario del Lobo quedó asombrado ante la claridad y humor de los ojos marrones que lo contemplaban bajo los párpados cetrinos.

Sin pensarlo, cogió la taza y la vació. Luego, tendió una mano y estrechó la que Al-Azir le ofrecía.

—Si me has ayudado, te doy las gracias —dijo.

Al-Azir sonrió. Era una sonrisa genuina.

—No puedes ganar, Gruber; pero pierde bien. ¡Eh! Ha sido interesante hablar contigo.

Una vez en el patio, Gruber sonreía mientras se ponía las botas.

—¿Qué creías que estabas haciendo ahí dentro? —le gruñó Lowenhertz—. ¡Existen formas, costumbres, protocolos!

—¡Ah, cállate! Le he gustado..., Corazón de León.

—Pensé que ibas a atacarlo.

—Yo también lo pensé —respondió Gruber, alegremente, mientras abría la marcha hacia la salida—. Pero ¿sabes una cosa? Creo que a él le gusto más que tú. Has estado demasiado tiempo dando vueltas con tus «sí, maestro», «no, maestro» y «aquí estoy yo, un Lobo ignorante», y a mí me dijo las cosas con claridad.

—Tal vez..., pero ¿qué has sacado en claro?

—Una pista, Lowenhertz, ¿o no estabas escuchando? Tenemos una pista.

—Pero ha dicho que perderíamos cualquier...

—¿Y a quién le importa? ¡Vamos!

Bleyden era un hombre menudo y ligero de peso, un poco más alto que el enano Kled, pero flaco como un alambre. Vestía un immaculado jubón de seda y curiosos guantes de cuero negro. Se encontraba sentado en un trono tapizado, que estaba colocado sobre cajas para conferirle una altura imponente. Aric pensó que eso sólo atraía la atención sobre su estatura diminuta, y no pudo evitar una sonrisa al ver que el escritorio de Bleyden también estaba colocado sobre cajas para que quedara a una altura cómoda respecto a la silla que hacía las veces de trono.

El hombrecillo aceptó la bolsa de monedas que le tendió Ganz. Aric vio hielo en los ojos del comandante al entregar la bolsa. «Podría matar a Anspach por esto», decidió.

Bleyden aflojó el cordón que cerraba la bolsa, se asomó al interior como haría un niño con una bolsa de caramelos y una expresión de deleite pasó por su rostro. «Debe tener unos ochenta años, a juzgar por su ralo cabello plateado y tirante piel cerosa —pensó Aric—, y no es más grande que un mozo de caballerizas de las barracas del Lobo. ¿Y este hombre es el Bajo Rey que controla los sindicatos del crimen de la zona oriental de la ciudad?»

Bleyden comenzó a contar las monedas de la bolsa sobre la superficie del escritorio. Sus diestros dedos enguantados formaron perfectas hileras de pilas de diez monedas cada una, todas meticulosamente alineadas y rectas. Tardó tres minutos en concluir, tres minutos en los que sólo se oyó el sonido de Kled al masticar lo que le quedaba de salchicha, y el ruido que hacía al tallar la madera del viejo marco de la puerta con un gran cuchillo herrumbroso, que sacó de pronto.

—Cuarenta y siete coronas —declaró Bleyden con una ancha sonrisa al mismo tiempo que alzaba la mirada de las pilas de monedas y le devolvía a Ganz la bolsa vacía y doblada.



El comandante la aceptó sin pronunciar palabra.

—Un primer pago de mi deuda. Confío en que sea satisfactorio —dijo Anspach.

—Muy satisfactorio —replicó el hombrecillo.

Sacó un libro encuadernado en rojo de un estante situado debajo del escritorio, lo abrió con cuidado e hizo una marca en tinta con su pluma. Luego, volvió a levantar los ojos.

—Estoy impresionado por la lealtad fraternal de los Caballeros del Lobo Blanco —dijo con una voz empalagosamente dulce—. ¡Pagar las deudas de un colega!

—Los Lobos nos mantenemos unidos —replicó Ganz sin el más ligero rastro de ironía o emoción.

«Nos mantendremos unidos, en efecto —pensó Aric—, y esta noche observaremos cómo Ganz golpea a Anspach hasta matarlo en la parte trasera de los establos». Una sonrisa luchaba por abrirse paso hasta los labios de Aric, así que se mordió la mejilla con fuerza.

—¿Deseabais algo más? —preguntó Bleyden—. Tengo trabajo, y el local está cerrado, como no dudo que os ha informado Kled.

—Información —intervino Ganz. La palabra salió de sus labios dura y sólida, como una esquirla de la roca Fauschlag—. Anspach me ha dicho que sabes cosas acerca de la circulación de... mercancías dentro de la ciudad.

—¿Ah, sí? —preguntó Bleyden al mismo tiempo que miraba a Anspach con las cejas alzadas—. Me sorprendes, Anspach. Ya sabes lo que les pasa a las lenguas sueltas.

—Se caen —dijo Kled con tono ominoso detrás de ellos.

Bleyden rió entre dientes.

—¿Cómo te llamas, amigo de Anspach?

—Ganz.

—¡El comandante de la Compañía Blanca! ¡Vaya, me siento honrado! —Bleyden volvió a reír entre dientes—. No tenía ni idea de que estaba en presencia de tanta grandeza. El comandante Ganz..., vaya, vaya, vaya. Un extraño para mi establecimiento. ¿Y eso por qué?

—A diferencia de Anspach, no siento ninguna necesidad de correr riesgos ni contemplar la muerte cuando estoy fuera de servicio. Mi vida laboral está ampliamente llena de tales actividades.

—Y el hecho de que te encuentres ante mí con vida supone que la muerte de la que hablas es la que causas tú. Vaya, vaya, comandante Ganz. Eso está más cerca de ser una amenaza que cualquier cosa que haya oído en años.

—Deberías salir más —replicó Ganz.

«¡Grandioso Ulric, lo está provocando!», pensó Aric. De repente se preguntó dónde estarían el enano y su cuchillo herrumbroso. Aún detrás de ellos. ¿Debería

arriesgarse a posar una mano sobre el puño de la daga que llevaba en el cinturón, o eso le daría a Kled la excusa que necesitaba? Aric tragó. «Cuidado, comandante», pensó con toda su alma.

—La información tiene un precio, comandante —dijo Bleyden, que continuaba sonriendo—. Lo único que has hecho ha sido reducir la deuda de Anspach. Hasta el momento no he visto nada que me sugiera que debo darte información de manera voluntaria.

—¿Y qué lo lograría? —quiso saber Ganz.

—Si saldaras completamente la deuda de Anspach, tal vez me inclinaría a considerarlo; que la saldaras con intereses.

—Pero si te he dado todo mi...

Bleyden frunció los labios y sacudió su cabecita.

—Las monedas son monedas. Si te has quedado sin ellas, tienes otras formas de pagar. ¿Un favor, tal vez? Valoraría enormemente tener la posibilidad de recurrir a un comandante de una compañía templaría cuando lo necesite. Considéralo como un anticipo de confianza.

Aric pudo ver que los hombros de Ganz se tensaban. Anspach parecía preocupado porque, como Aric sabía, lo último que había pretendido era que su comandante se ensuciara las manos haciéndole una promesa de honor a una bestia como Bleyden. Las cosas no iban bien.

Pero también estaba el honor del templo, el de los Lobos en su totalidad. De repente, Aric comprendió en lo más profundo de sí que Ganz estaría dispuesto a aceptar la oferta, a corromperse y comprometer su honor con aquella escoria si era necesario.

Ganz estaba a punto de hablar cuando Aric se adelantó y arrojó su bolsa sobre el escritorio. Bleyden la miró como si fuera un excremento de pájaro.

—Mis monedas. Cincuenta y ocho coronas. Cuéntalas. Eso, junto con el dinero de mi comandante, cubre la deuda de Anspach..., con intereses.

Bleyden se chupó los dientes.

—Como ya he dicho, estoy impresionado por la fraternal lealtad de los Caballeros del Lobo Blanco. Preguntad.

Anspach se aclaró la garganta.

—¿Ha pasado algo... de singular valor al mercado clandestino esta mañana? ¿Algo que podría tener un precio imponente?

Bleyden se dio unos golpecitos en los dientes con la punta de los dedos enguantados.

—¿Los Lobos habéis perdido algo?

—¡Responde! —siseó Ganz.

—No, nada. Por mi honor, si lo valoras en algo.

Se produjo un largo silencio. ¡A cambio de tantos esfuerzos, nada! Aric tenía ganas de golpear al sonriente hombre del tamaño de un niño. Sin duda, sabía cómo manejar a los tontos para obtener ganancias adicionales.

—¡Dejadme salir de aquí! —gritó Ganz, y dio media vuelta para marcharse.

Kled se apartó a un lado de la puerta y le hizo una reverencia, de la que habría estado orgulloso cualquier chambelán del palacio del Graf para que pasara primero.

—No te marches enfadado, comandante Ganz —dijo Bleyden, de repente—. Soy un empresario malicioso y conspirador, pero sigo siendo un empresario. Comprendo los mecanismos de mi oficio y sé cuándo un cliente debe sentir que ha obtenido una buena mercancía a cambio de su dinero. Ahora, escúchame...

Ganz se volvió.

—No sé qué habéis perdido los Lobos, y no me importa. Si llega a mis manos, obtendré por ello el mejor precio, y vosotros tendréis la primera opción de compra. Cuanto puedo ofreceros de momento es lo siguiente: no sois los únicos.

—¿Qué quieres decir?

—Anoche, muchas nobles organizaciones de la ciudad fueron privadas de sus objetos de valor. No sois los primeros que han venido hoy a hacerme preguntas, y tampoco seréis los últimos, os lo aseguro. Todos conocen la habilidad de Bleyden para disponer de objetos valiosos. También corren rumores por la calle.

—¿Y? —preguntó Anspach.

—Por lo que vale vuestro dinero, si os ayuda. La pasada noche, en la sede del gremio de Comerciantes robaron la balanza de oro estampado, el símbolo de la corporación. Anoche, algo de gran valor simbólico fue robado de la capilla de los Caballeros Pantera. Anoche desapareció la taza ceremonial de ruegos de la milicia de la ciudad. La pasada noche, el alambique de Crucifal fue robado del armario cerrado con llave que hay en la cancillería del Gremio de Alquimistas. Anoche, al templo de Shallya le robaron el Velo Irrecusable. ¿La escena queda clara para vosotros? ¿Vale el dinero que me habéis pagado? Son las cosas de las que tengo conocimiento, pero podéis apostar a que hay más. Anoche, alguien robó de manera sistemática los iconos más sagrados de todas las grandes instituciones de esta ciudad.

Ganz profirió un enorme suspiro. Las cosas estaban peor de lo que él había temido.

—No sé qué está sucediendo en Middenheim —dijo Bleyden—. Esto no es una ola de crímenes, sino una conspiración.

Ganz les hizo un gesto a los otros para que lo siguieran, se detuvo en la puerta y se volvió.

—Gracias, Bleyden, valga lo que valga para ti mi agradecimiento.

—Es de un valor inconmensurable, comandante Ganz. Y te pido un favor.

—¿Cuál? —preguntó Ganz tras una pausa.

—Cuando descubras qué está pasando, dímelo. Francamente, es todo bastante preocupante.

Salieron de El Burro Lento por la puerta trasera y se detuvieron en un callejón en sombras mientras Morgenstern orinaba contra una pared.

—Dijiste una cerveza —señaló Drakken.

—Lo limitamos a tres: da gracias por eso —comentó Einholt con voz cansada.

—¡Y sin embargo tenemos algo! —declaró Morgenstern con tono triunfante mientras se componía las ropas—. ¡Ya os dije que en esta ciudad no sucede nada sin que se enteren los taberneros antes que nadie!

Drakken frunció el entrecejo y le lanzó una mirada a Einholt. ¿Acaso él había estado en otra taberna, escuchando una conversación diferente?

—¿Qué tenemos? —preguntó Einholt.

—¿No has visto lo triste y aburrido que estaba el ambiente ahí dentro? ¿No viste qué faltaba?

—No soy tan experto como tú en los detalles de las tabernas de Middenheim —respondió Einholt con acritud.

—Supón que no lo hemos advertido y dínoslo antes de que muramos de viejos —añadió Drakken.

—¡La Copa de la Alegría! ¡¡La Copa de la Alegría!! ¡Era obvio!

Los otros dos le lanzaron interrogativas miradas de incomprensión.

Como si estuviera explicándoselo pacientemente a unos bebés, Morgenstern comenzó.

—La Copa de la Alegría es el icono del Gremio de Restauradores. Cada año compiten por ella, y la taberna ganadora lo coloca en un lugar destacado por encima de la barra; es el sello que señala a la mejor cervecería de la ciudad. La taberna de El Burro Lento la ganó durante el último Mitterfruhl y ¿dónde estaba? ¡Ajá! ¿Debajo de la tela drapeada que tapaba el nicho situado encima de la barra? ¡No lo creo! ¡También ha desaparecido!

—Déjame poner las cosas claras —dijo Einholt—. ¿Estás sugiriendo que comparemos la pérdida de las Mandíbulas del Lobo con el robo de un cáliz abollado que es caro a los taberneros?

—Todos tenemos nuestros propios tesoros —respondió Morgenstern.

Probablemente, iba a continuar con la explicación cuando cuatro largas sombras pasaron sobre ellos.

Eran los cuatro hombres de la fuente. Se les aproximaban desde ambos lados del callejón, dos por cada extremo, con miradas fijas y expresiones severas.

—Es hora de divertirse un poco —observó Morgenstern, y cargó contra ellos.

Su enorme corpachón derribó al par que avanzaba desde el oeste; uno salió

despedido hacia un lado y cayó en un charco de orina estancada de caballo, y el segundo se estrelló contra la pared. Los otros dos se abalanzaron sobre Drakken y Einholt al cabo de un segundo.

Drakken se agachó y lanzó un golpe bajo, le propinó un puñetazo en las costillas a su agresor y, luego, lo lanzó por encima de su cabeza, aprovechando el propio impulso del hombre. Einholt se trabó en lucha cuerpo a cuerpo con su atacante; se golpearon, forcejearon y derribaron cajones de botellas vacías y basura.

Morgenstern estaba ocupado golpeando la cabeza de su atacante contra la pared mohosa del callejón. Parecía decidido a encontrar un espacio entre los ladrillos en el que pudiera encajarla. El otro agresor volvía a estar de pie, y un destello de acero brilló en sus manos.

Drakken profirió un grito. Tras agacharse para esquivar el nuevo ataque del hombre al que había hecho volar por los aires, evitó uno, dos, tres puñetazos antes de propinarle un golpe que dejó al tipo tendido sobre los adoquines y con la mandíbula colgando. Einholt se libró de la presa de su oponente con un rodillazo en la zona más delicada, y lo derribó al suelo con un golpe de su mano abierta. Las pataleantes piernas del hombre giraron, golpearon las piernas de Einholt y lo hicieron caer. Los dos rodaron por la mugre y el fango, arañándose y mordiéndose.

Drakken corrió callejón abajo, pasó junto a Morgenstern y su víctima desfallecida, y se enfrentó con el hombre del cuchillo. Extendió un brazo por debajo, le aferró la muñeca y arrastró al hombre contra la pared. Un golpe de la muñeca, dos, y al final el cuchillo salió volando.

Al otro extremo del callejón, Einholt pudo, al fin, con su oponente, al que dejó remojándose en la cuneta de desagüe.

Drakken estaba trabado en furiosa lucha con el último y tenía las manos alrededor de la garganta. De pronto, Morgenstern se inclinó sobre ellos, con el cuchillo caído sujeto por la hoja.

—¡Drakken! ¡Muchacho! ¿Ves esta empuñadura? ¿Ves estas marcas? Estos hombres son Caballeros Pantera. Creo que deberíamos hablar con ellos, ¿no te parece?

Un anochecer caluroso y bochornoso flotaba sobre la ciudad, y hoscas restos de luz crepuscular se filtraban por las ventanas y arcadas de las barracas de los templarios. En el largo comedor caluroso y sofocante, en torno a las oscilantes luces de vela, se encontraban sentados los integrantes de la Compañía Blanca ataviados con sus variopintas prendas, en compañía de otros cuatro: los personajes bastante vapuleados con los que se había encontrado el grupo de Morgenstern. Ganz se inclinó hacia el rostro del jefe de los cuatro, que estaba dándose delicados toques en el labio ensangrentado con una tela doblada.

—Cuándo estés dispuesto, Von Volk de los Caballeros Pantera.

—Estoy dispuesto, Ganz de los Lobos.

El hombre alzó la mirada hacia él. La última ocasión en que habían intercambiado miradas tan ceñudas, se encontraban ambos a caballo ante las puertas de Linz, y era primavera.

Von Volk se dio unos toques más en el labio hinchado y le lanzó una mirada colérica a Morgenstern, que le respondió con una ancha sonrisa.

—Anoche, con el toque de completas, el santuario de regimiento de los Caballeros Pantera, situado en el palacio, fue objeto de un robo.

—¿Qué se llevaron? —preguntó Ganz.

—¿Importa eso? Habíamos salido a recuperar lo perdido cuando nos encontramos con un grupo de picaros que hacían preguntas y buscaban información. Nos..., nos pareció que sabían algo acerca de lo que nos habían robado, así que los seguimos y los interceptamos.

—¡Ah, así que era eso! ¡Interceptación! —Morgenstern rió entre dientes—. ¡Y yo que pensaba que era una soberana paliza!

Dos de los Caballeros Pantera se pusieron en pie de un salto, con los ojos llameantes y los puños cerrados; pero Ganz los hizo sentar con un grito.

Miró a Von Volk durante un minuto más, y luego se sentó en el banco junto a él, mientras ambos se miraban a los ojos.

—Capitán, también nos han robado a nosotros, y hasta donde puedo estar seguro, lo mismo les ha sucedido a todas las grandes instituciones de la ciudad.

Von Volk pareció sorprendido ante la sinceridad de Ganz, y apartó los ojos con aire pensativo.

—¿Es una conspiración, entonces? —murmuró.

—Y una sobre la que tenemos una pista —dijo Gruber al mismo tiempo que avanzaba un paso.

Ganz y Von Volk se volvieron a mirarlo.

—Bueno, no es una gran pista —se vio forzado a admitir Gruber cuando se clavaron en él las miradas severas de sus camaradas—. Pero es una pista, de todas formas...

Al sonar el toque de vísperas y caer el crepúsculo sobre Middenheim como la cortina de damasco de un teatro, volvieron a salir; Lobos y Caballeros Pantera juntos, divididos en grupos para explorar la ciudad de un modo aún más minucioso que el anterior. Von Volk había llamado a otros diez hombres de las barracas reales, que llegaron vestidos de paisano y fueron destinados a los diferentes grupos de trabajo.

Aric estaba en el tercer grupo, formado por Lowenhertz, Gruber, Einholt, Von Volk y dos arrogantes y callados Caballeros Pantera, a los que su comandante

llamaba por los nombres de Machan y Hadrick. Se adentraron en las calles bajo las farolas que se mecían apenas. Los envolvía la sofocante noche, y todos iban envueltos en gruesas capas para ocultar las armas y las secciones de armadura que llevaban puestas.

Gruber se detuvo para mirar al hosco cielo que presentaba una capa de niebla iluminada por luz rojiza.

—Una noche sin estrellas... —murmuró.

—¡Las estrellas están ahí! —le espetó Lowenhertz—. Aún es demasiado temprano y la niebla del atardecer, junto con el humo de la ciudad, ocultan el cielo. Pero será una noche despejada; no, una noche sin estrellas.

—Tal vez —le contestó Gruber sin convicción.

Se encontraban en Tannery Hill y ascendían por la empinada calle empedrada camino de la cresta de la ciudad. A ambos lados, las tabernas se estremecían con carcajadas, música y diversión.

Dieron las ocho. Las campanas de la ciudad sonaron de manera irregular y sin coordinación entre sí. Aric las escuchó. «Campanas —pensó—, justo en el momento en que Gruber habla de sus crípticas pistas». La primera resultó un tintineo delicado procedente del Altmarkt. La segunda, un tañido apagado y grave, que provenía de la plaza del Templo. La tercera fue el triple toque, amortiguado por la distancia, de Ostmark. Luego, se oyó el cuarto toque, una campanada diminuta de la iglesia de Sudgarten.

Una pausa, y luego el quinto, sexto y séptimo toque llegaron juntos, superpuestos. Las últimas campanadas se alejaron de las Capillas Colegio situadas en la ladera superior del distrito palaciego.

Luego, se produjo un largo silencio, y a continuación dieron las ocho en la esbelta torre del reloj de Milliner, situada al norte de donde ellos se hallaban, a varios centenares de metros de distancia.

—¿Sólo me lo parece a mí...? —comenzó a preguntar Aric.

Al mirar a su alrededor, vio que tanto Gruber como Lowenhertz estaban atónitos ante el despliegue de sonidos y posiciones de las campanas. Gruber se frotó la flaca barbilla y miró a Lowenhertz.

—¿Y bien, Corazón de León?

—Sólo..., sólo es una coincidencia. ¿Cuáles son las probabilidades? Da la casualidad de que nos encontramos en el sitio en que podemos oír el doblar de siete campanas al sur y el de una al norte. Al-Azir no pudo haber...

Gruber se volvió del todo para encararse con Lowenhertz. Su rostro era inexpresivo, pero Aric pudo captar un enojo auténtico en su tono de voz. Los Caballeros Pantera y Einholt los miraban con inquietud.

—Me desconciertas, Lowenhertz —siseó Gruber—. Pareces saber más que todos

nosotros sobre el mundo esotérico y místico; te molestas en acudir a extraños extranjeros que nos aturden con sus costumbres, para encontrar pistas; nos instas a buscar secretos en el tejido de la tierra... ¿Y niegas esto? ¿Por qué? ¡Que Ulric se me lleve! Comparado contigo soy un viejo profano ciego, pero incluso yo puedo imaginar que tu Al-Azir, si tiene las habilidades y el conocimiento que tú le atribuyes, nos habrá dado una pista evidente, especial para nosotros.

—Tienes razón, viejo —respondió Lowenhertz, con un suspiro—. Tú no entiendes las delicadas costumbres de las almas iluminadas como la de Al-Azir. ¡Por Ulric! ¡Ni siquiera lo pretendas! ¡En lo que dijo había más significado que ése! ¡El refinamiento de su intelecto y comprensión escapan a nuestras capacidades! Él...

—¿Nos habría dado una pista que podríamos entender sólo si fuéramos lo bastante agudos? —fue la inteligente pregunta de Aric—. ¿Cómo le explicarías las complejas tácticas de la formación de caballería a alguien profano en las artes de la guerra a caballo? ¿Con sencillez? ¿Con palabras que un tonto pudiese entender? ¡Yo creo que sí!

—Aric tiene razón —gruñó Einholt—. Te respeto como hermano de batalla, Lowenhertz, y respeto tu erudición; pero creo que estás pensando demasiado.

—Bien dicho, Jagbald, viejo amigo —dijo Gruber con una sonrisa—. Lowenhertz, tú sabes que tu amigo extranjero intentaba ayudarme a mí, no a ti. Fui yo quien se lo preguntó: un soldado ignorante, no un hombre erudito como tú. ¿No habría formulado su mensaje de una forma que yo pudiera entenderlo? ¿Y acaso dudas de sus poderes para saber con antelación que nosotros..., yo..., estaría en el lugar correcto para entender ese mensaje?

Lowenhertz era una sombra silenciosa en la creciente oscuridad.

—Al norte de siete campanas, dijo —prosiguió Gruber—. ¿Puede hacernos algún daño comprobar eso? ¿Puede hacernos algún daño creer que su visión va por delante de la nuestra? ¿No fue por eso que me llevaste a verlo, para empezar? ¿Y por lo que me hiciste quitar las malditas botas y beber asqueroso alquitrán?

Lowenhertz suspiró y asintió con la cabeza, y luego se volvió y avanzó colina arriba, en dirección norte, rumbo a la fina aguja de la torre del reloj de Milliner.

Durante casi una hora, exploraron las calles y callejones que rodeaban la torre de Milliner. Cuando los relojes volvieron a tañir, caía una verdadera oscuridad sobre la roca Fauschlag. Las nubes de calor del anochecer se habían disipado. La oscura bóveda celeste era de color negro purpúreo y carecía de estrellas.

De modo repentino, Von Volk cogió a Aric por una manga y señaló hacia arriba.

—Busca humo perdido, Lobo. ¿No decía eso el condenado enigma?

Aric asintió con un movimiento de cabeza y alzó la mirada hacia donde señalaba el capitán de los Caballeros Pantera. Sobre la calle, el aire de la noche se veía enturbiado por humo de chimenea procedente de las casas y tabernas que los



rodeaban. El humo era casi invisible, pero se rizaba en la fría solidez de la noche, y la desdibujaba.

—En ese caso, ¿de dónde sale eso? —preguntó Von Volk.

Aric miró y se dio cuenta de que los ojos del capitán eran agudos. Parecía que la columna de débil niebla no tenía punto de origen; no había ninguna chimenea que la emitiera. Simplemente, ascendía desde un espacio situado entre amontonados tejados a dos aguas, fantasmal y lenta.

—¡Ar-Ulric sella mis labios! —comenzó Aric, y se volvió a mirar a Von Volk con ferocidad.

—¿Humo perdido? —preguntó el Caballero Pantera con sonrisa de predador.

Aric llamó a los demás para que se reunieran con ellos y, juntos, bajaron por Chute Lane hacia el complejo apiñamiento de viejos edificios de viviendas desde el que ascendía el humo.

—¡Dioses! —exclamó Einholt—. ¿Dónde se origina?

—En ninguna parte... —murmuró Machan en tono peligroso y con la mano dentro de la capa para aferrar la empuñadura de la espada.

Gruber los detuvo a todos con un gesto de una mano. Avanzaban con precaución por un callejón oscuro, en el que tenían que inclinarse debido a la forma en que los edificios se ladeaban hacia afuera para formar un túnel de ladrillos hollinientos y desplazados de su posición original. El callejón estaba lleno de basura, lodo y un hilo de agua. Las ratas chillaban y corrían en torno a sus pies. Einholt, Hadrick y Von Volk llenaron lámparas de mano con el aceite que llevaban en una botella, y las encendieron todas con la misma cerilla; luego, sostuvieron las lámparas de cerámica por encima de las cabezas inclinadas y abrieron la marcha.

A quince metros más abajo del callejón que describía una suave curva, en unas profundidades que nadie que no fuese una rata había explorado en años, la vieron.

—¡Que Ulric me condene! —dijo Gruber, casi sin voz.

Era una puerta más baja que un hombre, más bien una trampilla situada en la pared de ladrillos del callejón-túnel. Estaba hecha de madera y parecía sólida; era negra como la brea.

—¡Busca la puerta negra! —añadió Gruber.

—El humo perdido, al norte de las siete campanas... —agregó Aric.

Lowenhertz sacó su martillo de guerra de debajo de la capa y hundió la puerta, que quedó colgando de las bisagras. La oscuridad los atrajo.

En el interior, una estrecha escalera descendía por debajo del nivel de la calle. Tuvieron que agacharse y acuclillarse, y se dieron golpes en la cabeza y los codos contra las paredes de la escalera.

—¿Hecha por enanos? —se preguntó Aric en voz alta.

—Tan antigua como la propia Fauschlag —asintió Einholt con tono ominoso.

Por lo poco que podían ver del entorno a la oscilante luz de las lámparas, los escalones habían sido tallados en la roca y giraban suavemente hacia la derecha. Las paredes estaban hechas de bloques de piedra travertina hasta donde llegaban los viejos cimientos de los edificios que se encumbraban sobre el callejón, y luego se transformaban en pulida piedra tallada. Habían descendido al menos diez metros. Von Volk, que abría la marcha con su lámpara, tocó la pared de roca y las puntas de sus dedos quedaron manchadas de algo negro y pegajoso.

—Calafateada con brea, como la puerta; como la quilla de un barco.

—Y está fresca —murmuró Lowenhertz, que también tocó la pared—. Este lugar está bien cuidado y mantenido.

—Pero ¿por qué brea? —preguntó Machan—. ¿Para mantener fuera la humedad?

—¿O para mantener algo dentro? —concluyó Lowenhertz.

Los escalones acabaron y se encontraron en un túnel subterráneo lo bastante alto como para permitirles erguirse, aunque tan estrecho que sólo podían avanzar en fila india.

—¿Hacia dónde? —preguntó Hadrick.

—Hacia el norte —replicó Gruber con tremenda y espantosa certeza.

Avanzaron hacia el norte. Tras unos cien metros, llegaron a otro tramo de escalera que bajaba y descendieron por él. El aire comenzaba a oler a humedad antigua, el sudor de la vieja roca que entonces los rodeaba y sobre la que se alzaba Middenheim.

La lámpara de Von Volk se apagó con un chisporroteo, y Einholt volvió a llenarla con aceite de la botella. Una vez que la lámpara volvió a encenderse, Einholt tiró la botella vacía.

—Es cuanto nos queda para darnos luz —les dijo a todos.

—A mí me queda un poco más de aceite —intervino Aric—, pero tal vez no lo necesitaremos —añadió.

Se deslizó junto a Von Volk, para lo cual tuvo que rascarse la espalda contra la pared de piedra embreada, y avanzó un poco más con pies silenciosos sobre la fría piedra suave y húmeda.

—Mirad. ¿Me lo estoy imaginando?

No lo imaginaba. Era luz, una luz fría y oscilante, situada ante ellos y a un nivel más bajo. Con Aric en cabeza, la siguieron, y apagaron las lámparas para ahorrar aceite cuando la luz se intensificó.

Después de cien metros más y otra escalera descendente, llegaron a un ancho túnel de roca tosca, parecido a una mina. De las paredes colgaban sartas de diminutas lámparas de plata, enhebradas en un alambre, que se alejaban hasta donde podían ver en ambas direcciones. La tosca pared de roca abundaba en incrustaciones centelleantes que reflejaban la luz y les causaban la impresión de estar caminando

entre estrellas.

—Incrustaciones de vidrio..., cristal... —murmuró Gruber al mismo tiempo que pasaba los dedos por la pared.

—O gemas, piedras preciosas —dijo Von Volk, mientras las miraba desde más cerca—. ¡Esto es un ramal de una antigua mina de enanos, o yo soy un bretoniano! Es un lugar muy antiguo, cavado mucho antes de que se construyera la ciudad.

—Me temo que tienes razón —asintió Lowenhertz—. Éste es un sitio antiguo y olvidado.

—Olvidado, no, Corazón de León —lo contradijo Gruber en voz baja—. ¿Quién ha encendido las lámparas?

Tanto Aric como Einholt se detuvieron a inspeccionar las lámparas de plata. Eran intrincadas joyas metálicas con compactas chimeneas de cristal. Las mechas ardían con una intensa y brillante luz, alimentadas por el combustible de los depósitos que había debajo.

—No son de aceite —declaró Einholt.

—Desde luego que no. Nunca había visto nada parecido —murmuró Aric, asombrado.

Lowenhertz se reunió con ellos para verlas, y realizó una corta inspiración sobresaltada después de estudiar una de ellas.

—¡Alquimia! —dijo a la vez que se volvía a mirar a los demás—. Estas lámparas están alimentadas por una mezcla alquímica, una reacción de contacto... ¡Dioses! ¡Los mejores alquimistas que conozco, incluido Al-Azir, tal vez podrían haber hecho una lámpara como ésta después de un mes de trabajo!

—Y hay centenares de ellas..., que llegan hasta donde podemos ver.

La voz de Gruber parecía desprovista de fuerza ante aquella maravilla.

De dos en dos continuaron avanzando por el túnel iluminado, mirando en torno. Gruber y Von Volk iban en cabeza, con Hadrick y Einholt detrás de ellos, a los que seguían Aric y Machan, y Lowenhertz marchaba en retaguardia. Todos habían sacado sus armas; había martillos de guerra en las manos de los Lobos y espadas en las manos de los Caballeros Pantera. Hadrick también llevaba una ballesta; la tensó y deslizó sobre el hombro la correa de cuero que la sujetaba.

Llegaron a una intersección; el túnel de mina que seguían se cruzaba con otro. El que seguían estaba iluminado por las lámparas, pero el otro permanecía a oscuras. No parecía haber duda sobre el rumbo que debían tomar. Aric sintió que el cuero cabelludo se le cubría de gotas de sudor a pesar del helor húmedo que lo rodeaba. Había perdido toda noción del tiempo desde que habían entrado en aquel sitio.

El pasillo se ensanchó y salió a una larga caverna baja, igualmente decorada con lámparas. Las paredes parecían hechas de cuarzo macizo y relumbraban como hielo a la luz de las lámparas. Avanzaron un paso para cruzar el suelo desigual.

—Yo iría con cuidado, si fuera vosotros —dijo una voz que parecía proceder de la nada.

Los Caballeros Pantera y Lobos se quedaron inmóviles y miraron el entorno, perplejos.

Tres figuras comenzaron a aproximarse, procedentes de una cámara lateral que ninguno había visto. Los Lobos y los Caballeros Pantera alzaron sus armas, preparados para la lucha.

—¡Daos a conocer! —gritó Von Volk.

Las tres figuras avanzaron hasta la luz de las lámparas: un hombre alto con una larga capa verde, flanqueado por dos mercenarios tileanos. Vestidos con camisotes de cuero y calzones acolchados, llevaban desenvainadas las espadas largas y tenían rostros oscuros y severos tras las rejillas de sus cascos. El hombre de la capa verde, con rostro alargado y completamente afeitado, les dedicó una escalofriante sonrisa que arrugó su pálida piel suave. Sus ojos estaban entrecerrados y tenían ojeras oscuras.

—Soy el maestro Shorack. Mi título completo es más largo y tedioso, así que podéis darme ese nombre. Estos dos son Guido y Lorcha. No tienen títulos más largos ni tediosos que éstos. No obstante, son asesinos expertos y aterradores, así que sepamos quiénes sois sin más demora.

Von Volk y Gruber estaban a punto de avanzar con aire agresivo, pero Lowenhertz los detuvo a ambos y pasó entre ellos para encararse con el hombre de la capa. Al instante, los dos tileanos alzaron las puntas de sus largas espadas brillantes para apuntarle a la garganta.

—Maestro Shorack, bien hallado —dijo Lowenhertz con calma, como si las espadas no existiesen.

—¿Eres tú, Lowenhertz de los Lobos? —preguntó el hombre de la capa, entrecerrando los ojos para ver mejor. Hizo una señal sutil y los tileanos retiraron sus espadas con gesto elegante, para luego retroceder y situarse tras él. El hombre avanzó—. Vaya, vaya, Lowenhertz. ¿Quiénes son los que te acompañan?

—Un grupo mixto de Lobos y Caballeros Pantera, maestro. Buscamos lo mismo que vosotros, si no me engaña mi juicio.

—¿De verdad? Estoy muy impresionado. Toda la gente de la ciudad anda corriendo de un lado a otro para encontrar sus tesoros perdidos, y vosotros..., Lobos y Caballeros Pantera..., estáis tan cerca de lograrlo como yo.

—En el nombre de Ulric, ¿quién es éste? —le espetó Gruber con tono de indignación.

—El maestro Shorack, el maestro mago Shorack, del Cónclave de Magos —respondió Aric desde detrás. No conocía personalmente al maestro, pero sí había oído su nombre.

—En persona —respondió Shorack con una sonrisa—. Complacido mi curiosidad, Caballeros del Lobo Blanco... ¿Qué os trajo hasta aquí?

—Una corazonada —dijo Aric.

—La determinación... —declaró Von Volk.

—Lowenhertz —intervino Gruber al mismo tiempo que avanzaba—, o más bien yo, a partir de las tortuosas pistas que nos dio otro de tu clase, Ebn Al-Azir.

—¡Ese charlatán! —se mofó Shorack con voz sonora—. ¡Mi querido señor, él es un alquimista, alguien que juega con los elementos del mundo, un niño en el reino de la creación! Yo, señor, soy un mago. ¡Un maestro en mi arte! ¡No existe comparación!

—De hecho, resulta que me cae bien el viejo Al-Azir —dijo Gruber con tono reflexivo, a la vez que se daba cuenta de que estaba expresando sus pensamientos en voz alta.

Se detuvo por un momento, pero luego continuó hablando de todos modos al mismo tiempo que miraba a los oscuros ojos de Shorack.

—Y esto es raro en mí. Por lo general, no tengo tratos con ese tipo de gente. Según mi experiencia, hay hombres que caminan valientemente a la luz de la bondad, y hay criaturas que pueblan la oscuridad y juegan con magia. No hay... comparación.

Shorack se aclaró la garganta y le dirigió a Gruber una atenta mirada.

—¿Era eso alguna clase de amenaza, viejo guerrero? ¿Un insulto?

—Sólo una constatación de hechos.

—Suponiendo que tú estés aquí por la misma razón que nosotros —dijo Aric con voz suave desde detrás de Gruber—, tal vez deberíamos saltarnos del todo los insultos y trabajar juntos.

—A menos que el maestro Shorack, aquí presente, se halle detrás de la injusticia que intentamos rectificar —añadió Von Volk con frialdad.

Gruber gruñó para mostrar su acuerdo. Él había sido el primero en atribuir los robos a la magia, y nada que hubiese visto hasta el momento lo había disuadido de esa idea. Y entonces se cruzaba en su camino un mago de verdad, maldito fuese su pellejo...

—¡Señor! ¡Si yo fuese vuestro enemigo, no estaríais vivo para desplegar este encantador discurso de taberna! —Los dientes de Shorack brillaron—. De hecho, ¿no fui yo el primero en daros el grito de advertencia?

—¿De advertencia? —preguntó Lowenhertz, claramente incómodo ante aquel enfrentamiento.

—Tomadlo como gesto de buena fe. El pasillo por el que estabais a punto de aventuraros está protegido.

Lobos y Caballeros Pantera se volvieron para mirar hacia el corredor de brillante cuarzo toscamente tallado.

—La magia aguarda aquí a los incautos y los desprevenidos. Se trata de magia protectora, algo sencillo y muy por debajo de mis poderes; pero os habría atrapado a vosotros, con total seguridad, si hubieseis avanzado.

—¿Y qué nos habría hecho? —le preguntó Von Volk al mago, que sonrió.

—¿Has estado borracho alguna vez, soldado? —preguntó.

Von Volk se encogió de hombros.

—En algunas ocasiones. En días de fiesta. ¿Y qué hay con eso?

Shorack rió suavemente.

—Piensa en cómo debe ser estar borracho... si eres una jarra de cerveza.

Dio media vuelta y avanzó por el suelo irregular al mismo tiempo que alzaba las manos muy separadas entre sí y murmuraba unas pocas palabras con un tono de voz agudo, que a Aric le recordó unas uñas arañando vidrio. El sonido le hizo contener la respiración por un instante. También percibió un olor, un olor lejano a descomposición, como si se hubiese roto una tubería cerca de allí.

—Ahora ya no hay peligro —declaró Shorack a la vez que se volvía—. La protección ha sido anulada. Todos podemos continuar sin problemas.

—Siento reverencia por vuestro trabajo, maestro Shorack —dijo Gruber, aparentemente con gran humildad—. Hablas en media lengua, sueltas unas ventosidades y nos dices que tu invisible magia nos ha salvado de una trampa de hechicería que no podemos ver.

Shorack avanzó hacia Gruber hasta quedar cara a cara con él. El mago estaba sonriendo otra vez.

—Tu mofa me deleita. Resulta tan refrescante que me falten al respeto... ¿Cómo te llamas?

—Gruber, de los Lobos.

Shorack se inclinó hasta que su nariz casi tocó la del viejo templario. La sonrisa desapareció de su rostro para ser reemplazada por una expresión tan fría, dura y amenazadora como una daga desnuda. Gruber ni siquiera parpadeó.

—Da las gracias, Gruber de los Lobos, porque no ves. Agradece que el mundo mágico sea invisible para tus estúpidos ojos, porque si no te los arrancarías con las uñas y morirías chillando de terror.

—Recordaré mencionarte en mis plegarias a Ulric —replicó Gruber con voz átona.

—¡Basta! —gritó Aric, que había perdido la paciencia—. ¡Si vamos a continuar juntos, continuemos! ¿Por qué no nos cuentas por qué estás aquí, maestro Shorack?

—Ya lo sabéis —respondió Shorack mientras se volvía cortésmente para mirar a Aric.

—Sabemos que el Cónclave de Magos tiene que haber perdido algo precioso, como nos sucede a nosotros; un tesoro, como has dicho tú. ¿De qué se trata?

—No puede ser nombrado. Es un amuleto invaluable. Si describiera sus propiedades y propósito, te arrebataría la cordura.

Todos se volvieron a mirar a Einholt cuando éste rió entre dientes.

—¡Esto es invisible, lo otro es innombrable! Gruber tiene razón... ¿No es extraño que sólo tengamos la palabra de este hombre, que no deja de evitarles la verdad a nuestros sensibles oídos? ¡Deberías trabajar en los teatros, maestro Shorack! ¡Eres un buen actor melodramático!

Shorack lo miró, y Aric vio que una nube pasaba por el rostro del mago. Parecía reconocimiento... y lástima.

—Einholt —dijo Shorack al fin, con voz inexpresiva.

—¿Me conoces, señor? —preguntó Einholt.

—Tu nombre acaba de venirme a la cabeza. El mundo invisible del que te burlas me ha hablado. Einholt, eres un hombre valiente. Mantente apartado de las sombras.

—¿Que me mantenga... qué?

Shorack había desviado los ojos, como si la vista del semblante de Einholt le resultase incómoda. «No —pensó Aric—, incómoda no; insoportable. Como si... lo aterrorizara».

—¿Continuamos, Lobos y Caballeros Pantera? —preguntó el mago con tono alegre, demasiado alegre, en opinión de Aric.

Shorack condujo al grupo por el pasillo de cuarzo, con sus guardaespaldas detrás.

—¿Qué quiso decir? —le susurró Einholt a Lowenhertz—. ¿De qué iba todo eso?

—No lo sé, hermano Lobo —respondió Lowenhertz con un encogimiento de hombros—. Pero sí sé una cosa: haz lo que él dice. Mantente apartado de las sombras.

Más escalones; una escalera iluminada con lámparas descendía desde el fondo del pasillo de cuarzo. Hasta donde Gruber podía calcular, la amplia y empinada escalera los llevaría a otros cien metros de profundidad, adentrándose en la roca. Shorack los hizo detenerse otras tres veces para hacer más pantomimas y salvarlos de trampas invisibles.

«¡Ya basta de teatro!», se oyó pensar Gruber, pero no podía negar el tremendo helor de las palabras incomprensibles que Shorack empleaba para hacer esas pantomimas. Gruber vio que Aric observaba con atención, preocupado. También reparó en la negra preocupación del rostro de Einholt.

Gruber se adelantó por la escalera hasta colocarse al lado de Shorack.

—Eres un hombre de erudición esotérica, maestro Shorack. ¿Tienes alguna explicación para los problemas en que nos hallamos? ¿Por qué se cometieron los robos? ¿Por qué desapareció algo de cada una de las grandes instituciones de la ciudad?

—¿Sabes cómo hacerle un hechizo a una persona, Gruber? ¿Un hechizo de amor, un nudo de la suerte, una maldición? —preguntó Shorack.

—No. Soy un soldado, como ya sabes.

—Cualquier hechizo, desde el más sencillo al más abstracto, requiere un símbolo, algo que pertenezca al individuo que quieres hechizar. Para hacer una pócima de amor, un mechón de cabello; para la suerte, unas monedas de su bolsa o su anillo favorito; para una maldición..., bueno, una gota de sangre es lo más eficaz. El símbolo se convierte en la base para el hechizo, el corazón del ritual de hechicería.

La escalera giró a la izquierda y volvió a descender en empinada pendiente. El aire se hacía más frío, más húmedo, y entonces tenía como un sabor a humo.

—Imagina que quieres hacerle un hechizo a algo más grande que un hombre, a una ciudad, digamos. Un mechón de cabello no te serviría. Necesitas un tipo de símbolos diferente.

Shorack miró a Gruber con una ceja alzada para saber si le entendía.

—¿Los objetos que hemos perdido son los símbolos?

—En efecto. Bueno, no puedo estar seguro del todo. Podríamos estar sobre la pista de un coleccionista de trofeos demente, pero lo dudo. Creo que alguien está planeando hacerle un conjuro a toda la ciudad de Middenheim.

Gruber contuvo el aliento. Para ser sincero, ya había comenzado a imaginar algo parecido antes de conversar con el remilgado mago. Desde los campos de batalla de su profesión, había visto cómo los impíos enemigos atesoraban objetos distintivos de sus oponentes debido a su potencia mística. Eran capaces de llegar muy lejos para apoderarse de estandartes, armas, cabelleras y cráneos. Gruber no dijo nada más y continuó a la cabeza del grupo.

La escalera acabó por llevarlos, al fin, hasta el interior de una enorme cámara. «Es una bodega», pensó Aric. Pavimentada con baldosas de color violeta, era tan grande como el campo de entrenamiento de las barracas de los Lobos, aunque interrumpida en secciones por hileras de columnas que se elevaban a sardinel. Aric imaginó que, en otros tiempos, aquel lugar había sido una despensa descomunal, un almacén de vinos y provisiones, abarrotado de botellas de cerveza de enanos, estantes de hortalizas en escabeche, quesos envueltos en muselina y frutas en conserva, y de la cual colgaba carne en salazón. Entonces estaba vacía, tenía paredes y columnas embreadas, y en ella sólo había las ristras de lámparas. Del extremo más lejano, que quedaba a unos sesenta metros de distancia, manaba luz de una fuente más potente, sobre cuyo resplandor dibujaban un entramado las sombras de las columnas en contraluz. Se oía un sonido grave de absorción rasposa, como si las piedras que los rodeaban estuviesen realizando largas y lentas inspiraciones. Olía a leche agria.

Les llegó otro sonido: una salmodia, un murmullo de voces sacerdotales que entonaban algo a gran distancia. El sonido procedía de la misma dirección que el



resplandor lejano, y el batir de un tambor bajo marcaba su ritmo. Los miembros del grupo se dispersaron, agachados y en silencio, manteniéndose pegados a las columnas para cubrirse. Gruber se apartó hacia la izquierda, con Einholt, Machan y Von Volk. Aric se alejó hacia la derecha, con Hadrick y el tileano Guido. Por el centro, avanzó Lowenhertz con Shorack y el otro mercenario, Lorch. Iban de columna en columna; corrían entre las sombras con las armas desnudas, hacia el resplandor.

Lowenhertz se escondió detrás de una columna. El sonido —no la salmodia, sino el jadeo sísmico— le llenó la mente de miedo. Shorack se escabulló hasta su lado y se dio unos toquitos en los bordes de la boca con un pañuelo de seda. Había sangre en la tela.

—¿Maestro Shorack? —susurró Lowenhertz.

—No es nada, viejo amigo —le respondió Shorack tosiendo, y Lowenhertz pudo percibir el olor metálico de la sangre en su aliento—. Nada. Aquí hay espíritus en libertad por el aire..., cosas muertas y viles. Su olor me quema la garganta.

Desde su punto de observación, a cubierto, Aric miró hacia la fuente de luz. Era una hoguera de leña encendida dentro de una antigua tinaja de salazón, hecha de piedra. Las llamas se alzaban y ponían incandescentes los hatos de ramas de madera olorosa, que despedía un hedor amargo. El humo ascendía como si tiraran de él y salía a través de una abertura que había en el techo de la bodega. «Ahora, al fin, se aclara cuál es el origen del humo perdido», pensó.

En torno al fuego, habían colocado piedras a modo de yunques o taburetes. Habían sido dispuestas alrededor de la hoguera central de una manera peculiar, aparentemente fortuita. Sobre cada una se encontraba un trofeo invaluable: una destellante copa de ruegos, una botella de cristal, una gasa doblada, un cáliz de oro, un brazalete de garras de pantera con cuentas y perlas, un insignia de mayoral, un cetro, un reloj de plata, una daga envainada, una pequeña bolsa de seda..., y otros objetos que no podía distinguir. Había otro, en cambio, que sí veía: las Mandíbulas del Lobo, abiertas y destellando a la luz del fuego.

Aric también veía las veinte figuras embozadas, que estaban arrodilladas entre los bloques de piedra, de cara a la hoguera. Eran ellas quienes salmodiaban, y una golpeaba un tambor.

En el centro, con la espalda vuelta hacia el fuego para mirar a los adoradores, había una figura delgada. Demacrada, envuelta en oscura tela, la figura parecía moverse con los gestos espasmódicos y rígidos de una marioneta. Se contorsionaba al ritmo del tambor. Aric no podía distinguir detalles, pero sabía que era la cosa más repugnante que había visto jamás, y deseó encontrarse en cualquier otro lugar; luchar con una manada de hombres bestia en el Drakwald, parecía una fiesta en comparación con ese horror.

Agachado detrás de la columna, junto a Shorack, Lowenhertz se dio cuenta de lo

pálido que estaba el hombre y de lo mucho que sudaba.

—¿Shorack? —susurró con voz preocupada.

Shorack apoyó la espalda contra la columna durante un momento e intentó ralentizar su respiración. Tenía el semblante pálido y húmedo.

—Esto es... algo malo, Lowenhertz —murmuró—. ¡Corona de Estrellas! He pasado toda la vida entrenando mis poderes en el mundo invisible, y bien saben los dioses que a veces he jugado con los excesos del mundo más oscuro. Su atractivo es enorme. Pero esto..., éste es un ritual de magia tan oscura, tan abominable que... nunca he visto nada parecido. ¡Lowenhertz, ni siquiera había soñado jamás con que existiera semejante abominación! ¡Ahora este lugar es la Muerte!

Lowenhertz miró al mago bajo la luz mortecina. La impresión de que era una figura altanera y capaz había desaparecido por completo, y sus modales seguros y teatrales se habían desvanecido. Lowenhertz sabía que Shorack era poderoso para ser un mago urbano, y que estaba entre los mejores de la ciudad. Sus habilidades habían bastado para llevarlos hasta allí, pero entonces no era más que un hombre, un hombre asustado que se encontraba muy fuera de su elemento. Lowenhertz sintió una inconmensurable lástima por el mago, y un inconmensurable miedo por todos ellos. Si el gran Shorack estaba asustado...

Desde su lugar de observación, Gruber se tendió sobre el vientre y contempló la escena. Allí había muchos tesoros, y no le cabía duda de que los estaban utilizando, como había dicho Shorack, a modo de símbolos de un gran hechizo. «No —pensó, reconsiderando su opinión—, lo más probable es que la palabra adecuada sea maldición». Se le puso la carne de gallina. Aquel sonido de respiración, de jadeo, como si las paredes suspiraran... Aquel batir de tambor, aquella salmodia y, lo peor de todo, la figura de la marioneta que se sacudía cerca del fuego. Gruber deseó que Ulric hubiese sido más misericordioso con él, que le hubiese evitado tener que ver algo semejante.

Von Volk se encontraba junto a él. El miedo transformaba los ojos del Caballero Pantera en pozos negros que no parpadeaban.

—¿Qué hacemos, Lobo? —susurró.

—¿Tenemos elección, Caballero Pantera? —preguntó Gruber con voz casi inaudible—. Aquí está naciendo una oscuridad grandiosa y sofocante, que abrumará a la ciudad que defendemos con nuestras vidas. Debemos hacer lo que nos han entrenado para hacer, y rezar para que eso baste.

Von Volk asintió con la cabeza, realizó una profunda inspiración, preparó su espada y luego se volvió para mirar al grupo de Aric, situado al otro lado. El capitán de los Caballeros Pantera captó la mirada de Hadrick e hizo un brusco gesto, como si cortara algo en el aire con el puño. Hadrick alzó la ballesta.

El tambor continuaba sonando. La salmodia proseguía. Las piedras jadeaban en

torno a ellos como si inspirasen aire. El fuego crepitaba. El hedor a muerte y putrefacción colmaba el aire. La figura de marioneta se sacudía.

Hadrick disparó. La flecha de la ballesta se clavó en el pecho de la marioneta y la derribó de espaldas sobre la hoguera. El ser profirió un chillido, un sonido horrible e inhumano, manoteó la flecha que lo atravesaba y se revolcó en las llamas que consumían la asquerosa tela que la envolvía.

Los adoradores embozados se interrumpieron a media salmodia, se levantaron de un salto y comenzaron a volverse. Un segundo más tarde, los Lobos, los Caballeros Pantera y los mercenarios de Shorack cayeron sobre ellos.

Aric entró a la carga en el círculo de luz del fuego, con el martillo girando en la mano. Todo se transformó en una escena borrosa. Lorcha estaba junto a él y su larga espada siseaba en el aire.

El ser que parecía una marioneta, encendido como una antorcha, continuaba chillando e intentaba salir del fuego.

Los embozados corrieron para enfrentarse a los asaltantes. Tras arrojar a un lado las capas de terciopelo negro quedaron a la vista hombres feroces, protegidos por armaduras, que blandían espadas y hachas de guerra. Sus aullantes rostros y sus armaduras estaban embadurnados de sangre y lucían símbolos pintados.

El girante martillo de Aric se estrelló contra el rostro del primer enemigo con el que se encontró. La cabeza del martillo le arrancó la mandíbula inferior y lanzó por el aire el rosáceo trozo brillante, que voló como un cometa con cola de sangre, en el que destellaba el blanco hueso desnudo. Cayó sobre él el siguiente, y paró el golpe del hacha con el mango del martillo. Con una fuerte patada baja, Aric derribó al atacante y, luego, descargó un golpe para aplastarle la cabeza entre el martillo y las baldosas de color violeta.

Gruber embistió con violencia; partió un cuello de cuajo con su martillo y, luego, giró para enfrentarse con la siguiente espada dirigida hacia él. Einholt se encontraba a su lado, y hundió una caja torácica con un golpe lateral. A Von Volk se le partió la espada en el primer choque con el enemigo, y después desgarró salvajemente a su agresor hasta matarlo con el trozo que le quedaba, antes de arrojarlo a un lado y apoderarse del hacha del caído, que, manejada por las expertas manos de Von Volk, se enterró profundamente en el cráneo del siguiente enemigo que tuvo al alcance.

Lowenhertz lanzó a uno de los enemigos hacia atrás con un diestro golpe asestado desde abajo, que le hizo astillas la cara gruñente.

Machan asestaba golpes con su espada, que zumbaba en el aire. De las heridas que abría saltaban regueros de sangre, pero luego fue cogido entre las espadas de dos enemigos como entre las hojas de una tijera. Cayó, profiriendo alaridos, en dos mitades que vertían sangre a borbotones.

Hadrick ya había tenido, por entonces, tiempo suficiente para volver a cargar la

ballesta y clavó una flecha en la frente de uno de los asesinos de Machan. Un segundo más tarde, fue arrastrado hacia atrás, chillando; quedó clavado contra una columna por una lanza enemiga. Guido decapitó al atacante y arrancó la lanza, lo que permitió que Hadrick cayera, pero ya estaba muerto.

Aric ya casi había llegado hasta las Mandíbulas del Lobo, pero entonces recibió un tajo en un hombro y cayó de rodillas. Lowenhertz y Gruber estaban cercados, trabados en un feroz combate mano a mano con hombres que los acometían desde todas las direcciones. La parte superior de la cabeza de Guido fue cercenada por un hacha, y cayó, muerto. Von Volk asestó un golpe de hacha ascendente entre las piernas de un enemigo, y lo abrió hasta el esternón, pero el hacha quedó encajada y él tironeó en vano para liberarla.

Shorack alzó las manos y, con un gesto a la vez ligero y cargado de poder insondable, deshizo a uno de los adoradores, que se transformó en un residuo grasiento y humeante. Los olores y hedores del metal y la carne ardiendo colmaron el aire. El mago se estremeció ligeramente y retrocedió un paso, como para recobrar el equilibrio, tras lo cual giró de súbito y destruyó al adorador que se echaba sobre Gruber, sin hacer otra cosa que cerrar una mano en el aire. Por un instante, Lowenhertz advirtió, a través de la feroz refriega, que Shorack volvía a estar con ellos, imponente, seguro, capaz, espeluznante.

Aric partió la cadera de un oponente y una caja torácica. La criatura que había caído en el fuego y chillaba estaba volviendo a levantarse, ennegrecida, ardiendo sin llama y embreada.

Los miró a través de ojos como rendijas sucios de cenizas y fijó la mirada en Shorack. Luego, habló a través de una boca llena de ampollas grasientas y carne que se rajaba.

—Muere —dijo con una voz que pertenecía a algo muerto.

Shorack profirió un alarido, como si su interior estuviese hirviendo. Gruber tendió una mano hacia él; sin embargo, el mago fue arrebatado al aire por cosas que ninguno de ellos podía ver pero todos sintieron: corrientes frías, remolinos de viento helado. Einholt derribó a un enemigo a un lado y tendió una mano para coger la ondulante capa de Shorack. Se daba cuenta, con miedo, de que entonces estaba viendo de verdad los efectos del invisible mundo de Shorack.

El mago ascendió y, girando, se alejó hasta quedar fuera del alcance de ellos; estaba siendo zarandeado y atormentado por la brutal presa de cosas invisibles. Su capa verde, sus ropas, una bota; todo fue arrebatado de su cuerpo y se alejó ondulando en el aire. En su piel aparecieron verdugones y desgarrones sangrantes. Casi completamente desnudo, empapado en sangre y medio muerto, Shorack se estrelló contra el techo abovedado. Se le partieron los huesos. Daba la impresión de que había caído hacia arriba y se había estrellado contra el techo como si fuese el

suelo. Una inmensa fuerza invisible lo sostuvo allí, con la espalda contra la piedra y las extremidades extendidas. La sangre se amontonaba en un charco sobre el techo, a su alrededor, en lugar de caer al suelo.

Su rostro destrozado, reducido a una máscara de sangre, les devolvía a Gruber y Einholt, que lo contemplaban, una mirada feroz. Todos los demás Lobos, los Caballeros Pantera y el tileano restante, Lorcha, apenas podían mantener la atención fija en la batalla. Había algo hipnótico en la inexorable y sanguinaria muerte de Shorack.

El mago miraba desde lo alto al frenético rostro de Gruber. Un momento antes de que sus ojos estallaran y su cráneo se hundiera contra el techo, Shorack habló. Sólo fueron ocho palabras que salieron por una boca llena de sangre; el último acto de su vida, un monumental acto de fuerza de voluntad.

—Romped... el... amuleto... Sin... los... símbolos... no... puede...

Ocho palabras. Una novena, quizás una décima, habrían completado la totalidad; pero el significado estaba claro para Gruber.

Una fuerza invisible hizo estallar el cadáver de Shorack por el techo en una lluvia de sangre y carne. Por un momento, quedó adherida como una capa sobre el techo, y luego cayó sobre todos ellos y dejó en el aire una niebla de vapor sanguinoliento de penetrante olor.

Gruber ya se había puesto en marcha con el martillo alzado. Cubierto por la sangre de Shorack, se encontró con dos enemigos que se volvían con las hachas enarboladas para cortarle el paso. Gruber describió un sibilante círculo completo con el martillo, aferrando con ambas manos el bucle de cuero del extremo del mango, y al mismo tiempo desplazó el peso corporal para contrarrestar el giro. Antes de que el círculo concluyera, dos cráneos se partieron como ollas de barro.

Entonces, quedó libre entre los bloques de piedra situados en torno a la hoguera; sobre cada uno, descansaba un precioso icono. Sabía que se encontraba dentro de la ola de un poderosísimo hechizo oscuro, algo invisible que se tejía entre los símbolos. La lengua le cosquilleaba a causa de la electricidad estática, se le erizaba el pelo y había un olor que le irritaba las fosas nasales. Era un olor a corrupción dulzona, como el de un cadáver de una semana. Sabía que era magia, y nunca lo olvidaría. Magia negra. Magia de muerte.

Pensó en Ganz, en el peligroso regreso desde Linz, en cómo había hecho desaparecer a aquellos seres fantasmales al destruir su preciosa garra. Sabía que debía hacer lo mismo... otra vez..., allí..., en ese momento. Había que destruir un símbolo para romper el hechizo. Y entonces supo, con claridad y frialdad al fin, lo que Al-Azir había querido decir realmente.

«No se las puede recuperar. Para vosotros, están perdidas para siempre. Gruber del Lobo, te compadezco, pero admiro tu valentía. ¡Eh! Aunque perderás lo que te es

más caro».

No había alternativa. Estaba escrito —de eso, estaba seguro— en las intrincadas e inalterables obras de las estrellas. Tenía tiempo para asestar un solo golpe y sabía, como Lobo del templo de Ulric, adonde tenía que dirigir ese golpe.

Las Mandíbulas del Lobo, tan sagradas, tan preciosas, cortadas por el propio Artur, destellaban sobre el bloque de piedra que tenía delante.

Levantó el martillo. Algo se le clavó en la espalda y el dolor lo laceró. Gruber gritó. Unas garras le recorrieron la espalda desde los hombros hasta la cintura, rasgando capa, camisote y camisa interior, y abriéndole profundos tajos en la carne. Cayó de rodillas. El ser como una marioneta ennegrecida quedó de pie detrás de él, con las esqueléticas uñas curvas como ganchos teñidas de rojo con la sangre del templario. La marioneta se sacudió, sus ojos no muertos destellaron y derribó a Gruber al suelo de un latigazo. La sangre resbaló por el lado de la cabeza de Gruber donde había impactado el látigo. Durante el resto de su vida, la oreja izquierda sería un informe trozo de cartílago y piel, como una flor a la que le hubiesen arrancado los pétalos.

Jadeando, Gruber alzó la mirada hacia el monstruo que se estremecía y vibraba junto a él. Sus largas extremidades angulosas temblaban y se movían espasmódicamente como una marioneta mal manejada. «O no —pensó Gruber, a cuya mente le confería el dolor una claridad atemorizadora—; más bien como una cosa a medio acabar. Como la parodia de un hombre, un esqueleto que recuerda cómo moverse pero carece de los músculos o los tendones, o la práctica necesaria para hacerlo a voluntad». Con la luz del fuego por detrás, era lo único que parecía: un gran esqueleto humano, recubierto por restos de piel seca y jirones de mortaja quemados, que se estremecía y sacudía al intentar comportarse otra vez como un hombre, al intentar ser un hombre.

Sólo los ojos estaban completos: fuegos color rosado coral de vivida furia. Los posó sobre él. Los dientes desnudos y hollinientos chasquearon al abrirse y desgarrar la carne seca y ampollada de su larga boca marchita.

—Muere —dijo.

—¡Muere tú! —le gruñó Einholt, que lo acometió por un flanco y lanzó a la horrible cosa al aire con un experto golpe de martillo.

Contorsionándose, la marioneta se alejó hacia la oscuridad del otro lado de la hoguera.

Einholt le echó una sola mirada a Gruber, pero no vaciló. Al parecer, el veterano templario tenía la inteligencia suficiente para haber llegado a la misma conclusión que Gruber. Einholt dio media vuelta con el martillo en alto sobre el bloque de piedra; tenía el aspecto de ser el gran dios que originalmente había tallado Fauschlag para todos los que lo vieron. Luego, las Mandíbulas del Lobo, el precioso icono de la

Orden de los Caballeros del Lobo Blanco, se desintegró bajo la cabeza del martillo en un millón de fragmentos que salieron volando.

Y luego..., nada. No hubo ninguna gran explosión, ningún cegador destello, ningún sonido ni frenesí. La bodega simplemente se tornó fría. Las paredes dejaron de respirar. El hedor a magia desapareció y la electricidad estática que cargaba el aire se desvaneció. La hoguera se apagó.

Negrura. Frío. Humedad. Olor a sangre y olor a muerte. Unos pedernales rascaron entre sí y una lucecita atravesó la oscuridad. Alguien había encendido una lámpara. Con ella en la mano, Lorcha avanzó hacia el círculo de bloques de piedra, recuperó la pequeña bolsa de terciopelo y se la metió en el justillo.

—Se ha obrado bien —les dijo a los otros en la oscuridad que lo rodeaba con un acento cargado de vocales tileanas—. Informaré al Cónclave de Magos.

Un momento más tarde, él y su lámpara desaparecieron. Aric encendió una cerilla del paquete que tenía y alzó la pequeña luz amarilla. Lowenhertz hizo lo mismo y encendió la última lámpara de aceite que llevaba él. La luz débil iluminó la cámara empapada en sangre. Con premura, cogieron leña menuda de detrás del fuego para hacer antorchas. Einholt ayudó a Gruber a levantarse del suelo.

—Ulric te ama, hermano Einholt —dijo Gruber al mismo tiempo que lo abrazaba.

—Espero que Ulric también me perdone —replicó el otro.

A la luz de las antorchas, metieron los trofeos en sacos, y Aric le entregó el brazalete de garras de pantera a Von Volk con actitud reverente.

El Caballero Pantera lo cogió y le hizo un gesto de asentimiento al portaestandarte de los Lobos.

—Que Ulric os guarde por lo que habéis hecho aquí. Vuestro sacrificio será conocido por todos los miembros de mi orden.

—Y tal vez nuestras órdenes no serán tan rivales a partir de ahora —sugirió Gruber mientras se acercaba, cojeando—. También se ha derramado sangre vuestra para conseguir esto.

Él y Von Volk se estrecharon la mano en silencio.

—Lo tenemos todo —declaró Einholt. El y Aric cogieron los sacos llenos de los más preciosos objetos para llevarlos de vuelta a la ciudad—. Sugiero que es hora de salir de aquí. La luz que tenemos no durará mucho, y hay ciudadanos de Middenheim que se sentirán aliviados cuando les devolvamos estas baratijas.

Lowenhertz apareció detrás de ellos, con una antorcha en alto. En la mortecina luz, su semblante estaba pálido, pero tenía una expresión decidida.

—No hay..., no hay ni rastro de él, de la cosa que Einholt golpeó. O está destruida, o...

—Ha escapado —concluyó Gruber.

# Confesión

El aire que flotaba sobre Middenheim era frío y calmo. Abajo, los vientos hallaban la entrada y salida de todas las calles y callejones, gimiendo a través de las grietas de la piedra y pasando sobre los adoquines húmedos. El otoño había llegado.

Los braseros de la calle tenían más combustible y sus llamas altas lamían las paredes de piedra, cubriendo las superficies negras con una capa de hollín; los fuegos ardían hasta el amanecer. Entonces, la noche llegaba más temprano y para muchos se acortaba la jornada laboral. Los ciudadanos permanecían fuera durante menos tiempo, pues se preparaban para la dureza del invierno que se avecinaba, cuando muchos morirían de frío y a causa de las numerosas enfermedades invernales que aquejaban a la elevada ciudad año tras año.

Para algunos, la estación otoñal sólo significaba que comenzaban y concluían la jornada laboral durante las horas de oscuridad. Uno de ellos era Kruza. Efectuaba su trabajo con pulcritud, y escogía al objetivo final de aquel día. Los últimos comerciantes abandonaban la ciudad en grupos que llevaban antorchas, y entre ellos iba un hombre rotundo, de mediana edad, con un florido arrebol rojo sobre las mejillas y una magnífica nariz bulbosa. Sus bolsillos parecían cargados y, medio ocultos tras el pecho de un largo abrigo bordado que no podía cerrarse sobre el gordo montículo de su pecho, se veían con claridad las correas y cierres de un zurrón. Kruza lo vio cuando salía de una de las mejores cervecerías del límite de Freiburg y lo siguió hasta el extremo norte de Altquartier.

Kruza adelantó con tranquilidad a su objetivo, cuyos bamboleantes y cortos pasos avanzaban con mayor lentitud por los adoquines de la empinada calle. El carterista se detuvo durante un momento y luego regresó sobre sus pasos para comprobar la posición de la bolsa del dinero en el abrigo del comerciante cuando pasó muy cerca de él. La víctima no le prestó ninguna atención.

Kruza ya había examinado a la víctima y estaba a punto de actuar cuando vio algo ante sí. Apartó los ojos del comerciante durante el tiempo suficiente para ver el borde de una larga capa gris que desaparecía por la puerta de una taberna situada al otro lado de la estrecha calle.



Kruza se detuvo, y luego avanzó algunos vacilantes pasos. Cuando se volvió hacia su víctima, el hombre estaba desapareciendo en la esquina de una calle lateral. Kruza comenzó a seguir otra vez al comerciante mientras intentaba concentrarse y recordar que debía cubrir la cuota.

Pero entonces podía notar a su espalda los ojos que lo observaban. Se volvió con brusquedad, y esa vez el par de figuras embozadas, porque eran dos, apenas tuvo tiempo de desaparecer de la vista.

En un instante, Kruza olvidó a la víctima y se zambulló en las sombras. Unió las frías palmas de ambas manos ante su rostro como si estuviese rezando, tal vez a Ranald, el burlador dios ladrón. No, a cualquier dios que estuviese escuchando. De repente, tenía las manos pegajosas de sudor. Sintió que se le formaba una gota en la frente y que descendía por la cicatriz que tenía en un lado de la cara; bajó hasta la mandíbula. Quedó allí suspendida, por un momento, y luego se le unió otra gota de sudor. Ambas cayeron juntas desde su mentón.

Hacía meses que vigilaba por si llegaba ese momento, que se preparaba una y otra vez para él, pero entonces que por fin había llegado, él no estaba preparado. Nunca podría estar preparado para el regreso de los hombres de gris que llevaban el brillante emblema de la serpiente que se mordía la cola. Habían atrapado a Resollador, y en ese momento lo atraparían a él.

Kruza salió al centro de la estrecha calle y miró a su alrededor. No buscaba un lugar donde esconderse, ni la ayuda de otros, sino que quería hacerse una idea de la disposición del terreno. Tenía la enfermiza sensación de que había justicia en el hecho de que fuesen por él. Habían cogido a Resollador, a pesar de que era inocente. Su alma no estaba sucia como la de Kruza. Por supuesto que irían por él, y con una ferocidad cien veces mayor.

Sólo había un modo de enfrentarse con aquello. En la ocasión anterior, él había huido, y Resollador había pagado por ello. Esa vez les haría frente y lucharía. Y si moría, ya no tendría la muerte del muchacho sobre la conciencia. Con la mano sobre la empuñadura de la espada corta, Kruza permaneció allí con los pies firmes sobre los bordes de los adoquines y los hombros echados hacia atrás. Profirió un tremendo grito de desafío, de remordimiento, de advertencia. Quienes lo oyeron no sabían qué significaba, sino sólo que debían mantenerse alejados de él. Kruza oyó puertas que golpeaban y postigos que se cerraban sobre ventanas. Luego, reinó el silencio.

También oyeron el grito los hombres de gris que se encontraban en el callejón próximo, a cubierto de la luz.

—Es un muchacho valiente este carterista tuyo —dijo en voz baja la figura más alta y delgada con tono sardónico—. ¡Tiene intención de venir por nosotros!

La figura más baja y de constitución más pesada, se volvió con ligereza, salió a la calle desierta y arrastró a su compañero tras él. Se quedaron de pie a treinta pasos de

la firme silueta del preocupado carterista, cuyo grito aún resonaba entre los cerrados edificios y se perdía en el laberinto de calles y callejones de Altquartier.

El más alto de los hombres de gris se metió una mano debajo de la capa para coger el arma. Su compañero se llevó las manos al interior de la capucha, que le ocultaba el rostro, y abrió la boca para gritar.

Pero Kruza voló a través de los treinta pasos que mediaban entre él y los hombres de gris antes de que el otro tuviese oportunidad de hablar. Llevaba la espada corta enarbolada por encima de la cabeza y cogida a dos manos. Tenía intención de descargar con ella un fuerte golpe y luchar, luego, hasta la muerte, aunque fuese la suya. Sus ojos inyectados en sangre, con los párpados bien abiertos, dejaban a la vista la esclerótica en torno a los agujeros negros de sus pupilas tremendamente dilatadas. Un segundo alarido comenzó a salir entre sus dientes apretados.

Luego, se produjo el impacto. Kruza apenas pudo retener la espada corta cuando ésta rebotó contra el martillo y se retorció en sus manos debido al impacto que había salido de alguna parte para arrebatársela.

Volvió a blandirla en un tosco arco oscilante, que fue parado en seco por el mango de un martillo diestramente manejado; la intensidad del choque hizo volar esquirlas de acero y astillas de madera.

El siguiente golpe de Kruza fue bajo, aunque no lo bastante profundo, y sólo abrió un profundo tajo en la flameante capa gris del adversario más alto.

El hombre se apartó de un salto y echó atrás la cabeza, un gesto que hizo caer la capucha que le ocultaba el rostro. Kruza vio una cara de piel arrebolada y ojos oscuros que lo miraban. No había rastro de la piel delgada y frágil como el papel, ni de la delgadez pálida que caracterizaba a los otros hombres de gris. Estos hombres eran de carne y hueso..., y estaban dispuestos a luchar con toda su alma.

Un martillo volvió a arremeter contra él, manejado por el hombre más bajo. Kruza bloqueó el golpe con ferocidad y lanzó otra estocada con la espada. El hombre más bajo la esquivó. También él se había quitado la capucha, y había liberado uno de sus hombros del peso de la capa. En torno a su cuerpo, Kruza pudo ver entonces la piel de lobo.

Había visto antes aquella piel. Su mente comenzó a trabajar a toda velocidad al mismo tiempo que volvía a atacar con la espada el torso cubierto por la piel. Al abrir un profundo tajo en ésta sin llegar a tocar al hombre que se encontraba debajo, Kruza pensó en aquel otro hombre. ¡Lo había visto hacía semanas, en la plaza de Fieras! El hombre que llevaba un paquete con la armadura envuelta en una piel igual que ésta. ¡El gladiador enmascarado!

Kruza miró al rostro de Drakken, confuso. «Es el Lobo Blanco. ¡El Lobo Blanco de Lenya! ¿Era él uno de los hombres de gris?»

Las fosas nasales de Kruza se dilataron cuando inspiró aire con el fin de controlar

el pánico que lo invadía. Tenía los labios empapados en saliva y los dientes apretados, cosa que no permitía que ningún sonido saliese de su cuerpo. En torno a él había dos martillos que zumbaban por el aire en una demostración de la fuerza del templo del Lobo. ¿O era la fuerza de los hombres de gris? No lo sabía.

Cuando su espada corta lanzó la siguiente estocada, sólo encontró aire. Luego, al girarse y volver a atacar, sintió que rasgaba carne con el extremo de la hoja. Antes de que pudiera saborear aquello, se encontró en el suelo, doblado por la mitad, conmocionado y sin aliento a causa de un tremendo golpe recibido en el centro del pecho.

¿Por qué..., por qué no estaba muerto? ¿Por qué el golpe no lo había matado? ¿Por qué se le permitía que viviera cuando estaba dispuesto a morir? Kruza, tendido en el suelo, profirió un suave gemido.

Anspach se frotó con un puño la herida que tenía en el hombro, mientras Drakken se arrodillaba junto a la despatarrada forma de Kruza y tendía una mano prudente para coger al ladrón.

Anspach estaba pasándoselo de maravilla. Drakken le había hablado de un carterista al que necesitaba encontrar, una enemistad personal, al parecer, que quería mantener en secreto. El joven templario había reclutado a Anspach para que lo ayudara a hacerlo. No resultaba demasiado difícil para un hombre con el conocimiento que Anspach tenía del mundo subterráneo de la ciudad, y la pequeña batalla librada en una calle tranquila de Altquartier era un buen premio, algo que animaba aquella fría noche otoñal. Drakken no le había dicho que el joven ladrón tuviera tantos bríos ni un brazo tan fuerte. No se había hecho ningún daño irreparable; sólo tenía una herida superficial en su hombro, que se le curaría en un abrir y cerrar de ojos. La indignidad sufrida por Drakken era otra cosa; un corte le había dividido la piel de lobo en dos trozos, y ninguno bastaría para cubrir el enorme torso del joven templario.

«Explícale eso a Ganz», pensó Anspach para sí. Sonrió afectadamente mientras contemplaba el extraño cuadro de un Lobo sucio que le ofrecía la mano a un joven delincuente callejero. Casi sintió nostalgia.

En el lado norte de Middenheim, un gigantesco templario del Lobo rubio avanzaba a grandes zancadas por las amplias avenidas situadas justo al sur del palacio. Junto a él, había una mujer menuda, cuyos pies se movían medio a la carrera, medio a saltos, para seguirle el paso.

—Pero ¿por qué te ha enviado Krieg? ¿Y adonde me llevas? —jadeó Lenya, que respiraba agitadamente e intentaba mantener su falda y su capa lejos de la fina

película de escarcha que comenzaba a brillar sobre los adoquines.

Bruckner se detuvo en seco. Lenya estuvo a punto de adelantarlo; luego, también hizo un alto y se inclinó hacia adelante al mismo tiempo que se cogía un flanco.

—Tengo una punzada de dolor. ¿No puedes caminar un poco más despacio? —preguntó.

—Un poco, tal vez —respondió Bruckner sin mirarla—. Drakken me pidió que te acompañara, en bien de tu seguridad. Él mismo te dirá por qué necesita verte.

Continuaba sin mirar a su acompañante, posiblemente porque tendría que inclinarse mucho para posar los ojos en su rostro, o tal vez porque sencillamente era un trabajo que tenía que hacer, un favor que le hacía a un compañero y que para él no revestía el más mínimo interés.

Bruckner continuó avanzando hacia el sur, se detuvo tras unas pocas zancadas y luego aminoró el paso para que Lenya pudiera seguirlo... si daba una carrera cada dos pasos.

Drakken y Anspach sacaron a Kruza de la calle, medio a rastras, medio en volandas, hacia un callejón adyacente, donde pudo recuperarse durante unos momentos lejos de las gentes que habían oído la pelea y entonces salían al exterior para ver qué había sucedido.

El carterista se sentó con la espalda contra una pared musgosa. Tosió y escupió sobre el oscuro suelo de tierra, entre sus prominentes rodillas. En ese momento, parecía bastante dócil mientras Anspach lo observaba de pie ante él, recostado contra la pared opuesta. Había el espacio justo para ellos dos, así que Drakken permaneció a un lado y esperó a que el carterista se recuperara lo suficiente como para continuar con el asunto que lo ocupaba esa noche. Había esperado que Kruza se acercara en silencio, que se mostrara cobarde como toda la escoria callejera, y entonces sentía una reacia admiración por la valentía que acababa de demostrar al luchar contra ellos, por muy equivocado que estuviese.

Kruza alzó brevemente la mirada hacia Anspach. En un solo parpadeo reparó en la estatura del hombre, en la herida superficial que había sufrido, la posición de su martillo, su postura elegante y relajada. Kruza tenía ojos de ladrón y entonces los utilizó para fijarse en cada detalle. Luego, se dobló por la mitad a causa de otro sonoro y convulsivo ataque de tos. Su mano salió disparada mientras el codo continuaba apoyado contra la rodilla.

Drakken no supo qué había sucedido. De repente, Kruza estaba de pie apoyando la punta de una daga contra el cuello de Drakken, mientras Anspach gritaba y retrocedía con paso tambaleante, pillado desprevenido y con la guardia baja durante un fugaz momento. Pero sólo por un momento.

Anspach blandió el martillo en un ángulo bajo apenas inclinado y derribó a Kruza

con un golpe en las rodillas. El carterista se golpeó con fuerza las nalgas contra el suelo de tierra del callejón y dejó caer la daga que había cogido de una bota de Anspach durante el espectacular ataque de tos. Kruza alzó las manos al saber que finalmente estaba derrotado.

—Se acabó. Haced conmigo lo que queráis. O matadme —dijo.

Anspach volvió a sonreír. ¡El joven ladrón le había quitado el cuchillo sin que él lo notara! «¡Por Ulric, sí que es bueno!»

Anspach le tendió una mano a Kruza, y el ladrón creyó ver que el templario sonreía al tirar de él para ponerlo de pie. Pero sus miradas se habían encontrado durante el más breve de los instantes, y Drakken avanzaba en ese momento para hacerse nuevamente cargo de la situación.

—¡Compórtate! Hay alguien con quien quiero que hables —dijo Drakken—. Sígueme. Anspach, cúbrenos las espaldas.

Lenya y Bruckner continuaban avanzando hacia el sur a un paso ligeramente más lento, pero por mucho que la muchacha ordeñadora lo intentaba no lograba que el Lobo entablase ninguna clase de conversación.

—Al menos podrías decirme adónde vamos, ¿no? —preguntó ella.

—Ya lo verás —fue la única respuesta de él.

—¿A qué distancia queda? —intentó ella otra vez.

—No muy lejos —fue la breve respuesta.

Bajaron por otra empinada calle que corría a lo largo del muro norte del Gran Parque, y luego otra vez al sur. Él no dijo nada más, y Lenya no sabía qué más preguntar. Contempló cómo sus pies caminaban sobre los adoquines, primero pulidos, anchos y planos, y después, en los barrios más pobres, ásperos, rotos y desiguales. Allí, las piedras eran más pequeñas y estaban dispuestas en remolinos y mosaicos que en nada se parecían a los empedrados lisos del norte. Bueno..., al menos sabía que se dirigían hacia Altquartier.

Kruza siguió a Drakken, con sus andares regulares, mientras escuchaba los relajados y ligeros pasos del que se llamaba Anspach, que caminaba detrás de él. No tuvieron que ir muy lejos. Tras girar al norte y al oeste en el aire frío, por calles casi vacías, se detuvieron en el exterior de las grandes puertas dobles de las cuadras del barrio.

El caballerizo hacía pocos negocios en aquella zona. Sus establos sólo se llenaban cuando la ciudad rebosaba de visitantes ricos, y entonces los excedentes de las cuadras de caballerizos más respetables del norte, a veces, acababan llegando hasta allí. Pero, aun así, los clientes más ricos de tal establecimiento eran sólo comerciantes moderadamente situados, que por la noche se marchaban de la ciudad hacia sus

moradas de campo, y sólo necesitaban un lugar donde dejar los caballos durante las horas de trabajo. No era una existencia tan mala para el caballerizo y sus hijos, y no vivían mal. Los establos estaban siempre vacíos por la noche, así que los lechos de paja se cambiaban sólo con la luna nueva, y los caballos, que comían en sus establos del campo por la mañana y por la noche, requerían poca alimentación durante las horas diurnas.

Drakken abrió lo suficiente una de las puertas como para que pasaran los tres. Dentro, había la luz de una sola antorcha, que ardía en su aro herrumbroso fijado en la pared del patio. A los lados del patio, había estrechos establos con medias puertas, y el lugar olía a lechos de paja y viejos excrementos de caballo.

Kruza nunca había estado cerca de un caballo. Había pocos en Altquartier y mantenía una gran distancia con aquellos a los que encontraba en otras zonas de la ciudad. Pero en aquel lugar no había sonido alguno, ni bufidos ni pisotones, y el carterista se relajó un poco al ver que todos los establos estaban vacíos.

Aunque el relajamiento no duró mucho rato. Drakken se volvió hacia él en cuanto salieron de la calle, lo empujó contra las toscas maderas de la pared de un establo y se le plantó delante con el rostro alzado para mirar a Kruza a los ojos. Las narices de ambos casi se tocaban.

En el semblante de Drakken había un profundo ceño fruncido, y Kruza volvió a tensarse. Se sentía como si su cuerpo fuese la serie de cables tirantes y bloques de pesada roca que formaban el sistema de poleas y contrapesos de los ascensores que funcionaban en la Fauschlag, tironeando y estirándose mientras subían cargas imposibles.

Tenía el pecho tan tenso y duro que le parecía imposible que pudiera respirar. Con Drakken pegado a la cara, se preguntó durante cuánto tiempo más se le permitiría respirar. Kruza le lanzó una mirada taimada a Anspach, que hacía guardia junto a la enorme puerta negra que colgaba de los goznes, entreabierta. No tendría un aliado en él. Kruza sabía que los Lobos se mantendrían unidos.

—Ella llegará pronto —comenzó Drakken.

«¿Ella? —pensó Kruza, y entonces comprendió—. ¡Lenya! Debo rendir cuentas ante Lenya por la muerte de Resollador. Por eso, me han traído aquí. ¡Y luego, este Drakken me matará!»

—Después de la lucha de la plaza de Fieras, te diste a la fuga. Supongo que no puedo reprochártelo. Yo te asusté al llamarte ladrón, mentiroso y asesino. Y tal vez es lo que eres, pero, de ser así, Lenya merece oír la historia de tus labios. A mí no me escucharía.

»Lenya necesita saber qué le sucedió a Resollador. Lo estuvo buscando. No habla de nada más que de su hermano, de los callejones sin salida que han sido las pistas que siguió. Dice que tú lo conociste. Si de verdad sabes qué le sucedió a su hermano,

debes decírselo con claridad, para que su mente descansa de una vez y para siempre. Y si tú lo mataste, responderás de ello ante la guardia de la ciudad —concluyó Drakken con severidad.

«¿Qué puedo decirle, a la muchacha?», se preguntó Kruza. Había pasado hacía mucho el momento en que podría habérselo contado todo; había pasado durante aquel último encuentro, la noche en que fueron salvados de la plaza de Fieras por ese mismo Lobo Blanco, cuando se dio cuenta, con auténtica conmoción, de que ese hermano era el mismo muchacho al que él había intentado olvidar. «No quiero contarle ni una sola palabra. No lo entiendo. ¡Durante todos estos meses, he intentado no pensar en el asunto!»

Pero con aquel par de Lobos Blancos que lo vigilaban, sabía que tendría que contarle algo a Lenya. En ese momento, decidió que habría preferido pagar con su vida en la calle donde habían luchado, antes que tener que encararse con Lenya y contarle la historia.

No quedaba tiempo para pensar porque Lenya ya entraba de espaldas por la estrecha puerta del establo, mientras hablaba con alguien que debía hallarse al otro lado.

—¿Por qué has querido traerme aquí? ¡Esto no puede estar bien! —exclamó, y luego, al volverse, los vio.

Sus ojos se clavaron en Kruza, que inclinó la cabeza y no dijo nada. Entonces, ella echó a correr hacia Drakken y posó las manos sobre el amplio torso de él, que la tomó delicadamente por los codos, uno en cada mano.

—Lenya —dijo—, te he hecho traer hasta aquí para hablar con el carterista. Pregúntale lo que quieras acerca de tu hermano. Te responderá a todo. —Esto último lo dijo con los ojos fijos en Kruza. Se trataba de una advertencia.

Lenya se volvió, mientras Drakken continuaba sujetándola por los codos con suavidad.

—¿Conociste a Stefan?

—No..., conocí a Resollador...

Kruza se dio cuenta de que ambos estaban repitiendo las palabras que había pronunciado después de salir de la plaza de Fieras aquella noche.

—Déjanos, Krieg —pidió la muchacha al mismo tiempo que agitaba una mano hacia su amante templario, pero sin apartar la atenta mirada del rostro de Kruza.

—¿Qué poder tiene esa ordeñadora! —le comentó Anspach a Drakken con gesto torcido.

Se encontraban en la calle junto con Bruckner, en el exterior de las caballerizas. Drakken lo miró.

—Poder tanto sobre el Lobo como sobre el carterista —concluyó Anspach,

divertido.

Drakken bajó la mirada mientras un intenso rubor de enojo y azoramiento le ascendía desde el cuello para bañarle el rostro y la frente. El rubor fue seguido por el fruncimiento de su entrecejo, que le dejó marcas de color blanco y púrpura en la frente.

—Conocí a Resollador —comenzó Kruza, repitiendo su última frase—. No lo conocí por ningún otro nombre. Me dijo que no tenía nombre, que era el hijo bastardo de un noble y una madre que murió de parto. No podía saber que era tu hermano.

«Yo lo llamaba “hermano” pero nunca supe que lo fuera con seguridad. Nadie lo conocía realmente —pensó Lenya—. En general, apenas si reparábamos en su presencia». Pero no dijo nada. Kruza estaba hablando, y se dijo que callaría si lo interrumpía. Quería escuchar lo que tuviese que decirle.

—No se parecía a ti.

«No se parecía a nadie», pensó la muchacha.

—Dijiste que era honrado, ¿recuerdas? —preguntó Kruza, pero no aguardó la respuesta—. Lo era, de una manera extraña. Lo pillé robándole a un viejo carterista, uno de mis maestros, pero sólo robaba lo que no pertenecía a nadie, o lo que sobraba. Yo fui su primera visita, su primer amigo en Middenheim. Espero haber sido su amigo.

«Si eras su amigo, eres el único que ha tenido jamás —pensó Lenya, y el recuerdo le dolió—. La gente era cruel con él cuando reparaban en su presencia. Al final, nadie parecía verlo siquiera».

—Nunca he conocido a nadie capaz de robar como lo hacía él. En silencio, sin que lo vieran. Yo... lo utilizaba. —Dejó caer la cabeza—. No estoy orgulloso de eso, pero al menos no lo recluté ni permití que Bleyden se apoderara de él y lo usara de un modo aún peor. Éramos amigos. —Era como si hablase sólo para sí mismo.

«No podríamos usar a Resollador; tenía su propio tipo de libertad, sus propias costumbres», pensó Lenya, pero nada dijo. Reconocía la verdad cuando la oía.

Se produjo una larga pausa, y entonces se dio cuenta de que aún estaban de pie en medio del patio de los establos, abierto a las estrellas, y que la noche se estaba volviendo fría y de color púrpura. Nubes grises y negras, de los colores de la roca Fauschlag, se deslizaban por el firmamento y ocultaban las lunas gemelas; la muchacha sintió un intenso helor. Kruza estaba inmóvil ante ella, como lo había encontrado al entrar en el patio. Lenya tendió una mano hacia el carterista, el cual la evitó antes de que llegara siquiera a tocarle una manga.

—¡No lo hagas! No voy a gustarte después de que oigas lo que tengo que contarte. Yo lo usé... Él robó para ayudarme a completar la cuota. Yo lo desafiaba. Era como un juego —prosiguió, sin mirar a Lenya.



«No intentes jugar al escondite con él», pensó Lenya.

—Él robaba para mí, y yo escuchaba sus cuentos. Tenía una habitación extraordinaria, llena de cosas hermosas. Bebíamos juntos y yo me quedaba dormido en su sofá, escuchando a medias las historias que me contaba. Yo sabía que lo estaba utilizando; me aprovechaba de sus habilidades de ladrón, pero no le deseaba ningún mal. A él le gustaba jugar a aquel juego, y luego regresar para hablar de las brujas que lo habían criado. Tonterías como ésa. Nadie más lo veía, ¿sabes?

«El niño expósito de mamá —pensó ella—, y ya nunca sabré por qué lo llamaba así ni por qué todos reíamos, mi padre, mis hermanos, incluso mi madre con tristeza en los ojos. Tal vez no pertenecía en absoluto a nuestra familia. Quizá nunca perteneció a nadie».

—Creo que murió, Lenya. Lo siento. Creo que ha muerto.

Kruza sabía eso desde hacía mucho tiempo, pero nunca lo había dicho antes en voz alta.

«¡Muerto! Antes de que yo pudiera encontrarlo o entenderlo. ¿Por qué tenía que morir?» El gemido que se produjo en el corazón no llegó hasta sus labios. Se sentía ligeramente mareada.

—Era invisible; debería haber estado a salvo..., pero no salió. Nunca salió. —La voz de Kruza era baja, y él mismo se sorprendió ante la calma con que hablaba. Sabía qué debía decirle la verdad—. Pensaba que era por un truco, o cuestión de suerte, eso de que nadie lo viera; pero no era así.

»Tropezó con la escoria del contrabando, contrabando a lo grande.

Hizo una pausa y miró a Lenya por primera vez. La muchacha estaba pálida y se estremeció.

Lenya tenía frío y miedo. Confundida, se volvió en busca de algún lugar al que ir, un sitio en el que sentirse protegida y abrigada. En torno a ellos, estaban sólo los establos vacíos, pero sin duda los cobijarían un poco. Le volvió la espalda a Kruza y avanzó hacia la media puerta del más cercano, en cuya aldabilla negra y ennegrecida posó una mano. Estaba bien engrasada y se desplazó con facilidad. Giró otra vez para mirar a Kruza, que se dio cuenta de que lo estaba esperando y fue a su encuentro. La joven entró en el establo, que olía de modo muy similar a los de Linz; le recordó a los caballos a los que atendía a veces, así como a las vacas a las que a menudo ordeñaba allí. Kruza permaneció de pie, un poco encorvado contra la media puerta. Estaba cansado y angustiado. Aunque había sobrevivido al enfrentamiento con los Lobos, pensaba que lo peor aún estaba por llegar.

—Había contrabandistas. Resollador lo supo. Siguió a los cadáveres y me contó la historia —volvió a comenzar cuando Lenya se instaló sobre una pila de heno viejo.

«Nadie veía nunca a Resollador. Así podía desaparecer durante varios días. “¡Anda por ahí con los suyos!”, solía decir mi madre. Ahora creo que no lo decía por

un exceso de imaginación. Nunca sabíamos dónde estaba ni qué hacía, pero a mí siempre me alegraba verlo regresar del bosque. Lo amaba y adoraba sus historias». Lenya respiró profundamente al recordar que Stefan estaba muerto, mientras los recuerdos de él daban vueltas y vueltas en su cabeza. Kruza continuó, interrumpiéndose de vez en cuando.

—Sólo que no eran cuerpos, y los hombres de gris no eran del templo de Morr. Eran contrabandistas que entraban en la ciudad toda clase de cosas. Vaya, ni siquiera sé por qué estoy hablando contigo. Resollador ha desaparecido.

Una parte de Lenya quería preguntar por los contrabandistas, quiénes eran, hasta dónde los había seguido Resollador. No obstante, sabía que si lo preguntaba, podría darse el caso de que Kruza no quisiera hablar más con ella. Experimentó un escalofrío que no había esperado, pese al aire cálido y cerrado del viejo establo.

Con la punta de una bota, Kruza trazaba pequeños círculos en el polvo de heno que había sobre el piso.

—Resollador me llevó al lugar donde estaban los contrabandistas. Al principio, yo no quería entrar —dijo Kruza al mismo tiempo que miraba a Lenya de un modo que impidió que le formulase la pregunta que temía: ¿dónde había muerto Resollador?

Ella permaneció sentada y quieta, y Kruza continuó trazando pequeños círculos con el pie. Tenía la cabeza inclinada, y Lenya apenas podía oírlo.

—Resollador estaba emocionado. Decía que allí había tantas cosas... «Ahí están para cogerlas». Recuerdo sus palabras. Parecía..., parecía un trabajo fácil.

La voz del carterista bajó aún más, y Lenya se puso de rodillas y se inclinó hacia él, pues quería oír todo lo que dijese, lo que quedase de sus recuerdos. Kruza se echó atrás con brusquedad, como si no deseara estar ni un centímetro más cerca de la muchacha.

—Los contrabandistas estaban allí. Docenas de ellos. Nos vieron. Intenté... —masculló a la vez que, inconscientemente, se pasaba una mano a lo largo de la estrecha cicatriz que había en un lado de su rostro y que, al quedar casi oculta por el cabello, Lenya no había visto antes.

«Le hicieron esa herida cuando intentaba salvar a Resollador. Era amigo de Resollador —pensó—. ¿Por qué lo duda?»

—Salí y esperé. Esperé en su habitación. No sé durante cuánto tiempo. Esperé hasta que hubo polvo nuevo en los escalones, pero Resollador no regresó.

Kruza hizo una pausa momentánea y, luego, de modo súbito, giró sobre los talones, salió del establo y avanzó hasta la puerta que conducía a la calle, la cual estaba abierta apenas un resquicio. Un momento más tarde se abrió de par en par, y Drakken la traspasó procedente de las sombras.

—¿Y bien? —preguntó.

Lenya, que salía tras Kruza, estaba a punto de responder cuando se dio cuenta de que Drakken le hablaba al carterista. Kruza parecía un fantasma. Tenía la misma expresión que había invadido su rostro cuando Lenya pronunció el nombre de Resollador, hacía varios meses.

—Está bien. —Lenya le respondió a Drakken en lugar de Kruza, y tomó al muchacho por el brazo—. Gracias —le dijo, sin saber qué otra cosa podía decir.

El hombre había intentado salvar la vida de Resollador. Tenía una cicatriz. No quedaba nada. Ella ya había llorado a Resollador durante demasiado tiempo.

—Ahora, haced lo que queráis conmigo —dijo Kruza mientras Drakken permanecía ante él—. Si debo morir, moriré en paz.

—¡No! —gritó Lenya, con firmeza e intrépida—. Déjalo marchar, Drakken. No ha hecho nada malo. Era amigo de Resollador y no le causó ningún mal.

La muchacha dejó que Drakken la tomara entre sus brazos.

—Y gracias a ti también, Krieg —dijo—. Ahora puedo dejar que Stefan descanse.

Se marcharon. Kruza se alejó del lugar tan rápidamente como pudo, e intentó relajarse en las calles oscuras. Pensaba que tal vez le había dado paz a la mente de Lenya.

Le había contado la historia. Le había relatado lo sucedido a Resollador. Bueno, también se había dejado algunas cosas, cosas que su mente intentaba borrar desde hacía mucho tiempo. En la ciudad había cosas de las que uno no hablaba, que olvidaba tan pronto como podía, como los hombres de capa gris y su monstruoso lugar.

Lenya sabía bastante, y entonces podría llorar y dormir con facilidad. Por lo que a él respectaba, olvidaría. Lo olvidaría todo. Iría a La Rata Ahogada y lavaría todo aquello de su mente. Lenya, Resollador, el condenado Lobo..., incluso los hombres de gris.

## Lobo solitario

El mago estaba mirándolo atenta, ferozmente, como si lo reconociera.

—Einholt —dijo Shorack al fin, con voz inexpresiva.

—¿Me conoces, señor? —preguntó él, con sorpresa.

—Tu nombre acaba de venirme a la cabeza. El mundo invisible del que te burlas me ha hablado. Einholt, eres un hombre valiente. Mantente apartado de las sombras.

Einholt se sentó en el camastro, rodeado de oscuridad. Tenía la boca seca y la piel mojada. El sueño había cambiado. Por primera vez en veinte inviernos, el sueño había cambiado, se había deshecho para ser reemplazado por otro.

Tal vez debería alegrarse, pero no era así. El dormitorio colectivo estaba en silencio y alumbrado sólo por la luz de las últimas estrellas de la noche que entraba por las claraboyas. Sus hermanos de la Compañía Blanca roncaban o tosían bajo revueltas mantas, en la hilera de camastros situados contra las paredes blancas como la espuma.

Sin otra prenda que la camisa interior larga hasta las rodillas, Einholt se sentó en el camastro y posó los pies desnudos sobre el frío piso de piedra. Con voz ronca, murmuró una plegaria matinal dirigida a Ulric, al mismo tiempo que respiraba profundamente. Luego, se envolvió los hombros con la piel de lobo y avanzó lentamente, medio cegado porque su visión nocturna aún era débil, hasta el otro extremo del dormitorio.

Cerró la pesada puerta del dormitorio tras de él sin hacer ruido, y entró en el patio del claustro. Rodeándolo ardían velas protegidas por pantallas, situadas sobre pedestales que había a ambos lados de la entrada de los dormitorios de cada compañía de Lobos. El cielo aún estaba oscuro y el aire era frío, de un tono gris a causa de la luz del alba. «Aún no es hora de maitines», pensó Einholt. Junto al pedestal de una vela situada junto al dormitorio de la Compañía Blanca, había una jarra de agua y una taza de peltre. Einholt bebió un largo trago de líquido helado, pero su boca continuó seca.

«Tu nombre acaba de venirme a la cabeza. El mundo invisible del que te burlas me ha hablado. Einholt, eres un hombre valiente. Mantente apartado de las sombras».

Intentó alejar el pensamiento de su cabeza, pero estaba allí, tan inmóvil como un pedernal bajo la herradura de un caballo de guerra. «No fue más que una frase teatral», se reconvino. De hecho, eso mismo le había dicho antes a la cara, al hombre. Aquel altanero mago había sido un actor lleno de dramáticas florituras que nada significaban. Sólo había intentado asustarlo.

Pero Shorack supo su nombre. Y la forma en que murió no había tenido nada de teatral, aplastado contra el embreado techo de la bodega.

Einholt se puso a pasear por el dormido recinto del templo, a lo largo de corredores fríos y sacristías de suelos cubiertos por toscas alfombras.

«Mantente apartado de las sombras».

Murmuró una y otra vez, para sí, la plegaria de protección que todos habían aprendido de memoria al ser admitidos dentro de la orden. Las antorchas que habían ardido durante toda la noche oscilaban al apagarse en las sujeciones de las paredes. El humo flotaba en el aire fresco. Afuera, muy a lo lejos, los gallos comenzaron a cantar. Se oyó un trueno, un lejano trueno otoñal, que inundó el frío cielo de un tono rojizo y destacó contra la negrura.

Einholt intentó recordar el sueño; pero no el sueño de aquella dura noche, del maestro Shorack y su advertencia, sino el sueño anterior, el que había tenido durante veinte inviernos. Sintió comezón en la cicatriz. Resultaba extraño que aquel sueño hubiese permanecido con él durante tanto tiempo, que lo hubiese perseguido durante tantos años, y que entonces le costase recordar siquiera un fragmento. El nuevo sueño lo había borrado por completo.

«Tu nombre acaba de venirme a la cabeza. El mundo invisible del que te burlas me ha hablado».

Entró en el templo a través del porche oeste, pasando por debajo de las bóvedas de cañón del vestíbulo. Dos templarios hacían guardia allí y se calentaban las manos ante un brasero colocado sobre un trípode de latón. Eran Fulgar y Voorms, de la Compañía Gris.

—Te has levantado temprano, Einholt de la Blanca —dijo el segundo, con una sonrisa, cuando él se aproximó.

—Y vistes de manera informal —comentó Fulgar con una sonrisa afectada.

—Ulric me llama, hermanos —fue la sencilla respuesta de Einholt—. ¿Acaso vosotros retrasaríais la respuesta a su llamada para vestiros?

—Que Ulric te guarde —entonaron ambos con reverencia, casi al unísono, al mismo tiempo que se apartaron para dejar que pasara.

El templo estaba abierto. Ulric, una gigantesca sombra en la cúpula, se encumbraba sobre él.

Einholt se arrodilló ante el altar, y una multitud de llamas de vela oscilaron a su alrededor. Dedicó un largo momento a la contemplación, y al fin logró atrapar el

viejo sueño como uno pillaría la manga de un conocido que pasara por una calle concurrida.

«Hagen, veinte inviernos antes». ¿Cómo podía haber olvidado eso? Las Compañías Roja, Dorada y Blanca juntas, con el gran Jurgen como comandante general en el campo de batalla. Las falanges de cerdos verdes que se encontraban en el valle, a la orilla del arroyo, vociferantes. Cuatrocientos eran, y más, bamboleantes, pesados, agitando lanzas y hachas en el mediodía invernal.

—Ahora obtendremos gloria —había dicho Von Glick con una risa alegre, a la que todos se unieron. Von Glick, más joven entonces, de cuerpo firme y en plena mediana edad musculosa, cabello oscuro e ingobernable.

También Gruber, el gran roble inamovible de la compañía, a la derecha de Jurgen. Morgenstern, un hombre más acicalado por entonces, el pícaro de la compañía, que se puso a gritarles ingeniosas pullas a las bestias de piel verde que se encontraban al pie de la pendiente. Había sido mucho tiempo antes de que la bebida embruteciera y aflojara su cuerpo, antes de que Anspach se uniera a ellos y se apoderara de la corona de Morgenstern como bromista de la compañía, antes de que este último se transformara en nada más que el borracho de la compañía.

Kaspen estaba allí, claro; un joven de cabello rojo, y era su primera incursión en el campo de batalla. Al igual que Reicher, bendito fuese su brazo. Y además, estaban los largamente llorados Vigor, Lutz y el muchacho Drago, el joven cachorro que le habían dado a Einholt para que lo entrenara personalmente, bautizado hacía poco y de modo heroico en la acción, y entonces ansioso de más. Vigor viviría otras tres estaciones, y Lutz otra década al servicio de Ulric. Por lo que a Drago respectaba, no vería otro amanecer.

Jurgen se puso de pie en los estribos y contempló al enemigo. Con expresión grave tras el parche del ojo con tachones, se volvió hacia las compañías de templarios y les anunció que la batalla comenzaba.

«Es un error», se dijo Einholt. Los sueños hacen eso, juegan con los hechos. Jurgen perdió el ojo en Holtzdale, varios años más tarde. Pero era como recordaba mejor al gran Jurgen, grabado en su memoria. Y Reicher. ¿No había caído en Klostin, años antes de la batalla de Hagen?

Veinte largos inviernos habían mezclado los acontecimientos de ese día en sus sueños. No era de extrañar que los detalles ya no fuesen correctos. ¿Acaso no había habido una noche espantosa, años atrás, justo después de la batalla, en que había soñado que él y sólo él, Jagbald Einholt, se encontraba sentado en lo alto de la pendiente para enfrentarse con la horda de cerdos de piel verde?

Arrodillado ante el altar, Einholt suspiró. Se inclinó hacia adelante y apoyó las manos abiertas mientras los recuerdos, tanto verdaderos como falsos, giraban en torno a él como llamas, al igual que lo habían hecho cada noche durante veinte años;

hasta esa noche.

La carga en masa por la pendiente. Eso era verdad. Las resonantes órdenes de Jurgen, el bramado grito de los templarios, el atronar de los cascos de los caballos.

El trueno del amanecer rodó por el cielo, fuera del templo, fuera de su sueño. «Cascos de caballos», pensó.

Podía percibir el olor a savia de la hierba machacada, los hilos de saliva de los corceles de guerra, el penetrante olor a adrenalina del sudor de los hombres que lo rodeaban. Él corría, atronaba por su cuenta al descender por la ladera del exterior de Hagen; Lobo y caballo fundidos en un solo ser guerrero.

Se encontraron con los enemigos junto al arroyo y los pisotearon a despecho del mayor número de oponentes. Ese día, fueron más las criaturas que murieron aplastadas por los cascos de los caballos que por golpes de martillo.

Su caballo entró en el arroyo entre murallas de agua y destrozó bajo los cascos a dos cerdos que gritaban. Kaspen se encontraba a su lado y se regocijaba en la gloria de la batalla, olvidados sus temores juveniles. ¿En cuántas ocasiones había presenciado Einholt esa transformación desde entonces? Aric, en su primera aventura... Drakken en Linz... Era una maravilla, observarlos. Una maravilla en honor del templo. Lobeznos que eran arrojados al fuego y salían sin quemaduras y jubilosos como Drago.

¿Acaso él nunca había sido tan joven como ellos? ¿Había sido bautizado de aquel modo en la batalla alguna vez? Sin duda, pero hacía tantísimo tiempo...

¡Por la gloria de Ulric! En aquel momento, en el lecho del arroyo, el agua saltaba al aire, volaba en torno a ellos y los empapaba. La sangre también los empapaba. Los martillos pasaban volando, cortaban el agua que ascendía y destrozaban hocicos provistos de colmillos. Cadáveres verdes partidos, reventados, flotaban en el agua alrededor de los corceles. Al otro lado, en persecución de los rezagados, los Lobos hacían entrar a los caballos entre los juncos, donde las gruesas hojas se partían y les azotaban los flancos. Detrás, gritos. El mango del martillo terso en el interior de su mano.

El joven Drago pasaba galopando.

—¡Conmigo, Einholt! —gritaba.

Drago giraba a la izquierda, lleno del espíritu del Lobo, excesivamente confiado, y se adentraba en un bosquecillo de sauces.

Por ahí, no. Por ahí, no. Él corría entonces tras Drago y se agachaba para pasar bajo las inclinadas frondas de los tristes árboles. Por ahí, no.

¡A la derecha, no, a la izquierda! En nombre de Ulric, ¿dónde estaba Drago?

Se repetía cada vez, cada noche el mismo esfuerzo por cambiar los hechos.

Por ahí, no. No te metas en el soto de sauces. Esta vez no...

De repente, Drago estaba gritando. Un grito atragantado con sangre. ¡Demasiado

tarde! ¡Siempre era demasiado tarde! Drago, tendido entre los juncos, con el corcel muerto y de espaldas cerca de él; el caballo tenía las patas encogidas y vueltas hacia las balanceantes ramas de lo alto. La sangre manaba como una fuente al aire desde el vientre abierto del animal. Los seres como cerdos, apiñados en torno a Drago, lo herían una y otra vez, y...

Einholt, al rojo vivo, imprecaba, lanzándose hacia ellos con el martillo girando. Se partían huesos y las criaturas chillaban. Un piel verde se alejaba rodando mientras de su cabeza hendida manaba una fuente de sangre. ¡Drago! ¡Drago!

Desmontando, corriendo hacia él, inconsciente del peligro.

«Eres un hombre valiente. Mantente apartado de las sombras».

¡Drago! ¡Allí! Acurrucado en los juncos como un polluelo en el nido. ¡Vivo, alabado fuese Ulric, vivo! Luchaba para avanzar entre los juncos hacia Drago y las sombras de los sauces caían sobre él.

«Mantente apartado de las sombras».

Drago...

Muerto, inconfundiblemente muerto. Desgarrado. Destrozado. Asesinado. El martillo partido aferrado aún entre los dedos cortados.

Se levantaba, se volvía, presa del furor.

«Eres un hombre valiente».

Un ser verde justo detrás de él. Aliento fétido. Bufidos de cólera. Un hedor a sudor animal. Un hacha con hoja de pedernal, enorme, que ya descendía hacia él.

Entonces, ¡ah, sí!, entonces venía la parte crucial del sueño, la que siempre lo despertaba con la boca seca y la piel mojada; cada noche durante treinta años. El impacto.

Einholt se incorporó hasta quedar de rodillas ante el altar; se dio cuenta de que había proferido un grito. Se llevó la mano a la cara, un gesto involuntario, y recorrió la línea de la cicatriz pálida con dedos temblorosos: desde la ceja, bajando por el ojo y la carnosa mejilla hasta la línea de la mandíbula. Einholt cerró los ojos y dejó que la negrura borrara el mundo.

—Que Ulric me proteja... —murmuró.

Del ojo sano le cayó una lágrima de dolor. Su ojo herido no había llorado desde hacía veinte años.

—Siempre está allí para protegerte, hermano. Ulric no olvida a sus elegidos.

Einholt se volvió para ver quién había hablado. En el resplandor de las velas, vio que detrás de él había un sacerdote del templo, encapuchado. No podía ver el rostro del hombre bajo la cogulla, pero el sacerdote radiaba bondad y calma.

—Padre —jadeó Einholt mientras recobraba sus desbaratados nervios—. Lo siento... un sueño, un mal sueño...

—A mí me parece un sueño de vigilia.



El sacerdote se le aproximó con las delgadas y pálidas manos tendidas en un gesto tranquilizador. Parecía cojear de modo irregular. «Es viejo —pensó Einholt—. Uno de los frágiles ancianos maestros del templo. Esto es un honor».

—Me he visto perturbado por mis sueños desde hace... mucho tiempo. Ahora me perturba el hecho de que hayan cambiado.

Einholt respiró profundamente para aclararse la mente. Lo que acababa de decir ya le parecía estúpido.

El sacerdote se arrodilló junto a él, de modo que ambos quedaron de cara al altar. Sus movimientos eran lentos y temblorosos, como si sus viejos huesos reumáticos pudiesen partirse si se movía con demasiada rapidez. El anciano encapuchado hizo el signo de Ulric y recitó una corta bendición. Luego, sin volverse para mirar al templario, habló otra vez.

—El camino de un caballero templario nunca es plácido. Se os forma y educa para participar en las más sangrientas guerras. He visto a suficientes templarios pasar por este lugar como para saber que ninguno goza jamás de placidez. La violencia perturba las almas, incluso la santa violencia en el nombre de nuestro amado dios. No puedo contar las noches que he pasado escuchando las quejas y temores de los Lobos que han acudido a este altar mayor en busca de socorro.

—Nunca he esquivado la batalla, padre. Ya sé lo que es. He luchado en muchas.

—No estoy dudando de tu valentía, pero comprendo tu dolor.

El sacerdote cambió de postura, como para que su frágil cuerpo estuviese más cómodo.

—¿Te asusta tu sueño de veinte años?

Einholt consiguió reír sin ganas.

—Llegué demasiado tarde para salvar la vida de un buen amigo, la vida de mi discípulo. Y pagué el precio. Tengo mis cicatrices, padre.

—Así es.

Parecía que el sacerdote no lo miraba, pero Einholt no podía saber hacia dónde se movía la cabeza dentro de la cogulla.

—Esto ha trastornado tus sueños durante años. Lo entiendo, pero Ulric graba esas cosas en nuestros sueños con un propósito determinado.

—Eso ya lo sé, padre. —Einholt se pasó una mano por el cuero cabelludo, calvo y empapado de sudor—. Mis recuerdos enfocan mis pensamientos, me recuerdan los deberes que tenemos para con el Gran Lobo. Nunca antes me había quejado. He vivido con ese sueño y él conmigo. Es un distintivo de honor que llevo cuando duermo.

El sacerdote guardó silencio durante un momento.

—Y sin embargo, esta noche, por primera vez, te ha hecho acudir aquí y gritar en voz alta.

—No —fue la simple respuesta de Einholt, y luego se volvió para mirar al hombre encapuchado que estaba junto a él—. He venido porque el sueño ha desaparecido. Por primera vez no ha acudido a mí.

—¿Y qué ha acudido, entonces?

—Otro sueño. El primer sueño nuevo que tengo desde la batalla de Hagen.

—¿Y fue tan terrible como el otro?

—No era nada. Un recuerdo.

—¿De algo reciente?

—Yo fui uno de los hermanos que destruyó la maldición debajo de la ciudad hace unos días. Yo aplasté las Mandíbulas del Lobo para que la magia se deshiciera.

El sacerdote intentó levantarse, pero no pudo. Einholt tendió un vigoroso brazo para prestarle apoyo, y sintió lo delgados y esqueléticos que eran los brazos del anciano bajo el hábito. Lo ayudó a levantarse. Con rigidez y movimientos inseguros, el sacerdote asintió con la cabeza para darle las gracias, y su cogulla apenas se movió. Luego, arrastró los pies junto al templario arrodillado.

—Einholt —dijo al fin.

—¿Me conoces, señor? —preguntó Einholt con sorpresa.

El templario tuvo una terrible sensación de *deja vu*, como si fuese Shorack el que se encontrara bajo la cogulla y repitiera aquel extraño acto de reconocimiento que se había producido dentro del túnel de cuarzo situado debajo de la roca Fauschlag.

—El propio Ar-Ulric ha elogiado tu acto —respondió el sacerdote—. El comandante de los Caballeros Pantera ha enviado cartas de recomendación. Otras instituciones de la ciudad, al recuperar sus tesoros, han honrado tu nombre. Por supuesto que te conozco.

—¿Me perdonará Ulric por mi crimen?

—No ha habido ningún crimen.

—Yo rompí las Mandíbulas del Lobo de Holzbeck, nuestra más sagrada reliquia. Las destruí con mi martillo bendecido por el templo.

—Y tal vez salvaste a Middenheim. Eres un hombre valiente.

«Mantente apartado de las sombras».

—Yo...

Einholt comenzó a levantarse.

—Ulric te perdona mil veces. Supiste cuándo anteponer la valentía a las posesiones, cuándo anteponer la ciudad al templo. Tu sacrificio te hace mucho más caro a Ulric. No tienes nada de lo que arrepentirte.

—Pero el sueño...

—Tu conciencia le da vueltas al acto. Es comprensible. Te sientes culpable sólo por haber formado parte de una empresa tan trascendental como ésa. Pero tu alma está limpia. Duerme en paz, Einholt. El recuerdo se desvanecerá. El sueño se gastará

y morirá.

Einholt se puso de pie y se volvió para encararse con el hombre de la cogulla, flaco como un palillo.

—Eso... no es lo que sueño, padre. Sé que romper las Mandíbulas del Lobo fue un acto acertado. Si no lo hubiese hecho yo, lo habrían hecho Gruber, Aric, Lowenhertz. Todos sabíamos que había que hacerlo. No me arrepiento de ese acto. Volvería a hacerlo si los acontecimientos se repitieran.

—Me alegro de oírlo.

—Padre..., sueño con un mago. Participó en la lucha. Murió. El mundo invisible en que mora Ulric, ese reino extraño para mí... lo desgarró y aplastó. Magia, padre. No sé nada sobre eso.

—Continúa.

—Justo antes de que comenzara la lucha, me habló. No conocía a ninguno de los otros, pero me conocía a mí. Dijo...

»—Einholt.

»—¿Me conoces, señor?

»—Tu nombre acaba de venirme a la cabeza. El mundo invisible del que te burlas me ha hablado. Einholt, eres un hombre valiente. Mantente apartado de las sombras».

Einholt se dio cuenta de que había callado.

—¿Qué te dijo? —preguntó el sacerdote.

—Dijo que el mundo invisible también me conocía. Que le había dicho mi nombre. Me aconsejó que... me mantuviera apartado de las sombras.

—Los magos son estúpidos —declaró el sacerdote, moviéndose con gestos espasmódicos al girar sobre sí para marcharse—. Durante toda mi vida, y créeme que ha sido larga, he desconfiado de sus palabras. Quería asustarte. Los magos hacen eso. Forma parte de su poder el actuar de modo teatral y jugar con los temores de los hombres honrados.

«Lo mismo que pensé yo», se dio cuenta Einholt, aliviado.

—Einholt..., hermano..., hay sombras a todo tu alrededor —dijo el anciano sacerdote.

Alzó una mano temblorosa y frágil para abarcar las muchas largas sombras laterales que proyectaban el altar, las velas, las ventanas ojivales en el creciente amanecer, la estatua de Ulric.

—No puedes mantenerte apartado de las sombras. No lo intentes. Middenheim está lleno de ellas. No hagas caso del parloteo de ese estúpido mago. Eso puedes hacerlo, ¿verdad? Eres un hombre valiente.

—Lo soy. Gracias, padre. Recibo tus palabras con gratitud.

En el exterior, sonaron los maitines. Y tras las campanadas llegó un resonar de... cascos de caballo. «No», se tranquilizó Einholt. Era un trueno matinal, una temprana

tormenta otoñal que se acercaba a la linde del Drakwald. Eso era.

Se volvió para hablarle otra vez al padre templario, pero el anciano sacerdote se había marchado.

Hacía casi una hora que estaba en los baños del templo cuando lo encontró Kaspen.

—¿Einholt?

La llamada de Kaspen rompió la quietud colmada de vapor, donde hasta ese momento no se había oído ningún ruido más alto que el chapotear del agua y el sonido de los servidores del templo, que bombeaban agua al interior de los cañones de calentamiento en la cámara del horno adyacente.

Einholt se incorporó hasta sentarse en una de las enormes bañeras de piedra. Su perilla chorreaba agua cuando alzó los ojos hacia su pelirrojo hermano.

—¿Kas?

Kaspen iba vestido con la camisa de faena del templo, calzones y botas. Su melena de cabello rojo estaba recogida en una coleta sujeta con un broche de cuero.

—Tu camastro estaba vacío al levantarnos, y como no te reuniste con nosotros para desayunar, Ganz me envió a buscarte. Algunos de la Compañía Gris dicen haberte visto en el templo al amanecer.

—Estoy bien —le aseguró Einholt, respondiendo a la pregunta implícita en la explicación de su amigo.

Se sintió estúpido. Tenía las yemas de los dedos arrugadas como frutas secas. El agua de la bañera de piedra en que se encontraba estaba apenas tibia. ¡Por Ulric, un hombre no necesitaba bañarse durante una hora para librarse del sudor de una noche! No obstante, eran necesarios más esfuerzos para librarse de otras cosas.

Einholt salió del agua, y Kaspen le lanzó una tela para que se secase y la camisa interior. Einholt, goteando agua, se puso de pie sobre las losas de piedra del suelo y se frotó con vigor para secarse y quitarse la piel muerta del cuerpo.

—Así que... estás bien.

Kaspen se giró para servirse pasteles de avena y miel rebajada con agua de la mesa que había junto a la puerta. Einholt conocía ese tono de voz. Él y Kaspen habían mantenido una amistad particular desde que este último, más joven, se había unido a la compañía. Eso había sido... veinte años antes. Por entonces, Einholt estaba en la flor de la edad, tenía veinticinco años, y el adolescente Kaspen había sido uno de los cachorros que pusieron a su cargo para recibir entrenamiento. En aquel momento, era un joven de cabello rojo, aún torpe y de largas extremidades, que se reunió con el otro cachorro al que ya estaba entrenando: Drago.

Einholt se puso la camisa interior y se envolvió en torno al cuello el paño con que se había secado.

—¿Qué te anda por la cabeza, Kas?

—¿Y por la tuya? ¿Es otra vez ese sueño?

Einholt se sobresaltó. Kaspén era el único miembro de la compañía a quien le había hablado de sus angustiosos sueños.

—Sí y no.

—¿Enigmas? ¿Cuál de las dos cosas?

—Dormí mal. No puedo recordar por qué.

Kaspén lo miró con gran atención, como si esperase algo más, y cuando el otro no dijo nada, se encogió de hombros.

—¿Estás lo bastante descansado como para entrenar con las armas? —preguntó.

Las horas comprendidas entre la tercia y la sexta del día se dedicaban al entrenamiento con armas. Participaban todos los templarios, con independencia de su grado de experiencia. En el patio, Gruber, Drakken, Lowenhertz y Bruckner ya estaban ejercitándose junto con Lobos de la Compañía Roja. Los demás miembros de la Compañía Blanca hacían turno de guardia en el templo.

Einholt y Kaspén bajaron los escalones del patio, ataviados con la armadura completa y las pieles de lobo apartadas del brazo con que blandían el martillo, dispuestos para la práctica. La mañana era húmeda y fresca, aunque ya no se oían truenos. La luz otoñal era cristalina y oblicua, y hacía que los doseles que había a lo largo del lado oriental del patio proyectaran largas sombras. Gruber y los demás hombres de la Compañía Blanca trabajaban en la hilera de postes que estaba en la sombra; refinaban técnicas contra los palos de madera con armas que pesaban el doble de lo normal, con el fin de desarrollar también su fuerza. Los hombres de la Compañía Roja luchaban sobre una zona cubierta de paja, o arrojaban piedras para aumentar su fuerza de lanzamiento.

Einholt no tenía ningún deseo de unirse a ellos. Se detuvo en medio del patio, a la clara luz del día, fuera de las sombras.

—Dejemos que Ulric nos guíe, Kas —dijo Einholt, como hacía a veces cuando estaban en el patio.

Kaspén no hizo ningún comentario. Sabía lo que esa frase significaba; lo había sabido desde el día en que Jagbald Einholt, su amigo y en otros tiempos mentor, lo llevó por primera vez al patio de entrenamiento. Se detuvo junto a él, mirando en la misma dirección, hacia el sol de la mañana, y cuidadosamente se situó de modo que quedase a dos martillos y dos brazos de distancia de su camarada.

Comenzaron sin pronunciar una sola palabra. Con perfecta sincronía, alzaron los martillos y empezaron a balancearlos: una vez a la izquierda, luego a la derecha; hacia arriba a la izquierda, abajo a la derecha. Los sujetaban a dos manos, cuya presa flexionaban diestramente para contrarrestar la fuerza centrífuga de los mangos de pesada cabeza.

Luego, con elegancia, trazaron círculos completos hacia la izquierda, que concluían con paradas bruscas cuando el martillo estaba en lo alto; una caída que permitía que la cabeza del martillo comenzara a descender antes de que usaran ese impulso para darle fuerza a otro balanceo hacia la derecha.

Después, iniciaron círculos hacia el lado contrario; los martillos zumbaban en el aire. Luego, imprimiendo rapidez, sujetaron las armas con una sola mano por el lazo de cuero que remataba el mango: hacia arriba por la derecha, trazaban un ocho en el aire, cambiaban de mano; abajo por la izquierda, trazaban un ocho y volvían a cambiar de mano; en línea recta a la derecha y giro, deteniendo el balanceo y cambiando de mano otra vez; en línea recta a la izquierda y giro. Los pies apenas pivotaban cuando impulsaban los martillos al aire; sólo se movían los brazos a partir del hombro.

Sus acciones se volvieron aún más rápidas. Parecían ejecutar una danza asesina, cuyo ritmo lo marcaba el zumbido de las armas. Eso sólo podían hacerlo dos maestros guerreros que habían practicado juntos durante años.

En ese momento, la creciente fuerza y velocidad con que desplazaban el peso de las armas a su alrededor también los movía a ellos. Los amplios arcos hacia atrás con la mano derecha los obligaba a dar un salto elegante para evitar que el martillo se les escapara; un paso inverso, como repetido en un espejo.

Luego, volvieron a cogerlo con ambas manos, la derecha en la base del mango y la izquierda en la cabeza. Hicieron girar el martillo ante ellos como si fuese un bastón, con el fin de practicar el uso del mango para parar golpes. Con cada giro de retorno, tras un gruñido, se producía un pesado paso al frente. Bloqueo a la derecha, mango vertical. Bloqueo adelante, mango cruzado. Bloqueo a la izquierda, mango vertical. Repetición. Repetición más rápida. Repetición, repetición, repetición.

En las sombras del otro lado, Bruckner dejó de practicar y les hizo un gesto con la cabeza a sus compañeros para que miraran. Todos se detuvieron, incluso los Lobos de la Compañía Roja. Aunque el Lobo más novicio era un experto con el martillo de guerra, pocos templarios, si acaso alguno entre las nobles compañías, podía hacer una exhibición de prácticas tan perfectamente sincronizada como Einholt y Kaspén. Siempre era un placer observarlos.

—¡En el nombre de Ulric! —murmuró Drakken con tono reverencial.

Había visto a los dos Lobos practicando en muchas ocasiones, pero nunca como en ese momento. Jamás con una gracilidad tan impecable como entonces, nunca con una velocidad como ésa.

Gruber frunció el entrecejo, aunque ya había visto eso antes. «Están esforzándose al límite, como si tuvieran que descargar alguna emoción, o al menos como si tuviera que descargarla uno de ellos».

—Obsérvalos con atención y aprende —le dijo a Drakken, que no necesitaba que

lo instaran a hacerlo—. Ya sé que puedes manejar muy bien un martillo, pero el dominio de la técnica no tiene fin. ¿Ves cómo lo cambian de mano? Apenas si lo sujetan. Están dejando que sean los martillos los que hagan el trabajo, y usan la fuerza del giro para llevarlos adonde quieren.

—Como a un caballo —comentó Lowenhertz, que estaba a su lado y claramente impresionado—. No lo fuerzas, guías su fuerza y peso.

—Bien dicho, Corazón de León —asintió Gruber, conocedor de que había poco que cualquiera de ellos pudiese enseñarle al reservado Lobo sobre el manejo del martillo—. Hay más destreza en el uso controlado de un martillo de guerra que en una docena de maestros espadachines con sus fintas, ágiles muñecas y caprichosas cabriolas.

Drakken sonrió, y luego la sonrisa desapareció de sus labios.

—¿Qué están haciendo? —preguntó con nerviosismo—. ¡Están acercándose más el uno al otro!

—Krieg, muchacho mío —respondió Bruckner con una risa entre dientes—, te encantará esta parte...

Einholt y Kaspén se habían acercado hasta quedar bien al alcance del martillo del otro, y sus armas y brazos girantes no eran más que borrones. El ritmo de la práctica venía marcado por el zumbido de las armas que hendían el aire. Cada balanceo lateral erraba de modo preciso el balanceo del otro, de manera que Einholt y Kaspén eran como un par de molinos de viento impulsados por un huracán y situados frente a frente, y cuyas aspas se entrecruzaban con destreza, sin tocarse.

Se oyeron murmullos impresionados entre los hombres de la Compañía Roja que estaban detrás de ellos.

«Ahora vendrá el cambio», pensó Gruber, que lo esperaba.

Tras interrumpir el rítmico balanceo de martillos cruzados, Einholt pasó a un balanceo bajo, dirigido a las piernas de Kaspén, al mismo tiempo que el pelirrojo saltaba por encima de él y hacía pasar el martillo por arriba, a través del espacio en que había estado la cabeza de Einholt. Sin aminorar la velocidad, cambiaron y repitieron: Einholt saltando, y Kaspén agachándose. Ninguno restringía su fuerza. Si uno de los dos vacilaba, si alguno de ellos hacía impacto, aquellos golpes impulsados con toda la fuerza serían mortales. Como espejos, se lanzaban golpes y cada uno se apartaba a un lado para evitar el arma del otro, que describía un círculo. Kaspén a la izquierda, Einholt a la derecha; y luego otra vez: inversión y repetición.

—¡Es una locura! —jadeó Drakken.

—¿Quieres probarlo? —le dijo en broma Bruckner al fornido y joven templario.

Drakken no replicó. Estaba prácticamente hipnotizado por los guerreros danzantes y sus girantes martillos mortales. Quería salir corriendo en ese preciso momento para contarle a Lenya todo lo referente al increíble espectáculo que había

visto, pero aunque le fuera la vida en ello no sabía cómo podría describirlo ni cómo lograría que ella le creyese.

Izquierda. Derecha. Por debajo. Por encima. Los martillos zumbaban en el aire.

Drakken miró a Gruber como si estuviese a punto de aplaudir. Izquierda. Derecha. Por debajo. Por encima. Golpes acompañados de zumbidos.

Los luchadores cuyos martillos giraban describían círculos uno frente al otro, movimiento que los acercaba a quienes los estaban observando desde debajo del toldo.

Derecha. Izquierda. Por debajo. Por encima. Los zumbidos estaban cada vez más cerca.

Los cuerpos que giraban se desplazaron bajo la sombra del toldo, y Lowenhertz aferró a Gruber por un brazo de modo súbito.

—Algo está...

Por debajo. Izquierda. Derecha. Derecha...

Los martillos lanzados a gran velocidad se cruzaron y golpearon, y el poderoso choque resonó por el patio. Einholt y Kaspén salieron despedidos hacia atrás, despedidos por el impacto del otro. Einholt tenía el mango del martillo partido.

En el aire repentinamente quieto estallaron imprecaciones y juramentos cuando los Lobos de la Compañía Blanca corrieron hacia sus dos despatarrados compañeros. Los hombres de la Roja les pisaban los talones.

Einholt estaba sentándose y se aferraba el acorazado antebrazo derecho. La mano derecha estaba amoratada y comenzaba a hincharse. Kaspén yacía de espaldas, sin moverse, con una herida abierta en la sien izquierda, de la que caía sangre sobre las losas de piedra.

—¡Kas! ¡Kaspén! ¡Aahh!

Einholt luchó para levantarse, pero el dolor del brazo torcido lo hizo caer otra vez.

—¡Está bien! ¡Está bien! —gritó Lowenhertz. Se inclinó junto a Kaspén y apretó un extremo de su piel de lobo contra la herida de la cabeza para contener la hemorragia. Kaspén se movió y gimió.

—No ha sido más que un arañazo —insistió Lowenhertz, que le lanzó una mirada tranquilizadora a Einholt en el momento en que Bruckner y Gruber ponían de pie al templario calvo.

Mientras se sujetaba el brazo, Einholt se abrió paso entre sus camaradas para llegar hasta Kaspén. Tenía el rostro tan oscuro como Mondstille.

—Que Ulric me condene —murmuró.

Kaspén estaba ya sentado y en sus labios había una pesarosa sonrisa mientras se daba delicados toques en la cabeza y hacía muecas de dolor.

—Debo estar perdiendo la forma, Jag. Me has dado una buena.



—¡Llevad a Kaspen a la enfermería! —les espetó Gruber a los hombres de la Compañía Roja, que ayudaron a Bruckner y Drakken a sacar del patio al herido.

Gruber miró a su alrededor y vio que Einholt tenía los ojos posados sobre su martillo roto. Se frotaba la mano y la muñeca, hinchadas y de color púrpura.

—¡Tú también, Einholt! —gruñó Gruber.

—No es más que una torcedura... —murmuró Einholt.

—¡Ahora!

Einholt se volvió a gran velocidad para encararse con el veterano Lobo.

—¡Sólo es una torcedura! ¡Unas cataplasmas frías, un bálsamo de hierbas, y estará curada!

Gruber retrocedió de modo involuntario. Einholt, el callado y controlado Einholt, jamás le había hablado a él ni a nadie de ese modo; nunca.

—Hermano —dijo obligándose a hablar con voz tranquila—. Eres un hombre valiente...

—¡Y me mantendré apartado de las sombras! —le espetó Einholt, que se alejó a grandes zancadas hacia el otro lado del patio.

Lowenhertz avanzó en silencio al interior de la capilla de Regimiento de los Lobos. El aire estaba cargado de incienso, y su perfume flotaba pesadamente en el frío ambiente otoñal.

Einholt se encontraba arrodillado ante el vacío pedestal que durante años había sido el sitio en que descansaban las Mandíbulas del Lobo. Se aferraba contra el pecho el antebrazo herido, entonces hinchado, ennegrecido, desprovisto del brazal de la armadura y con la manga de cuero subida.

—¿Einholt? —susurró.

—¿Me conoces, señor?

—Como un hermano, espero.

Lowenhertz se alegró cuando Einholt alzó la mirada y vio que la furia había desaparecido de sus ojos.

—Fue la sombra, ¿verdad?

—¿Qué?

—La sombra del toldo. Te hizo vacilar por un momento, te hizo perder el ritmo.

—Tal vez.

—Tal vez, nada. Sabes que yo estaba allí. Yo oí lo que te dijo Shorack.

Einholt se puso de pie y giró para encararse con Lowenhertz.

—Y recuerdo el consejo que me diste: «Haz lo que él dice. Mantente apartado de las sombras». ¿No me dijiste eso, Corazón de León?

—Recuerdo lo que dije —respondió Lowenhertz al mismo tiempo que apartaba la mirada—, que Ulric me ampare. No sabía qué otra cosa decir.

—Tú no eres como los demás. No eres como yo. Te tomas en serio a los magos y ese tipo de gente.

—A veces, tal vez —replicó Lowenhertz con un encogimiento de hombros—. Sé que a menudo pueden tener razón cuando parecen equivocarse. Pero el maestro Shorack fue siempre un teatrero de primera, según mi experiencia. Estaba cargado de trucos baratos. No deberías tomarte tan en serio sus palabras.

Einholt suspiró y apartó la mirada.

—Yo sé lo que dijo. Yo sé lo que soñé.

Lowenhertz guardó silencio por un momento.

—Necesitas ayuda, hermano Lobo, más ayuda de la que yo puedo ofrecerte. Quédate aquí. Aquí, he dicho. Iré a buscar a Ar-Ulric. Él calmará tu mente. — Lowenhertz dio media vuelta para marcharse.

—Kas está bien, ¿verdad? —preguntó Einholt con voz queda.

—No olvidará la lección de hoy, pero, sí, está bien. Se repondrá.

—Hace mucho tiempo que ya no le enseño nada —le aseguró Einholt con amargura, mientras volvía los ojos hacia la gran piel de lobo que estaba colgada en la pared—. Veinte inviernos... —Tosió—. Ya son dos los discípulos a los que les he fallado.

—¿Dos?

—Drago. Antes de que te unieras a nosotros.

—Kaspen ya no es un discípulo —señaló Lowenhertz—. Hoy sabía qué estaba haciendo. Los accidentes de entrenamiento son cosas que pasan. Yo, una vez, me partí un pulgar en...

Einholt no lo escuchaba. Lowenhertz se detuvo en la puerta de reja de la capilla.

—Hermano, no estás solo; supongo que lo sabes.

—Mi martillo —dijo Einholt con voz queda—. Lo he roto. Es curioso; he estado deseándolo desde que aplasté las Mandíbulas del Lobo con él. Pensaba que, después de eso, no debía usarlo para nada más.

—Los herreros bendecirán uno nuevo para ti.

—Sí..., eso sería bueno. El viejo estaba... gastado.

—Quédate aquí, Jagbald. Voy a buscar al sumo sacerdote.

Lowenhertz se marchó, y Einholt volvió a dejarse caer ante la gran piel de lobo. Le latían los dedos de la mano. Le dolía la cicatriz. Su mente estaba inundada por las imágenes de la batalla de Hagen, que se repetían una y otra vez.

Los pieles verdes, sus colmillos tan blancos y afilados... Los sauces... Drago que gritaba. El impacto. Las sombras de los árboles.

«Mantente apartado de las sombras».

—Aún no estás en paz, Lobo.

La anciana voz cascada sonó en el aire, detrás de él, y Einholt alzó los ojos. Era el

viejo sacerdote de la cogulla con el que había hablado durante el pasado amanecer.

—¿Padre?

Einholt pensó que Lowenhertz debía haber enviado al anciano para que le hiciera compañía mientras él buscaba a Ar-Ulric. La frágil figura avanzó hacia él al mismo tiempo que tendía una mano como una garra para apoyarse en la pared de la capilla. Su cuerpo delgado proyectaba una sombra larga y frágil a la luz de las velas.

—Einholt. Tú rompiste el hechizo. Tú destrozaste las Mandíbulas del Lobo. Ulric está complacido contigo.

—Eso dices tú... —respondió Einholt tras una pausa, con los ojos fijos en sus rodillas—, pero hay algo en tu voz..., como si tú no estuvieras complacido, padre.

—Este mundo le ha enseñado al hombre que debe hacer sacrificios. Para que esos sacrificios sean realmente potentes, lo que se sacrifica también debe ser valioso. Las cosas, las vidas, los hombres. Es lo mismo en todos los casos. Yo creo que ahora el más valioso de los templarios es el que destrozó las Mandíbulas del Lobo y derrotó a la Oscuridad. Ése eres tú, ¿verdad?

—Sí, ése soy yo, padre. ¿Y qué? ¿Quieres decir que, de alguna manera, me he transformado en alguien mejor de lo que era antes? ¿Que mi acto me ha conferido un significado especial?

Einholt luchaba para mantener el miedo fuera de su voz, pero lo que sentía era verdadero pánico. No lo tranquilizaba nada del sagrado santuario. Las palabras del anciano sacerdote lo inquietaban de una manera que ni siquiera podía comenzar a explicar.

—Hablas como si yo estuviese ahora investido de algún poder...

—La historia de nuestro templo, de nuestro Imperio..., incluso del propio mundo..., está llena de hombres que se convirtieron en algo más que hombres mediante sus hazañas. Campeones, salvadores, héroes. Pocos escogieron ese papel, y todavía son menos los que están dispuestos a aceptar lo que ese papel realmente significa. Tus acciones te han convertido en un héroe. Ése es tu destino. La sangre de los héroes es más sagrada que la de los hombres mortales. En el mundo invisible, ese tipo de hombres son luminosos.

Einholt abrió la boca para hablar, pero su voz murió. Se estremeció, y su respiración se tornó somera y acelerada.

—¿El mundo in..., invisible? Esta misma madrugada, en el templo, te hablé de lo que el mago me había dicho, te conté que dijo que el mundo invisible también me conocía, que le había dicho mi nombre. Tú me dijiste que lo olvidara, que no hiciera caso de eso porque era una tontería. Ahora tú... repites sus palabras.

—Me entendiste mal, templario...

—¡No creo haberte entendido mal! ¿Qué es esto, padre? ¿A qué estás jugando?

—Cálmate. Esto no es ningún juego.

—En el nombre de Ulric, padre, explícate, ¿qué es lo que me estás diciendo?

—Simplemente, necesitas entender tu destino; lo necesitas más que la mayoría de los hombres. Procura hacer eso, y tu mente hallará la paz.

—¿Cómo?

El anciano sacerdote hizo una pausa.

—Ulric siempre me asombra, hermano. A algunos les da las preguntas, mientras que a otros les da las respuestas.

—¿Qué significa eso? —gritó Einholt con voz más sonora y enfadada que antes.

El anciano ataviado con la cogulla alzó una mano con gesto tranquilizador, y sus extremidades se estremecieron y temblaron, tan débiles eran.

—Ulric te ha dado las preguntas a ti y ha dejado las respuestas para otros.

Einholt aferró al sacerdote por la parte delantera del hábito y lo sujetó con tanta fuerza que el anciano profirió un grito ahogado dentro de la cogulla. Su respiración olía a vejez y putrefacción. Einholt intentó mirar dentro de la cogulla, pero la luz parecía negarse a entrar en ella.

—¿A cuáles otros?!

—¿Estás haciéndome daño, hermano Lobo! ¡Mis viejos huesos!

—¿Cuáles otros!

—Morgenstern. Morgenstern lo sabe.

Einholt arrojó al viejo sacerdote a un lado y salió a toda velocidad de la capilla. Los Caballeros Pantera, los Lobos y los adoradores de Ulric presentes en la capilla quedaron perplejos al ver a un Lobo salir corriendo de la capilla de Regimiento y encaminarse hacia la puerta esquivando cada zona de sombra y siguiendo los haces de luz solar que entraban a través de las ventanas que miraban al oeste.

Einholt casi chocó con Aric en la escalera del templo.

—¿Morgenstern! ¿Dónde está?

—¿Einholt?

—¿Morgenstern, Aric! ¿Dónde está?

—De permiso, viejo amigo. Ya sabes lo que eso significa...

Einholt se apartó de Aric y casi derribó al joven caballero cuando salió corriendo.

No había ni rastro de él en la taberna de El Velo Rasgado ni en Los Destellos de Cobre. En El Cisne Volador lo habían visto por última vez el martes de la semana anterior y había dejado una cuenta por pagar. El hosco personal de La Rata Ahogada dijo que había estado allí antes, que había cenado algo y que luego había salido diciendo que se marchaba hacia las cervecerías de Altquartier.

Altquartier, cerca del toque de vísperas y con el sol bajando en línea oblicua por

el cielo. Einholt descendió las empinadas calles y escarpadas escaleras musgosas de Middenheim, donde se cruzó con gente que regresaba tarde a casa o se marchaba hacia las tabernas con la puesta del sol. Cada vez le resultaba más difícil esquivar las sombras. Se mantenía en el lado este de todas las serpenteantes calles y callejones, buscando con ansiedad los últimos rayos de luz solar, que pasaban por encima de los tejados de la acera contraria. Evitó entrar en tres calles porque las sombras de la tarde las oscurecían por completo. Pero continuó adelante.

«Eres un hombre valiente. Mantente apartado de las sombras».

La Taberna del Carterista tenía sus atractivas lámparas encendidas. Aún era temprano y la última luz solar manchaba los bordes de la calle. Él permaneció en la zona iluminada, con el cerebro ya calenturiento, e irrumpió a través de las puertas de la taberna con tal brutalidad que todos los presentes se volvieron a mirarlo.

—¿Morgenstern?

—Estuvo aquí hace una hora; se ha marchado a La Dama Presumida —dijo la moza de la barra, que sabía que su patrón no quería problemas con los templarios.

Einholt se puso a correr como un lobo solitario al que persiguiera una manada de sabuesos. Había olvidado el dolor del brazo herido, que colgaba a un lado, o al menos lo había borrado de su mente. Buscaba cualquier resto de luz solar que quedara a su paso y se movía a gran velocidad en torno a las sombras del anochecer otoñal, que avanzaban rápidamente.

A lo lejos, se escuchó un trueno.

Se lanzó al interior de La Dama Presumida, situada en la parte inferior de las cuevas de la ciudad, en las profundidades de Altquartier. Einholt derribó a dos bebedores de sus bancos al irrumpir a través de la cortina que había en la entrada. Los levantó del suelo y les arrojó monedas, que sacó de su bolsa. Los rostros mugrientos que maldecían se tragaron los gruñidos con alarma al ver quién los había derribado.

—¿Está aquí el templario del Lobo Morgenstern?

La jefa de camareras era una mujer gorda y empolvada, que tenía varios dientes negros y llevaba puesto un manchado sombrero en forma de globo. Olía a sudor de una semana y ni siquiera una botella entera de perfume podría haberlo disimulado, aunque, en realidad, era la cantidad que debía haberse echado encima. Le dedicó una lasciva sonrisa de dominó, apoyó su escotada delantera sobre los brazos y la adelantó hacia él.

—No, mi guapo Lobo, pero hay cosas más interesantes en la... ¡Ay!

Él las había apartado a ella y a su pálida delantera a un lado.

—¿Dónde está Morgenstern? —le gruñó al camarero a la cara al mismo tiempo que pillaba al sobresaltado matón por el cuello de su remendado justillo.

Einholt levantó al hombre en el aire y lo atrajo hacia él pasándolo por encima de la barra, de manera que fue derramando jarras de terracota y peltre en el trayecto.

—¡Se ha marchado! ¡No está aquí! —tartamudeó el tipo mientras intentaba liberarse del enfurecido templario y lo miraba con verdadero miedo.

La taberna quedó en silencio. Las reyertas eran cosa corriente, pero ver a un templario con la armadura y la piel de lobo preso de una furia asesina..., eso constituía una novedad aterradora.

—¿Dónde?

—¡Un sitio nu..., nuevo, en el barrio antiguo! ¡Una taberna que abrió hace pocos días! ¡Le oí decir a Morgenstern que quería probarla!

—¿Qué sitio nuevo?

—He olvidado...

—¡Recuerda! ¡Que Ulric te maldiga!

—¡El Destino! ¡Así se llama! ¡El Destino! ¡Antes era otra cosa! ¡Ahora es el Destino!

Einholt se lanzó hacia afuera de La Dama Presumida, pero se detuvo en seco. Había cogido al tipo de la barra con el brazo herido, sin pensarlo, y un dolor renovado le recorría la extremidad como un fuego. Debería haberse calmado, haber seguido el consejo de Gruber, haber ido a la enfermería para que le revisaran el brazo. Ya habría tenido tiempo para esta locura al día siguiente. Tiempo... y seguridad. Entonces el sol ya se había ocultado; acababan de tocar a vísperas.

Las sombras estaban por todas partes, las largas sombras del anochecer; negros borrones crepusculares, oscuras manchas de noche. La luz del día no era más que un vago resplandor que desaparecía por encima de la brillante y ciega línea de los tejados, muy fuera de su alcance, aunque hubiese tenido el brazo sano.

Einholt se volvió, jadeante. Alzó una mano para coger uno de los faroles que colgaban en el exterior de La Dama Presumida, y luego gimió y volvió a bajarla al mismo tiempo que blasfemaba. Escupió para limpiarse la boca y volvió a intentarlo con más cuidado, esa vez con el brazo sano mientras que doblaba el herido contra el peto de la armadura. Descolgó el farol del gancho del que pendía y lo sujetó por encima de su cabeza. Quedó rodeado de luz y proyectando una sombra mínima, apenas una mancha bajo sus pies. Con el farol en alto, echó a andar con paso rápido por las calles de Altquartier. Tenía el pulso acelerado, el brazo dolorido y la mente sumida en un torbellino.

Pasado un rato, sentía la necesidad de cambiar el farol de mano, pero el antebrazo magullado era más que inútil. El sudor le escocía en la piel a causa del sostenido esfuerzo de mantener el farol en alto. Era de latón y cristal emplomado, y pesaba como un martillo. En dos ocasiones, tuvo que dejarlo sobre el adoquinado y acuclillarse para quedar dentro de la luz, con el fin de descansar el brazo.

Pero la oscilante luz, tras la esquina siguiente, vio el cartel recién pintado: El Destino, uno de aquellos antros pestilentes de una sola habitación, típicos de lo peor

de Altquartier, que cambiaban de manos y de nombre casi de un día para otro. «El Destino». Sin ganas, rió entre dientes ante aquella ironía. Había encontrado su destino, desde luego. Einholt traspaso la cortina de la entrada.

—¡Morgenstern! ¡Morgenstern del templo de Ulric! —gritó al mismo tiempo que hacía girar el farol.

En la penumbra de la taberna, varios bebedores se apartaron de él y del reclamo de luz que lo rodeaba.

Se adentró más en el hedor y casi tropezó con una tabla de madera tirada en la penumbra. Era el viejo cartel de la posada, su identidad anterior, que habían quitado al hacerse cargo de ella el nuevo dueño.

Entonces se encontraba ante la barra, una hilera de barriles barnizados con una tabla de madera de teca encima. Con un golpe, dejó el farol sobre la teca e hizo añicos un cuenco.

—¿Morgenstern? —jadeó, sin aliento, en la cara de los empleados.

—No hay ningún Morgenstern aquí, templario..., pero si tu nombre es Einholt, hay un tipo allí que te está esperando.

Balanceando el farol como si fuese su tótem personal, Einholt miró hacia donde el individuo indicaba. En el otro extremo de la barra vio... al viejo sacerdote. ¿Cómo, en el nombre de Ulric, había llegado antes que él aquel viejo cojo? ¿Cómo había sabido que acudiría allí?

—¿Padre? ¿Qué es esto, padre?

—Un final de las cosas, Einholt.

—¿Qué?

—¿Quieres beber algo? —preguntó el camarero de la barra con tono jovial al acercarse.

Einholt lo apartó a un lado con rudeza.

—¿Qué quieres decir, padre?

La voz del viejo sacerdote se alzó desde el hábito de olor acre y color amarillento.

—Tú eres el templario que destruyó el hechizo. Rompiste las Mandíbulas del Lobo. Salvaste a tu ciudad.

—Sí, padre.

—Bien. Solamente puedes ser tú. Tú eres el más... culpable de todos.

—¿Qué?

—Tú eres el enemigo más auténtico. No podía tocarme dentro del templo, pero ahora te he hecho salir y entrar en las sombras, donde, por fin, eres vulnerable.

El esquelético sacerdote se volvió con lentitud hacia Einholt, y la capucha cayó hacia atrás. Einholt se sintió espantado por lo que quedó a la vista. Era un templario del Lobo y un servidor de Ulric, que había luchado con hombres bestia y seres de la Oscuridad..., y sin embargo aún no había visto nada tan monstruoso como lo que

entonces tenía delante. Einholt retrocedió.

—Mira —dijo la cosa terrible que había fingido ser un sacerdote.

Hizo un gesto con una garra hacia el cartel tirado en el suelo con el que Einholt había tropezado. Entonces, leyó lo que decía: «Eres un hombre valiente. Mantente apartado de las sombras».

Einholt comenzó a gritar, pero la criatura esquelética que vestía con el hábito se movió de modo repentino con una velocidad cegadora, como un borrón. Einholt sabía lo que venía a continuación. Era como... el momento, como el punto culminante del antiguo sueño; el momento que siempre lo había despertado, con la boca seca y la piel mojada, cada noche de los últimos veinte años: el impacto.

Einholt vio cómo su propia sangre se derramaba sobre la oscura y sucia superficie de la barra que tenía a su lado. Oyó un trueno en el exterior; eran los caballos de los jinetes que acudían para llevárselo hacia el mundo invisible, donde las almas perdidas, como las de Drago y Shorack, habían encontrado su miserable destino.

Einholt, mientras la vida escapaba de él como el agua de una botella rota, cayó de través sobre el antiguo cartel. Su sangre, sangre de héroe, más sagrada que la de los hombres mortales, cubrió las desteñidas letras, que decían: «Bienvenidos a la casa de bebida Las Sombras».

«Mantente alejado de las sombras».

La criatura se encontraba de pie junto a él; de sus dedos huesudos, antiguos, ennegrecidos por el hollín y afilados, goteaba sangre. Las figuras del bar en penumbra que lo rodeaba, clientes y camareros por igual, se desplomaron a la vez como marionetas a las que les cortaran los hilos. De todas formas, hacía horas que estaban muertos.

Los ojos de la criatura relumbraron una vez, dos veces..., de color rosado coral.



# MONDSTILLE

## Los martillos de Ulric

*Ahora me parece, cuando vuelvo los ojos sobre aquel invierno ferozmente duro, que el mal que se nos echó encima hacía mucho, mucho tiempo que se acercaba. Tal vez era el destino de Middenheim. El destino puede ser así de cruel. He visto las marcas de las manos del destino en los pobres cuerpos de incontables hombres y mujeres que han llegado a mis manos. Heridas de puñaladas coléricas, de violencia absurda, de palizas por celos. En el servicio de Morr, he presenciado las múltiples crueldades del destino.*

*También a mí me ha tratado mal; fue en la época en que yo era un comerciante, antes de emprender el camino de la muerte. La muerte es cruel, pero la vida es aún peor: dura, fría, implacable, como un inhóspito Mondstille en su aspecto más salvaje.*

*Están los que luchan contra él: el digno Ganz y sus valientes hombres; la muchacha ordeñadora, Lenya; el ladrón callejero. Kruza. ¡Que Morr los proteja! Y también Ulric, y Sigmar; y Shallya. ¡Diantre, que los protejan todos ellos!: cualquiera de esos débiles dioses instalados en lo alto de su mundo invisible, y que afirman guardarnos, pero que simplemente nos observan.*

*Nos observan. Observan nuestro dolor. Observan nuestra inquietud. Observan nuestro final como la muchedumbre de la plaza de Fieras del Weg Oeste y nos animan a avanzar hacia nuestra torturada muerte.*

*Ya he oído bastante acerca de los dioses y su mundo invisible. Ya he tenido bastante de esta vida y de cualquier otra.*

*Soy un hombre de muerte. Me encuentro al borde de todo y observo como los dioses y como los demonios.*

*Todos nos animan con sus vítores, ¿sabéis? Dioses y demonios por igual. Todos nos animan.*

**De los documentos de Dieter Brossman,  
sacerdote de Morr**

El invierno armó a la ciudad para la guerra. La escarcha, tan gruesa como la hoja de una daga, cubría todas las superficies, y los carámbanos colgaban de todos los aleros y toldos. La nieve, como el vellón que se lleva bajo la armadura, envolvía apretadamente los tejados bajo la coraza de hielo.

Se avecinaba la guerra. En el lejano oeste, a lo largo de la frontera, los ejércitos bretonianos se impacientaban en espera de la primavera, ansiosos por atacar al Imperio con la perfecta excusa de la reciente muerte de la condesa Sofía. A pesar de que los embajadores iban de aquí para allá, realmente nadie dudaba que las naciones entrarían en conflicto en cuanto llegara la primavera. También había corrido la noticia de que en los helados bosques de Drakwald se estaban reuniendo, en gran número, manadas de hombres bestia, que apestaban el aire con su hedor y atacaban asentamientos y ciudades. Nunca antes se habían levantado durante Mondstille. Era como si algo, algo enorme, oscuro y que hedía a malignidad, los sacara de los bosques donde moraban.

Acorazado para la guerra, temblando, nervioso, Middenheim se acuclillaba sobre la cumbre dolorosamente fría de la roca Fauschlag y esperaba la llegada de sus sufrimientos.

Sólo unas pocas almas raras sabían que la verdadera guerra iba a librarse en el interior de la ciudad.

El capitán Schtutt, de la guardia de la ciudad, estaba calentándose las manos entumecidas ante el débil fuego del brasero que había en el puesto de guardia de Burgen Bahn cuando oyó unos gemidos lejanos que llegaban desde el escarchado distrito de Osstor. Era poco más de medianoche.

—¡Que Sigmar me azote! ¡Ahora no! —siseó.

Pfalz, Blegel y Fich, sus compañeros del último turno, se volvieron a mirarlo con poco entusiasmo.

—Pfalz, ven conmigo. Vosotros dos quedaos aquí —les dijo a Blegel y Fich.

Ambos parecieron aliviados, como si no quisieran salir al exterior.

Schtutt metió las manos en los mitones, se puso la gorra de cuero sobre la calva cabeza y cogió la lanza y el farol. Pensó en ponerse también la barbera, pero la idea de tener las frías guardas de las mejillas en contacto con la piel le resultó intolerable.

—¡Vamos, Pfalz! ¿Con qué estás perdiendo el tiempo?

Pfalz se puso los guantes y cogió la pica.

—Ya voy, capitán.

—Será sólo un momento —les aseguró Schtutt a Blegel y Fich como si les importara.

Abrió la puerta. El feroz frío de Mondstille lo arañó como un rastrillo de cristal y

profirió una exclamación ahogada mientras oía que Pfalz gemía a su lado.

El aire de la noche era diáfano y cortante como el cristal. Schtutt cerró la puerta del puesto de guardia, y ambos salieron arrastrando los pies hacia la oscuridad del invierno.

El capitán se detuvo por un momento y escuchó con la esperanza de que, cualquiera que fuese el problema, se hubiese acabado; o que hubiese sido su imaginación, o que, en cualquier caso, se hubiese congelado. Pero volvió a oírse el gemido..., el miedo.

—¡Vamos! ¡Ocupémonos de eso! —le dijo Schtutt al teniente.

Echaron a andar pesadamente por los adoquines cubiertos de escarcha y crujiente nieve, sobre la que dejaron las únicas huellas posibles a aquella hora. Siguieron los sonidos hasta la siguiente esquina, donde la calle que continuaba a la izquierda caía en una empinada escalera flanqueada por casas inclinadas y cubiertas de nieve. En ese instante, el tembloroso sonido disminuyó por un momento.

—¿Allí? —sugirió Pfalz.

El teniente estaba señalando hacia la derecha con la pica y, luego, se enjugó la mojada nariz con un guante. Schtutt sacudió la cabeza.

—No..., allí..., hacia abajo, en dirección al colegio.

Bajaron los escalones con toda la rapidez que les fue posible. Avanzaban con cuidado para no resbalar sobre el hielo de escarcha que había debajo de la nieve. Lo último que Schtutt deseaba era partirse la cabeza cayendo por las escaleras de Ostweg en medio de la noche.

Ante ellos, en la franja de cielo visible entre los altos edificios de casas de ambos lados, podían comenzar a ver la noble cúpula gris del Real Colegio de Música. Estaba cubierta de nieve y reflejaba la luz de las lunas, de modo que brillaba como si ella misma fuese una pequeña media luna. Volvió a oírse el grito procedente de un callejón situado justo a la izquierda del pie de la escalera. Del bajo arco de entrada del callejón, colgaban agujas de hielo.

—Eso procedía del Agujero del Lobo —dijo Schtutt.

En esa dirección, un poco más lejos, había un rincón dedicado a Ulric. El callejón los llevó a una plazoleta donde nacían cinco callejones. En medio se hallaba el lugar santo llamado Agujero del Lobo. Consistía en un cuenco de piedra negra, como el de una fuente, con una pequeña imagen de la cabeza de un lobo colocada sobre un pedestal en el centro. Los comerciantes y habitantes del lugar dejaban allí velas encendidas, monedas u ofrendas votivas de flores y hierbas cuando iban camino de sus tareas cotidianas.

Esa noche, en las más frías horas de oscuridad, alguien había dejado un tipo de ofrenda completamente distinta: sangre oscura como vino salpicaba la nieve que rodeaba al Agujero del Lobo.

El primer cuerpo, un hombre de mediana edad con camisa de dormir, estaba echado sobre la fuente, de modo que su cabeza, brazos y hombros quedaban bajo la superficie del agua que había dentro del cuenco. No estaba claro si se había ahogado o no antes de que le arrancaran la parte posterior del torso.

El segundo cadáver, una mujer que llevaba un abrigo de brocado que había sido desgarrado, yacía a los pies del hombre. Estaba retorcida en una postura que les habría resultado imposible imitar incluso a los contorsionistas de la compañía de Mummer.

El tercero, otro hombre ataviado con el jubón y los calzones negros propios de un comerciante, yacía tendido de espaldas a pocos metros del Agujero del Lobo. No le quedaba rostro por el que pudiera ser reconocido.

La nieve estaba salpicada de sangre por todas partes, y había zonas pisoteadas y ensangrentadas donde pesados pies la habían removido.

Schtutt y Pfalz se quedaron juntos, sin habla, contemplando la escena.

El capitán se estremeció, pero, por primera vez esa noche, no tembló debido al frío. Obligó a su mente a pensar y a su cuerpo a moverse. ¡Pertenece a la guardia de la ciudad, maldición, y tenía trabajo que hacer!

—¡A la izquierda! ¡A la izquierda! —le susurró a Pfalz.

Balanceó brevemente el farol y rodeó el Agujero del Lobo por la derecha. Llevaba la lanza sujeta y preparada en la mano izquierda.

Aquello lo habían hecho recientemente. Ascendía vapor de las heridas. Schtutt vio que la sangre había sido... usada, porque habían trazado marcas en la parte frontal del cuenco y sobre la estatua de Ulric. Eran letras, palabras; habían escrito otras en las paredes que rodeaban la pequeña plazoleta.

Asesinato. Profanación. Schtutt tragó con dificultad. Pensó en enviar a Pfalz de vuelta al puesto de guardia para que llamara a los otros, de modo que pudiera investigar con una mayor cobertura. Era una buena idea, pero significaba que él se quedaría allí a solas, lo cual le parecía realmente malo.

Pfalz señaló algo. Un rastro de sangre se adentraba en uno de los callejones adyacentes. Lo siguieron, haciendo crujir la nieve con sus botas. De pronto, escucharon otro gemido, un casi alarido procedente de más adelante.

—¡Dioses! —gruñó Schtutt.

Se lanzó callejón abajo al trote, con Pfalz pisándole los talones. Las puertas de la casa situada a la izquierda, una respetable casa de ciudad bien amueblada, habían sido derribadas hacia adentro y partidas. En las paredes y en la madera había más palabras escritas con sangre. En el interior, danzaba la luz de un fuego que se propagaba. Alguien profería alaridos.

Entraron. El vestíbulo había sido saqueado y destrozado. Otros dos cadáveres, mutilados hasta hacer imposible el reconocimiento, se encontraban tendidos al otro

lado de la puerta, donde formaban un charco de color carmesí brillante sobre las tablas del suelo. Se había roto una lámpara y las llamas estaban prendiendo el poste central, los primeros escalones de una escalera de caracol y los tapices que colgaban de una de las paredes. El aire estaba cargado de humo acre y cenizas, y la luz del fuego destellaba y oscilaba ante los ojos de Schtutt. Ni siquiera pensó en reparar en lo agradable que era el calor.

Una mujer que tenía las ropas desgarradas y ensangrentadas se acurrucaba en el piso, junto a una puerta que había debajo de la escalera. Se estremecía, gemía y, de vez en cuando, profería un débil alarido de dolor y miedo.

Schtutt corrió junto a ella y se inclinó. Tenía cardenales y un corte en un brazo, pero no pudo distinguir ninguna lesión más grave que éstas. Cuando se inclinó junto a la mujer, ésta alzó los ojos con sorpresa y retrocedió con terror ante el farol que él llevaba.

—¡Tranquila! ¡Tranquila! ¡Ahora está a salvo! ¡Soy capitán de la guardia! ¿Quién ha hecho esto? ¿Aún se encuentra aquí?

El semblante pálido, amoratado por los cardenales y manchado por las lágrimas, lo miró casi sin expresión. Los labios temblaron.

—Ergin. ¿Dónde está Ergin? —preguntó, de repente, la mujer con voz temblorosa.

—¿Ergin?

—Mi marido... ¿Dónde está? ¿Ergin? ¿Ergin? —Su voz comenzó a ascender hasta transformarse en un lamento de pánico.

Schtutt intentó calmarla. Los gritos de la mujer estaban destrozándole los nervios. Miró a su alrededor y vio que Pfalz había dejado la pica a un lado e intentaba apagar las llamas con un tapiz que había arrancado de la pared.

Schtutt estaba a punto de llamarlo y decirle que avisara a los bomberos cuando vio la silueta que bajaba sigilosamente por la escalera hacia ellos. Era un hombre, o al menos tenía la forma de un hombre, cubierto de oscuridad y agazapado como una bestia salvaje. Sólo había tres cosas brillantes en él, tres cosas que destellaron a la luz de las llamas: sus grandes y blancos ojos fijos, y un hacha de acero en su mano.

—¡Pfalz! —bramó Schtutt.

La figura saltó, lanzándose desde el descansillo inferior de la escalera hacia el guardia que intentaba apagar el fuego. La mujer profirió un chillido más potente e histérico que los anteriores, probablemente provocado tanto por el volumen del rugido de Schtutt como por cualquier cosa que hubiese visto.

Pfalz levantó la mirada con el suficiente tiempo como para levantar los brazos y protegerse. La figura se lanzó contra él, y ambos chocaron contra el piso. El hacha resbaló sobre la cota de malla del guardia, que blasfemaba y forcejeaba. Pfalz luchó para quitarse el demonio de encima, pero ambos se encontraban entonces sobre el

charco de sangre de los cadáveres que había en el suelo, donde resbalaban y rodaban, incapaces de afianzarse y salpicando gotas rojas al aire.

Schtutt cargó hacia los combatientes. Sus botas también resbalaban a causa de la sangre. Al aproximarse, se dio cuenta de por qué la figura parecía tan oscura. Estaba empapada en sangre de arriba abajo: ropas, cabellos y piel. «No es suya», pensó Schtutt.

No se atrevía a lanzar una estocada con la lanza por temor a herir a Pfalz. En cambio, Schtutt descargó un golpe con el asta como si fuese un azote, sobre la espalda del atacante. La lanza se partió con un sonoro crujido, la figura bestial se convulsionó con un grito animal y cayó, dejando libre a Pfalz, aunque sin soltar el hacha.

Pfalz aferraba la herida abierta en las costillas.

—¡Mátalo! ¡Mátalo, en el nombre de Sigmar, capitán! —gritaba Pfalz.

Schtutt tenía en la mano los sesenta centímetros superiores del asta, provistos de la punta metálica. Se encaró con la criatura, agachado y firme. La figura había vuelto hacia él toda su malevolente atención.

—Tírala..., tira el hacha —ordenó Schtutt con el practicado tono bajo que había acabado con algunas reyertas de taberna antes de que el recuento de cadáveres pudiese ascender a números de dos cifras.

El capitán podía oír cómo Pfalz, inspirado por el dolor, lo instaba a matarlo, pero a pesar de todo pensaba que debía intentarlo. Una lucha cuerpo a cuerpo con un maníaco era lo último que cualquiera necesitaba a esa hora de la noche.

—Tírala. ¡Ahora!

Si la cosa empapada en sangre tenía alguna intención de hacer algo con el hacha era descargarla sobre la cabeza de Schtutt. Saltó directamente hacia él, con el arma en alto, aullando con un sonido que Schtutt ya nunca olvidaría.

—¡Idiota! —fue lo único que tuvo tiempo de espetarle a la figura justo antes de que chocara contra él y lo dejara sin aliento.

El hacha, al caer de la mano del oponente, golpeó una sien de Schtutt y le hizo girar la cabeza en el momento en que ambos se iban al suelo. De modo simultáneo, la punta de la lanza de Schtutt atravesó el torso del asesino, tanto a causa del impulso de la figura como de la fuerza muscular del capitán.

Schtutt cayó de espaldas, con el asesino ensartado y debatiéndose en los estertores de la muerte sobre él; enloquecido y frenético como alguien que sufriera un ataque cerebral.

Al fin, Schtutt sintió que el cuerpo quedaba laxo y que la sangre de la dolorida cabeza le entraba en los ojos.

«Buena noche para dejar la barbera en el puesto de guardia», pensó, y perdió el conocimiento.

Kruza estaba acurrucado en una esquina de La Rata Ahogada, envuelto en su capa de terciopelo. Cuando comenzó a formarse escarcha en el vaso, se dio cuenta de que era bastante tarde. Arrojó unas monedas sobre la mesa y salió con andares pesados a la calle tremendamente fría.

Las lunas estaban en lo alto; eran lunas de invierno, curvas como garras. En aquel invierno había algo que le provocaba escalofríos que no justificaba el clima. Por todas partes, se hablaba de malos augurios y presagios, de la guerra que se avecinaba y del alzamiento de las fuerzas de la Oscuridad. En realidad, eran las mismas charlas de todos los días de cada año, pero entonces parecían diferentes. Ya no era el anuncio de calamidades por parte de borrachos sombríos en los bares abarrotados, de los alarmistas de nervios destrozados en los antros de juego, ni el trabajo de hábiles adivinos, destinado a aumentar su negocio. Era algo... real. La época era mala, y a Kruza no le gustaba nada esa sensación.

Circulaban historias desde las tabernas de mala muerte de Altquartier hasta los exclusivos salones de bebida de Nordgarten. Eran historias espeluznantes de viles asesinatos, locura y extraños fantasmas en la nieve. Se decía que un respetable carnicero de Altmarkt se había vuelto loco el día anterior, y con un cuchillo de desollar había matado a dos de sus empleados y a tres colegas antes de que la guardia acabara con él. Una hermana novicia del templo de Shallya se había colgado de las agujas del reloj de agua de Sudgarten, deteniendo el mecanismo para siempre a la medianoche en punto. En los establos de coches de alquiler de Neumarket, los caballos se habían puesto frenéticos la noche anterior a las primeras nevadas, y se habían desgarrado y mordido unos a otros en las estrechas caballerizas; dos habían muerto, y a otros cuatro tuvieron que matarlos.

Más aún, bolas y arcos de fuego verde, como relámpagos atrapados, habían estado danzando alrededor de las torres del templo de Myrmidia durante media hora, hacía dos crepúsculos. La gente decía que se habían visto sombras caminando por el parque de Morr. Un terrible olor a corrupción de osario había invadido la oficina de los Sacerdotes de la Ciudad y había hecho salir a los empleados pálidos y verdosos. Se habían visto rostros grotescos, por un instante, presionados contra ventanas o en los espejos de las casas. En La Taberna del Carterista, una mancha de humedad con forma de cabeza que gritaba había aparecido en la escayola del bar, y no podían borrarla por mucho que frotaran. Tres hombres a los que Kruza conocía personalmente habían visto a viejos parientes, muertos hacía mucho, de pie junto a sus camas en el momento de despertar, brumosos y gritando en silencio antes de desaparecer. Algunos decían incluso que había plaga en Altquartier.

Bien era cierto que abundaban las fiebres de invierno y la gripe. A fin de cuentas, estaban en invierno. Pero ¿plaga? Eso sucedía en la estación cálida, con el hedor y las



moscas. El frío era enemigo de la plaga..., ¿o no? ¿Y la muerte? Era moneda corriente en Middenheim, pero, incluso para las miserables pautas de la ciudad, el asesinato y la violencia eran entonces alarmantemente frecuentes.

Era, en efecto, una mala época. Kruza alzó los ojos hacia la oscuridad, hacia las parpadeantes, ominosas estrellas. A veces, deseaba ser capaz de leer el conocimiento que otros le decían que estaba indeleblemente escrito en ellas. Incluso sin tener dicha capacidad, sólo vio amenaza en las luces distantes. Tal vez debería consultar a un astrólogo, pero ¿realmente quería saber lo que se avecinaba?

Echó a andar por la helada calle y casi de inmediato, aunque había estado seguro de hallarse a solas en la acera, sintió una presencia a su lado, una exuberancia jadeante. Miró a su alrededor al mismo tiempo que posaba una mano sobre la daga.

No había nadie. Era su mente que le jugaba malas pasadas; demasiadas historias de miedo, demasiada imaginación y demasiado poco vino.

Pero... aún estaba allí. Inconfundible. Una respiración. Algo invisible que seguía sus movimientos, justo fuera de su vista, siempre detrás de él.

Le recordaba a...

Eso sí que era estúpido. Sólo se debía a que había tenido al muchacho en la cabeza en los últimos tiempos. Pero...

La respiración otra vez, justo a sus espaldas. Se volvió con brusquedad, muy serio de repente, con la daga desenvainada. ¿Resollador?

«¡Vamos, Kruza! ¡Ahí está para cogerlo!»

Kruza dio un respingo, pero en realidad allí no había nadie. Sólo el viento invernal que susurraba a través de las arcadas y portales en torno a él. Se estremeció y se encaminó hacia su casa.

En el palacio del Graf, situado en lo alto de la roca, los estandartes ceremoniales se agitaban con rigidez, cargados de escarcha. Grandes braseros de hierro negro ardían en la Gran Puerta y se alineaban a lo largo del sendero de entrada. Dos jinetes montados en corceles de guerra pasaron al galope ante los guardias sin aminorar la marcha y volaron por aquel camino marcado por el fuego.

Dentro del palacio, Lenya se encontraba arrodillada en un pasillo cercano al vestíbulo principal y se calentaba ilegalmente las manos en la rejilla trasera del cañón de la chimenea de la cocina principal. Estaba descansando, en secreto, durante unos momentos. Los jefes de la servidumbre habían obligado al personal a trabajar sin pausa durante toda la velada para cubrir un importante acontecimiento que no habían especificado.

Quedó petrificada en la oscuridad al oír el taconeo que bajaba por el pasillo, y se escondió tras una armadura gélida que estaba en exposición. El chambelán, Breugal, pasó cojeando ante ella sin advertir que la humilde sirvienta se encontraba lejos de

sus tareas y del área del palacio que le correspondía.

Breugal avanzó hasta el amplio y frío espacio de la entrada principal, mientras el bastón de mango de plata repicaba al compás de sus pasos. Se detuvo. «Piensa que nadie lo ve», pensó Lenya con una sonrisa, y tuvo que reprimir las ganas de reír mientras el hombre se ajustaba la peluca adornada con cintas y exhalaba luego dentro de su propia mano para olerse el aliento.

Los jinetes se detuvieron en el exterior. Uno permaneció con los caballos y el otro avanzó a grandes zancadas y abrió de golpe las grandiosas puertas del vestíbulo.

Ganz, comandante de la Compañía Blanca, se detuvo un momento en el umbral y pateó para quitarse, contra la jamba de la puerta, la nieve de los escarpes, las ruedillas de las espuelas y las grebas.

Breugal observó esto con desdén al ver que los trozos de hielo caían de las piernas del templario y se alejaban resbalando por el suelo de mármol pulimentado.

—Alguien tendrá que limpiar eso —le dijo a Ganz con tono insinuante mientras avanzaba golpeteando el suelo con el bastón.

—Seguro que sí —replicó Ganz, que en realidad no lo escuchaba.

—El palacio se siente honrado por la visita de un templario tan digno, pero me temo que el Graf se ha retirado ya por esta noche. Espera importantes huéspedes que llegarán mañana temprano y necesita descansar. Debes volver mañana..., mañana, tarde.

Breugal unió las manos ante sí, con el bastón sujeto bajo el brazo, e hizo una grave reverencia.

—No estoy aquí para ver a su alteza. Me han mandado llamar. Busca a Von Volk.

Se produjo un silencio durante el cual Breugal miró a Ganz con aire de soberbia.

—Que te... encuentre...

Ganz avanzó hacia el chambelán.

—¿Sí? ¿Acaso no me he expresado con claridad? Busca a Von Volk.

Breugal retrocedió ante el enorme caballero. Daba la impresión de que se había atragantado con algo extremadamente desagradable.

—Mi querido... señor. No puedes entrar aquí en plena noche y exigirle cosas parecidas al chambelán real. Aunque seas un caballero de Ulric.

Breugal le dedicó su más cortesana sonrisa, la sonrisa que daba a entender que allí él era el auténtico señor, una sonrisa que había roto acuerdos matrimoniales de la corte, había arruinado carreras y había aterrado a tres generaciones de sirvientes.

Ganz pareció perplejo por un momento. Dio media vuelta, luego giró otra vez y clavó en el chambelán una mirada tan abrasadora como el mismo sol.

—Te diré lo que puedo hacer. Gozo del poder del supremo Ar-Ulric para servir al templo, a Ulric y al Graf. ¡Entraré aquí en cualquier momento que me dé la gana y todos los chambelanes reales correrán de aquí para allá hasta que se haga mi

voluntad!

»¿Comprendido? —añadió para asegurarse.

La boca del atónito Breugal formó varios sonidos de vocal sin sentido al mismo tiempo que él retrocedía.

Desde su escondite, Lenya sonrió con expresión de triunfo. «Creo que *herr* Breugal va a mojarse los calzones —pensó—. ¡Esto no tiene precio!»

—Lo ha comprendido a la perfección, Lobo —dijo una voz desde el otro extremo del vestíbulo.

Von Volk, flanqueado por otros dos Caballeros Pantera, atravesó el piso de mármol para recibirlo. Von Volk llevaba el crestado casco ornamental bajo el brazo y la cabeza desnuda; los otros dos iban regimiento adornados con yelmos cerrados, que se alzaban treinta centímetros por encima de sus cabezas para formar dorados iconos de pantera y abanicos almenados.

Ganz y Von Volk se encontraron en medio del vestíbulo, y sus armaduras resonaron al chocar los guanteletes. Las sonrisas de ambos eran sinceras.

—¡Von Volk! ¡Es agradable volver a verte en mejores circunstancias que la última vez! Gruber ha hablado bien de ti.

—¡Ganz de la Compañía Blanca! ¡Y yo he hablado bien de Gruber!

Se volvieron a un tiempo y le lanzaron miradas hoscas al chambelán que aguardaba.

—¿Querías algo? —preguntó Von Volk.

—No..., señor —comenzó Breugal.

—¡Entonces, largo! —le gruñó Von Volk como un gato enorme tras inclinarse para acercársele a la cara.

Breugal se alejó con su repiqueteo de botines y bastón, a toda la velocidad que pudo.

—Te pido disculpas por ese gilipollas con pretensiones de grandeza —dijo Von Volk.

—No es necesario. Conozco a muchos de su clase. Veamos, ¿por qué me has hecho llamar?

Von Volk despidió a sus hombres con un balanceo de la mano, y éstos retrocedieron. Lenya estiró el cuello para oír.

—Los embajadores de Bretonia llegarán en las próximas horas. Su alteza el Graf quiere que se garantice toda la seguridad posible para su visita.

—Ninguno de nosotros quiere la guerra con Bretonia —señaló Ganz, severo.

—Ahí está la cosa. Hay enfermedad en las barracas de los Caballeros Pantera. Se trata de una fiebre, una fiebre respiratoria. Tengo a dieciocho hombres de baja, postrados en la cama. ¿Qué tal están en tu templo?

—Sanos, de momento. ¿Qué quieres que hagamos?

—Que nos apoyéis. Cuando lleguen los embajadores, la seguridad será nuestra principal prioridad. No tengo los hombres necesarios. Espero que los Lobos del templo nos refuercen.

—Ar-Ulric me ha dicho que te proporcione cualquier cosa que necesites, capitán. Dalo por hecho.

Lenya estuvo a punto de caer de su escondite al inclinarse para oír estas últimas palabras. «Esto es terrible —pensó—. Es verdaderamente terrible. Plaga, enfermedad, invasores extranjeros...»

—Iré a darles las órdenes a mis hombres —respondió Ganz, e hizo el saludo militar cuando los tres Caballeros Pantera se retiraron.

Por un momento, Ganz se quedó de pie a solas en el vestíbulo, y luego miró directamente hacia el escondite de Lenya.

—Puedo verte, ordeñadora. No te preocupes, Drakken estará entre los hombres que envíe aquí. Intenta no distraerlo.

Ganz dio media vuelta y atravesó las puertas principales hacia el caballo que lo aguardaba. Lenya suspiró. «¿Cómo demonios lo consigue?»

A la luz de la antorcha, Gruber bajó los ojos hacia el lugar santo llamado Agujero del Lobo. Se arrodilló de modo súbito, con la cabeza inclinada, y rezó una plegaria de bendición.

—No sabía qué hacer, señor —dijo el capitán de la guardia, que llevaba la cabeza vendada y se encontraba de pie detrás de él—. No sabía si debía limpiarlo...

Gruber, con la armadura gris de bordes dorados brillando a la luz de la antorcha, se incorporó y se giró.

—Has obrado bien, capitán. Y con valentía.

—Sólo hice mi trabajo —replicó Schtutt.

—De manera ejemplar.

Gruber sonrió, pero Schtutt advirtió que era una sonrisa vacía.

—¡Schell! ¡Kaspen! ¡Mantened alejada a esa gente! —les gritó con aspereza a los templarios que bordeaban la pequeña plaza del Agujero del Lobo y se encontraban de cara a la ansiosa multitud, que iba en aumento.

Luego, Gruber siguió al capitán de la guardia por el callejón, hacia la casa atacada.

—¿Es aquí donde lo mataste? —preguntó con voz tranquila.

—¡Con la lanza partida, señor! —replicó Schtutt al mismo tiempo que alzaba el arma sucia de sangre seca.

—Muy bien.

—Hay una cuestión de...

—¿De qué? —inquirió Gruber.

—De... jurisdicción.

—Un lugar santo dedicado a Ulric ha sido abominablemente profanado. ¿Puede haber alguna duda?

Schtutt pensó en esas palabras; luego, en lo corpulentos que eran los acorazados Lobos, y después, en que ya había tenido lucha más que suficiente por esa noche.

—Es todo vuestro —le respondió al nervudo veterano Gruber, a la vez que retrocedía un paso.

Al entrar en la casa, Gruber les echó una mirada a los cuerpos destrozados que yacían sobre un charco de sangre. Habían apagado el fuego, y unos vecinos consolaban a la llorosa mujer. El asesino yacía en medio del piso, y era horriblemente visible el agujero que le había hecho el arma de Schtutt.

—Ergin, mi Ergin... —murmuraba la mujer, inconsolable.

—¿Tu esposo? —preguntó Gruber, al avanzar hacia ella.

—Sí...

—¿Dónde está? —preguntó Gruber.

—Allí —respondió la mujer, señalando el cadáver del asesino que yacía en medio del piso.

«¿Su esposo... hizo esto?» Gruber estaba asombrado y espantado. Últimamente, los rumores de que había locura en Middenheim habían llegado hasta el templo: rumores de asesinatos, demencia y sombras. Hasta ese momento, él no había creído ni una sola palabra.

Entonces, entró en la habitación una figura ataviada con un hábito. Gruber estaba a punto de hacerle una pregunta, cuando reconoció el cargo del hombre y se limitó a hacerle una reverencia.

—Gruber, de Ulric.

—Dieter Brossmann, de Morr. Estaba a punto de preguntar por las circunstancias de la obra de Morr en este lugar, pero puedo verlas con total claridad, Lobo.

Gruber se acercó más al sacerdote encapuchado.

—Padre, quiero saberlo todo sobre este acto; todos los detalles que puedas averiguar antes de enterrar los despojos.

—Te los aportaré. Ven a verme antes de la nona, que para entonces habré investigado los hechos tal y como están.

Gruber asintió con un movimiento de cabeza.

—Esas escrituras, las palabras pintadas aquí y en el cuenco del Agujero del Lobo, para mí no significan nada, pero percibo su naturaleza maligna.

—Y también yo —le aseguró el sacerdote de Morr—. Tampoco sé qué significan, pero las palabras escritas con sangre difícilmente pueden ser buenas, ¿verdad?

Justo antes del amanecer comenzó una nevada que cubrió la ciudad con un manto de

unos cinco o siete centímetros de grosor. Arriba, en la roca palaciega, toda la servidumbre había estado trabajando durante las horas nocturnas. Los hornos ya estaban encendidos y se calentaban barriles de agua. En el exterior, había servidores ataviados con libreas de seda rosada, que, armados con palas, quitaban la nieve del camino de entrada y esparcían sal. Entre ellos, Franckl hizo una pausa y mal dijo el almidonado cuello de su librea nueva. Todos los trabajadores del Margrave habían sido reclutados para el servicio del Graf durante aquella visita crítica del embajador bretoniano. Al igual que sucedía con la guardia real, eran muchos los sirvientes del palacio que se veían afectados por aquella condenada fiebre invernal.

Los sirvientes trabajaban en todo el palacio: cambiaban sábanas, fregaban suelos, lustraban cuberterías, preparaban fuegos y limpiaban la escarcha de la parte interior de los cristales de las ventanas de las dependencias de invitados.

La servidumbre había estado preguntándose qué sucedía desde el momento en que Breugal, de repente, los había mandado a trabajar a última hora del atardecer como si fuese la primera de la mañana. Una visita, de eso estaban seguros. Cuando Lenya oyó a Ganz y Von Volk hablando en el vestíbulo principal, se convirtió en el único miembro de la servidumbre con un rango inferior al del chambelán que conocía los detalles, y no tenía a quién contárselos. Incluso entonces que estaba trabajando como parte del servicio de palacio, allí se encontraba sola y sin amigos.

Mientras avanzaba a paso rápido por la galería oeste con dos cubos de agua tibia para las muchachas que trabajaban en la escalinata principal con cepillos de cerda vio, a través de las ventanas, la nieve que se posaba a la luz de los braseros que recorrían el camino de entrada, y se preguntó cómo estaría Kruza en una noche como ésa.

Justo antes de las campanadas de vigilia, un destacamento de templarios del Lobo —el pataleo de los caballos quedó amortiguado por la nieve— ascendió por la Cuesta del Palacio y atravesó la Gran Puerta arremolinando los copos que caían. Aric iba en cabeza y con la mano izquierda sujetaba el estandarte de Ulric en alto. Detrás de él corrían, en apiñado grupo, Morgenstern, Drakken, Anspach, Bruckner y Dorff, seguidos por una docena más de templarios, seis de la Compañía Roja y seis de la Gris. Los saludó un Caballero Pantera desde la caseta de guardia de la entrada, y los dirigió hacia el cuartel de la guardia real, situado en el patio interior.

Llegados al patio de piedra, frenaron ante el cuartel a los corceles de guerra, cuya respiración se condensaba en el aire. Los caballos caminaban con incomodidad sobre la capa de nieve, a la que no estaban acostumbrados. Unos pajes uniformados que tenían el rostro frío tan rosado como las libreas de seda corrieron a coger las riendas.

Aric desmontó con elegancia y, flanqueado por Bruckner, Olric de la Compañía Gris, y Bertolf, de la Roja, traspasó la entrada, donde un escuadrón de Caballeros Pantera ataviados con la armadura completa y provistos de antorchas los aguardaban

bajo el pórtico. Aric saludó al jefe de los Caballeros Pantera.

—Aric, de la Compañía Blanca, portaestandarte. Que el Gran Lobo te guarde, hermano. Ar-Ulric, bendito sea su nombre, me ha puesto al mando de este destacamento de refuerzo.

El jefe de los Caballeros Pantera levantó su ornamentado visor dorado. Tenía un rostro severo y hosco, y su piel parecía pálida y enfermiza comparada con los dorados y rojos intensos de su alta cresta de celada.

—Soy Vogel. Capitán. Segundo de la guardia del Graf. Que Sigmar te bendiga, caballero templario. *Herr* capitán Von Volk me ordenó que te esperara.

Aric percibió la tensión. El hombre tenía aspecto de estar enfermo y, a diferencia de Von Volk, aún parecía albergar la fuerte rivalidad que se había convertido en tradición entre los templarios y la guardia del Graf. «Puede que las relaciones entre Lobos y Caballeros Pantera se hayan suavizado a los ojos de Von Volk —reflexionó Aric—, pero los viejos prejuicios tienen raíces profundas».

—Apreciamos la ayuda del templo en esta hora delicada —prosiguió Vogel, cuya voz parecía cualquier cosa menos agradecida—. Los exploradores de frontera han informado que el embajador se encuentra a apenas unas horas de distancia, a pesar de las nieves, y la hermandad de los Panteras está... escasa de hombres. Muchos de los nuestros se encuentran postrados en cama a causa de las fiebres.

—Rezaremos letanías de sanación por ellos. Son hombres fuertes y robustos. Sobrevivirán.

Aric hablaba con voz confiada, pero Vogel parecía andar con paso inestable cuando se volvió para encabezar la marcha. El templario vio senderos oscuros de sudor en las pálidas mejillas desnudas del Caballero Pantera. Y percibió un olor, un olor a sudor rancio e insano, a enfermedad medio disimulada por el aroma de las hierbas de las pomas que llevaban los caballeros de la corte. Vogel no era el único Caballero Pantera del grupo que estaba enfermo.

«Que Ulric nos proteja —pensó Aric—. Aquí huele como huele la ciudad cuando la visita la plaga». ¿Y no había informado Anspach de algunos rumores perdidos sobre la plaga que corrían por tabernas y tugurios?

La guardia de honor de Caballeros Pantera formó detrás de Vogel y Aric, y los Lobos siguieron al resto. Marcharon por la columnata de mármol y entraron en los aireados vestíbulos del palacio, donde ardían velas y —¡gran lujo!— lámparas de aceite sujetas a las paredes a lo largo de lo que a Aric le parecieron kilómetros en todas direcciones, por los corredores cubiertos de tapices y espejos.

—Sólo dinos qué quieres que hagamos, y nos pondremos a ello —dijo Aric—. ¿Qué misión quieres que desempeñemos?

—No espero que los Lobos tengáis conocimiento práctico de este laberíntico palacio. El trazado puede resultar desconcertante para los desconocidos. —Vogel

pareció disfrutar con la palabra *desconocidos*, pues hacía hincapié en el hecho de que entonces los Lobos estaban en territorio de los Caballeros Pantera—. No os separéis de los demás, porque os perderíais. Necesitamos patrullas que recorran el palacio, así que las formaré con las compañías de Caballeros Pantera. Vosotros, los templarios, nos haréis un favor si os avenís a hacer guardia en las habitaciones de invitados.

—Nos sentiremos honrados de servirlos —replicó Aric—. Muéstranos el área y los lugares que debemos vigilar.

Vogel asintió, e hizo un gesto con una mano para llamar a dos de sus caballeros, que, al tener las viseras cerradas, a Aric le parecieron autómatas. Nunca se había dado cuenta de lo mucho que agradecía el hábito de los Lobos de ir al combate con la cabeza descubierta y el cabello volando al viento. Los rostros y sus expresiones comunicaban muchas cosas, en particular, cuando uno se encontraba en el calor de la lucha.

—¡Krass! ¡Guingol! Mostradles a los Lobos la disposición de las dependencias de invitados.

—¡Sí, señor! —respondió Guingol..., o Krass.

«¿Quién, en el nombre de Ulric, puede saberlo si están detrás de esas parrillas doradas?», pensó Aric.

—Manteneos firmes, Lobo —dijo luego Vogel, volviéndose a mirar a Aric—. Todos vosotros. El santo y seña es: «Viento norte».

—Viento norte.

—Repíteselo sólo a tus hombres. Si cualquiera con quien os encontréis no puede daros el santo y seña, detenedlo o matadlo, sin excepción.

—Comprendido —replicó Aric.

—Que el día transcurra bien —le deseó Vogel al mismo tiempo que le hacía un saludo militar—. Que ninguno cometa fallos.

—Lo mismo digo —asintió Aric con una sonrisa cortés.

Vogel y sus hombres dieron media vuelta y se alejaron con entrechocar metálico por el corredor. Aric se volvió a mirar a Guingol y Krass.

—Pongámonos en marcha, ¿os parece? —preguntó.

Ambos asintieron con la cabeza y echaron a andar, y los Lobos los siguieron.

—Este sitio huele mal —susurró Bertolf, de la Compañía Roja.

—A enfermedad —asintió Bruckner.

—A plaga —añadió Olric con severidad.

Detrás de ellos, entre los demás, Drakken le lanzó una mirada inquieta a Morgenstern.

—El Lobo Gris tiene razón, ¿verdad? ¿Es plaga?

Morgenstern rió entre dientes con voz profunda al mismo tiempo que se acariciaba la enorme barriga acorazada y continuaba avanzando pesadamente por el



pasillo.

—Muchacho, eres demasiado pesimista. ¿Plaga? ¿Con este frío polar? ¡Nunca!

—Tal vez las fiebres —comentó a sus espaldas Dorff, con tono hosco; por una vez, su desafinado silbido se había apagado.

—¡Ah, las fiebres! ¡Sí, las fiebres! ¡Tal vez sea eso! —Morgenstern volvió a reír entre dientes—. ¿Y desde cuándo muere nadie a fuerza de estornudos?

—¿Aparte de las docenas que murieron el pasado Jahrdrung? —preguntó Dorff.

—¡Ah, cállate y silba algo alegre! —le espetó Morgenstern.

A veces, resultaba demasiado difícil levantar la moral de los hombres.

—¿Qué apostáis...? —comenzó Anspach, que hasta el momento había guardado silencio—. ¿Qué apostáis a que éste es el peor lío en el que nos hemos metido jamás?

Los templarios frenaron en seco, pues los de la Compañía Blanca actuaron como un tapón para los de las Compañías Roja y Gris, que los seguían. Aric, con su escolta de Caballeros Pantera, avanzó unos pocos pasos más antes de darse cuenta de que todos se habían detenido para disputar entre sí.

—¡Sólo estaba diciendo...! —protestó Anspach.

—¡Guárdatelo para ti mismo! —le gruñó un miembro de la Compañía Roja.

—¡Tiene razón! —le espetó un templario de la Gris—. ¡La perdición se abate sobre la Fauschlag!

Otros murmuraron su asentimiento.

—Plaga... es verdad... —dijo Drakken con tono interrogativo.

—¡Eso he oído! —dijo otro Lobo Rojo—. ¡Se habla mucho del asunto en las tabernas de Altquartier!

Más asentimientos.

—¡Estamos al borde del desastre! —declaró Olric al mismo tiempo que sacudía la cabeza.

Bertolf estaba comenzando a explicar algo acerca de fantasmas que caminaban por las calles cuando Aric pasó entre los perplejos Caballeros Pantera y reconvino a los templarios reunidos.

—¡Basta! ¡Basta! ¡Este tipo de conversación nos derrotará a todos antes de que comencemos siquiera!

Aric había pensado que su voz era feroz e imponente. Se trataba de su primera misión como comandante, y tenía intención de cumplirla con toda la firmeza y vigor de Ganz. No, de Jurgen. Demostraría que era un buen líder de hombres. Pero se encontró con que su voz era ahogada por las discusiones de los Lobos, cuyos comentarios iban y venían a una velocidad superior a la que él podía contestarles. Un hirviente alboroto de voces inundó el pasillo. Aric había previsto algunos problemas con los hombres de las otras compañías que habían puesto bajo su mando, pero esperaba que los hombres de la Blanca lo siguieran. Entonces no había más que

confusión, conversaciones apasionadas, desorden y nada de disciplina.

—¡Basta! —dijo una voz profunda junto al portaestandarte, cada vez más frenético.

Se hizo un silencio tan tremendo como el que podría imponer el hacha de un verdugo. Todos los ojos se volvieron hacia Morgenstern.

—No hay plaga ninguna —añadió Morgenstern con voz muy calma—. Hay un poco de fiebres, pero eso pasará. ¿Y desde cuándo nos hemos asustado nosotros de los rumores? ¿Eh?, ¿eh? ¡Esta gran ciudad de roca ha permanecido en pie durante dos mil años! ¿Caería un lugar como éste en una sola noche? ¡Yo no lo creo! ¿La perdición sobre todos nosotros? ¡Nunca! ¡No cuando tenemos armaduras sobre los lomos, armas en las manos y el espíritu de Ulric para alentarnos!

El silencio se rompió cuando los hombres de todas las compañías de Lobos expresaron su acuerdo con el gran buey de la Compañía Blanca.

—¡Hagamos lo que tenemos que hacer y aseguremos el mañana para las almas buenas! ¡Y el día siguiente a mañana! ¡Por el Graf, por Ar-Ulric, por cada hombre y cada mujer de esta amada ciudad!

La gutural voz de Morgenstern se alzó sobre el murmullo de todos los hombres como el grito de un héroe de la antigüedad.

—¡Lobos de Ulric! ¡Martillos de Ulric! ¿Nos mantenemos unidos o perdemos la noche con rumores deprimentes? ¿Eh?

Lo aclamaron. Todos lo aclamaron. «Que Ulric se me lleve —pensó Aric con un suspiro—. Tengo mucho que aprender».

Guingol y Krass les mostraron el trazado del ala de invitados. Aric asignó misiones a la totalidad de los diecisiete templarios que tenía bajo su mando y recordó, al recibir un toque del codo de Morgenstern, decirles el santo y seña.

—Gracias —le susurró pasados tres minutos, cuando estuvo seguro de que se encontraban a solas.

—Aric, Aric, nunca me des las gracias. —Morgenstern se volvió para mirarlo con la compasión pintada en su enorme rostro barbudo—. Lo mismo hice por Jurgen cuando era joven.

Aric alzó los ojos hacia él.

—Nadie escucha a un comandante cuando siente pánico. En momentos así los soldados escuchan a los que tienen el mismo rango que ellos. Saben que la verdad sale de los labios de los hombres corrientes. Es un truco. Me alegro de haber podido ayudarte.

—Lo recordaré.

—Bien. Recuerdo cuando lo empleó el viejo Valse, en los tiempos en que yo era un cachorro. ¿Quién sabe? En los años venideros tú serás el viejo veterano que podrá hacer lo mismo por otra generación de cachorros asustados.

Ambos sonrieron, y Morgenstern sacó una petaca de debajo de su piel de lobo.

—¿Bendecimos la noche? —preguntó.

Aric vaciló, y luego aceptó el tapón lleno que le ofrecía Morgenstern. Bebieron un trago juntos —Aric, del tapón, y Morgenstern, directamente de la petaca—, tras brindar previamente.

—Que Ulric te ame, Morgenstern —susurró Aric al mismo tiempo que se enjugaba la boca y le devolvía el tapón al corpulento templario—. Iré a hacer una ronda para asegurarme de que todos los hombres están en su puesto.

Morgenstern asintió, y Aric se alejó por el pasillo. En cuanto hubo desaparecido el portaestandarte, Morgenstern se recostó contra la jamba de la puerta y se echó al colete un largo trago de licor. Le temblaban las manos.

Plaga, sí. Perdición, sí. La muerte para todos ellos, con toda seguridad. Había necesitado todas sus fuerzas para hablar, para mantener la posición de Aric como comandante. Pero en el fondo de su gran corazón, lo sabía. Lo sabía.

«Esto es el final de todo».

Kruza despertó en las últimas horas de la noche. Su ático bajo y espartano estaba helado, y la cicatriz le picaba a rabiar. Intentó recordar qué lo había despertado. Un sueño.

Resollador.

Había estado diciéndole algo. Resollador había estado de pie junto al Graf, y el Graf no lo había visto.

Algo relacionado con... el reptil, el monstruo que se mordía la cola. El devorador del mundo.

Kruza temblaba con tal violencia que tuvo que atravesar a gatas el ático para servirse una copa de la botella que había sobre la mesa. Estaba casi tan helada como el hielo, y sólo el hecho de que contenía alcohol había evitado que se congelara. Bebió de un trago y el calor de la bebida le quemó la garganta.

«Resollador... ¿qué intentabas decirme? ¿Qué intentabas decirme?»

Nada. Silencio. Y sin embargo, había algo allí, con él.

«¿La joya? ¿Era eso? ¿El collar ceremonial? ¿O alguna otra cosa?»

En torno a él flotaba una niebla. Tenía las extremidades duras y rígidas a causa del frío. Bebió otro trago que le calentó todo lo que estaba por encima de la garganta, pero lo demás permaneció rígido y entumecido.

«Lenya —recordó entonces—. Lenya. ¡Quieres que cuide de tu hermana! ¡Está en peligro!»

Eso no era problema ninguno. Defender a Lenya era algo que no le parecía una tarea ardua. Que Ranald se llevara a ese Lobo que ella tenía... Lenya...

Entonces, comprendió —o recordó, o simplemente imaginó— qué había estado

intentando realmente decirle Resollador desde el silencioso mundo de los fantasmas. No era sólo Lenya, aunque ella era importante.

Se trataba de todos. Era Middenheim. Toda la ciudad.

Se levantó y se puso los calzones y el justillo de cuero. Su expresión era angustiada, pero ya no temblaba.

Llegó la primera luz, pálida y transparente, y el cielo mostraba un translúcido azul. El patio estaba cubierto por una capa de treinta centímetros de nieve, y sólo las verticales paredes de roca negra estaban libres de ella.

Una hilera de carruajes dorados y jinetes que los precedían y lucían el emblema de Bretonia entró en el viaducto sur, que acababa de ser reparado. Atravesaron la puerta, levantando nubes de nieve suelta. Con el estandarte de Bretonia en alto, la vanguardia de caballeros ascendió por las desiertas calles y condujo la caravana de carruajes hacia el palacio.

En la Gran Puerta aguardaban miembros de la guardia de honor de los Caballeros Pantera, que giraron para cabalgar junto a los carruajes, que corrían a gran velocidad. Cuando la veloz procesión llegó al patio de entrada y los pajes de librea rosada salieron corriendo con las antorchas para formar un abanico de fuego y recibir a los visitantes, unos criados desenrollaron una alfombra de terciopelo que llegó hasta los escalones del carruaje del embajador.

La nona aún no había sonado cuando Gruber condujo a Ganz a través del porche del templo de Morr. Alzaron los ojos hacia las zonas quemadas del inquietante templo y las partes que los artesanos estaban comenzando a reconstruir, muchas cubiertas con hules para protegerlas de los elementos. El día era muy luminoso y frío, y amenazaba con volver a nevar. Detrás de ellos marchaba un destacamento de escolta formado por Schell, Schiffer, Kaspen y Lowenhertz.

El hermano Olaf les abrió la puerta del Factorum. La abovedada cámara era un lugar frío y húmedo, con un fuerte olor a astringente agua de lavanda y líquidos embalsamadores. Bajo las oscilantes lámparas que colgaban del techo, el padre Dieter apartó los ojos del cuerpo que estaba tendido sobre la fría losa de piedra en el momento en que entraron los templarios del Lobo haciendo tintinear las ruedecillas de las espuelas con sus pesados andares.

Gruber los condujo escalera abajo hacia la húmeda estancia. Incluso él se sentía acobardado ante las losas de piedra, el aire gélido y los cadáveres amortajados que yacían allí. Había visto al padre Dieter en una ocasión anterior, en la calle Osster, junto al Agujero del Lobo. Entonces lo veía sin capucha. Era un hombre alto y severo con la cabeza tonsurada, y los ojos claros y fríos, como impulsados por algún enorme

pesar antiguo. Dieter alzó la mirada.

—Hermano Lobo Gruber.

—Padre. Éste es Ganz, mi comandante.

Ganz se aproximó al sacerdote de Morr e hizo una breve reverencia de respeto.

—¿Qué puedes decirnos de este horror, padre? —preguntó con sencillez.

Dieter los condujo hasta la mesa de piedra del centro de la sala, donde yacía un cuerpo masculino desnudo. La única señal que lo distinguía, por lo que Ganz pudo ver, era la herida abierta en su blanco pecho.

—Es el asesino del Agujero del Lobo —declaró el sacerdote con voz queda al mismo tiempo que sus manos se separaban para abarcar el cuerpo—. Cuando llegó, estaba cubierto de pies a cabeza por la sangre de otros. Yo he lavado el cadáver.

—¿Y qué te ha contado? —preguntó Gruber.

—Mira aquí. —El sacerdote hizo que Ganz y Gruber se acercaran más, y señaló los rasgos hundidos del muerto—. Cuando le hube quitado toda la sangre, y a pesar del rigor mortis, vi un color amarillento, una palidez, huellas de dolor.

—¿Lo cual significa?

—Que este hombre estaba enfermo, muy enfermo, fuera de sí.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —preguntó Ganz.

—Porque no es el primero con las mismas características que ha llegado aquí. Ni será el último. Estaba enfermo, hermano Ganz, mortalmente enfermo. La locura moraba en él.

—¿Y por eso atacó y asesinó a los demás? —quiso saber Gruber.

—Es muy probable.

—¿Y las profanaciones? ¿Las del Agujero del Lobo y las de la casa? —preguntó Gruber.

El sacerdote de Morr abrió una pequeña libreta.

—Al igual que tú, no reconocí las palabras, pero las copié con cuidado. Desde entonces, las he comparado con otras escrituras de nuestro Librarium.

—¿Y?

—Son nombres. La escritura es antigua y, por tanto, extraña para nuestros ojos; pero los nombres son... corrientes. Son nombres de personas. Ciudadanos. Entre ellos, el nombre de nuestro asesino, Ergin. También los nombres de sus hermanos, el hermano de su esposa, sus vecinos y los de otras tres personas que viven en el barrio, cerca de la casa.

—Una lista de los muertos —jadeó Lowenhertz en voz baja.

—En efecto —asintió el sacerdote al mismo tiempo que alzaba la vista de golpe, como sorprendido por la penetración del Lobo—. O una lista de los que debían morir, si damos por supuesto que la escribió el asesino. Una lista, pues; casi una celebración del homicidio sagrado.

—¿Sagrado? —preguntó Ganz con el entrecejo fruncido—. ¿Qué tuvo de sagrado ese acto?

El sacerdote apenas sonrió, aunque a Ganz le recordó la forma en que sonríen los perros antes de morder.

—No en nuestros términos, comandante. No tengo intención de blasfemar. Pero ¿acaso no te das cuenta de que esto fue un acto ritual? Un ritual orquestado por la locura. El escenario, por ejemplo. Es algo más que una casualidad que los asesinatos hayan profanado un lugar dedicado a la deidad patrona de la ciudad.

—¿Has visto antes algo así? —preguntó Ganz.

—Sí, por dos veces ya. Dos veces en los últimos dos días. Un carnicero se volvió loco en Altmarkt, y presentaba signos de fiebre similares a éstos. Había grabado los nombres de sus cinco víctimas y el suyo propio en una pieza de carne que colgaba de su toldo. También un escribano de Freirburg, a principios de la semana, justo antes de las nieves. Allí hubo tres muertos apuñalados con un cortaplumas antes de que el hombre se arrojara por una ventana. También entonces estaba presente la locura de fiebres. Y también los nombres..., el del asesino y sus tres víctimas, anotados en el libro mayor en que estaba trabajando el escribano, con delicada letra bien formada.

—Otra vez el ritual —asintió Lowenhertz, intranquilo.

—Pues sí. En cualquier caso, el incidente de la pasada noche en el Agujero del Lobo fue un poco diferente en un aspecto. Había más nombres en las paredes que víctimas en la escena del crimen.

—¿Lo has comprobado?

—Hice... averiguaciones.

—Un sacerdote con instinto de inquisidor —reflexionó Gruber, casi sonriendo.

—No puedo saber con seguridad —prosiguió el padre Dieter, que pareció hacer caso omiso de la observación— si se debió a que Ergin fue detenido por el valiente guardia antes de que pudiera llegar a su... cuota, o si la locura hace que el afectado escriba nombres de más.

—¿Nombres de más? —preguntó Lowenhertz.

—Tú mismo la has llamado una lista de muertos. ¿Quién puede saber cuándo podría cesar la matanza?

Entonces, Ganz estaba paseándose de un lado a otro, con una mano en la frente, sumido en sus pensamientos.

—Ve más despacio, padre. Permíteme que intente asimilar esto. Algo que acabas de decir me causa una tremenda alarma.

—¿Acaso algo de lo que acabo de decir no te ha alarmado? —preguntó el sacerdote con dulzura.

Ganz se volvió para encararse con él, y lo señaló con un dedo al concentrarse en el pensamiento específico.

—Has dicho que la locura hace que los afectados obren así. ¡No soy doctor en medicina, pero sé lo bastante para darme cuenta de que una enfermedad, unas fiebres, no dirigen la voluntad! Puedo aceptar que hay una fiebre cerebral en Middenheim, y que es tan grave que impulsa a los hombres a una furia bestial..., pero ¿que los guíe hacia un propósito definido? ¿Que organice sus actos, su ritual, como lo has llamado? ¿Que los haga actuar de la misma manera, que los haga utilizar la misma escritura antigua? ¡Eso supera cualquier cosa verosímil! ¡No existe fiebre capaz de hacer eso!

—Muy cierto, hermano Ganz, pero yo no he dicho en ningún momento que se tratara de una fiebre natural.

Sobre el Factorum descendió el silencio mientras todos asimilaban esa última frase. El sacerdote y los Lobos estaban tan quietos y callados como los muertos que los rodeaban. Al fin, Gruber rompió la quietud con una maldición en voz baja.

—¡Que Ulric me condene! ¡Magia!

El padre Dieter asintió con la cabeza al mismo tiempo que tendía un sudario sobre el cuerpo de Ergin.

—Este año ya he tenido bastante magia —añadió Gruber.

—¿Ah, sí? —preguntó el sacerdote, repentina y seriamente interesado—. No eres el único. Una oscura resaca de la más inmundada brujería ha impregnado la ciudad desde el pasado Jahrdrung. Yo la he experimentado de manera personal. Y ésa es una de las pistas, para mí. Otro de los nombres pintados con sangre en la pared cercana al santuario de Ulric era Gilbertus. A principios de este año, justo antes de Mitterfruhl, tuve... tratos con alguien que se hacía llamar así. Intentaba pervertir este sagrado templo para ponerlo al servicio de la magia más oscura de todas.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Schell, aunque realmente no quería saberlo.

—Muerto. Cosa apropiada, dado que su nombre figuraba en la lista de Ergin.

—¿Y los otros? —preguntó Lowenhertz, y el sacerdote consultó otra vez la libreta.

—Eran nombres corrientes, como ya he dicho: Beltzmann, Ruger, Aufgang, Farber... Conozco a un Farber y aún está vivo, pero podría no tratarse de él... Vogel, Dunst, Gorhaff, y otro que, curiosamente, estaba escrito dos veces. Era el nombre de Einholt.

Todos los Lobos quedaron petrificados, y Ganz sintió que una gota de sudor helado le bajaba por la frente. Lowenhertz hizo un signo destinado a conjurar al mal y apartó la mirada.

—¿Ese nombre significa algo para vosotros? Veo que sí.

—¡Comandante! —jadeó el agitado Kaspén que tenía el semblante sorprendentemente pálido bajo su melena roja—. Nosotros...

Ganz lo silenció alzando una mano.

—¿Qué más? —preguntó Ganz a la vez que avanzaba hacia el sacerdote e

intentaba dominar sus nervios. Quería mostrarse circunspecto hasta que le hubiese tomado las medidas a aquel austero sacerdote fúnebre.

—Otras dos cosas. Un nombre más, pero no es de por aquí: Barakos. ¿Os dice algo?

Los Lobos negaron con la cabeza.

—Y un símbolo, o al menos la indicación de un símbolo. La palabra *Ouroboros*, también en escritura antigua.

—¿Ouroboros? —preguntó Ganz.

Gruber se volvió a mirar a Lowenhertz, pues, en el fondo de sus revueltas entrañas, sabía que él conocería el significado.

—El *wyrm* que se devora a sí mismo —explicó Lowenhertz con tono ominoso—. Tiene la cola dentro de la boca; es el universo que consume todo cuanto es y todo lo que ha sido antes.

—Vaya, vaya —dijo el padre Dieter—. No tenía ni idea de que los templarios fuesen tan eruditos.

—Somos lo que somos —declaró Gruber, sin más—. ¿Eso es lo que crees que significa ese símbolo, padre?

El sacerdote de Morr se encogió de hombros, cerró la libreta y la ató con una cinta de color negro.

—No soy ningún experto —dijo con modestia e imprecisión—. El Ouroboros es un signo antiguo. Significa «destrucción».

—No, significa más que eso —lo contradijo Lowenhertz, que avanzó un paso—. Significa «muerte desafiada», que es la no muerte. La vida más allá de la sepultura.

—Sí, así es —asintió el sacerdote de la Morr con voz dura—. Es el símbolo de la nigromancia, y es el mismísimo vil pecado del que era culpable Gilbertus. Pensaba que esa amenaza se había desvanecido con Gilbertus cuando cayó por el barranco de los Suspiros, pero estaba equivocado. Tal vez Gilbertus no haya sido más que el comienzo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Ganz.

—Huir de la ciudad podría ser buena idea —respondió el sacerdote, flemático.

—¿Y los que no podemos hacerlo? ¿Qué hacemos los que somos necesarios aquí?

—Luchar —respondió el sacerdote de Morr sin vacilación.

Era casi mediodía, pero las calles de Altquartier estaban tristemente vacías y cubiertas por una gruesa capa de nieve. De momento, no había nevado más y el aire era gélido, pero el tremendo frío mantenía a la población dentro de las casas, en torno al hogar, desesperada por hallar un poco de calor.

Mientras bajaba por el paseo Low File, envuelto en su capa, Kruza se preguntó si habría otras fuerzas que mantenían las calles en silencio. Esos rumores de plaga...



Aún no podía creerlos, pero en el aire frío y quieto flotaba un olor a enfermedad, a corrupción. Y a leche agria.

Ese pensamiento lo atrapó, le trajo un recuerdo. Ese olor lo había percibido en las profundidades de la torre de Nordgarten, el lugar en que había visto a Resollador por última vez.

Habían pasado meses desde su anterior visita al solitario hogar de Resollador. «De hecho —pensó Kruza—, ¿la visita precedente no fue justo después de que percibiera por última vez el hedor a leche agria?»

Ascendió la oscura escalera del ruinoso edificio con una vela que encendió con sus yescas, tanto por el calor que le daba a sus dedos como por la luz. Por las ventanas sin cristales había entrado nieve, que cubría los escalones, y el hielo revestía las paredes como una capa de nácar.

Abrió la puerta, aunque necesitó asestarle una patada con la bota para romper el hielo que se había formado en torno a la jamba. Milagrosa, casi dolorosamente, la habitación estaba exactamente como él la había dejado la última vez. Allí no había entrado nadie. La escarcha cubría todas las superficies, enturbiaba todos los espejos y hacía que las alfombras y tapices estuviesen crujientes y rígidos. Se hallaba tan congelada en la realidad como en su memoria.

Kruza avanzó por las crujientes alfombras al mismo tiempo que recorría la habitación con los ojos. Dejó la vela sobre la mesa baja, donde el calor de la llama fundió la escarcha, que se transformó en grandes gotas oscilantes. Kruza se dio cuenta de que tenía desenfundada la espada corta, igual que cuando había entrado la primera vez. La espada... desenvainada. ¿Cuándo había hecho eso? ¿Qué instinto le había hecho sacar la espada?

Miró a su alrededor. «Veamos, ¿dónde podría estar?» Cerró los ojos e intentó recordar. Resollador estaba en su mente: Resollador, riendo; Resollador, cogiendo un saco de pan y quesos del alféizar de la ventana donde lo dejaba para que se mantuviera fresco; Resollador, sentado junto al fuego, tejiendo su tortuosa autobiografía de cuento de hadas.

Kruza abrió los ojos y volvió a mirar. Recordaba que había cogido el espejo de marco dorado del rincón inmediato a la puerta al final de la primera visita para completar la cuota que tenía que entregarle a Bleyden. La segmentada caja de madera donde Resollador guardaba sus hierbas se encontraba entonces allí, y Kruza avanzó hacia ella. Tendió una mano para abrirla y se detuvo.

«¿Aquí?»

Oyó un ruido a sus espaldas y se volvió como un zorro acorralado, con la espada desnuda. Allí estaba Resollador, asintiendo con la cabeza, sonriendo. «Ese es el sitio, Kruza, ése es el sitio».

Pero no era Resollador. No era nadie. El cabo de vela que Kruza había dejado

sobre la mesa, se había deslizado hasta el piso flotando en las fundidas gotas de escarcha.

Kruza apagó a pisotones las débiles llamas que estaban prendiendo en la alfombra sobre la que yacía la vela.

—No hagas eso, Reso... —dijo en la habitación vacía, y se sorprendió al hacerlo, como si aún creyese que Resollador estaba con él.

Kruza regresó junto a la caja de hierbas y abrió la tapa. Los aromas que manaron de ella resultaron leves y débiles en el aire frío. Revolvió el interior con los dedos entumecidos, hasta encontrar la joya y sacarla.

La cadena de láminas cuadradas de metal, el adorno que representaba al devorador del mundo con sus ciegos ojos de marfil estaba —maldito fuese todo lo existente— tibio.

Kruza se metió el objeto dentro del justillo y se encaminó hacia la puerta. El hielo crujía bajo sus pies. Volvió la cabeza para echarle una última mirada a la habitación. Al igual que estaba seguro de su propio nombre, de que Resollador era un ladrón natural, de que Resollador estaba muerto, sabía que nunca regresaría allí. Jamás.

Llegó a la calle y echó a andar cuesta arriba a paso rápido a través de la nieve, resbalando de vez en cuando sobre el hielo que se había formado bajo el polvo blanco. No había nadie cerca, pero de algún modo Kruza se sentía más culpable que nunca en toda su vida. Él, artífice de diez mil robos, todos ellos libres de culpabilidad, experimentaba entonces la punzada de la vergüenza por robar la joya de un muchacho muerto. «¡Les robas a los muertos, Kruza!»

Y lo peor de todo era que estaba seguro de que Resollador habría querido que la cogiera. ¿O acaso la culpabilidad que sentía era debida a que estaba seguro de que Resollador habría preferido que Kruza no volviera a tocar nunca más aquel siniestro adorno?

Antes de que pudiera considerar el asunto, oyó unos sollozos que procedían de su izquierda, de una calle lateral. Una mujer lloraba desconsoladamente. De modo involuntario, encaminó sus pasos hacia allí, hacia el interior de unas ruinas revueltas donde había existido una taberna, quemada desde hacía ya mucho tiempo. La nieve se había posado sobre las vigas ennegrecidas y, de ellas, colgaban carámbanos como defensas infernales.

Había algo escrito en la hollinienta pared de piedra. Eran palabras que no podía leer, recientes, y estaban escritas con un líquido oscuro. ¿Brea? ¿Era eso? Y luego, con la misma rapidez, pensó: «¿Qué estoy haciendo aquí?»

Vio a la mujer, una matrona de los suburbios, acurrucada en la horquilla formada por dos vigas ennegrecidas por el fuego; sollozaba. Estaba cubierta de sangre. Kruza se detuvo en seco. Podía ver un par de pies, los de un hombre, que asomaban de debajo de un montículo de nieve. La nieve que había en torno a los pies estaba teñida

de color rojo oscuro.

«Basta. No es asunto tuyo. Es el momento de marcharse», pensó.

Entonces el hombre armado con la espada salió de las ruinas a las que daba la espalda, chillando y echando espuma por la boca, con la muerte en sus monstruosos ojos resplandecientes.

En el palacio se estaba celebrando un opíparo festín de mediodía. Tras haber descansado brevemente durante las primeras horas de la mañana y haberse bañado en más agua tibia de la que el palacio solía calentar para toda una semana, los embajadores extranjeros eran agasajados por el Graf en el salón principal. El ambiente estaba cargado de olores de comida procedentes de las cocinas, y de los deliciosos aromas de las bandejas que los pajes hacían desfilar en serie al interior del salón, bajo la atenta mirada de Breugal. En el aire flotaba la música de una viola, un cuerno, un salterio, un tambor y un trombón, tocados por los músicos de la corte del Graf.

—¡Deprisa! ¡Deprisa! ¡Ahora! —siseaba Breugal para apresurar a los pajes cargados de bandejas.

Estaba apostado en el pasillo lateral que daba paso al salón principal. Marcaba el ritmo con su bastón, y sus ojos eran tan brillantes como el hielo. Se había puesto su mejor peluca en forma de cuernos y un jubón bordado, de mangas acuchilladas, bajo la librea del palacio; su anguloso rostro se veía doblemente empolvado, blanco como la nieve o como el semblante de los muertos.

Le dio una bofetada a uno de los pajes que avanzaba con demasiada lentitud, y luego volvió a dar palmas. Había oído muchos relatos sobre la opulencia de la corte bretoniana y no quería que aquellos visitantes encontrasen fallos en su propia casa.

Breugal detuvo a otro paje y probó los pies de cerdo rellenos de hígado de ganso para asegurarse de que el cocinero estaba cumpliendo con su deber. Excelentes. Tenían demasiada sal, pero eran excelentes, de todas formas. «¡A ver si los altaneros bretonianos pueden dar un banquete tan refinado como éste!»

Lenya estaba trabajando en la cocina; era una de las muchas criadas que colaboraban con los ayudantes de cocina para decantar el aguamiel y el vino en las jarras que se llevaban a la mesa. Las enormes cocinas de techo bajo y abovedado, con sus ollas que despedían vapor, sus rugientes fuegos y los hombres que voceaban, le resultaban casi abrumadoras. Había pensado que agradecería el calor que había allí después de haber soportado el doloroso frío del invierno, pero era excesivo. Estaba sudando, temblando, arrebolada, y le escocía la garganta. Mientras se secaba las manos en el delantal, volvió la cabeza al oír que alguien la llamaba por su nombre.

—¡Lenya! ¡Lenya, muchacha!

En las sombras de la salida trasera de las cocinas, vio a Franckl. La llamaba, pálido y sudoroso; el jubón abierto dejaba a la vista un pecho ceroso y sudoroso. La librea de seda rosada tenía manchas oscuras bajo los brazos, grandes medias lunas de sudor.

Tras mirar a su alrededor para asegurarse de que nadie la observaba, avanzó hacia él.

—¿Franckl?

La jerarquía del palacio del Graf los había convertido en iguales hacía ya tiempo.

El antiguo mayordomo del Margrave se enjugaba la pálida frente, y tenía aspecto de que en cualquier momento le fallaría el corazón y le estallaría.

—El condenado Breugal me ha tenido traspalando nieve desde medianoche — jadeó Franckl.

—No tienes buen aspecto, señor —admitió ella.

—Una bebida es cuanto pido; algo fresco, pero que me caliente. No sé si me entiendes.

Ella asintió con la cabeza y se escabulló de vuelta a la cocina, donde esquivó pajes que corrían con los brazos cargados de platos.

Cogió con disimulo una botella de cerveza cerrada de un cubo, donde la habían puesto a enfriar junto a la puerta de la bodega, y regresó con rapidez.

—Toma. No digas que nunca hice nada por ti. Y no dejes que nadie la vea.

Él asintió sin hablar, pues estaba demasiado ocupado rompiendo el tapón y bebiendo la cerveza a grandes tragos. El rostro se le puso sonrosado de deleite y alivio, y los ojos se le humedecieron.

—¿Qué es esto? —dijo una voz.

Ambos se volvieron a mirar hacia el lugar del que procedía. Franckl sufrió un ataque de tos que le hizo escupir el último trago de cerveza. Apoyado en su bastón, Breugal los contemplaba con expresión absolutamente desdeñosa y amenazadora, completamente compuesto..., excepto por el reguero de sudor que descendía de debajo de su peluca y manchaba el polvo que le cubría la frente. Ni siquiera él era inmune al calor y el caos de la cocina.

Ni Lenya ni Franckl hablaron, ni se movieron siquiera. Breugal alzó el bastón y señaló a Franckl con la punta de plata.

—A ti te haré azotar por esto. Y a ti... —La punta del bastón se desplazó con lentitud hacia Lenya, y de pronto Breugal sonrió; una repelente sonrisita de rata, al ocurrírsele una idea—. A ti también te haré azotar.

—¿Hay problemas aquí? —preguntó otra voz.

Todos se volvieron y vieron que había un templario en el marco de la puerta exterior, cuyo gigantesco cuerpo acorazado parecía negro en contraste con la nieve

del exterior. Breugal frunció el entrecejo.

—Sólo un asunto doméstico, señor. Estoy solucionándolo.

Drakken salió de la sombra de la puerta y entró.

—¿Cuando tienes tantas cosas que hacer? Señor, eres el maestro de ceremonias, el fulcro del que depende la totalidad de este festín. No tienes tiempo para perseguir a los indolentes.

Breugal calló por un instante. Acababan de halagarlo, sabía que era así, pero aquello no se parecía a ningún otro halago que le hubiesen hecho antes.

—El capitán Von Volk de los Caballeros Pantera les ha ordenado a mis templarios que patrullen el palacio. La disciplina y la seguridad son nuestro deber. El vuestro es encantar al embajador de Bretonia.

—Muy cierto, pero...

—Sin peros —respondió Drakken con sequedad.

Su imponente presencia hizo que Lenya recordara al gladiador encapuchado al que una vez había visto dominar la acción de la plaza de Fieras.

Drakken se inclinó y cogió con gesto indiferente la botella de cerveza de la mano del mudo Franckl.

—Me llevaré a este hombre al patio y la partiré sobre su miserable cabeza. A la muchacha la golpearé con un puño hasta que aprenda corrección. ¿Bastará con eso?

Breugal sonrió sin que la sonrisa llegara a sus ojos.

—Sí, señor templario; pero puedo asegurarte que soy capaz de solucionar esta infracción de...

—Tienes trabajo que hacer —repitió Drakken al mismo tiempo que avanzaba hacia el chambelán, y sus espuelas tintinearón contra el escalón de la cocina—. Y yo también. Es deber de la guardia castigar a todos los entrometidos y malhechores.

—No, esto no es correcto en absoluto —dijo Breugal, de repente—. Vosotros tenéis la guardia, por supuesto, pero...

—El capitán Von Volk fue muy claro al respecto. Todos los entrometidos son asunto de la guardia. El santo y seña es «Viento norte», como estoy seguro de que sabes. Los templarios cumplimos con nuestro deber con una fuerza más feroz que la de cualquier viento del norte.

Breugal sabía que el otro lo superaba en rango, así que retrocedió.

—Estoy en tus manos. ¡Que Sigmar te invista de todo su esplendor!

El chambelán atravesó la cocina al ritmo del golpeteo de su bastón, azotando pajes y gritándoles con saña a los criados de la cocina para compensar su decepción.

—Y que Ulric te muerda el huesudo culo —murmuró Drakken cuando se marchó el hombre de la peluca.

Empujó a Franckl y Lenya al patio, y cerró la puerta. Lenya estaba riendo con sonoras carcajadas, e incluso Franckl sonreía. Drakken le tendió la botella de cerveza

al mayordomo, que, primero, dio un respingo porque temió lo peor y, luego, la aceptó.

—Deja un poco para mí —pidió Drakken con una amplia sonrisa.

Franckl asintió con un gesto de cabeza y se alejó a paso rápido hacia el refugio que le proporcionaba la leñera.

Lenya abrazó al templario con alegría, sin hacer caso de la fría dureza de la armadura bajo sus manos y antebrazos.

—¡Me has encontrado, Krieg! —gritó con deleite.

Él sonrió y la besó rudamente en la boca.

—Por supuesto —murmuró al separarse sus labios.

—Ganz dijo que estarías aquí.

—Mi comandante tiene razón en todo.

Lenya frunció el entrecejo y se apartó de él, aunque sin dejar de abrazarlo.

—Pero ¿cómo me has encontrado?

—Me escabullí.

—¿De dónde?

—De la patrulla. No me echarán de menos.

—¿Estás seguro? —preguntó ella, curiosa. Tenía la mala sensación de que Drakken estaba corriendo un gran riesgo.

Él la besó otra vez, y otra. Sabía que estaba seguro.

Los había interrumpido una caravana de féretros que llegaron al porche del templo de Morr, procedentes del distrito de Wynd. El padre Dieter bajó a ayudar a los guardias y a los otros iniciados de Morr a trasladar la miserable carga que traían.

Los templarios del Lobo salieron y permanecieron de pie junto a sus caballos atados, esperando.

—¿Por qué no se lo cuentas, señor? —preguntó Kaspen.

—¿Contarle qué?

—¡Lo referente a Einholt! ¡Por el aliento de Ulric! ¡Ha dicho que su nombre estaba escrito en sangre!

—Ya lo he oído —replicó Ganz en voz baja.

—En eso estoy de acuerdo con Kaspen —intervino Lowenhertz con voz queda, pensando detenidamente. Alzó la mirada hacia Ganz—. Este sacerdote de Morr es un aliado; de eso estoy seguro. ¡Dioses, sabe de qué está hablando! Cuéntale lo de Einholt. ¡Haz que encajen las piezas..., las piezas del rompecabezas que ambos tenéis por separado!

—Tal vez —replicó Ganz.

Gruber se llevó al comandante a un lado.

—Lowenhertz tiene razón. Creo que debemos confiar en este hombre.

—¿Tú confías en él, Wilhelm?

Gruber apartó la mirada y, luego, volvió la vista hacia Ganz y lo miró a los ojos.

—No. Pero sé cuándo vale la pena correr un riesgo, y sé que ahora es una de esas ocasiones. Tú no estabas con nosotros dentro de los túneles de debajo de la Fauschlag. No viste lo que yo vi, lo que vieron Aric y Lowenhertz. No viste lo que vio Einholt.

—Me lo habéis contado; con eso basta.

—¿De verdad? Ganz, ahí abajo había algo tan maligno como nada que yo haya sentido antes, y espero no volver a sentirlo jamás. Había una... cosa. Escapó. Que Ulric se me lleve si no forma parte de esta maldición que está cayendo sobre nuestra ciudad. ¡Y por lo que dice ese sacerdote, también él está enterado del asunto!

Ganz giró y se alejó en silencio. Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando el sacerdote volvió a salir del templo. El hombre estaba limpiándose sangre de las manos con un trozo de sudario. Ganz avanzó hacia él y se detuvieron cara a cara sobre la nieve, al pie de la escalera del templo.

—Ha vuelto a suceder —dijo el padre—. Ahora en Freirburg. Un comerciante rico destripó a toda su familia y criados, y luego se ahorcó. Doce muertos. Doscientos dieciocho nombres en la pared.

—¿Qué?

—Ya me has oído —gruñó Dieter. Sacó un pergamino que llevaba metido en el cinturón, y lo desdobló—. Mis amigos de la guardia copiaron los nombres. Aún no he comenzado a compararlos con los otros, pero ya puedes ver que la cosa va en aumento, ¿no? Con cada asesinato, la lista se hace más larga. ¿Cuántos más, antes de que consten en ella todos los habitantes de la ciudad? Tú, yo, el Graf... —Su voz se apagó.

—Einholt era un querido miembro de la Compañía Blanca. Hace tres meses, demostró un valor singular y... salvó la ciudad. No hay otra forma de describirlo. La salvó de la Oscuridad que acechaba en los túneles de abajo. Luego, una semana más tarde, desapareció. No hemos vuelto a verlo desde entonces.

—Está muerto.

—Eso suponemos nosotros —replicó Ganz, y después se dio cuenta de que la frase del sacerdote era una afirmación, no una sugerencia.

—Sé que es verdad —le aseguró el sacerdote—. Fue algo sencillo buscar en los registros de la ciudad y descubrir la desaparición de Einholt.

Ganz le lanzó una mirada feroz al sacerdote, que alzó las manos con gesto tranquilizador.

—Perdóname por saberlo. No me cabe ninguna duda de que Einholt era el más valiente de vosotros. Mis... fuentes de información me contaron lo que hizo.

—¿Qué clase de sacerdote eres?

El sacerdote de Morr lo miró con expresión hosca.

—De la mejor clase: uno a quien le importa lo que sucede, y uno que sabe.

—¿Qué sabes? —preguntó Ganz con un suspiro de aceptación.

—Consideremos los hechos: una fuerza de nigromancia oscura amenaza la ciudad...

—De acuerdo.

—Hemos visto su marca. Por lo que puedo conjeturar, hace por lo menos un año que está entre nosotros. Ha tenido tiempo para consolidarse firmemente, para planificar, para conspirar, para crecer.

—También de acuerdo.

El sacerdote calló por un momento, mientras su respiración se condensaba en el aire. Ganz advirtió, por primera vez, lo asustado que estaba aquel hombre tras sus modales confiados.

—Como ya he dicho, también hemos visto su símbolo, el reptil que se muerde la cola. Está infligiéndole un enfermedad a Middenheim, una fiebre mágica que corrompe las mentes y las hace obrar a su voluntad por alguna atroz causa que hasta el momento ignoramos.

—¿Ah, sí?

—Tal vez. Su maldición está ahora sobre nosotros, ¿no te parece? Su amenaza ritual nos rodea por todas partes.

—Sí. —Ganz tenía una expresión ceñuda—. ¿Sabes por qué?

El padre Dieter guardó silencio durante un momento, y se miró los pies medio enterrados en la nieve.

—¿El último acto? ¿El definitivo? La confección de las listas rituales de los muertos. A menos que yo sea un estúpido, esas listas incluirán pronto a todas las almas de Middenheim. La nigromancia es muerte mágica. Cuanto mayor la mortandad, mayor es la magia. Según tengo entendido, y créeme, comandante templario, si te digo que no he realizado ningún gran estudio de sus viles aberraciones, funciona mediante el sacrificio. Una sola muerte le permite obrar algunas impiedades. Múltiples muertes obrarán una magia mucho más grande. El sacrificio sangriento de una ciudad...

—¿Que Ulric se me lleve! ¿Podría ser tanto? —dijo Ganz jadeando.

—¿Tanto? ¡Tan poco! Un sacrificio de diez mil almas aquí no es nada comparado con los cientos de miles que serán ofrecidos a los Oscuros si Bretonia entra en guerra con el Imperio. ¿Acaso no se trata de eso? Esta ciudad se encuentra en la cúspide de un conflicto. ¿Qué sacrificio mayor podría ofrecérselo a los inmundos infiernos de la nigromancia que las montañas de muertos asesinados en una guerra abierta?

Ganz le volvió la espalda al sacerdote. Se sentía como si estuviese a punto de vomitar, pero se controló. Habría sido algo indecoroso ante sus hombres, ante



extraños.

—Dijiste que debíamos luchar —recordó con voz apenas audible al mismo tiempo que se giraba para mirar de nuevo al sacerdote—. ¿Dónde sugieres que luchemos?

—¿Dónde está Bretonia? ¿Qué lugar es más vulnerable? ¿Dónde reside el poder?

—¡Montad! —les bramó Ganz a sus hombres a la vez que corría por la nieve—. ¡Dirigios hacia la Cuesta del Palacio! ¡Ahora!

—Yo os acompañaré —dijo el padre Brossmann, pero Ganz no lo escuchaba.

—¡Ganz!

Ya sobre su caballo de guerra, Ganz giró a medio galope en el patio cubierto de nieve y vio que el sacerdote de Morr corría tras él, así que estiró un brazo e izó al hombre sobre la grupa del corcel.

—¡Espero que sepas cabalgar! —le espetó.

—En otra vida, sabía —replicó el sacerdote, ceñudo.

Salieron al galope del patio del templo, haciendo volar la nieve en polvo, camino del palacio.

Kruza se agachó para evitar la destellante hoja del arma. El hombre estaba loco, eso resultaba bastante claro para él. A Kruza le recordó la apasionada determinación que había tras la capucha de un verdugo público. La espada rechinó al penetrar en una cruz de vigas hollinientas y quedó atascada. Kruza describió un arco con su espada corta, pero no le acertó al frenético atacante.

El carterista podía ver que el hombre estaba aquejado por la plaga. Tenía la piel pálida y sudorosa, fría y blanca a causa de la fiebre. Arrancó la espada de las vigas y volvió a atacar. El arma era un espadón herrumbroso de mucho más largo alcance que la espada corta de Kruza. La hoja volvió a zumbiar en el aire cuando intentó hallar la garganta del carterista, que se agachó, y al levantarse, después de que pasara por encima de su cabeza, le clavó su arma al hombre demente.

La hoja hendió las costillas, las atravesó y penetró en órganos y líquidos internos.

El hombre aquejado por la fiebre se desplomó al mismo tiempo que profería alaridos y sufría convulsiones.

—¡Kruza! ¡Kruza! ¡Kruza! —chillaba el hombre mientras agonizaba.

Kruza, entonces, ya corría hacia la colina del palacio.

La nieve que el cielo había tenido atascada en la garganta durante toda la jornada comenzó a caer en abundancia al desaparecer la luz diurna. Apenas era media tarde, pero las nubes que cubrían el cielo hacían que pareciese el principio de la noche. Primero cayeron grandes copos; después descendió la temperatura, y las nubes

soltaron aguanieve y una lluvia helada. El agua caía torrencialmente sobre la ciudad y se mezclaba con la nieve que había en el suelo; allí, se congelaba y hacía que la capa de nieve intacta brillara como el vidrio al convertirse en hielo.

Lenya escapó de la cocina tras su encuentro con Drakken. Aún con un cosquilleo en los labios, encontró refugio en la leñera, donde Franckl y otra docena de mozos, pajes y criadas se habían cobijado de la lluvia. Alguien había encendido un pequeño fuego, y se hizo obvio que la botella de Franckl no era la única que había sido robada ese día. Lenya entró en la oscuridad que olía a moho mientras las gotas de agua tamborileaban sobre las tejas como piedras lanzadas con honda, y encontró sitio junto a Franckl, que le ofreció un sorbo de su botella.

—Ese hombre que has encontrado es bueno —comentó él.

—Lo es.

Lenya no se sentía cómoda entre tanta gente. Quería regresar al interior del palacio, pero estaba segura de que se habría congelado viva para cuando llegara a la arcada de la cocina, situada al otro lado del patio. Resonó un trueno, potente y pesado sobre la ciudad de roca, como los cascos de corceles de dioses.

La muchacha ascendió gateando por una pila de leña hasta que le fue posible mirar al exterior a través del resquicio de la ventana orientada hacia las puertas principales, borroneadas por el aguanieve. A lo lejos, vio los fuegos de la guardia, de los que se desprendía vapor; los Caballeros Pantera llevaban los braseros a cubierto y cerraban la verja. Los decorativos penachos de sus yelmos estaban mojados y caídos.

Dio un salto cuando algo golpeó el tejado; luego, otra vez, y otra. En el exterior vio piedras de granizo del tamaño de bolas de cañón que impactaban en la nieve y quedaban enterradas en ella, haciéndola saltar por el aire y rompiendo la capa de hielo superior con su peso. Una tormenta asesina; lo más letal que podía descargar un invierno sobre el Imperio. En cuestión de un momento, los golpes se hicieron más potentes y rápidos al precipitarse las rocas de hielo en mayor abundancia. La granizada era entonces muy copiosa, y el trueno volvió a resonar. A través de la cortina blanca, vio que un Caballero Pantera que se encontraba ante la puerta era golpeado de lleno por una piedra de hielo y caía; los compañeros corrieron hacia él. De inmediato, cayó otro, a quien el impacto de otra roca le arrancó el casco.

Lenya profirió una exclamación ahogada. Cuando estaba en la granja de Linz había visto tormentas de una fuerza tremenda, pero nada como eso, nada comparable a esa furia.

Al comenzar la mortal granizada, Ganz detuvo a los jinetes bajo el inclinado saledizo de una posada con cochera. Continuar cabalgando bajo aquello sería una locura.

—Sólo el comienzo... —susurró el sacerdote que iba montado en la grupa de su caballo, detrás de él.

Ganz no respondió. Las puertas del palacio estaban a apenas dos calles de distancia. Bajo aquel ataque de los elementos, suponía una distancia imposible de recorrer.

Kruza llegó a las murallas del palacio. Estaba helado hasta los huesos bajo aquella precipitación de hielo, y al menos una de las piedras le había golpeado un hombro y le había dejado un doloroso cardenal. Otra rebotó junto a su rostro, contra la piedra, y le llenó los ojos de esquirlas de hielo.

Se acuclilló y se encogió. Las puertas estaban cerradas, y no tenía ni idea de cómo podría entrar.

Dentro del palacio, los invitados estaban retirándose. El festín había sido un éxito emocionante, y los embajadores de Bretonia solicitaron descansar antes de las celebraciones nocturnas. El Graf y sus nobles también regresaron a sus aposentos para reposar un rato. El granizo golpeaba el tejado y el trueno estremecía el aire.

Mientras patrullaba por las dependencias de invitados, Aric observó cómo los Caballeros Pantera y los portadores de antorchas conducían a los dignatarios visitantes hasta sus habitaciones. Ya se percibía el olor de las cocinas, donde se comenzaba a preparar el siguiente banquete. «Que durmáis bien —pensó—. Necesitaréis haber recobrado todas vuestras fuerzas cuando suenen las campanadas de completas».

Avanzó hasta el corredor donde Drakken debía estar de guardia. Aric se encontraba junto a las puertas que daban acceso a las habitaciones de huéspedes cuando apareció el joven y robusto caballero.

—¿Dónde has estado? —le preguntó.

—De guardia... —comenzó Drakken.

Los ojos de Aric sondearon el rostro del joven.

—¿De verdad? ¿Aquí?

—Me marché durante un momento...

—¿Cómo de largo fue ese momento?

—Supongo que... media hora... —comenzó Drakken tras una pausa.

—¡Que Ulric te condene! —le espetó Aric, y giró hacia las puertas. El trueno resonó en el exterior y una ráfaga de viento recorrió el pasillo y apagó todas las lámparas—. ¿Cuánto tiempo les ha dado esa media hora a ellos?

—¿A quiénes?

—¡A quienquiera que pretendiese entrar! —le gruñó Aric con el martillo en alto mientras abría la puerta de una patada.

Drakken corrió tras el otro templario a través de la antecámara guarnecida de

terciopelo hacia el interior de la primera habitación. La alfombra estaba en llamas a causa de una lámpara derribada. Dos servidores ataviados con las blusas de Bretonia yacían muertos en el suelo. Palabras —nombres— habían sido escritas en las paredes con sangre.

Se oyó un alarido procedente de la habitación contigua. Aric irrumpió en la estancia. Una camarera estaba apoyada contra la pared, acuclillada, y chillaba. Una forma corpulenta, casi una sombra negra a la que el fuego iluminaba por detrás, tenía al embajador bretoniano cogido por la garganta y alzado en el aire. Chorreaba sangre. El embajador daba sus últimas boqueadas.

La silueta corpulenta se volvió para mirar a los intrusos y dejó caer al embajador, medio muerto, sobre las ornamentales alfombras.

Su único ojo sano relumbraba en color rosado coral. Su voz, tan baja como el mundo de ultratumba, tan apagada como los pataleos de un caballo y tan espesa como la brea, dijo dos palabras.

—Hola, Aric.

El bombardeo de granizo era aún más feroz que antes. Bajo el colgadizo de los establos, los caballos de guerra de los templarios saltaban y se estremecían.

—No podemos esperar. Ahora no —dijo el sacerdote, que era como una sombra detrás de Ganz.

—Pero...

—Ahora, o estará todo perdido.

Ganz se volvió hacia los rostros que lo rodeaban, iluminados por una luz mortecina.

—¡Cabalgad! ¡En el nombre de Ulric! ¡Cabalgad! —gritó.

Como si una explosión los hubiese arrojado al exterior, con esquirlas de hielo saltando en torno a los cascos de los caballos y mientras el trueno restallaba sobre sus cabezas, salieron al galope.

Kruza estaba semienterrado por un montículo de nieve y tenía las palmas de las manos aún apoyadas contra el doloroso frío de la piedra de la muralla cuando la luz del fuego palpitó por encima de él.

Parpadeó y alzó la mirada hacia los tres Caballeros Pantera que se encontraban de pie a su lado.

—Éste no es tiempo para haraganear fuera de casa —dijo uno.

—No cuando el Graf está esperando oír el sonido de tu voz —añadió otro.

—¿Qué? —preguntó Kruza, entumecido en casi todos los sentidos.

Lenya se deslizó entre dos de los Caballeros Pantera.

—Estaba diciéndoles que el gran cantante trovador se retrasaba y que el Graf se sentiría de lo más disgustado si no llegaba a tiempo para el banquete —explicó.

—Por supuesto...

—¡Vamos! —La joven tiró de él para levantarlo—. Te vi ante la puerta —le susurró al oído—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Protegerte —murmuró él.

Estaba seguro de que tenía carámbanos debajo de la lengua.

—¡Estás haciéndolo fantásticamente bien! —respondió ella.

Los Caballeros Pantera la ayudaron a traspasar las puertas con él mientras el granizo azotaba a su alrededor. En el exterior se oyó un trueno parecido al retumbar de cascos de caballo.

—Él desbarató mis planes, así que lo elegí. Él me hizo más débil que nunca, así que lo correcto era que yo me apropiara de su forma.

La cosa del ojo rosado estaba hablando, aunque Aric realmente no la escuchaba.

—Un millar de años solo y enterrado dentro de la Fauschlag. ¿Puedes imaginar eso, Aric? Un millar de años. No, claro que no puedes; estás demasiado invadido por el miedo.

La imposible forma corpulenta se paseaba alrededor de la habitación iluminada por la luz de las velas y el hogar, describiendo círculos en torno al templario.

—Me apoderaré de su forma, una forma buena y fuerte. Fue un acto de justicia.

—¿Qué eres? —preguntó Aric—. Te pareces a...

—¿Einholt? —La criatura le sonrió con desprecio—. Me parezco a él, ¿verdad? Tomé su cadáver. Estaba lleno de celo y vigor.

Einholt se volvió para mirar a Aric con un resplandeciente ojo rosado. El otro estaba lechoso y muerto, dividido por la cicatriz, tal y como Aric lo recordaba. Einholt, pálido, revestido con la armadura, hablando, moviéndose, vivo. Pero no era Einholt. Esa mirada, la penetrante mirada ardiente...

—Yo soy Einholt. Él es yo. Resulta sorprendente cómo sus recuerdos se conservan en el cerebro, como las incrustaciones en una buena espada. ¡Vaya, estos recuerdos son de madreperla! ¡Qué brillantes! ¡Qué nítidos! Así es como te conozco, Aric, hijo del Lobo. Sé qué hiciste. No fue un crimen tan enorme como el cometido por Einholt, pero fuiste cómplice del mismo.

—Tienes el rostro de mi amigo, pero sé que eres maligno —dijo Aric al mismo tiempo que alzaba el martillo, dubitativo.

—¡Entonces, adelante! ¡Aplasta esto! —respondió Einholt a la vez que sonreía y se señalaba el rostro—. ¡Te desafío a que lo hagas! ¡Mata para siempre a tu perdido camarada!

Aric bajó el martillo y cayó de rodillas.

—Yo quería volver a vivir. Tener forma, volumen, solidez. Vosotros me arrebatasteis esa posibilidad, del mismo modo como el sacerdote me la arrebató durante el pasado Jahrdrung. ¡Pero ahora he vuelto, renovado! ¡Ansioso! ¡Salivando por la vida!

Einholt le sonrió al arrodillado Aric, que lloraba. Llevaba un martillo de guerra en la mano izquierda y lo levantó.

El martillo de Drakken lo lanzó de espaldas al volar desde el otro lado de la habitación.

Einholt, o la cosa que una vez había sido Einholt, se estrelló contra una consola, que se hizo pedazos bajo su tremendo peso. La criatura profirió un rabioso gruñido de cólera, que era por completo inhumano, mientras se levantaba. El feroz golpe de Drakken le había abollado la placa superior izquierda del peto y le había arrancado limpiamente la hombrera.

El único ojo sano palpité como fuego rosado al ritmo del rugido. El martillo de Einholt aún estaba en su mano.

Drakken hizo levantar a Aric y desenvainó la daga porque el martillo se encontraba demasiado lejos para recuperarlo.

—¡Vamos! —chilló.

—El cachorro tiene más bríos que tú, Aric. El joven Drakken tiene menos escrúpulos a la hora de golpear a su viejo camarada Einholt.

«O una terrible culpabilidad por la negligencia cometida, que debe compensar —pensó Drakken—. No nos encontraríamos aquí..., el embajador no estaría en el suelo vomitando sangre, si no fuese por mi...»

Aric se levantó. Fue como si la brutal intervención de Drakken lo hubiese galvanizado, le hubiese dado confianza. Comenzó a hacer girar el martillo por el aire a la vez que describía círculos en torno a la sombra del ojo rosado.

—¡Márchate! —le dijo a Drakken.

—Pero...

—¡Márchate! —repitió Aric sin apartar los ojos del enemigo que tenía delante—. Saca al embajador de aquí. ¡Da la alarma! ¡Vete! ¡Vete!

Cubierto por Aric y su girante arma, Drakken se echó al hombro al dignatario bretoniano medio vivo, que jadeaba, y salió con paso pesado por la puerta. En cuanto estuvo en el corredor exterior, comenzó a bramar con todas sus fuerzas. Para entonces, la camarera ya había salido de las dependencias, corriendo y gritando. Los alaridos y la alarma inundaron los corredores del palacio.

Aric y la criatura describían círculos el uno ante el otro.

—¿Lo intentamos, Aric, hijo del Lobo? —preguntó el que había sido Einholt mientras su martillo zumbaba con lentitud en el aire al trazar perezosas formas en ocho.

—¿Intentar qué? —replicó Aric con voz tensa en tanto llevaba el martillo a una posición más defensiva.

—De hombre a hombre, tú y yo...

—Tú no eres un hombre.

La criatura se echó a reír. El fondo de las carcajadas de Einholt tenía una retumbante calidad inhumana, como el trueno.

—Tal vez. Pero continuó siendo Einholt. Uno de los mejores del templo en el manejo del martillo. ¿Recuerdas las exhibiciones que yo solía hacer, junto con Kaspern? ¿Qué dijo Jorgen? «El arte del martillo vivirá su mejor época mientras Jagbald Einholt esté vivo». ¿Y sabes qué, pequeño cachorro Aric, pequeño concienzudo Aric, cumplidor del deber?: ¡Jagbald Einholt vive, ahora de modo más inconmensurable del que tú podrías imaginar!

—¡No!

—¡Oh, sí, muchacho! —siseó la criatura, y el ojo rosado palpitó cuando comenzó otra vez a describir círculos y el movimiento del martillo aumentó su velocidad—. ¿Nunca pensaste en cómo sería enfrentarte a uno de los tuyos? ¿Nunca entretuviste el ocioso pensamiento de preguntarte quién te vencería, entre los miembros de la Compañía Blanca? ¿Podrías derrotar a Drakken? Posiblemente, pero ese cachorro tiene brío. ¿Tal vez a Ganz, con tu fuerza juvenil? A él, no. ¿A Lowenhertz? Tampoco a él. ¿Y a... Einholt?

Hizo una pausa y le guiñó el lechoso ojo muerto con escalofriante lentitud.

—No tienes la más mínima posibilidad.

El martillo de Einholt salió disparado con destreza y fuerza, interrumpió el regular giro del de Aric y desvió el arma del portaestandarte. Aric profirió un grito cuando el bucle de cuero anudado se le clavó en los dedos al intentar él contrarrestar el golpe. Un segundo más tarde, el ser del ojo rosado le dio un golpe en el pecho con la parte superior de la cabeza del martillo.

Aric retrocedió con el peto abollado y sin aliento. Quiso girar su martillo para desviar el siguiente golpe, pero el antiguo Einholt ya estaba sobre él, sonriendo burlescamente, y tras describir un círculo con el arma, le asestó un golpe que destrozó el avambrado izquierdo y le partió el hueso.

El dolor destelló como estrellas blancas, como copos de nieve ante el campo visual de Aric, que mantuvo aferrado el martillo con la otra mano a la vez que retrocedía y se estrellaba contra un mueble.

—¡¡Tú no eres Einholt!! —bramó.

—¡Sí, lo soy!

—¡No! ¿Qué eres? ¿Qué eres? ¿La criatura que estaba en la bodega?

El siguiente golpe de la cosa acertó en la cadera derecha de Aric, lo hizo girar y lo derribó de rodillas sobre el hogar.

Aric sufrió una arcada. Estaba quedándose ya sin visión, el brazo izquierdo le colgaba a un lado, partido, y las dos mitades del hueso fracturado le provocaban un dolor insoportable al frotar la una contra la otra con cada movimiento. Luchó para no perder el sentido.

—¿La criatura de la bodega? —preguntó la monstruosidad, y el registro bajo de la voz que a Aric le resultaba tan familiar, volvió a verse distorsionado por los espesos subtonos atronadores—. Soy todos los miedos de esta ciudad y más. Soy el poder que borraré Middenheim del mapa y desangraré a las estrellas hasta secarlas. Soy Barakos.

—¡Bien hallado! —le espetó Aric a la vez que lanzaba un golpe ascendente de martillo con la mano sana.

El impacto hizo retroceder varios metros a la criatura, de cuya mandíbula manaba sangre pulverizada. Al caer, destrozó un soporte para lámpara y un escritorio.

—Jagbald Einholt me entrenó bien —jadeó Aric, y se desplomó sobre la alfombra mientras la conciencia escapaba de su mente atacada por el dolor.

Drakken deslizó al embajador del hombro y lo tendió en un diván ornamental. No lograba orientarse. Los gritos y la confusión reinaban en el palacio.

—¡Aquí! —gritó, rodeándose la boca con las manos curvadas—. ¡Aquí! ¡A mí! ¡Traed un cirujano!

Aparecieron dos pajes, codo con codo, le echaron una mirada al comatoso bretoniano, sucio de sangre, que yacía sobre el diván y huyeron profiriendo gritos.

—¿Drakken?

El joven templario se volvió y vio que Olric, de la Compañía Gris, corría hacia él, sudoroso y pálido.

—¿Qué está sucediendo? —tartamudeó.

—¡Asesinato! ¡Malignidad! ¡Magia! ¡Aquí, en el palacio! ¡Deprisa, hermano Lobo! ¡Debemos llevarlo hasta un cirujano!

Olric posó los ojos sobre el hombre postrado, ataviado con regias ropas.

—¡Remotos dioses! ¡Es uno de los nobles extranjeros! Vamos, cógelo por los pies. No, por el extremo del diván; lo usaremos como camilla.

Cogiéndolo por las cortas patas, levantaron el diván en que yacía el embajador. Olric, con el martillo colgado a la espalda, abrió la marcha y retrocedieron por el corredor bajo la oscilante luz de las lámparas.

—¡Caballeros Pantera! ¡Caballeros Pantera! —gritaba—. ¡Mostraos! ¡Lleavadnos a la enfermería!

Drakken, que luchaba con el otro extremo del diván, quería explicarse, quería contarle a Olric lo que había visto en las dependencias de huéspedes, pero las palabras se le atascaban en la boca. ¿Cómo podía comenzar siquiera a contarle a



aquel compañero templario que Einholt, un miembro de la Compañía Blanca, era el asesino?

Luchaba con las palabras cuando aparecieron seis Caballeros Pantera, que avanzaban con rapidez hacia ellos. Los encabezaba Vogel, con la visera levantada. Los otros, ocultos tras las parrillas de su protección facial, podían ser todos Krass y Guingol, repetidos uno y otra vez, por lo que Drakken sabía. Olric se volvió, luchando con el peso del diván.

—¡Vogel! ¡Qué bien! ¡Míranos, hombre! ¡Se ha cometido un horrendo asesinato!

Los Caballeros Pantera se detuvieron. Vogel se bajó la visera, avanzó y atravesó el torso de Olric con su espadón. Olric bramó y de su boca manaron burbujas de sangre mientras caía; su extremo del diván se estrelló contra el piso de mármol. El noble bretoniano cayó de la improvisada camilla y rodó por el piso, laxo.

Al retirar la espada del cuerpo del templario, Vogel arrancó el espaldar de su armadura. Olric se desplomó de cara sobre un charco de su propia sangre. Los Caballeros Pantera, con Vogel a la cabeza, avanzaron hacia Drakken.

El joven Lobo percibió otra vez el olor a enfermedad, más fuerte y repulsivo que antes. Lecha agria. El olor de la locura y la magia de los muertos.

Vogel se lanzó hacia él, pero Drakken estaba preparado. Se agachó por debajo del brazo de la espada y desvió el golpe con un revés del brazo acorazado. Al mismo tiempo, sacó la daga y clavó profundamente la hoja en el cuello de Vogel a través de la gorguera, hasta la columna vertebral del hombre enloquecido. La sangre salió a chorros a través de las múltiples juntas del brillante casco segmentado del Caballero Pantera. Al caer, Vogel arrastró consigo el cuchillo que tenía clavado y se lo arrebató de la mano a Drakken, que quedó desarmado mientras se le acercaban otros cinco con las espadas dispuestas.

Una onda sonora de piedra contra metal resonó por el pasillo cuando Morgenstern y Anspach cargaron contra los Caballeros Pantera por retaguardia. Anspach derribó al primer enemigo de cara al piso con el espaldar de la ornamentada armadura rasgado y ensangrentado. Morgenstern decapitó a otro con la misma facilidad con que haría volar por el aire un nabo colocado sobre un cubo puesto boca abajo. La cabeza con su casco rebotó contra el techo y se alejó por el suelo con un estrépito metálico.

Los tres Caballeros Pantera restantes se volvieron para hacer frente a la acometida.

Drakken podía oír a Morgenstern y Anspach bramando el grito de guerra de la Compañía Blanca; lo repinan una y otra vez.

—¡Martillos de Ulric! ¡Martillos de Ulric!

El joven Lobo se apoderó de la espada caída de Vogel y se lanzó a la refriega, blandiendo el arma como si fuese un martillo. Tenía un Caballero Pantera encima, el cual blandía la espada con la destreza de un experto.

Drakken bloqueó el golpe como lo habría hecho con el mango del martillo, y saltaron chispas de las hojas. Volvió a acometer al oponente, haciendo girar la espada a dos manos alrededor de su cabeza, como si fuera un martillo, y le abrió al Caballero Pantera un tajo desde el hombro hasta el vientre; la afilada espada hendió la armadura como si estuviese al rojo vivo y el metal fuese hielo.

Con el volumen de su cuerpo, Morgenstern estrelló a un Caballero Pantera contra la pared del pasillo, y lo mató con golpes demoledores de su martillo. Anspach aplastó el yelmo con penacho del último. Se agruparon, espalda con espalda para defender el caído cuerpo del embajador, en el momento en que docenas de otros Caballeros Pantera cargaban hacia ellos desde ambos lados del corredor.

Cesó la granizada y una quietud opresiva se posó sobre la ciudad y la noche. El cielo era una bruma helada de vapores fríos que hacía brillar las estrellas en color rosa, como inyectadas de sangre. El trueno gemía en la quietud como una distante manada de caballos que volviera grupa a lo lejos para realizar el siguiente asalto. Las puertas del palacio estaban cerradas con llave.

—¡Abrid! —bramó Ganz y su caballo corcoveó, lo que obligó al sacerdote a aferrarse al guerrero para no caer.

—¡El palacio está cerrado! —le chilló un Caballero Pantera desde detrás de la verja—. ¡Han dado la alarma! ¡Nadie puede entrar!

Tras calmar a su caballo, Ganz miró más allá y vio las lámparas que destellaban en las ventanas del gran palacio, oyó los gritos, las campanas y los alaridos.

—¡Déjanos entrar! —repitió con una voz que era un trueno por derecho propio.

—¡Volveos! —le contestaron los guardias de la puerta.

Gruber llevó su caballo hasta Ganz y se acercó a las puertas desde un lado al mismo tiempo que hacía girar el martillo. Con su famosa precisión, destrozó el candado que cerraba el pasador de la verja. Luego, hizo que el caballo levantara las patas delanteras y los cascos derribaron las puertas al descender.

Los seis Lobos atravesaron al galope la entrada y los Caballeros Pantera se precipitaron a interceptarlos. ¿Qué podían hacer ante la arrolladora furia de la carga de los hombres del templo de Ulric? Mejor habría sido que intentaran detener a una tormenta, al viento del norte, al rayo. La cosa acabó en cuestión de segundos.

Los Lobos de Ganz saltaron de las monturas ante la entrada del palacio y dejaron sueltos a los caballos de guerra. Con Gruber y el sacerdote de Morr a la cabeza, irrumpieron en el vestíbulo principal y tuvieron que apartarse a un lado cuando un grupo de músicos de la corte y servidores pasaron a toda velocidad ante ellos y se adentraron en la noche. Kaspén cogió a uno por el cuello, un músico que llevaba su laúd aferrado contra el vientre para protegerlo.

—¡Asesinato! ¡Locura! ¡Asesinato! —dijo el hombre con voz estrangulada al

mismo tiempo que intentaba liberarse.

—¡Vete! —le espetó Kaspen, y arrojó al hombre al exterior.

Los seis caballeros y el sacerdote atravesaron el enorme espacio y salieron del vestíbulo. En el vasto edificio resonaban gritos, alaridos e incesantes campanillas de mano que daban la alarma.

—Llegamos demasiado tarde —dijo Ganz.

—Nunca se llega demasiado tarde —le espetó Dieter de Morr—. Por aquí.

—¿Adonde vas?

—A las dependencias de invitados.

—¿Y cómo sabes dónde están? —preguntó Ganz.

—Investigación —replicó el sacerdote a la vez que se volvía para sonreírle.

Fue la sonrisa más fría que Ganz había visto en toda su vida.

Acorralados contra un rincón y lanzándole golpes a cualquier cosa que se les ponía a tiro, los tres grandes templarios del Lobo formaban en línea, lado a lado. Morgenstern, Anspach y Drakken; dos martillos y una espada novicia contra veinte Caballeros Pantera enloquecidos por la fiebre, que los acorralaban en el fondo del corredor. Entonces había otros cuatro Caballeros Pantera muertos o agonizantes. Los tres Lobos apenas podían contener ya el ataque, mantener las armas enemigas alejadas de ellos.

A través de los apiñados enemigos, Drakken vio que Von Volk y otra docena de Caballeros Pantera cargaban hacia ellos desde el otro extremo del corredor. «Ya está —pensó—. Ahora es cuando la superioridad numérica...»

Von Volk derribó a un Caballero Pantera mediante una estocada, y luego a otro. Él y sus hombres golpeaban por detrás al grupo de locos que había acorralado a los Lobos.

El primer golpe había sido histórico, sin precedentes. Era la primera vez que un sagrado Caballero Pantera mataba a uno de los suyos, pero no pasó mucho rato antes de que dejara de ser la única. Drakken sabía que lo que estaba presenciando era algo extraordinario. Caballeros Pantera contra Caballeros Pantera. Pensó en Einholt. ¿Habría matado un Lobo a otro Lobo?

Pensó en Aric, y el pensamiento le resultó demasiado doloroso para retenerlo.

Morgenstern profirió un bramido e instó a Anspach y Drakken a aplastar a los dementes Caballeros Pantera que luchaban contra Von Volk y su fuerza de rescate.

Al cabo de tres minutos, casi veinticinco nobles Caballeros Pantera yacían muertos o heridos en el piso del corredor. Von Volk se quitó el casco y cayó de rodillas, presa del horror; el yelmo se le deslizó de la mano floja y rodó por el suelo. Sus otros leales caballeros también se arrodillaron o apartaron la mirada, horrorizados ante lo que habían hecho, ante lo que se habían visto obligados a hacer.

—En el nombre del Graf... —jadeó Von Volk, con lágrimas en los ojos—. En nombre de toda la creación, ¿qué hemos tenido que hacer aquí esta noche? Mis hombres..., mis...

Morgenstern se arrodilló ante Von Volk y aferró las apretadas manos del caballero entre sus poderosas manazas.

—Tú has cumplido con tu deber, y que Ulric y Sigmar te lo paguen. Esta noche reina la locura colectiva en el palacio de Middenheim, y tú has cumplido bien con tu deber y para acabar con ella. Lloro a estas pobres almas, sí. Yo me uniré a ti en eso, pero estaban alterados, Von Volk; no eran los hombres que tú conocías. El mal se había apoderado de ellos. Tú hiciste lo correcto.

Von Volk alzó la mirada hacia el rostro del obeso Lobo Blanco.

—Tú lo has dicho. No eran ellos.

—A pesar de eso, hiciste lo correcto. Les debemos lealtad a los nuestros, pero cuando el mal ataca, nuestra lealtad más auténtica es para la Corona.

Morgenstern sacó la petaca, y Von Volk bebió con ansiedad el licor que le ofrecía.

—Esto es sólo el comienzo de los horrores con los que puede ser que tengamos que enfrentarnos a partir de ahora —les advirtió Anspach mientras ayudaba a Von Volk a levantarse.

El capitán de los Caballeros Pantera asintió con la cabeza, se enjugó la boca y bebió otro largo trago de agua de fuego.

—Que Sigmar proteja a todos los que han hecho esto aquí esta noche, porque yo no tendré misericordia con ellos.

Hallaron a Aric tendido boca abajo ante la chimenea de la habitación de huéspedes; tenía sangre pegoteada en el pelo y le manaba más por las articulaciones de la armadura. Dorff y Kaspen lo levantaron, lo tendieron sobre el lecho y le quitaron la armadura. No podían llamar a ningún cirujano porque el médico del palacio estaba atendiendo al embajador bretoniano. El sacerdote de Morr se abrió paso entre ellos.

—Por lo general, atiende a los muertos, pero sé un poco de medicina, al menos, una o dos cosas.

Con la ayuda de Kaspen, que había sido entrenado en la reducción de fracturas y vendaje de heridas para cubrir las necesidades de la Compañía Blanca en el campo de batalla, Dieter comenzó a curar las heridas del joven caballero.

—Una locura se apoderó de mis hombres —estaba diciendo Von Volk.

—Una locura se está apoderando de la ciudad —lo corrigió Lowenhertz—. Nos hemos enterado de que una magia inmunda impregna este lugar en busca de sus propias metas. La fiebre forma parte de ella. No se trata de una auténtica plaga, pues tiene su origen en la magia y está destinada a infectarnos a todos con la demencia y la alegría de matar. ¿No es así, sacerdote?

El padre Dieter alzó la mirada del entablillado que estaba poniéndole al fracturado brazo izquierdo de Aric.

—Muy cierto, Lowenhertz. La enfermedad que aflige a Middenheim es de naturaleza mágica. Una demencia. Tú has visto los signos, Von Volk. Leíste las palabras de las paredes.

—Una locura que hace que los aquejados maten y vuelvan a matar por la gloria del derramamiento de sangre —añadió Ganz, sin vida ni ánimo en la voz—. Podría afectarnos en cualquier momento. Está propagándose como una peste por todas partes.

—Yo sé cuál es el ser maligno responsable —intervino Drakken, avanzando un paso.

—¿Cuál?

—La criatura con la que luchasteis en la bodega —le dijo Drakken a Gruber—. La cosa de los ojos rosados. Estaba aquí, pero no era una forma de palillo, delicada, sino... —No podía pronunciar el nombre.

—¿Qué? —le gruñó Lowenhertz, impaciente.

Gruber lo mantuvo alejado del joven Lobo pálido que aún estaba a punto de hablar, aunque fue el sacerdote quien completó la frase.

—Einholt.

Todos lo miraron y, luego, volvieron a posar los ojos en Drakken.

—¿Lo era? —inquirió Ganz, y Drakken asintió con la cabeza.

—Decía que era él, pero no lo era. Se había apoderado de su cuerpo como tú podrías coger una capa prestada. Estaba dentro de él. No era Einholt, pero tenía su aspecto.

—Y... luchaba como él. —Aric se incorporó sobre el codo sano para mirarlos a todos—. Era la carne de Einholt, la sangre de Einholt. La destreza y los recuerdos de Einholt. Pero dentro había una cosa vacía y maligna. La criatura dijo que se había apoderado de Einholt por venganza, porque Einholt la había detenido de algún modo..., en la bodega, supongo. Quería un cuerpo, y escogió el de Einholt.

El padre Dieter había acabado de vendar las heridas de Aric, y se llevó a Ganz a un lado.

—Me temo —dijo con tono reacio— que en este caso no estamos tratando sólo con un nigromante.

Ganz se volvió a mirarlo mientras notaba que un sudor helado le bajaba por la espalda.

—Poseer un cuerpo, como explica tu hombre, Aric..., esto es algo más.

—Dijo que su nombre era Barakos —informó Aric, que los escuchaba desde la cama, inclinado hacia adelante.

—¿Barakos? —Dieter se puso a pensar con los ojos alzados—. ¡Vaya!, entonces

es verdad.

Ganz aferró al sacerdote de Morr por el pecho del hábito y lo estrelló contra los paneles de madera dura de la regia habitación. Los Lobos y los Caballeros Pantera lo contemplaron, conmocionados.

—¿Lo sabes? ¿Lo sabías?

—Suéltame, Ganz.

—¡¿Lo sabías!?

—¡Suéltame!

Ganz abrió la mano y el padre Dieter se deslizó hacia abajo hasta que sus pies tocaron el suelo. Luego, se frotó la garganta.

—Barakos. El nombre aparecía en las paredes del Agujero del Lobo. Os pregunté a todos si lo conocíais, y me dijisteis que no. Yo mismo lo descarté con la esperanza de que no fuese más que una coincidencia, el nombre de algún comerciante de Arabia que se encontrase ahora en la ciudad y fuese a caer víctima de los asesinatos.

—¿Y qué es, en realidad?

—Nada. Todo —replicó el sacerdote—. En los libros antiguos aparece escrito como «Babrakkos», un nombre que ya era antiguo cuando se fundó Middenheim. Un poder oscuro que no muere, nigromántico. También conocido como Brabaka, y se lo menciona en una canción infantil: ¡Ba ba Barak, ven a ver tu brea! ¿La conoces?

—La conozco.

—Todas estas referencias hacen alusión a una cosa cadavérica pestilente que amenazó Middenheim en los primeros tiempos. Babrakkos. Ahora, tal vez, Barakos. Creo que ha regresado. Creo que vuelve a vivir. Pienso que quiere que la ciudad de Middenheim muera para conjurar la suficiente magia de muerte para convertirse en un dios. Un dios impuro, pero un dios de todas formas, según lo entendemos nosotros, Ganz de la Compañía Blanca.

—Una cosa cadavérica... —Incluso la voz de Ganz estaba sobrecogida—. ¿Cómo luchamos contra una cosa semejante?

—Está claro que ya ha comenzado con su obra —respondió el padre Dieter con un encogimiento de hombros—. Esta noche es su momento. Nosotros tenemos los hombres, pero carecemos del tiempo necesario. Si pudiéramos encontrar al enemigo, tal vez podríamos impedirselo, pero...

—Yo sé dónde está —dijo una voz desde la puerta.

Lobos y Caballeros Pantera se volvieron, y Lenya les sonrió mientras Drakken, con aire humilde, la bacía entrar.

—De hecho, yo no lo sé, sino este amigo mío.

Lenya arrastró hacia la luz, detrás de ella y de Drakken, al andrajoso Kruza, y alzó un ornamento, el devorador del mundo, el reptil que se muerde la cola. La luz de las lámparas destelló sobre él.

—Éste es Kruza. Mi amigo. El amigo de mi hermano. Él sabe dónde mora el monstruo.

La nieve, en bolitas de hielo, había comenzado a caer otra vez del helado cielo rosáceo. Era como cabalgar hacia el interior del infierno.

El oscuro paisaje urbano estaba punteado por docenas de fuegos; ardían numerosos edificios desde Ostwald hasta Wynd. Los gritos, lamentos y clamores bajaban por las calles que los rodeaban, donde los ciudadanos enloquecidos por la fiebre se peleaban o luchaban en grupos como bestias salvajes. Las calles estaban sembradas de cadáveres, y la nieve formaba sudarios que se endurecían poco a poco sobre los que llevaban más tiempo tendidos. Nombres, escritos con sangre, cera, tinta y hielo cubrían las paredes de las calles y los laterales de los edificios. El aire frío olía a leche agria.

La compañía salió a caballo por las rotas puertas de la verja del palacio y bajó por las empinadas calles de Gafsmund hacia Nordgarten. Ganz iba en cabeza y Gruber, a su lado, llevaba el estandarte. Kruza y el sacerdote montaban testarudos palafrenes cogidos de los establos del palacio, y marchaban cerca de los corceles que iban en cabeza. Kruza no había montado nunca antes en toda su vida, aunque, bien mirado, todo lo que le había sucedido esa noche era nuevo y nada le resultaba grato.

Tras los cuatro jinetes de vanguardia iban Morgenstern, Kaspen, Anspach, Bruckner y Dorff, y a continuación cabalgaban Lowenhertz, Schell, Schiffer y Drakken. Cerca, en apretada formación, el vengativo Von Volk y seis de sus mejores Caballeros Pantera, todos hombres que aún no habían presentado signos de la fiebre. Bertolf, de la Compañía Roja, había salido a galope tendido hacia el templo para llamar a las compañías restantes, con el fin de que los reforzaran. Aric, debido a sus heridas, se había quedado en el palacio, donde el teniente de confianza de Von Volk, Ulgrind, estaba intentando restablecer la calma.

Grupos de ciudadanos dementes les aullaban al pasar, algunos les arrojaban piedras y otros, en su demencia, incluso se atrevían a salir corriendo para retar a los templarios.

En lo alto de una de las empinadas avenidas residenciales, Ganz los detuvo y se volvió a mirar al tembloroso carterista. El comandante de la compañía reflexionó durante un momento sobre el hecho de que el destino de todos ellos, el destino de la ciudad misma, dependiera del tipo de escoria callejera que normalmente le resultaría invisible. El joven no parecía gran cosa, patilargo, delgado y andrajoso, con una expresión que demostraba claramente que preferiría estar en alguna otra parte, en cualquier parte. Pero había acudido a ellos, según decía la chica de Drakken. Había ido al palacio arrostrando la mortal tormenta, impulsado por una necesidad de servir que ni siquiera él podía explicar. De algún modo, pensó Ganz en un momento de

maravillosa lucidez, aquello le pareció justo. La inmundicia los amenazaba a todos, y lo correcto era que la ciudad se alzara en pleno para hacerle frente, desde los más altos hasta los más bajos.

—¿Y bien, Kruza? —preguntó Ganz, asegurándose de recordar y usar el nombre del rufián. Quería que el joven supiese que era parte importante de la empresa.

Kruza pensó durante un momento, y luego señaló pendiente abajo.

—Hacia allí, y después la segunda calle a la izquierda.

—¿Estás seguro, Kruza?

—Tanto como puedo estarlo —replicó el carterista.

¿Por qué el corpulento guerrero usaba continuamente su nombre de esa forma? Ya estaba bastante asustado por la noche, las fuerzas malignas y el simple hecho de encontrarse entre aquella compañía de Lobos. De algún modo, el hecho de oír su nombre en los labios de un guerrero de Ulric era lo más terrible de todo. No debería estar allí. Aquello era un disparate.

—¡Vamos, Kruza! ¡Ahí está para cogerlo! —murmuró el sacerdote con tono alentador, junto a él, y Kruza se volvió a mirarlo.

—¿Qué? ¿Qué has dicho?

—He dicho que vamos, que nos muestres el lugar —replicó el sacerdote con el entrecejo fruncido, porque podía ver el miedo que acababa de aflorar a los ojos de Kruza—. ¿Qué pasa?

—Sólo fantasmas, padre, las voces de los muertos..., pero creo que usted lo sabe todo sobre eso.

—Demasiado, muchacho, demasiado.

Ganz los condujo a medio galope. Kruza tenía problemas para mantenerse sobre la silla, pero el corpulento Lobo maduro —¿Morgenschell se llamaba?— espoleó su caballo, se situó junto al carterista y cogió las riendas del palafrén.

—Tú sujétate, que yo lo conduciré —dijo con una voz profunda, bien modulada y alentadora.

El corpulento Lobo le dedicó un guiño que hizo sonreír a Kruza. De algún modo, hacía que el gigante acorazado pareciese humano, como el tipo de hombre con el que estaría encantado de sentarse a cenar en La Rata Ahogada. Más que nada, aquel guiño le tranquilizó los nervios. De no haber sido por eso, tal vez habría huido y los habría dejado para que se enfrentaran a su heroica muerte. Fue un guiño que logró que permaneciera con ellos. Kruza se aferró a la parte delantera de la silla mientras el enorme Lobo tiraba de la montura y aceleraba hasta un galope, colina abajo.

Las rocas y los insultos llovieron sobre ellos, procedentes de un grupo de sombras reunidas en una curva de la calle por la que corrían. Una casa había sido saqueada e incendiada. Había cuerpos enroscados sobre la nieve manchada. A uno lo habían



ensartado cabeza abajo contra una pared, y bajo él habían puesto cuencos para recoger la sangre con la que hacer más inscripciones.

—Bueno —reflexionó Anspach en voz alta, dirigiéndose a todos los que lo rodeaban—. ¿Qué probabilidades calculáis que tenemos esta noche? ¡Tengo una bolsa de monedas de oro que dice que podemos acabar con ese monstruo aunque su aspecto sea el de uno de los nuestros! ¡Apuesto tres a uno! ¡Es más de lo que os darían los Bajos Reyes!

—¿Y quién estará vivo para cobrar en caso de que pierdas? —preguntó Bruckner con acritud.

—Él tiene razón —gritó Kruza al mismo tiempo que se volvía para mirar atrás—. ¡Presentas bien la apuesta, pero las probabilidades son del tipo que te ofrecería Bleyden!

Los Lobos profirieron sonoras carcajadas y, al oírlos, Ganz se alegró de que pudiesen mantener el ánimo tan alto.

—¿Conoces a Bleyden? —preguntó Anspach a la vez que avanzaba, sinceramente interesado.

—¿Acaso no lo conoce todo el mundo? —preguntó el sacerdote con sequedad.

—Esto no es para tus oídos —le aseguró Anspach, y volvió a mirar a Kruza—. ¿Lo conoces?

—Es como un padre para mí —respondió Kruza, e incluso por encima del ruido de los cascos de los caballos, los Lobos pudieron captar la cáustica ironía del tono de su voz, así que volvieron a reír.

—Hay un asunto de una deuda... —prosiguió Anspach sin hacer caso de las chanzas—. Si pudieras decirle unas palabras...

—¿Quieres decir, si sobrevivimos a esta noche? —preguntó Kruza con dulzura, zarandeado por su montura.

—¡Ah!, yo me aseguraré de que llegues con vida al final —le respondió Anspach con seriedad.

—¡Ya lo ves, muchacho! —intervino Morgenstern—. ¡Tienes a Anspach como tu ángel de la guarda! ¡Ahora no deberías temer a nada en el mundo!

Más carcajadas, más pullas y chanzas. Ganz los dejaba bromear. Quería que estuviesen preparados cuando llegara el momento. Los quería llenos de júbilo, de confianza, llenos de la fuerza de Ulric.

Giraron en la calle siguiente. Estaba desierta, y la nieve se adhería a todas las superficies horizontales como una piel. Ganz hizo que el caballo aminorara hasta marcar al paso, y los demás formaron una doble fila detrás de él.

—¿Kruza?

Kruza miró a su alrededor, aunque sabía con total exactitud dónde estaba. La alta torre estrecha y peculiar era tal cual la recordaba, la tenía grabada en la mente; la

esbelta torre con las ventanas estrechas y aquella aguja extrañamente curvilínea que ascendía en suaves ondas hasta la diminuta cúpula que la remataba; la galería de troneras bajo la base de la aguja. La segunda torre circular pegada al flanco del edificio principal, del ancho de tal vez dos hombres en fondo, pero con su propia cúpula diminuta y más de aquellas extrañas ventanas estrechas como ranuras.

Era un lugar grabado a fuego en su mente; un lugar de horror, magia inmundada y muerte. Levantó una mano para señalarla.

—Allí es, Lobo —dijo.

Despertó a causa de un lejano ruido de lucha, y el dolor regresó a su cuerpo como una marea. Pero entonces era más suave, se sentía como si flotara.

Aric levantó los ojos desde la cama. Le latía el brazo, como había latido aquel único ojo rosado.

A la oscilante luz del fuego de la habitación de huéspedes, vio que la muchacha, Lenya, cogía un vaso de caliente líquido de color marrón de una bandeja de plata que había llevado un cadavérico anciano vestido de brocado, tocado con una peluca y empolvado.

—¿Necesitarás algo más? El caballero está pálido.

—Con eso bastará, Breugal —respondió Lenya, y el chambelán asintió con la cabeza y se marchó de la habitación.

—¡No tienes ni idea de lo divertido que resulta esto! —rió ella—. ¡Los sirvientes del palacio, incluso Breugal con sus delirios de grandeza, se atrepellan unos a otros para ayudarme a atender al pobre, valiente caballero que salvó la vida del embajador!

—¿Así que está vivo?

Lenya casi dejó caer el vaso a causa del sobresalto.

—¿Estás despierto?

Aric se incorporó trabajosamente hasta quedar sentado contra las almohadas.

—Sí, ¿por qué? ¿Con quién estabas hablando?

—¡Hummm...! Conmigo misma.

—¿Está vivo el bretoniano?

—Sí... Toma, bébete esto.

Le sostuvo el vaso para ayudarlo a beber. Era un líquido picante, cargado de especias.

—¿Qué es?

—Un tónico. Está hecho según una receta que me enseñó mi hermano. ¡El chambelán jefe lo ha preparado con sus propias manos, por si lo quieres saber!

Aric sonrió ante el contagioso buen humor de la muchacha. El calor del bálsamo le invadía el cuerpo, y ya se sentía mejor.

—Tu hermano conoce una buena receta.

—Conocía —lo corrigió ella.

—¿Era ese tal Resollador, el muchacho del que estuvo hablando el carterista?

—Se llamaba Stefan; pero, sí, era Resollador.

—Le daré las gracias cuando lo vea.

—Pero...

—Lo sé, lo sé. El carterista dice que ha muerto, pero, por su valentía, no dudo que Ulric lo ha llevado a su salón. Allí le daré las gracias cuando yo llegue.

Ella pensó durante un momento en lo que acababa de decir el Lobo, y luego asintió con la cabeza. La sonrisa volvió a sus labios.

Aric se alegró de eso. Podía ver por qué Drakken amaba a aquella muchacha. Estaba tan llena de brío y energía que a veces eclipsaban su belleza. Pero la belleza estaba allí. Sus ojos vividos y luminosos como el hielo, su cabello tan oscuro...

—He oído ruido de lucha —dijo él.

—El Caballero Pantera Ulgrind está rechazando a los pocos locos que quedan. Ahora se ha contagiado la servidumbre. El cocinero atacó a algunos pajes, y una dama anciana le clavó a un criado sus agujas de bordar.

—¿El Graf está a salvo? ¿Y su familia?

—Aislados por Ulgrind en el ala este. —Lenya bajó los ojos hacia él y le acercó el vaso para que volviera a beber—. Dicen que la ciudad está volviéndose loca: criaturas salvajes, asesinatos en las calles. Nunca quise venir aquí, y ahora desearía no haberlo hecho nunca.

—¿Te gusta Linz?

—Echo de menos el campo abierto. Las pasturas y los bosques. Echo de menos a mi padre y a mi madre. Cuando trabajaba en la casa del Margrave, los visitaba cada semana. Ahora les escribo todos los meses, y envío la carta con la diligencia de Linz.

—¿Te ha escrito tu padre?

—Por supuesto que no. No sabe escribir. —Hizo una pausa—. Pero me envió esto.

Le enseñó un broche barato de plata ennegrecida que sujetaba un bucle de cabello tan oscuro como el de la muchacha.

—Era de su madre. El rizo es del cabello de mi madre. Hizo que el sacerdote local escribiera mi nombre y dirección en el paquete. Bastaba para hacerme saber que había recibido mis cartas.

—Estás muy lejos de tu hogar, Lenya.

—¿Y tú?

—Mi hogar está colina abajo, en el templo de Ulric —replicó Aric con voz queda, y bebió un poco más de tónico.

—Me refiero a antes de eso.

Lenya se sentó en la silla de respaldo alto que había junto a la cama que tenía

cuatro columnas en las esquinas.

—No hubo nada antes de eso. Fui un niño expósito, abandonado en los escalones del templo a las pocas horas de nacer. La vida del templo es lo único que he conocido.

—¿Todos los Lobos ingresan en el templo de la misma forma? —preguntó ella tras pensar durante un momento.

Con la atención puesta en el brazo fracturado, él se irguió un poco más a la vez que reía a carcajadas.

—No, por supuesto que no. A algunos los presentan como candidatos cuando son niños, hijos de buenas familias o de estirpes militares. Tu Drakken, por ejemplo, ingresó a los dieciocho años, después de servir en la guardia de la ciudad; al igual que Bruckner, aunque era un poco más joven, me parece. Lowenhertz era hijo de un Caballero Pantera. Llegó a edad avanzada a la Compañía Blanca. Tardó un poco en encontrar su lugar. Anspach era un carterista, un muchacho de la calle sin parientes, cuando el propio Jurgen lo reclutó. Ahí hay una historia que Jurgen nunca contó y que Anspach se niega a relatar. Dorff, Schell y Schiffer eran todos soldados del ejército del Imperio y fueron enviados a nuestro templo con el consentimiento de sus camaradas. Otros hombres, como Gruber y Ganz, son hijos de Lobos que han seguido los pasos de sus padres.

—¿Tú eres hijo de un Lobo?

—A menudo pienso que sí. Me gusta pensarlo. Creo que por eso me dejaron en la escalera del templo.

Lenya guardó silencio durante un rato.

—¿Y el grande, Morgenstern?

—Hijo de un comerciante, al que su padre propuso para ingresar en el templo cuando vio lo fuerte que era. Ha estado con nosotros desde la adolescencia.

—¿Así que sois todos diferentes? ¿Todos con un origen distinto?

—Igualados todos por Ulric, en su santo servicio.

—¿Y Einholt? —preguntó ella, tras una pausa.

Él guardó silencio durante un rato, como si luchara con sus pensamientos.

—Era hijo de un Lobo, y estuvo al servicio del templo desde la infancia. Era de la vieja guardia..., como Jurgen. Reclutaba y entrenaba; a Kaspén, por ejemplo. A mí, cuando llegó el momento. Hubo otros.

—¿Otros?

—Los caídos, los muertos. La hermandad tiene un precio, Lenya de Linz.

Ella sonrió y alzó un dedo para imponerle silencio.

—Calla ya, que hablas como si yo fuera una dama de alta cuna.

—A los ojos de Drakken, lo eres. Deberías alegrarte de eso.

—Temo por él —dijo ella, de repente—. Había algo en su rostro cuando se

marchó... Como si hubiese cometido un error y quisiera enmendarlo.

—Krieg no necesita demostrar nada.

Ella se puso de pie y apartó los ojos de Aric para dirigirlos hacia el resplandor del fuego.

—Fue porque estaba conmigo, ¿verdad? Vino a verme; de hecho, me hizo un favor. Abandonó su puesto, ¿no es cierto? Por eso estás herido.

Aric bajó las piernas de la cama e hizo una pausa momentánea para luchar contra el dolor del brazo.

—¡No! —exclamó—. No...; él fue fiel. Fiel a la compañía una y otra vez. Con independencia de lo que él piense, de cualquier error que haya cometido, yo lo absuelvo. Me salvó.

—¿También salvará a la ciudad? —preguntó Lenya con los ojos fijos en las brasas del hogar.

—Confío en que sí.

—¿Qué estas haciendo? —preguntó ella al mismo tiempo que se volvía súbitamente a mirarlo, horrorizada—. ¡Vuelve a acostarte, Aric! Tu brazo...

—Me duele muchísimo, pero está entablillado. Busca mi armadura.

—¿Tu armadura?

Aric le dedicó una sonrisa mientras intentaba que el dolor no se le reflejara en el rostro.

—No puedo permitir que ellos se lleven toda la gloria, ¿no te parece?

—¡Entonces, yo te acompaño!

—No.

—¡Sí!

—Lenya...

Lo aferró por los hombros con tal rudeza que él hizo una mueca de dolor, y entonces ella retrocedió y le pidió disculpas.

—Necesito estar con Drakken. Necesito encontrarlo. Si tú vas, cosa que no deberías hacer con las heridas que tienes..., ¡si tú vas, digo, yo te acompaño!

—No creo que...

—¿Quieres la armadura? ¡Hagamos un trato!

Aric se puso de pie, se balanceó y recobró el equilibrio.

—Sí, quiero mi armadura. Ve a buscarla, y nos marcharemos.

Aguardaron durante un momento en el exterior, donde sus caballos formaban un amplio semicírculo ante las arqueadas puertas principales. Él momento fue lo bastante largo como para que la nieve comenzara a acumularse en sus hombros y cabezas. En torno a ellos resonaban los bramidos de la ciudad. En lo alto, un trueno de nevisca, como el estruendo que harían unas montañas al moverse, estremeció el

aire.

—Había una puerta pequeña en la parte trasera —dijo Kruza, de repente—. Por allí entramos Resollador y yo...

—Ya ha pasado hace mucho el tiempo de escabullirse, amigo mío —lo interrumpió Ganz, que se volvió para mirarlo.

Ganz cogió el martillo de la sujeción de la silla y lo hizo girar una vez para relajar el brazo.

—¡Martillos de Ulric! ¡Caballeros Pantera! ¿Estáis conmigo?

El emocionado «¡Sí!» quedó medio ahogado por el atronar de los cascos del caballo de Ganz cuando éste lo lanzó al galope y hundió las puertas con un potente golpe ascendente de su martillo. La madera se partió y cedió. Tras detener al caballo durante un momento, Ganz se agachó y cabalgó a través del arco delantero de la torre.

El caballo entró en un vestíbulo pavimentado lo bastante alto como para que pudiera erguirse otra vez sobre la silla. Las llamas de las lámparas que estaban en las sujeciones de las paredes oscilaron a causa de la repentina corriente de aire, y la nieve entró alrededor de él. La estancia estaba bañada en una luz amarillenta, y allí el olor a leche agria era inconfundible. Cuando Gruber y Schell entraron tras él, agachados sobre los corceles, Ganz había desmontado y recorría el entorno con la mirada.

—¡Kruza! —llamó.

El ladrón apareció en la puerta, a pie, frotándose el trasero y con la espada corta en la mano.

Ganz abarcó el entorno con un gesto. Una arcada conducía fuera del vestíbulo hacia la escalera de la torre. En la pared izquierda había otras dos puertas, una junto a la otra.

—La escalera. —Kruza la señaló con la punta de la espada—. Bajamos dos tramos.

Para entonces, Gruber había comprobado las otras puertas, que abrió de una patada. Daban a habitaciones vacías, frías y húmedas, cubiertas de polvo.

Ganz avanzó hacia la escalera de la torre, y entonces entraron a pie los demás Lobos y Caballeros Pantera.

—¿No hay comité de bienvenida? —preguntó Von Volk con sequedad; su espada brillaba a la luz de las lámparas.

—No creo que nos estén esperando —dijo Morgenstern.

—No creo que esperen a nadie —lo corrigió Lowenhertz.

—Vayamos a decirles que estamos aquí —decidió Ganz, pero una voz lo detuvo.

El sacerdote de Morr, encapuchado y severo, se encontraba de pie en el centro del vestíbulo, con las manos alzadas.

—Un momento más, Ganz de la Compañía Blanca. Si esta noche puedo hacer

algo, cualquier cosa por pequeña que sea, quizá sea bendecir a los que marchan a la guerra.

Los guerreros se volvieron todos de cara a él, aunque apartaron la mirada de sus ojos. El sacerdote trazó un signo en el aire con una mano elegante, mientras la otra, a un lado, aferraba el símbolo de su dios.

—Vuestros propios dioses os guardarán, los dioses de la ciudad por la que habéis venido a luchar. Ulric estará en vuestros corazones para inspiraros valentía y fuerza. Sigmar arderá en vuestras mentes con la probidad de esta empresa.

Hizo una pausa momentánea y trazó otro signo.

—Mi propio señor es una oscura sombra en comparación con fuerzas tan pasmosas del mundo invisible. Él no golpea, él no castiga, ni siquiera juzga. Simplemente existe. Un hecho inevitable. Venimos a buscar gloria, pero cada uno de nosotros podría hallar la muerte. Entonces, será Morr quien os encuentre. Así pues, es sobre todo en su nombre que os bendigo. Ulric para el corazón, Sigmar para la mente... y Morr para el alma. El Dios de la Muerte está con vosotros esta noche, estará con vosotros mientras destruís a esa cosa que pervierte la muerte.

—¡Por Ulric! ¡Por Sigmar! ¡Y por Morr! —gruñó Ganz, y los demás recogieron el grito y lo repitieron con ferocidad.

Anspach vio cómo Kruza se mantenía apartado y sin decir nada, con los ojos ensombrecidos por el miedo.

—¡Y por Ranald, Señor de los Ladrones! —dijo el Lobo en voz alta—. Él no tiene ningún templo en Middenheim, ningún sumo sacerdote, pero es muy adorado y echará de menos esta ciudad si desaparece. Además, él también ha desempeñado un papel esta noche.

Kruza parpadeó cuando once templarios de Ulric, siete Caballeros Pantera y un sacerdote de Morr vitorearon el nombre del oscuro espíritu burlador de los ladrones en el aire viciado.

A continuación, Ganz y Von Volk condujeron al grupo escaleras abajo, con paso enérgico y decidido.

—Ranald fue mi señor durante largo tiempo, hermano —le susurró Anspach a Kruza cuando éste pasaba junto a él, y lo retuvo—. Sé que se regocija con cada pequeño tributo que se le rinde.

Las escaleras descendían. Con las armas a punto, el grupo bajaba por ellas. Lámparas de intrincado diseño que proyectaban un blanco resplandor alquímico colgaban de las paredes. Gruber se las señaló a Ganz.

—Son iguales que las de la bodega donde lo derrotamos la vez anterior.

—Es cierto —afirmó Von Volk—. Eran iguales.

El sótano, circular, abovedado y con el suelo cubierto de polvo, estaba iluminado por la misma luz blanca procedente de docenas de lámparas. Las paredes eran lisas y

uniformes, y Kruza las recorrió con una mirada de confusión.

—Esto..., esto no está como la vez anterior. Había puertas, muchas puertas, y... ha cambiado. ¿Cómo puede haber cambiado? ¡Sólo han pasado... tres estaciones!

Kruza avanzó hasta las paredes mientras los guerreros se abrían en formación de abanico, y sus temblorosos dedos pasaron por la piedra lisa.

—¡Circundaban la pared! ¡No pueden haberlas tapiado...! ¡Quedaría alguna señal!

—Es uniforme y lisa —señaló Drakken, que examinaba el lado contrario—. ¿Estás seguro de que se trata del mismo lugar, ladrón?

Kruza se volvió con brusquedad, enojado, pero el firme mango del martillo de Anspach le impidió levantar la espada corta.

—Kruza sabe de lo que habla —respondió Anspach con calma.

—Sabemos que está obrando la magia —intervino el padre Dieter, detrás de ellos—. La magia ha hecho cosas aquí. Se la puede oler. Huele a leche cortada.

Lowenhertz asintió para sí. «O como especias sepulcrales, confites, ceniza, polvo de huesos y muerte, todo mezclado». Igual que el olor que había percibido en la casa del Margrave, en Linz; en el desván de su abuelo, hacía tantos años... ¿Acaso los fantasmas contra los que habían luchado la pasada primavera en los bosques que dominaban Linz también habían formado parte de eso? El sacerdote había dicho que el mal era antiguo y grandioso, y que había estado trabajando durante algún tiempo. Y que buscaba poder, fuerza; eso también estaba claro por todo lo que había oído. El amuleto de la vieja nodriza, el que Ganz había destruido, ¿también había sido una pieza de aquel rompecabezas? ¿Un trofeo, un talismán poderoso que el atroz enemigo había intentado recuperar? ¿Acaso habían frustrado ya sus planes en una ocasión antes de ese año sin siquiera saberlo? La ironía lo hizo sonreír.

—Te hemos derrotado a cada paso, incluso cuando ni siquiera nos dábamos cuenta —murmuró—. Volveremos a vencerte.

—¿Qué has dicho? —preguntó Ganz.

—Pensaba en voz alta, comandante —se apresuró a responder Lowenhertz, y miró al sacerdote de Morr.

El padre había dicho algo referente a que había derrotado a un nigromante llamado Gilbertus, a principios de ese año; otra parte del conjunto. Lowenhertz sabía que disfrutaría hablando con el sacerdote cuando todo hubiese acabado, para reunir las piezas en un rompecabezas que tuviera sentido.

De pronto, Lowenhertz se dio cuenta de que estaba imaginando una época en la que todo había terminado y estaban todos vivos. «Es buena señal», decidió.

Kruza estaba ocupado revisando las paredes centímetro a centímetro con las puntas de los dedos. Del pelo le goteaban sudor y nieve fundida. Lo encontraría, desde luego. Habían creído en él, y entonces no les fallaría.



Simplemente, por increíble que fuese, la respuesta residía allí, justo delante de la puerta de la escalera. Kruza no sabía adonde habían ido las otras puertas y creía al sacerdote cuando hablaba de magia, pero allí estaba. La magia no tenía nada que ver.

—¡Ganz! —gritó con ansiedad, sin preocuparse por el respeto o el rango.

El comandante Lobo avanzó hacia él, al parecer sin preocuparse tampoco por esas cosas.

Kruza señaló la pared, las sólidas piedras que encajaban con las paredes que las rodeaban, y las apartó a un lado.

Ganz se sobresaltó. Una lona colgada como si fuera un tapiz, pintada con una perfección tal que no se diferenciaba de las piedras de alrededor, cubría por completo la arcada que había detrás.

—Nosotros vamos a la guerra, pero las habilidades de un carterista nos muestran dónde está la guerra —comentó Morgenstern con una risa entre dientes.

Al otro lado de la tela pintada, había un pasillo oscuro, carente de iluminación, cuyo viciado aire tibio estaba cargado de humo y que se adentraba en lo desconocido. Ganz lo traspasó con la misma confianza con que atravesaría las puertas del templo, y los otros lo siguieron.

Drakken marchaba en la retaguardia de la fila. Kruza, que sujetaba la tela a un lado, lo cogió por un brazo y lo miró con ferocidad a la cara.

—¿Querías dejarme por estúpido ante tus poderosos camaradas, Lobo? —le siseó, y Drakken sacudió el brazo para quitarse la mano de encima.

—No tenía ninguna necesidad, ya lo estabas haciendo muy bien tú solito.

—Ella no te ama, templario —le soltó Kruza, de repente, y Drakken se volvió.

—¿Y tú qué sabes?

—Yo sé cómo me mira a mí.

Drakken se encogió de hombros.

—Y yo sé que tú no la amas —añadió Kruza, tentando la suerte.

—¿Estamos aquí para salvar a la ciudad, y tú piensas en ella?

Al oír eso, en el rostro de Kruza apareció una ancha sonrisa triunfante.

—Tú, no. Por eso sé que no la amas.

—Ya habrá tiempo para esto más tarde —le dijo Drakken, desconcertado, y pasó por debajo del arco.

Kruza dejó caer la lona detrás de Drakken. A solas, avanzó hasta el centro de la habitación y se arrodilló en el polvo a la vez que pasaba los dedos de la mano izquierda a través del mismo. Era ése el sitio; el lugar en que había visto a Resollador por última vez, el lugar en que Resollador había...

«¡Vamos, Kruza! ¡Ahí está para cogerlo!»

Kruza se sobresaltó. Allí no había nadie. Por supuesto que no. Resollador no estaba junto a él, nunca había estado. Kruza sabía que el fantasma rondaba por

espacios secretos del interior de su mente.

—Ya voy —dijo mientras alzaba la espada y atravesaba la lona.

Bajo la copiosa abundante nevada, el caballo de Aric levantó las patas delanteras ante los escalones del templo de Ulric, y el templario sintió que la muchacha que iba a la grupa se sujetaba con fuerza mientras él luchaba con las riendas que cogía con la mano sana.

—¿Qué estamos haciendo? —le jadeó ella al oído cuando el caballo volvió a apoyarse sobre las cuatro patas—. ¡Kruza dijo Nordgarten! ¡El lugar estaba en Nordgarten! ¡Eres tan pesado como Drakken, que todo el condenado tiempo quería enseñarme el templo!

—Esto es importante —le aseguró Aric al desmontar—. Acompáñame. Necesito tu ayuda.

Atravesaron el gran atrio, donde una conmoción agitaba el aire. Bertolf había dado la alarma y las compañías acuarteladas, Roja, Gris, Dorada y Plateada, estaban formando en orden de batalla para ir a ayudar a sus hermanos de la Compañía Blanca.

Apoyándose en Lenya, Aric avanzó cojeando por la nave principal hacia la gran estatua de Ulric. El aire frío olía a incienso, y el coro de Lobos estaba cantando un himno de salvación, que resonaba en la noche. Millares de llamas de vela oscilaron al pasar ellos.

Lenya guardaba silencio y miraba en torno. Nunca había estado en aquel lugar grandioso y devoto, y entonces entendía por qué Drakken había querido enseñárselo. De un modo que las palabras no podían explicar, comprendió lo que significaba el templo, lo que significaban los Lobos. Estaba muda a causa de la conmoción y sorprendida por sentirse humilde de verdad.

Se acercaron a la gran capilla de la Llama Eterna, donde Aric se quitó la piel de lobo y comenzó a envolver con ella la cabeza del martillo. Con su único brazo sano, le resultaba difícil. Se volvió a mirar a la muchacha.

—Dame tiras de tela de tu falda.

—¿Qué?

—¡Arráncalas! ¡Ahora!

Lenya se sentó sobre el frío suelo y comenzó a arrancar tiras de tela del ruedo de la falda.

Aric había encontrado una bolsa relicario y escandalizó a Lenya cuando vació el polvoriento contenido para quitarle el tiento de cuero. Con el tiento y las tiras de tela que le dio ella, el Lobo ató apretadamente la piel en torno a la cabeza del martillo de guerra, usando los dientes para compensar la mano inutilizada. Ella se puso a ayudarlo a hacer los nudos.

—¿Qué estamos haciendo, Aric? —preguntó ella.

Aric acercó a la Llama Eterna el martillo envuelto en la piel. El pálido fuego la lamió y prendió, y Aric alzó la antorcha de llama incandescente.

—Ahora vamos a buscar a los otros —le dijo.

Kruza se reunió con Ganz y Von Volk en la vanguardia del grupo cuando atravesaban el oscuro pasillo. Ante ellos había una luz mortecina, como una promesa de amanecer.

—Esto no está como estaba antes —le dijo a Ganz—. Está completamente cambiado. Supongo que es debido a la magia.

—Supongo que sí —asintió Ganz.

Llegaron a la luz y el pasillo se ensanchó. La cámara que tenían delante era enorme. Imposible. Inconmensurable. La fría roca negra y escarpada de la Fauschlag se arqueaba en lo alto, iluminada por un millar de fuegos desnudos.

—¡En el nombre de Ulric! ¡Es más grande que el estadio! —jadeó Anspach.

—¿Cómo puede estar esto aquí abajo sin que nosotros lo sepamos? —dijo Bruckner con un susurro asombrado.

—Magia —intervino el sacerdote de Morr. Parecía ser su respuesta para todo.

Ganz miró hacia el interior de la gigantesca cámara negra, donde las llamas ardían en centenares de braseros cuya luz se mezclaba con el resplandor blanco de millares de lámparas alquímicas, que pendían ensartadas en cuerdas colgadas de las toscas paredes. Allí había centenares de adoradores ataviados con túnicas, arrodillados, que gemían una plegaria malsana, cuyas palabras hendían el alma del Lobo en docenas de puntos malignos. El aire estaba cargado de olor a podredumbre y muerte.

En el fondo, ante los adoradores congregados, se alzaba una plataforma, un altar, sobre el que había un trono de roca tallado en la propia Fauschlag. En él se encontraba sentada una figura encapuchada que absorbía la adoración.

Detrás de la plataforma, el líquido fuego volcánico eructaba y saltaba al aire, y un humo sulfuroso se acumulaba en las zonas más altas de la caverna. A la izquierda de la cámara había una jaula o caja tan grande como una mansión de Nordgarten, envuelta en lona tratada con alquitrán, que se balanceaba y estremecía.

—¿Qué... hacemos? —tartamudeó Kruza, aunque ya sabía que la respuesta no iba a gustarle.

—Matamos a tantos como podamos —gruñó Von Volk.

—Es un buen plan —dijo Ganz al mismo tiempo que levantaba una mano para contenerlo—; pero me gustaría precisar los detalles.

Señaló con su martillo de guerra a la figura que estaba sentada en el trono, al otro lado.

—Él es nuestro enemigo. Matad a tantos como sea necesario para llegar hasta él.

Luego, matadlo a él.

Von Volk asintió con la cabeza, pero Kruza sacudió la suya.

—¡Tu plan no parece en nada mejor que el del Caballero Pantera! ¡Pensaba que los guerreros erais inteligentes! ¡Que empleabais la táctica!

—Esto es la guerra —le gruñó Von Volk—. ¡Si no tienes estómago para esto, márchate! ¡Tu trabajo ha terminado!

—Sí —añadió Drakken, con tono de mofa, desde detrás—. Ya te llamaremos cuando el trabajo esté acabado.

—¡Que Ulric se te coma entero! —le espetó Kruza a Drakken, a la cara—. ¡Acabaré lo que he comenzado!

—En ese caso, estamos de acuerdo —resumió Ganz—. El ser cadavérico es nuestro objetivo. Abríos paso hasta él con todos los medios que podáis. Matadlo. El resto no tiene importancia. —El comandante alzó su martillo—. ¡Ahora! —gritó.

Pero Kruza ya encabezaba la carga con su espada corta en alto, bramando un grito de guerra que le salía del alma. Lobos y Caballeros Pantera lo siguieron, blandiendo sus armas. El sacerdote de Morr cogió a Lowenhertz por un brazo.

—¿Padre?

—¿Podría molestarte para que me dieras un arma?

Lowenhertz parpadeó y desenvainó su daga, que le entregó al sacerdote con la empuñadura por delante.

—No pensaba que tú...

—Tampoco yo —replicó Dieter Brossmann, y dio media vuelta para seguir a los que cargaban.

Cayeron sobre los adoradores del no muerto, por la espalda, y mataron a muchos antes de que pudiesen incorporarse. La sangre manó sobre el polvoriento suelo de la cámara de roca.

Formaban tres puntas de lanza: Ganz, con Drakken, Gruber, Lowenhertz, Dorff y Kaspen; Von Volk, con sus Caballeros Pantera, Schell y Schiffer; el tercer grupo lo componían Kruza y Anspach, el sacerdote, Morgenstern y Bruckner. Pisoteaban a la impía congregación tras tajarla y derribarla con sus espadas y martillos. La multitud se levantó para enfrentarse con ellos. Mujeres, hombres y otros seres bestiales, tras quitarse las capas y capuchas, sacaron armas y profirieron estridentes aullidos contra los atacantes. Kruza vio que cada uno llevaba un talismán del devorador del mundo en torno al cuello, todos idénticos al que había cogido Resollador, el que entonces llevaba en la bolsa que colgaba de su cinturón.

El ataque de Von Volk comenzó a fracasar cuando el enemigo se incorporó en gran masa, feroz, en torno a su grupo. Un Caballero Pantera cayó decapitado. Otro se desplomó destripado. Von Volk sufrió una herida en su brazo izquierdo, pero continuó

asestándoles golpes a los cuerpos que se incorporaban a su alrededor para hacerle frente.

La criatura que se encontraba sentada en el trono, se puso de pie y contempló, con silenciosa sorpresa, la carnicería que estaba produciéndose en la caverna.

Luego, echó la cabeza atrás y la celebró con una atroz carcajada atronadora.

—¡Muerte! ¡Más muerte! ¡Incontables muertes!

El grupo de Kruza se trabó en una feroz lucha en el lado derecho de la caverna. Los adoradores los rodeaban por todas partes. Kruza asestaba estocadas con su espada, tajeaba y giraba. Nunca había visto nada como eso. El torbellino, el calor, la bruma de sangre que flotaba en el aire, el ruido... Aquello era la guerra de verdad, algo que jamás pensó que experimentaría, ni siquiera en sus más descabellados sueños. Un carterista como él... ¡haciendo la guerra! A su lado, Anspach, Bruckner y Morgenstern golpeaban a la frenética muchedumbre con sus martillos.

Una criatura bestial ataviada con una túnica, de piel color ceniza, ojos vidriosos y morro de cabra, profirió un rugido dirigido a él. Kruza, que tenía la espada atascada dentro del último enemigo, dio un respingo. Una daga cercenó el cuello de la criatura.

El sacerdote de Morr bajó los ojos hacia la ensangrentada hoja que tenía en la mano.

—Morr está conmigo —repetía para sí y en voz baja—. Morr está conmigo.

Kruza giró en redondo y ensartó a una mujer rabiosa que estaba a punto de reducir la estatura del sacerdote en una cabeza.

Morgenstern destrozó una cara con un golpe de martillo.

—Esto me recuerda la lucha de la Puerta de Kern —comentó con una risa entre dientes.

—¡A ti todo te recuerda la lucha de la Puerta de Kern! —le rugió el corpulento guerrero rubio, Bruckner, a la vez que golpeaba a la apiñada muchedumbre con su martillo.

—¡Eso es porque está senil! —gritó Anspach, balanceando el martillo hacia abajo para describir un círculo vertical y estrellarlo contra un cráneo que se aplastó, complaciente.

—¡No lo estoy! —refunfuñó Morgenstern mientras hacía girar el martillo a diestra y siniestra, destruyendo cuerpos.

—No, está...

La voz de Bruckner se apagó. Su boca se movió para terminar la frase, pero por ella sólo salió sangre. Una punta de lanza tan larga como una hoja de espada lo había ensartado por la espalda. Bajó los ojos hacia el acero que le sobresalía del peto; la sangre manaba como de un surtidor. Le salió más sangre por la boca, donde hizo espuma, y el Lobo cayó.

—¡Bruckner! —bramó Morgenstern, en cuya mente Bruckner pareció caer

lentamente, con los largos cabellos ensangrentados, para estrellarse contra el suelo.

Un furor candente encendió la mente de Morgenstern que, como un oso, se sacudió de encima a los adoradores que estaban intentando aferrado y los arrojó a un lado. De hecho, uno de ellos salió despedido a unos dos metros de altura por la mera fuerza del brazo del Lobo. Gritando como un loco, Morgenstern se lanzó hacia la muchedumbre de enemigos. Estaba frenético y la densa masa de adoradores retrocedió y se separó bajo su acometida, destrozada al no lograr apartarse de su camino. La sangre y los trozos de carne y hueso salían volando en torno a la temeraria cólera del Lobo Blanco.

Kruza miró con horror al asesinado Bruckner, y se dio cuenta de que había creído invulnerables a aquellos Lobos, como si fueran hombres dioses que caminaban por el campo de batalla del mundo sin correr peligro. A pesar de todo lo que lo rodeaba, se había sentido seguro con ellos, como si la inmortalidad fuese contagiosa.

Pero Bruckner estaba muerto. No era más que un hombre muerto, no un dios Lobo. Todos podían morir. Todos eran sólo hombres, muy pocos hombres rodeados por un enemigo salvaje que los superaba en número por cinco a uno, o más.

Una mano lo cogió por detrás y lo empujó hacia el suelo. Anspach bloqueó el ataque de otros dos adoradores ante los que Kruza, en su conmocionado aturdimiento, había quedado desprotegido; luego, los mató.

—¡Levántate! ¡Lucha! —le gritó Anspach.

Kruza temblaba cuando se puso de pie. Las criaturas ataviadas con túnicas, aullantes y hediondas, los rodeaban por todas partes. Kruza alzó la espada y le cubrió la espalda a Anspach.

—Yo... me quedé ausente por un momento —explicó el carterista mientras su espada chocaba con la de un adorador.

—¡Conmoción, miedo, vacilación..., esas cosas te matarán con más rapidez que cualquier arma! ¡Bruckner está muerto! ¡Muerto! ¡Ódialos por eso! ¡Usa el odio! —chilló Anspach.

Dijo algo más, pero entonces hablaba de modo incoherente y las lágrimas de rabia bajaban en abundancia por su cara manchada de sangre.

De pronto, Kruza lo vio, y el mundo se volvió del revés. La conmoción y el pánico habían quitado la cobertura de lona de la jaula que temblaba cerca de ellos. La frenética criatura que apareció dentro de la jaula era una imposibilidad para el carterista. La mente de Kruza se negaba a aceptarla.

Un adorador abrió la jaula, y el grandioso dragón gruñente salió para devorarlos a todos, luego al mundo y finalmente a sí mismo.

La espada de Von Volk se partió dentro del pecho hendido, y él la tiró. Tres de sus Caballeros Pantera estaban muertos, aplastados bajo la frenética muchedumbre.

Schell, el Lobo, lo llamó con voz bramante y le lanzó una espada que había capturado, que giró sobre los extremos por encima de la multitud; Von Volk la atrapó limpiamente y volvió a atacar.

Detrás de él, en medio de un grupo de aullantes adoradores, Schiffer cayó, herido y golpeado por docenas de enemigos. Su último acto fue bramar el nombre de su dios en los rostros de las bestias que lo apuñalaban y golpeaban. Una punta de lanza clavada directamente dentro de su boca abierta lo silenció para siempre.

Von Volk vio que el nervudo templario Schell se volvía y arremetía para apartar la carroña de adoradores del destrozado cadáver de Schiffer. Lo aferró para detenerlo.

—¡No! ¡No, Schell! ¡Está muerto! ¡Debemos continuar luchando hacia adelante para llegar al trono! ¡Debemos hacerlo!

—¡Martillos de Ulric! —gritó Schell con furia al mismo tiempo que se volvía en la dirección indicada para continuar luchando junto al capitán—. ¡Ahogadlos en sangre! ¡Ahogadlos en sangre!

Continuaron avanzando juntos, con los otros Caballeros Pantera a los flancos, abriendo una brecha de muertos entre la masa de herejes.

Ganz fue el primero en separarse de la masa y cargar contra la plataforma. Lowenhertz iba detrás de él, con Drakken y Gruber. Kaspen aún estaba atrapado en la terrible refriega.

Dorff había muerto. Kaspen lo había visto caer un momento antes, cortado en pedazos por frenéticos adoradores. Sus desafinados silbidos ya nunca volverían a oírse en la Compañía Blanca. Kaspen se mantuvo firme, con la roja melena empapada en sangre, aullando como un lobo de los bosques al mismo tiempo que hacía girar el martillo. Se mantuvo firme y se enfrentó con la partida de adoradores que corrían hacia ellos, en parte para darles tiempo a su comandante y demás compañeros para que llegaran al trono, y en parte para hacerles pagar a aquellos bastardos, uno a uno, por la muerte de Dorff.

Ganz llegó a los escalones de piedra de la plataforma. Una vez en lo alto, la figura encapuchada se quitó la túnica y se rió de él. La luz del fuego volcánico que tenía detrás hizo que la armadura que el templario llevaba puesta brillase como si estuviera al rojo vivo. Un ojo rosado destelló.

—¡Einholt! —jadeó Ganz.

Ya sabía de antemano con qué iba a encararse, pero a pesar de eso lo trastornó. «Einholt, Einholt... Que Ulric salve mi alma...»

—¡Ah, pero si aquí somos todos amigos! —resolló la criatura al mismo tiempo que llamaba a Ganz con un gesto.

El comandante de la Compañía Blanca vio que la armadura que llevaba estaba comenzando a ser atacada por el óxido y la corrosión. La piel del sonriente rostro de Einholt era verdosa y empezaba a despedir mal olor. Hedía a podredumbre, a

sepultura. La criatura le tendió una mano.

—Llámame por mi verdadero nombre, Ganz. Llámame Barakos.

Ganz no respondió, sino que se lanzó hacia la monstruosidad con el martillo girando en un amplio arco horizontal. Pero la criatura medio podrida fue más rápida, aterradoramente rápida, y arrojó a Ganz a un lado con un feroz golpe del martillo de guerra de Einholt. Ganz cayó y, a causa del tremendo impacto, tuvo que sostener el peto abollado y las costillas partidas bajo el mismo. Intentó levantarse, pero no podía respirar. Sus pulmones se negaban a dejar entrar el aire. La visión se le tornó brillante y brumosa, y sintió un sabor a cobre en la boca.

Barakos avanzó un paso hacia él. Lowenhertz golpeó primero y con más rapidez, pero el ser no muerto logró esquivar de algún modo el primer golpe, bloqueó el de retorno y, luego, hizo volar a Lowenhertz limpiamente de la plataforma con un golpe de martillo que le acertó en el vientre.

Al girar, sin mirar siquiera, como si supiera con total precisión dónde estaba cada cosa y cada hombre, invirtió el balanceo del martillo y le partió una clavícula a Drakken cuando el joven Lobo se lanzó hacia él. Drakken profirió un alarido y cayó sobre la piedra.

Barakos se quedó de pie ante el templario, que se retorció, como si se preguntase cuál era la mejor manera de acabar con él. Profirió una soñadora risa entre dientes con una voz como de jarabe, y luego alzó la mirada. En lo alto de la escalera, Gruber se encontraba de cara a él.

—Otra vez tú, viejo caballero —dijo la criatura que tenía el rostro del viejo amigo de Gruber.

—¡Debería haberte matado en la bodega!

—No puedes matar lo que no tiene vida.

La voz del cadáver era ronca y seca, pero tenía profundidad: un retumbar inhumano, que se curvaba en torno a las palabras como el moho del tiempo curva los bordes de los viejos pergaminos.

Los martillos giraron, y Gruber respondió con furia desenfrenada al ataque del cadáver. Dos golpes, tres; mangos y cabezas girando en golpes y contragolpes.

Gruber hizo una finta a la izquierda y le asestó un golpe oblicuo a la cadera de la criatura, pero ésta pareció no dar siquiera un respingo. Bloqueó el siguiente golpe de Gruber con el centro del mango de su martillo, y luego pateó al Lobo por debajo de las armas trabadas. Gruber retrocedió con paso tambaleante, y el cadáver giró con un amplio golpe devastador, que lanzó al guerrero escalones abajo. El viejo caballero rebotó sobre la piedra, abollándose la armadura con gran estruendo, y se desplomó en la base de la escalera.

La criatura estaba riéndose de Gruber cuando el golpe de Ganz la lanzó volando de espaldas hasta el otro lado de la plataforma. Las correas podridas se partieron y el



quijote izquierdo se le desprendió. La malla que había debajo estaba herrumbrosa y, por ella, manaba un negro líquido putrefacto que rezumaba el cadáver que cubría.

Ganz arremetió otra vez, antes de que la criatura pudiese incorporarse. El cadáver logró levantar un brazo para protegerse, pero el arma de Ganz le golpeó la mano de la que arrancó el deslucido guantelete, que se llevó pegados consigo varios dedos en medio de un reguero de fluido maloliente y eslabones de malla partidos.

Ganz rugió como un lobo dominante y describió un giro con el martillo. Ya podía saborear la victoria, saborearla como...

La criatura se recobró, inestable pero feroz, y lo atacó con un golpe frenético mal ejecutado.

La parte lisa de la cabeza del martillo golpeó el cuello y la oreja de Ganz; el templario sintió cómo se le partía el pómulo. Su cabeza giró a causa de la fuerza del golpe, y él salió despedido y dio dos pasos antes de caer sobre manos y rodillas. De la boca, le manó un reguero de sangre, que cayó sobre la piedra, entre sus manos. El mundo dio un vuelco, y las voces y estruendo de la lucha le retumbaron en la cabeza como si los escuchara debajo del agua.

Con el semblante blanco de dolor, Drakken tiró de Ganz con su brazo sano y profirió un alarido cuando el esfuerzo frotó los extremos partidos de su clavícula, entre sí.

—¡Muévete! ¡Muévete! —jadeó.

Ganz era un peso muerto, que apenas podía aguantarse sobre las manos. El cadáver avanzó hacia ellos. Entonces reía a carcajadas y una furia rosada ardía en su ojo sano. Abrió la boca, y goteó pus alrededor de las babeadas encías y los dientes ennegrecidos. Flexionó ambas manos sobre el mango del martillo, haciendo caso omiso de los dedos que le faltaban.

Lowenhertz apareció de repente entre el cadáver y los dos templarios heridos. Respiraba con dificultad, entrecortadamente, y su pancera estaba muy abollada. La sangre le corría por la parte delantera de las piernas acorazadas.

—Se... te... negará... la... victoria —dijo Lowenhertz, arrastrando las palabras una tras otra.

—Os destruiré a todos —le contestó la criatura.

El trueno resonó en la periferia de las palabras. Al pronunciarlas, dos gusanos cayeron de su boca y se le quedaron adheridos a la parte delantera de la coraza.

—Asegúrate... de... hacerlo —jadeó Lowenhertz—. Porque... mientras... uno solo... de nosotros... sobreviva... se te... negará... la victoria.

Lowenhertz le lanzó un golpe a la criatura, que lo esquivó con destreza, pero el caballero invirtió el giro de modo repentino con un despliegue de fuerza de brazo del que no debería haber sido capaz alguien que se encontraba en su estado. El golpe impactó contra un flanco del cadáver, cuya oxidada armadura se partió, a la vez que

se rompían las correas que la sujetaban. Las costillas se partieron como ramitas secas, y una materia marrón y viscosa manó junto con más gusanos mezclados.

La criatura se tambaleó y posó la cabeza del martillo de Einholt en el suelo para apoyarse en el arma y no caer. Lowenhertz estuvo a punto de sufrir una arcada a causa del hedor que manaba de ella. Se trataba del olor de siempre, el olor a muerte cargado de especias y podredumbre del desván de su abuelo, el olor de las monstruosas tumbas de las lejanas tierras meridionales. Pero entonces era cien veces peor.

Lowenhertz avanzó un paso para volver a golpear con el martillo, pero la criatura lo apartó de un golpe asestado con su mano libre.

Kaspen profirió un alarido al cargar; al fin, llegaba a la plataforma, dejando tras de sí un sendero de adoradores muertos. Sus cabellos rojos ondeaban detrás de él, y estaba empapado de pies a cabeza en sangre, tan rojo como su melena.

—¡Einholt! —bramó con ganas de descargar el martillo, de matar a aquella cosa inmunda. Pero aún era Einholt, su viejo amigo—. Por amor a todo lo que hemos compartido, camaradas del Lobo, hijos de Ulric, por favor, Jagbald, po...

El antiguo amigo mató a Kaspen de un solo golpe.

El dragón, el gran reptil, el Ouroboros, acometía dentro de la caverna como una encarnación de la muerte. Su largo cuello grueso como el torso de un caballo y acorazado por pálidas escamas del tamaño de un escudo de caballero, se encogió en forma de S como el cuello de un cisne, al prepararse para atacar. Su cabeza en forma de cuña, provista de pico y de cuernos negros, era del tamaño de un carro de heno. Sus ojos eran insondables perlas negras, espejos de impenetrable terror. No podía adivinarse de dónde procedía; lo único que se sabía era que vivía y se retorció en su inmunda no muerte. Y bramaba, chillando la eterna cólera que le inspiraban los vivos.

Kruza retrocedió con paso tambaleante y cayó al tropezar con uno de los incontables cadáveres que sembraban el piso.

—No, no... imposible —tartamudeó.

Curvas garras, grandes como el muslo de un hombre, se hundían en la roca donde se apoyaba la gigantesca criatura. Su cola, muy larga y delgada, azotaba hacia los lados y hacía volar por el aire a los adoradores que proferían alaridos, o los partía como si fuesen tallos de maíz. El *wyrm* emitió un sonido que salió de las profundidades de su vasta garganta, potente y agudo como un viento grotesco. Las escamas de su cuerpo eran de color dorado verdoso, como monedas deslucidas, pero la gigantesca cabeza era blanca como el hueso.

El cuello se movió con brusquedad cuando la curva se estiró de repente como un látigo, y lanzó la cabeza hacia adelante y abajo a la velocidad del rayo. El pico se cerró con un chasquido, desgarrando y matando adoradores. Alzó la cabeza para

masticar y tragar los restos de los cuerpos, y luego volvió a atacar. Estaba frenético, incontrolable, y mataba todo lo que veía.

—¿Cómo podemos luchar contra eso? —jadeó Kruza cuando Anspach lo cogió.

—¡No podemos! ¡No podemos! ¡Corre! —replicó el templario con el semblante blanco de miedo.

Morgenstern apareció procedente del torbellino de confusión y pánico. Dijo algo, pero sus palabras fueron ahogadas por otro grotesco rugido agudo del *wyrm*. Se oyó otro entrechocar del pico y más alaridos cuando volvió a atacar.

—¡He... dicho... corred! —repitió Morgenstern, pronunciando las palabras por separado.

—Ése era exactamente mi plan —replicó Anspach.

El trío salió a la carrera entre los enemigos que corrían, para ponerse a cubierto en los nichos y depresiones que había en la pared de la enorme caverna.

Y entonces el mundo desapareció. No había suelo. Kruza iba volando y miraba hacia el humo sulfuroso que se acumulaba en el techo de la caverna.

De modo brusco, el suelo regresó con fuerza bajo él, y el dolor le recorrió el cuerpo como una descarga eléctrica. Rodó sobre sí mismo y miró en torno. La gran cola del *wyrm* había atravesado la multitud de un golpe, y los había hecho volar a él y a los dos templarios. Por todas partes, había cadáveres destrozados y bestias heridas. Kruza ya no podía ver a Anspach ni a Morgenstern.

Volvió a oírse el agudo grito del *wyrm*. Entonces Kruza podía oler al monstruo, un olor limpio y seco como el del aceite para cuero o el alcohol de grano.

Se incorporó en cuclillas, preparado para correr..., y se dio cuenta de que tenía al dragón encima.

Kruza alzó la mirada hacia los oscuros ojos perlados del devorador del mundo, el Ouroboros. No había nada en ellos, ni una chispa de inteligencia, raciocinio o vida. No obstante, parecían fijos en él. El cuello de cisne se curvó al retroceder, preparado para atacar, preparado para lanzar el enorme cráneo en forma de flecha hacia adelante, con el pico abierto de par en par.

En el último segundo que le quedaba de vida, Kruza pensó en Resollador, que, inocentemente, lo había llevado a aquel lugar, momento y muerte. «¡Va a matarme un dragón, Resollador! ¿Qué te parece eso, eh? ¿Quién lo habría pensado? ¡Es tan inverosímil que casi resulta gracioso!»

Sin embargo, parecía lo correcto. Le había fallado a Resollador y su amigo había muerto por salvarlo a él. Había llegado la hora de pagar por eso.

«Sólo desearía —pensó Kruza—, sólo desearía ser invisible como tú. Nunca logré averiguar cómo lo hacías, excepto que tenías un don natural. Invisible como tú, sí, eso me gustaría ser».

El *wyrm* le rugió su agudo alarido a todo el triste mundo. Su cuello se estiró, la

cabeza salió disparada y golpeó.

Como si supiera que el fin se cernía sobre ella, la antigua ciudad de Middenheim se estremeció. El cielo se estiró y partió cuando la tormenta estalló y cayó de la horrible bóveda color magenta. La nieve y el granizo bombardearon los tejados; rompieron algunos, hicieron pedazos los cristales de las ventanas, arrancaron chimeneas y veletas. Los rayos cayeron en las calles y explotaron casas y se desmoronaron torres. Energías de color verde pálido que se retorcían como serpientes envolvieron la Fauschlag. El viaducto norte corcoveó y se derrumbó hacia las profundidades, una extensión de ochocientos metros de piedra arrancada de cuajo.

El templo de Morr, que estaba reconstruido sólo a medias, estalló en llamas de manera espontánea. El fuego era rosado, enfermizo, y al arder hacía un sonido parecido a la risa.

El rayo hirió al templo de Sigmar y derrumbó la parte superior de la torre, que atravesó el techo y cayó dentro de la nave.

El caos y los asesinatos en las calles eran ya abrumadores. La locura de la fiebre y el pánico causado por la tormenta impulsaban a la población a tumultos frenéticos. Las compañías de Lobos que habían salido del templo de Ulric para acudir en ayuda de los hombres de Ganz se vieron atrapadas en un tumulto masivo y se encontraron luchando para salvar sus vidas mientras el rayo hendía la noche, el granizo se precipitaba desde el cielo y la muerte consumía el corazón de la ciudadela de Ulric.

Las sombras y los espíritus estaban por todas partes. Era como si se hubiesen abierto las puertas de la muerte, como si se hubiese permitido que el mundo invisible saliera a vagar por la ciudad. Docenas, centenares de fantasmas, pálidos, flacos y aullantes, bramaban por las calles que los rodeaban. Algunos salían de los terrenos del parque de Morr como vapor llevado por el viento. Muchos emergían a gatas, rielantes, al ascender desde las profundidades del barranco de los Suspiros. Los muertos caminaban en libertad: los vivos estarían muertos dentro de poco.

Lenya pensó que se volvería loca sin remedio, aferrada a Aric mientras cabalgaban a toda velocidad a través del caos. Seres esqueléticos y demacrados, hechos de humo, los rodeaban, riendo y llamándolos. Aric apenas podía evitar que el caballo se espantara. El trueno era tan sonoro y el rayo tan brillante que hacían pedazos el cielo.

—¡Lenya! ¡Lenya!

La muchacha se dio cuenta de que se habían detenido y desmontó. Estaba empapada y contusa por el granizo que continuaba cayendo. Ayudó a Aric a bajar del caballo, ya que el joven llevaba en alto la antorcha hecha con su martillo, que ardía con luz resplandeciente. «¿Será eso lo que ha evitado que los espectros nos tocan?», se preguntó Lenya. Aún podía verlos en torno a ellos, fluctuantes fantasmas que se

movían a gran velocidad, de un blanco transparente como el hielo que se forma en los cristales de las ventanas.

—¿Dónde estamos? —preguntó por encima del estruendo de la tormenta.

Aric señaló con la antorcha. Ante ellos se alzaba una curiosa casa en forma de torre. Por la calle, cerca de ella, vagaban caballos de guerra, caballos templarios que arrastraban las riendas y levantaban las patas al estallar los rayos.

—Nordgarten —respondió—. No puedo decirte qué encontraremos allí dentro. Podría ser...

—¿Peor que esto? —preguntó ella a la vez que avanzaba y tiraba de él—. Lo dudo. ¡Vamos!

Los seres humosos que los rodeaban estaban reuniéndose, aumentando de número, alumbrando la calle con su horrible luminosidad. Lenya intentaba no mirarlos, intentaba no oír sus susurros.

Llegaron a la puerta rota, y Lenya ayudó a Aric, que cojeaba, a entrar.

«Extraño —pensó Kruza—. Todavía estoy vivo».

Se palpó el cuerpo para asegurarse de que aún estaba de una pieza. El gigantesco *wyrm* pasaba entonces de largo. Había atacado y descuartizado a más aullantes adoradores situados a pocos pasos de él.

«Con esta suerte, debería marcharme ahora mismo a las salas de apuestas», pensó, estúpidamente. Se volvió para mirar a la enorme criatura sinuosa que pasaba, masticando y matando.

«Soy invisible —pensó—. ¡Ulric me sonríe, soy invisible! ¡No puede verme!»

Se puso de pie y recogió una espada; no era la suya, que se había perdido en la confusión. Era una de hoja larga y con guarda de cazoleta que había dejado caer una de las bestiales criaturas.

Podía ver a Anspach y Morgenstern que alzaban los martillos para hacerle frente al *wyrm* mientras los adoradores se dispersaban en torno a ellos. «Valientes condenados —pensó—. ¿Qué pueden esperar hacer contra eso?»

«¿Qué puedo hacer yo?»

El pensamiento se demoró dentro de su mente. Kruza no sabía cómo, pero estaba seguro de que se había salvado gracias a Resollador. Esa noche los muertos volvían a caminar en libertad, y de algún modo Resollador había intervenido y había compartido generosamente su talento de invisibilidad con él.

«No, no es así. Ha permanecido conmigo durante todo el tiempo. Dentro de mi cabeza. Estaba esperando a que lo llamara».

Comprobó el equilibrio de la espada, y luego echó a andar con calma hacia la culebreante bestia que había dejado detrás de ella una estela de sangre y trozos de cadáveres, y que no dio señales de verlo. Él se acercó hasta el escamoso flanco, lo

bastante como para oír su rasposa respiración, como para percibir su fragante aroma a limpio. Estaba gritando y matando otra vez. Morgenstern y Anspach serían los siguientes.

Kruza alzó una mano que posó, plana, sobre la escamosa piel del flanco del *wyrm*. Estaba tibio y seco. Sus dedos encontraron un espacio entre las escamas, y dirigió hacia él la punta de la espada. Durante todo ese tiempo, el carterista estaba casi sereno, como si se hallara a salvo dentro de una esfera protectora o en el ojo de un tornado.

Descargó todo su peso corporal contra la empuñadura y clavó la hoja. El *wyrm* profirió un rugido ronco, que resonó por toda la caverna; fue aún más sonoro que sus anteriores gritos agudos. Una sangre caliente y espesa como jarabe manó en un chorro por la herida y chocó contra Kruza, que cayó al suelo a causa de la tremenda presión.

Se encontraba tumbado de espaldas y empapado en espesa sangre de dragón cuando la monstruosidad comenzó a sufrir convulsiones. Su gigantesca forma serpentina sufrió espasmos y se agitó como un látigo, aplastando a los adoradores bajo su cuerpo y reduciéndolos a pulpa con los golpes de su cola. Morgenstern y Anspach se pusieron a cubierto de un salto.

El *wyrm* volvió a proferir alaridos agudos, que sacudieron la caverna, a la vez que temblaba violentamente; fueron tres rugidos, cada uno más agudo y sonoro que el anterior. Sus garras dejaban surcos sobre el suelo rocoso, del que arrancaban chispas, y hacían volar esquirlas de piedra en todas direcciones. Sus estertores de muerte mataron a más enemigos que el valiente ataque de los templarios. Pero eran estertores de muerte. Tras un último aullido amargo, el *wyrm* se desplomó. El suelo se estremeció, su cola se agitó una vez más y cayó, pesada e inerte.

«He matado al maldito dragón», pensó Kruza al desmayarse.

Drakken luchaba para mover a Ganz, que estaba consciente sólo a medias y aturdido. Lowenhertz yacía inmóvil sobre la roca de la plataforma, junto al cadáver de Kaspen. El ser cadavérico, jadeando y maltrecho, se volvió con lentitud para mirar al Lobo más joven.

—Os reconozco el mérito, muchacho... —dijo Barakos con tono despectivo a través de los labios de Einholt—. Los Lobos habéis hecho más de lo que yo os creía capaces. Me habéis causado daño. Ahora necesito otro cuerpo.

Avanzó cojeando hacia ellos. Drakken intentó retroceder, trató de arrastrar a Ganz consigo, pero sus huesos partidos se trabaron y frotaron, y durante un segundo perdió el conocimiento a causa del dolor.

Cuando recobró el sentido, tenía a Barakos sobre el rostro, inclinado y sonriendo con malevolencia. El hedor a sepultura de su aliento era horroroso.

—Pero ya es demasiado tarde. Demasiado tarde, con mucho. Todo ha terminado, y yo he ganado.

La criatura muerta sonrió, y el gesto rasgó la carne putrefacta que le rodeaba la boca. Su voz era baja y resonaba con un subtono de poder inhumano.

—Middenheim ha muerto, sacrificado sobre mi altar. Todas esas vidas, millares de ellas, acabadas y derramadas para alimentar el poder que me permitirá un cierto grado de divinidad. No mucho..., apenas el suficiente para convertir este mundo en inmundas cenizas. He necesitado mil eras, pero al fin he triunfado. La muerte me ha dado la vida eterna. Ahora pasarán los últimos momentos, y la ciudad se alzarán para asesinar a sí misma. Entonces estará hecho. Necesito poseer un cuerpo nuevo.

Barakos miraba al aterrado Drakken.

—Eres joven, sólido. Con mis poderes puedo curar en un segundo esa herida. Me servirás. Eres un muchacho apuesto, y siempre he anhelado ser guapo.

—¡No! ¡En el nombre de Ulric! —jadeó Drakken al mismo tiempo que tendía la mano hacia el arma que no tenía.

—Ulric está muerto, muchacho. Ya es hora de que te acostumbres a tu nuevo señor.

—Barakos —dijo una voz, detrás de ellos.

El sacerdote de Morr se encontraba de pie en lo alto de los escalones. La sangre empapaba su hábito y había sufrido una herida en la cabeza que hacía caer un hilo sanguinoliento por su arrugada cara. Abrió una mano, de la que cayó al suelo la daga ensangrentada que le había prestado Lowenhertz.

—Dieter. Dieter Brossmann —dijo Barakos a la vez que se erguía y giraba para encararse con el sacerdote—. Padre, en muchos sentidos has sido mi enemigo más feroz. De no ser por ti, los leales Lobos jamás habrían descubierto la amenaza que yo entrañaba. ¡Y cuando derrotaste a Gilbertus, vaya! ¡Cómo maldije tu alma y nombre!

—Me siento halagado.

—No te sientas halagado. Estarás muerto dentro de pocos instantes. ¡Ah! Sólo tú veías, sólo tú sabías, tenaz, implacable, escondido en tus libros y manuscritos en busca de pistas.

—Un mal tan antiguo como el tuyo es fácil de encontrar —declaró el sacerdote con severidad, y avanzó un paso.

—¿Y por qué te escondiste en los libros, me pregunto?

—¿Qué? —El sacerdote se detuvo por un segundo.

—Dieter Brossmann, un rico comerciante, si bien un poco despiadado. ¿Por qué te volviste hacia el camino de Morr y renunciaste a tu vida en Middenheim?

—No hay tiempo para juegos —contestó el sacerdote, que se puso rígido.

—Pero, claro, fue por tu esposa y tu hijo amados —siseó el cadáver, y como telón de fondo sonó un lejano trueno.

—Están muertos.

—No, no lo están, ¿verdad? Simplemente te abandonaron, te abandonaron y huyeron de ti porque eras brutal, inescrupuloso y cruel. Tú los alejaste de tu lado. No están muertos, ¿verdad? Están vivos, escondidos en Altdorf, con la esperanza de que nunca más puedas encontrarlos.

—No, eso no es...

—¡Es la verdad! En tu mente, los has convertido en muertos, los has enviado junto a Morr para evitar la cruda verdad de que tú destruiste a tu familia con tu crueldad y tu codicia. Fueron la mala conciencia y la negación los que te hicieron fingir que estaban muertos, los que te hicieron seguir el camino de Morr.

El semblante de Dieter Brossmann tenía una expresión tan dura como la roca Fauschlag.

—Pagaré en otra vida por mis crímenes, que Morr me asista. ¿Cuándo pagarás tú por los tuyos?

El sacerdote de Morr volvió a avanzar una vez más y levantó las manos.

—Estás muerto, ¿no es cierto, Barakos? —fue cuanto dijo—. No muerto, en el más allá. Ese cuerpo que ocupas, el del pobre Einholt de la Compañía Blanca, también está muerto. Puede ser que estés a punto de lograr poderes divinos, pero ahora mismo eres un cadáver, así que serás llevado ante Morr.

Un paso más, y el sacerdote comenzó a entonar una letanía funeraria, el Rito Inolvidable. Dieter Brossmann empezó a bendecir el cadáver que estaba de pie ante él, a bendecirlo y protegerlo del mal al mismo tiempo que enviaba a la perdida alma hacia Morr, Señor de la Muerte.

—¡No! —jadeó el ser no muerto, temblando de furor—. ¡No! ¡No, no lo harás! ¡No lo harás!

El sacerdote de Morr continuó entonando la letanía, dirigiendo toda su voluntad y toda la santidad de su obra hacia el ser inmundo que tenía delante.

El ritual, un ritual tan antiguo como Middenheim, entró en el ser y comenzó a desalojarlo con lentitud del cuerpo que ocupaba. La criatura sufrió convulsiones, tosió y vomitó un fluido putrefacto.

—¡No, sacerdote bastardo! ¡No! —y comenzó a insultarlo en un galimatías de mil idiomas.

Fue un intento valiente. Por un momento, Drakken, que lo miraba sin soltar a Ganz, pensó que el sacerdote lo lograría; pero luego la criatura de ultratumba avanzó a tropezones hasta Dieter Brossmann y, vacilante, lo derribó de la plataforma con un violento golpe de su mano no muerta, que lo hizo caer de espaldas.

La tormenta cesó de repente y las últimas piedras de granizo repiquetearon sobre la calle. La noche rosada se convulsionó y se tornó negra.



Había llegado el momento, el momento en que aquella cosa inmunda se convertiría en un dios más inmundo aún.

Se apagaron todas las llamas, las velas, las lámparas y las antorchas de la ciudad..., excepto una.

Paso a paso, mientras Lenya soportaba su peso, Aric subió a la plataforma. En lo alto se encaró con la cadavérica reliquia que había sido Einholt. Con una mirada rápida vio a los caídos Lowenhertz y Kaspen, y a Drakken que aferraba a Ganz. Eran tantos y habían luchado con tanto ahínco...

—¿Tú... otra vez? —dijo Barakos con voz tronante—. Aric, mi querido muchacho, llegas demasiado tarde.

Aric comenzó a hacer girar el martillo en zumbantes círculos con el brazo sano, mientras la cabeza en llamas formaba anillos de fuego: la Llama Eterna, la llama del Dios del Lobo. El martillo giraba con la piel atada a su cabeza, que ardía con brillantez sobrenatural.

Aric lo dejó volar y lo soltó con la perfección que le había enseñado Jagbald Einholt.

La cabeza del martillo en llamas golpeó a la criatura en el pecho y la derribó de espaldas.

Aric se desplomó, con las fuerzas agotadas.

Lenya miró a la criatura caída y vio que diminutos dedos de Llama Eterna crepitaban sobre el abollado peto y el putrefacto pecho, que luchaba por volver a levantarse. El martillo encendido yacía a su lado, apagándose entre chisporroteos como si fuese la última esperanza que les quedaba, a punto de desvanecerse.

El único ojo rosado se clavó en los de ella cuando Barakos se levantó como si estuviese saliendo de la tumba.

—La verdad es que no lo creo... —jadeó con voz ronca, algo que fue excesivo para que pudiera soportarlo.

Lenya avanzó a la carrera. Necesitó todas sus fuerzas para levantar el martillo de Aric envuelto en la piel. Le hicieron falta fuerzas que ignoraba tener para balancearlo hacia arriba y descargarlo sobre el ser sepulcral.

—¡Por Stefan! —gruñó cuando el martillo en llamas aplastó a la monstruosidad muerta y volvió a tenderla en la plataforma de roca.

La cadavérica criatura se estremeció, y la resplandeciente Llama Eterna de Ulric la envolvió de pies a cabeza. Se contorsionaba y se estremecía como si fuera una antorcha viviente y profería agudos gritos todavía más sonoros que los del gran dragón no muerto, el devorador del mundo, Ouroboros. El calor del incendio era tan tremendo que Lenya retrocedió. Barakos estaba incandescente como un fuego artificial que se retorciera, al rojo blanco, y comenzaba a fundirse.

El no muerto murió. Una sombra que arañaba el aire, escarchada y vaporosa, intentó salir del cuerpo encendido, intentó ir a buscar un nuevo envoltorio; pero las llamas sagradas eran demasiado intensas. El espíritu volvió a caer dentro del fuego y desapareció con un último alarido. Barakos el Eterno había hallado su fin.

Una luz diurna cautelosa y prudente se filtró hacia la ciudad con las primeras horas del día.

Había pasado una semana desde la noche de horror, y Middenheim se estaba reconstruyendo, se seguía enterrando a los numerosos muertos y se proseguía con la vida.

Dentro de una tienda de lona erigida en el parque de Morr y debidamente consagrada al propio Morr, Dieter Brossmann oficiaba el rito funerario por cinco templarios de Ulric. Sus nombres eran Bruckner, Schiffer, Kaspen, Dorff y Einholt. No era lo corriente. Por lo general, era el sumo sacerdote Ar-Ulric quien consagraba a los templarios caídos, pero Ganz había insistido en que lo hiciera él.

El sacerdote hablaba con voz débil, como si estuviese recuperándose de alguna herida, y en realidad así era: lo demostraba el vendaje de su frente, pero lo que le dolía realmente no eran las heridas físicas. Dieter Brossmann tendría cicatrices en su interior durante el resto de sus días.

En el palacio, los médicos atendían al capitán Von Volk, el único Caballero Pantera que había sobrevivido a la batalla de Nordgarten. Postrado en cama, les preguntó a los sacerdotes de Sigmar que lo curaban si, con su perdón, podía atenderlo también un sacerdote de Ulric.

En la taberna de El Águila Voladora, después del servicio solemne celebrado en el parque de Morr, Morgenstern, Schell, Anspach, Gruber y Lowenhertz alzaron sus jarras y las hicieron chocar entre sí. Se sentían como siempre después de una gran batalla. La victoria y la derrota se mezclaban con un sabor agridulce. Hicieron todo lo posible por jaranear y celebrar la victoria, y olvidar lo que se había perdido. En las paredes de la capilla habría más dignos nombres. Más almas habían partido para correr con la Gran Manada.

—¡Por los caídos! ¡Que Ulric los bendiga a todos! —gritó Morgenstern, con la intención de hacer sonar la nota de la victoria en los corazones de todos.

—¡Y por la sangre nueva! —añadió Anspach con cierta sequedad.

Las jarras volvieron a chocar.

—¡Por la sangre nueva! —bramaron todos a coro.

—¿Qué sangre nueva? —preguntó Aric al entrar cojeando con el brazo vendado.

—¿No te has enterado? —preguntó Gruber como si se estuviera produciendo alguna enorme ironía—. Anspach ha propuesto un nuevo cachorro para el templo...

Ella lo besó en los labios y, luego, se volvió de espaldas a la cama.

—Lenya... te amo —dijo Drakken.

La frase le pareció estúpida, y se sentía estúpido, allí, todo envuelto en vendas y tablillas destinadas a mantener inmovilizada la clavícula partida.

—Ya sé que me amas. —Ella apartó los ojos—. Tengo que regresar al palacio. Breugal necesita a las camareras para sacar agua para el festín. Seré mujer muerta si me quedo.

—¿Aún le temes a Breugal? ¡Después de todo lo sucedido!

—No —respondió ella—, pero tengo que conservar el empleo.

Él se encogió de hombros y, entonces, hizo una mueca de dolor y deseó con toda su alma no haberlo hecho.

—¡Ay!... Lo sé, lo sé..., pero respóndeme: ¿tú me amas?

Drakken alzó los ojos desde la cama de la enfermería.

—Yo amo... a un templario del Lobo de la Compañía Blanca —declaró ella en tono terminante, y se marchó de la habitación.

La gran estatua de Ulric miraba con el entrecejo fruncido desde lo alto.

Ar-Ulric, el gran Ar-Ulric, acabó de entonar la oración mientras el aromático humo procedente de los incensarios del altar se arremolinaba en torno a él, y le tendió el martillo recién forjado a Ganz, que lo cogió con cuidado en atención a sus heridas.

—En el nombre de Ulric, te admito en el templo, te acojo en la Compañía Blanca —declaró Ganz con voz seria—, donde podrás hallar camaradería y gloria. Has demostrado tu valentía. Que puedas resistir con entusiasmo los largos años de entrenamiento, y hallar un propósito y sentido para tu vida en el servicio del templo.

—Lo recibo como una bendición, como recibo este martillo —fue la respuesta de quien se encontraba ante él.

—Que Ulric te guarde. Ahora eres un Lobo.

—Ya lo sé.

El iniciado bajó el martillo. La pesada piel y la armadura gris y dorada le resultaban extrañas y pesadas.

—Te habituarás a ella..., matabestias —le aseguró Ganz con una sonrisa.

Y Kruza flexionó los brazos acorazados y se echó a reír.

En Altquartier, dentro de un mugriento callejón entre tabernas de mala muerte, unos niños del tugurio jugaban con una pelota hecha de trapo. Arrojabán la pelota contra las estrechas paredes deslucidas y grasientas, mientras cantaban:

Ba ba Barak, ven a ver tu brea.  
No pares, no esperes que te espera.  
Ba ba Barak ven a cenar  
y cómete el mundo y el cielo al final.

Y al acabar, se dejaron caer todos al suelo, fingiendo que morían. Al menos esa vez, fingiéndolo.